

Clark Ashton Smith

LOS MUNDOS PERDIDOS

Los Mundos Perdidos:
Colección Icaro, nº 22. Editorial EDAF

INDICE

Introducción

Introducción a la edición americana

I – AVEROIGNE

- La santidad de Azédarac (bilingüe)
- El coloso de Ylourgne (bilingüe)
- Una cita en Averoigne (bilingüe)
- El final de la historia (bilingüe)

II – ATLANTIS-POSEIDONIS

- El último hechizo (bilingüe)
- La muerte de Malygris (bilingüe)
- La sombra doble (bilingüe)
- Un viaje a Sfanonoë (bilingüe)

III – LOS MUNDOS PERDIDOS

- El habitante de la sima (bilingüe)
- Las criptas de Yoh-Vombis (bilingüe)
- Siembra de Marte¹
- El laberinto de Maal Dweb (bilingüe)²
- Genius loci (bilingüe)
- Señor del asteroide (bilingüe)
- La ciudad de la llama que canta (bilingüe)³
- La cadena de Aforgomon (bilingüe)
- El devoto del mal (bilingüe)

¹ Mi fuente de acceso a los originales es a través de la página web “The eldritch dark” (<http://members.xoom.com/eldritchdark>); en el momento que preparo esto, no está disponible aún.

² Incluye una versión diferente en inglés

- El planeta de los muertos (bilingüe)
- La droga plutoniana (bilingüe)
- La raíz de ampoi (bilingüe)
- La isla que no estaba en los mapas (bilingüe)

(El orden de estos cuentos puede haber variado respecto a la edición original;
perdón por las molestias que esto pueda causar)

³ No puedo asegurar que la versión traducida coincida con la versión en inglés, o si esta última es la versión refundida con la continuación de este relato, “Más allá de la llama que canta”, ya que todavía no la he leído

INTRODUCCIÓN A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

CLARK ASHTON SMITH nació el 13 de enero de 1893 en Long Valley, California, en una cabaña rodeada de bosques cercana al pueblecito de Auburn. Allí pasó gran parte de su vida, dedicando su tiempo a diversos trabajos, asuntos amorosos y, fundamentalmente, a “autoeducarse”. Fue consultor atento y asiduo de la Enciclopedia Británica y el Diccionario Completo de Oxford. También aprendió idiomas, consiguiendo un considerable dominio del español y del francés, que le permitió incluso escribir poemas en estos idiomas.

Permaneció en Auburn hasta 1954, donde se casó con Carol Jones Dorman, y, siete años antes de su muerte, se fue a vivir a Pacific Grove, California, donde moriría el 14 de agosto de 1961.

Muchos obstáculos se opusieron a su proyectada carrera de poeta. El negocio de sus padres —la cría de pollos— no era muy rentable, y tuvo que aceptar multitud de trabajos, desde leñador hasta editor nocturno de un periódico local, pasando por recolector de fruta, minero y mecánico.

En 1912 publica The Startreader y consigue la protección del poeta George Sterling ingresando en el círculo literario de San Francisco, que incluía figuras como Jack London y Ambrose Bierce. Con Ebony and Crystal (1922) alcanza su auge como poeta, pero poco después abandonará la poesía para escribir relatos con los que poder ganarse la vida. Si al principio sus narraciones son rechazadas por Farnsworth Wright, editor de la entonces famosa Weird Tales, al final se convertirá en uno de sus colaboradores más importantes. Sin embargo, a partir de 1936 decae espectacularmente su producción. La desaparición de algunos de sus colegas, entre ellos Lovecraft, pudo influir en esta ausencia de creatividad.

Clark Ashton Smith es conocido en nuestro país de la mano de H. P. Lovecraft por su inclusión en el círculo del autor de Providence y su participación en Los Mitos de Cthulhu. Sin embargo, la correspondencia de H. P. nos revela una posible relación inversa de maestro—alumno. Fue el propio Lovecraft quien quedó fascinado por la poesía de Smith y se dirigió primeramente a él (carta del 12 de agosto de 1922), e incluso le pidió que ilustrara uno de sus relatos, “El horror oculto”, para Weird Tales. Con el tiempo, Smith va a ir perdiendo esta posición predominante, pero nunca del todo, manteniéndose siempre como uno de los más originales e independientes

autores cercanos a Lovecraft. El estilo de sus relatos confirma esta teoría si los comparamos con aquellos de August Derleth, Donald Wandrei, Belknap Long o Robert Bloch en su primera época.

Al abordar la obra de un escritor de relatos como Smith, se hace difícil lograr una acertada edición y selección de sus narraciones por lo variopinto de sus temas. Lo ideal hubiera sido iniciar una publicación cronológica, considerando la fecha de sus manuscritos, tarea prácticamente imposible por la multitud de cuentos recogidos en volúmenes, algunos poco menos que incunables para los lectores del género.

Otra alternativa hubiera sido la presentación de las antologías originales, editadas por Arkham House, desde las más antiguas a las más actuales, las primeras en vida del autor. Sin embargo, los problemas de los derechos de estos libros han hecho imposible esta elección. En definitiva, se ha preparado un volumen con lo mejor del autor —paternidad de la propia Arkham House—, dividido en ciclos temáticos: Averoiigne, Atlantis—Poseidonis y Los Mundos Perdidos, para seguir en la línea de nuestro título anteriormente publicado en la colección Ícaro, Zothique.

El ciclo de Averoiigne, del cual presentamos cuatro de sus cuentos, nos remite a la pasión del escritor por la cultura francesa y, sobre todo, por la literatura simbolista del siglo XIX —no por nada, posee el barroquismo y la exuberancia de aquella época—. Entre sus obras favoritas destacaban Las tentaciones de San Antonio y Salambó, de Gustave Flaubert, además de haber llegado a traducir Las Flores del Mal, de Baudelaire. Averoiigne evoca las reminiscencias de un reino pagano situado en la Galia Romana del siglo V, donde florece el culto prohibido de los druidas, cuyas connotaciones sacrílegas se acercan a los Mitos de Cthulhu de Lovecraft al inventarse el propio Smith el livre d'Eibon, alter ego del Necronomicon y cúmulo del saber blasfemo de aquella época.

En Atlantis—Poseidonis asistimos al lanzamiento y caída de los imperios perdidos, que, al igual que la serie sobre Hyperborea, nos muestra la grandeza de una edad supuestamente preglacial, donde sobreviven los cultos prehumanos. A destacar la personalidad del mago Malygris, protagonista de dos de los relatos recogidos, cuyas palabras anteceden la decadencia del esplendor perdido.

Con el epígrafe de Los Mundos Perdidos, que da título a este volumen, hemos incluido una gama de excelentes relatos, uno de ellos perteneciente a su serie sobre Xiccarph —El laberinto de Maal Dweb—, otro del mundo de La ciudad de la llama que canta, y algunos sobre el planeta Marte, más propios de la ciencia—ficción de los pulps de la época —destaca Las criptas de Yoh— Vombis, un antecedente del terror espacial impreso en la película Alien—. El resto de las narraciones se refieren a “paraísos artificiales” inducidos por supuestas drogas o por la imaginación del protagonista, que parte de un lugar común, su querida California, para comenzar a soñar con esos “Mundos Perdidos”. (Una aclaración: no debe confundirse esta última sección del libro con la antología del mismo nombre, presentada por Arkham House, aunque siete de los cuentos de dicha recopilación aparecen en el presente libro.)

En cada uno de los relatos que nos ocupan hemos señalado, además del título original de la obra, la fecha de su composición o el final de su elaboración, el lugar donde se publicó por primera vez y la antología original a la cual pertenece. Hay diferentes relatos que poseen más de un nombre conocido, dependiendo de las revistas donde fueron publicados o del capricho del propio autor. Esto también se ha tenido en cuenta, así como alguna otra nota aclaratoria.

A pesar de la importancia de Smith en Estados Unidos como uno de los precursores de la ciencia—ficción, el terror y la fantasía moderna, en España no deja de ser un autor para iniciados, poco conocido y apreciado. El fin de esta antología es subrayar su importancia y su nombre como uno de los grandes de la literatura fantástica. La consecución editorial de sus obras completas depende en cierta medida de la acogida que le dispense el lector.

Para terminar, me gustaría dedicar el trabajo en esta recopilación a Arturo Gonzalo por haber utilizado algunas de sus ideas sobre Clark Ashton Smith. También dar las gracias a Alejo Cuervo por la bibliografía consultada.

ALBERTO SANTOS CASTILLO

Septiembre 1991

INTRODUCCIÓN A LA EDICIÓN NORTEAMERICANA

RECORDANDO la época cuando tenía once o doce años, me vienen a la memoria dos narraciones, *La ciudad de la llama que canta* y *Señor del asteroide*, ambas de Clark Ashton Smith. Estas narraciones, más que ninguna otra que pueda recordar, son las responsables de mi decisión, todavía en el colegio, de convertirme en escritor. Desde luego que había otros escritores que me interesaban, pero, en lo que al campo de las narraciones cortas se refiere, Clark Ashton Smith era el único en mi horizonte. Llenaba mi mente de mundos increíbles, de maravillosas ciudades imposibles, y de las aún más fantásticas criaturas que habitaban esos mundos y ciudades.

Naturalmente, nunca imaginé, el día de Navidad de 1932, cuando recibí mi primera máquina de escribir de juguete, que llegaría el momento en que iba a poder pagar mi deuda de agradecimiento para con este hombre cuya influencia fue tan convincente y tan completa. Por lo tanto, esta introducción sólo puede ser fruto del cariño y no un ensayo crítico. Me basta con dejar éstos a otros que tienen esa afición, y a los que se les paga por ello.

Releyendo esas narraciones muchos años después, descubro la razón por la que han estado conmigo durante tanto tiempo: poseen, ante todo, una convicción sensual. Una de las primeras cosas que un escritor de ficción debe aprender es a rodear a sus personajes, y por lo tanto a sus lectores, de una escena, de una atmósfera, proveyéndoles de un marco de referencia. Una vez haya atrapado a sus lectores con las imágenes, sonidos, olores y texturas, podrá hacer con ellos lo que quiera. A partir de ese momento, no importa lo grandes o grotescos que sean los milagros que les presente; sus lectores no podrán resistirse ante ellos. Clark Ashton Smith raramente se ha desviado de esta primera ley de todo escritor. Cruce el umbral de sus historias, y se zambullirá en el color, el sonido, el sabor, el olor y la textura del lenguaje.

Smith siempre ha sido para mí un escritor especial para gustos especiales; su fama fue aislada. Si alguna vez dejará de serlo, yo no lo puedo afirmar. Todo escritor tiene algo sugerente, y aquellos que sobresalen de lo ordinario son, o bien condenados al infierno, o bien olvidados por el camino. Para aquellos lectores que no deseen condenar y que estén más que dispuestos a

recuperar lo que con frecuencia ha estado perdido, esta colección de relatos puede ser muy bien el especial, el solitario sabor que están buscando.

Aquí está el mundo, aquí están los mundos, de Clark Ashton Smith, cuyas ciudades empequeñecen las sombras que vagan a través de ellas. Querido lector, por favor, un paso adelante y sumérjase.

RAY BRADBURY

I - AVEROIGNE

THE HOLINESS OF AZÉDARAC

CLARK ASHTON SMITH

'**B**y the Ram with a Thousand Ewes! By the Tail of Dagon and the Horns of Derceto!' said Azédarac, as he fingered the tiny, pot-bellied vial of vermilion liquid on the table before him. 'Something will have to be done with this pestilential Brother Ambrose. I have now learned that he was sent to Ximes by the Archbishop of Averoine for no other purpose than to gather proof of my subterraneous connection with Azazel and the Old Ones. He has spied upon my evocations in the vaults, he has heard the hidden formulae, and beheld the veritable manifestation of Lilit, and even of log-Sotôt and Sodagui, those demons who are more ancient than the world; and this very morning, an hour ago, he has mounted his white ass for the return journey to Vyones. There are two ways — or, in a sense, there is one way — in which I can avoid the bother and inconvenience of a trial for sorcery: the contents of this vial must be administered to Ambrose before he has reached his journey's end — or, failing this, I myself shall be compelled to make use of a similar medicament.'

Jehan Mauvaissoir looked at the vial and then at Azédarac. He was not at all horrified, nor even surprised, by the non-episcopal oaths and the somewhat uncanonical statements which he had just heard from the Bishop of Ximes. He had known the Bishop too long and too intimately, and had rendered him too many services of an unconventional nature, to be surprised at anything. In fact, he had known Azédarac long before the sorcerer had ever dreamt of becoming a prelate, in a phase of his existence that was wholly unsuspected by the people of Ximes; and Azédarac had not troubled to keep many secrets from Jehan at any time.

'I understand,' said Jehan. 'You can depend upon it that the contents of the vial will be administered. Brother Ambrose will hardly travel post-haste on that

ambling white ass; and he will not reach Vyones before tomorrow noon. There is abundant time to overtake him. Of course, he knows me — at least, he knows Jehan Mauvaissoir.... But that can be easily remedied.'

Azédarac smiled confidently. 'I leave the affair — and the vial — in your hands, Jehan. Of course, no matter what the eventuation, with all the Satanic and pre-Satanic facilities at my disposal, I should be in no great danger from these addleheaded bigots. However, I am very comfortably situated here in Ximes; and the lot of a Christian Bishop who lives in the odor of incense and piety, and maintains in a meanwhile a private understanding with the Adversary, is certainly preferable to the mischancy life of a hedgesorcerer. I do not care to be annoyed or disturbed, or ousted from my sinecure, if such can be avoided.

'May Moloch devour that sanctimonious little milksop of an Ambrose,' he went on. 'I must be growing old and dull, not to have suspected him before this. It was the horrorstricken and averted look he has been wearing lately that made me think he had peered through the keyhole on the subterranean rites. Then, when I heard he was leaving, I wisely thought to review my library; and I have found that the Book of Eibon, which contains the oldest incantations, and the secret, man-forgotten lore of log-Sotôt and Sodagui, is now missing. As you know, I had replaced the former binding of aboriginal, sub-human skin with the sheep-leather of a Christian missal, and had surrounded the volume with rows of legitimate prayer-books. Ambrose is carrying it away under his robe as proof conclusive that I am addicted to the Black Arts. No one in Averoigne will be able to read the immemorial Hyperborean script; but the dragon's-blood illuminations and drawings will be enough to damn me.'

Master and servant regarded each other for an interval of significant silence. Jehan eyed with profound respect the haughty stature, the grimly lined lineaments, the grizzled tonsure, the odd, ruddy, crescent scar on the pallid brow of Azédarac, and the sultry points of orange-yellow fire that seemed to burn deep down in the chill and liquid ebon of his eyes. Azédarac, in his turn, considered with confidence the vulpine features and discreet, inexpressive air

of Jehan, who might have been — and could be, if necessary — anything from a mercer to a cleric.

'It is regrettable,' resumed Azédarac, 'that any question of my holiness and devotional probity should have been raised among the clergy of Averoigne. But I suppose it was inevitable sooner or later — even though the chief difference between myself and many other ecclesiastics is, that I serve the Devil wittingly and of my own free will, while they do the same in sanctimonious blindness.... However, we must do what we can to delay the evil hour of public scandal, and eviction from our neatly feathered nest. Ambrose alone could prove anything to my detriment at present; and you, Jehan, will remove Ambrose to a realm wherein his monkish tattlings will be of small consequence. After that, I shall be doubly vigilant. The next emissary from Vyones, I assure you, will find nothing to report but saintliness and bead-telling.'

II

The thoughts of Brother Ambrose were sorely troubled, and at variance with the tranquil beauty of the sylvan scene, as he rode onward through the forest of Averoigne between Ximes and Vyones. Horror was nesting in his heart like a knot of malignant vipers; and the evil Book of Eibon, that primordial manual of sorcery, seemed to burn beneath his robe like a huge, hot, Satanic sigil pressed against his bosom. Not for the first time, there occurred to him the wish that Clément, the Archbishop, had delegated someone else to investigate the Erebean turpitude of Azédarac. Sojourning for a month in the Bishop's household, Ambrose had learned too much for the peace of mind of any pious cleric, and had seen things that were like a secret blot of shame and terror on the white page of his memory. To find that a Christian prelate could serve the powers of nethermost perdition, could entertain in privacy the foulnesses that are older than Asmodai, was abysmally disturbing to his devout soul; and ever since then he had seemed to smell corruption everywhere, and had felt on every side the serpentine encroachment of the dark Adversary.

As he rode on among the somber pines and verdant beeches, he wished also that he were mounted on something swifter than the gentle, milk-white ass appointed for his use by the Archbishop. He was dogged by the shadowy intimation of leering gargoyle faces, of invisible cloven feet, that followed him behind the thronging trees and along the umbrageous meanderings of the road. In the oblique rays, the elongated webs of shadow wrought by the dying afternoon, the forest seemed to attend with bated breath the noisome and furtive passing of innominate things. Nevertheless, Ambrose had met no one for miles; and he had seen neither bird nor beast nor viper in the summer woods.

His thoughts returned with fearful insistence to Azédarac, who appeared to him as a tall, prodigious Antichrist, uprearing his sable vans and giant figure from out the flaming mire of Abaddon, Again he saw the vaults beneath the Bishop's mansion, wherein he had peered one night on a scene of infernal terror and loathsomeness, had beheld the Bishop swathed in the gorgeous, coiling fumes of unholy censers, that mingled in midair with the sulfurous and bituminous vapors of the Pit; and through the vapors had seen the lasciviously swaying limbs, the bellying and dissolving features of foul enormous entities.... Recalling them, again he trembled at the pre-Adamite lubriciousness of Lilit, again he shuddered at the trans-galactic horror of the demon Sodagui, and the ultra-dimensional hideousness of that being known as log-Sotôt to the sorcerers of Averroigne.

How balefully potent and subversive, he thought, were these immemorial devils, who had placed their servant Azédarac in the very bosom of the Church, in a position of high and holy trust. For nine years the evil prelate had held an unchallenged and unsuspected tenure, had befouled the bishopric of Ximes with infidelities that were worse than those of the Paynims. Then, somehow, through anonymous channels, a rumour had reached Clément — a warning whisper that not even the Archbishop had dared to voice aloud; and Ambrose, a young Benedictine monk, the nephew of Clément, had been dispatched to examine privily the festering foulness that threatened the integrity of the Church. Only at that time did anyone recall how little was actually known

regarding the antecedents of Azédarac; how tenuous were his claims to ecclesiastical preferment, or even to mere priestship; how veiled and doubtful were the steps by which he had attained his office. It was then realized that a formidable wizardry had been at work.

Uneasily, Ambrose wondered if Azédarac had already discovered the removal of the Book of Eibon from among the missals contaminated by its blasphemous presence. Even more uneasily, he wondered what Azédarac would do in that event, and how long it would take him to connect the absence of the volume with his visitor's departure.

At this point, the meditations of Ambrose were interrupted by the hard clatter of galloping hoofs that approached from behind. The emergence of a centaur from the oldest wood of paganism could scarcely have startled him to a keener panic; and he peered apprehensively over his shoulder at the nearing horseman. This person, mounted on a fine black steed with opulent trappings, was a bushy-bearded of obvious consequence; for his gay garments were those of a noble or a courtier. He overtook Ambrose and passed on with a polite nod, seeming to be wholly intent on his own affairs. The monk was immensely reassured, though vaguely troubled for some moments by a feeling that he had seen elsewhere, under circumstances which he was unable to recall, the narrow eyes and sharp profile that contrasted so oddly with the bluff beard of the horseman. However, he was comfortably sure that he had never seen the man in Ximes. The rider soon vanished beyond a leafy turn of the arboreal highway. Ambrose returned to the pious horror and apprehensiveness of his former soliloquy.

As he went on, it seemed to him that the sun had gone down with untimely and appalling swiftness. Though the heavens above were innocent of cloud, and the low-lying air was free from vapors, the woods were embrowned by an inexplicable gloom that gathered visibly on all sides. In this gloom, the trunks of the trees were strangely distorted, and the low masses of foliage assumed unnatural and disquieting forms. It appeared to Ambrose that the silence around him was a fragile film through which the raucous rumble and mutter of diabolic

voices might break at any moment, even as the foul and sunken driftage that rises anon above the surface of a smoothly flowing river.

With much relief, he remembered that he was not far from a wayside tavern, known as the Inn of Bonne Jouissance. Here, since his journey to Vyones was little more than half completed, he resolved to tarry for the night.

A minute more, and he saw the lights of the inn. Before their benign and golden radiance, the equivocal forest shadows that attended him seemed to halt and retire and he gained the haven of the tavern courtyard with the feeling of one who has barely escaped from an army of goblin perils.

Committing his mount to the care of a stable-servant, Ambrose entered the main room of the inn. Here he was greeted with the deference due to his cloth by the stout and unctuous taverner; and, being assured that the best accommodations of the place were at his disposal, he seated himself at one of several tables where other guests had already gathered to await the evening meal.

Among them, Ambrose recognized the bluff-bearded horseman who had overtaken him in the woods an hour ago. This person was sitting alone, and a little apart. The other guests, a couple of travelling mercers, a notary, and two soldiers, acknowledged the presence of the monk with all due civility; but the horseman arose from his table, and coming over to Ambrose, began immediately to make overtures that were more than those of common courtesy.

'Will you not dine with me, sir monk?' he invited, in a gruff but ingratiating voice that was perplexingly familiar to Ambrose, and yet, like the wolfish profile, was irre recognizable at the time.

'I am the Sieur des Émaux, from Touraine, at your service,' the man went on. 'It would seem that we are traveling the same road — possibly to the same destination. Mine is the cathedral city of Vyones. And yours?'

Though he was vaguely perturbed, and even a little suspicious, Ambrose found himself unable to decline the invitation. In reply to the last question, he admitted that he also was on his way to Vyones. He did not altogether like the *Sieur des Émaux*, whose slitted eyes gave back the candle-light of the inn with a covert glitter, and whose manner was somewhat effusive, not to say fulsome. But there seemed to be no ostensible reason for refusing a courtesy that was doubtless well-meant and genuine. He accompanied his host to their separate table.

'You belong to the Benedictine order, I observe,' said the *Sieur des Émaux*, eyeing the monk with an odd smile that was tinged with furtive irony. 'It is an order that I have always admired greatly — a most noble and worthy brotherhood. May I not inquire your name?'

Ambrose gave the requested information with a curious reluctance.

'Well, then, Brother Ambrose,' said the *Sieur des Émaux*, 'I suggest that we drink to your health and the prosperity of your order in the red wine of Averogne while we are waiting for supper to be served. Wine is always welcome following a long journey, and is no less beneficial before a good meal than after.'

Ambrose mumbled an unwilling assent. He could not have told why, but the personality of the man was more and more distasteful to him. He seemed to detect a sinister undertone in the purring voice, to surmise an evil meaning in the low-lidded glance. And all the while his brain was tantalized by intimations of a forgotten memory. Had he seen his interlocutor in Ximes? Was the self-styled *Sieur des Émaux* a henchman of Azédarac in disguise?

Wine was now ordered by his host, who left the table to confer with the innkeeper for this purpose, and even insisted on paying a visit to the cellar, that he might select a suitable viatage in person. Noting the obeisance paid to the man by the people of the tavern, who addressed him by name, Ambrose felt a certain measure of reassurance. When the taverner, followed by the *Sieur des*

Émaux, returned with two earthen pitchers of wine, he had well-nigh succeeded in dismissing his vague doubts and vaguer fears. Two large goblets were now placed on the table, and the Sieur des Émaux filled them immediately from one of the pitchers. It seemed to Ambrose that the first of the goblets already contained a small amount of some sanguine fluid, before the wine was poured into it; but he could not have sworn to this in the dim light, and thought that he must have been mistaken.

'Here are two matchless vintages,' said the Sieur des Émaux, indicating the pitchers. 'Both are so excellent that I was unable to choose between them; but you, Brother Ambrose, are perhaps capable of deciding their merits with a finer palate than mine.'

He pushed one of the filled goblets toward Ambrose. 'This is the wine of La Frenaie,' he said. 'Drink, it will verily transyort you from the world by virtue of the mighty fire that slumbers in its heart.'

Ambrose took the proffered goblet, and raised it to his lips. The Sieur des Émaux was bending forward above his own wine to inhale its bouquet; and something in his posture was terrifyingly familiar to Ambrose. In a chill flash of horror, his memory told him that the thin, pointed features behind the square beard were dubiously similar to those of Jehan Mauvaissoir, whom he had often seen in the household of Azédarac, and who, as he had reason to believe, was implicated in the Bishop's sorceries. He wondered why he had not placed the resemblance before, and what wizardry had drugged his powers of recollection. Even now he was not sure; but the mere suspicion terrified him as if some deadly serpent had reared its head across the table.

'Drink, Brother Ambrose,' urged the Sieur des Émaux, draining his own goblet. 'To your welfare and that of all good Benedictines.'

Ambrose hesitated. The cold, hypnotic eyes of his interlocutor were upon him, and he was powerless to refuse, in spite of all his apprehensions. Shuddering slightly, with the sense of some irresistible compulsion, and feeling

that he might drop dead from the virulent working of a sudden poison, he emptied his goblet.

An instant more, and he felt that his worst fears had been justified. The wine burned like the liquid flames of Phlegeton in his throat and on his lips; it seemed to fill his veins with a hot, infernal quicksilver. Then, all at once, an unbearable cold had inundated his being; an icy whirlwind wrapped him round with coils of roaring air, the chair melted beneath him, and he was falling through endless glacial gulfs. The walls of the inn had flown like receding vapors; the lights went out like stars in the black mist of a marish; and the face of the *Sieur des Émaux* faded with them on the swirling shadows, even as a bubble that breaks on the milling of midnight waters.

III

It was with some difficulty that Ambrose assured himself that he was not dead. He had seemed to fall eternally, through a gray night that was peopled with ever-changing forms, with blurred unstable masses that dissolved to other masses before they could assume definitude. For a moment, he thought there were walls about him once more; and then he was plunging from terrace to terrace of a world of phantom trees. At times, he thought also that there were human faces; but all was doubtful and evanescent, all was drifting smoke and surging shadow.

Abruptly, with no sense of transition or impact, he found that he was no longer falling. The vague fantasmagoria around him had returned to an actual scene — but a scene in which there was no trace of the *Inn of Bonne Jouissance*, or the *Sieur des Émaux*.

Ambrose peered about with incredulous eyes on a situation that was truly unbelievable. He was sitting in broad daylight on a large square block of roughly

hewn granite. Around him, at a little distance, beyond the open space of a grassy glade, were the lofty pines and spreading beeches of an elder forest, whose boughs were already touched by the gold of the declining sun. Immediately before him, several men were standing.

These men appeared to regard Ambrose with a profound and almost religious amazement. They were bearded and savage of aspect, with white robes of a fashion he had never before seen. Their hair was long and matted, like tangles of black snakes; and their eyes burned with a frenetic fire. Each of them bore in his right hand a rude knife of sharply chiselled stone.

Ambrose wondered if he had died after all, and if these beings were the strange devils of some unlisted hell. In the face of what had happened, and the light of Ambrose's own beliefs, it was a far from unreasonable conjecture. He peered with fearful trepidation at the supposed demons, and began to mumble a prayer to the God who had abandoned him so inexplicably to his spiritual foes. Then he remembered the necromantic powers of Azédarac, and conceived another surmise — that he had been spirited bodily away from the Inn of Bonne Jouissance, and delivered into the hands of those pre-Sataaic entities that served the sorcerous Bishop. Becoming convinced of his own physical solidity and integrity, and reflecting that such was scarcely the appropriate condition of a disincarnate soul, and also that the sylvan scene about him was hardly characteristic of the infernal regions, he accepted this as the true explanation. He was still alive, and still on earth, though the circumstances of his situation were more than mysterious, and were fraught with dire, unknowable danger.

The strange beings had maintained an utter silence, as if they were too dumbfounded for speech. Hearing the prayerful murmurs of Ambrose, they seemed to recover from their surprise, and became not only articulate but vociferous. Ambrose could make nothing of their harsh vocables, in which sibilants and aspirates and gutturals were often combined in a manner difficult for the normal human tongue to imitate. However, he caught the word 'taranit',

several times repeated, and wondered if it were the name of an especially malevolent demon.

The speech of the weird beings began to assume a sort of rude rhythm, like the intonations of some primordial chant. Two of them stepped forward and seized Ambrose, while the voices of their companions rose in a shrill, triumphant litany.

Scarcely knowing what had happened, and still less what was to follow, Ambrose was flung supine on the granite block, and was held down by one of his captors, while the other raised aloft the keen blade of chiselled flint which he carried. The blade was poised in the air above Ambrose's heart, and the monk realized in sudden terror that it would fall with dire velocity and pierce him through before the lapse of another moment.

Then, above the demoniac chanting, which had risen to a mad, malignant frenzy, he heard the sweet and imperious cry of a woman's voice. In the wild confusion of his terror, the words were strange and meaningless to him; but plainly they were understood by his captors, and were taken as an undeniable command. The stone knife was lowered sullenly, and Ambrose was permitted to resume a sitting posture on the flat slab.

His rescuer was standing on the edge of the open glade, in the wide-flung umbrage of an ancient pine. She came forward now; and the white-garmented beings fell back with evident respect before her. She was very tall, with a fearless and regal demeanor, and was gowned in a dark shimmering blue, like the star-laden blue of nocturnal summer skies. Her hair was knotted in a long golden-brown braid, heavy as the glistening coils of some eastern serpent. Her eyes were a strange amber, her lips a vermilion touched with the coolness of woodland shadow, and her skin was of alabastrine fairness. Ambrose saw that she was beautiful; but she inspired him with the same awe that he would have felt before a queen, together with something of the fear and consternation which a virtuous young monk would conceive in the perilous presence of an alluring succubus.

'Come with me,' she said to Ambrose, in a tongue that his monastic studies enabled him to recognize as an obsolete variant of the French of Averaigne — a tongue that no man had supposedly spoken for many hundred years. Obediently and in great wonder, he arose and followed her, with no hindrance from his glowering and reluctant captors.

The woman led him to a narrow path that wound sinuously away through the deep forest. In a few moments, the glade, the granite block, and the cluster of white-robed men were lost to sight behind the heavy foliage.

'Who are you?' asked the lady, turning to Ambrose. 'You look like one of those crazy missionaries who are beginning to enter Averaigne nowadays. I believe that people call them Christians. The Druids have sacrificed so many of them to Taranit, that I marvel at your temerity in coming here.'

Ambrose found it difficult to comprehend the archaic phrasing; and the import of her words was so utterly strange and baffling that he felt sure he must have misunderstood her.

'I am Brother Ambrose,' he replied, expressing himself slowly and awkwardly in the long-disused dialect. 'Of course, I am a Christian; but I confess that I fail to understand you. I have heard of the pagan Druids; but surely they were all driven from Averaigne many centuries ago.'

The woman stared at Ambrose, with open amazement and pity. Her brownish-yellow eyes were bright and clear as a mellowed wine.

'Poor little one,' she said. 'I fear that your dreadful experiences have served to unsettle you. It was fortunate that I came along when I did, and decided to intervene. I seldom interfere with the Druids and their sacrifices; but I saw you sitting on their altar a little while ago, and was struck by your youth and comeliness.'

Ambrose felt more and more that he had been made the victim of a most peculiar sorcery; but, even yet, he was far from suspecting the true magnitude of this sorcery. Amid his bemusement and consternation, however, he realized that he owed his life to the singular and lovely woman beside him, and began to stammer out his gratitude.

'You need not thank me,' said the lady, with a dulcet smile. 'I am Moriamis, the enchantress, and the Druids fear my magic, which is more sovereign and more excellent than theirs, though I use it only for the welfare of men and not for their bale or bane.' The monk was dismayed to learn that his fair rescuer was a sorceress, even though her powers were professedly benignant. The knowledge added to his alarm; but he felt that it would be politic to conceal his emotions in this regard.

'Indeed, I am grateful to you,' he protested. 'And now, if you can tell me the way to the Inn of Bonne Jouissance, which I left not long ago, I shall owe you a further debt.' Moriamis knitted her light brows. 'I have never heard of the Inn of Bonne Jouissance. There is no such place in this region.'

'But this is the forest of Averoine, is it not?' inquired the puzzled Ambrose. 'And surely we are not far from the road that runs between the town of Ximes and the city of Vyones?'

'I have never heard of Ximes, or Vyones, either,' said Moriamis. 'Truly, the land is known as Averoine, and this forest is the great wood of Averoine, which men have called by that name from primeval years. But there are no towns such as the ones whereof you speak, Brother Ambrose. I fear that you still wander a little in your mind.' Ambrose was aware of a maddening perplexity. 'I have been most damnably beguiled,' he said, half to himself. 'It is all the doing of that abominable sorcerer, Azédarac, I am sure.'

The woman started as if she had been stung by a wild bee. There was something both eager and severe in the searching gaze that she turned upon Ambrose.

'Azédarac?' she queried. 'What do you know of Azé- darac? I was once acquainted with someone by that name; and I wonder if it could be the same person. Is he tall and a little gray, with hot, dark eyes, and a proud, half-angry air, and a crescent scar on the brow?'

Greatly mystified, and more troubled than ever, Ambrose admitted the veracity of her description. Realizing that in some unknown way he had stumbled upon the hidden antecedents of the sorcerer, he confided the story of his adventures to Moriamis, hoping that she would reciprocate with further information concerning Azédarac.

The woman listened with the air of one who is much interested but not at all surprised.

'I understand now,' she observed, when he had finished. Anon I shall explain everything that mystifies and troubles you. I think I know this Jehan Mauvaissoir, also; he has long been the man-servant of Azédarac, though his name was Melchire in other days. These two have always been the underlings of evil, and have served the Old Ones in ways forgotten or never known by the Druids.'

'Indeed, I hope you can explain what has happened,' said Ambrose. 'It is a fearsome and strange and ungodly thing, to drink a draft of wine in a tavern at eventide, and then find one's self in the heart of the forest by afternoon daylight, among demons such as those from whom you succored me.'

'Yea,' countered Moriamis 'it is even stranger than you dream. Tell me, Brother Ambrose, what was the year in which you entered the Inn of Bonne Jouissance?'

'Why, it is the year of our Lord, 1175, of course. What other year could it be?'

'The Druids use a different chronology,' replied Moriamis, 'and their notation would mean nothing to you. But, according to that which the Christian missionaries would now introduce in Averroigne, the present year is A.D. 475. You have been sent back no less than seven hundred years into what the people of your era would regard as the past. The Druid altar an which I found you lying is probably located on the future site of the Inn of Bonne Jouissance.'

Ambrose was more than dumbfounded. His mind was unable to grasp the entire import of Moriamis' words.

'But how can such things be?'' he cried. 'How can a man go backward in time, among years and people that have long turned to dust?'

'That, mayhap, is a mystery for Azédarac to unriddle. However, the past and the future co-exist with what we call the present, and are merely the two segments of the circle of time. We see them and name them according to our own position in the circle.'

Ambrose felt that he had fallen among necromancies of a most unhallowed and unexampled sort, and had been made the victim of diableries unknown to the Christian catalogues.

Tongue-tied by a consciousness that all comment, all protest or even prayer would prove inadequate to the situation, he saw that a stone tower with small lozenge-shaped windows was now visible above the turrets of pine along the path which he and Moriamis were following.

'This is my home,' said Moriamis, as they came forth from beneath the thinning trees at the foot of a little knoll on which the tower was situated. 'Brother Ambrose, you must be my guest.'

Ambrose was unable to decline the proffered hospitality, in spite of his feeling that Moriamis was hardly the most suitable of chatelaines for a chaste and God-fearing monk. However, the pious misgivings with which she inspired

him were not unmingled with fascination. Also, like a lost child, he clung to the only available protection in a land of fearful perils and astounding mysteries.

The interior of the tower was neat and clean and homelike, though with furniture of a ruder sort than that to which Ambrose was accustomed, and rich but roughly woven arrases. A serving-woman, tall as Moriamis herself, but darker, brought to him a huge bowl of milk and wheaten bread, and the monk was now able to assuage the hunger that had gone unsatisfied in the Inn of Bonne Jouissance.

As he seated himself before the simple fare, he realized that the Book of Eibon was still heavy in the bosom of his gown. He removed the volume, and gave it gingerly to Moriamis. Her eyes widened, but she made no comment until he had finished his meal. Then she said:

'This volume is indeed the property of Azédarac, who was formerly a neighbor of mine. I knew the scoundrel quite well — in fact, I knew him all too well.' Her bosom heaved with an obscure emotion as she paused for a moment. 'He was the wisest and the mightiest of sorcerers, and the most secret withal; for no one knew the time and the manner of his coming into Averoine, or the fashion in which he had procured the immemorial Book of Eibon, whose runic writings were beyond the lore of all other wizards. He was master of all enchantments and all demons, and likewise a compounder of mighty potions. Among these were certain philtres, blended with potent spells and possessed of unique virtue, that would send the drinker backward or forward in time. One of them, I believe, was administered to you by Melchire, or Jehan Mauvaissoir; and Azédarac himself, together with this man-servant, made use of another — perhaps not for the first time — when they went onward from the present age of the Druids into that age of Christian authority to which you belong. There was a blood-red vial for the past, and a green for the future. Behold! I possess one of each — though Azédarac was unaware that I knew of their existence.'

She opened a little cupboard, in which were the various charms and medicaments, the sun-dried herbs and mooncompounded essences that a

sorceress would employ. From among them she brought out the two vials, one of which contained a sanguine-colored liquid, and the other a fluid of emerald brightness.

'I stole them one day, out of womanly curiosity, from his hidden store of philtres and elixirs and nagistrals,' continued Moriamis. 'I could have followed the rascal when he disappeared into the future, if I had chosen to do so. But I am well enough content with my own age; and moreover, I am not the sort of woman who pursues a wearied and reluctant lover....'

'Then,' said Ambrose, more bewildered than ever, but hopeful, 'if I were to drink the contents of the green vial, I should return to my own epoch.'

'Precisely. And I am sure, from what you have told me, that your return would be a source of much annoyance to Azédarac. It is like the fellow, to have established himself in a fat prelacy. He was ever the master of circumstance, with an eye to his own accommodation and comfort. It would hardly please him, I am sure, if you were to reach the Archbishop.... I am not revengeful by nature ... but on the other hand — '

'It is hard to understand how anyone could have wearied of you,' said Ambrose, gallantly, as he began to comprehend the situation.

Moriamis smiled. 'That is prettily said. And you are really a charming youth, in spite of that dismal-looking robe. I am glad that I rescued you from the Druids, who would have torn your heart out and offered it to their demon, Taranit.'

'And now you will send me back?'

Moriamis frowned a little, and then assumed her most seductive air.

'Are you in such a hurry to leave your hostess? Now that you are living in another century than your own, a day, a week, or a month will make no

difference in the date of your return. I have also retained the formulas of Azédarac; and I know how to graduate the potion, if necessary. The usual period of transportation in time is exactly seven hundred years; but the philtre can be strengthened or weakened a little.'

The sun had fallen beyond the pines, and a soft twilight was beginning to invade the tower. The maid-servant had left the room. Moriamis came over and seated herself beside Ambrose on the rough bench he was occupying. Still smiling, she fixed her amber eyes upon him, with a languid flame in their depths — a flame that seemed to brighten as the dusk grew stronger. Without speaking, she began slowly to unbraid her heavy hair, from which there emanated a perfume that was subtle and delicious as the perfume of grape-flowers.

Ambrose was embarrassed by this delightful proximity. 'I am not sure that it would be right for me to remain, after all. What would the Archbishop think?'

'My dear child. the Archbishop will not even be born for at least six hundred and fifty years. And it will be still longer before you are born. And when you return, anything that you have done during your stay with me will have happened no less than seven centuries ago ... which should be long enough to procure the remission of any sin, no matter how often repeated.'

Like a man who has been taken in the toils of some fantastic dream, and finds that the dream is not altogether disagreeable, Ambrose yielded to this feminine and irrefutable reasoning. He hardly knew what was to happen; but, under the exceptional circumstances indicated by Moriamis, the rigors of monastic discipline might well be relaxed to almost any conceivable degree, without entailing spiritual perdition or even a serious breach of vows.

A month later, Moriamis and Ambrose were standing beside the Druid altar. It was late in the evening; and a slightly gibbous moon had risen upon the deserted glade and was fringing the tree-tops with wefted silver. The warm breath of the summer night was gentle as the sighing of a woman in slumber.

'Must you go, after all?' said Moriamis, in a pleading and regretful voice.

'It is my duty. I must return to Clément with the Book of Eibon and the other evidence I have collected against Azédarac.' The words sounded a little unreal to Ambrose as he uttered them; and he tried very hard, but vainly, to convince himself of the cogency and validity of his arguments. The idyll of his stay with Moriamis, to which he was oddly unable to attach any true conviction of sin, had given to all that preceded it a certain dismal insubstantiality. Free of all responsibility or restraint, in the sheer obliviousness of dreams, he had lived like a happy pagan; and now he must go back to the drear existence of a mediaeval monk, beneath the prompting of an obscure sense of duty.

'I shall not try to hold you,' Moriamis sighed. 'But I shall miss you, and remember you as a worthy lover and a pleasant playmate. Here is the philtre.' The green essence was cold and almost hueless in the moonlight, as Moriamis poured it into a little cup and gave it to Ambrose.

'Are you sure of its precise efficacy?' the monk inquired. 'Are you sure that I shall return to the Inn of Bonne Jouissance, at a time not far subsequent to that of my departure therefrom?'

'Yea,' said Moriamis, 'for the potion is infallible. But stay, I have also brought along the other vial — the vial of the past. Take it with you — for who knows, you may sometime wish to return and visit me again.'

Ambrose accepted the red vial and placed it in his robe beside the ancient manual of Hyperborean sorcery. Then, after an appropriate farewell to Moriamis, he drained with sudden resolution the contents of the cup.

The moonlit glade, the gray altar, and Moriamis, all vanished in a swirl of flame and shadow. It seemed to Ambrose that he was soaring endlessly through fantasmagoric gulfs, amid the ceaseless shifting and melting of unstable things, the transient forming and fading of irresoluble worlds. At the end, he found himself sitting once more in the Inn of Bonne Jouissance. at what he assumed to be the very same table before which he had sat with the Sieur des Émaux. It was daylight, and the room was full of people, among whom he looked in vain for the rubicund face of the innkeeper, or the servants and fellow-guests he had previously seen. All were unfamiliar to him; and the furniture was strangely worn, and was grimier than he remembered it.

Perceiving the presence of Ambrose, the people began to eye him with open curiosity and wonderment. A tall man with dolorous eyes and lantern jaws came hastily forward and bowed before him with an air that was half servile but full of a prying impertinence.

'What do you wish?' he asked.

'Is this the Inn of Bonne Jouissance?'

The innkeeper stared at Ambrose. 'Nay, it is the Inn of Haute Esperance, of which I have been the taverner these thirty years. Could you not read the sign? It was called the Inn of Bonne Jouissance in my father's time, but the name was changed after his death.'

Ambrose was filled with consternation. 'But the inn was differently named, and was kept by another man when I visited it not long ago,' he cried in bewilderment. 'The owner was a stout, jovial man, not in the least like you.'

'That would answer the description of my father,' said the taverner, eyeing Ambrose more dubiously than ever. 'He has been dead for the full thirty years of which I speak; and surely you were not even born at the time of his decease.'

Ambrose began to realize what had happened. The emerald potion, by some error or excess of potency, had taken him many years beyond his own time into the future!

'I must resume my journey to Vyones,' he said in a bewildered voice, without fully comprehending the implications of his situation. 'I have a message for the Archbishop Clément — and must not delay longer in delivering it.'

'But Clément has been dead even longer than my father,' exclaimed the inn-keeper. 'From whence do you come, that you are ignorant of this?' It was plain from his manner that he had begun to doubt the sanity of Ambrose. Others, overhearing the strange discussion, had begun to crowd about, and were plying the monk with jocular and sometimes ribald questions.

'And what of Azédarac, the Bishop of Ximes? Is he dead, too?' inquired Ambrose, desperately. 'You mean St. Azédarac, no doubt. He outlived Clément, but nevertheless he has been dead and duly canonized for thirty-two years. Some say that he did not die, but was transported to heaven alive, and that his body was never buried in the great mausoleum reared for him at Ximes. But that is probably a mere legend.'

Ambrose was overwhelmed with unspeakable desolation and confusion. In the meanwhile, the crowd about him had increased, and in spite of his robe, he was being made the subject of rude remarks and jeers.

'The good Brother has lost his wits,' cried some. 'The wines of Averoine are too strong for him,' said others. 'What year is this?' demanded Ambrose, in his desperation.

'The year of our Lord, 1230,' replied the taverner, breaking into a derisive laugh. 'And what year did you think it was?'

'It was the year 1175 when I last visited the Inn of Bonne Jouissance,' admitted Ambrose.

His declaration was greeted with fresh jeers and laughter. 'Hola, young sir, you were not even conceived at that time,' the taverner said. Then, seeming to remember something, he went on in a more thoughtful tone: 'When I was a child, my father told me of a young monk, about your age, who came to the Inn of Bonne Jouissance one evening in the summer of 1175, and vanished inexplicably after drinking a draft of red wine. I believe his name was Ambrose. Perhaps you are Ambrose, and have only just returned from a visit to nowhere.' He gave a derisory wink, and the new jest was taken up and bandied from mouth to mouth among the frequenters of the tavern.

Ambrose was trying to realize the full import of his predicament. His mission was now useless, through the death or disappearance of Azédarac; and no one would remain in all Averoine to recognize him or believe his story. He felt the hopelessness of his alienation among unknown years and people.

Suddenly he remembered the red vial given him at parting by Moriamis. The potion, like the green philtre, might prove uncertain in its effect; but he was seized by an all-consuming desire to escape from the weird embarrassment and wilderment of his present position. Also, he longed for Moriamis like a lost child for its mother; and the charm of his sojourn in the past was upon him with an irresistible spell. Ignoring the ribald faces and voices about him, he drew the vial from his bosom, uncorked it, and swallowed the contents....

V

He was back in the forest glade, by the gigantic altar. Moriamis was beside him again, lovely and warm and breathing; and the moon was still rising above the pinetops. It seemed that no more than a few moments could have elapsed since he had said farewell to the beloved enchantress. 'I thought you might return,' said Moriamis. 'And I waited a little while.'

Ambrose told her of the singular mishap that had attended his journey in time.

Moriamis nodded gravely. 'The green philtre was more potent than I had supposed,' she remarked. 'It is fortunate, though, that the red philtre was equivalently strong, and could bring you back to me through all those added years. You will have to remain with me now, for I possessed only the two vials. I hope you are not sorry.'

Ambrose proceeded to prove, in a somewhat unmonastic manner, that her hope was fully justified.

Neither then nor at any other time did Moriamis tell him that she herself had strengthened slightly and equally the two philtres by means of the private formula which she had also stolen from Azédarac.

LA SANTIDAD DE AZÉDARAC

CLARK ASHTON SMITH

- ¡Por la cabra de las mil tetas! ¡Por la cola de Dagón y los cuernos de Derceto! —dijo Azédarac mientras acariciaba el pequeño frasco panzudo lleno de un líquido escarlata colocado en la mesa frente a él—. Algo hay que hacer con este pestilente hermano Ambrosio. He descubierto ahora que ha sido enviado a Ximes por el arzobispo de Averoigne sin ningún otro propósito que reunir pruebas de mi conexión subterránea con Azazel y los Antiguos. Ha espiado mis invocaciones en las criptas, ha escuchado las fórmulas ocultas y ha contemplado la auténtica manifestación de Lilit, e incluso de log—Sotôt y Sodagui, esos demonios que son más antiguos que el mundo; y esta misma mañana, hace una hora, ha montado en su asno blanco para el viaje de regreso a Vyones. Hay dos maneras —o, en un sentido, hay una manera— en las cuales puedo evitar las molestias e inconvenientes de un juicio por brujería: el contenido de este frasco debe ser administrado a Ambrosio antes de que llegue al final de su viaje, o, a falta de esto, yo mismo me veré obligado a hacer uso de un medicamento semejante.

Jehan Mauvaissoir miró el frasco y luego a Azédarac. No estaba en absoluto horrorizado, ni siquiera sorprendido, por los nada episcopales juramentos y afirmaciones poco antieclesiásticas que acababa de escuchar del obispo de Ximes. Había conocido al obispo demasiado tiempo y demasiado íntimamente, y le había prestado demasiados servicios de una naturaleza anticonvencional, para sorprenderse ante nada. De hecho, había conocido a Azédarac mucho antes de que el hechicero hubiese soñado con convertirse en sacerdote, en una fase de su existencia que era del todo insospechada por las gentes de Ximes; y Azédarac no se había molestado en tener muchos secretos con Jehan en ningún momento.

—Comprendo —dijo Jehan—. Puedes contar con que el contenido del frasco será administrado. El hermano Ambrosio difícilmente viajará con rapidez sobre aquel asno blanco que va al paso; y no alcanzará Vyones antes de mañana al

mediodía. Hay tiempo abundante para alcanzarle. Por supuesto, él me conoce. O, al menos, conoce a Jehan Mauvaissoir... Pero eso puede remediarse fácilmente.

Azédarac sonrió confiado.

—Dejo el asunto y el frasco en tus manos, Jehan. Por supuesto, no importa cuál sea el resultado; con todos los medios satánicos y pre—satánicos a mi disposición, no estaré en ningún gran peligro por parte de esos fanáticos mentecatos. Sin embargo, me encuentro muy cómodamente situado aquí en Ximes, y el destino de un obispo cristiano que vive entre el olor del incienso y de la piedad, y mantiene mientras tanto un acuerdo privado con el Adversario, es ciertamente preferible a la vida accidentada de un hechicero de campo. Preferiría no ser molestado o distraído, o ser expulsado de mi sinecura, si algo semejante puede evitarse.

—Ojalá que Moloch devore a ese pequeño mojigato maricón de Ambrosio —continuó—, debo estar volviéndome viejo y tonto al no haber sospechado de él antes. Fue la expresión horrorizada y de asco que tenía últimamente lo que me hizo pensar que había observado a través del agujero de la cerradura los ritos subterráneos. Entonces, cuando oí que se marchaba, sabiamente decidí revisar mi biblioteca y descubrí que el *Libro de Eibon*, que contiene los hechizos más antiguos y la sabiduría secreta olvidada por el hombre, de log—Sotôt y Sodagui, había desaparecido. Como tú sabes, había sustituido su encuadernación original de piel de un aborígen subhumano por la de cordero de un misal cristiano y había rodeado el volumen con filas de libros de oración legítimos. Ambrosio se lleva debajo de su túnica una prueba concluyente de que soy un adicto de las Artes Negras. Nadie en Averaigne será capaz de leer el alfabeto inmemorial de Hiperboria; pero las ilustraciones hechas con sangre de dragón y los dibujos bastarán para condenarme.

Amo y criado se miraron mutuamente durante un intervalo de silencio significativo. Jehan miró con respeto la estatura orgullosa, las facciones tristemente marcadas, la tonsura rizada, la extraña y rojiza cicatriz en forma de media luna sobre la pálida frente de Azédarac, los brillantes puntos de fuego amarillo naranja que parecían arder en las profundidades del ébano líquido y congelado de sus ojos. Azédarac, por su parte, estudió con confianza las facciones vulpinas y el aire discreto, inexpresivo, de Jehan, quien podría haber

sido —y aún podía serlo, si fuese necesario— cualquier cosa, desde un emisario a un clérigo.

—Es lamentable —continuó Azédarac— que cualquier duda sobre mi santidad y probidad devocional se haya levantado entre la clerecía de Averoigne. Pero supongo que era inevitable tarde o temprano. Aunque la principal diferencia entre yo mismo y otros muchos eclesiásticos es que yo sirvo al demonio a sabiendas y por mi propia voluntad, mientras que ellos hacen lo mismo en su ceguera sanctimoniosa... Sin embargo, debemos hacer lo que podamos para retrasar la mala hora del escándalo público y la expulsión de nuestro bien emplumado nido. En la actualidad, sólo Ambrosio puede probar algo para mi daño; y tú, Jehan, enviarás a Ambrosio a un reino en que sus chivateos frailunos tendrán escasas consecuencias. Después de eso, estaré doblemente vigilante. El próximo emisario de Vyones, te lo aseguro, no encontrará otra cosa sobre la que informar que santidad y el recitado del Rosario.

II

Los pensamientos del hermano Ambrosio estaban gravemente perturbados, y en contraste con la tranquila escena rústica que le rodeaba, mientras cabalgaba a través del bosque de Averoigne entre Ximes y Vyones. El horror anidaba en su corazón como un nido de malignas víboras; y el maléfico Libro de Eibon, ese manual de hechicería primordial, parecía arder debajo de su túnica como un enorme y caliente amuleto satánico, apoyado contra su regazo. No por primera vez, se le ocurrió la idea de que Clemente, el arzobispo, hubiese delegado en otro para investigar la negra depravación de Azédarac. Residiendo durante un mes en el hogar del obispo, Ambrosio había aprendido demasiado para la tranquilidad del espíritu de un piadoso clérigo y había visto cosas que eran como una mancha secreta de terror y vergüenza en las páginas blancas de su memoria. Descubrir que un prelado cristiano podía servir a los poderes de la más completa perdición, que podía recibir en privado perversiones más antiguas que Asmodai, era abismalmente intranquilizador para su alma devota; y desde entonces le había parecido oler la corrupción por

todas partes, y había sentido por todos lados el avance serpentino del oscuro Adversario.

Mientras cabalgaba a través de los tristes pinos y los verdosos hayales, deseó también haber montado sobre algo más rápido que este amable asno, blanco como la leche, destinado a su uso por el arzobispo. Era seguido por la sugestión sombría de burlones rostros de gárgolas, de invisibles pies hendidos, que le seguían detrás de los árboles que se amontonaban y a lo largo de los umbrosos recodos del camino. En los oblicuos rayos, en las alargadas redes de sombras traídas por la tarde agonizante, el bosque parecía esperar, conteniendo el aliento, el apestoso y furtivo acontecer de cosas innominables. Sin embargo, Ambrosio no había encontrado a nadie en varias millas; y no había visto ni animal ni pájaro ni víbora en el bosque veraniego. Sus pensamientos volvían con insistencia temible hacia Azédarac, quien le parecía un Anticristo alto, prodigioso, alzando sus negras vanguardias y su figura gigantesca del barro ardiente de Abaddon. De nuevo, vio los sótanos debajo de la mansión del obispo, en los cuales una noche fue testigo de una escena de terror y asquerosidad infernales. Había contemplado al obispo envuelto en las coloridas exhalaciones de incensarios malditos, que se mezclaban en medio del aire con los vapores sulfurosos y bituminosos del abismo; y a través de los vapores había visto los miembros que se ondulaban lascivamente, los engañosos rasgos, que se deshacían, de asquerosas y enormes entidades... Recordándolas, tembló de nuevo ante la preadamita lujuria de Lilit, de nuevo sintió un escalofrío ante el horror transgaláctico del demonio Sodagui y la fealdad ultra—dimensional del ser conocido como log—Sotôt por los hechiceros de Averouigne.

Cuán perniciosamente poderosos y subversivos, pensó él, eran estos demonios de antigüedad inmemorial, quienes habían situado a su sirviente Azédarac en el propio seno de la Iglesia, en una situación de confianza elevada y sagrada. Durante nueve años, el malvado prelado había mantenido la posesión de su cargo sin despertar sospechas ni ser puesto en duda, había envilecido la tiara obispal de Ximes con descreimientos que eran mucho peores que los de los sarracenos. Entonces, de alguna manera, a través de un canal anónimo, un rumor había alcanzado a Clemente, un aviso susurrado que ni siquiera el arzobispo se había atrevido a decir en voz alta; y Ambrosio, un joven

monje benedictino, había sido enviado para estudiar privadamente la vileza que se extendía, que amenazaba la integridad de la Iglesia. Sólo en ese momento, se acordó alguien de lo poco que se sabía con seguridad en relación a los antecedentes de Azédarac; cuán tenues eran sus pretensiones a un ascenso eclesiástico, o hasta al simple sacerdocio; lo oscuros y dudosos que eran los pasos por los cuales había alcanzado su puesto. Fue entonces cuando se supo que una brujería formidable había estado operando.

Nerviosamente, Ambrosio se preguntó si Azédarac ya había descubierto que el *Libro de Eibon* había sido retirado de los misales que contaminaba con su presencia, y cuánto tardaría en conectar la desaparición del volumen con la partida de su visitante.

En este punto, las meditaciones de Ambrosio fueron interrumpidas por el duro resonar de herraduras galopantes, que se aproximaban por detrás. La aparición de un centauro, procedente de los más antiguos bosques del paganismo, difícilmente podría haber despertado en él un pánico más vivo; y miró nerviosamente por encima del hombro al jinete que se aproximaba. Esta persona, montada sobre un buen caballo negro con arreos opulentos, era un hombre de barba poblada y evidente importancia, porque sus alegres ropajes eran propios de un noble o un cortesano. Alcanzó a Ambrosio y pasó de largo con una educada inclinación de cabeza, aparentemente absorbido por completo en sus propios asuntos. El monje se sintió muy aliviado, aunque vagamente preocupado durante unos instantes, por la sensación de que había visto anteriormente, en circunstancias que era incapaz de recordar, los ojos estrechos y el perfil afilado que contrastaban tan extrañamente con la poblada barba del jinete. Sin embargo, estaba bastante seguro de que nunca había visto a aquel hombre en Ximes. El jinete desapareció pronto detrás de un recodo frondoso de la arbórea pista. Ambrosio volvió al horror piadoso y a la aprehensividad de su anterior soliloquio.

Al continuar, le pareció que el sol se había puesto con una rapidez lamentable e inoportuna. Aunque los cielos sobre él estaban limpios de nubes y el aire libre de vapores, los bosques se hallaban sumergidos en una lobreguez inexplicable que aumentaba visiblemente por todos lados. Y, en esta tiniebla, los troncos de los árboles estaban extrañamente distorsionados y las masas bajas de follaje adquirían formas antinaturales e inquietantes. Le pareció a

Ambrosio que el silencio a su alrededor era una frágil película a través de la cual el ronco rumor y el murmullo de voces diabólicas podría abrirse paso en cualquier momento como la madera podrida sumergida que se alza de nuevo a la superficie de la corriente de un río de rauda fluir.

Con mucho alivio, recordó que no se encontraba lejos de una posada situada al lado del camino, conocida como la posada de Bonne Jouissance. Aquí, dado que le faltaba poco para completar la mitad de su viaje a Vyones, decidió reposar durante la noche.

Un minuto más, y vio las luces de la posada. Ante su brillo, benigno y dorado, las equívocas sombras del bosque que le seguían parecieron parar y retirarse cuando alcanzó el refugio del patio, sintiéndose como alguien que había escapado por los pelos de un ejército de peligrosos duendes. Entregando su montura al cuidado del sirviente del establo, Ambrosio entró en el cuarto principal de la posada. Allí fue recibido con el respeto debido a su hábito por el forzado y seboso posadero y, tras asegurársele que los mejores alojamientos del lugar estaban a su disposición, se sentó en una de las diversas mesas donde los otros huéspedes se habían reunido para esperar la cena.

Entre ellos, Ambrosio reconoció al jinete de poblada barba que le había alcanzado en los bosques hacía una hora. Estaba sentado solo, un poco separado. Los otros invitados, una pareja de sederos, un notario y dos soldados, reconocieron la presencia del monje con toda la debida educación; pero el jinete se levantó de su mesa y, acercándose hasta Ambrosio, comenzó inmediatamente a hacerle propuestas que excedían la normal educación.

—¿No cenará conmigo, señor fraile? —invitó con una voz brusca pero insinuante que resultaba extrañamente familiar a Ambrosio, y que, sin embargo, como el perfil lobuno, no podía reconocer en aquel momento.

—Soy⁴ el Sieur des Èmaux, natural de Touraine, a vuestro servicio —el hombre continuó—. Parece que estamos viajando en la misma dirección y posiblemente con el mismo destino. El mío es la ciudad catedralicia de Vyones. ¿Y el vuestro?

Aunque estaba vagamente molesto, e incluso sentía algunas sospechas, Ambrosio se encontró incapaz de rechazar la invitación. Como respuesta a la última pregunta, reconoció que él mismo también se encontraba en camino

hacia Vyones. No le gustaba del todo el *Sieur des Èmaux*, cuyos ojos rasgados devolvían la luz de las velas de la posada con un brillo equívoco, y cuyos modales resultaban hasta cierto punto melosos, por no decir cargantes. Pero no parecía existir razón ostensible para rechazar una cortesía que era sin duda bienintencionada y genuina. Acompañó a su anfitrión a su mesa separada.

—Pertenece a la orden benedictina, he observado —dijo el *Sieur des Èmaux* mirando al monje con esa extraña sonrisa mezclada de ironía furtiva—. Es una orden que yo siempre he admirado grandemente, una muy noble y digna hermandad. ¿No podría preguntarle su nombre?

Ambrosio proporcionó la información pedida con una curiosa desgana.

—Bueno, entonces, hermano Ambrosio —dijo el *Sieur des Èmaux*—, sugiero que bebamos por la salud y prosperidad de su orden con el vino rojo de Averoine mientras esperamos que nos sea servida la cena. El vino es siempre bienvenido en un viaje largo, y no es menos beneficioso antes de una buena comida que después.

Ambrosio murmuró un asentimiento involuntario. No hubiera sido capaz de decir el porqué, pero la personalidad de aquel hombre le resultaba cada vez más desagradable. Le parecía detectar un siniestro doble sentido por debajo de la voz ronroneante, sorprender una intención malvada en aquella mirada de párpados cargados. Y, mientras tanto, su cerebro era atormentado por sugerencias de una memoria olvidada. ¿Había visto a su interlocutor en Ximes? ¿Era el autoproclamado *Sieur des Èmaux* un secuaz de Azédarac disfrazado?

El vino fue ahora pedido por su anfitrión, quien abandonó la mesa para hablar con el posadero sobre ese asunto, e incluso insistió en hacer una visita a la bodega para poder seleccionar una cosecha adecuada en persona. Notando la reverencia prestada a aquel hombre por el público de la taberna, quien se dirigía a él por su nombre, Ambrosio se sintió tranquilizado hasta cierto punto. Cuando el posadero, seguido por el *Sieur des Èmaux*, regresó con dos jarras de barro llenas de vino, prácticamente había conseguido olvidar sus vagas dudas y todavía más vagos temores.

Dos grandes copas fueron colocadas sobre la mesa, y el *Sieur des Èmaux* las llenó inmediatamente con el contenido de una de las jarras. Le pareció a

⁴ Señor de Èmaux, en francés en el original. (*N. del E.*)

Ambrosio que la primera de aquéllas jarras ya contenía una pequeña cantidad de algún fluido sanguinolento, antes de que el vino fuese vertido en su interior; pero no podría haberlo jurado bajo aquella tenue luz, y pensó que debería estar equivocado.

—Aquí hay dos cosechas inigualables —dijo el Sieur des Èmaux, indicando las copas—; ambas son tan excelentes, que soy incapaz de elegir entre ellas; pero tú, hermano Ambrosio, quizá seas capaz de decidir sobre sus méritos con un paladar más fino que el mío —empujó una de las copas llenas hacia Ambrosio.

—Éste es un vino de La Frênaie —dijo él—. Bebe, en verdad te transportará de este mundo en virtud del poderoso fuego que duerme en su interior.

Ambrosio tomó la jarra que se le ofrecía y se la llevó a los labios. El Sieur de Èmaux estaba inclinado hacia adelante sobre su propia copa inhalando su bouquet, y algo en su postura resultaba atterradoramente familiar a Ambrosio. En un gélido fogonazo de horror, su memoria le dijo que las facciones, delgadas y afiladas detrás de la barba cuadrada, eran sospechosamente parecidas a las de Jehan Mauvaissoir, a quien había visto con frecuencia en el hogar de Azédarac, y quien, como tenía razones para pensar, estaba implicado en las hechicerías del obispo. Se preguntó por qué no había reconocido el parecido antes, y qué brujería había nublado su capacidad de recordar. Incluso ahora no estaba seguro, pero la simple sospecha le aterrorizaba como si alguna mortífera serpiente hubiese levantado la cabeza desde el otro lado de la mesa.

—Bebe, hermano Ambrosio —insistió el Sieur des Èmaux, vaciando su propia copa—. A tu salud y a la de todos los buenos benedictinos.

Ambrosio vaciló. Los fríos ojos hipnóticos de su interlocutor estaban sobre él y era incapaz de negarse, a pesar de todos sus temores. Temblando ligeramente, con la sensación de alguna coacción irresistible, y con el presentimiento de que podía caer muerto por el efecto repentino de un veneno virulento, vació su copa.

Un instante más, y sintió que sus peores miedos habían estado justificados. El vino ardió como las llamas líquidas de Phlegethon en su garganta y en sus labios; parecía llenar sus venas con caliente mercurio infernal. Entonces, de repente, un frío insoportable inundó su ser; un gélido remolino le envolvió con

espirales de rugiente aire, la silla se derritió bajo su peso y cayó a través de interminables espacios helados. Las paredes de la posada habían volado como vapores que se disuelven; las luces se apagaron como las estrellas en la niebla negra de una marisma; y el rostro del *Sieur des Émaux* se desvaneció con ellas en las sombras que se revolvían, como una burbuja en un remolino nocturno.

III

Con cierta dificultad, Ambrosio se convenció a sí mismo de que no estaba muerto. Le pareció haber caído eternamente, a través de una noche gris habitada por formas siempre cambiantes, con masas borrosas e inestables que parecían disolverse dentro de otras masas antes de alcanzar un perfil definido. Por un momento, había nuevamente paredes a su alrededor; y entonces volvió a caer, de terraza en terraza, por un mundo de árboles fantasmas. A ratos, pensó que también había rostros humanos, pero todo era dudoso y evanescente, todo era humo flotante y oleadas de sombra.

Abruptamente, sin sensación de tránsito ni impacto, descubrió que ya no caía. La vaga fantasmagoría en torno a él había vuelto a ser una escena definida, pero una escena en que no había rastro de la posada de *Bonne Jouissance* o del *Sieur des Émaux*.

Ambrosio observó, a través de ojos incrédulos, una situación que resultaba verdaderamente increíble. Estaba sentado a plena luz del día en un gran bloque cúbico de granito toscamente pulido. Alrededor de él, a escasa distancia, más allá del espacio abierto de un prado con hierba, estaban los altos pinos y frondosos hayales de un bosque antiguo, cuyas ramas ya habían sido tocadas por el oro de un sol poniente. Inmediatamente enfrente de él, había varios hombres en pie.

Estos hombres parecían mirar a Ambrosio con un asombro profundo, casi religioso. Eran barbudos y de aspecto salvaje, con túnicas blancas de una moda que él nunca había visto. Su cabello era largo y con nudos, como nidos

de negras serpientes, y sus ojos ardían con un fuego frenético. Cada uno de ellos portaba en su mano derecha un tosco cuchillo de afilada piedra pulida. Ambrosio se preguntó si no habría muerto después de todo y si estos seres eran los extraños demonios de algún infierno ignoto. Teniendo en cuenta lo que había sucedido, y a la luz de las creencias del propio Ambrosio, no era una conjetura irracional. Miró con azoramiento lleno de miedo a los supuestos demonios, y comenzó a murmurar una oración al Dios que le había abandonado tan inexplicablemente a sus enemigos espirituales. Entonces recordó los poderes nigrománticos de Azédarac y concibió otra premisa: que había sido transportado corporalmente de la posada de Bonne Jouissance y entregado a manos de estas entidades pre—satánicas que servían al obispo hechicero. Convencido de su propia solidez e integridad corporal, y reflexionando que aquélla era difícilmente la situación que le correspondía a un alma descarnada, y además que la escena selvática que le rodeaba era difícilmente característica de las regiones infernales, aceptó esto como la verdadera explicación. Todavía estaba vivo y sobre la tierra, aunque las circunstancias de su situación eran más que misteriosas y estaban llenas de un peligro grave y desconocido.

Los extraños seres habían mantenido un completo silencio, como si estuviesen demasiado asombrados para hablar. Escuchando los rezos murmurados de Ambrosio, parecieron recobrase de su sorpresa y se volvieron, no sólo capaces de hablar, sino vociferantes. Ambrosio no podía comprender ninguno de sus chillones vocablos, en los cuales los sonidos silbados, los guturales y los aspirados se combinaban a menudo de una manera que resultaba difícil imitarlos para una lengua humana normal. Sin embargo, entendió varias veces la palabra *taranit* repetida, y se preguntó si era ése el nombre de un demonio especialmente malévolo.

El habla de los extraños seres empezó a adquirir una especie de tosco ritmo, como la entonación de un canto primordial. Dos de ellos avanzaron y sujetaron a Ambrosio, mientras que las voces de sus compañeros se alzaron en una aguda y malévola letanía.

Apenas consciente de lo que había sucedido y aún menos de lo que vendría después, Ambrosio fue arrojado tumbado sobre el bloque de granito y sujetado por uno de sus captores, mientras el otro levantaba en alto el afilado cuchillo de

sílex que portaba. La hoja estaba en el aire, encima del corazón de Ambrosio, y el monje se dio cuenta, con repentino temor, de que caería con terrible velocidad y le atravesaría en un instante.

Entonces, por encima del canto demoniaco, que se había elevado a un frenesí loco y maligno, escuchó una voz de mujer dulce y autoritaria. En medio de la confusión incontrolada de su pánico, las palabras le resultaron extrañas y sin sentido; pero fueron comprendidas claramente por sus captores, e interpretadas como una orden que no podían desobedecer. El cuchillo de piedra fue retirado con desgana, y a Ambrosio se le permitió sentarse sobre la plana losa.

Su salvadora estaba de pie en el borde del prado, bajo la amplia sombra de un antiguo pino. Avanzó, y los individuos de túnica blanca retrocedieron ante ella con evidente respeto. Era muy alta, con una conducta resuelta y un porte regio. Llevaba un vestido azul oscuro, hecho con una tela brillante, como el azul lleno de estrellas de las oscuras noches de verano. Su pelo estaba recogido en una trenza castaña con brillos dorados, tan pesada como los resplandecientes anillos de una serpiente oriental. Sus ojos eran de un extraño ámbar; sus labios, un toque bermellón con la frialdad umbría de los bosques, y su piel era de una claridad alabastrada. Ambrosio vio que era hermosa; pero le inspiraba la misma reverencia que podría haber sentido ante una reina, junto a algo del miedo y aturdimiento que un joven y virtuoso monje sentiría en la peligrosa presencia de algún tentador súcubo.

—Ven conmigo —dijo a Ambrosio, en una lengua que sus estudios monacales le permitieron reconocer como una variante anticuada del francés de Averoine, un idioma que se suponía que ningún hombre había hablado desde hacía muchos siglos. Obedientemente, y muy maravillado, se levanto y la siguió, sin ningún impedimento por parte de sus coléricos y renuentes captores. La mujer le condujo a lo largo de un estrecho sendero que culebreaba sinuoso a través del profundo bosque. En breves momentos, el prado, el bloque de granito y el puñado de hombres vestidos de blanco se perdieron de vista tras el denso follaje.

—¿Quién eres tú? —preguntó la dama, volviéndose hacia Ambrosio—. Pareces uno de esos misioneros locos que, hoy en día, están empezando a

entrar en Averoine. Creo que la gente les dice cristianos. Los druidas han sacrificado tantos a Taranit, que me asombro ante tu temeridad de venir aquí.

Ambrosio encontró difícil de comprender el arcaico fraseado; y el sentido de sus palabras era tan completamente extraño y sorprendente, que estaba seguro de haberla comprendido mal.

—Soy el hermano Ambrosio —replicó, expresándose lenta y torpemente en aquel dialecto, largo tiempo en desuso—. Por supuesto que soy un cristiano; pero confieso que no consigo comprenderte. He oído hablar de los druidas paganos; pero seguramente fueron expulsados de Averoine hace muchos siglos.

La mujer se quedó mirando a Ambrosio con clara pena y asombro; sus ojos castaño amarillentos eran claros y brillantes como un vino añejo.

—Pobrecillo —dijo ella—. Me temo que tus temibles experiencias han servido para alterarte. Fue afortunado que llegase en ese momento y que decidiese intervenir. Rara vez me entrometo con los druidas y sus sacrificios, pero te vi sentado sobre su altar hace un rato y me quedé impresionada por tu juventud y galanura.

Ambrosio se sentía, cada vez más, como si hubiese sido víctima de una hechicería muy rara; pero, incluso entonces, se encontraba lejos de sospechar el verdadero alcance de esa hechicería. Se dio cuenta, entre divertido y consternado, de que le debía la vida a aquella extraña y hermosa mujer que estaba a su lado, y comenzó a farfullar su gratitud.

—No hace falta que me des las gracias —dijo la dama con una dulce sonrisa—. Yo soy Moriamis la hechicera, y los druidas temen mi magia, que es más eficaz y excelente que la suya, aunque la uso sólo en beneficio de los hombres, nunca para su ruina o perdición.

El monje se entristeció al saber que su hermosa liberadora era una hechicera, aunque sus poderes fuesen declaradamente benignos. El conocimiento aumentó su alarma; pero consideró que sería atinado ocultar sus emociones a este respecto.

—En verdad, te estoy agradecido —protestó él—. Y ahora, si puedes decirme cual es el camino a la posada de Bonne Jouissance, que abandoné no hace mucho, estaría todavía más en deuda contigo.

Moriamis juntó sus livianas cejas.

—Nunca he oído hablar de la posada de Bonne Jouissance. No existe tal lugar en esta región.

—Pero este es el bosque de Averoigne, ¿no es así? —preguntó el asombrado Ambrosio. Y seguramente no nos encontramos lejos de la carretera que va desde Ximes hasta Vyones.

—Tampoco he oído hablar de Ximes o de Vyones —dijo Moriamis—. Verdaderamente, esta tierra es conocida como Averoigne y este bosque es el gran bosque de Averoigne, que los hombres han llamado así desde años inmemoriales. Pero no hay ciudades como las que tú mencionas, hermano Ambrosio. Me temo que aún desvarías un poco.

Ambrosio era consciente de una confusión enloquecedora.

—He sido engañado de la manera más condenable —dijo, a medias, para sí mismo—. Es todo obra de ese abominable hechicero Azédarac, estoy seguro.

La mujer le miró fijamente como si la hubiese picado una abeja salvaje. Había algo ansioso y duro en la mirada escrutadora que volvió hacia Ambrosio.

—¿Azédarac? —le preguntó—. ¿Qué sabes tú de Azédarac? Una vez conocí a alguien con ese nombre; y me pregunto si podría ser la misma persona. ¿Es alto y un poco entrecano, con ojos calientes y oscuros, y un aire colérico y medio enfadado y una cicatriz con forma de media luna en la frente?

Muy confuso y más preocupado que nunca, Ambrosio admitió la veracidad de la descripción. Dándose cuenta de que, de una manera desconocida, se había tropezado con los antecedentes secretos del hechicero, le confió la historia de sus aventuras a Moriamis, con la esperanza de que ella pudiese reciprocarse con información adicional acerca de Azédarac.

La mujer le escuchó con la actitud de alguien que está interesado pero no sorprendido.

—Ahora comprendo —comentó cuando él hubo terminado—. A continuación, aclararé todo lo que te confunde y preocupa. También creo conocer a este Jehan Mauvaissoir; él ha sido largo tiempo el sirviente de Azédarac, aunque su nombre fue Melchire en otros días. Estos dos siempre han sido los lacayos del mal, y han servido a los Antiguos en maneras ya olvidadas, o nunca conocidas, por los druidas.

—En verdad, espero que puedas explicarme lo que ha sucedido. Es una cosa temible y extraña y antinatural, beber un trago de vino en una taberna al

caer la noche y encontrarse a continuación en el corazón del bosque a la luz del mediodía, entre demonios como esos de los que me rescataste.

—Sí —replicó Moriamis—, es todavía mas extraño de lo que tú imaginas. Dime, hermano Ambrosio, ¿en qué año fue en el que tu entraste en la posada de Bonne Jouissance?

—¿Que...? En el año del señor de 1175, por supuesto. ¿En que otro año podría haber sido?

—Los druidas emplean una cronología distinta —replicó Moriamis—, y su calendario no significaría nada para ti. Pero, de acuerdo con el que los misioneros cristianos están introduciendo ahora en Averoine, el año actual es el 475 A. D. Has sido enviado a no menos de setecientos años en lo que la gente de tu época consideraría el pasado. El altar druídico en que te encontré tumbado esta posiblemente colocado en el futuro emplazamiento de la posada de Bonne Jouissance.

Ambrosio estaba más que estupefacto. Su mente era incapaz de captar el significado completo de las palabras de Moriamis.

—Pero ¿cómo pueden ser tales cosas? —gritó él—. ¿Cómo puede un hombre volver atrás en el tiempo, entre años y personas que son polvo hace largo tiempo?

—Ése, quizá, es un misterio que le corresponde a Azédarac resolver. Sin embargo, el pasado y el futuro coexisten con lo que llamamos el presente, y son simplemente dos segmentos del círculo del tiempo. Los vemos y les damos nombre de acuerdo con nuestra posición en el círculo.

Ambrosio sintió que había ido a parar entre nigromancias de la clase más impía, y que era víctima de brujerías ignoradas por los catálogos cristianos.

Guardando silencio al ser consciente de que todo comentario, toda protesta o incluso la oración resultarían inadecuados ante esta situación, vio que una torre de piedra con pequeñas ventanas en forma de rombo resultaba ahora visible sobre las copas de los pinos a lo largo del camino que él y Moriamis recorrían.

—Éste es mi hogar —dijo Moriamis, al avanzar entre los árboles que clareaban hasta los pies de una pequeña loma sobre la que estaba situada la torre—. Hermano Ambrosio, debes ser mi huésped.

Ambrosio fue incapaz de rechazar la ofrecida hospitalidad, a pesar de su sensación de que Moriamis era difícilmente la anfitriona más adecuada para un monje casto y temeroso de Dios. Sin embargo, los escrúpulos piadosos que ella le inspiraba no dejaban de estar mezclados con fascinación. Y además, como un niño perdido, se agarraba a su única protección disponible en una tierra de temibles peligros y sorprendentes misterios.

El interior de la torre era limpio, ordenado y acogedor, aunque el mobiliario pertenecía a una clase más rústica que aquel al que Ambrosio estaba acostumbrado, y los tapices de vivo colorido estaban toscamente tejidos.

Una sirvienta, tan alta como la propia Moriamis pero más morena, le trajo un enorme cuenco de leche y pan de trigo, y el monje fue ahora capaz de calmar el hambre que habría quedado sin satisfacer en la posada de Bonne Jouissance.

Mientras se sentaba ante su sencilla ración, se dio cuenta de que el *Libro de Eibon* todavía le pesaba en la pechera de su túnica. Sacó el volumen y se lo entregó delicadamente a Moriamis. Los ojos de ella se desorbitaron, pero no hizo comentario alguno hasta que él hubo terminado su comida.

Entonces, ella dijo:

—Este volumen es verdaderamente propiedad de Azédarac, quien fue anteriormente vecino mío. Conocí al canalla bastante bien... De hecho, le conocí demasiado bien —el pecho de ella tembló, a causa de una oscura emoción, mientras hizo una pausa—. Él era el más sabio y el más poderoso de los hechiceros y, al mismo tiempo, el más discreto; porque nadie conoce el momento ni la manera de su llegada a Averoigne, o la forma en que se había procurado el inmemorial *Libro de Eibon*, cuyos escritos rúnicos están más allá de la sabiduría de los otros brujos. Era el maestro de todos los encantamientos, el amo de todos los demonios, y asimismo el mezclador de poderosas pócimas. Entre estas, había ciertos filtros, mezclados por medio de potentes hechizos y poseedores de una virtud única, que enviarían a quien los bebiese adelante o atrás en el tiempo. Uno de ellos, yo creo, te fue administrado por Melchire, o Jehan Mauvaissoir; y el propio Azédarac, junto a su sirvienta, hicieron uso de otro, quizá no por primera vez, cuando avanzaron de esta época actual de los druidas hasta esa época de autoridad cristiana a la que perteneces. Había un frasquito rojo como la sangre para el pasado, y otro verde para el futuro. ¡Mira!

Tengo uno de cada clase aunque Azédarac ignoraba que yo conociese su existencia.

Ella abrió un pequeño cofre, que contenía varios hechizos y medicamentos, las hierbas secadas por el sol y las esencias mezcladas bajo la luna que una hechicera emplearía. De entre ellas, sacó dos frascos, uno de los cuales contenía un líquido de color sanguinolento, y el otro un fluido de brillantez esmeralda.

—Los robé un día, impulsada por mi curiosidad femenina, de su almacén escondido de filtros, elixires y fórmulas magistrales —continuó Moriamis—. Podría haber seguido al sinvergüenza cuando desapareció en el futuro, si hubiese querido; pero estoy bastante satisfecha con mi propia época, y además no soy la clase de mujer que persigue a un amante agotado y reacio...

—Entonces —dijo Ambrosio, más asombrado que nunca, pero esperanzado—, si bebiese el contenido del frasco verde, volvería a mi propia época.

—Precisamente. Y estoy segura, por lo que me has dicho, de que tu regreso sería una fuente de muchas molestias para Azédarac. Es propio del sujeto haberse establecido en una jugosa prelatura. Siempre fue el amo de las circunstancias, con el ojo puesto en su propia comodidad y confort. Poco le iba a gustar. Estoy segura, si llegases a alcanzar al arzobispo... Yo no soy vengativa por naturaleza..., pero, por otra parte...

—Es difícil comprender cómo alguien puede cansarse de ti —dijo Ambrosio galantemente, al empezar a comprender la situación.

Moriamis sonrió.

—Eso estuvo bien dicho. Y tú eres en verdad un joven encantador, a pesar de esa túnica de aspecto patético. Estoy contenta de haberte rescatado de los druidas, quienes te habrían arrancado el corazón y se lo habrían ofrecido a su demonio, Taranit.

—¿Y ahora me enviarás de vuelta?

Moriamis frunció un poco el ceño y luego adoptó su aspecto más seductor.

—¿Tienes tanta prisa en abandonar a tu anfitriona? Ahora que estás viviendo en un siglo diferente al tuyo, un día, una semana o un mes no representarán diferencia alguna en la fecha de tu regreso. También he conservado las fórmulas de Azédarac; y sé cómo regular la poción si fuese

necesario. El periodo habitual de viaje en el tiempo es de setecientos años; pero el filtro puede ser reforzado o debilitado un poco.

El sol se había puesto detrás de los pinos, y un suave crepúsculo comenzaba a invadir la torre. La sirvienta había abandonado el cuarto. Moriamis se acercó y se sentó junto a Ambrosio en el rústico banco que este ocupaba. Todavía sonriente, fijó sus ojos de ámbar en él, con una lánguida llama brillando en su interior... Una llama que parecía hacerse más fuerte conforme el crepúsculo se hacía mas profundo. Sin hablar, ella comenzó lentamente a deshacer la trenza que sujetaba su tupida cabellera, de la cual emanaba un perfume tan sutil y delicioso como el de las flores del viñedo. Ambrosio se sentía avergonzado ante esta deliciosa proximidad.

—No estoy seguro, después de todo, de que me quede. ¿Que pensaría el arzobispo?

—Mi querido niño, el arzobispo no nacerá por lo menos en seiscientos cincuenta años. Y todavía falta más para que tú nazcas. Y, cuando vuelvas, cualquier cosa que hayas hecho durante tu estancia aquí conmigo habrá sucedido no menos de siete siglos antes..., lo que debería ser tiempo suficiente para obtener la remisión de cualquier pecado sin importar la frecuencia con que se haya repetido.

Como un hombre que ha caído en las redes de un extraño sueño, y descubre que el sueño no es del todo desagradable, Ambrosio cedió ante este razonamiento, femenino e irrefutable. Apenas tenía idea de lo que sucedería después; pero, bajo las extraordinarias circunstancias puntualizadas por Moriamis, los rigores de la disciplina monástica bien podían relajarse hasta cualquier extremo concebible, sin que eso representase la perdición espiritual o una seria ruptura de los votos.

Un mes más tarde, Moriamis y Ambrosio estaban de pie junto al altar druida. Estaba bien avanzada la tarde; una luna ligeramente gibosa se había puesto sobre el claro desierto y cubría las copas de los árboles con una trama de plata. El cálido aliento de la noche de verano era tan delicado como el suspiro de una mujer dormida.

—¿Tienes de verdad que irte, después de todo? —dijo Moriamis, con una voz que expresaba ruego y arrepentimiento.

—Es mi deber. Debo regresar a Clemente con el *Libro de Eibon* y las otras pruebas que he reunido contra Azédarac —las palabras sonaban un poco irreales a Ambrosio mientras las pronunciaba, y se esforzó mucho, pero en vano, para convencerse de la congruencia y validez de sus argumentos. Lo idílico de su estancia con Moriamis, a quien era extrañamente incapaz de vincular al pecado con verdadera convicción, había conferido a todo lo que le había precedido un aire de triste insubstancialidad. Libre de toda responsabilidad o control, en medio del puro olvido de los sueños, había vivido la vida de un pagano feliz; y ahora debía regresar a la lóbrega vida de un monje medieval impulsado por un oscuro sentido del deber.

—No intentaré retenerte —suspiró Moriamis—, pero te echaré de menos y te recordaré como un amante digno y un agradable compañero de juegos. Aquí está el filtro.

La esencia verde estaba fría y casi sin color a la luz de la luna, mientras Moriamis la vertía en una pequeña copa y se la entregaba a Ambrosio.

—¿Estás segura de su precisa eficacia? —inquirió el monje—. ¿Estás segura de que volveré a la posada de Bonne Jouissance, en un tiempo no muy tardío de mi partida de allí?

—Sí —dijo Moriamis—, porque la poción es infalible. Pero espera, también he traído el otro frasco..., el frasco del pasado. Llévatelo contigo... porque, ¡quien sabe!, puedes desear volver en algún momento a visitarme de nuevo.

Ambrosio tomó el frasco rojo y lo colocó en su túnica, junto al antiguo manual de magia hiperbórea. Entonces, después de una adecuada despedida de Moriamis, vació con repentina resolución el contenido de la copa.

El claro a la luz de la luna, el altar gris y Moriamis, todo desapareció en un remolino de llamas y sombra. Le pareció a Ambrosio que estaba flotando sin fin a través de golfos fantasmagóricos, a través del movimiento sin fin y el

derretirse de cosas inestables, el formarse momentáneo y el desvanecerse de mundos irresolubles.

Al final, se encontró de nuevo sentado en la posada de Bonne Jouissance, en lo que supuso que era la misma mesa ante la cual se había sentado con el Sieur des Èmaux. Era pleno día y el cuarto estaba lleno de gente, entre la cual buscó en vano el rostro rubicundo del posadero, o de los sirvientes y el resto de los huéspedes que había visto previamente. Todos le resultaban desconocidos; y el mobiliario estaba extrañamente gastado y más sucio de como lo recordaba.

Notando la presencia de Ambrosio, la gente empezó a mirarle con franca curiosidad y asombro. Un hombre alto, con ojos doloridos y mandíbula cuadrada, avanzó apresuradamente con aire medio servil pero lleno de impertinencia inquisitiva.

—¿Qué es lo que desea? — preguntó.

—¿Es ésta la posada de Bonne Jouissance?

El posadero se le quedó mirando fijamente.

—No, ésta es la posada de Haute Espérance, de la cual he sido el tabernero durante estos últimos treinta años. ¿No podía haber leído el cartel? Fue llamada la posada de Bonne Jouissance en tiempos de mi padre, pero el nombre fue cambiado después de su muerte.

A Ambrosio le invadió el terror.

—¡Pero si la posada tenía un nombre diferente y era llevada por un hombre diferente cuando la visité, no hace mucho! —gritó asombrado—. El posadero era un hombre gordo y alegre que no se te parecía en lo más mínimo.

—Eso se corresponde con la descripción de mi padre —dijo el tabernero mirando a Ambrosio de arriba a abajo con más sospechas que nunca—. Lleva muerto estos treinta años de los que hablo, y seguramente tu no habías ni nacido en el momento de su muerte.

Ambrosio empezó a darse cuenta de lo que había sucedido. La poción esmeralda, por algún error o exceso de potencia, ¡le había conducido mucho más allá de su propio tiempo en el futuro!

—Debo continuar mi viaje a Vyones —dijo con una voz asombrada sin comprender del todo las consecuencias de su situación—. Tengo un mensaje para el arzobispo Clemente... y no puedo retrasarme más en entregarlo.

—¡Pero si Clemente lleva muerto más tiempo todavía que mi padre! — exclamó el posadero—. ¿De dónde has salido, que ignoras esto? —resultaba evidente, por sus modales, que había empezado a dudar de la cordura de Ambrosio. Otros, espiando la extraña discusión, empezaban a amontonarse alrededor y asaeteaban al monje con preguntas jocosas y, a veces, obscenas.

—¿Y qué hay de Azédarac, el obispo de Ximes? ¿Está él también muerto? —preguntó Ambrosio, desesperadamente.

—Te refieres, sin duda, a San Azédarac. Vivió más que Clemente, pero, sin embargo, lleva muerto y canonizado debidamente treinta y dos años. Algunos dicen que no murió, sino que fue transportado al cielo en vida, y que su cuerpo nunca fue enterrado en el gran mausoleo preparado para él en Ximes. Pero esto es sin duda una simple leyenda.

Ambrosio fue dominado por una tristeza indescriptible y por la confusión. Mientras tanto, la multitud a su alrededor había aumentado, y, a pesar de sus hábitos, estaba siendo objeto de comentarios groseros y burlas.

—¡El buen hermano ha perdido el seso! —gritaban algunos.

—¡Los vinos de Averoine son demasiado fuertes para él! —gritaban otros.

—¿En qué año estamos? —exigió, en su desesperación, Ambrosio.

—En el año de nuestro Señor de 1230 —replicó el tabernero, rompiendo a reír burlescamente—. ¿Y en qué año creías que estábamos?

—Fue en el año 1175 cuando visité por última vez la posada de Bonne Jouissance —admitió Ambrosio. Su afirmación fue recibida con gritos y burlas.

—Vaya, joven señor, en esa fecha no habías sido ni concebido —dijo el tabernero. Entonces, recordando algo, adquirió un tono más reflexivo—. Cuando yo era un niño, mi padre me habló de un monje joven, más o menos de tu edad, que llegó a la posada de Bonne Jouissance una tarde de verano del 1175 y que desapareció inexplicablemente después de tomar un trago de vino tinto. Creo que su nombre era Ambrosio. Quizá tú eres ese Ambrosio y acabas de regresar de una visita a ninguna parte —hizo un gesto burlón, y el nuevo chiste corrió de boca en boca de los habituales de la taberna.

Ambrosio estaba intentando medir la gravedad de su problema. Su misión era ahora inútil a causa de la muerte o desaparición de Azédarac; y no quedaba nadie en Averoine que le reconociese o creyese su historia. Notó con desesperación que era un extraño en ese tiempo y entre gentes

desconocidas. Repentinamente, recordó el frasco rojo que le había sido entregado por Moriamis al despedirse. La poción, como el filtro verde, podría resultar incierta en su efecto; pero estaba dominado por un deseo que le consumía por escapar de la extraña vergüenza y el asombro de su actual situación. Además, deseaba a Moriamis como un niño perdido ahora a su madre, y también el encanto de su visita al pasado pesaba sobre él como un hechizo irresistible. Ignorando las caras burlonas y las voces a su alrededor, sacó el frasco de su pechera, lo abrió y se tragó su contenido...

V

Estaba de vuelta en el prado del bosque, junto al altar gigantesco. Moriamis se hallaba de nuevo junto a él, hermosa y cálida y en carne y hueso, mientras la luna se ponía sobre las copas de los pinos. Parecía que apenas había transcurrido un momento desde que se despidió de su querida hechicera.

—Pensé que quizá volvieses —dijo Moriamis—, y decidí esperar un ratito.

Ambrosio le hablo de la singular desgracia que le había acontecido en su viaje en el tiempo.

Moriamis inclinó la cabeza gravemente.

—El filtro verde era más poderoso de lo que había supuesto —comentó—. Es afortunado, sin embargo, que el filtro rojo fuese igualmente fuerte, y pudiese devolvarte a mí a través de todos esos años añadidos. Tendrás que quedarte conmigo ahora, porque sólo poseía aquellos dos frascos. Espero que no lo lamentos.

Ambrosio comenzó a demostrar, de una manera algo inadecuada para un monje, que la esperanza de ella estaba completamente justificada.

Ni entonces, ni en ningún otro momento, le dijo Moriamis que ella misma había reforzado ligeramente, y por igual, los dos filtros por medio de la fórmula privada que ella también le había robado a Azédarac.

The Holiness Of Azedarac, V—1931

(Weird Tales, XI—33. Lost Worlds, X—44)

Trad. Arturo Villarubia

Los Mundos Perdidos (A Rendezvous In Averoigne, 1988)

Icaro, 22
EDAF 1991

THE COLOSSUS OF YLOURGNE

CLARK ASHTON SMITH

I. THE FLIGHT OF THE NECROMANCER

The thrice-infamous nathaire, alchemist, astrologer and necromancer, with his ten devil-given pupils, had departed very suddenly and under circumstances of strict secrecy from the town of Vyones. It was widely thought, among the people of that vicinage, that his departure had been prompted by a salutary fear of ecclesiastical thumbscrews and faggots. Other wizards, less notorious than he, had already gone to the stake during a year of unusual inquisitory zeal; and it was well-known that Nathaire had incurred the reprobation of the Church. Few, therefore, considered the reason of his going a mystery; but the means of transit which he had employed, as well as the destination of the sorcerer and his pupils, were regarded as more than problematic.

A thousand dark and superstitious rumours were abroad; and passers made the sign of the Cross when they neared the tall, gloomy house which Nathaire had built in blasphemous proximity to the great cathedral and had filled with a furniture of Satanic luxury and strangeness. Two daring thieves, who had entered the mansion when the fact of its desertion became well established, reported that much of this furniture, as well as the books and other paraphernalia of Nathaire, had seemingly departed with its owner, doubtless to the same fiery bourn. This served to augment the unholy mystery: for it was patently impossible that Nathaire and his ten apprentices, with several cart-loads of household belongings, could have passed the everguarded city gates in any legitimate manner without the knowledge of the custodians.

It was said by the more devout and religious moiety that the Archfiend, with a legion of bat-winged assistants, had borne them away bodily at moonless

midnight. There were clerics, and also reputable burghers, who professed to have seen the flight of man-like shapes upon the blotted stars together with others that were not men, and to have heard the wailing cries of the hell-bound crew as they passed in an evil cloud over the roofs and city walls.

Others believed that the sorcerers had transported themselves from Vyones through their own diabolic arts, and had withdrawn to some unfrequented fastness where Nathaire, who had long been in feeble health, could hope to die in such peace and serenity as might be enjoyed by one who stood between the flames of the auto-da-fé and those of Abaddon. It was thought that he had lately cast his own horoscope, for the first time in his fifty-odd years, and had read therein an impending conjunction of disastrous planets, signifying early death.

Others still, among whom were certain rival astrologers and enchanters, said that Nathaire had retired from the public view merely that he might commune without interruption with various coadjutive demons; and thus might weave, unmolested, the black spells of a supreme and lycanthropic malice. These spells, they hinted, would in due time be visited upon Vyones and perhaps upon the entire region of Averoigne; and would no doubt take the form of a fearsome pestilence, or a wholesale invultuation, or a realm-wide incursion of succubi and incubi.

Amid the seething of strange rumours, many half-forgotten tales were recalled, and new legends were created overnight. Much was made of the obscure nativity of Nathaire and his dubitable wanderings before he had settled, six years previous, in Vyones. People said that he was fiend-begotten, like the fabled Merlin: his father being no less a personage than Alastor, demon of revenge; and his mother a deformed and dwarfish sorceress. From the former, he had taken his spitefulness and malignity; from the latter, his squat, puny physique.

He had travelled in Orient lands, and had learned from Egyptian or Saracenic masters the unhallowed art of necromancy, in whose practice he was unrivalled. There were black whispers anent the use he had made of long-dead

bodies, of fleshless bones, and the service he had wrung from buried men that the angel of doom alone could lawfully raise up. He had never been popular, though many had sought his advice and assistance in the furthering of their own more or less dubious affairs. Once, in the third year after his coming to Vyonès, he had been stoned in public because of his bruited necromancies, and had been permanently lamed by a well-directed cobble. This injury, it was thought, he had never forgiven; and he was said to return the antagonism of the clergy with the hellish hatred of an Antichrist.

Apart from the sorcerous evils and abuses of which he was commonly suspected, he had long been looked upon as a corrupter of youth. Despite his minikin stature, his deformity and ugliness, he possessed a remarkable power, a mesmeric persuasion; and his pupils, whom he was said to have plunged into bottomless and ghoulish iniquities, were young men of the most brilliant promise. On the whole, his vanishment was regarded as a quite providential riddance.

Among the people of the city there was one man who took no part in the sombre gossip and lurid speculation. This man was Gaspard du Nord, himself a student of the proscribed sciences, who had been numbered for a year among the pupils of Nathaire but had chosen to withdraw quietly from the master's household after learning the enormities that would attend his further initiation. He had, however, taken with him much rare and peculiar knowledge, together with a certain insight into the baleful powers and night-dark motives of the necromancer.

Because of this knowledge and insight, Gaspard preferred to remain silent when he heard of Nathaire's departure. Also, he did not think it well to revive the memory of his own past pupilage. Alone with his books, in a sparsely furnished attic, he frowned above a small, oblong mirror, framed with an arabesque of golden vipers, that had once been the property of Nathaire.

It was not the reflection of his own comely and youthful though subtly lined face that caused him to frown. Indeed, the mirror was of another kind than that

which reflects the features of the gazer. In its depths, for a few instants, he had beheld a strange and ominous-looking scene, whose participants were known to him but whose location he could not recognize or orientate. Before he could study it closely, the mirror had clouded as if with the rising of alchemic fumes, and he had seen no more.

This clouding, he reflected, could mean only one thing: Nathaire had known himself watched and had put forth a counterspell that rendered the clairvoyant mirror useless. It was the realization of this fact, together with the brief, sinister glimpse of Nathaire's present activities, that troubled Gaspard and caused a chill horror to mount slowly in his mind: a horror that had not yet found a palpable form or a name.

2. THE GATHERING OF THE DEAD

The departure of Nathaire and his pupils occurred in the late spring of 1281, during the interlunar dark. Afterwards a new moon waxed above the flowery fields and bright-leaved woods and waned in ghostly silver. With its waning, people began to talk of other magicians and fresher mysteries.

Then, in the moon-deserted nights of early summer, there came a series of disappearances far more unnatural and inexplicable than that of the dwarfish, malignant sorcerer.

It was found one day, by grave-diggers who had gone early to their toil in a cemetery outside the walls of Vyones, that no less than six newly occupied graves had been opened, and the bodies, which were those of reputable citizens, removed. On closer examination, it became all too evident that this removal had not been effected by robbers. The coffins, which lay aslant or stood protruding upright from the mould, offered all the appearance of having been shattered from within as if by the use of extrahuman strength; and the fresh earth itself was upheaved, as if the dead men, in some awful, untimely resurrection, had actually dug their way to the surface.

The corpses had vanished utterly, as if hell had swallowed them; and, as far as could be learned, there were no eyewitnesses of their fate. In those devil-ridden times, only one explanation of the happening seemed credible: demons had entered the graves and had taken bodily possession of the dead, compelling them to arise and go forth.

To the dismay and horror of all Averoigne, the strange vanishment was followed with appalling promptness by many others of a like sort. It seemed as if an occult, resistless summons had been laid upon the dead. Nightly, for a period of two weeks, the cemeteries of Vyones and also those of other towns, of villages and hamlets, gave up a ghastly quota of their tenants. From brazen bolted tombs, from common charnels, from shallow, unconsecrated trenches, from the marble lidded vaults of churches and cathedrals, the weird exodus went on without cessation.

Worse than this, if possible, there were newly ceremented corpses that leapt from their biers or catafalques, and disregarding the horrified watchers, ran with great bounds of automatic frenzy into the night, never to be seen again by those who lamented them.

In every case, the missing bodies were those of young stalwart men who had died but recently and had met their death through violence or accident rather than wasting illness. Some were criminals who had paid the penalty of their misdeeds; others were men-at-arms or constables, slain in the execution of their duty. Knights who had died in tourney or personal combat were numbered among them; and many were the victims of the robber bands who infested Averoigne at that time. There were monks, merchants, nobles, yeomen, pages, priests; but none, in any case, who had passed the prime of life. The old and infirm, it seemed, were safe from the animating demons.

The situation was looked upon by the more superstitious as a veritable omening of the world's end. Satan was making war with his cohorts and was carrying the bodies of the holy dead into hellish captivity. The consternation

increased a hundredfold when it became plain that even the most liberal sprinkling of holy water, the performance of the most awful and cogent exorcisms, failed utterly to give protection against this diabolic ravishment. The Church owned itself powerless to cope with the strange evil; and the forces of secular law could do nothing to arraign or punish the intangible agency.

Because of the universal fear that prevailed, no effort was made to follow the missing cadavers. Ghastly tales, however, were told by late wayfarers who had met certain of these liches, striding alone or in companies along the roads of Averaigne. They gave the appearance of being deaf, dumb, totally insensate, and of hurrying with horrible speed and sureness towards a remote, predestined goal. The general direction of their flight, it seemed, was eastward; but only with the cessation of the exodus, which had numbered several hundred people, did any one begin to suspect the actual destination of the dead.

This destination, it somehow became rumoured, was the ruinous castle of Ylourgne, beyond the werewolf-haunted forest, in the outlying, semi-mountainous hills of Averaigne.

Ylourgne, a great, craggy pile that had been built by a line of evil and marauding barons now extinct, was a place that even the goatherds preferred to shun. The wrathful spectres of its bloody lords were said to move turbulently in its crumbling halls; and its chatelaines were the Undead. No one cared to dwell in the shadow of its cliff-founded walls; and the nearest abode of living men was a small Cistercian monastery, more than a mile away on the opposite slope of the valley.

The monks of this austere brotherhood held little commerce with the world beyond the hills; and few were the visitors who sought admission at their high-perched portals. But, during that dreadful summer, following the disappearances of the dead, a weird and disquieting tale went forth from the monastery throughout Averaigne.

Beginning with late spring, the Cistercian monks were compelled to take cognizance of sundry odd phenomena in the old, long-deserted ruins of Ylourgne, which were visible from their windows. They had beheld flaring lights, where lights should not have been: flames of uncanny blue and crimson that shuddered behind the broken, weed-grown embrasures or rose starwards above the jagged crenelations. Hideous noises had issued from the ruin by night together with the flames; and the monks had heard a clangour as of hellish anvils and hammers, a ringing of gigantic armour and maces, and had deemed that Ylourgne was become a mustering-ground of devils. Mephitic odours as of brimstone and burning flesh had floated across the valley; and even by day, when the noises were silent and the lights no longer flared, a thin haze of hell-blue vapour hung upon the battlements. It was plain, the monks thought, that the place had been occupied from beneath by subterrestrial beings; for no one was seen to approach it by way of the bare, open slopes and crags. Observing these signs of the Archfoe's activity in their neighbourhood, they crossed themselves with new fervour and frequency, and said their Paters and Aves more interminably than before. Their toil and austerities, also, they redoubled. Otherwise, since the old castle was a place abandoned by men, they took no heed of the supposed occupation, deeming it well to mind their own affairs unless in case of overt Satanic hostility.

They kept a careful watch; but for several weeks they saw no one who actually entered Ylourgne or emerged therefrom. Except for the nocturnal lights and noises, and the hovering vapour by day, there was no proof of tenantry either human or diabolic. Then, one morning, in the valley below the terraced gardens of the monastery, two brothers, hoeing weeds in a carrot-patch, beheld the passing of a singular train of people who came from the direction of the great forest of Averoigne and went upwards climbing the steep, chasmy slope towards Ylourgne.

These people, the monks averred, were striding along in great haste, with stiff but flying steps; and all were strangely pale of feature and were habited in the garments of the grave. The shrouds of some were torn and ragged; and all were dusty with travel or grimed with the mould of interment. The people

numbered a dozen or more; and after them, at intervals, there came several stragglers, attired like the rest. With marvellous agility and speed, they mounted the hill and disappeared at length amid the lowering walls of Ylourgne.

At this time, no rumour of the ravished graves and biers had reached the Cistercians. The tale was brought to them later, after they had beheld, on many successive mornings, the passing of small or great companies of the dead towards the devil-taken castle. Hundreds of these liches, they swore, had filed by beneath the monastery; and doubtless many others had gone past unnoted in the dark. None, however, were seen to come forth from Ylourgne, which had swallowed them up like the undisgorging Pit.

Though direly frightened and sorely scandalized, the brothers still thought it well to refrain from action. Some, the hardiest, irked by all these flagrant signs of evil, had desired to visit the ruins with holy water and lifted crucifixes, But their abbot, in his wisdom, enjoined them to wait. In the meanwhile, the nocturnal flames grew brighter, the noises louder.

Also, in the course of this waiting, while incessant prayers went up from the little monastery, a frightful thing occurred. One of the brothers, a stout fellow named Theophile, in violation of the rigorous discipline, had made over-frequent visits to the wine-casks. No doubt he had tried to drown his pious horror at these untoward happenings, At any rate, after his potations, he had the ill-luck to wander out among the precipices and break his neck.

Sorrowing for his death and dereliction, the brothers laid Theophile in the chapel and chanted their masses for his soul. These masses, in the dark hours before morning, were interrupted by the untimely resurrection of the dead monk, who, with his head lolling horribly on his broken neck, rushed as if fiend-ridden from the chapel and ran down the hill towards the demon flames and clamours of Ylourgne.

3. THE TESTIMONY OF THE MONKS

Following the above-related occurrence, two of the brothers who had previously desired to visit the haunted castle again applied to the abbot for this permission, saying that God would surely aid them in avenging the abduction of Theophile's body as well as the taking of many others from consecrated ground. Marvelling at the hardihood of these lusty monks, who preposed to beard the Arch-enemy in his lair, the abbot permitted them to go forth, furnished with aspergilluses and flasks of holy water, and bearing great crosses of hornbeam, such as would have served for maces with which to brain an armoured knight.

The monks, whose names were Bernard and Stephane, went boldly up at middle forenoon to assail the evil stronghold. It was an arduous climb, among overhanging boulders and along slippery scarps; but both were stout and agile, and, moreover, well accustomed to such climbing. Since the day was sultry and airless, their white robes were soon stained with sweat; but pausing only for brief prayer, they pressed on; and in good season they neared the castle, upon whose grey, time-eroded ramparts they could still descry no evidence of occupation or activity.

The deep moat that had once surrounded the place was now dry, and had been partly filled by crumbling earth and detritus from the walls. The drawbridge had rotted away; but the blocks of the barbican, collapsing into the moat, had made a sort of rough causey on which it was possible to cross. Not without trepidation, and lifting their crucifixes as warriors lift their weapons in the escalade of an armed fortress, the brothers climbed over the ruin of the barbican into the courtyard.

This too, like the battlements, was seemingly deserted. Overgrown nettles, rank grasses and sapling trees were rooted between its paving-stones. The high, massive donjon, the chapel, and that portion of the castellated structure containing the great hall, had preserved their main outlines after centuries of dilapidation. To the left of the broad bailey, a doorway yawned like the mouth of a dark cavern in the cliffy mass of the hall-building; and from this doorway there

issued a thin, bluish vapour, writhing in phantom coils towards the unclouded heavens.

Approaching the doorway, the brothers beheld a gleaming of red fires within, like the eyes of dragons blinking through infernal murk. They felt sure that the place was an outpost of Erebus, an ante-chamber of the Pit; but nevertheless, they entered bravely, chanting loud exorcisms and brandishing their mighty crosses of hornbeam.

Passing through the cavernous doorway, they could see but indistinctly in the gloom, being somewhat blinded by the summer sunlight they had left. Then, with the gradual clearing of their vision, a monstrous scene was limned before them, with evergrowing details of crowding horror and grotesquery. Some of the details were obscure and mysteriously terrifying; others, all too plain, were branded as if with sudden, ineffaceable hell-fire on the minds of the monks.

They stood on the threshold of a colossal chamber, which seemed to have been made by the tearing down of upper floors and inner partitions adjacent to the castle hall, itself a room of huge extent. The chamber seemed to recede through interminable shadow, shafted with sunlight falling through the rents of ruin: sunlight that was powerless to dissipate the infernal gloom and mystery.

The monks averred later that they saw many people moving about the place, together with sundry demons, some of whom were shadowy and gigantic, and others barely to be distinguished from the men. These people, as well as their familiars, were occupied with the tending of reverberatory furnaces and immense pear-shaped and gourd-shaped vessels such as were used in alchemy. Some, also, were stooping above great fuming cauldrons, like sorcerers, busy with the brewing of terrible drugs. Against the opposite wall, there were two enormous vats, built of stone and mortar, whose circular sides rose higher than a man's head, so that Bernard and Stephane were unable to determine their contents. One of the vats gave forth a whitish glimmering; the other, a ruddy luminosity.

Near the vats, and somewhat between them, there stood a sort of low couch or litter, made of luxurious, weirdly figured fabrics such as the Saracens weave. On this the monks discerned a dwarfish being, pale and wizened, with eyes of chill flame that shone like evil beryls through the dusk. The dwarf, who had all the air of a feeble moribund, was supervising the toils of the men and their familiars.

The dazed eyes of the brothers began to comprehend other details. They saw that several corpses, among which they recognized that of Theophile, were lying on the middle floor, together with a heap of human bones that had been wrenched asunder at the joints, and great lumps of flesh piled like the carvings of butchers. One of the men was lifting the bones and dropping them into a cauldron beneath which there glowed a rubycoloured fire; and another was flinging the lumps of flesh into a tub filled with some hueless liquid that gave forth an evil hissing as of a thousand serpents.

Others had stripped the grave-clothes from one of the cadavers, and were starting to assail it with long knives. Others still were mounting rude flights of stone stairs along the walls of the immense vats, carrying vessels filled with semi-liquescient matters which they emptied over the high rims.

Appalled at this vision of human and Satanic turpitude, and feeling a more than righteous indignation, the monks resumed their chanting of sonorous exorcisms and rushed forward. Their entrance, it appeared, was not perceived by the heinously occupied crew of sorcerers and devils.

Bernard and Stephane, filled with an ardour of godly wrath, were about to fling themselves upon the butchers who had started to assail the dead body. This corpse they recognized as being that of a notorious outlaw, named Jacques Le Loupgarou, who had been slain a few days previous in combat with the officers of the state. Le Loupgarou, noted for his brawn, his cunning and his ferocity, had long terrorized the woods and highways of Averoine. His great body had been half eviscerated by the swords of the constabulary; and his beard was stiff and purple with the dried blood of a ghastly wound that had

cloven his face from temple to mouth. He had died unshriven, but nevertheless, the monks were unwilling to see his helpless cadaver put to some unhallowed use beyond the surmise of Christians.

The pale, malignant-looking dwarf had now perceived the brothers. They heard him cry out in a shrill, imperatory tone that rose above the ominous hiss of the cauldrons and the hoarse mutter of men and demons.

They knew not his words, which were those of some outlandish tongue and sounded like an incantation. Instantly, as if in response to an order, two of the men turned from their unholy chemistry, and lifting copper basins filled with an unknown, fetid liquor, hurled the contents of these vessels in the faces of Bernard and Stephane.

The brothers were blinded by the stinging fluid, which bit their flesh as with many serpents' teeth; and they were overcome by the noxious fumes, so that their great crosses dropped from their hands and they both fell unconscious on the castle floor.

Recovering anon their sight and their other senses, they found that their hands had been tied with heavy thongs of gut, so that they were now helpless and could no longer wield their crucifixes or the sprinklers of holy water which they carried.

In this ignominious condition, they heard the voice of the evil dwarf, commanding them to arise. They obeyed, though clumsily and with difficulty, being denied the assistance of their hands. Bernard, who was still sick with the poisonous vapour he had inhaled, fell twice before he succeeded in standing erect; and his discomfiture was greeted with a cachinnation of foul, obscene laughter from the assembled sorcerers.

Now, standing, the monks were taunted by the dwarf, who mocked and reviled them, with appalling blasphemies such as could be uttered only by a

bond-servant of Satan. At last, according to their sworn testimony, he said to them:

"Return to your kennel, ye whelps of Ialdabaoth, and take with you this message: They that came here as many shall go forth as one."

Then, in obedience to a dreadful formula spoken by the dwarf, two of the familiars, who had the shape of enormous and shadowy beasts, approached the body of Le Loupgarou and that of Brother Theophile. One of the foul demons, like a vapour that sinks into a marsh, entered the bloody nostrils of Le Loupgarou, disappearing inch by inch, till its horned and bestial head was withdrawn from sight. The other, in like manner, went in through the nostrils of Brother Theophile, whose head lay weird athwart his shoulder on the broken neck.

Then, when the demons had completed their possession, the bodies, in a fashion horrible to behold, were raised up from the castle floor, the one with ravelled entrails hanging from its wide wounds, the other with a head that dropped forward loosely on its bosom. Then, animated by their devils, the cadavers took up the crosses of hornbeam that had been dropped by Stephane and Bernard; and using the crosses for bludgeons, they drove the monks in ignominious flight from the castle, amid a loud, tempestuous howling of infernal laughter from the dwarf and his necromantic crew. And the nude corpse of Le Loupgarou and the robed cadaver of Theophile followed them far on the chasm-riven slopes below Ylourgne, striking great blows with the crosses, so that the backs of the two Cistercians were become a mass of bloody bruises.

After a defeat so signal and crushing, no more of the monks were emboldened to go up against Ylourgne. The whole monastery, thereafter, devoted itself to triple austerities, to quadrupled prayers; and awaiting the unknown will of God, and the equally obscure machinations of the Devil, maintained a pious faith that was somewhat tempered with trepidation.

In time, through goatherds who visited the monks, the tale of Stephane and Bernard went forth throughout Averoine, adding to the grievous alarm that had been caused by the wholesale disappearance of the dead. No one knew what was really going on in the haunted castle or what disposition had been made of the hundreds of migratory corpses; for the light thrown on their fate by the monks' story, though lurid and frightful, was all too inconclusive; and the message sent by the dwarf was somewhat cabalistic.

Everyone felt, however, that some gigantic menace, some black, infernal enchantment, was being brewed within the ruinous walls. The malign, moribund dwarf was all too readily identified with the missing sorcerer, Nathaire; and his underlings, it was plain, were Nathaire's pupils.

4. THE GOING-FORTH OF GASPARD DU NORD

Alone in his attic chamber, Gaspard du Nord, student of alchemy and sorcery and quondam pupil of Nathaire, sought repeatedly, but always in vain, to consult the viper-circled mirror. The glass remained obscure and cloudy, as with the risen fumes of Satanical alembics or baleful necromantic braziers. Haggard and weary with long nights of watching, Gaspard knew that Nathaire was even more vigilant than he.

Reading with anxious care the general configuration of the stars, he found the foretokening of a great evil that was to come upon Averoine. But the nature of the evil was not clearly shown.

In the meanwhile the hideous resurrection and migration of the dead was taking place. All Averoine shuddered at the manifold enormity. Like the timeless night of a Memphian plague, terror settled everywhere; and people spoke of each new atrocity in bated whispers, without daring to voice the execrable tale aloud. To Gaspard, as to everyone, the whispers came; and likewise, after the horror had apparently ceased in early midsummer, there came the appalling story of the Cistercian monks.

Now, at last, the long-baffled watcher found an inkling of that which he sought. The hiding-place of the fugitive necromancer and his apprentices, at least, had been uncovered; and the disappearing dead were clearly traced to their bourn. But still, even for the percipient Gaspard, there remained an undeclared enigma: the exact nature of the abominable brew, the hell-dark sorcery, that Nathaire was concocting in his remote den. Gaspard felt sure of one thing only: the dying, splenetic dwarf, knowing that his allotted time was short, and hating the people of Averoigne with a bottomless rancour, would prepare an enormous and maleficent magic without parallel.

Even with his knowledge of Nathaire's proclivities, and his awareness of the well-nigh inexhaustible arcanic science, the reserves of pit-deep wizardry possessed by the dwarf, he could form only vague, terrifical conjectures anent the incubated evil. But, as time went on, he felt an ever-deepening oppression, the adumbration of a monstrous menace crawling from the dark rim of the world. He could not shake off his disquietude; and finally he resolved despite the obvious perils of such an excursion, to pay a secret visit to the neighborhood of Ylourgne.

Gaspard, though he came of a well-to-do family, was at that time in straitened circumstances; for his devotion to a somewhat doubtful science had been disapproved by his father. His sole income was a small pittance, purveyed secretly to the youth by his mother and sister. This sufficed for his meagre food, the rent of his room, and a few books and instruments and chemicals; but it would not permit the purchase of a horse or even a humble mule for the proposed journey of more than forty miles.

Undaunted, he set forth on foot, carrying only a dagger and a wallet of food. He timed his wanderings so that he would reach Ylourgne at nightfall in the rising of a full moon. Much of his journey lay through the great, lowering forest, which approached the very walls of Vyones on the eastern side and ran in a sombre arc through Averoigne to the mouth of the rocky valley below Ylourgne. After a few miles, he emerged from the mighty wood of pines and oaks and

larches; and thenceforward, for the first day, followed the river Isoile through an open, well-peopled plain. He spent the warm summer night beneath a beech-tree, in the vicinity of a small village, not caring to sleep in the lonely woods where robbers and wolves — and creatures of a more baleful repute — were commonly supposed to dwell.

At evening of the second day, after passing through the wildest and oldest portion of the immemorial wood, he came to the steep, stony valley that led to his destination. This valley was the fountain-head of the Isoile, which had dwindled to a mere rivulet. In the brown twilight, between sunset and moonrise, he saw the lights of the Cistercian monastery; and opposite, on the piled, forbidding scarps, the grim and rugged mass of the ruinous stronghold of Ylourgne, with wan and wizard fires flickering behind its high embrasures. Apart from these fires, there was no sign of occupation; and he did not hear at any time the dismal noises reported by the monks.

Gaspard waited till the round moon, yellow as the eye of some immense nocturnal bird, had begun to peer above the darkling valley. Then, very cautiously, since the neighbourhood was strange to him, he started to make his way towards the sombre, brooding castle.

Even for one well-used to such climbing, the escalade would have offered enough difficulty and danger by moonlight. Several times, finding himself at the bottom of a sheer cliff, he was compelled to retrace his hard-won progress; and often he was saved from falling only by stunted shrubs and briars that had taken root in the niggard soil. Breathless, with torn raiment and scored and bleeding hands, he gained at length the shoulder of the craggy height, below the walls.

Here he paused to recover breath and recuperate his flagging strength. He could see from his vantage the pale reflection as of hidden flames, that beat upwards on the inner walls of the high-built donjon. He heard a low hum of confused noises, whose distance and direction were alike baffling. Sometimes

they seemed to float downwards from the black battlements, sometimes to issue from subterranean depths far in the hill.

Apart from this remote, ambiguous hum, the night was locked in a mortal stillness. The very winds appeared to shun the vicinity of the dread castle. An unseen, clammy cloud of paralyzing evil hung removeless upon all things; and the pale, swollen moon, the patroness of witches and sorcerers, distilled her green poison above the crumbling towers in a silence older than time.

Gaspard felt the obscenely clinging weight of a more burdenous thing than his own fatigue when he resumed his progress towards the barbican. Invisible webs of the waiting, ever-gathering evil seemed to impede him. The slow, noisome flapping of intangible wings was heavy in his face. He seemed to breathe a surging wind from unfathomable vaults and caverns of corruption. Inaudible howlings, derisive or minatory, thronged in his ears, and foul hands appeared to thrust him back. But, bowing his head as if against a blowing gale, he went on and climbed the mounded ruin of the barbican, into the weedy courtyard.

The place was deserted, to all seeming; and much of it was still deep in the shadows of the walls and turrets. Near by, in the black, silver-crenellated pile, Gaspard saw the open, cavernous doorway described by the monks. It was lit from within by a lurid glare, wannish and eerie as marsh-fires. The humming noise, now audible as a muttering of voices, issued from the doorway; and Gaspard thought that he could see dark, sooty figures moving rapidly in the lit interior.

Keeping in the farther shadows, he stole along the courtyard, making a sort of circuit amid the ruins. He did not dare to approach the open entrance for fear of being seen; though, as far as he could tell, the place was unguarded.

He came to the donjon, on whose upper wall the wan light flickered obliquely through a sort of rift in the long building adjacent. This opening was at some distance from the ground; and Gaspard saw that it had been formerly the door

to a stony balcony. A flight of broken steps led upwards along the wall to the half-crumbled remnant of this balcony; and it occurred to the youth that he might climb the steps and peer unobserved into the interior of Ylourgne.

Some of the stairs were missing; and all were in heavy shadow. Gaspard found his way precariously to the balcony, pausing once in considerable alarm when a fragment of the worn stone, loosened by his footfall, dropped with a loud clattering on the courtyard flags below. Apparently it was unheard by the occupants of the castle; and after a little he resumed his climbing.

Cautiously he neared the large, ragged opening through which the light poured upwards. Crouching on a narrow ledge, which was all that remained of the balcony, he peered in on a most astounding and terrific spectacle, whose details were so bewildering that he could barely comprehend their import till after many minutes.

It was plain that the story told by the monks — allowing for their religious bias — had been far from extravagant. Almost the whole interior of the half-ruined pile had been torn down and dismantled to afford room for the activities of Nathaire. This demolition in itself was a superhuman task for whose execution the sorcerer must have employed a legion of familiars as well as his ten pupils.

The vast chamber was fitfully illumed by the glare of athanors and braziers; and, above all, by the weird glimmering from the huge stone vats. Even from his high vantage, the watcher could not see the contents of these vats; but a white luminosity poured, upwards from the rim of one of them, and a flesh-tinted phosphorescence from the other.

Gaspard had seen certain of the experiments and evocations of Nathaire, and was all too familiar with the appurtenances of the dark arts. Within certain limits, he was not squeamish; nor was it likely that he would have been terrified overmuch by the shadowy, uncouth shapes of demons who toiled in the pit below him side by side with the blackclad pupils of the sorcerer. But a cold horror clutched his heart when he saw the incredible, enormous thing that

occupied the central floor: the colossal human skeleton a hundred feet in length, stretching for more than the extent of the old castle hall; the skeleton whose bony right foot the group of men and devils, to all appearance, were busily clothing with human flesh!

The prodigious and macabre framework, complete in every part, with ribs like arches of some Satanic nave, shone as if it were still heated by the fires of an infernal welding. It seemed to shimmer and burn with unnatural life, to quiver with malign disquietude in the flickering glare and gloom. The great fingerbones, curving claw-like on the floor, appeared as if they were about to close upon some helpless prey. The tremendous teeth were set in an everlasting grin of sardonic cruelty and malice. The hollow eye-sockets, deep as Tartarean wells, appeared to seethe with myriad, mocking lights, like the eyes of elementals swimming upwards in obscene shadow.

Gaspard was stunned by the shocking and stupendous fantasmagoria that yawned before him like a peopled hell. Afterwards he was never wholly sure of certain things, and could remember very little of the actual manner in which the work of the men and their assistants was being carried on. Dim, dubious, bat-like creatures seemed to be flitting to and fro between one of the stone vats and the group that toiled like sculptors, clothing the bony foot with a reddish plasm which they applied and moulded like so much clay. Gaspard thought, but was not certain later, that this plasm, which gleamed as if with mingled blood and fire, was being brought from the rosy-litten vat in vessels borne by the claws of the shadowy flying creatures. None of them, however, approached the other vat, whose wannish light was momentarily enfeebled, as if it were dying down.

He looked for the minikin figure of Nathaire, whom he could not distinguish in the crowded scene. The sick necromancer — if he had not already succumbed to the little-known disease that had long wasted him like an inward flame — was no doubt hidden from view by the colossal skeleton and was perhaps directing the labours of the men and demons from his couch.

Spellbound on that precarious ledge, the watcher failed to hear the furtive, cat-like feet that were climbing behind him on the ruinous stairs. Too late, he heard the clink of a loose fragment close upon his heels; and turning in startlement, he toppled into sheer oblivion beneath the impact of a cudgel-like blow, and did not even know that the beginning fall of his body towards the courtyard had been arrested by his assailant's arms.

5. THE HORROR OF YLOURGNE

Gaspard, returning from his dark plunge into Lethean emptiness, found himself gazing into the eyes of Nathaire: those eyes of liquid night and ebony, in which swam the chill, malignant fires of stars that had gone down to irremediable perdition. For some time, in the confusion of his senses, he could see nothing but the eyes, which seemed to have drawn him forth like baleful magnets from his swoon. Apparently disembodied, or set in a face too vast for human cognizance, they burned before him in chaotic murk; Then, by degrees, he saw the other features of the sorcerer, and the details of a lurid scene; and became aware of his own situation.

Trying to lift his hands to his aching head, he found that they were bound tightly together at the wrists. He was half lying, half leaning against an object with hard planes and edges that irked his back. This object he discovered to be a sort of alchemic furnace, or athanor, part of a litter of disused apparatus that stood or lay on the castle floor. Cupels, aludels, cucurbits, like enormous gourds and globes, were mingled in strange confusion with the piled, iron-clasped books and the sooty cauldrons and braziers of a darker science.

Nathaire, propped among Saracenic cushions with arabesques of sullen gold and fulgurant scarlet, was peering upon him from a kind of improvised-couch, made with bales of Orient rugs and arrases, to whose luxury the rude walls of the castle, stained with mould and mottled with dead fungi, offered a grotesque foil. Dim lights and evilly swooping shadows flickered across the scene; and Gaspard could hear a guttural hum of voices behind him. Twisting his head a

little, he saw one of the stone vats, whose rosy luminosity was blurred and blotted by vampire wings that went to and fro.

"Welcome," said Nathaire, after an interval in which the student began to perceive the fatal progress of illness in the painpinched features before him. "So Gaspard du Nord has come to see his former master!" The harsh, imperatory voice, with demoniac volume, issued appallingly from the wizened frame.

"I have come," said Gaspard, in laconic echo. "Tell me, what devil's work is this in which I find you engaged? And what have you done with the dead bodies that were stolen by your accursed familiars?"

The frail, dying body of Nathaire, as if possessed by some sardonic fiend, rocked to and fro on the luxurious couch in a long, violent gust of laughter, without other reply.

"If your looks bear creditable witness," said Gaspard, when the baleful laughter had ceased, "you are mortally ill, and the time is short in which you can hope to atone for your deeds of malice and make your peace with God — if indeed it still be possible for you to make peace. What foul and monstrous brew are you preparing, to ensure the ultimate perdition of your soul?"

The dwarf was again seized by a spasm of diabolic mirth.

"Nay, nay, my good Gaspard," he said finally. "I have made another bond than the one with which puling cowards try to purchase the good will and forgiveness of the heavenly Tyrant. Hell may take me in the end, if it will; but Hell has paid, and will still pay, an ample and goodly price. I must die soon, it is true, for my doom is written in the stars: but in death, by the grace of Satan, I live again, and shall go forth endowed with the mighty thews of the Anakim, to visit vengeance on the people of Averoigne, who have long hated me for my necromantic wisdom and have held me in derision for my dwarf stature."

"What madness is this whereof you dream?" asked the youth, appalled by the more than human frenzy and malignity that seemed to dilate the shrunken frame of Nathaire and stream in Tartarean lustre from his eyes.

"It is no madness, but a veritable thing: a miracle, mayhap, as life itself is a miracle.... From the fresh bodies of the dead, which otherwise would have rotted away in charnel foulness, my pupils and familiars are making for me, beneath my instruction, the giant form whose skeleton you have beheld. My soul, at the death of its present body, will pass into this colossal tenement through the working of certain spells of transmigration in which my faithful assistants have also been carefully instructed.

"If you had remained with me, Gaspard, and had not drawn back in your petty, pious squeamishness from the marvels and profundities that I should have unveiled for you, it would now be your privilege to share in the creation of this prodigy.... And if you had come to Ylourgne a little sooner in your presumptuous prying, I might have made a certain use of your stout bones and muscles... the same use I have made of other young men, who died through accident or violence. But it is too late even for this, since the building of the bones has been completed, and it remains only to invest them with human flesh. My good Gaspard, there is nothing whatever to be done with you — except to put you safely out of the way. Providentially, for this purpose, there is an oubliette beneath the castle: a somewhat dismal lodging-place, no doubt, but one that was made strong and deep by the grim lords of Ylourgne."

Gaspard was unable to frame any reply to this sinister and extraordinary speech. Searching his horror-frozen brain for words, he felt himself seized from behind by the hands of unseen beings who had come, no doubt, in answer to some gesture of Nathaire: a gesture which the captive had not perceived. He was blindfolded with some heavy fabric, mouldy and musty as a gravecloth, and was led stumbling through the litter of strange apparatus, and down a winding flight of ruinous, narrow stairs from which the noisome breath of stagnating water, mingled with the oily muskiness of serpents, arose to meet him.

He appeared to descend for a distance that would admit of no return. Slowly the stench grew stronger, more insupportable; the stairs ended; a door clanged sullenly on rusty hinges; and Gaspard was thrust forward on a damp, uneven floor that seemed to have been worn away by myriad feet.

He heard the grating of a ponderous slab of stone. His wrists were untied, the bandage was removed from his eyes, and he saw by the light of flickering torches a round hole that yawned in the oozing floor at his feet. Beside it was the lifted slab that had formed its lid. Before he could turn to see the faces of his captors, to learn if they were men or devils, he was seized rudely and thrust into the gaping hole. He fell through Erebus-like darkness, for what seemed an immense distance, before he struck bottom. Lying half stunned in a shallow, fetid pool, he heard the funereal thud of the heavy slab as it slid back into place far above him.

6. THE VAULTS OF YLOURGNE

Gaspard was revived, after a while, by the chillness of the water in which he lay. His garments were half soaked; and the slimy mephitic pool, as he discovered by his first movement, was within an inch of his mouth. He could hear a steady, monotonous dripping somewhere in the rayless night of his dungeon. He staggered to his feet, finding that his bones were still intact, and began a cautious exploration. Foul drops fell upon his hair and lifted face as he moved; his feet slipped and splashed in the rotten water; there were angry, vehement hissings, and serpentine coils slithered coldly across his ankles.

He soon came to a rough wall of stone, and following the wall with his fingertips, he tried to determine the extent of the oubliette. The place was more or less circular, without corners, and he failed to form any just idea of its circuit. Somewhere in his wanderings, he found a shelving pile of rubble that rose above the water against the wall; and here, for the sake of comparative dryness and comfort, he ensconced himself, after dispossessing a number of outraged reptiles. These creatures, it seemed, were inoffensive, and probably belonged

to some species of watersnake; but he shivered at the touch of their clammy scales.

Sitting on the rubble-heap, Gaspard reviewed in his mind the various horrors of a situation that was infinitely dismal and desperate. He had learned the incredible, soul-shaking secret of Ylourgne, the unimaginably monstrous and blasphemous project of Nathaire; but now, immured in this noisome hole as in a subterranean tomb, in depths beneath the devil-haunted pile, he could not even warn the world of imminent menace.

The wallet of food, now more than half empty, with which he had started from Vyones, was still hanging at his back; and he assured himself by investigation that his captors had not troubled to deprive him of his dagger. Gnawing a crust of stale bread in the darkness, and caressing with his hand the hilt of the precious weapon, he sought for some rift in the all-envirning despair.

He had no means of measuring the black hours that went over him with the slowness of a slime-clogged river, crawling in blind silence to a subterrene sea. The ceaseless drip of water, probably from sunken hill-springs that had supplied the castle in former years alone broke the stillness; but the sound became in time an equivocal monotone that suggested to his half-delirious mind the mirthless and perpetual chuckling of unseen imps. At last, from sheer bodily exhaustion, he fell into troubled nightmare-ridden chamber.

He could not tell if it were night or noon in the world without when he awakened; for the same stagnant darkness, unrelieved by ray or glimmer, brimmed the oubliette. Shivering, he became aware of a steady draught that blew upon him: a dank, unwholesome air, like the breath of unsunned vaults that had wakened into cryptic life and activity during his sleep. He had not noticed the draught heretofore; and his numb brain was startled into sudden hope by the intimation which it conveyed. Obviously there was some underground rift or channel through which the air entered; and this rift might somehow prove to be a place of egress from the oubliette.

Getting to his feet, he groped uncertainly forward in the direction of the draught. He stumbled over something that cracked and broke beneath his heels, and narrowly checked himself from falling on his face in the slimy, serpent-haunted pool. Before he could investigate the obstruction or resume his blind groping, he heard a harsh, grating noise above, and a wavering shaft of yellow light came down through the oubliette's opened mouth. Dazzled, he looked up, and saw the round hole ten or twelve feet overhead, through which a dark hand had reached down with a flaring torch. A small basket, containing a loaf of coarse bread and a bottle of wine, was being lowered at the end of a cord.

Gaspar took the bread and wine, and the basket was drawn up. Before the withdrawal of the torch and the re-depositing of the slab, he contrived to make a hasty survey of his dungeon. The place was roughly circular, as he had surmised, and was perhaps fifteen feet in diameter. The thing over which he had stumbled was a human skeleton, lying half on the rubble-heap, half in the filthy water. It was brown and rotten with age, and its garments had long melted away in patches of liquid mould.

The walls were guttered and runnelled by centuries of ooze and their very stone, it seemed, was rotting slowly to decay. In the opposite side, at the bottom, he saw the opening he had, suspected: a low mouth, not much bigger than a foxes' hole, into which the sluggish water flowed. His heart sank at the sight; for, even if the water were deeper than it seemed, the hole was far too strait for the passage of a man's body. In a state of hopelessness that was like a veritable suffocation, he found his way back to the rubble-pile when the light had been withdrawn.

The loaf of bread and the bottle of wine were still in his hands. Mechanically, with dull, sodden hunger, he munched and drank. Afterwards he felt stronger; and the sour, common wine served to warm him and perhaps helped to inspire him with the idea which he presently conceived.

Finishing the bottle, he found his way across the dungeon to the low, burrow-like hole. The entering air current had strengthened, and this he took for a good omen, Drawing his dagger, he started to pick with the point at the half-rotten, decomposing wall, in an effort to enlarge the opening. He was forced to kneel in noisome silt; and the writhing coils of water-snakes, hissing frightfully, crawled across his legs as he worked. Evidently the hole was their means of ingress and egress, to and from the oubliette.

The stone crumbled readily beneath his dagger, and Gaspard forgot the horror and ghastliness of his situation in the hope of escape. He had no means of knowing the thickness of the wall; or the nature and extent of the subterrenes that lay beyond; but he felt sure that there was some channel of connection with the outer air.

For hours or days, it seemed, he toiled with his dagger, digging blindly at the soft wall and removing the dèbris that splashed in the water beside him. After a while, prone on his belly, he crept into the hole he had enlarged; and burrowing like some laborious mole, he made his way onwards inch by inch.

At last, to his prodigious relief, the dagger-point went through into empty space. He broke away with his hands the thin shell of obstructing stone that remained; then, crawling on in the darkness, he found that he could stand upright on a sort of shelving floor.

Straightening his cramped limbs, he moved on very cautiously. He was in a narrow vault or tunnel, whose sides he could touch simultaneously with his outstretched finger-tips. The floor was a downwards incline; and the water deepened, rising to his knees and then to his waist, Probably the place had once been used as an underground exit from the castle; and the roof, falling in, had dammed the water.

More than a little dismayed, Gaspard began to wonder if he had exchanged the foul, skeleton-haunted oubliette for something even worse. The night around and before him was still untouched by any ray, and the air-current,

though strong, was laden with dankness and mouldiness as of interminable vaults.

Touching the tunnel-sides at intervals as he plunged hesitantly into the deepening water, he found a sharp angle, giving upon free space at his right. The space proved to be the mouth of an intersecting passage, whose flooded bottom was at least level and went no deeper into the stagnant foulness. Exploring it, he stumbled over the beginning of a flight of upward steps. Mounting these through the shoaling water, he soon found himself on dry stone.

The stairs, narrow, broken, irregular, without landings, appeared to wind in some eternal spiral that was coiled lightlessly about the bowels of Ylourgne. They were close and stifling as a tomb, and plainly they were not the source of the air-current which Gaspard had started to follow. Whither they would lead he knew not; nor could he tell if they were the same stairs by which he had been conducted to his dungeon. But he climbed steadily, pausing only at long intervals to regain his breath as best he could in the dead, mephitic-burdened air.

At length, in the solid darkness, far above, he began to hear a mysterious, muffled sound: a dull but recurrent crash as of mighty blocks and masses of falling stone. The sound was unspeakably ominous and dismal, and it seemed to shake the unfathomable walls around Gaspard, and to thrill with a sinister vibration in the steps on which he trod,

He climbed now with redoubled caution and alertness, stopping ever and anon to listen. The recurrent crashing noise grew louder, more ominous, as if it were immediately above; and the listener crouched on the dark stairs for a time that might have been many minutes, without daring to go farther. At last, with disconcerting suddenness, the sound came to an end, leaving a strained and fearful stillness.

With many baleful conjectures, not knowing what fresh enormity he should find, Gaspard ventured to resume his climbing. Again, in the blank and solid

stillness, he was met by a sound: the dim, reverberant chanting of voices, as in some Satanic mass or liturgy with dirge-like cadences that turned to intolerably soaring paeans of evil triumph. Long before he could recognize the words, he shivered at the strong, malefic throbbing of the measured rhythm, whose fall and rise appeared somehow to correspond to the heartbeats of some colossal demon.

The stairs turned, for the hundredth time in their tortuous spiral; and coming forth from that long midnight, Gaspard blinked in the wan glimmering that streamed towards him from above. The choral voices met him in a more sonorous burst of infernal sound, and he knew the words for those of a rare and potent incantation, used by sorcerers for a supremely foul, supremely maleficent purpose. Affrightedly, as he climbed the last steps, he knew the thing that was taking place amid the ruins of Ylourgne.

Lifting his head warily above the castle floor, he saw that the stairs ended in a far corner of the vast room in which he had beheld Nathaire's unthinkable creation. The whole extent of the internally dismantled building lay before him, filled with a weird glare in which the beams of the slightly gibbous moon were mingled with the ruddy flames of dying athanors and the coiling, multi-coloured tongues that rose from necromantic braziers.

Gaspard, for an instant, was puzzled by the flood of full moonlight amid the ruins. Then he saw that almost the whole inner wall of the castle, giving on the courtyard, had been removed. It was the tearing-down of the prodigious blocks, no doubt through an extrahuman labour levied by sorcery, that he had heard during his ascent from the subterrene vaults. His blood curdled, he felt an actual horripilation, as he realized the purpose for which the wall had been demolished.

It was evident that a whole day and part of another night had gone by since his immurement; for the moon rode high in the pale sapphire welkin. Bathed in its chilly glare, the huge vats no longer emitted their eerie and electric phosphorescence. The couch of Saracen fabrics, on which Gaspard had beheld

the dying dwarf, was now half hidden from view by the mounting fumes of braziers and thuribles, amid which the sorcerer's ten pupils, clad in sable and scarlet, were performing their hideous and repugnant rite, with its malefically measured litany.

Fearfully, as one who confronts an apparition reared up from nether hell, Gaspard beheld the colossus that lay inert as if in Cyclopean sleep on the castle flags. The thing was no longer a skeleton: the limbs were rounded into bossed, enormous thews, like the limbs of Biblical giants; the flanks were like an insuperable wall; the deltoids of the mighty chest were broad as platform; the hands could have crushed the bodies of men like millstones.... But the face of the stupendous monster, seen in profile athwart the pouring moon, was the face of the Satanic dwarf, Nathaire — re-magnified a hundred times, but the same in its implacable madness and malevolence!

The vast bosom seemed to rise and fall; and during a pause of the necromantic ritual, Gaspard heard the unmistakable sound of a mighty respiration, The eye in the profile was closed; but its lid appeared to tremble like a great curtain, as if the monster were about to wake; and the outflung hand, with fingers pale and bluish as a row of corpses, twitched unquietly on the castle flags.

An insupportable terror seized the watcher; but even this terror could not induce him to return to the noisome vaults he had left. With infinite hesitation and trepidation, he stole forth from the corner, keeping in a zone of ebon shadow that flanked the castle wall.

As he went, he saw for a moment, through bellying folds of vapour, the couch on which the shrunken form of Nathaire was lying pallid and motionless. It seemed that the dwarf was dead, or had fallen into a stupor preceding death. Then the choral voices, crying their dreadful incantation, rose higher in Satanic triumph; the vapours eddied like a hell-born cloud, coiling about the sorcerers in python-shaped volumes, and hiding again the Orient couch and its corpse-like occupant.

A thralldom of measureless evil oppressed the air. Gaspard felt that the awful transmigration, evoked and implored with everswelling, liturgic blasphemies, was about to take place — had perhaps already occurred. He thought that the breathing giant stirred, like one who tosses in light slumber.

Soon the towering, massively recumbent hulk was interposed between Gaspard and the chanting necromancers. They had not seen him; and he now dared to run swiftly, and gained the courtyard unpursued and unchallenged. Thence, without looking back, he fled like a devil-hunted thing upon the steep and chasm-riven slopes below Ylourgne.

7. THE COMING OF THE COLOSSUS

After the cessation of the exodus of liches, a universal terror still prevailed; a wide-flung shadow of apprehension, infernal and funereal, lay stagnantly on Averoine. There were strange and disastrous portents in the aspect of the skies: flame-bearded meteors had been seen to fall beyond the eastern hills; a comet far in the south had swept the stars with its luminous bosom for a few nights, and had then faded, leaving among men the prophecy of bale and pestilence to come. By day the air was oppressed and sultry, and the blue heavens were heated as if by whitish fires. Clouds of thunder, darkling and withdrawn, shook their fulgurant lances on the far horizons, like some beleaguering Titan army. A murrain, such as would come from the working of wizard spells, was abroad among the cattle. All these signs and prodigies were an added heaviness on the burdened spirits of men, who went to and fro in daily fear of the hidden preparations and machinations of hell.

But, until the actual breaking-forth of the incubated menace, there was no one, save Gaspard du Nord, who had knowledge of its veritable form. And Gaspard, fleeing headlong beneath the gibbous moon towards Vyones, and fearing to hear the tread of a colossal pursuer at any moment, had thought it more than useless to give warning in such towns and villages as lay upon his

line of sight. Where, indeed — even if warned — could men hope to hide themselves from the awful thing, begotten by Hell on the ravished charnel, that would walk forth like the Anakim to visit its roaring wrath on a trampled world?

So, all that night, and throughout the day that followed, Gaspard du Nord, with the dried slime of the oubliette on his briar-shredded raiment, plunged like a madman through the towering woods that were haunted by robbers and werewolves. The westward-falling moon flickered in his eyes betwixt the gnarled sombre boles as he ran; and the dawn overtook him with the pale shafts of its searching arrows. The noon poured over him its white sultriness, like furnace-heated metal sublimed into light; and the clotted filth that clung to his tatters was again turned into slime by his own sweat. But still he pursued his nightmare-harried way, while a vague, seemingly hopeless plan took form in his mind.

In the interim, several monks of the Cistercian brotherhood, watching the grey wall of Ylourgne at early dawn with their habitual vigilance, were the first, after Gaspard, to behold the monstrous horror created by the necromancers. Their account may have been somewhat tinged by a pious exaggeration; but they swore that the giant rose abruptly, standing more than waist-high above the ruins of the barbican, amid a sudden leaping of long-tongued fires and a swirling of pitchy fumes erupted from Malbolge. The giant's head was level with the high top of the donjon, and his right arm, out-thrust, lay like a bar of stormy cloud athwart the new-risen sun.

The monks fell grovelling to their knees, thinking that the Archfoe himself had come forth, using Ylourgne for his gateway from the Pit. Then, across the mile-wide valley, they heard a thunderous peal of demoniac laughter; and the giant, climbing over the mounded barbican at a single step, began to descend the scarped and craggy hill.

When he drew nearer, bounding from slope to slope, his features were manifestly those of some great devil animated with ire and malice towards the sons of Adam. His hair, in matted locks, streamed behind him like a mass of

black pythons; his naked skin was livid and pale and cadaverous, with the skin of the dead; but beneath it, the stupendous thews of a Titan swelled and rippled. The eyes, wide and glaring flamed like lidless cauldrons heated by the fires of the unplumbed Pit.

The rumour of his coming passed like a gale of terror through the Monastery. Many of the Brothers, deeming discretion the better part of religious fervour, hid themselves in the stone-hewn cellars and vaults. Others crouched in their cells, mumbling and shrieking incoherent pleas to all the Saints. Still others, the most courageous, repaired in a body to the chapel and knelt in solemn prayer before the wooden Christ on the great crucifix.

Bernard and Stephane, now somewhat recovered from their grievous beating, alone dared to watch the advance of the giant. Their horror was inexpressibly increased when they began to recognize in the colossal features a magnified likeness to the lineaments of that evil dwarf who had presided over the dark, unhallowed activities of Ylourgne; and the laughter of the colossus, as he came down the valley, was like a tempest-borne echo of the damnable cachinnation that had followed their ignominious flight from the haunted stronghold. To Bernard and Stephane, however, it seemed merely that the dwarf, who was no doubt an actual demon, had chosen to appear in his natural form.

Pausing in the valley-bottom, the giant stood opposite the monastery with his flame-filled eyes on a level with the window from which Bernard and Stephane were peering. He laughed again — an awful laugh, like a subterranean rumbling — and then, stooping, he picked up a handful of boulders as if they had been pebbles, and proceeded to pelt the monastery. The boulders crashed against the walls, as if hurled from great catapults or mangonels of war; but the stout building held, though shaken grievously.

Then, with both hands, the colossus tore loose an immense rock that was deeply embedded in the hillside; and lifting this rock, he flung it at the stubborn walls. The tremendous mass broke in an entire side of the chapel; and those

who had gathered therein were found later, crushed into bloody pulp amid the splinters of their carven Christ.

After that, as if disdainful to palter any further with a prey so insignificant, the colossus turned his back on the little monastery, and like some fiend-born Goliath, went roaring down the valley into Averoigne.

As he departed, Bernard and Stephane, still watching from their window, saw a thing they had not perceived heretofore: a huge basket made of planking, that hung suspended by ropes between the giant's shoulders. In the basket, ten men — the pupils and assistants of Nathaire — were being carried like so many dolls or puppets in a peddler's pack.

Of the subsequent wanderings and depredations of the colossus, a hundred legends were long current throughout Averoigne: tales of an unexampled ghastliness, a wanton diabolism without parallel in all the histories of that demon-pestered land.

The goatherds of the hills below Ylourgne saw him coming, and fled with their nimble-footed flocks to the highest ridges. To these he paid little heed, merely trampling them down like beetles when they could not escape from his path. Following the hillstream that was the source of the river Isoile, he came to the verge of the great forest; and here, it is related, he tore up a towering ancient pine by the roots, and snapping off the mighty boughs with his hands, shaped it into a cudgel which he carried henceforward.

With this cudgel, heavier than a battering-ram, he pounded into shapeless ruin a wayside shrine in the outer woods. A hamlet fell in his way, and he strode through it, beating in the roofs, toppling the walls, and crushing the inhabitants beneath his feet.

To and fro in a mad frenzy of destruction, like a deathdrunken Cyclops, he wandered all that day. Even the fierce beasts of the woodland ran from him in fear. The wolves, in mid-hunt, abandoned their quarry and retired, howling

dismally with terror, to their rocky dens. The black, savage hunting-dogs of the forest barons would not face him, and hid whimpering in their kennels.

Men heard his mighty laughter, his stormy bellowing; they saw his approach from a distance of many leagues, and fled or concealed themselves as best they could. The lords of moated castles called in their men-at-arms, drew up their drawbridges and prepared as if for the siege of an army. The peasants hid themselves in caverns, in cellars, in old wells, and even beneath hay-mounds, hoping that he would pass them by unnoticed. The churches were crammed with refugees who sought protection of the Cross, deeming that Satan himself, or one of his chief lieutenants, had risen to harry and lay waste the land.

In a voice like summer thunder, mad maledictions, unthinkable obscenities and blasphemies were uttered ceaselessly by the giant as he went to and fro. Men heard him address the litter of black-clad figures that he carried on his back, in tones of admonishment or demonstration such as a master would use to his pupils. People who had known Nathaire recognized the incredible likeness of the huge features, the similarity of the swollen voice to his. A rumour went abroad that the dwarf sorcerer, through his loathly bond with the Adversary, had been permitted to transfer his hateful soul into this Titanic form; and, bearing his pupils with him, had returned to vent an insatiable ire, a bottomless rancour, on the world that had mocked him for his puny physique and reviled him for his sorcery. The charnel genesis of the monstrous avatar was also rumoured; and, indeed it was said that the colossus had openly proclaimed his identity.

It would be tedious to make explicit mention of all the enormities, all the atrocities, that were ascribed to the marauding giant.... There were people — mostly priests and women, it is told — whom he picked up as they fled, and pulled limb from limb as a child might quarter an insect.... And there were worse things, not to be named in this record....

Many eye-witnesses told how he hunted Pierre, the Lord of La Frênaie, who had gone forth with his dogs and men to chase a noble stag in the nearby forest

Overtaking horse and rider, he caught them with one hand, and bearing them aloft as he strode over the tree-tops, he hurled them later against the granite walls of the Chateau of La Frênaie in passing. Then, catching the red stag that Pierre had hunted, he flung it after them; and the huge bloody blotches made by the impact of the bashed bodies remained long on the castle stone, and were never wholly washed away by the autumn rains and the winter snows.

Countless tales were told, also, of the deeds of obscene sacrilege and profanation committed by the colossus: of the wooden Virgin that he flung into the Isoile above Ximes, lashed with human gut to the rotting, mail-clad body of an infamous outlaw; of the wormy corpses that he dug with his hands from unconsecrated graves and hurled into the courtyard of the Benedictine abbey of Perigon; of the Church of Ste. Zenobie, which he buried with its priests and congregation beneath a mountain of ordure made by the gathering of all the dungheaps from neighbouring farms.

8. THE LAYING OF THE COLOSSUS

Back and forth, in an irregular, drunken, zigzag course, from end to end and side to side of the harried realm, the giant strode without pause, like an energumen possessed by some implacable fiend of mischief and murder, leaving behind him, as a reaper leaves his swath, an ever-lengthening zone of havoc, of rapine and carnage. And when the sun, blackened by the smoke of burning villages, had set luridly beyond the forest, men still saw him moving in the dusk, and heard still the portentous rumbling of his mad, stormy cachinnation.

Nearing the gates of Vyones at sunset, Gaspard du Nord saw behind him, through gaps in the ancient wood, the far-off head and shoulders of the terrible colossus, who moved along the Isoile, stooping from sight at intervals in some horrid deed.

Though numb with weariness and exhaustion, Gaspard quickened his flight. He did not believe, however, that the monster would try to invade Vyones, the especial object of Nathaire's hatred and malice, before the following day. The evil soul of the sorcerous dwarf, exulting in its almost infinite capacity for harm and destruction, would defer the crowning act of vengeance, and would continue to terrorize, during the night, the outlying villages and rural districts.

In spite of his rags and filth, which rendered him practically unrecognizable and gave him a most disreputable air, Gaspard was admitted without question by the guards at the city gate. Vyones was already thronged with people who had fled to the sanctuary of its stout walls from the adjacent countryside; and no one, not even of the most dubious character, was denied admittance. The walls were lined with archers and pike-bearers, gathered in readiness to dispute the entrance of the giant. Crossbowmen were stationed above the gates, and mangonels were mounted at short intervals along the entire circuit of the ramparts. The city seethed and hummed like an agitated hive.

Hysteria and pandemonium prevailed in the streets. Pale, panic-stricken faces milled everywhere in an aimless stream. Hurrying torches flared dolorously in the twilight that deepened as if with the shadow of impending wings arisen from Erebus. The gloom was clogged with intangible fear, with webs of stifling oppression. Through all this rout of wild disorder and frenzy, Gaspard, like a spent but indomitable swimmer breasting some tide of eternal, viscid nightmare, made his way slowly to his attic lodgings.

Afterwards, he could scarcely remember eating and drinking. Overworn beyond the limit of bodily and spiritual endurance, he threw himself down on his pallet without removing his ooze-stiffened tatters, and slept soddenly till an hour half-way between midnight and dawn.

He awoke with the death-pale beams of the gibbous moon shining upon him through his window; and rising, spent the balance of the night in making certain occult preparations which, he felt, offered the only possibility of coping with the fiendish monster that had been created and animated by Nathaire.

Working feverishly by the light of the westering moon and a single dim taper, Gaspard assembled various ingredients of familiar alchemic use which he possessed, and compounded from these, through a long and somewhat cabalistic process, a dark-grey powder which he had seen employed by Nathaire on numerous occasions. He had reasoned that the colossus, being formed from the bones and flesh of dead men unlawfully raised up, and energized only by the soul of a dead sorcerer, would be subject to the influence of this powder, which Nathaire had used for the laying of resurrected liches. The powder, if cast in the nostrils of such cadavers, would cause them to, return peacefully to their tombs and lie down in a renewed slumber of death.

Gaspard made a considerable quantity of the mixture, arguing that no mere finger-pinch would suffice for the lulling of the gigantic charnel monstrosity. His guttering yellow candle was dimmed by the white dawn as he ended the Latin formula of fearsome verbal invocation from which the compound would derive much of its efficacy. The formula, which called for the cooperation of Alastor and other evil spirits, he used with unwillingness. But he knew that there was no alternative: sorcery could be fought only with sorcery.

Morning came with new terrors to Vyones. Gaspard had felt, through a sort of intuition, that the vengeful colossus, who was said to have wandered with unhuman tirelessness and diabolic energy all night through Averoine, would approach the hated city early in the day. His intuition was confirmed; for scarcely had he finished his occult labours when he heard a mounting hubbub in the streets, and above the shrill, dismal clamour of frightened voices, the far-off roaring of the giant.

Gaspard knew that he must lose no time, if he were to post himself in a place of vantage from which he could throw his powder into the nostrils of the hundred-foot colossus. The city walls and even most of the church spires, were not lofty enough for this purpose; and a brief reflection told him that the great cathedral, standing at the core of Vyones, was the one place from whose roof he could front the invader with success. He felt sure that the men-at-arms on

the walls could do little to prevent the monster from entering and wreaking his malevolent will. No earthly weapon could injure a being of such bulk and nature; for even a cadaver of normal size, reared up in this fashion, could be shot full of arrows or transfixing by a dozen pikes without retarding its progress.

Hastily he filled a huge leathern pouch with the powder; and carrying the pouch at his belt, he joined the agitated press of people in the street. Many were fleeing towards the cathedral, to seek the shelter of its august sanctity; and he had only to let himself be borne along by the frenzy-driven stream.

The cathedral nave was packed with worshippers, and solemn masses were being said by priests whose voices faltered at times with inward panic. Unheeded by the wan, despairing throng, Gaspard found a flight of coiling stairs that led tortuously to the gargoyle-warded roof of the high tower.

Here he posted himself, crouching behind the stone figure of a cat-headed griffin. From his vantage he could see, beyond the crowded spires and gables, the approaching giant, whose head and torso loomed above the city walls. A cloud of arrows, visible even at that distance, rose to meet the monster, who apparently did not even pause to pluck them from his hide. Great boulders hurled from mangonels were no more to him than a pelting of gravel; the heavy bolts of arbalests, embedded in his flesh, were mere slivers.

Nothing could stay his advance. The tiny figures of a company of pikemen, who opposed him with out-thrust weapons, swept from the wall above the eastern gate by a single sidelong blow of the seventy-foot pine that he bore for a cudgel. Then, having cleared the wall, the colossus climbed over it into Vyonnes.

Roaring, chuckling, laughing like a maniacal Cyclops, he strode along the narrow streets between houses that rose only to his waist, trampling without mercy everyone who could not escape in time, and smashing in the roofs with stupendous blows of his bludgeon. With a push of his left hand he broke off the protruding gables, and overturned the church steeples with their bells clanging

in dolorous alarm as they went down. A woeful shrieking and wailing of hysteria-laden voices accompanied his passing.

Straight towards the cathedral he came, as Gaspard had calculated, feeling that the high edifice would be made the special butt of his malevolence.

The streets were now emptied of people; but, as if to hunt them out and crush them in their hiding-places, the giant thrust his cudgel like a battering-ram through walls and windows and roofs as he went by. The ruin and havoc that he left was indescribable.

Soon he loomed opposite the cathedral tower on which Gaspard waited behind the gargoyle. His head was level with the tower, and his eyes flamed like wells of burning brimstone as he drew near. His lips were parted over stalactitic fangs in a hateful snarl; and he cried out in a voice like the rumbling of articulate thunder:

"Ho! Ye puling priests and devotees of a powerless God! Come forth and bow to Nathaire the master, before he sweeps you into limbo!"

It was then that Gaspard, with a hardihood beyond comparison, rose from his hiding-place and stood in full view of the raging colossus.

"Draw nearer, Nathaire, if indeed it be you, foul robber of tombs and charnels," he taunted. "Come close, for I would hold speech with you."

A monstrous look of astonishment dimmed the diabolic rage on the colossal features. Peering at Gaspard as if in doubt or incredulity, the giant lowered his lifted cudgel and stepped close to the tower, till his face was only a few feet from the intrepid student. Then, when he had apparently convinced himself of Gaspard's identity, the look of maniacal wrath returned, flooding his eyes with Tartarean fire and twisting his lineaments into a mask of Apollyon-like malignity. His left arm came up in a prodigious arc, with twitching fingers that poised horribly above the head of the youth, casting upon him a vulture-black shadow

in the full-risen sun. Gaspard saw the white, startled faces of the necromancer's pupils, peering over his shoulder from their plank-built basket.

"Is it you, Gaspard, my recreant pupil?" the colossus roared stormily. "I thought you were rotting in the oubliette beneath Ylourgne — and now I find you perched atop of this accursed cathedral which I am about to demolish! ... You had been far wiser to remain where I left you, my good Gaspard."

His breath, as he spoke, blew like a charnel-polluted gale on the student. His vast fingers, with blackened nails like shovelblades, hovered in ogreish menace. Gaspard had furtively loosened his leathern pouch that hung at his belt, and had untied its mouth. Now, as the twitching fingers descended towards him, he emptied the contents of the pouch in the giant's face, and the fine powder, mounting in a dark-grey cloud, obscured the snarling lips and palpitating nostrils from his view.

Anxiously he watched the effect, fearing that the powder might be useless after all, against the superior arts and Satanical resources of Nathaire. But miraculously, as it seemed, the evil lambence died in the pit-deep eyes, as the monster inhaled the flying cloud. His lifted hand, narrowly missing the crouching youth in its sweep, fell lifelessly at his side. The anger was erased from the mighty, contorted mask, as if from the face of a dead man; the great cudgel fell with a crash to the empty street; and with drowsy, lurching steps, and listless, hanging arms, the giant turned his back to the cathedral and retraced his way through the devastated city.

He muttered dreamily to himself as he went; and people who heard him swore that the voice was no longer the awful, thunderswollen voice of Nathaire, but the tones and accents of a multitude of men, amid which the voices of certain of the ravished dead were recognizable. And the voice of Nathaire himself, no louder now than in life, was heard at intervals through the manifold mutterings, as if protesting angrily.

Climbing the eastern wall as it had come, the colossus went to and fro for many hours, no longer wreaking a hellish wrath and rancour, but searching, as people thought, for the various tombs and graves from which the hundreds of bodies that composed it had been so foully reft. From charnel to charnel, from cemetery to cemetery it went, through all the land; but there was no grave anywhere in which the dead colossus could lie down.

Then, towards evening, men saw it from afar on the red rim of the sky, digging with its hands in the soft, loamy plain beside the river Isoile. There, in a monstrous and self-made grave, the colossus laid itself down, and did not rise again. The ten pupils of Nathaire, it was believed, unable to descend from their basket, were crushed beneath the mighty body; for none of them was ever seen thereafter.

For many days no one dared to approach the place where the corpse lay uncovered in its self-dug grave. And so the thing rotted prodigiously beneath the summer sun, breeding a mighty stench that wrought pestilence in that portion of Averoine. And they who ventured to go near in the following autumn, when the stench had lessened greatly, swore that the voice of Nathaire, still protesting angrily, was heard by them to issue from the enormous, rook-haunted bulk.

Of Gaspard du Nord, who had been the saviour of the province, it was related that he lived in much honour to a ripe age, being the one sorcerer of that region who at no time incurred the disapprobation of the Church.

EL COLOSO DE YLOURGNE

CLARK ASHTON SMITH

I

LA FUGA DEL NIGROMANTE

El tres veces infame Nathaire, alquimista, astrólogo y nigromante, con sus diez discípulos que le había dado el diablo, se había marchado muy repentinamente en circunstancias de estricto secreto de la ciudad de Vyones. La opinión común, entre la gente del vecindario, era que su marcha se había visto empujada por un saludable miedo a las empulgueras y a las hogueras eclesiásticas. Otros brujos, menos famosos que él, ya habían sido conducidos a la estaca durante un año de inusual celo por parte de los inquisidores; y era bien sabido que Nathaire había incurrido en la desaprobación de la Iglesia. Pocas personas, por tanto, consideraban un misterio las razones de su marcha, pero los medios de transporte que había empleado, así como el destino del hechicero y sus discípulos, eran considerados más que problemáticos.

Corrían un millar de rumores, oscuros y supersticiosos; y los transeúntes hacían la señal de la cruz cuando pasaban cerca de la elevada y siniestra casa que Nathaire había construido a una proximidad blasfema de la gran catedral y que había llenado con muebles de un lujo y una rareza satánicos. Dos ladrones valientes, que habían penetrado en la mansión cuando el hecho de que estaba abandonada se confirmó, informaron que muchos de sus muebles, así como los libros y el resto de las propiedades de Nathaire, habían partido aparentemente con su dueño, sin duda hacia la misma frontera. Esto sirvió para aumentar el terrible misterio, porque era evidentemente imposible que Nathaire, con sus diez aprendices, con varios carros llenos de mobiliario, pudiese haber atravesado las puertas de la ciudad, siempre vigiladas, de ninguna manera legítima sin el conocimiento de sus guardianes. Y, según

decían los más religiosos y devotos, el archidemonio, con una legión de asistentes alados como murciélagos, se los había llevado en una medianoche sin luna. Había clérigos, y también respetables ciudadanos, que decían haber visto el vuelo de oscuras formas, parecidas a hombres, contra las borrosas estrellas junto a otras que no eran hombres, y haber escuchado los gritos quejosos del grupo, destinado al infierno, mientras desaparecían en medio de una nube maléfica a través de las murallas y los tejados de la ciudad.

Otros pensaban que los hechiceros se habían marchado de Vyones utilizando sus propias artes diabólicas, y se habían retirado a algún desierto poco frecuentado donde Nathaire, quien había tenido mala salud desde hacía largo tiempo, pudiese morir en medio de la paz y serenidad de que puede disfrutar alguien que se encuentra entre las llamas de un auto de fe y las de Abaddon. Se decía que había hecho su horóscopo, por primera vez en sus cincuenta y pico años, y había leído allí la inmediata conjunción de planetas desastrosos que significaban una muerte temprana.

Todavía otros, entre los que se encontraban ciertos astrólogos rivales y hechiceros, decían que Nathaire se había retirado de la vista del público simplemente para poder comunicarse sin interrupción con varios demonios ayudantes, y así poder tejer, sin ser molestado, los negros hechizos de una malicia suprema y licantrópica. Estos hechizos serían a su debido tiempo sentidos sobre Vyones, daban a entender, y quizá sobre la región de Averogne entera; y sin duda tomarían la forma de una peste terrible, una invasión de buitres, o una incursión por todo el reino de incubos y súcubos.

Entre el palpitar de extraños rumores, fueron recordadas muchas historias medio olvidadas, y nuevas leyendas fueron creadas de la noche a la mañana. Se sacó mucho partido del oscuro nacimiento de Nathaire y de su sospechoso vagabundeo antes de establecerse, seis años atrás, en Vyones. La gente dijo que había sido engendrado por un demonio, como el afamado Merlín, siendo su padre nada menos que un personaje como Alastor, el demonio de la venganza, y su madre una bruja deforme y enana. Del primero había recibido su mezquindad y maldad; de la segunda, su físico rechoncho y ridículo.

Había viajado por tierras orientales y aprendido de maestros egipcios o sarracenos el arte maldito de la nigromancia, en cuya práctica no tenía rival. Había negros susurros respecto al uso que había dado a cuerpos largo tiempo

muertos, a huesos sin carne, y los servicios que había conseguido de hombres muertos a quienes tan sólo el séptimo ángel podía despertar legítimamente. Nunca había sido popular, aunque muchos habían buscado sus consejos y ayuda para el progreso de sus propios asuntos, más o menos turbios. Una vez, al tercer año de su llegada a Vyones, había sido apedreado en público a causa de sus aborrecidas nigromancias, y quedó cojo para siempre gracias a un pedrusco bien apuntado. Esta afrenta, se pensó, él nunca la había perdonado; y se decía que respondía al antagonismo de los clérigos con el odio fiero de un Anticristo.

Aparte de las brujerías maléficas y los abusos que por lo general se sospechaban de él, se le había considerado desde hacía tiempo como a un corruptor de la juventud. Pese a su mínima estatura, su deformidad y su fealdad, poseía un poder digno de ser tenido en cuenta, una capacidad de persuasión mesmeriana, y sus discípulos, a quienes se decía que él había arrojado a un sinfín de perversiones necrófilas, eran hombres jóvenes que ofrecían las más brillantes promesas. En conjunto, su marcha fue considerada como una oportuna liberación del mal.

Entre la gente de la ciudad hubo un hombre que no participó en los siniestros rumores ni en las espeluznantes especulaciones. Este hombre era Gaspard du Nord, él mismo un estudiante de las ciencias prohibidas, quien había estado durante un año entre los discípulos de Nathaire, pero había elegido retirarse tranquilamente del hogar del maestro después de descubrir las barbaridades que acompañarían una iniciación más avanzada. Él, sin embargo, se había llevado consigo muchos conocimientos raros y singulares, junto con una cierta comprensión de los temibles poderes y los motivos, oscuros como la noche, del nigromante.

A causa de sus conocimientos y de su comprensión, Gaspard prefirió guardar silencio cuando conoció la marcha del nigromante. Además, no le parecía bien revivir el recuerdo de su pasado pupilaje. Solo con sus libros, en un ático austeramente amueblado, fruncía el ceño sobre un espejo pequeño y oblongo, enmarcado con un arabesco de víboras doradas que había sido anteriormente propiedad de Nathaire.

No era el reflejo de su rostro agraciado y juvenil, aunque sutilmente arrugado, lo que le hacía fruncir el ceño. En verdad, el espejo era de un tipo distinto del que refleja las facciones de quien se mira. En sus profundidades, durante unos instantes, había contemplado una escena extraña y ominosa, cuyos participantes le resultaban conocidos, pero cuya situación no conseguía reconocer ni localizar. Antes de que pudiese estudiarla con detalle, el espejo se había nublado como si se alzasen vapores de un experimento de alquimia, y él no había visto nada más.

Este nublar, reflexionó, sólo podía significar una cosa: Nathaire se había sabido vigilado y había lanzado un contrahechizo que había dejado inútil el espejo vidente. Fue el darse cuenta de este hecho, junto con el breve y siniestro vistazo a las actividades actuales de Nathaire, lo que preocupaba a Gaspard y provocaba que un horror frío se acumulase lentamente en su mente: un horror que todavía no había encontrado una forma palpable o un nombre.

II

LA REUNIÓN DE LOS MUERTOS

La marcha de Nathaire y sus discípulos ocurrió a finales de la primavera de 1281, durante la oscuridad entre las puestas de luna. Después, una luna nueva creció sobre los campos floridos y los bosques de brillante hojarasca, y menguó con un fantasmal color plateado. Con su mengua, la gente comenzó a hablar de otros magos y de misterios más recientes.

Entonces, durante las noches sin luna de principios del verano, llegaron una serie de desapariciones más antinaturales e inexplicables que la del malvado mago enano.

Un día se descubrió, por enterradores que habían acudido temprano a su tarea en un cementerio fuera de las murallas de Vyones, que no menos de seis tumbas recientemente ocupadas habían sido abiertas, y los cuerpos, que eran de ciudadanos respetables, robados. Al ser examinadas de cerca, resultó más que evidente que esta sustracción no había sido cometida por ladrones. Los ataúdes, que yacían inclinados o levantados verticalmente de la tumba, ofrecían todas las apariencias de haber sido hechos pedazos desde dentro

mediante la utilización de una fuerza sobrehumana; y la tierra fresca estaba revuelta, como si los hombres muertos, a consecuencia de una terrible resurrección fuera de tiempo, se hubiesen abierto camino cavando hasta la superficie.

Los cadáveres habían desaparecido sin dejar rastro, como si el infierno se los hubiese tragado, y, hasta el punto que podía saberse, no había testigos de su destino. En aquella época, plagada de demonios, sólo una explicación de lo sucedido parecía creíble: los demonios habían entrado en las tumbas y, tomando posesión corporal de los muertos, les habían hecho levantarse y partir. Para la consternación y el horror de todo Averoigne, la extraña desaparición fue seguida con rapidez enfermiza por muchas otras de una clase parecida. Era como si una invocación oculta, irresistible, hubiera sido pronunciada para los muertos. Cada noche, durante un periodo de dos semanas, los cementerios de Vyones y también los de otras ciudades, pueblos y aldeas, entregaban su horrible cuota de inquilinos. Desde tumbas con aldabas de bronce, desde fosas comunes, desde agujeros superficiales sin consagrar, desde las bóvedas con puerta de mármol de iglesias y catedrales, el extraño éxodo seguía sin cesar.

Peor que esto, si tal cosa fuese posible, los cadáveres recién conducidos al cementerio saltaban de sus tumbas o catafalcos, y, haciendo caso omiso de los horrorizados espectadores, se adentraban con grandes saltos de frenesí automático en la noche, para no volver a ser vistos nunca más por aquellos que los lamentaban.

En todos los casos, los cuerpos pertenecían a hombres jóvenes y fuertes que habían muerto recientemente a causa de la violencia o de un accidente antes que de una enfermedad consuntiva. Algunos eran criminales que habían pagado el precio por sus fechorías; otros eran guardias o condestables muertos en el cumplimiento de su misión. Entre ellos se contaban caballeros que muchos eran las víctimas de las cuadrillas de bandidos que infestaban Averoigne en aquel entonces. Había monjes mercaderes, nobles, vasallos, pajes y sacerdotes; pero nadie, en ningún caso, que hubiese dejado atrás la flor de la vida. Los viejos y los débiles estaban a salvo de los demonios animadores.

La situación era considerada por los más supersticiosos como una verdadera señal del próximo fin del mundo. Satán iba a la guerra, junto a sus cohortes, y conducía los cuerpos de los santos muertos a una cautividad en el infierno. La consternación aumentó cien veces cuando quedó claro que ni siquiera la más generosa salpicadura de agua bendita o la realización de los exorcismos más terribles y pertinentes resultaban eficaces como protección ante esta violación demoniaca. La Iglesia se reconoció incapaz de hacer frente a este extraño mal; y las fuerzas de la ley secular no podían hacer nada para frenar o castigar la agencia intangible.

A causa del miedo universal que prevalecía, no se hizo esfuerzo alguno para seguir los cadáveres desaparecidos. Historias repugnantes, sin embargo, fueron contadas por caminantes retrasados que se habían encontrado con estos seres, recorriendo solos o en compañía las carreteras de Averaigne. Daban la impresión de estar sordos, atontados, completamente privados de cualquier inteligencia, y de apresurarse con una velocidad y una seguridad horribles hacia algún objetivo remoto, predestinado. La dirección general de su huida, pareció, era hacia el este; pero sólo al final del éxodo, que había contado con varios cientos de personas, empezó alguien a sospechar cuál era el destino concreto de los muertos.

El destino, de alguna manera, se rumoreaba, era el ruinoso castillo de Ylourgne, más allá de los bosques plagados de hombres lobos, en las colinas exteriores, casi montañosas, de Averaigne.

Ylourgne, una gran pila escarpada que había sido construida por una dinastía de malvados barones ladrones, era un lugar que hasta los pastores de cabras preferían evitar. Se decía que los espectros coléricos de sus sangrientos señores paseaban turbulentamente por sus ruinosos salones, y los residentes de este castillo eran los muertos vivientes. Nadie quería vivir a la sombra de sus muros, contruidos sobre un abismo, y la morada más próxima de hombres vivientes era un monasterio de monjes cistercienses a más de una milla en la cuesta opuesta del valle.

Los monjes de esta austera hermandad mantenían escaso comercio con el mundo exterior más allá de las colinas, y pocos eran los visitantes que buscaban ser admitidos por sus portales de altos arcos. Pero, durante aquel

terrible verano, una extraña e inquietante historia salió del monasterio para recorrer toda Averoine, siguiendo a las desapariciones de los muertos.

Comenzando el final de la primavera, los monjes cistercienses se vieron obligados a tomar nota de variados fenómenos extraños, visibles desde sus ventanas, en las viejas ruinas, largo tiempo abandonadas, de Ylourgne. Habían contemplado luces que llameaban donde ninguna luz debía brillar; llamas de un misterioso azul y escarlata que temblaban detrás de las murallas rotas cubiertas de musgo, o se alzaban hacia el este sobre las almenas irregulares. Sonidos espantosos habían salido de las ruinas durante la noche, junto con las llamas, y los monjes habían escuchado un estrépito como de yunques y martillos infernales, el resonar de gigantescas mazas y armaduras, y habían considerado que Ylourgne se había convertido en un lugar de reunión de los demonios. Olores mefíticos, como el del azufre y el de la carne quemada, habían flotado a través del valle, e incluso durante el día, cuando los ruidos guardaban silencio y las luces ya no llameaban, una delgada capa de vapor de un azul infernal flotaba sobre los bastiones.

Estaba claro, pensaban los monjes, que el lugar había sido tomado desde abajo por seres subterrestres; pero nadie había sido visto aproximándose a través de las desnudas y abiertas pendientes y riscos. Observando estos signos de la actividad del Archienemigo en la vecindad, se persignaban con nuevo fervor y frecuencia, y decían sus *Paters* y sus *Aves* más interminablemente que antes. Sus tareas y su austeridad también redoblaron. De todos modos, dado que el viejo castillo era un lugar abandonado por los hombres, no hicieron caso de la supuesta ocupación, considerando buena idea encargarse de sus propios asuntos, a no ser que hubiese una abierta hostilidad satánica.

Mantuvieron una vigilancia cuidadosa, pero durante varias semanas no vieron a nadie que entrase en Ylourgne o saliese de allí. Excepto por las luces nocturnas y los ruidos, y el vapor flotante durante el día, no había prueba de ocupación humana o diabólica.

Entonces, una mañana, en el valle debajo de los jardines escalonados de los monjes, dos hermanos, que arrancaban malas hierbas en un huerto de zanahorias, contemplaron el tránsito de una singular procesión de gente que

venía del gran bosque de Averaigne y se dirigía hacia arriba, trepando la empinada y agrietada cuesta hacia Ylourgne.

Esta gente, observaron los monjes, avanzaban a grandes zancadas con gran prisa, con pasos rígidos pero rápidos, y todos eran de facciones extrañamente pálidas y ataviados con las galas de la tumba. Los sudarios de algunos estaban arrugados y desgarrados; todos estaban polvorientos a consecuencia del trayecto o mugrientos a causa del entierro. Esta gente alcanzaba el número de la docena o más, y, detrás de ellos, a intervalos, venían varios rezagados vestidos como el resto. Con una velocidad y agilidad maravillosas, subieron por la colina y desaparecieron entre las murallas caídas de Ylourgne.

Por aquel entonces, ningún rumor de las tumbas y ataúdes violados había alcanzado a los cistercienses. La historia les llegó más tarde, después de que hubiesen contemplado, en muchas mañanas sucesivas, el paso de distintos grupos, grandes y pequeños, en dirección al castillo ocupado por el demonio. Centenares de estos seres, juraron, habían desfilado debajo del monasterio y, sin duda, muchos otros habían pasado sin ser descubiertos en la oscuridad. A ninguno, sin embargo, se le había visto salir de Ylourgne, que se los había tragado como una fosa que no los vomitaba.

Aunque gravemente asustados y seriamente escandalizados, los hermanos todavía consideraron correcto abstenerse de actuar. Algunos, los más fuertes, irritados frente a estos signos de flagrante mal, habían deseado visitar las ruinas con agua bendita y crucifijo levantados. Pero su abad, en su sabiduría, les indicó que esperasen. Mientras tanto, las llamas nocturnas se volvieron más brillantes y los ruidos más fuertes.

También, en el curso de esta espera, mientras incesantes plegarias partían del pequeño monasterio, algo espantoso sucedió. Uno de los hermanos, un hombre fornido llamado Théophile, violando la rigurosa disciplina, había hecho visitas demasiado frecuentes a las bodegas donde se guardaba el vino. Sin duda había intentado ahogar su horror piadoso ante estos acontecimientos embarazosos. En cualquier caso, después de sus libaciones, él había tenido la mala suerte de vagabundear entre los precipicios y partirse el cuello.

Lamentando su muerte y su abandono, los hermanos colocaron a Théophile en la capilla y cantaron sus misas por el descanso de su alma. Estas misas,

durante las horas oscuras de la madrugada, fueron interrumpidas por la inoportuna resurrección del monje muerto, quien, con su cabeza colgándole horriblemente de su roto cuello, partió como lleno de demonios de la capilla y corrió, colina abajo, hacia los demoniacos fogonazos y clamores de Ylourgne.

III

EL TESTIMONIO DE LOS MONJES

Siguiendo el suceso anteriormente mencionado, dos de los hermanos que previamente habían deseado visitar el castillo maldito pidieron de nuevo su permiso al abad, diciendo que Dios seguramente les ayudaría a vengar el secuestro del cuerpo de Théophile además de los de tantos otros de suelo consagrado. Maravillado ante la temeridad de estos fogosos monjes, quienes se proponían tirar de la barba al Archienemigo en su propio cubil, el abad les permitió partir equipados con hisopos y frascos de agua bendita, y llevando grandes cruces de carpe, tales que habrían servido para abrirle la cabeza a un caballero con armadura.

Los monjes, cuyos nombres eran Bernard y Stéphane, partieron valientemente a media tarde para asaltar la fortaleza del mal. Era una ascensión ardua, entre peñascos colgantes y grietas resbaladizas, pero ambos eran fuertes y ágiles, y, lo que es más, acostumbrados a ese tipo de ascensiones. Puesto que el día era caluroso y sin viento, sus túnicas blancas pronto estuvieron manchadas de sudor; pero, parando tan sólo para una breve plegaria, continuaron; y enseguida llegaron al castillo sobre cuyos grises bastiones, erosionados por el paso del tiempo, todavía no podían discernir prueba de ocupación o actividad.

El profundo foso que una vez había rodeado el castillo estaba ahora seco, y había sido rellenado parcialmente con tierra desmenuzada y detritus de las murallas. El puente levadizo se había podrido, pero las piedras de la tronera, al desplomarse en el foso, habían creado una especie de tosca acera a través de la cual era posible atravesarlo. No sin inquietud, y levantando sus crucifijos igual que los guerreros levantan sus armas al asaltar una fortaleza enemiga, los hermanos treparon sobre las ruinas de la tronera adentrándose en el patio.

Éste, al igual que las murallas, estaba aparentemente desierto. Ortigas exuberantes, malas hierbas y arbustos habían echado raíces entre las piedras del pavimento. Los elevados calabozos, de proporciones masivas, la capilla y esa parte de la estructura del castillo que contenía el gran salón habían conservado sus principales perfiles después de siglos de abandono. A la izquierda de la gran cárcel, una puerta bostezaba como la boca de una oscura caverna en la escabrosa masa del edificio del salón, y de esta puerta salía un delgado vapor de color azulado, retorciéndose en tentáculos fantasmales hacia los cielos descubiertos.

Aproximándose a aquella entrada, los hermanos contemplaron un brillo de rojos fuegos en el interior, como ojos de dragones parpadeando a través de una oscuridad infernal. Se sintieron seguros de que aquel lugar era una avanzadilla de Erebus, una antecámara del abismo, pero, de todos modos, entraron valientemente, recitando en voz alta sus exorcismos y blandiendo sus fuertes cruces de carpe.

Atravesando la entrada cavernosa, podían ver en la oscuridad pero sin distinguir los detalles, estando hasta cierto punto cegados por el sol de verano que habían dejado atrás. Entonces, con el gradual aclaramiento de su visión, una escena monstruosa se presentó ante ellos, con grotescos detalles de horror cada vez mas apiñados. Algunos de esos detalles eran oscuros y misteriosamente aterradorizantes; otros, demasiado claros, se marcaron como por una llamarada de fuego infernal imborrable en las mentes de los monjes.

Estaban de pie a la entrada de una cámara de proporciones colosales, que parecía haber sido edificada echando abajo el piso superior y las particiones interiores adyacentes al gran salón del castillo, por sí mismo un cuarto de una extensión enorme. La cámara parecía retroceder a través de sombras interminables, con rayos de luz solar cayendo por las desgarraduras de las ruinas: una luz solar que era impotente para disipar la oscuridad y el misterio infernales.

Los monjes contaron mas tarde que habían visto a mucha gente moviéndose por el lugar, en compañía de diferentes demonios, algunos de los cuales eran fantasmales y gigantescos, mientras que a otros apenas se les podía distinguir de los hombres. Esta gente, además de sus familiares, estaban ocupados en la atención de hornos de reverbero e inmensos frascos con forma

de pera y de piña como los que se emplean en la alquimia. Algunos, además, estaban parados ante grandes calderos humeantes, como brujos ocupados mezclando alguna droga terrible. Contra la pared opuesta, estaban apoyadas dos enormes cubas, construidas con piedra y mortero, cuyos lados circulares se alzaban más elevados que la cabeza de un hombre; así que Bernard y Stéphane fueron incapaces de determinar su contenido. Una de las cubas despedía un brillo blanquecino; la otra, una luminosidad rojiza.

Cerca de las cubas, y sobre todas ellas, se levantaba una especie de cama baja o litera, hecha con tejidos lujosos, decorados con figuras extrañas, como las que fabrican los sarracenos. Encima de ella, los monjes discernieron a un enano, pálido y arrugado, con ojos de helada llama que brillaban como maléficos berilios a través de la oscuridad. El enano, quien en conjunto tenía el aspecto de un débil moribundo, estaba supervisando las tareas de los hombres y sus demonios familiares.

Los ojos asombrados de los hermanos empezaron a comprender otros detalles. Vieron otros cadáveres, entre los cuales reconocieron el de Théophile, tumbados en medio del suelo, junto a un gran montón de huesos humanos que habían sido cercenados de las articulaciones, y grandes montones de carne apilados como los que arrancan los carniceros. Uno de los hombres estaba cogiendo los huesos y arrojándolos en el caldero debajo del cual brillaba un fuego de color rubí; y otro estaba arrojando los montones de carne a una bañera llena de algún líquido incoloro que despedía un silbido como el de un millar de malvadas serpientes.

Otros habían arrancado los sudarios de los cadáveres, y estaban comenzando a atacarlos con largos cuchillos. Algunos estaban montando toscas escaleras de piedra junto a las paredes de las inmensas urnas, portando recipientes de sustancias semilíquidas que vaciaban sobre sus altos bordes.

Asqueados ante esa visión de maldad humana y satánica, y sintiendo una más que justificada indignación, los monjes reemprendieron su canto de sonoros exorcismos y continuaron avanzando. Su entrada, por lo que pareció, no fue notada por el grupo siniestramente ocupado de hechiceros y demonios.

Bernard y Stéphane, llenos del ardor de la cólera divina, estaban a punto de arrojarse contra los carniceros que habían empezado a atacar el cuerpo

muerto. El cadáver lo reconocieron como el de un notorio forajido, llamado Jacques Le Loupgarou, quien había sido muerto hacía unos días en combate con los oficiales del Estado. Le Loupgarou, famoso por su fuerza, astucia y ferocidad, había aterrorizado durante largo tiempo los bosques y caminos de Averoine. Su gran cuerpo había perdido la mitad de sus vísceras a causa de las espadas de los alguaciles, y su barba estaba rígida y escarlata como consecuencia de una herida que había partido su cara por la mitad de la frente a la boca. Había muerto sin confesión, pero aun así los monjes eran reacios a dejar que su cadáver indefenso fuese empleado en algún uso maldito más allá de la comprensión de los cristianos.

El enano pálido de aspecto maligno había notado la presencia de los hermanos. Le escucharon gritar en un tono chillón, autoritario, que se levantó por encima del silbido siniestro de los calderos y el ronco murmullo de los hombres y de los demonios.

No entendieron sus palabras, que eran en alguna lengua extranjera, y sonaban como un hechizo. Instantáneamente, como respondiendo a una orden, dos de los hombres abandonaron su química maldita y, levantando recipientes de cobre llenos de algún licor fétido y desconocido, arrojaron su contenido a los rostros de Bernard y Stéphane.

Los hermanos fueron cegados por el fluido pungente, que agujeró su carne como por muchos dientes de serpiente, y fueron vencidos por los vapores apestosos; así que las grandes cruces cayeron de sus manos al desplomarse ambos inconscientes sobre el suelo del castillo.

Recobrando al rato su vista y sus otros sentidos, escucharon la voz del malvado enano, ordenándoles que se levantasen. Obedecieron, aunque torpemente y con dificultad, habiéndoseles negado el ayudarse con las manos. Bernard, que todavía estaba mareado por los vapores venenosos que había inhalado, se cayó dos veces antes de conseguir ponerse en pie, y su incomodidad fue recibida con un vendaval de risa asquerosa y obscena por la asamblea de hechiceros.

Ahora, cuando estaban de pie, el hechicero se burló de los hermanos y los despreció, con blasfemias impresionantes tales como sólo podían ser pronunciadas por un vasallo de Satán. Por último, de acuerdo con su testimonio, les dijo:

—Volved a vuestra perrera, vosotros, cachorros de laldabaoth, y llevaos este mensaje: *Ellos que vinieron aquí como muchos partirán como uno solo.*

Entonces, como obedeciendo una fórmula terrible pronunciada por el enano, dos de los demonios familiares, que tenían la forma de enormes bestias con el perfil envuelto en sombras, se aproximaron a los cuerpos de Le Loupgarou y del hermano Théophile. Uno de los asquerosos demonios, como un vapor que se hunde en un pantano, entró por las ensangrentadas fosas nasales de Le Loupgarou, desapareciendo milímetro a milímetro, hasta que su cornuda cabeza de animal quedó fuera de la vista. El otro, de una manera semejante, entró por las pituitarias del hermano Théophile, cuya cabeza descansaba apoyada sobre su hombro, desde su cuello roto.

Entonces, cuando los demonios hubieron completado su posesión, los cuerpos, de una manera horrible de contemplar, se levantaron del suelo del castillo, el uno con las entrañas colgándole de sus amplias heridas, el otro con la cabeza que le colgaba suelta hacia adelante sobre su pecho. Entonces, animados por los demonios, los cadáveres recogieron las cruces de carpe que habían sido dejadas caer por Bernard y Stéphane, y, utilizándolas como bastones, obligaron a los monjes a huir de una manera ignominiosa del castillo, entre grandes risas infernales y tempestuosas del enano y su nigromántica compañía. Y el cadáver desnudo de Le Loupgarou y el de Théophile, vestido con una túnica, les persiguieron a través de una gran distancia, por las cuestas llenas de precipicio bajo Ylourgne, dándoles grandes golpes con las cruces, así que las espaldas de los dos cistercienses eran una masa de cardenales sangrientos.

Después de una derrota tan señalada y aplastante, ninguno de los monjes se atrevió a dirigirse contra Ylourgne. A partir de entonces, el monasterio entero dio triples muestras de austeridad, cuadruplicó sus devociones; y, esperando la oscura voluntad de Dios, y las igualmente oscuras artimañas del demonio, mantuvo una fe piadosa que estaba algo mezclada con la inquietud.

Al cabo del tiempo, a través de pastores que visitaban a los monjes, la historia de Stéphane y Bernard se extendió por todo el Averogne, añadiéndose a la triste alarma que se había producido a causa de la desaparición generalizada de los muertos. Nadie sabía realmente lo que sucedía en el castillo maldito o qué era lo que se había hecho con los centenares de

cadáveres, porque la luz que arrojaba en su destino la historia de los monjes, aunque vívida y temible, era demasiado inconcluyente, y el mensaje enviado por el enano era algo cabalístico.

Todo el mundo sentía que alguna amenaza gigantesca, algún negro hechizo infernal, estaba siendo destilado dentro de esos ruinosos muros. El malvado enano moribundo fue identificado con toda facilidad por el hechicero desaparecido Nathaire, y sus lacayos, estaba claro, eran los pupilos de Nathaire.

IV

LA PARTIDA DE GASPARD DU NORD

Solo en su habitación del ático, Gaspard du Nord, estudiante de la alquimia y de la magia y, otrora, pupilo de Nathaire, intentó repetidamente, pero siempre en vano, consultar el espejo rodeado de vapores. El cristal permaneció oscuro y nublado, como por los vapores que se levantan de un satánico alambique o de un siniestro brasero nigromántico. Delgado y agotado por las largas noches de vigilia, Gaspard era consciente de que Nathaire estaba aún más en guardia que él.

Leyendo con ansioso cuidado la configuración general de las estrellas, descubrió el aviso de una gran catástrofe que estaba a punto de caer sobre Averogne. Pero la naturaleza del mal no resultaba evidente.

Mientras tanto, la asquerosa resurrección y emigración de los muertos estaba teniendo lugar. Todo Averogne temblaba ante la repetida barbaridad. Como la noche sin tiempo de la plaga de Menfis, el terror se aposentaba por todas partes, y la gente comentaba cada nueva atrocidad en susurros apagados, sin atreverse a contar en voz alta la execrable historia. A Gaspard, lo mismo que al resto, le llegaron los susurros, y de igual manera, cuando el horror parecía que había cesado a principios del mes de junio, le llegó la espantosa historia de los monjes cistercienses.

Ahora, por fin, el vigilante, largo tiempo confuso, tuvo una intuición de lo que buscaba. El escondite del nigromante fugitivo y de sus discípulos, por fin, había

sido descubierto, y los muertos que desaparecían habían sido encontrados en donde habían sido conducidos. Pero todavía, incluso para el perceptivo Gaspard, quedaba un enigma por resolver: la naturaleza exacta de la abominable mezcla, la magia oscura como el infierno que Nathaire estaba cocinando en su remoto cubil. Gaspard estaba seguro tan sólo de una cosa: el esplénico enano agonizante, sabiendo que el tiempo que le quedaba era poco y odiando a la gente de Averoine con un rencor sin fondo, prepararía una enorme magia maléfica sin paralelo.

Incluso con sus conocimientos de las propensiones de Nathaire y de su ciencia arcana prácticamente inagotable, reservas de brujería abismal poseídas por el enano, él podría formar tan sólo una conjetura vaga y terrorífica del mal que se incubaba. Pero, con el paso del tiempo, sintió un peso que iba en continuo aumento, el presagio de una amenaza monstruosa arrastrándose desde el borde oscuro del mundo. No podía apartar esta inquietud, y finalmente decidió, a pesar de los evidentes peligros de esa excursión, hacer una visita secreta a los alrededores de Ylourgne.

Gaspard, aunque procedía de una familia acomodada, se encontraba en ese momento en circunstancias difíciles, porque su devoción a una ciencia de dudosa reputación era, hasta cierto punto, desaprobada por su progenitor. Su único ingreso consistía en una misérrima cantidad, que le era entregada secretamente al joven por su hermana y su madre. Ésta era suficiente para su escasa comida, el alquiler de su cuarto y la adquisición de algunos libros, instrumentos y productos químicos, pero no le permitiría la compra de un caballo, o incluso de una humilde mula, para el planeado viaje de más de cuarenta millas.

Sin dejarse abatir, se puso en marcha a pie, portando solo una daga y una alforja con vituallas. Planeó su viaje de forma que llegase a Ylourgne al caer la noche al ponerse la luna llena. Una gran parte del trayecto pasaba por medio del gran bosque amenazador que se aproximaba a los propios muros de Ylourgne por el este y que trazaba un siniestro arco a través de Averoine hasta la boca del valle rocoso debajo de Ylourgne. Después de unas pocas millas salió del gran bosque de pinos, robles y alerces; y a partir de entonces, durante el primer día, siguió el río Isoile a lo largo de una llanura abierta, bastante habitada. La cálida noche de verano la pasó debajo de un haya, en

los alrededores de una pequeña aldea, sin atreverse a dormir en los bosques solitarios donde lobos y bandidos, y criaturas de reputación más perniciosa, se suponía que habitaban.

Por la tarde del segundo día, después de atravesar las partes más antiguas y más montaraces del inmemorialmente vetusto bosque, llegó a un valle empinado y pedregoso que le conducía a su destino. Este valle era la fuente del río Isoile, que había disminuido hasta un simple arroyo. En el crepúsculo ocre, entre la puesta del sol y la salida de la luna, vio las luces del monasterio cisterciense, y, opuesta en los temibles acantilados amontonados, la siniestra y áspera masa de la fortaleza en ruinas de Ylourgne, con pálidos fuegos mágicos parpadeando tras sus altas troneras. Aparte de estas hogueras, no había signo de que el castillo estuviese ocupado; y no escuchó en momento alguno los siniestros sonidos denunciados por los monjes.

Gaspar esperó a que la oronda luna, gualda como el orbe de una inmensa ave nocturna, comenzase a espiar sobre el valle que se oscurecía. Entonces, con muchas cautelas, dado que los alrededores eran desconocidos para él, comenzó a abrirse camino hacia el lóbrego y melancólico castillo.

Incluso para alguien bastante acostumbrado a semejantes ascensiones, la escalada ofrecía bastante peligro y dificultad a la luz de la luna. Varias veces, encontrándose al borde de un repentino precipicio, se vio obligado a desandar lo que tanto esfuerzo había recorrido; y a menudo se salvó de tropezar tan sólo gracias a los atrofiados matojos y zarzas que habían echado raíz en el mezquino suelo. Desfallecido, con la ropa desgarrada, con las manos heridas y sangrantes, alcanzó al fin la cúspide de la escarpada cota, debajo de las murallas.

Aquí hizo una pausa para recobrar el aliento y recuperar sus escasas fuerzas. Podía ver, desde su posición ventajosa, un pálido reflejo como de llamas ocultas que golpeaban hacia arriba desde el muro interior de la elevada cárcel.

Escuchó el bajo murmullo de sonidos confusos, sintiéndose confundido sobre la distancia y dirección en que venían. A veces parecían flotar bajando desde las oscuras murallas, a veces parecían surgir de alguna profundidad subterránea lejos en la colina.

Aparte de este remoto, ambiguo zumbido, la noche estaba encerrada en un silencio mortal. Los propios vientos parecían evitar la vecindad del temido castillo. Una nube inadvertida, pegajosa y de paralizadora maldad colgaba sobre todas las cosas, y la pálida e hinchada luna, la patrona de las brujas y hechiceros, destilaba su verde veneno sobre las torres que se derrumbaban en medio de un silencio más antiguo que el tiempo.

Gaspar notó el peso, que se le pegaba de una manera obscena, de algo más pesado que su propia fatiga, cuando reemprendió su progreso hacia la barbacana; redes invisibles del mal que esperaba, aumentando continuamente, parecían frenarle. El lento, intangible batir de invisibles alas golpeaba con fuerza su rostro. Parecía respirar un viento que surgía de bóvedas insondables y cavernas de corrupción. Aullidos inaudibles, burlones o amenazadores, se amontonaban en sus oídos, y asquerosas manos parecían empujarle atrás. Pero, inclinando la cabeza como contra una tormenta que se levantaba, continuó y trepó por la ruina del terraplén de la barbacana hasta el patio lleno de hierbas.

El lugar estaba desierto según todas las apariencias, y buena parte de él todavía estaba profundamente cubierta por las sombras de las torretas y murallas. Cerca, en el negro edificio grande y macizo, con almenas de plata, vio abierta la entrada cavernosa descrita por los monjes. Estaba iluminada desde el interior por un vívido brillo, pálido y extraño como un luego fatuo. El zumbido, ahora audible como un murmullo de voces, salía de esa puerta, y Gaspar pensó que podía ver oscuras figuras manchadas de hollín moviéndose rápidamente por el interior iluminado.

Continuando en las sombras, siguió avanzando a lo largo del patio dando la vuelta a las ruinas. No se atrevía a aproximarse a la entrada abierta por miedo a ser visto, aunque, por lo que podía ver, el lugar carecía de vigilancia.

Llegó a la cárcel, sobre cuya muralla superior la pálida luz parpadeaba oblicuamente a través de una especie de desgarrón en el largo edificio adyacente. Esta abertura estaba a alguna distancia del suelo, y Gaspar vio que había sido anteriormente la apertura a un balcón de piedra. Un tramo de escaleras rotas conducía, subiendo por la pared, al resto medio deshecho de ese balcón, y se le ocurrió al joven que podía subir por esas escaleras y espiar, sin ser visto, el interior de Ylourgne.

Faltaban algunos de los tramos de las escaleras, y el resto estaba cubierto por profundas sombras. Gaspard encontró precariamente su camino hasta el balcón, parándose una vez con considerable miedo cuando un fragmento de la gastada piedra, aflojado por su pisada, cayó haciendo un gran ruido contra las piedras del patio de abajo. Aparentemente, no fue escuchado por los ocupantes del interior del castillo, y al cabo de un rato reinició su ascenso. Cautelosamente, se aproximó a la larga e irregular abertura desde la cual la luz salía hacia arriba.

Agazapándose en una estrecha cornisa, que era todo lo que quedaba del balcón, espió un espectáculo de lo más sorprendente y aterrador, cuyos detalles le produjeron tal perplejidad, que tardó muchos minutos en comprenderlos.

Estaba claro que la historia contada por los monjes, teniendo en cuenta sus prejuicios religiosos, había estado lejos de ser exagerada. Casi todo el interior del gran edificio medio derrumbado había sido demolido y desmantelado para proporcionar espacio a las actividades de Nathaire. Esta demolición era por sí misma una tarea sobrehumana para cuya ejecución el hechicero debía haber empleado una legión de demonios familiares, además de sus diez discípulos.

La vasta cámara estaba irregularmente iluminada por el brillo de atadores y braseros, y, por encima de todo, por el extraño centelleo de las enormes cubas de piedra. Incluso desde su ventajosamente elevado punto de observación, el observador no podía ver el contenido de esas cubas, pero una luminosidad blanca se derramaba hacia arriba desde el borde de una de ellas, y una fosforescencia de color carne desde el otro.

Gaspard había visto alguno de los experimentos y llamamientos de Nathaire, y estaba más que familiarizado con los utensilios de las artes oscuras. Dentro de ciertos límites, no era melindroso; tampoco era probable que se sintiese muy aterrorizado por las formas brutales e indefinidas de los demonios que trabajaban al borde del abismo junto a los pupilos, vestidos de negro, del hechicero, pero un horror frío sobrecogió su corazón cuando vio la increíble cosa enorme que ocupaba el suelo central: un colosal esqueleto humano de más de cien pies de largo, extendiéndose más allá de la longitud del viejo salón del castillo; el grupo de hombres y demonios, según todas las apariencias,

¡estaba ocupándose de vestir con carne humana el huesudo pie derecho del esqueleto!

El prodigioso y macabro armazón, completo en cada parte, con costillas como arcos de una nave satánica, brillaba como si todavía estuviese calentado por los fuegos de la infernal fusión. Parecía brillar y arder con una vida antinatural, temblar con una inquietud maligna sobre el brillo infernal y la oscuridad. Los grandes huesos de los dedos, curvándose como garras en el suelo, parecía como si estuviesen a punto de cerrarse en torno a una presa indefensa. Los tremendos dientes estaban fijos en una sonrisa sin fin de sardónica crueldad y malicia. Las vacías cuencas de los ojos, profundas como los fosos del tártaro, parecían bullir con una minada de luces engañosas, como los ojos de espíritus burlones que emergen de una sombra obscena.

Gaspard se quedó atontado por la sorprendente fantasmagoría fuera de lo normal que se abría ante él como un infierno habitado. Después, nunca estuvo por completo seguro de ciertas cosas, podía recordar muy poco de la manera concreta en que el trabajo de los hombres y los asistentes era realizado. Oscuras y ambiguas criaturas, similares a murciélagos, parecían estar revoloteando de un lado a otro, entre las cubas de piedra y el grupo que trabajaba como escultores, cubriendo el pie huesudo con un plasma rojizo que aplicaban y modelaban como si fuese barro. Gaspard pensó, pero no estuvo seguro después, que este plasma, que brillaba como si fuese una mezcla de sangre y fuego, estaba siendo traído de la cuba que despedía un brillo rosado en jarras llevadas en las garras de las sombrías criaturas aladas. Ninguna de ellas, sin embargo, se aproximaba a la otra cuba, cuya luz pálida estaba momentáneamente debilitada, como si se estuviese apagando.

Buscó la mínima figura de Nathaire, a quien no podía distinguir entre la multitud que ocupaba la escena. El nigromante enfermo, si es que no había sucumbido ya a la poco conocida enfermedad que le había consumido por dentro como una llama, estaba sin duda oculto de la vista por el colosal esqueleto, y quizá dirigiendo las tareas de los hombres y de los demonios desde su cama.

Hechizado en la precaria terraza, el observador no consiguió escuchar los furtivos pasos gatunos que ascendían detrás de él, por las escaleras en ruinas. Demasiado tarde, oyó el ruido de un fragmento suelto cerca de sus talones y,

volviéndose sorprendido, se desplomó en el puro olvido como por el impacto de un golpe de maza, y ni siquiera fue consciente de que el principio de su caída hacia el patio había sido detenido por los brazos de su asaltante

V

EL HORROR DE YLOURGNE

Gaspard, volviendo de su oscuro salto en una negrura como del Leteo, se encontró a si mismo mirando a los ojos de Nathaire: cuencas de noche líquida y de ébano, en las cuales nadaban los helados fuegos de las estrellas que se habían hundido en una perdición irremediable. Por algún tiempo, en la confusión de sus sentidos, no podía ver otra cosa que los ojos, que parecían atraerle en su desmayo como siniestros imanes. Aparentemente sin cuerpo, o situados sobre un rostro demasiado vasto para la percepción humana, ardían en un fuego caótico. Entonces, paulatinamente, fue viendo las otras facciones del hechicero, y los detalles de una escena vívida, y fue consciente de su propia situación.

Intentando levantar las manos a su cabeza dolorida, encontró que estaban atadas fuertemente por las muñecas. Estaba medio tumbado, medio apoyado, contra un objeto de dura superficie y bordes que le lastimaban la espalda. El objeto, descubrió que era una especie de horno alquímico, o atanor, parte de un montón de aparatos en desuso que estaban de pie o tumbados por el suelo del castillo. Copelas, aludeles y retortas de alambiques, como enormes calabazas y peceras globulares, estaban mezcladas en extraña confusión, amontonadas junto a los libros con candados de hierro, los sucios calderos y los braseros de una ciencia más siniestra.

Nathaire, apoyado contra almohadones de estilo sarraceno decorados con arabescos de apagado oro y fulgurante escarlata, le estaba observando desde una cama improvisada, hecha con fardos de alfombras orientales y tapicerías de Arrás, ante cuyo lujo las rudas paredes del castillo, manchadas por el moho y moteadas de secos hongos, ofrecían un grotesco contraste. Pálidas luces y sombras que oscilaban siniestras parpadeaban sobre la escena, y Gaspard podía escuchar el gutural murmullo de voces detrás de él. Torciendo un poco la

cabeza, vio una de las cubas de piedra, cuya luminosidad rosada estaba manchada y apagada por las alas de un vampiro que se movían de un lado a otro.

—Bienvenido —dijo Nathaire al cabo de un intervalo durante el cual el estudiante comenzó a percibir el fatal progreso de la enfermedad en las facciones, contraídas por el dolor, que había ante él—. ¡Así que Gaspard du Nord ha venido a visitar a su antiguo maestro! —la voz dura y autoritaria surgía sorprendentemente con un volumen demoníaco de la mustia figura.

—He venido —dijo Gaspard en un lacónico eco—. Dígame, ¿cuál es la obra del diablo en que le encuentro ocupado? ¿Y qué es lo que ha hecho con los cuerpos muertos que fueron robados por sus detestables demonios familiares?

El frágil cuerpo agonizante de Nathaire, como poseído por algún demonio sardónico, se acunó de un lado a otro de la lujosa cama en un largo y violento brote de carcajadas, sin ninguna otra respuesta.

—Si su aspecto es un testigo digno de confianza —dijo Gaspard cuando la siniestra risa hubo cesado—, usted está mortalmente enfermo, y escaso es el tiempo que le resta para expiar sus actos de maldad y hacer las paces con Dios, si en verdad aún es posible que usted haga las paces. ¿Qué asquerosa y maligna pócima está usted preparando para asegurar la definitiva perdición de su alma?

El enano fue de nuevo presa de un espasmo de risa demoniaca.

—Voto que no, de ningún modo, mi buen Gaspard —dijo finalmente—. Yo he forjado otro vínculo que aquel con que vosotros, cobardes llorosos, queréis comprar la buena voluntad y el perdón del Tirano Celestial. El Infierno me tomará al final, si lo desea, pero el Infierno ha pagado, y aún ha de pagar, un precio amplio y generoso. Pronto he de morir, es cierto, porque mi final está escrito en las estrellas, pero en la muerte, por la gracia de Satanás, viviré de nuevo, y marcharé dotado con los poderosos músculos de los muertos para cumplir mi venganza sobre la gente de Averogne, quien, desde hace largo tiempo, me ha odiado por mi nigromántica sabiduría y me ha despreciado por mi estatura de enano.

—¿Qué locura es esa con la que vos soñáis? —preguntó el joven, aterrado ante la maldad y locura sobrehumanas que parecían extenderse de la

desgastada figura y verterse como un torrente desde el brillo oscuro e infernal de sus ojos.

—No es locura, sino algo verdadero; un milagro, tal vez, si la vida en sí es un milagro... De los cuerpos frescos de los muertos, que de otro modo se habrían podrido en la asquerosidad del cementerio, mis pupilos y mis demonios familiares me están fabricando, bajo mis instrucciones, el gigante cuyo esqueleto has contemplado. Mi alma, a la muerte del actual cuerpo, pasará a esta colosal residencia a través del funcionamiento de ciertos hechizos de transmigración en los cuales mis fieles asistentes han sido cuidadosamente instruidos. Si conmigo hubieses permanecido, Gaspard, y no te hubieses echado atrás, llevado por tus mezquinos remilgos de meapilas, las maravillas y la profunda sabiduría te habría desvelado, y ahora sería privilegio tuyo participar en la creación de este prodigio..., y, si hubieses venido antes por tu presuntuosa curiosidad, podría haber hecho un uso peculiar de tus fuertes huesos y músculos..., el mismo uso que he dado a otros hombres jóvenes, quienes han muerto a causa de un accidente o de la violencia. Pero es demasiado tarde incluso para eso, ya que la construcción de los huesos ha sido completada y sólo resta investirlos de carne humana. Mi buen Gaspard, no hay nada en absoluto que hacer contigo..., excepto apartarte del medio de una manera segura. Providencialmente, para este propósito, hay un calabozo de prisión perpetua con entrada por el techo debajo del castillo. Un lugar de residencia algo deprimente, sin duda, pero que fue construido fuerte y profundo por los fieros señores de Ylourgne.

Gaspard fue incapaz de concebir réplica alguna para este siniestro y extraordinario discurso. Buscando palabras en su mente, congelada por el horror, se notó sujetado por las manos de seres no vistos que se habían acercado por detrás, contestando a algún gesto de Nathaire, una señal que el cautivo no había notado. Le taparon los ojos con algún pesado tejido, polvoriento y lleno de moho como un sudario, y fue conducido tropezando a través de la acumulación de extraños aparatos, y bajado por una escalera que daba muchas vueltas a través de tramos estrechos y en ruinas, de los cuales salía el repugnante aliento del agua estancada para recibirle, mezclado con el aceitoso olor a almizcle de las serpientes.

Pareció descender una distancia que no admitiría regreso. Lentamente, el hedor se volvió más fuerte, más insoportable; las escaleras acabaron; una puerta hizo un reticente sonido metálico sobre goznes herrumbrosos, y Gaspard fue empujado adelante a un suelo empapado, desigual, que parecía haber sido desgastado por una miríada de pisadas.

Escuchó el chirriar de una pesada losa de piedra. Sus muñecas fueron liberadas, la venda retirada de sus ojos, y vio a la luz de antorchas parpadeantes, un agujero redondo a sus pies que bostezaba en el suelo rezumante de humedad.

Junto a éste, estaba la losa que había sido su tapa. Antes de que pudiese volverse para ver a sus captores, para descubrir si eran hombres o diablos, fue agarrado con brusquedad y arrojado al agujero que se abría. Cayó a través de una negrura como la del submundo, por una oscuridad inmensa, antes de golpear el fondo. Tumbado, medio atontado, en un charco fétido de poca profundidad, escuchó sobre él el seco golpe funeral de la losa al deslizarse de nuevo.

VI

LOS FOSOS DE YLOURGNE

Gaspard fue revivido, al cabo de un rato, por la frialdad del agua en que descansaba. Sus ropas estaban medio empapadas, y el mefítico y poco profundo charco se hallaba a una pulgada de su boca, como descubrió al primer movimiento. Podía escuchar un goteo, continuo y monótono, en algún lugar de la noche sin luz del calabozo. Se puso de pie tropezando, descubriendo que sus huesos estaban intactos, y comenzó una exploración cautelosa. Gotas sucias caían sobre su cara levantada y su cabello; sus pies resbalaban y salpicaban en el agua podrida; había silbidos furiosos y vehementes, y anillos serpentinos se deslizaban fríamente por sus tobillos.

Pronto alcanzó una tosca pared de piedra, y, siguiendo la pared con la punta de sus dedos, intentó determinar el tamaño del calabozo. Éste era más o menos circular, sin esquinas, y no consiguió hacerse una idea justa de su perímetro. En algún lugar de su vagabundeo, encontró un montón de

escombros con forma de estantería; y aquí, a causa de la relativa comodidad y sequedad, se instaló, después de expulsar a un cierto número de reptiles indignados. Las criaturas, parecía, eran inofensivas, y probablemente pertenecían a alguna especie de serpientes de agua, pero temblaba al tocar sus escamas viscosas. Sentado en el montón de escombros, Gaspard repasó en su mente los diversos horrores de una situación que era infinitamente lúgubre y desesperada. Había descubierto el increíble secreto de Ylourgne, capaz de revolver el alma, el proyecto inimaginablemente monstruoso y blasfemo de Nathaire; pero ahora, encerrado en este apestoso agujero como en una tumba subterránea, en las profundidades bajo ese castillo maldecido por los demonios, ni siquiera podía avisar al mundo sobre la inminente amenaza.

La bolsa de comida, ahora casi vacía, con la cual había partido de Vyones, todavía colgaba de su espalda, y se aseguró, investigándolo, de que sus captores no se habían molestado en privarle de su daga. Mordisqueando un mendrugo de pan rancio en la oscuridad y acariciando con la mano el pomo de su preciada arma, buscó alguna brecha en la desesperación que le envolvía por todas partes. No tenía medios para contar las horas negras que transcurrieron para él con la lentitud de un río cegado por el barro, arrastrándose en ciego silencio por un mar subterráneo. El incesante goteo del agua, probablemente procedente de pozos subterráneos formados por el deshielo que habían provisionado al castillo en anteriores años, era lo único que rompía el silencio. Pero el sonido se convirtió, con el paso del tiempo, y por su equívoca igualdad de tono, en una risa que sugería la de duendes invisibles, una cadencia perpetua y sin alegría para su mente delirante. Por fin, debido al puro y simple agotamiento corporal, se sumió en un problemático sopor repleto de pesadillas.

No podría haber dicho si era de noche o de día en el mundo exterior cuando se despertó, porque la misma oscuridad estancada, sin el alivio de un rayo o de un brillo, desbordaba en el calabozo. Temblando, se dio cuenta de que había una corriente de aire que soplaba continuamente sobre él: un aire empapado, malsano, como el aliento de sótanos en desuso que, durante su reposo, hubiesen despertado a una vida y a una actividad misteriosas. No había notado la corriente hasta entonces, y su cerebro adormilado se encontró con una

repentina esperanza por este motivo. Evidentemente, existía alguna brecha subterránea, o un canal, por donde entraba el aire; y esta brecha, de alguna manera, podría proporcionar un punto de salida del calabozo.

Poniéndose de pie, tanteó inseguro hacia adelante en la dirección de la corriente. Tropezó con algo, que crujió y se rompió bajo sus talones, y se frenó con dificultades para no caer en el charco, lleno de barro e infestado de serpientes. Antes de que pudiese investigar el obstáculo o reemprender sus ciegos tanteos, escuchó un ruido brusco y chirriante por encima de él, y un tembloroso rayo de luz amarilla descendió por la boca abierta del calabozo. Sorprendido, levantó la cabeza, y vio el agujero redondo a unos diez o doce pies por encima de él; a través de éste, una mano oscura había bajado una antorcha ardiente. Una pequeña cesta, conteniendo una hogaza de pan áspero y una botella de vino, estaba siendo bajada al extremo de una cuerda. Gaspard recogió el pan y el vino, y la cesta fue elevada. Antes de la retirada de la antorcha y de que la losa volviese a ser colocada en su sitio, consiguió hacer un precipitado estudio de su mazmorra.

El sitio era irregularmente circular, como había supuesto, y tenía quizá unos quince pies de diámetro. La cosa con la que había tropezado era un esqueleto humano, tumbado entre un montón de escombros y el agua sucia. Estaba marrón y podrido por el paso del tiempo, y sus ropas hacía largo tiempo que se habían deshecho en una mancha de moho líquido. Las paredes estaban acanaladas y con arroyuelos por los siglos de humedad, y parecía que la propia piedra estuviese pudriéndose lentamente. En el lado opuesto, al fondo, vio la abertura que había imaginado: un agujero bajo, no mucho más grande que la guarida de un zorro, por el cual fluía el agua sucia. Su corazón se angustió ante esa visión: el agua era más profunda de lo que parecía, y el agujero era demasiado estrecho como para permitir el paso del cuerpo de un hombre. En un estado de desesperación como de auténtico ahogo, encontró su camino de regreso al montón de escombros cuando la luz fue retirada.

La hogaza de pan y la botella de vino estaban todavía en sus manos. Mecánicamente, desganado y embotado, mordisqueó y bebió. Después se sintió más fuerte; y el amargo vino peleón que sirvió para calentarle le debió inspirar la idea que concibió en ese momento.

Acabándose la botella, se abrió camino a través de la mazmorra hasta el agujero, semejante a una madriguera. La corriente de aire que entraba se había hecho más fuerte, y esto lo considero una señal favorable. Desenfundando su daga, empezó a excavar en la pared medio podrida y en descomposición, esforzándose para aumentar la abertura. Se vio obligado a arrodillarse en un apestoso cieno, y, mientras trabajaba, los anillos de las serpientes de agua avanzaban sobre él retorciéndose, mientras emitían terribles silbidos. Evidentemente, el agujero era su medio de entrada y salida, dentro y fuera del calabozo.

La piedra se deshacía con facilidad ante su daga, y Gaspard olvidó lo repugnante y horrible de su situación ante la esperanza de la fuga. No tenía miedo de conocer la anchura del muro, o la naturaleza y extensión del subterráneo que se extendía más allá, pero se sentía seguro de que existía algún canal de conexión con el mundo exterior.

Durante horas o días enteros, trabajó con su daga, cavando ciegamente en la blanda pared, y arrancando el detritus que salpicaba en el agua a su alrededor. Después de un rato, tumbado sobre su barriga, se arrastró por el agujero que había ensanchado y, cavando como un topo, se fue abriendo camino pulgada a pulgada. Por fin, para su enorme alivio, la punta de su daga se hundió en un espacio vacío. Rompió con las manos la delgada barrera de piedra que quedaba como obstáculo, y entonces, arrastrándose en la oscuridad, descubrió que podía ponerse de pie en una especie de suelo cuadrangular.

Estirando sus entumecidos miembros, avanzó muy cautelosamente. Estaba en una especie de bodega estrecha o en un túnel, cuyos lados podía tocar simultáneamente con las yemas de los dedos extendidos. El suelo se inclinaba hacia abajo, y el agua se volvía más profunda, subiendo hasta sus rodillas y luego hasta su cintura. Probablemente el lugar había sido utilizado una vez como salida subterránea del castillo, y el suelo, al derrumbarse, había bloqueado el agua.

Muy desanimado, Gaspard comenzó a cuestionarse si había cambiado el sucio calabozo, rondado por esqueletos, por una cosa incluso peor. La noche que le rodeaba seguía intacta y sin ningún rayo de luz, y la corriente de aire,

aunque fuerte, venía cargada con una mohosidad y una humedad que sugerían subterráneos interminables.

Tocando los lados del túnel a intervalos, avanzó vacilante, adentrándose en el agua cada vez más profunda; descubrió una curva brusca a su derecha, que conducía a un espacio libre. El lugar resultó ser la entrada de un pasadizo que se interseccionaba, cuyo suelo estaba inundado, y, por lo menos, era recto y no se hundía más en la estancada porquería. Explorándolo, tropezó con el nacimiento de un tramo de escaleras que subían. Ascendiéndolas a través del agua, cuya profundidad disminuía, pronto se encontró de pie sobre suelo seco.

Los escalones, rotos, estrechos, irregulares y sin barandillas, parecían dar vueltas en una eterna espiral que se enroscaba en la oscuridad de las entrañas de Ylourgne. Resultaban tan cerradas y asfixiantes como una tumba, y no eran la causa de la corriente de aire que Gaspard había comenzado a seguir. A dónde podrían conducirlo, él lo ignoraba; no hubiera sido capaz de decir si eran las mismas escaleras por las cuales había sido conducido al calabozo. Pero siguió adelante con constancia, parándose tan sólo a largos intervalos para recuperar el aliento como buenamente podía en ese aire estancado y maligno.

Al cabo de un rato, en la oscuridad compacta, desde arriba en la distancia, comenzó a escuchar un sonido misterioso y amortiguado: un estrépito, apagado pero repetido, de grandes bloques y masas de piedra que caían. El ruido resultaba indescriptiblemente triste y siniestro, y parecía hacer retumbar las paredes invisibles en torno a Gaspard, y estremecer los tramos de la escalera que pisaba con una siniestra vibración.

Subió ahora con una precaución y un cuidado intensificados, parándose a cada instante para escuchar. El ruido de caídas se volvió más alto, más siniestro, como si se situase sobre él directamente, y, al oírlo, se quedó agazapado en las oscuras escaleras por un tiempo que pudo ser de muchos minutos, sin atreverse a avanzar más. Por fin, de una manera desconcertante por lo repentina, el sonido se detuvo, dejando una tranquilidad tensa y llena de miedos.

Con muchas conjeturas siniestras, sin saber con qué nueva barbaridad iba a encontrarse, Gaspard se aventuró a reemprender su ascenso. De nuevo, en la oscura y compacta tranquilidad, fue recibido por un sonido: el de voces, apagadas y resonantes, que cantaban, como en una misa satánica o en una

liturgia con cadencias de funeral convertidas en un himno, intolerablemente exultante, al triunfo del mal. Mucho antes de que pudiese comprender las palabras, tembló ante el latido, fuerte y maléfico, de un ritmo monótono, cuyas ascensiones y caídas parecían corresponderse con los latidos de algún colosal demonio.

Las escaleras dieron un giro por centésima vez en su tortuosa espiral y, saliendo de aquella larga medianoche, Gaspard parpadeó ante el pálido brillo que fluía hacia él desde arriba. Las voces del coro le recibieron con una sonora explosión de cánticos infernales, y él reconoció las palabras de un raro y poderoso hechizo, empleado por los brujos para una finalidad supremamente detestable y maléfica. Con espanto, mientras subía los últimos peldaños, descubrió lo que estaba teniendo lugar en las ruinas de Ylourgne.

Levantando su cabeza con cuidado sobre el suelo del castillo, vio que los peldaños terminaban en una esquina apartada del vasto cuarto en que había contemplado la impensable creación de Nathaire. Toda la extensión del edificio, desmantelado por dentro, se ofrecía a su vista, lleno por un extraño brillo en donde los rayos de una luna gibosa se mezclaban con las rojizas llamas de los rescoldos de los atadores y las lenguas multicolores que se enroscaban entre sí, surgiendo de los braseros nigrománticos.

Gaspard, durante un instante, se quedó confundido por el brillo de la luz de la luna entre las ruinas. Entonces, vio que casi todo el muro interior del castillo, que daba al patio, había sido demolido. Era el derribo de estos bloques de tamaño prodigioso, sin duda a través de un trabajo de hechicería ajeno al género humano, lo que había escuchado durante su ascensión subterránea desde los sótanos. Se le heló la sangre en las venas, se le puso la carne de gallina, cuando se dio cuenta del fin para el que la pared había sido echada abajo.

Era evidente que un día entero y parte de una noche habían transcurrido desde su encierro, porque la luna se levantaba alta en un firmamento de pálido zafiro. Bañadas por su helado brillo, las pétreas cubas ya no emitían su extraña y eléctrica fosforescencia. La cama de tejidos sarracenos, en la cual Gaspard había contemplado al enano agonizante, estaba ahora parcialmente oculta a la vista por las emanaciones ascendentes de braseros y turíbulos, entre los

cuales los diez discípulos del mago, ataviados de negro y escarlata, estaban practicando el rito espantoso y repugnante en una maléfica letanía.

Lleno de miedo, como alguien que afronta una aparición surgida de un infierno remoto, Gaspard contempló al coloso que yacía inerte, como sumido en un sueño ciclópeo, sobre las losas del castillo. La figura ya no era un esqueleto: los miembros habían sido redondeados en extremidades enormes y musculosas, como los miembros de los gigantes de la Biblia; los costados eran una muralla insuperable; los deltoides del poderoso pecho eran anchos como plataformas; las manos podrían haber aplastado los cuerpos de los hombres como si fuesen piedras de molino... *Pero el rostro del asombroso monstruo, visto de perfil contra los desbordantes rayos de la luna, ¡era el rostro del satánico enano Nathaire..., aumentado cien veces, pero idéntico en su implacable maldad y malevolencia!*

El vasto pecho parecía levantarse y caer, y. Durante una pausa del ritual nigromántico, Gaspard escuchó el sonido inconfundible de una poderosa respiración. El ojo del perfil estaba cerrado; pero su párpado parecía temblar como un gran cortinaje, como si el monstruo estuviese a punto de despertar; una mano extendida, con dedos pálidos y azulados como filas de cadáveres, se retorció inquieta sobre las losas del castillo.

Un terror insuperable le apesó, pero ni siquiera ese terror podía inducirle a volver a los apestosos sótanos que había dejado atrás. Con unas dudas y un miedo infinitos, escapó de la esquina, manteniéndose dentro de la zona de sombras de ébano que flanqueaban los muros del castillo. Al marchar, contempló por un momento, a través de los engañosos velos de vapor, la cama en que la forma marchita de Nathaire estaba tumbada, pálida y sin movimiento. Parecía como si el enano hubiese muerto, o hubiese caído en el letargo que precede a la muerte. Entonces, las voces corales, gritando su terrible encantamiento, se elevaron aún más en un triunfo satánico; los vapores se desvanecieron como una nube nacida en el infierno, revolviéndose en torno a los brujos con la forma de pitones, y ocultando de nuevo la oriental cama y a su ocupante, quien parecía un cadáver.

El peso de un interminable infortunio oprimía el aire. Gaspard sintió que la terrible transmigración, invocada e implorada con liturgias blasfemas en continuo aumento, estaba a punto de suceder..., o quizá ya había sucedido.

Pensó que el gigante que respiraba se había revuelto, como alguien que tiene el sueño ligero.

Pronto, la masa tumbada, inmensa y enorme, se interpuso entre Gaspard y los nigromantes que cantaban. No le habían visto, y ahora se atrevió a salir corriendo, alcanzando el patio sin ser molestado ni perseguido. A partir de ahí, sin volver la vista, escapó como alguien a quien persiguen los demonios, atravesando las empinadas cuestas llenas de barrancos, debajo de Ylourgne.

VII

LA LLEGADA DEL COLOSO

Después del fin del éxodo de los zombies, un terror universal todavía prevalecía: una extensa sombra de recelo infernal y funeral, que caía estancada sobre Averoine. Había extrañas señales de desastres en la apariencia de los cielos: meteoros de roja estela habían sido vistos cayendo más allá de las colinas del este; un cometa, en el lejano sur, había apagado las estrellas con su estela luminosa durante varias noches, para después desvanecerse dejando entre los hombres la profecía de la ruina y la pestilencia que habrían de venir. Durante el día, el aire era bochornoso y agobiante, y el cielo azul estaba calentado como al rojo vivo. Nubes de tormenta, oscuras y concentradas, agitaban sus lanzas fulgurantes en el horizonte lejano, como un ejército invasor de titanes. Una melancolía, como la que los hechizos de los magos producen, estaba extendida entre el ganado. Todos estos signos y prodigios eran un peso añadido sobre los oprimidos espíritus de los hombres, quienes iban de un lado para otro con un miedo diario de los preparativos y maquinaciones ocultas del Infierno.

Pero, hasta la salida propiamente dicha de la amenaza incubada, nadie, excepto Gaspard do Nord, tenía el conocimiento de cuál era su verdadera forma. Y Gaspard, escapando precipitadamente hacía Vyones, bajo la luna gibosa, y temeroso de escuchar en cualquier momento las pisadas de un perseguidor de tamaño colosal detrás de él, había pensado que era del todo inútil dar un aviso a los pueblos y aldeas que quedaban en la dirección de su fuga. ¿Dónde, en verdad —incluso con un aviso—, podían los hombres tener la

esperanza de esconderse de esa cosa temible, engendrada por el Infierno de un osario violado, que saldría como un muerto viviente para desencadenar su cólera estruendosa sobre un mundo pisoteado?

Así, durante esa noche y el día siguiente, Gaspard du Nord, con el barro seco del calabozo sobre su indumentaria desgarrada por las espinas, avanzó como un loco por los elevados bosques infestados de hombres lobos y bandidos. La luna, poniéndose por el oeste, parpadeó ante sus ojos a través de los troncos de los árboles, lóbregos y retorcidos, mientras corría; y el alba le alcanzó con sus pálidos rayos como flechas penetrantes. La luna derramó sobre él su blanco bochorno, como metal calentado en un horno sublimado en luz. Y la porquería coagulada que se pegaba a sus prendas se convirtió de nuevo en barro por efecto de su propio sudor. Pero todavía continuó su marcha de pesadilla, mientras que un vago plan, aparentemente sin esperanza, tomaba forma en su mente.

En el intervalo, varios monjes de la hermandad cisterciense, vigilando las murallas grises de Ylourgne, a primera hora de la mañana en su guardia habitual, fueron los primeros, después de Gaspard, en mirar el monstruoso horror creado por los nigromantes. Su informe podía estar algo teñido de exageraciones piadosas, pero juraron que el gigante se elevó abruptamente, levantando su cintura a la altura de las ruinas de la tronera, entre un repentino restallar de fuegos de larga lengua y un retorcerse de oscuros humos que salían en erupción de Ylourgne. La cabeza del gigante estaba a la misma altura que el piso superior del calabozo, y su brazo derecho, extendido, descansaba como una barrera de nubes tormentosas contra el sol que acababa de salir.

Los monjes cayeron gimoteando de rodillas, creyendo que el Archienemigo en persona había llegado, utilizando Ylourgne como pasaje desde el abismo. Entonces, a través del valle, que tenía millas de anchura, escucharon una carcajada de risa monstruosa; y el gigante, saltando sobre el terraplén de la barbacana de un solo paso, comenzó a descender por la desigual y escarpada colina.

Cuando se aproximó, saltando de loma en loma, sus rasgos eran, de una manera manifiesta, los de algún gran demonio inflamado por la ira y la malicia contra los hijos de Adán. Su pelo, en mechones enmarañados, le caía por

detrás como un amasijo de negras pitones; su piel desnuda estaba lívida y pálida y mortecina, como la piel de los muertos; pero, debajo de ella, los portentosos músculos de un titán se agitaban y movían. Los ojos, saltones y brillantes, resplandecían como calderos descubiertos calentados por algún insondable abismo.

El rumor de su llegada se extendió como una tormenta de terror a través del monasterio. Muchos de entre los hermanos, considerando la prudencia la parte más positiva del fervor religioso, se ocultaron en las bodegas de piedra y en los sótanos. Otros se agazaparon en sus celdas, murmurando y chillando plegarias incoherentes a todos los santos. Todavía otros, los más valientes, se retiraron en grupo a una capilla y se arrodillaron, en oración solemne, ante el gran crucifijo de madera.

Sólo Bernard y Stéphane, ahora algo recobrados de su terrible paliza, se atrevieron a vigilar el avance del gigante. Su horror aumentó de forma inenarrable cuando descubrieron en las colosales facciones un extraordinario parecido con los rasgos del malvado enano que había presidido las oscuras actividades malditas de Ylourgne; y la risa del coloso, mientras descendía valle abajo, era como un eco traído por la tormenta de las infames risotadas que les habían perseguido durante su ignominiosa fuga de la fortaleza maldita. A Bernard y Stéphane, sin embargo, les pareció que el enano, quien era en realidad un demonio, había elegido manifestarse con su verdadera forma.

Parándose en el fondo del valle, el gigante miró al monasterio con sus ojos ardientes a la altura de la ventana desde la cual Stéphane y Bernard espiaban. Se rió de nuevo —una risa terrible como un terremoto subterráneo— e inclinándose, tomó un montón de pedrejones como si fuesen guijarros, y procedió a apedrear el monasterio. Los pedruscos chocaron contra los muros, como si hubiesen sido arrojados por una poderosa catapulta, pero el sólido edificio aguantó aunque fuese terriblemente agitado.

Entonces, con las dos manos, el coloso arrancó una inmensa roca que estaba profundamente hundida en el suelo de la colina, y, levantándola, la arrojó contra los inquebrantables muros. La tremenda masa rompió una pared entera de la capilla, y aquellos que se habían agrupado ahí fueron encontrados más tarde machacados en una pulpa sanguinolenta, entre las astillas de su Cristo tallado.

Después de eso, como desdeñando divertirse más con una presa tan insignificante, el coloso dio la espalda al pequeño monasterio y, como un Goliat engendrado por demonios, fue rugiendo valle abajo adentrándose en Averouigne.

Mientras se marchaba, Bernard y Stéphane, que aún vigilaban desde su ventana, vieron algo en lo que no habían reparado antes: una enorme cesta, hecha de tablazón, que colgaba, suspendida con sogas, entre los hombros del gigante. En la cesta, diez hombres —los pupilos y ayudantes de Nathaire— estaban siendo transportados como si fuesen muñecos o marionetas a la espalda de un buhonero.

En torno a los vagabundeos subsiguientes y a las depredaciones del coloso, se contaron cien leyendas durante mucho tiempo a lo largo de Averouigne. Cuentos de un horror que no tiene igual, unos caprichos diabólicos sin paralelo en toda la historia de aquella tierra infestada de demonios.

Los cabreros de las colinas debajo de Ylourgne le vieron acercarse, y escaparon junto con sus ágiles rebaños a los riscos más altos. A éstos les dedicó poca atención, limitándose a pisotearles como escarabajos cuando no conseguían apartarse de su camino. Siguiendo el arroyo de montaña que era la fuente del gran río Isoile, llegó al borde del gran bosque, y allí arrancó un pino recio y antiguo con sus propias manos, y, dándole forma de porra, lo llevó a partir de entonces.

Con esta cachiporra, más pesada que un ariete, machacó, hasta convertirla en ruinas amorfas, una ermita que estaba junto al camino en el bosque. Un villorrio se cruzó en su camino. y pasó a través de él, hundiendo sus techos, derribando las paredes y aplastando a los habitantes bajo sus pies.

De acá para allá, en un loco paroxismo de destrucción, como un cíclope borracho de muerte, vagabundó durante todo el día. Hasta las bestias salvajes del bosque escapaban de él presas del miedo. Los lobos, en mitad de su cacería, abandonaban la presa y se escondían, aullando lastimeramente a causa del terror, en sus rocosos cubiles. Los salvajes perros negros de caza del bosque no estaban dispuestos a hacerle frente, y se escondían gimoteando en las perreras.

Los hombres escucharon su poderosa carcajada, sus gritos como de tormenta; le vieron acercarse a una distancia de muchas leguas, y escaparon o se escondieron tan bien como fueron capaces. Los señores de los castillos con foso llamaron a sus soldados, levantaron sus puentes levadizos y se prepararon como para el asedio de un ejército. Los campesinos se escondieron en las cavernas, en las bodegas, en pozos viejos, incluso debajo de montones de paja, con la esperanza de que pasara de largo sin fijarse. Las iglesias estaban repletas de refugiados que buscaban la protección de la cruz, considerando que Satanás en persona, o alguno de sus lugartenientes más destacados, se había alzado para asolar la región y convertirla en un desierto.

Con una voz como un trueno de verano, locas maldiciones, obscenidades y blasfemias impensables eran pronunciadas sin cesar por el gigante mientras se dirigía de un lado para otro. La gente le escuchó dirigirse a la camada de figuras vestidas de negro que portaba en sus espaldas en tonos de reproche o explicación como los de un maestro que se dirige a sus alumnos. Quienes habían conocido a Nathaire reconocieron el increíble parecido de las facciones hinchadas con las suyas. Un rumor corrió de que el brujo enano, gracias a su despreciable lazo con el Adversario, había conseguido transmitir su alma odiosa a esa forma titánica; y, llevando a sus discípulos con él, había regresado para desencadenar una ira insaciable, un rencor sin fondo contra el mundo que se había burlado de él por su pequeño tamaño y le había despreciado por su brujería. También se rumoreaba la génesis en el osario del monstruoso avatar; y lo cierto es que se decía que el coloso había proclamado abiertamente su identidad.

Resultaría aburrido hacer mención explícita de todas las barbaridades, de todas las atrocidades que fueron atribuidas al gigante merodeador. Hubo personas —se dice que principalmente mujeres y sacerdotes— a quienes atrapó mientras escapaban, y descuartizó miembro a miembro como un niño haría con un insecto... Y hubo cosas peores que no serán mencionadas en esta crónica.

Muchos testigos oculares vieron cómo dio caza a Pierre, el señor de La Frênaie, quien había salido con sus hombres y su jauría para dar caza a un noble ciervo en un bosque cercano. Alcanzando a caballo y jinete, los levantó

con una sola mano y, llevándolos por alto mientras andaba por encima de la copa de los árboles, los arrojó contra las murallas del castillo de La Frênaie mientras pasaba. Entonces, alcanzando al ciervo rojo que Pierre había cazado, lo arrojó detrás de ellos, y las enormes manchas de sangre producidas por el impacto de los cuerpos permanecieron largo tiempo sobre las piedras del castillo, y nunca fueron lavadas del todo por las lluvias del otoño y las nieves del invierno.

Se contaron también historias innumerables de actos de sacrilegio y profanación cometidos por el coloso: la virgen de madera que arrojó al Isoile, cerca de Ximes, atada con las entrañas humanas al cuerpo en descomposición, y vestido con cota de malla, de un famoso forajido; los cadáveres llenos de gusanos que sacó con las manos de tumbas sin consagrar y arrojó al patio de la abadía benedictina de Périgon; enterró la iglesia de Santa Zenobia, junto con sus sacerdotes y congregación, bajo una montaña de abono conseguida con todos los estercoleros de las granjas vecinas.

VIII

EL DERRIBO DEL COLOSO

Adelante y atrás, siguiendo un curso irregular de borracho, en zigzag, el gigante anduvo sin pausa de un confín a otro del reino asolado, como un energúmeno poseído por un demonio implacable de maldad y muerte, dejando detrás de él, como un segador con su guadaña una extensión de eterna ruina, rapiña y carnicería. Y cuando el sol, ennegrecido por el humo de las aldeas en llamas, se hubo puesto rojizo más allá del bosque, los hombres todavía le veían moviéndose en el crepúsculo, y escuchaban el temblor portentoso de su risa loca y tormentosa.

Aproximándose a las puertas de Vyones al ponerse el sol, Gaspard du Nord vio detrás de él, a través de claros en el antiguo bosque, los lejanos hombros y cabeza del temible coloso, quien se movía a lo largo del río Isoile, deteniéndose a ratos entretenido en algún acto horrible.

Aunque insensible a causa de la debilidad y el cansancio, Gaspard aumentó el paso. No creía, sin embargo, que el monstruo intentara invadir Vyones, el

objetivo principal del odio y la malicia de Nathaire, antes del día siguiente. El alma malvada del hechicero enano, exultante en su total capacidad para el daño y la destrucción, retrasaría el acto que coronaría su venganza, y continuaría aterrorizando durante la noche las aldeas vecinas y los distritos rurales.

A pesar de sus harapos y de su suciedad, que le volvían prácticamente irreconocible y le daban un aspecto sospechoso, Gaspard fue admitido sin preguntas por los guardias en la puerta de la ciudad. Vyones ya estaba abarrotada con gente que había escapado al santuario de sus sólidas murallas desde el campo adyacente, y a nadie, ni siquiera a los personajes de peor catadura, se le denegaba la entrada. Sobre las murallas había filas de arqueros y alabarderos agrupados y listos para impedir la entrada al gigante. Había hombres armados con ballestas situados sobre las puertas, y catapultas colocadas a cortos intervalos a lo largo de todo el circuito de las murallas. La ciudad bullía y zumbaba como una colmena agitada.

La histeria y el pandemónium prevalecían en las calles. Caras pálidas y presas del pánico remolineaban por todas partes en una corriente sin destino. Antorchas que corrían llameaban dolorosamente en un crepúsculo que se volvía más profundo como alas de sombras inminentes surgidas del averno. En la oscuridad se coagulaba un miedo intangible, con redes de una opresión asfixiante. En medio de todo este revuelo de desorden salvaje y de locura, Gaspard, como un nadador agotado pero que se niega a rendirse braceando sobre una ola de eterna pesadilla visceral, se abrió camino lentamente hasta sus alojamientos del ático.

Después, apenas podía recordar haber comido y bebido. Agotado más allá de los límites del aguante físico y espiritual, se arrojó sobre su lecho sin quitarse sus vestiduras rígidas de barro, y durmió empapado hasta una hora a medio camino entre la medianoche y el amanecer.

Se despertó cuando los rayos de la gibosa luna, pálidos como la muerte, brillaron sobre él desde su ventana, y, levantándose, empleó el resto de la noche en ciertos preparativos ocultos que, según él, ofrecían la única posibilidad de hacer frente al monstruo demoniaco que había sido creado y animado por Nathaire.

Trabajando febrilmente a la luz de la luna del oeste y una única débil vela, Gaspard reunió varios ingredientes de uso alquímico común que él poseía, e hizo de éstos un compuesto, a través de un proceso largo y cabalístico, un polvo gris oscuro que había visto emplear a Nathaire en numerosas ocasiones. Él había razonado que el coloso, habiendo sido formado con la carne y la sangre de hombres muertos indebidamente levantados de sus tumbas, y dotado de energía solamente por el alma del hechicero muerto, estaría sujeto a la influencia de este polvo, que Nathaire había utilizado para hacer caer a los muertos resucitados. El polvo, si era arrojado en las fosas nasales de semejantes cadáveres, les hacía volver pacíficamente a sus tumbas y tumbarse de nuevo en el renovado reposo de la muerte.

Gaspard hizo una cantidad considerable de esta mezcla, porque un simple pellizco no sería suficiente para dormir a la gigantesca monstruosidad del cementerio. Su vela, que goteaba cera, fue apagada por la blanca alba cuando el terminaba la fórmula latina de temibles invocaciones de la cual extraería mucha de su eficacia. Él utilizó el hechizo con desgana, porque pedía la colaboración de Alastor y otros espíritus malignos. Pero sabía que no existía otra alternativa: la brujería había que afrontarla con brujería.

La mañana llegó con nuevos terrores a Vyonnes. Gaspard sintió, por medio de una especie de intuición, que el coloso vengativo, que se decía había vagabundeadado con un vigor inhumano y una diabólica energía durante toda la noche a través de Averogne, se acercaría a la odiada ciudad temprano en ese día. Su pensamiento resultó confirmado; porque apenas había terminado sus labores ocultas cuando escuchó un griterío creciente en las calles y, sobre el triste y agudo clamor de las voces asustadas, el lejano rugido del gigante.

Gaspard supo que no tenía tiempo que perder, si iba a apostarse en un sitio desde donde arrojar con ventaja su polvo a las fosas nasales del gigante de cien pies. Ni los muros de la ciudad ni la mayoría de los campanarios de las iglesias eran lo suficientemente elevados para su propósito; y una breve reflexión le indicó que la gran catedral, levantándose en el corazón de Vyonnes, era el único lugar desde cuyo techo podía hacer frente al invasor con éxito. Estaba seguro de que los soldados en las murallas poco podrían hacer para impedir al monstruo la entrada y el ejercicio de su malévolamente voluntad. Ningún arma terrenal podría dañar a un ser de ese volumen y naturaleza; porque

incluso un cadáver de tamaño normal, levantado de esta manera, podía ser cosido a flechazos o atravesado por media docena de picas sin frenar su progreso.

Apresuradamente, llenó un enorme saco de cuero con el polvo y, llevándolo a la cintura, se unió al agitado revoltijo de gente en la calle. Muchos estaban escapando a la catedral, buscando el refugio en su augusta santidad., y sólo tuvo que dejarse llevar por aquella corriente empujada por el miedo.

La catedral estaba repleta de fieles, y misas solemnes estaban siendo dichas por sacerdotes cuyas voces temblaban a veces por pánico interior. Sin que le prestase atención la multitud, lívida y desesperada, Gaspard encontró un tramo de escaleras que conducían, tortuosamente, al techo de la alta torre vigilada por las gárgolas.

Aquí se apostó, agazapado detrás de la figura de piedra de un hipogrifo con cabeza de gato. Desde su posición ventajosa podía ver más allá de los campanarios y techos atestados, al gigante que se aproximaba, cuya cabeza y torso se levantaban sobre las murallas de la ciudad. Una nube de flechas, visible hasta a esa distancia, se levantó para recibir al monstruo, quien aparentemente ni siquiera se paró para arrancárselas del costado.

Grandes peñascos, arrojados por catapultas, eran como una llovizna de arenisca, y los pesados dardos de las ballestas, hundidos en su carne, no eran más que simples astillas.

Nada podía frenar su avance. Las diminutas figuras de una compañía de alabarderos, que le hacían frente sacando sus armas, fueron barridas de la puerta del este con un solo movimiento lateral del pino de setenta pies que usaba como bastón. Entonces, habiendo vaciado la muralla, el coloso trepó sobre ella entrando en Vyones.

Rugiendo, carcajeándose y riendo como un cíclope maníaco, recorrió calles estrechas entre casas que sólo alcanzaban su cintura, pisoteando sin misericordia a quienes no podían escapar a tiempo, y hundiendo los techos con terribles golpes de su bastón. Con un golpe de su mano izquierda, rompió los tejados que sobresalían y volcó los campanarios de las iglesias con sus campanas repicando en dolorosa alarma mientras caían. Un chillido lleno de pena y las lamentaciones de voces llenas de histeria acompañaban su paso.

Fue directo hacia la catedral, tal y como Gaspard había calculado, sintiendo que el elevado edificio sería el objetivo especial de su maldad.

Las calles estaban ahora vacías de gente, pero, como para cazarlos y aplastarlos en sus escondites, el gigante metió su bastón como un ariete a través de techos y ventanas al pasar. La ruina y el caos que dejaba eran indescriptibles.

Pronto, se irguió frente a la torre de la catedral en la cual Gaspard esperaba agazapado detrás de la gárgola. Su cabeza estaba a la misma altura que la torre, y sus ojos ardían como pozos de azufre ardiente mientras se acercaba. Sus labios estaban separados sobre dientes como estalactitas en un gruñido odioso, y gritó con una voz que era como el retumbar de un trueno articulado en palabras:

—¡Eh! ¡Sacerdotes lloricas y devotos de un Dios impotente! ¡Adelantaos y haced reverencias ante Nathaire el maestro, antes de que él os barra al limbo!

Fue entonces cuando Gaspard, con un valor sin comparación, se levantó de su escondite y se plantó a la vista del colérico gigante.

—Acercaos, Nathaire, si sois vos en verdad, vil ladrón de tumbas y de osarios —se burló—. Acercaos, pues con vos querría platicar.

Un gesto de monstruosa sorpresa apagó la cólera diabólica de las facciones colosales. Mirando fijamente a Gaspard, como presa de la duda o de la incredulidad, el gigante bajó su bastón levantado y se acercó a la torre, hasta que su rostro estuvo sólo a unos pies del intrépido estudiante. Entonces, cuando aparentemente se había convencido de la identidad de Gaspard, la expresión de cólera maníaca volvió, inundando sus ojos con un fuego tartáreo y retorciendo sus facciones en una máscara de malignidad. Su brazo izquierdo se levantó en un arco prodigioso, con dedos que se retorcían colocados horriblemente por encima de la cabeza del joven, proyectando una sombra negra como un buitre contra el sol del mediodía. Gaspard vio las caras blancas, sorprendidas, mirando por encima de su hombro desde la cesta de madera.

—¿Eres tú, Gaspard, mi discípulo rebelde? —rugió el coloso tormentosamente—. Pensé que estabas pudriéndote en el calabozo debajo de Ylourgne... ¡Y ahora te encuentro colgado en la cima de esta maldita catedral que estoy a punto de demoler!... Hubieras sido más sabio quedándote donde yo te dejé, mi buen Gaspard.

Mientras hablaba, su aliento era como un vendaval que se cernía sobre el estudiante. Sus vastos dedos, con uñas negras como palas, revoloteaban sobre él con una amenaza de ogro. Gaspard había aflojado furtivamente la bolsa de cuero que llevaba a la cintura, y había abierto su cuello. Ahora, mientras los dedos que se retorcían descendían hacia él, vació el contenido de la bolsa en el rostro del gigante, y el fino polvo, formando una nube gris, oscureció de su vista los labios burlones y las narices palpitantes.

Ansioso, vigiló el efecto, temiendo que el polvo fuese inútil, después de todo, contra las artes superiores y los recursos satánicos de Nathaire. Pero, milagrosamente, el brillo maligno murió en los ojos profundos como el abismo, mientras el monstruo inhaló la nube flotante. Su mano levantada, no acertando en su movimiento al joven agazapado, cayó sin vida en su costado. La cólera fue borrada de la poderosa máscara retorcida. como del rostro de un hombre muerto; el gran bastón cayó sobre la calle vacía con un crujido, y entonces, con pasos desiguales y adormilados, y con los brazos colgando descuidados, el gigante dio la espalda a la catedral y volvió sobre sus pasos a través de la ciudad devastada.

Hablaba solo, con un tono somnoliento, mientras andaba, y la gente que le escuchó juraba que el tono ya no era la voz terrible de Nathaire, inflada por el trueno, sino los tonos y acentos de una multitud de hombres, entre los cuales las voces de algunos de los muertos violados eran reconocibles.

Y la voz de Nathaire en persona, sin más volumen del que tuvo en vida, era a intervalos escuchada, a través de los múltiples murmullos, como protestando rabiosa.

Trepando sobre las murallas del este, como había entrado, el coloso fue de acá para allá durante muchas horas, no para dar salida a una cólera y un rencor infernales, sino buscando, como la gente pensó, las distintas tumbas para los centenares de personas que lo componían y que habían sido tan asquerosamente arrancadas de ellas. De osario en osario, de cementerio en cementerio, recorrió toda la región, pero no había tumba en lugar alguno en que el coloso pudiese descansar.

Entonces, hacia el atardecer, los hombres le vieron en la distancia recortándose contra el borde rojizo del cielo, cavando con sus manos en las blandas tierras arcillosas junto al río Isoile. Allí, en una tumba monstruosa que

él mismo se fabricó, el coloso se tumbó y no volvió a levantarse. Los diez discípulos de Nathaire, se pensó, al no ser capaces de descender de su cesta, fueron aplastados bajo el enorme cuerpo, porque ninguno de ellos volvió a ser visto después.

Durante muchos días, nadie se atrevió a aproximarse al lugar donde el cadáver descansaba en la tumba sin cubrir que él mismo se había cavado. Y así, el monstruo se pudrió de una manera prodigiosa bajo el sol del verano, produciendo un fuerte hedor que trajo la peste a una parte de Averoigne. Y quienes se atrevieron a acercarse, el siguiente otoño, cuando el hedor hubo desaparecido, juraron que la voz de Nathaire, todavía protestando colérica, fue escuchada por ellos saliendo de la enorme masa infestada de cornejas.

De Gaspard du Nord, quien había sido el salvador de la provincia, fue contado que vivió con muchos honores hasta una edad madura, siendo el único hechicero de la región que nunca incurrió en la desaprobación de la Iglesia.

The Colossus Of Ylourgne, IV/V—1932
(Weird Tales, VI—34. Genius Loci And Other Tales, X—48)
Trad. Arturo Villarubia
Los Mundos Perdidos (A Rendezvous In Averoigne, 1988)
Icaro, 22
EDAF 1991

A RENDEZVOUS IN AVEROIGNE

CLARK ASHTON SMITH

Gerard de l'Automne was meditating the rimes of a new ballade in honor of Fleurette, as he followed the leaf-arrased pathway toward Vyones through the woodland of Averoigne. Since he was on his way to meet Fleurette, who had promised to keep a rendezvous among the oaks and beeches like any peasant girl, Gerard himself made better progress than the ballade. His love was at that stage which, even for a professional troubadour, is more productive of distraction than inspiration; and he was recurrently absorbed in a meditation upon other than merely verbal felicities.

The grass and trees had assumed the fresh enamel of a mediaeval May; the turf was figured with little blossoms of azure and white and yellow, like an ornate broidery; and there was a pebbly stream that murmured beside the way, as if the voices of undines were parleying deliciously beneath its waters. The sun-lulled air was laden with a wafture of youth and romance; and the longing that welled from the heart of Gerard seemed to mingle mystically with the balsams of the wood.

Gerard was a trouvère whose scant years and many wanderings had brought him a certain renown. After the fashion of his kind he had roamed from court to court, from chateau to chateau; and he was now the guest of the Comte de la Frênaie, whose high castle held dominion over half the surrounding forest. Visiting one day that quaint cathedral town, Vyones, which lies so near to the ancient wood of Averoigne, Gerard had seen Fleurette, the daughter of a well-to-do mercer named Guillaume Cochin; and had become more sincerely enamored of her blonde piquancy than was to be expected from one who had been so frequently susceptible in such matters. He had managed to make his feelings known to her; and, after a month of billets-doux, ballades, and stolen interviews contrived by the help of a complaisant waiting-woman, she had made

this woodland tryst with him in the absence of her father from Vyonès. Accompanied by her maid and a man-servant, she was to leave the town early that afternoon and meet Gerard under a certain beech-tree of enormous age and size. The servants would then withdraw discreetly; and the lovers, to all intents and purposes, would be alone. It was not likely that they would be seen or interrupted; for the gnarled and immemorial wood possessed an ill repute among the peasantry. Somewhere in this wood there was the ruinous and haunted Chateau des Faussesflammes; and, also, there was a double tomb, within which the Sieur Hugh du Malinbois and his chatelaine, who were notorious for sorcery in their time, had lain unconsecrated for more than two hundred years. Of these, and their phantoms, there were grisly tales; and there were stories of loup-garous and goblins, of fays and devils and vampires that infested Averoigne. But to these tales Gerard had given little heed, considering it improbable that such creatures would fare abroad in open daylight. The madcap Fleurette had professed herself unafraid also; but it had been necessary to promise the servants a substantial pourboire, since they shared fully the local superstitions.

Gerard had wholly forgotten the legendry of Averoigne, as he hastened along the sun-flecked path. He was nearing the appointed beech-tree, which a turn of the path would soon reveal; and his pulses quickened and became tremulous, as he wondered if Fleurette had already reached the trysting-place. He abandoned all effort to continue his ballade, which, in the three miles he had walked from La Frenaie, had not progressed beyond the middle of a tentative first stanza.

His thoughts were such as would befit an ardent and impatient lover. They were now interrupted by a shrill scream that rose to an unendurable pitch of fear and horror, issuing from the green stillness of the pines beside the way. Startled, he peered at the thick branches; and as the scream fell back to silence, he heard the sound of dull and hurrying footfalls, and a scuffling as of several bodies. Again the scream arose. It was plainly the voice of a woman in some distressful peril. Loosening his dagger in its sheath, and clutching more firmly a long hornbeam staff which he had brought with him as a protection

against the vipers which were said to lurk in Averaigne, he plunged without hesitation or premeditation among the low-hanging boughs from which the voice had seemed to emerge.

In a small open space beyond the trees, he saw a woman who was struggling with three ruffians of exceptionally brutal and evil aspect. Even in the haste and vehemence of the moment, Gerard realized that he had never before seen such men or such a woman. The woman was clad in a gown of emerald green that matched her eyes; in her face was the pallor of dead things, together with a faery beauty; and her lips were dyed as with the scarlet of newly flowing blood. The men were dark as Moors, and their eyes were red slits of flame beneath oblique brows with animal-like bristles. There was something very peculiar in the shape of their feet; but Gerard did not realize the exact nature of the peculiarity till long afterwards. Then he remembered that all of them were seemingly club-footed, though they were able to move with surpassing agility. Somehow, he could never recall what sort of clothing they had worn.

The woman turned a beseeching gaze upon Gerard as he sprang forth from amid the boughs. The men, however, did not seem to heed his coming; though one of them caught in a hairy clutch the hands which the woman sought to reach toward her rescuer.

Lifting his staff, Gerard rushed upon the ruffians. He struck a tremendous blow at the head of the nearest one a blow that should have levelled the fellow to earth. But the staff came down on unresisting air, and Gerard staggered and almost fell headlong in trying to recover his equilibrium. Dazed and uncomprehending, he saw that the knot of struggling figures had vanished utterly. At least, the three men had vanished; but from the middle branches of a tall pine beyond the open space, the death-white features of the woman smiled upon him for a moment with faint, inscrutable guile ere they melted among the needles.

Gerard understood now; and he shivered as he crossed himself. He had been deluded by phantoms or demons, doubtless for no good purpose; he had

been the gull of a questionable enchantment. Plainly there was something after all in the legends he had heard, in the ill-renown of the forest of Averoigne.

He retraced his way toward the path he had been following. But when he thought to reach again the spot from which he had heard that shrill unearthly scream, he saw that there was no longer a path; nor, indeed, any feature of the forest which he could remember or recognize. The foliage about him no longer displayed a brilliant verdure; it was sad and funereal, and the trees themselves were either cypress-like, or were already sere with autumn or decay. In lieu of the purling brook there lay before him a tarn of waters that were dark and dull as clotting blood, and which gave back no reflection of the brown autumnal sedges that trailed therein like the hair of suicides, and the skeletons of rotting osiers that writhed above them.

Now, beyond all question, Gerard knew that he was the victim of an evil enchantment. In answering that beguileful cry for succor, he had exposed himself to the spell, had been lured within the circle of its power. He could not know what forces of wizardry or demonry had willed to draw him thus; but he knew that his situation was fraught with supernatural menace. He gripped the hornbeam staff more tightly in his hand, and prayed to all the saints he could remember, as he peered about for some tangible bodily presence of ill.

The scene was utterly desolate and lifeless, like a place where cadavers might keep their tryst with demons. Nothing stirred, not even a dead leaf; and there was no whisper of dry grass or foliage, no song of birds nor murmuring of bees, no sigh nor chuckle of water. The corpse-grey heavens above seemed never to have held a sun; and the chill, unchanging light was without source or destination, without beams or shadows.

Gerard surveyed his environment with a cautious eye; and the more he looked the less he liked it: for some new and disagreeable detail was manifest at every glance. There were moving lights in the wood that vanished if he eyed them intently; there were drowned faces in the tarn that came and went like livid bubbles before he could discern their features. And, peering across the lake, he

wondered why he had not seen the many-turreted castle of hoary stone whose nearer walls were based in the dead waters. It was so grey and still and vasty, that it seemed to have stood for incomputable ages between the stagnant tarn and the equally stagnant heavens. It was ancients than the world, it was older than the light: it was coeval with fear and darkness; and a horror dwelt upon it and crept unseen but palpable along its bastions.

There was no sign of life about the castle; and no banners flew above its turrets or its donjon. But Gerard knew, as surely as if a voice had spoken aloud to warn him, that here was the fountainhead of the sorcery by which he had been beguiled. A growing panic whispered in his brain, he seemed to hear the rustle of malignant plumes, the mutter of demonian threats and plottings. He turned, and fled among the funereal trees.

Amid his dismay and wilderment, even as he fled, he thought of Fleurette and wondered if she were awaiting him at their place of rendezvous, or if she and her companions had also been enticed and led astray in a realm of damnable unrealities. He renewed his prayers, and implored the saints for her safety as well as his own.

The forest through which he ran was a maze of bafflement and eeriness. There were no landmarks, there were no tracks of animals or men; and the swart cypresses and sere autumnal trees grew thicker and thicker as if some malevolent will were marshalling them against his progress. The boughs were like implacable arms that strove to retard him; he could have sworn that he felt them twine about him with the strength and suppleness of living things. He fought them, insanely, desperately, and seemed to hear a crackling of infernal laughter in their twigs as he fought. At last, with a sob of relief, he broke through into a sort of trail. Along this trail, in the mad hope of eventual escape, he ran like one whom a fiend pursues; and after a short interval he came again to the shores of the tarn, above whose motionless waters the high and hoary turrets of that time-forgotten castle were still dominant. Again he turned and fled; and once more, after similar wanderings and like struggles, he came back to the inevitable tarn.

With a leaden sinking of his heart, as into some ultimate slough of despair and terror, he resigned himself and made no further effort to escape. His very will was benumbed, was crushed down as by the incumbence of a superior volition that would no longer permit his puny recalcitrance. He was unable to resist when a strong and hateful compulsion drew his footsteps along the margent of the tarn toward the looming castle.

When he came nearer, he saw that the edifice was surrounded by a moat whose waters were stagnant as those of the lake, and were mantled with the iridescent scum of corruption. The drawbridge was down and the gates were open, as if to receive an expected guest. But still there was no sign of human occupancy; and the walls of the great grey building were silent as those of a sepulcher. And more tomb-like even than the rest was the square and over-towering bulk of the mighty donjon.

Impelled by the same power that had drawn him along the lakeshore, Gerard crossed the drawbridge and passed beneath the frowning barbican into a vacant courtyard. Barred windows looked blankly down; and at the opposite end of the court a door stood mysteriously open, revealing a dark hall. As he approached the doorway, he saw that a man was standing on the threshold; though a moment previous he could have sworn that it was untenanted by any visible form.

Gerard had retained his hornbeam staff; and though his reason told him that such a weapon was futile against any supernatural foe, some obscure instinct prompted him to clasp it valiantly as he neared the waiting figure on the sill.

The man was inordinately tall and cadaverous, and was dressed in black garments of a superannate mode. His lips were strangely red, amid his bluish beard and the mortuary whiteness of his face. They were like the lips of the woman who, with her assailants, had disappeared in a manner so dubious when Gerard had approached them. His eyes were pale and luminous as marsh-lights; and Gerard shuddered at his gaze and at the cold, ironic smile of

his scarlet lips, that seemed to reserve a world of secrets all too dreadful and hideous to be disclosed.

"I am the Sieur du Malinbois," the man announced. His tones were both unctuous and hollow, and served to increase the repugnance felt by the young troubadour. And when his lips parted, Gerard had a glimpse of teeth that were unnaturally small and were pointed like the fangs of some fierce animal.

"Fortune has willed that you should become my guest," the man went on. "The hospitality which I can proffer you is rough and inadequate, and it may be that you will find my abode a trifle dismal. But at least I can assure you of a welcome no less ready than sincere."

"I thank you for your kind offer," said Gerard. "But I have an appointment with a friend; and I seem in some unaccountable manner to have lost my way. I should be profoundly grateful if you would direct me toward Vyones. There should be a path not far from here; and I have been so stupid as to stray from it."

The words rang empty and hopeless in his own ears even as he uttered them; and the name that his strange host had given the Sieur du Malinbois was haunting his mind like the funereal accents of a knell; though he could not recall at that moment the macabre and spectral ideas which the name tended to evoke,

"Unfortunately, there are no paths from my chateau to Vyones," the stranger replied. "As for your rendezvous, it will be kept in another manner, at another place, than the one appointed. I must therefore insist that you accept my hospitality. Enter, I pray; but leave your hornbeam staff at the door. You will have no need of it any longer."

Gerard thought that he made a moue of distaste and aversion with his over-red lips as he spoke the last sentences; and that his eyes lingered on the staff with an obscure apprehensiveness. And the strange emphasis of his words and

demeanor served to awaken other phantasmal and macabre thoughts in Gerard's brain; though he could not formulate them fully till afterwards. And somehow he was prompted to retain the weapon, no matter how useless it might be against an enemy of spectral or diabolic nature. So he said:

"I must crave your indulgence if I retain the staff. I have made a vow to carry it with me, in my right hand or never beyond arm's reach, till I have slain two vipers."

"That is a queer vow," rejoined his host. "However, bring it with you if you like. It is of no matter to me if you choose to encumber yourself with a wooden stick,"

He turned abruptly, motioning Gerard to follow him. The troubadour obeyed unwillingly, with one rearward glance at the vacant heavens and the empty courtyard. He saw with no great surprise that a sudden and furtive darkness had closed in upon the chateau without moon or star, as if it had been merely waiting for him to enter before it descended. It was thick as the folds of a serecloth, it was airless and stifling like the gloom of a sepulcher that has been sealed for ages; and Gerard was aware of a veritable oppression, a corporeal and psychic difficulty in breathing, as he crossed the threshold.

He saw that cressets were now burning in the dim hall to which his host had admitted him; though he had not perceived the time and agency of their lighting. The illumination they afforded was singularly vague and indistinct, and the thronging shadows of the hall were unexplainably numerous, and moved with a mysterious disquiet; though the flames themselves were still as tapers that burn for the dead in a windless vault.

At the end of the passage, the Sieur du Malinbois flung open a heavy door of dark and somber wood. Beyond, in what was plainly the eating-room of the chateau, several people were seated about a long table by the light of cressets no less dreary and dismal than those in the hall. In the strange, uncertain glow, their faces were touched with a gloomy dubiety, with a lurid distortion; and it

seemed to Gerard that shadows hardly distinguishable from the figures were gathered around the board. But nevertheless he recognized the woman in emerald green who had vanished in so doubtful a fashion amid the pines when Gerard answered her call for succor. At one side, looking very pale and forlorn and frightened, was Fleurette Cochin. At the lower end reserved for retainers and inferiors, there sat the maid and the man-servant who had accompanied Fleurette to her rendezvous with Gerard.

The Sieur du Malinbois turned to the troubadour with a smile of sardonic amusement.

"I believe you have already met everyone assembled," he observed. "But you have not yet been formally presented to my wife, Agathe, who is presiding over the board. Agathe, I bring to you Gerard de l'Automne, a young troubadour of much note and merit."

The woman nodded slightly, without speaking, and pointed to a chair opposite Fleurette. Gerard seated himself, and the Sieur du Malinbois assumed according to feudal custom a place at the head of the table beside his wife.

Now, for the first time, Gerard noticed that there were servitors who came and went in the room, setting upon the table various wines and viands. The servitors were preternaturally swift and noiseless, and somehow it was very difficult to be sure of their precise features or their costumes. They seemed to walk in an adumbration of sinister insoluble twilight. But the troubadour was disturbed by a feeling that they resembled the swart demoniac ruffians who had disappeared together with the woman in green when he approached them.

The meal that ensued was a weird and funereal affair. A sense of insuperable constraint, of smothering horror and hideous oppression, was upon Gerard; and though he wanted to ask Fleurette a hundred questions, and also demand an explanation of sundry matters from his host and hostess, he was totally unable to frame the words or to utter them. He could only look at Fleurette, and read in her eyes a duplication of his own helpless bewilderment

and nightmare thralldom. Nothing was said by the Sieur du Malinbois and his lady, who were exchanging glances of a secret and baleful intelligence all through the meal; and Fleurette's maid and man-servant were obviously paralyzed by terror, like birds beneath the hypnotic gaze of deadly serpents.

The foods were rich and of strange savor; and the wines were fabulously old, and seemed to retain in their topaz or violet depths the unextinguished fire of buried centuries. But Gerard and Fleurette could barely touch them; and they saw that the Sieur du Malinbois and his lady did not eat or drink at all. The gloom of the chamber deepened; the servitors became more furtive and spectral in their movements; the stifling air was laden with unformulable menace, was constrained by the spell of a black and lethal necromancy. Above the aromas of the rare foods, the bouquets of the antique wines, there crept forth the choking mustiness of hidden vaults and embalmed centurial corruption, together with the ghostly spice of a strange perfume that seemed to emanate from the person of the chatelaine. And now Gerard was remembering many tales from the legendry of Averoigne, which he had heard and disregarded; was recalling the story of a Sieur du Malinbois and his lady, the last of the name and the most evil, who had been buried somewhere in this forest hundreds of years ago; and whose tomb was shunned by the peasantry, since they were said to continue their sorceries even in death. He wondered what influence had bedrugged his memory, that he had not recalled it wholly when he had first heard the name. And he was remembering other things and other stories, all of which confirmed his instinctive belief regarding the nature of the people into whose hands he had fallen. Also, he recalled a folklore superstition concerning the use to which a wooden stake can be put; and realized why the Sieur du Malinbois had shown a peculiar interest in the hornbeam staff. Gerard had laid the staff beside his chair when he sat down; and he was reassured to find that it had not vanished. Very quietly and unobtrusively, he placed his foot upon it.

The uncanny meal came to an end; and the host and his chatelaine arose.

"I shall now conduct you to your rooms," said the Sieur du Malinbois, including all of his guests in a dark, inscrutable glance.

"Each of you can have a separate chamber, if you so desire; or Fleurette Cochin and her maid Angelique can remain together; and the man-servant Raoul can sleep in the same room with Messire Gerard."

A preference for the latter procedure was voiced by Fleurette and the troubadour. The thought of unaccompanied solitude in that castle of timeless midnight and nameless mystery was abhorrent to an insupportable degree.

The four were now led to their respective chambers, on opposite sides of a hall whose length was but indeterminately revealed by the dismal lights. Fleurette and Gerard bade each other a dismayed and reluctant good-night beneath the constraining eye of their host. Their rendezvous was hardly the one which they had thought to keep; and both were overwhelmed by the supernatural situation amid whose dubious horrors and ineluctable sorceries they had somehow become involved. And no sooner had Gerard left Fleurette than he began to curse himself for a poltroon because he had not refused to part from her side; and he marvelled at the spell of drug-like involition that had bedrowsed all his faculties. It seemed that his will was not his own, but had been thrust down and throttled by an alien power.

The room assigned to Gerard and Raoul was furnished with a couch, and a great bed whose curtains were of antique fashion and fabric. It was lighted with tapers that had a funereal suggestion in their form, and which burned dully in an air that was stagnant with the mustiness of dead years.

"May you sleep soundly," said the Sieur du Malinbois. The smile that accompanied and followed the words was no less unpleasant than the oily and sepulchral tone in which they were uttered. The troubadour and the servant were conscious of profound relief when he went out and closed the leaden-clanging door. And their relief was hardly diminished even when they heard the click of a key in the lock.

Gerard was now inspecting the room; and he went to the one window, through whose small and deep-set panes he could see only the pressing darkness of a night that was veritably solid, as if the whole place were buried beneath the earth and were closed in by clinging mould. Then, with an access of unsmothered rage at his separation from Fleurette, he ran to the door and hurled himself against it, he beat upon it with his clenched fists, but in vain. Realizing his folly, and desisting at last, he turned to Raoul.

"Well, Raoul," he said, "what do you think of all this?" Raoul crossed himself before he answered; and his face had assumed the vizard of a mortal fear.

"I think, Messire," he finally replied, "that we have all been decoyed by a malefic sorcery; and that you, myself, the demoiselle Fleurette, and the maid Angelique, are all in deadly peril of both soul and body."

"That, also, is my thought," said Gerard. "And I believe it would be well that you and I should sleep only by turns; and that he who keeps vigil should retain in his hands my hornbeam staff, whose end I shall now sharpen with my dagger. I am sure that you know the manner in which it should be employed if there are any intruders; for if such should come, there would be no doubt as to their character and their intentions. We are in a castle which has no legitimate existence, as the guests of people who have been dead, or supposedly dead, for more than two hundred years. And such people, when they stir abroad, are prone to habits which I need not specify."

"Yes, Messire," Raoul shuddered; but he watched the sharpening of the staff with considerable interest. Gerard whittled the hard wood to a lance-like point, and hid the shavings carefully. He even carved the outline of a little cross near the middle of the staff, thinking that this might increase its efficacy or save it from molestation. Then, with the staff in his hand, he sat down upon the bed, where he could survey the litten room from between the curtains.

"You can sleep first, Raoul." He indicated the couch, which was near the door.

The two conversed in a fitful manner for some minutes. After hearing Raoul's tale of how Fleurette, Angelique, and himself had been led astray by the sobbing of a woman amid the pines, and had been unable to retrace their way, the troubadour changed the theme. And henceforth he spoke idly and of matters remote from his real preoccupations, to fight down his torturing concern for the safety of Fleurette. Suddenly he became aware that Raoul had ceased to reply; and saw that the servant had fallen asleep on the couch. At the same time an irresistible drowsiness surged upon Gerard himself in spite of all his volition, in spite of the eldritch terrors and forebodings that still murmured in his brain. He heard through his growing hebetude a whisper as of shadowy wings in the castle halls; he caught the sibilation of ominous voices, like those of familiars that respond to the summoning of wizards; and he seemed to hear, even in the vaults and towers and remote chambers, the tread of feet that were hurrying on malign and secret errands. But oblivion was around him like the meshes of a sable net; and it closed in relentlessly upon his troubled mind, and drowned the alarms of his agitated senses.

When Gerard awoke at length, the tapers had burned to their sockets; and a sad and sunless daylight was filtering through the window. The staff was still in his hand; and though his senses were still dull with the strange slumber that had drugged them, he felt that he was unharmed. But peering between the curtains, he saw that Raoul was lying mortally pale and lifeless on the couch, with the air and look of an exhausted moribund.

He crossed the room, and stooped above the servant. There was a small red wound on Raoul's neck; and his pulses were slow and feeble, like those of one who has lost a great amount of blood. His very appearance was withered and vein-drawn. And a phantom spice arose from the couch a lingering wraith of the perfume worn by the chatelaine Agathe.

Gerard succeeded at last in arousing the man; but Raoul was very weak and drowsy. He could remember nothing of what had happened during the night; and his horror was pitiful to behold when he realized the truth.

"It will be your turn next, Messire," he cried. "These vampires mean to hold us here amid their unhallowed necromancies till they have drained us of our last drop of blood. Their spells are like mandragora or the sleepy sirups of Cathay; and no man can keep awake in their despite."

Gerard was trying the door; and somewhat to his surprise he found it unlocked. The departing vampire had been careless, in the lethargy of her repletion. The castle was very still; and it seemed to Gerard that the animating spirit of evil was now quiescent; that the shadowy wings of horror and malignity, the feet that had sped on baleful errands, the summoning sorcerers, the responding familiars, were all lulled in a temporary slumber.

He opened the door, he tiptoed along the deserted hall, and knocked at the portal of the chamber allotted to Fleurette and her maid. Fleurette, fully dressed, answered his knock immediately; and he caught her in his arms without a word, searching her wan face with a tender anxiety. Over her shoulder he could see the maid Angelique, who was sitting listlessly on the bed with a mark on her white neck similar to the wound that had been suffered by Raoul. He knew, even before Fleurette began to speak, that the nocturnal experiences of the demoiselle and her maid had been identical with those of himself and the manservant.

While he tried to comfort Fleurette and reassure her, his thoughts were now busy with a rather curious problem. No one was abroad in the castle; and it was more than probable that the Sieur du Malinbois and his lady were both asleep after the nocturnal feast which they had undoubtedly enjoyed. Gerard pictured to himself the place and the fashion of their slumber; and he grew even more reflective as certain possibilities occurred to him.

"Be of good cheer, sweetheart," he said to Fleurette. "It is in my mind that we may soon escape from this abominable mesh of enchantments. But I must leave you for a little and speak again with Raoul, whose help I shall require in a certain matter."

He went back to his own chamber. The man-servant was sitting on the couch and was crossing himself feebly and muttering prayers with a faint, hollow voice.

"Raoul," said the troubadour a little sternly, "you must gather all your strength and come with me. Amid the gloomy walls that surround us, the somber ancient halls, the high towers and the heavy bastions, there is but one thing that veritably exists; and all the rest is a fabric of illusion. We must find the reality whereof I speak, and deal with it like true and valiant Christians. Come, we will now search the castle ere the lord and chatelaine shall awaken from their vampire lethargy."

He led the way along the devious corridors with a swiftness that betokened much forethought. He had reconstructed in his mind the hoary pile of battlements and turrets as he had seen them on the previous day; and he felt that the great donjon, being the center and stronghold of the edifice, might well be the place which he sought. With the sharpened staff in his hand, with Raoul lagging bloodlessly at his heels, he passed the doors of many secret rooms, the many windows that gave on the blindness of an inner court, and came at last to the lower story of the donjon-keep.

It was a large, bare room, entirely built of stone, and illumined only by narrow slits high up in the wall, that had been designed for the use of archers. The place was very dim; but Gerard could see the glimmering outlines of an object not ordinarily to be looked for in such a situation, that arose from the middle of the floor. It was a tomb of marble; and stepping nearer, he saw that it was strangely weather-worn and was blotched by lichens of grey and yellow, such as flourish only within access of the sun. The slab that covered it was doubly broad and massive, and would require the full strength of two men to lift.

Raoul was staring stupidly at the tomb. "What now, Messire?" he queried.

"You and I, Raoul, are about to intrude upon the bedchamber of our host and hostess."

At his direction, Raoul seized one end of the slab; and he himself took the other. With a mighty effort that strained their bones and sinews to the cracking-point, they sought to remove it; but the slab hardly stirred. At length, by grasping the same end in unison, they were able to tilt the slab; and it slid away and dropped to the floor with a thunderous crash. Within, there were two open coffins, one of which contained the Sieur Hugh du Malinbois and the other his lady Agathe. Both of them appeared to be slumbering peacefully as infants; a look of tranquil evil, of pacified malignity, was imprinted upon their features; and their lips were dyed with a fresher scarlet than before.

Without hesitation or delay, Gerard plunged the lance-like end of his staff into the bosom of the Sieur du Malinbois. The body crumbled as if it were wrought of ashes kneaded and painted to human semblance; and a slight odor as of age-old corruption arose to the nostrils of Gerard. Then the troubadour pierced in like manner the bosom of the chatelaine. And simultaneously with her dissolution, the walls and floor of the donjon seemed to dissolve like a sullen vapor, they rolled away on every side with a shock as of unheard thunder. With a sense of weird vertigo and confusion Gerard and Raoul saw that the whole chateau had vanished like the towers and battlements of a bygone storm; that the dead lake and its rotting shores no longer offered their malefical illusions to the eye. They were standing in a forest glade, in the full unshadowed light of the afternoon sun; and all that remained of the dismal castle was the lichen-mantled tomb that stood open beside them. Fleurette and her maid were a little distance away; and Gerard ran to the mercer's daughter and took her in his arms. She was dazed with wonderment, like one who emerges from the night-long labyrinth of an evil dream, and finds that all is well.

"I think, sweetheart," said Gerard, "that our next rendezvous will not be interrupted by the Sieur du Malinbois and his chatelaine."

But Fleurette was still bemused with wonder, and could only respond to his words with a kiss.

UNA CITA EN AVEROIGNE

CLARK ASHTON SMITH

GÉRARD de l'Automne meditaba pensando las rimas de una nueva balada en honor de Fleurette, mientras seguía el sendero, tapizado de hojas, que desde Vyones atravesaba los bosques de Averoigne. Teniendo en cuenta que estaba de camino para encontrarse con Fleurette, quien había prometido reunirse con él entre los robles y las hayas como cualquier chica campesina, Gérard avanzaba más deprisa que su balada. Su amor había llegado a ese estado en que, incluso para un trovador profesional, era más causa de distracción que de inspiración, y se encontraba de una manera recurrente en la meditación sobre felicidades que no eran las del verbo.

La hierba y los árboles habían adquirido el fresco barniz de un mes de mayo medieval; el suelo estaba decorado con pequeñas flores azules, blancas y amarillas, como un repujado tapiz, y había un arroyo lleno de guijarros que murmuraba junto al camino, y parecía como si las voces de las ondinas estuviesen hablando de una manera deliciosa bajo sus aguas. El aire, acunado por el sol, estaba cargado con una corriente de juventud y de aventura, y el anhelo que se desbordaba desde el corazón de Gérard parecía mezclarse místicamente con los bálsamos del bosque.

Gérard era un trovador cuyos escasos años y muchos vagabundeos le habían traído un cierto renombre. De acuerdo con la costumbre, había andado de corte en corte, de château en château. y él era ahora el invitado del conde de La Frênaie, cuyo elevado castillo dominaba la mitad del bosque circundante. Visitando un día la ciudad catedralicia de Vyones, de exquisito arcaísmo, que queda tan cerca del antiguo bosque de Averoigne, Gérard había visto a Fleurette, la hija de un próspero comerciante llamado Guillermo Cochin, y había quedado más sinceramente prendado de su rubia picardía de lo que podía esperarse de alguien que se había mostrado impresionable con tanta frecuencia. Había conseguido hacer que ella conociese sus sentimientos, y,

tras un mes de notas amorosas, serenatas y entrevistas a escondidas concertadas con la ayuda de una dueña complaciente, ella había concertado esta cita de enamorados en medio de los bosques durante una ausencia de su padre de Vyones. Acompañada por una doncella y un sirviente, ella partiría de la ciudad al caer la tarde para reunirse con Gérard bajo cierta haya de tamaño y antigüedad enormes. Entonces los sirvientes se retirarían discretamente, y los amantes, para todos los efectos e intenciones, estarían solos. No era probable que fuesen vistos o interrumpidos; porque el retorcido bosque, de antigüedad inmemorial, tenía mala reputación entre los campesinos.

En algún lugar de estas forestas estaba el château maldito y funesto de Faussesflammes; y además había una tumba doble, dentro de la cual el Sieur Hugh de Malinbois y su castellana, quienes habían sido famosos por brujería en sus tiempos, habían yacido sin consagrar durante más de doscientos años. Sobre éstos y sobre sus fantasmas, se contaban historias horribles, y había relatos de loup—garous y duendes, sobre las hadas y los demonios y los vampiros que infestaban Averoigne. Pero Gérard había prestado escasa atención a estos cuentos, considerando improbable que criaturas semejantes se moviesen por el exterior bajo la plena luz del día. La alocada Fleurette había declarado ser igualmente intrépida, pero fue necesario prometer a los lacayos una sustanciosa *pourboire*, dado que compartían completamente las supersticiones del lugar.

Gérard se había olvidado por completo de las leyendas de Averoigne, mientras se apresuraba por el sendero salpicado de sol. Se estaba acercando al haya acordada, que un recodo en el camino debería dejar al descubierto enseguida, y su pulso se aceleró y se volvió tembloroso, al preguntarse si Fleurette ya habría llegado al lugar de la cita. Él abandonó todos sus esfuerzos para continuar con su balada, que, en los cuatro kilómetros y medio que había andado desde que salió de La Frênaie, no había progresado más allá de la mitad de una primera estrofa de ensayo.

Sus pensamientos eran los que correspondían a un amante ardiente e impaciente. De pronto, fueron interrumpidos por un agudo grito que se elevaba a un tono insoportable de horror y miedo, surgiendo de la verde tranquilidad de los pinos a la vera del camino. Sorprendido, miró a través del denso ramaje y, mientras el grito se desvanecía hasta el silencio, escuchó el sonido de pisadas

apagadas corriendo, y la refriega como de varios cuerpos. De nuevo, el grito se levantó. Era claramente la voz de una mujer en algún grave peligro. Aflojando su daga de su funda y agarrando con más firmeza el largo bastón de carpe que había traído consigo como protección ante las víboras que se decía que habitaban en Averaigne, se arrojó, sin planearlo ni dudarlo, a través de los ramajes bajos desde los cuales la voz había parecido surgir.

En un pequeño claro más allá de los árboles, vio a una mujer que estaba forcejeando contra tres rufianes de aspecto excepcionalmente malvado y brutal. Incluso en medio de la prisa y vehemencia del momento, Gérard se dio cuenta de que nunca había visto hombres o mujer semejantes. La mujer llevaba un vestido de color verde esmeralda que hacía juego con sus ojos; su rostro tenía la palidez de las cosas muertas junto a una belleza propia de un hada, y sus labios tenían el color escarlata de la sangre que comenzaba a manar. Los hombres eran morenos como moros, y sus ojos eran rojas ranuras de llamas bajo cejas oblicuas con pelo como de animal. Había algo muy raro en la forma de sus pies, pero Gérard no se dio cuenta de la naturaleza exacta de su rareza hasta mucho más tarde. Entonces recordó que todos ellos parecían ser cojos, aunque eran capaces de moverse con una agilidad sorprendente. De alguna manera, después nunca fue capaz de recordar cuál era la ropa que tenían puesta.

La mujer le dirigió a Gérard una mirada suplicante cuando él saltó de entre el ramaje. Los hombres, sin embargo, no parecieron notar su llegada, aunque uno de ellos sujetó en un abrazo peludo las manos que la mujer pretendía extender a su salvador.

Levantando el bastón, Gérard se arrojó contra los rufianes. Propinó un golpe tremendo a la cabeza del más próximo..., un golpe que debería haberle arrojado por los suelos al individuo. Pero el bastón descendió sobre aire que no ofrecía resistencia, y Gérard se tambaleó y casi cayó de bruces intentando recuperar el equilibrio. Atontado y sin comprender, notó que el grupo de figuras enfrentadas se había desvanecido por completo. Al menos, los tres hombres se habían desvanecido, porque, desde las ramas intermedias de un alto pino, más allá del claro, las facciones, blancas como la muerte, de la mujer le sonrieron durante un momento con una astucia tenue, inescrutable, mientras se derretían entre las agujas.

Gérard comprendió entonces y tuvo un escalofrío mientras se persignaba. Había sido engañado por fantasmas o demonios, sin duda para ningún propósito bueno, siendo el objeto de un hechizo sospechoso. Claramente, había algo detrás de las leyendas que había escuchado después de todo, en el mal nombre del bosque de Averouigne.

Retrocedió sobre sus pasos hasta el sendero que había estado siguiendo. Pero, cuando pensó que alcanzaría de nuevo el punto desde el cual había escuchado ese agudo grito ultraterrenal, noto que ya no existía un sendero, ni tampoco, en verdad, rasgo alguno del bosque que pudiese reconocer o recordar. El follaje alrededor suyo ya no mostraba un brillante verdor: era triste y funerario, y los propios árboles parecían cipreses afectados por el otoño y la enfermedad. En lugar del arroyo cantarín, había frente a él un lago pequeño con aguas tan apagadas y oscuras como sangre que se coagula, y que no ofrecían reflejo alguno del ramaje marrón otoñal que colgaba sobre éste como el pelo de los suicidas, o a modo de esqueletos en descomposición que se retorcían allí arriba.

Entonces, más allá de toda duda, Gérard supo que era la víctima de un embrujo malvado. Al contestar la engañosa llamada de socorro, él se había expuesto a sí mismo a ese hechizo, y había sido atraído dentro de su círculo de poder. No podía suponer qué fuerzas, mágicas o demoniacas, habían deseado atraerle de esta manera, pero sabía que su situación estaba cargada de amenazas sobrenaturales. Sujetó más firmemente entre sus manos el bastón de carpe, y rezó a todos los santos que pudo recordar, mientras escudriñaba a su alrededor en busca de una presencia tangible del peligro.

El paisaje era completamente desolado y sin vida, como un lugar donde los cadáveres podrían tener una cita amorosa con demonios. Nada se movía, ni siquiera una hoja seca, y no sonaba un susurro sobre las secas hojas, ni el follaje, ni el canto de los pájaros ni el zumbido de las abejas, ni el suspiro ni la risa de las aguas. Los cielos sobre él, grises como un cadáver, parecía que nunca hubiesen contenido un sol, y la fría e inmutable luz no tenía ni fuente ni destino, ni rayos ni sombras.

Gérard examinó su entorno con ojo cauteloso y, cuanto más lo miraba, menos le gustaba, porque un nuevo detalle desagradable se hacía evidente cada vez que miraba. Había luces moviéndose en el bosque que se

desvanecían si las miraba fijamente; rostros de ahogados en el lago que subían y bajaban como burbujas antes de que pudiese distinguir sus facciones. Y, mirando a través del lago, se preguntó por qué no se había fijado en el castillo de piedra tosca, con muchas torres, cuyas murallas más próximas se asentaban en las aguas muertas. Era tan vasto, gris y tranquilo, que parecía haberse levantado durante lustros entre el lago estancado y los cielos igualmente estancados. Era más antiguo que el mundo, más viejo que la luz; era coetáneo del miedo y la oscuridad, y en él habitaba un horror que se arrastraba, invisible pero palpable, a lo largo de sus bastiones.

No había señal de vida en el castillo, y no ondeaban banderas sobre sus torreones o sobre su alcázar principal. Pero Gérard, con tanta seguridad como si una voz hubiese hablado en voz alta para advertirle, supo que ahí estaba la fuente de la hechicería por medio de la cual había sido engañado. Un pánico creciente susurraba en su cerebro. Le parecía escuchar el roce de plumas malignas, el susurro de amenazas y conspiraciones demoniacas. Se dio la vuelta y escapó entre los fúnebres árboles.

Entre su desesperación y su pasmo, incluso mientras huía, pensó en Fleurette y se preguntó si le estaría esperando en el lugar de la cita, o si ella y sus acompañantes habían sido atraídos y descarriados hasta este lugar de ilusiones malditas. Renovó sus oraciones, e imploró a los santos por su seguridad, además de por la propia.

El bosque a través del que corría era un laberinto de confusión y extrañeza. No había mojones, no había señales de animales o de hombres, y los apretados cipreses y los tristes árboles otoñales se volvieron más densos. Como si, obedeciendo a una voluntad malvada, se estuviesen juntando para frenar su avance. Las ramas eran como brazos implacables que pretendían frenarle; podría haber jurado que notaba cómo se retorcían en torno a él con la fuerza y la flexibilidad de seres vivientes. Luchó contra ellas, locamente, desesperadamente, y le pareció escuchar el crujido de una risa infernal entre las ramas mientras luchaba. Por fin, con un suspiro de alivio, se abrió paso hasta una especie de sendero. A lo largo de este sendero, con la esperanza loca de una eventual fuga, corrió como alguien a quien persigue el diablo; y, después de un breve intervalo, llegó de nuevo a las orillas del pequeño lago, cuyas aguas inmóviles eran todavía dominadas por los altos y toscos torreones

del castillo olvidado por el tiempo. De nuevo, dio la vuelta y escapó, y, tras similares vagabundeos y esfuerzos, volvió al inevitable lago.

Con el corazón pesadamente abatido, como en un definitivo pantano de desesperación y terror, se resignó y no hizo nuevos intentos de escapar. Su misma voluntad estaba atontada, aplastada como por la intervención de otra superior que no estaba dispuesta a seguir tolerando su patética obstinación. Fue incapaz de resistir cuando una compulsión, fuerte y odiosa, condujo sus pasos a lo largo de los márgenes del lago en dirección al descollante castillo. Cuando se acercó más, vio que el edificio estaba rodeado por un foso cuyas aguas estaban tan estancadas como las del lago, y cubiertas con la porquería iridiscente de la corrupción. El puente levadizo estaba bajado y las puertas abiertas, como para recibir a un invitado inesperado. Pero todavía no había signos de ocupación humana, y los muros del gran edificio gris estaban tan silenciosos como los de un sepulcro. Y el cuadrado y elevado calabozo tenía todavía más aspecto de tumba que el resto.

Impulsado por el mismo poder que le había conducido a través de los márgenes del lago, Gérard atravesó el puente y cruzó bajo la ceñuda barbacana hasta el vacío patio. Ventanas cerradas miraban abajo sin adornos, y, en el extremo opuesto del patio, una puerta estaba misteriosamente abierta, mostrando un oscuro salón. Mientras se acercaba al umbral, vio que un hombre estaba de pie en la entrada, aunque un momento antes habría jurado que no estaba ocupado por forma visible alguna.

Gérard había conservado su bastón de carpe, y, aunque su razón le indicaba que un arma semejante era inútil ante un enemigo sobrenatural, algún oscuro instinto le instaba a sujetarlo con valentía mientras se acercaba a la figura que le aguardaba en el umbral de la puerta.

El hombre era desusadamente alto y de aspecto cadavérico, y estaba vestido con prendas negras de una moda anticuada. Entre su barba azulada y la palidez mortuoria de su rostro, sus labios eran extrañamente rojos, semejantes a los de la mujer que, junto a sus asaltantes, había desaparecido de una manera tan sospechosa cuando Gérard se había aproximado a ellos. Sus ojos eran pálidos y luminosos como luces de pantano, y Gérard tembló ante su mirada y la fría e irónica sonrisa escarlata, que parecía esconder un

mundo de secretos, todos demasiado horribles y asquerosos como para ser revelados.

—Soy el Sieur du Malinbois —anunció el hombre. Sus tonos eran, a un tiempo, zalameros y huecos, y sirvieron para aumentar la repugnancia que sentía el joven trovador. Y, cuando sus labios se abrieron, Gérard tuvo un vislumbre de dientes que eran antinaturales por lo pequeños y afilados, como los de alguna fiera salvaje.

—La fortuna ha deseado que fueses mi huésped —continuó el hombre—. La hospitalidad que puedo ofrecer es tosca e inadecuada, y puede ser que encontréis mi morada un tanto triste. Pero, al menos, puedo aseguraros que os ofrezco una bienvenida que no es menos dispuesta que sincera.

—Os agradezco vuestra amable oferta —dijo Gérard—. Pero tengo una cita con una amiga, y parece que, de una manera inexplicable, he perdido mi camino. Os quedaría profundamente agradecido si pudieseis orientarme hacia Vyones. Debería haber un sendero no lejos de aquí, y he sido tan estúpido apartándome de él.

Las palabras sonaron huecas y sin esperanza en sus propios oídos mientras las pronunciaba, y el nombre que su extraño anfitrión había dado —el Sieur du Malinbois— estaba resonando en su cabeza como los sonidos funerales de un toque de difuntos, aunque no conseguía recordar en este momento cuáles eran las ideas macabras y espectrales que ese nombre tendía a evocar.

—Desgraciadamente, no existen caminos desde mi château a Vyones —replicó el desconocido—. Y, respecto a su cita, se cumplirá de otra manera, en otro lugar no pactado. Debo, por tanto, insistir en que acepte mi hospitalidad. Entre, se lo ruego, pero deje su bastón de carpe en la entrada. Ya no lo necesitará más.

Gérard pensó que hacía un mohín de disgusto y asco con sus labios excesivamente rojos mientras pronunciaba las últimas frases, y que sus ojos se demoraban en el bastón de carpe con un oscuro miedo. Y el extraño énfasis de sus palabras y su conducta sirvió para despertar en la mente de Gérard pensamientos macabros y fantasmales, aunque no pudo formularlos por completo hasta más tarde. Y, de alguna manera, se sintió impulsado a conservar su arma, sin importarle lo inútil que fuese frente a un enemigo de naturaleza demoniaca o espectral. Así que dijo:

—Debo rogar vuestra indulgencia si conservo el bastón. He hecho una promesa de llevarlo conmigo, en mi mano derecha o nunca más allá del alcance de mi mano hasta que haya dado muerte a dos víboras.

—Es una extraña promesa —replicó su anfitrión—. Sin embargo, tenedlo con vos si os place. No es asunto mío si elegís embarazaros con un palo de madera.

Se dio la vuelta abruptamente, indicando a Gérard que le siguiese. A desgana, el trovador le obedeció, con un vistazo a los cielos desiertos y el patio vacío a sus espaldas. Vio, sin gran sorpresa, que una repentina y furtiva oscuridad había caído sobre el château, sin luna ni estrellas, como si tan sólo hubiese estado esperando para descender a que él entrase. Era tan densa como los pliegues de un sudario. Era tan falta de ventilación y asfixiante como la oscuridad de una tumba que hubiese estado cerrada durante siglos, y Gérard fue consciente de una verdadera opresión, una dificultad corporal y mental para respirar, mientras cruzaba el umbral.

Vio ahora que las antorchas estaban ardiendo en el oscuro salón al que su anfitrión le había conducido, aunque no había notado ni el momento ni el agente de su encendido. La iluminación que proporcionaban era singularmente vaga e indistinta, y las sombras que se amontonaban en el salón eran inexplicablemente numerosas, y se movían con misteriosa intranquilidad, aunque las propias llamas estaban tan inmóviles como los cirios que arden para los muertos en una cripta sin viento.

Al final del pasaje, el Sieur du Malinbois abrió de golpe una pesada puerta de madera oscura y sombría. Más allá, se encontraba claramente el comedor del château, en el cual había varias personas sentadas junto a una larga mesa a la luz de unas antorchas no menos tristes y siniestras que las de la entrada.

Bajo el extraño, incierto brillo, sus rostros parecían señalados por una oscura sospecha, por una vívida distorsión; y le pareció a Gérard que sombras que apenas se podían distinguir de las figuras estaban agrupadas en torno a la mesa. Pero, sin embargo, reconoció a la mujer vestida de verde esmeralda que había desaparecido de manera sospechosa entre los pinos cuando Gérard había respondido a su llamada de socorro. A un lado, con un aspecto muy pálido, desdichado y asustado, estaba Fleurette Cochin. En la parte inferior,

reservada para los sirvientes y criados, estaban la doncella y el lacayo que habían acompañado a Fleurette a su cita con Gérard.

El Sieur du Malinbois se volvió hacia Gérard con una sonrisa que expresaba sardónica diversión.

—Creo que has sido ya presentado a todos los que se sientan a esta mesa —observó—. Pero no has sido formalmente presentado a mi esposa, Agathe, quien la preside. Agathe, te traigo a Gérard de l'Automne, un joven trovador de mucha fama y mérito.

La mujer inclinó la cabeza ligeramente, sin hablar, y señaló una silla enfrente de Fleurette. Gérard se sentó, y el Sieur du Malinbois tomó, de acuerdo con la costumbre feudal, asiento en la cabecera de la mesa al lado de su esposa. Por primera vez, había sirvientes que entraban y salían del cuarto, colocando sobre la mesa distintos vinos y viandas. Los servidores eran sobrenaturalmente veloces e insonoros, y de alguna manera resultaba difícil darse cuenta de cuáles eran sus rasgos concretos o sus ropas. Parecían andar en una sombra de un siniestro e indisoluble crepúsculo. Pero el trovador se sentía molesto por la idea de que se parecían a los rufianes peludos que habían desaparecido junto a la mujer de verde al acercarse a ellos.

La cena que siguió fue algo extraño y fúnebre. Una sensación de insuperable sofoco, horror asfixiante y temible opresión, recaía sobre Gérard, y, aunque deseaba hacer a Fleurette cien preguntas, y además exigir una explicación sobre varios puntos a su anfitrión y anfitriona, fue totalmente incapaz de encontrar las palabras o de pronunciarlas. Tan sólo podía mirar a Fleurette, y leer en sus ojos un reflejo de su propio asombro impotente y una mansedumbre de pesadilla. Nada dijeron el Sieur du Malinbois y su dama, quienes intercambiaron miradas de una siniestra y secreta complicidad durante la cena, y la sirvienta y el lacayo de Fleurette estaban evidentemente paralizados por el terror, como pájaros bajo la mirada hipnótica de dos mortíferas serpientes.

Los platos eran ricos y de extraño sabor; y los vinos, de una fabulosa antigüedad, parecían retener, en sus profundidades de topacio o violeta, un fuego de siglos que no se había apagado. Pero Gérard y Fleurette apenas podían probarlos; y vieron cómo el Sieur du Malinbois y su dama no comían ni bebían en absoluto. La oscuridad del cuarto se hizo más profunda; los

servidores se convirtieron en más furtivos y espectrales en sus movimientos; el aire asfixiante estaba cargado con una amenaza in formulable, constreñido por el embrujo de una negra y letal nigromancia. Sobre los aromas de las raras comidas, los bouquets de los antiguos vinos, se arrastraba la mohosidad sofocante de ocultas criptas y la corrupción embalsamada de siglos, junto con la fantasmal especia de un extraño perfume que parecía emanar de la persona de la chatelaine. Gérard recordaba muchas de las historias de entre las leyendas de Averaigne, que había escuchado y de las que había hecho caso omiso; estaba recordando la leyenda del Sieur du Malinbois y su dama, el último de su apellido y el más malvado, quien había sido enterrado en algún lugar del bosque hacía cientos de años y cuya tumba era evitada por los campesinos, ya que se decía que continuaba con sus brujerías incluso después de la muerte. Se preguntó qué influencia había atontado su memoria, para que no las hubiese recordado por completo cuando escuchó el nombre por primera vez. Y estaba recordando otras cosas y otras historias, todas las cuales confirmaban su creencia instintiva respecto a la naturaleza de la gente en cuyas manos había caído. Además, recordó una superstición del folklore respecto a uno de los usos que cabía dar a una estaca de madera; y se dio cuenta de por qué el Sieur du Malinbois había mostrado un interés peculiar por el bastón de madera de carpe. Gérard lo había colocado junto a su silla cuando se sentó, y se quedó aliviado al comprobar que no había desaparecido. Muy discretamente y con tranquilidad, colocó un pie sobre él.

La sorprendente cena llegó a su fin, y su anfitrión y la chatelaine se levantaron.

—Les conduciré ahora a sus cuartos —dijo el Sieur du Malinbois, incluyendo a todos sus invitados bajo una oscura, inescrutable, mirada.

—Cada uno de ustedes puede disfrutar de una habitación separada, si así lo desea, o Fleurette Cochin y su doncella Angélique pueden permanecer juntas, y el lacayo Raoul puede dormir en el mismo cuarto con Messire Gérard.

Una preferencia por el último arreglo fue expresada por Fleurette y el trovador. La idea de una soledad sin compañía en ese castillo de in nombrable misterio y medianoche intemporal era repugnante en un grado insoportable.

Los cuatro fueron conducidos entonces a sus respectivas habitaciones, en los lados opuestos de un salón cuya longitud era mostrada sólo

indeterminadamente por las débiles luces. Fleurette y Gérard se dieron el uno al otro unas tristes y desganadas buenas noches, bajo la mirada de su anfitrión, que les coartaba. Su cita era difícilmente aquella que habían deseado tener, y los dos estaban impresionados por la situación sobrenatural, con cuyos sospechosos horrores e inevitables brujerías se habían visto envueltos de alguna manera. Y, tan pronto como Gérard se hubo apartado de Fleurette, comenzó a maldecirse a sí mismo como un pusilánime por no haberse negado a separarse de ella, y se asombró ante el hechizo de involuntariedad, semejante a una droga, que parecía haber adormecido todas sus facultades. Parecía que su mente no le perteneciese, sino que había sido empujada y aplastada por un poder extraño.

El cuarto asignado a Gérard y a Raoul estaba amueblado con una cama de cortinas anticuadas en su moda y en su tejido, e iluminado con velas que sugerían un funeral por su forma, y que ardían apagadamente en un aire que estaba estancado con la mohosidad de años muertos.

—Ojalá durmáis profundamente —dijo el Sieur du Malinbois. La sonrisa que acompañó y siguió a estas palabras fue no menos desagradable que el tono, aceitoso y sepulcral, en que fueron pronunciadas. El trovador y el sirviente fueron conscientes de un profundo desahogo cuando se marchó, cerrando la puerta con un sonido metálico de plomo. Y su alivio apenas se vio disminuido cuando escucharon el chasquido de una llave en la cerradura.

Entonces, Gérard inspeccionó el cuarto, y se dirigió a una de las ventanas, a través de cuyos pequeños y profundos paneles sólo podía ver la oscuridad apremiante de la noche, que era verdaderamente sólida, como si todo el lugar estuviese enterrado y rodeado por la tierra que se pegaba. Entonces, en un ataque de cólera incontrolable ante su separación de Fleurette, corrió a la puerta y se arrojó contra ella, la golpeó con sus puños cerrados, pero en vano. Dándose cuenta de su tontería, y desistiendo al fin, se volvió a Raoul.

—Bien, Raoul —le dijo—. ¿Qué piensas de todo esto?

Raoul se santiguó antes de contestar, y su rostro tenía una expresión de miedo mortal.

—Creo, Messire —replicó por fin—, que todos hemos sido apartados de nuestro camino por hechicería maléfica, y que usted, yo mismo, la Demoiselle

Fleurette y la doncella Angélique, todos estamos en un peligro mortal de cuerpo y alma.

—Ésa es también mi opinión —dijo Gérard—. Y creo que estaría bien que tú y yo durmiésemos sólo por turnos, y que quien mantenga la vigilia sujete entre sus manos mi bastón de carpe, cuyo extremo afilaré ahora con mi daga. Estoy seguro de que conoces la manera en que debe emplearse si hubiese intrusos, porque, si alguno llegase, no habría duda sobre su naturaleza e intenciones. Estamos en un castillo que no tiene existencia legítima, como invitados de personas que llevan muertas, o supuestamente muertas, más de doscientos años. Y personas semejantes, cuando salen al exterior, son pro pensas a costumbres que no necesito especificar.

—Sí, Messire —Raoul tembló, pero miró el afilamiento del bastón con considerable interés. Gérard talló la dura madera en una punta como de lanza, y ocultó con cuidado las virutas. Incluso labró la silueta de una pequeña cruz cerca de la mitad del bastón, pensando que esto podría aumentar su eficacia o protegerlo de daño. Entonces, con el bastón en sus manos, se sentó sobre la cama, desde donde podía vigilar el pequeño cuarto a través de las cortinas.

—Puedes dormir primero, Raoul —dijo, indicando la cama que estaba cerca de la puerta.

Los dos conversaron inciertos durante unos minutos. Después de escuchar la historia de Raoul sobre cómo Fleurette, Angélique y él mismo habían sido desviados de su camino por los lloros de una mujer entre los pinos y después habían sido incapaces de volver sobre sus pasos, cambió de tema. Y a partir de entonces habló plácidamente sobre asuntos que eran remotos de sus verdaderas preocupaciones, para luchar con su preocupación por la seguridad de Fleurette, que le torturaba. De repente, se dio cuenta de que Raoul había dejado de contestarle, y vio que el lacayo se había quedado dormido sobre el sofá. En el mismo momento, una irresistible somnolencia cayó sobre el propio Gérard, a pesar de toda su voluntad, a pesar de los terrores sobrenaturales y los presentimientos que todavía murmuraban en su cerebro. Escuchó, a través de su creciente sopor, el susurro de sombrías alas en los salones del castillo, captó el silbido de voces ominosas, como las de demonios familiares que respondiesen a la invocación de brujos, y le parecía escuchar, hasta en las criptas, las torres y las cámaras remotas, la pisada de pies que se estaban

apresurando para cumplir secretos y malignos recados. Pero el olvido le rodeaba como las mallas de una red de arena, y se cerró sin tregua sobre su mente inquieta, y ahogó las preocupaciones de sus agitados sentidos.

Cuando Gérard se despertó al fin, las velas habían ardido hasta sus bases, y una luz del día triste y sin sol se estaba filtrando a través de la ventana. El bastón estaba todavía en su mano, y, aunque sus sentidos estaban aún torpes a causa del extraño sopor que los había drogado, sintió que no había sufrido daño. Pero, mirando por las cortinas, vio que Raoul estaba tumbado sobre el sofá mortalmente pálido y sin vida, con el aire y la expresión de un moribundo exhausto.

Atravesó el cuarto y se inclinó sobre el lacayo. Había una pequeña herida roja en el cuello de Raoul; su pulso era lento y débil, como los de alguien que hubiese perdido una gran cantidad de sangre. Su mismo aspecto era marchito y se le marcaban las venas. Y una especia fantasmal surgía del sofá..., un resto del perfume que llevaba la chatelaine Agathe.

Gérard consiguió por fin levantar al hombre, pero Raoul estaba muy débil y somnoliento. No podía recordar nada de lo que había sucedido durante la noche. Y su horror fue patético de contemplar cuando se dio cuenta de la verdad.

—Usted será el próximo, Messire —lloró—. Estos vampiros tienen la intención de retenernos entre sus brujerías malditas hasta que nos hayan exprimido la última gota de sangre. Sus hechizos son como la mandrágora o como los dulces del sueño de Cathay; y ningún hombre puede permanecer despierto contra su voluntad.

Gérard estaba tanteando la puerta y, para su sorpresa, la encontró sin cerrar. El vampiro, al marcharse, había sido descuidado a causa del letargo de su saciedad. El castillo estaba muy tranquilo; le pareció a Gérard que el espíritu del mal que lo animaba estaba ahora tranquilo; que las alas sombrías de horror y malignidad, los pies que corrían en siniestros encargos, los brujos invocantes, los demonios familiares que contestaban, todos se habían adormecido en un temporal reposo.

Abrió la puerta, anduvo de puntillas a lo largo del salón desierto, y golpeó la puerta de la cámara asignada a Fleurette y a su doncella. Fleurette,

completamente vestida, contestó a sus golpes inmediatamente, y la tomó entre sus brazos sin mediar palabra, escudriñando su pálida cara con tierna ansiedad. Por encima del hombro, podía ver a Angélique, la doncella, que estaba sentada rígida sobre la cama con una marca sobre su pálido cuello parecida a la herida que había sido infligida a Raoul. Supo, incluso antes de que Fleurette comenzase a hablar, que la experiencia nocturna de la demoiselle y de su doncella había sido idéntica a la suya y del lacayo.

Mientras intentaba calmar a Fleurette y darle ánimos, sus pensamientos estaban ocupados con un problema bastante curioso. Nadie estaba fuera en el castillo, y era más que probable que el Sieur du Malinbois y su dama estuviesen ambos dormidos después del festín nocturno del que sin duda habían disfrutado.

Gérard se imaginó el lugar y la manera de su reposo, y se volvió incluso más reflexivo cuando se le ocurrieron ciertas posibilidades.

—Ten ánimo, corazón mío —le dijo a Fleurette—. Se me ocurre que pronto escaparemos de esta abominable red de hechizos. Pero debo dejarte un rato y hablar con Raoul, cuya ayuda necesitaré para cierto asunto.

Volvió a su propio cuarto. El sirviente estaba sentado en la cama, haciendo la señal de la cruz débilmente y murmurando plegarias con una voz débil y hueca.

—Raoul —dijo el trovador con un poco de firmeza—, tenéis que reunir todas vuestras fuerzas y acompañarme. Entre los tristes muros que nos rodean, los sombríos salones, las altas torres y las pesadas murallas, sólo hay una cosa que tenga una existencia verdadera, y todo el resto no es sino un tejido de ilusión. Debemos encontrar esta realidad a la que me refiero, y tratar con ella como verdaderos y valientes cristianos. Venid, ahora registraremos el castillo antes de que el señor y la chatelaine despierten de su letargo de vampiros.

Se abrió camino a través de retorcidos corredores con una velocidad que indicaba muchos planes anteriores. Él había reconstruido en su mente la tosca pila de bastiones y torretas tal y como las había visto el día anterior, y pensaba que el gran calabozo, siendo el centro y punto fuerte del edificio, podría ser el lugar que buscaba. Con el bastón afilado en sus manos, y Raoul arrastrándose, desangrado, a sus talones, atravesó las puertas de muchos cuartos secretos,

la multitud de ventanas que daban al patio desierto, y llegó por fin al piso inferior del calabozo—fortaleza.

Era un cuarto grande, sin mobiliario, construido por entero con piedra, e iluminado tan sólo por delgadas hendiduras que estaban altas en la pared, diseñadas para ser utilizadas por arqueros. El lugar se hallaba muy oscuro, pero Gérard podía ver los contornos fosforescentes de un objeto que, de ordinario, no buscaría en una situación semejante, levantado en mitad del suelo. Era una tumba de mármol, y, acercándose más, vio que estaba extrañamente desgastada por las inclemencias del tiempo y manchada con líquenes grises y amarillos, como solamente florecen donde da el sol. La losa que la cubría era de tamaño y anchura dobles, y haría falta la fuerza completa de los dos hombres para levantarla.

Raoul se había quedado mirando estúpidamente la tumba.

—¿Ahora qué, Messire? —preguntó.

—Tú y yo, Raoul, vamos a introducirnos en el dormitorio de nuestros anfitriones.

Siguiendo su orden, Raoul tomó uno de los extremos de la losa, y él mismo tomó el otro. Con un gran esfuerzo que dejó sus huesos y músculos a punto de romperse, intentaron moverla, pero la losa apenas se arrastraba. Por fin, sujetando la misma esquina al unísono, fueron capaces de inclinar la losa, y ésta se deslizó al suelo y cayó con un sonoro estrépito como de trueno. Dentro había dos ataúdes abiertos, uno de los cuales contenía al Sieur Hugh du Malinbois, y el otro, a su dama Agathe. Ambos parecían estar durmiendo pacíficamente igual que bebés; una mirada de maldad tranquila, de malignidad pacificada, estaba marcada sobre sus facciones; y sus labios estaban teñidos todavía más rojos que antes.

Sin vacilación o retraso, Gérard hundió el extremo de su bastón, parecido a una lanza, en el seno del Sieur du Malinbois. El cuerpo se deshizo como si estuviese hecho de cenizas amasadas y pintadas para darles una semblanza de humanidad, y un leve olor, como de una corrupción antigua, se elevó hasta las fosas nasales de Gérard. Entonces, el trovador atravesó de igual manera el seno de la chatelaine. Y, simultáneamente con su disolución, las murallas y las paredes del calabozo parecieron disolverse en un adusto vapor, y se apartaron a cada lado con un choque como de un trueno no escuchado. Con una

sensación de extraño vértigo y confusión, Gérard y Raoul vieron que el château entero se había desvanecido como las torres y las murallas de una tormenta que ha pasado, y el lago muerto y sus orillas en putrefacción no ofrecían ya su maléfica ilusión a la vista. Estaban de pie en un claro del bosque, a la plena luz sin sombras del sol del mediodía, y todo lo que quedaba del lúgubre castillo era la tumba abierta, forrada de líquenes, que se encontraba junto a ellos. Fleurette y su doncella estaban a una corta distancia, y Gérard corrió hacia la hija del mercader y la tomó entre sus brazos. Ella estaba atontada por el asombro, como alguien que emerge del laberinto que ha durado la noche de un mal sueño, y descubre que todo está bien.

—Creo, corazón mío —dijo Gérard—, que nuestra próxima cita no se verá interrumpida por el Sieur du Malinbois y su chatelaine.

Pero Fleurette estaba todavía confundida con el prodigio, y sólo pudo contestar a sus palabras con un beso.

A Rendezvous In Averoine, IX—1930

(Weird Tales, V—31. Out Of Space And Time, VIII—42)

Trad. Arturo Villarubia

Los Mundos Perdidos (A Rendezvous In Averoine, 1988)

Icaro, 22

EDAF 1991

THE END OF THE STORY

CLARK ASHTON SMITH

The following narrative was found among the papers of Christophe Morand, a young law-student of Tours, after his unaccountable disappearance during a visit at his father's home near Moulins, in November, 1798:

A sinister brownish-purple autumn twilight, made premature by the imminence of a sudden thunderstorm, had filled the forest of Averoine. The trees along my road were already blurred to ebon masses, and the road itself, pale and spectral before me in the thickening gloom, seemed to waver and quiver slightly, as with the tremor of some mysterious earthquake. I spurred my horse, who was woefully tired with a journey begun at dawn, and had fallen hours ago to a protesting and reluctant trot, and we galloped adown the darkening road between enormous oaks that seemed to lean toward us with boughs like clutching fingers as we passed.

With dreadful rapidity, the night was upon us, the blackness became a tangible clinging veil; a nightmare confusion and desperation drove me to spur my mount again with a more cruel rigor; and now, as we went, the first far-off mutter of the storm mingled with the clatter of my horse's hoofs, and the first lightning flashes illumed our way, which, to my amazement (since I believed myself on the main highway through Averoine), had inexplicably narrowed to a well-trodden footpath. Feeling sure that I had gone astray, but not caring to retrace my steps in the teeth of darkness and the towering clouds of the tempest, I hurried on, hoping, as seemed reasonable, that a path so plainly worn would lead eventually to some house or chateau. where I could find refuge for the night. My hope was wellfounded, for within a few minutes I descried a glimmering light through the forest-boughs, and came suddenly to an open

glade, where, on a gentle eminence, a large building loomed, with several litten windows in the lower story, and a top that was well-nigh indistinguishable against the bulks of driven cloud.

'Doubtless a monastery,' I thought, as I drew rein, and descending from my exhausted mount, lifted the heavy brazen knocker in the form of a dog's head and let it fall on the oaken door. The sound was unexpectedly loud and sonorous, with a reverberation almost sepulchral, and I shivered involuntarily, with a sense of startlement, of unwonted dismay. This, a moment later, was wholly dissipated when the door was thrown open and a tall, ruddyfeatured monk stood before me in the cheerful glow of the cressets that illumed a capacious hallway.

'I bid you welcome to the abbey of Perigon,' he said, in a suave rumble, and even as he spoke, another robed and hooded figure appeared and took my horse in charge. As I murmured my thanks and acknowledgments, the storm broke and tremendous gusts of rain, accompanied by evernearning peals of thunder, drove with demoniac fury on the door that had closed behind me.

"It is fortunate that you found us when you did," observed my host. "Twere ill for man and beast to be abroad in such a hell-brew."

Divining without question that I was hungry as well as tired, he led me to the refectory and set before me a bountiful meal of mutton, brown bread, lentils aad a strong excellent red wine.

He sat opposite me at the refectory table while I ate, and, with my hunger a little mollified, I took occasion to scan him more attentively. He was both tall and stoutly built, and his features, where the brow was no less broad than the powerful jaw, betokened intellect as well as a love for good living. A certain delicacy and refinement, an air of scholarship, of good taste and good breeding, emanated from him, and I thought to myself: 'This monk is probably a connoisseur of books as well as of wines.' Doubtless my expression betrayed the quickening of my curiosity, for he said, as if in answer:

'I am Hilaire, the abbot of Perigon. We are a Benedictine order, who live in amity with God and with all men, and we do not hold that the spirit is to be enriched by the mortification or impoverishment of the body. We have in our butteries an abundance of wholesome fare, in our cellars the best and oldest vintages of the district of Averoigne. And, if such thiags interest you, as mayhap they do, we have a library that is stocked with rare tomes, with precious manuscripts, with the finest works of heathendom and Christendom, even to certain unique writings that survived the holocaust of Alexandria.'

'I appreciate your hospitality,' I said, bowing. 'I am Christophe Morand, a law-student, on my way home from Tours to my father's estate near Moulins. I, too, am a lover of books, and nothing would delight me more than the privilege of inspecting a library so rich and curious as the one whereof you speak.'

Forthwith, while I finished my meal, we fell to discussing the classics, and to quoting and capping passages from Latin, Greek or Christian authors. My host, I soon discovered, was a scholar of uncommon attainments, with an erudition, a ready familiarity with both ancient and modern literature that made my own seem as that of the merest beginner by comparison. He, on his part, was so good as to commend my far from perfect Latin, and by the time I had emptied my bottle of red wine we were chatting familiarly like old friends.

All my fatigue had now flown, to be succeeded by a rare sense of well-being, of physical comfort combined with mental alertness and keenness. So, when the abbot suggested that we pay a visit to the library, I assented with alacrity.

He led me down a long corridor, on each side of which were cells belonging to the brothers of the order, and unlocked, with a huge brazen key that depended from his girdle, the door of a great room with lofty ceiling and several deep-set windows. Truly, he had not exaggerated the resources of the library; for the long shelves were overcrowded with books, and many volumes were piled high on the tables or stacked in corners. There were rolls of papyrus, of parchment, of vellum; there were strange Byzantine or Coptic bibles; there were

old Arabic and Persian manuscripts with floriated or jewel-studded covers; there were scores of incunabula from the first printing-presses; there were innumerable monkish copies of antique authors, bound in wood or ivory, with rich illuminations and lettering that was often in itself a work of art.

With a care that was both loving and meticulous, the abbot Hilaire brought out volume after volume for my inspection. Many of them I had never seen before; some were unknown to me even by fame or rumor. My excited interest, my unfeigned enthusiasm, evidently pleased him, for at length he pressed a hidden spring in one of the library tables and drew out a long drawer, in which, he told me, were certain treasures that he did not care to bring forth for the edification or delectation of many, and whose very existence was undreamed of by the monks.

'Here,' he continued, 'are three odes by Catullus which you will not find in any published edition of his works. Here, also, is an original manuscript of Sappho — a complete copy of a poem otherwise extant only in brief fragments; here are two of the lost tales of Miletus, a letter of Perides to Aspasia, an unknown dialogue of Plato and an old Arabian work on astronomy, by some anonymous author, in which the theories of Copernicus are anticipated. And, lastly, here is the somewhat infamous *Histoire d'Amour*, by Bernard de Vaillantcoeur, which was destroyed immediately upon publication, and of which only one other copy is known to exist.'

As I gazed with mingled awe and curiosity on the unique, unheard-of treasures he displayed, I saw in one corner of the drawer what appeared to be a thin volume with plain untitled binding of dark leather. I ventured to pick it up, and found that it contained a few sheets of closely written manuscript in old French.

'And this?' I queried, turning to look at Hilaire, whose face, to my amazement, had suddenly assumed a melancholy and troubled expression.

'It were better not to ask, my son.' He crossed himself as he spoke, and his voice was no longer mellow, but harsh, agitated, full of a sorrowful perturbation. 'There is a curse on the pages that you hold in your hand: an evil spell, a malign power is attached to them, and he who would venture to peruse them is henceforward in dire peril both of body and soul.' He took the little volume from me as he spoke, and returned it to the drawer, again crossing himself carefully as he did so.

'But, father,' I dared to expostulate, 'how can such things be? How can there be danger in a few written sheets of parchment?'

'Christophe, there are things beyond your understanding, things that it were not well for you to know. The might of Satan is manifestable in devious modes, in diverse manners; there are other temptations than those of the world and the flesh, there are evils no less subtle than irresistible, there are hidden heresies, and necromancies other than those which sorcerers practise.'

'With what, then, are these pages concerned, that such occult peril, such unholy power lurks within them?'

'I forbid you to ask.' His tone was one of great rigor, with a finality that dissuaded me from further questioning.

'For you, my son,' he went on, 'the danger would be doubly great, because you are young, ardent, full of desires and curiosities. Believe me, it is better to forget that you have ever seen this manuscript.' He closed the hidden drawer, and as he did so, the melancholy troubled look was replaced by his former benignity.

'Now,' he said, as he turned to one of the book-shelves, 'I will show you the copy of Ovid that was owned by the poet Petrarch.' He was again the mellow scholar, the kindly, jovial host, and it was evident that the mysterious manuscript was not to be referred to again. But his odd perturbation, the dark and awful hints he had let fall, the vague terrific terms of his proscription, had all

served to awaken my wildest curiosity, and, though I felt the obsession to be unreasonable, I was quite unable to think of anything else for the rest of the evening. All manner of speculations, fantastic, absurd, outrageous, ludicrous, terrible, defiled through my brain as I duly admired the incunabula which Hilaire took down so tenderly from the shelves for my delectation.

At last, toward midnight, he led me to my room — a room especially reserved for visitors, and with more of comfort, of actual luxury in its hangings, carpets and deeply quilted bed than was allowable in the cells of the monks or of the abbot himself. Even when Hilaire had withdrawn, and I had proved for my satisfaction the softness of the bed allotted me, my brain still whirled with questions concerning the forbidden manuscript. Though the storm had now ceased, it was long before I fell asleep; but slumber, when it finally came, was dreamless and profound.

When I awoke, a river of sunshine clear as molten gold was pouring through my window. The storm had wholly vanished, and no lightest tatter of cloud was visible anywhere in the pale-blue October heavens. I ran to the window and peered out on a world of autumnal forest and fields all a-sparkle with the diamonds of rain. All was beautiful, all was idyllic to a degree that could be fully appreciated only by one who had lived for a long time, as I had, within the walls of a city, with towered buildings in lieu of trees and cobbled pavements where grass should be. But, charming as it was, the foreground held my gaze only for a few moments; then, beyond the tops of the trees, I saw a hill, not more than a mile distant, on whose summit there stood the ruins of some old chateau, the crumbling, broken-down condition of whose walls and towers was plainly visible. It drew my gaze irresistibly, with an overpowering sense of romantic attraction, which somehow seemed so natural, so inevitable, that I did not pause to analyze or wonder; and once having seen it, I could not take my eyes away, but lingering at the window for how long I knew not, scrutinizing as closely as I could the details of each timeshaken turret and bastion. Some undefinable fascination was inherent in the very form, the extent, the disposition of the pile — some fascination not dissimilar to that exerted by a strain of music, by a magical combination of words in poetry, by the features of a beloved face.

Gazing, I lost myself in reveries that I could not recall afterward, but which left behind them the same tantalizing sense of innominate delight which forgotten nocturnal dreams may sometimes leave.

I was recalled to the actualities of life by a gentle knock at my door, and realized that I had forgotten to dress myself. It was the abbot, who came to inquire how I had passed the night, and to tell me that breakfast was ready whenever I should care to arise. For some reason, I felt a little embarrassed, even shamefaced, to have been caught day-dreaming; and though this was doubtless unnecessary, I apologized for my dilatoriness. Hilaire, I thought, gave me a keen, inquiring look, which was quickly withdrawn, as, with the suave courtesy of a good host, he assured me that there was nothing whatever for which I need apologize.

When I had breakfast, I told Hilaire, with many expressions of gratitude for his hospitality, that it was time for me to resume my journey. But his regret at the announcement of my departure was so unfeigned, his invitation to tarry for at least another night was so genuinely hearty, so sincerely urgent, that I consented to remain. In truth, I required no great amount of solicitation, for, apart from the real liking I had taken to Hilaire, the mystery of the forbidden manuscript had entirely enslaved my imagination, and I was loth to leave without having learned more concerning it. Also, for a youth with scholastic leanings, the freedom of the abbot's library was a rare privilege, a precious opportunity not to be passed over.

'I should like,' I said, 'to pursue certain studies while I am here, with the aid of your incomparable collection.'

'My son, you are more than welcome to remain for any length of time, and you can have access to my books whenever it suits your need or inclination.' So saying, Hilaire detached the key of the library from his girdle and gave it to me. 'There are duties,' he went on, 'which will call me away from the monastery for a few hours today, and doubtless you will desire to study in my absence.'

A little later, he excused himself and departed. With inward felicitations on the longed-for opportunity that had fallen so readily into my hands, I hastened to the library, with no thought save to read the proscribed manuscript. Giving scarcely a glance at the laden shelves, I sought the table with the secret drawer, and fumbled for the spring. After a little anxious delay, I pressed the proper spot and drew forth the drawer. An impulsion that had become a veritable obsession, a fever of curiosity that bordered upon actual madness, drove me, and if the safety of my soul had really depended upon it, I could not have denied the desire which forced me to take from the drawer the thin volume with plain unlettered binding.

Seating myself in a chair near one of the windows, I began to peruse the pages, which were only six in number. The writing was peculiar, with letter-forms of a fantasticality I had never met before, and the French was not only old but well-nigh barbarous in its quaint singularity. Notwithstanding the difficulty I found in deciphering them, a mad, unaccountable thrill ran through me at the first words, and I read on with all the sensations of a man who had been bewitched or who had drunken a philtre of bewildering potency.

There was no title, no date, and the writing was a narrative which began almost as abruptly as it ended. It concerned one Gerard, Comte de Venteillon, who, on the eve of his marriage to the renowned and beautiful demoiselle, Eleanor des Lys, had met in the forest near his chateau a strange, half-human creature with hoofs and horns. Now Gerard, as the narrative explained, was a knightly youth of indisputably proven valor, as wdl as a true Christian; so, in the name of our Savior, Jesus Christ, he bade the creature stand and give an account of itself.

Laughing wildly in the twilight, the bizarre being capered before him, and cried:

'I am a satyr, and your Christ is less to me than the weeds that grow on your kitchen-middens.'

Appalled by such blasphemy, Gerard would have drawn his sword to slay the creature, but again it cried, saying:

'Stay, Gerard de Venteillon, and I will tell you a secret, knowing which, you will forget the worship of Christ, and forget your beautiful bride of tomorrow, and turn your back on the world and on the very sun itself with no reluctance and no regret.'

Now, albeit half unwillingly, Gerard lent the satyr an ear and it came closer and whispered to him. And that which it whispered is not known; but before it vanished amid the blackening shadows of the forest, the satyr spoke aloud once more, and said:

'The power of Christ has prevailed like a black frost on all the woods, the fields, the rivers, the mountains, where abode in their felicity the glad, immortal goddesses and nymphs of yore. But still, in the cryptic caverns of earth, in places far underground, like the hell your priests have fabled, there dwells the pagan loveliness, there cry the pagan ecstasies.' And with the last words, the creature laughed again its wild unhuman laugh, and disappeared among the darkening boles of the twilight trees.

From that moment, a change was upon Gerard de Venteillon. He returned to his chateau with downcast mien, speaking no cheery or kindly word to his retainers, as was his wont, but sitting or pacing always in silence, and scarcely heeding the food that was set before him. Nor did he go that evening to visit his betrothed, as he had promised; but, toward midnight, when a waning moon had arisen red as from a bath of blood, he went forth clandestinely by the postern door of the chateau, and followed an old, halfobliterated trail through the woods, found his way to the ruins of the Chateau des Faussesflammes, which stands on a hill opposite the Benedictine abbey of Perigon.

Now these ruins (said the manuscript) are very old, and have long been avoided by the people of the district; for a legendry of immemorial evil clings about them, and it is said that they are the dwelling-place of foul spirits, the

rendezvous of sorcerers and succubi. But Gerard, as if oblivious or fearless of their ill renown, plunged like one who is devil-driven into the shadow of the crumbling walls, and went, with the careful-groping of a man who follows some given direction, to the northern end of the courtyard. There, directly between and below the two centermost windows, which, it may be, looked forth from the chamber of forgotten chatelaines, he pressed with his right foot on a flagstone differing from those about it in being of a triangular form. And the flagstone moved and tilted beneath his foot, revealing a flight of granite steps that went down into the earth. Then, lighting a taper he had brought with him, Gerard descended the steps, and the flagstone swung into place behind him.

On the morrow, his betrothed, Eleanor des Lys, and all her bridal train, waited vainly for him at the cathedral of Vyonnes, the principal town of Averaigne, where the wedding had been set. And from that time his face was beheld by no man, and no vaguest rumor of Gerard de Venteillon or of the fate that befell him has ever passed among the living...

Such was the substance of the forbidden manuscript, and thus it ended. As I have said before, there was no date, nor was there anything to indicate by whom it had been written or how the knowledge of the happenings related had come into the writer's possession. But, oddly enough, it did not occur to me to doubt their veridity for a moment; and the curiosity I had felt concerning the contents of the manuscript was now replaced by a burning desire, a thousandfold more powerful, more obsessive, to know the ending of the story and to learn what Gerard de Venteillon had found when he descended the hidden steps.

In reading the tale, it had of course occurred to me that the ruins of the Chateau des Faussesflamms, described therein, were the very same ruins I had seen that morning from my chamber window; and pondering this, I became more and more possessed by an insane fever, by a frenetic, unholy excitement. Returning the manuscript to the secret drawer, I left the library and wandered for awhile in an aimless fashion about the corridors of the monastery. Chancing to meet there the same monk who had taken my horse in charge the previous

evening, I ventured to question him, as discreetly and casually as I could, regarding the ruins which were visible from the abbey windows.

He crossed himself, and a frightened look came over his broad, placid face at my query.

'The ruins are those of the Chateau des Faussesflammes,' he replied. 'For untold years, men say, they have been the haunt of unholy spirits, of witches and demons; and festivals not to be described or even named are held within their walls. No weapon known to man, no exorcism or holy water, has ever prevailed against these demons; many brave cavaliers and monks have disappeared amid the shadows of Faussesflammes, never to return; and once, it is told, an abbot of Perigon went thither to make war on the powers of evil; but what befell him at the hands of the succubi is not known or conjectured. Some say that the demons are abominable hags whose bodies terminate in serpentine coils; others that they are women of more than mortal beauty, whose kisses are a diabolic delight that consumes the flesh of men with the fierceness of hell-fire... As for me, I know not whether such tales are true; but I should not care to venture within the walls of Faussesflammes.'

Before he had finished speaking, a resolve had sprung to life full-born in my mind: I felt that I must go to the Chateau des Faussesflammes and learn for myself, if possible, all that could be learned. The impulse was immediate, overwhelming, ineluctable; and even if I had so desired, I could no more have fought against it than if I had been the victim of some sorcerer's involution. The proscription of the abbot Hilaire, the strange unfinished tale in the old manuscript, the evil legendry at which the monk had now hinted — all these, it would seem, should have served to frighten and deter me from such a resolve; but, on the contrary, by some bizarre inversion of thought, they seemed to conceal some delectable mystery, to denote a hidden world of ineffable things, of vague undreamable pleasures that set my brain on fire and made my pulses throb deliriously. I did not know, I could not conceive, of what these pleasures would consist; but in some mystical manner I was as sure of their ultimate reality as the abbot Hilaire was sure of heaven.

I determined to go that very afternoon, in the absence of Hilaire, who, I felt instinctively, might be suspicious of any such intention on my part and would surely be inimical toward its fulfillment.

My preparations were very simple: I put in my pockets a small taper from my room and the heel of a loaf of bread from the refectory; and making sure that a little dagger which I always carried was in its sheath, I left the monastery forthwith. Meeting two of the brothers in the courtyard, I told them I was going for a short walk in the neighboring woods. They gave me a jovial 'pax vobiscum' and went upon their way in the spirit of the words.

Heading directly as I could for Faussesflammes, whose turrets were often lost behind the high and interlacing boughs, I entered the forest. There were no paths, and often I was compelled to brief detours and divagations by the thickness of the underbrush. In my feverous hurry to reach the ruins, it seemed hours before I came to the top of the hill which Faussesflammes surmounted, but probably it was little more than thirty minutes. Climbing the last declivity of the boulder-strewn slope, I came suddenly within view of the chateau, standing close at hand in the center of the level table which formed the summit. Trees had taken root in its broken-down walls, and the ruinous gateway that gave on the courtyard was half-choked by bushes, brambles and nettle-plants. Forcing my way through, not without difficulty, and with clothing that had suffered from the bramblethorns, I went, like Gerard de Venteillon in the old manuscript, to the northern end of the court. Enormous evil-looking weeds were rooted between the flagstones, rearing their thick and fleshy leaves that had turned to dull sinister maroons and purples with the onset of autumn. But I soon found the triangular flagstone indicated in the tale, and without the slightest delay or hesitation I pressed upon it with my right foot.

A mad shiver, a thrill of adventurous triumph that was mingled with something of trepidation, leaped through me when the great flagstone tilted easily beneath my foot, disclosing dark steps of granite, even as in the story. Now, for a moment, the vaguely hinted horrors of the monkish legends became

imminently real in my imagination, and I paused before the black opening that was to engulf me, wondering if some satanic spell had not drawn me thither to perils of unknown terror and inconceivable gravity.

Only for a few instants, however, did I hesitate. Then the sense of peril faded, the monkish horrors became a fantastic dream, and the charm of things unformulable, but ever closer at hand, always more readily attainable, tightened about me like the embrace of amorous arms. I lit my taper, I descended the stair; and even as behind Gerard de Venteillon, the triangular block of stone silently resumed its place in the paving of the court above me. Doubtless it was moved by some mechanism operable by a man's weight on one of the steps; but I did not pause to consider its *modus operandi*, or to wonder if there were any way by which it could be worked from beneath to permit my return.

There were perhaps a dozen steps, terminating in a low, narrow, musty vault that was void of anything more substantial than ancient, dust-encumbered cobwebs. At the end, a small doorway admitted me to a second vault that differed from the first only in being larger and dustier. I passed through several such vaults, and then found myself in a long passage or tunnel, half blocked in places by boulders or heaps of rubble that had fallen from the crumbling sides. It was very damp, and full of the noisome odor of stagnant waters and subterranean mold. My feet splashed more than once in little pools, and drops fell upon me from above, fetid and foul as if they had oozed from a charnel.

Beyond the wavering circle of light that my taper maintained, it seemed to me that the coils of dim and shadowy serpents slithered away in the darkness at my approach; but I could not be sure whether they really were serpents, or only the troubled and retreating shadows, seen by an eye that was still unaccustomed to the gloom of the vaults.

Rounding a sudden turn in the passage, I saw the last thing I had dreamt of seeing — the gleam of sunlight at what was apparently the tunnel's end. I scarcely know what I had expected to find, but such an eventuation was somehow altogether unanticipated. I hurried on, in some confusion of thought,

and stumbled through the opening, to find myself blinking in the full rays of the sun.

Even before I had sufficiently recovered my wits and my eyesight to take note of the landscape before me, I was struck by a strange circumstance: Though it had been early afternoon when I entered the vaults, and though my passage through them could have been a matter of no more than a few minutes, the sun was now nearing the horizon. There was also a difference in its light, which was both brighter and mellower than the sun I had seen above Averoigne; and the sky itself was intensely blue, with no hint of autumnal pallor.

Now, with ever-increasing stupefaction, I stared about me, and could find nothing familiar or even credible in the scene upon which I had emerged. Contrary to all reasonable expectation, there was no semblance of the hill upon which Faussesflammes stood, or of the adjoining country; but around me was a placid land of rolling meadows, through which a golden-gleaming river meandered toward a sea of deepest azure that was visible beyond the tops of laureltrees... But there are no laurel-trees in Averoigne, and the sea is hundreds of miles away: judge, then, my complete confusion and dumbfoundment.

It was a scene of such loveliness as I have never before beheld. The meadow-grass at my feet was softer and more lustrous than emerald velvet, and was full of violets and many-colored asphodels. The dark green of ilex-trees was mirrored in the golden river, and far away I saw the pale gleam of a marble acropolis on a low summit above the plain. All things bore the aspect of a mild and clement spring that was verging upon an opulent summer. I felt as if I had stepped into a land of classic myth, of Grecian legend; and moment by moment, all surprise, all wonder as to how I could have come there, was drowned in a sense of ever-growing ecstasy before the utter, ineffable beauty of the landscape.

Near by, in a laurel-grove, a white roof shone in the late rays of the sun. I was drawn toward it by the same allurements, only far more potent and urgent, which I had felt on seeing the forbidden manuscript and the ruins of

Faussesflammes. Here, I knew with an esoteric certainty, was the culmination of my quest, the reward of all my mad and perhaps impious curiosity.

As I entered the grove, I heard laughter among the trees, blending harmoniously with the low murmur of their leaves in a soft, balmy wind. I thought I saw vague forms that melted among the boles at my approach; and once a shaggy, goat-like creature with human head and body ran across my path, as if in pursuit of a flying nymph.

In the heart of the grove, I found a marble place with a portico of Doric columns. As I neared it, I was greeted by two women in the costume of ancient slaves; and though my Greek is of the meagerest, I found no difficulty in comprehending their speech, which was of Attic purity.

'Our mistress, Nycea, awaits you,' they told me. I could no longer marvel at anything, but accepted my situation without question or surmise, like one who resigns himself to the progress of some delightful dream. Probably, I thought, it was a dream, and I was still lying in my bed at the monastery; but never before had I been favored by nocturnal visions of such clarity and surpassing loveliness. The interior of the palace was full of a luxury that verged upon the barbaric, and which evidently belonged to the period of Greek decadence, with its intermingling of Oriental influences. I was led through a hallway gleaming with onyx and polished porphyry, into an opulently furnished room, where, on a couch of gorgeous fabrics, there reclined a woman of goddess-like beauty.

At sight of her, I trembled from head to foot with the violence of a strange emotion. I had heard of the sudden mad loves by which men are seized on beholding for the first time a certain face and form; but never before had I experienced a passion of such intensity, such all-consuming ardor, as the one I conceived immediately for this woman. Indeed, it seemed as if I had loved her for a long time, without knowing that it was she whom I loved, and without being able to identify the nature of my emotion or to orient the feeling in any manner.

She was not tall, but was formed with exquisite voluptuous purity of line and contour. Her eyes were of a dark sapphire blue, with molten depths into which the soul was fain to plunge as into the soft abysses of a summer ocean. The curve of her lips was enigmatic, a little mournful, and gravely tender as the lips of an antique Venus. Her hair, brownish rather than blond, fell over her neck and ears and forehead in delicious ripples confined by a plain fillet of silver. In her expression, there was a mixture of pride and voluptuousness, of regal imperiousness and feminine yielding. Her movements were all as effortless and graceful as those of a serpent.

'I knew you would come,' she murmured in the same softvoeled Greek I had heard from the lips of her servants. 'I have waited for you long; but when you sought refuge from the storm in the abbey of Perigon, and saw the manuscript in the secret drawer, I knew that the hour of your arrival was at hand. Ah! you did not dream that the spell which drew you so irresistibly, with such unaccountable potency, was the spell of my beauty, the magical allurements of my love!'

'Who are you?' I queried. I spoke readily in Greek, which would have surprised me greatly an hour before. But now, I was prepared to accept anything whatever, no matter how fantastic or preposterous, as part of the miraculous fortune, the unbelievable adventure which had befallen me.

'I am Nycea,' she replied to my question. 'I love you, and the hospitality of my palace and of my arms is at your disposal. Need you know anything more?'

The slaves had disappeared. I flung myself beside the couch and kissed the hand she offered me, pouring out protestations that were no doubt incoherent, but were nevertheless full of an ardor that made her smile tenderly. Her hand was cool to my lips, but the touch of it fired my passion. I ventured to seat myself beside her on the couch, and she did not deny my familiarity. While a soft purple twilight began to fill the corners of the chamber, we conversed happily, saying over and over again all the sweet absurd litanies, all the felicitous nothings that come instinctively to the lips of lovers. She was

incredibly soft in my arms, and it seemed almost as if the completeness of her yielding was unhindered by the presence of bones in her lovely body.

The servants entered noiselessly, lighting rich lamps of intricately carven gold, and setting before us a meal of spicy meats, of unknown savorous fruits and potent wines. But I could eat little, and while I drank, I thirsted for the sweeter wine of Nycea's mouth.

I do not know when we fell asleep; but the evening had flown like an enchanted moment. Heavy with felicity, I drifted off on a silken tide of drowsiness, and the golden lamps and the face of Nycea blurred in a blissful mist and were seen no more.

Suddenly, from the depths of a slumber beyond all dreams, I found myself compelled into full wakefulness. For an instant, I did not even realize where I was, still less what had aroused me. Then I heard a footfall in the open doorway of the room, and peering across the sleeping head of Nycea, saw in the lamplight the abbot Hilaire, who had paused on the threshold, A look of absolute horror was imprinted upon his face, and as he caught sight of me, he began to gibber in Latin, in tones where something of fear was blended with fanatical abhorrence and hatred. I saw that he carried in his hands a large bottle and an aspergillus. I felt sure that the bottle was full of holy water, and of course divined the use for which it was intended.

Looking at Nycea, I saw that she too was awake, and knew that she was aware of the abbot's presence. She gave me a strange smile, in which I read an affectionate pity, mingled with the reassurance that a woman offers a frightened child.

'Do not fear for me,' she whispered.

'Foul vampire! accursed lamia! she-serpent of hell!' thundered the abbot suddenly, as he crossed the threshold of the room, raising the aspergillus aloft. At the same moment, Nycea glided from the couch, with an unbelievable

swiftness of motion, and vanished through an outer door that gave upon the forest of laurels. Her voice hovered in my ear, seeming to come from an immense distance:

'Farewell for awhile, Christophe. But have no fear. You shall find me again if you are brave and patient.'

As the words ended, the holy water from the aspergillus fell on the floor of the chamber and on the couch where Nycea had lain beside me. There was a crash as of many thunders, and the golden lamps went out in a darkness that seemed full of falling dust, of raining fragments. I lost all consciousness, and when I recovered, I found myself lying on a heap of rubble in one of the vaults I had traversed earlier in the day. With a taper in his hand, and an expression of great solicitude, of infinite pity upon his face, Hilaire was stooping over me. Beside him lay the bottle and the dripping aspergillus.

'I thank God, my son, that I found you in good time,' he said. 'When I returned to the abbey this evening and learned that you were gone, I surmised all that had happened. I knew you had read the accursed manuscript in my absence, and had fallen under its baleful spell, as have so many others, even to a certain reverend abbot, one of my predecessors. All of them, alas! beginning hundreds of years ago with Gerard de Venteillon, have fallen victims to the lamia who dwells in these vaults.'

'The lamia?' I questioned, hardly comprehending his words.

'Yes, my son, the beautiful Nycea who lay in your arms this night is a lamia, an ancient vampire, who maintains in these noisome vaults her palace of beatific illusions. How she came to take up her abode at Faussesflamms is not known, for her coming antedates the memory of men. She is old as paganism; the Greeks knew her; she was exorcised by Apollonius of Tyana; and if you could behold her as she really is, you would see, in lieu of her voluptuous body, the folds of a foul and monstrous serpent. All those whom she loves and admits to her hospitality, she devours in the end, after she has drained them of life and

vigor with the diabolic delight of her kisses. The laurel-wooded plain you saw, the ilex-bordered river, the marble palace and all the luxury therein, were no more than a satanic delusion, a lovely bubble that rose from the dust and mold of immemorial death, of ancient corruption. They crumbled at the kiss of the holy water I brought with me when I followed you. But Nycea, alas! has escaped, and I fear she will still survive, to build again her palace of demoniacal enchantments, to commit again and again the unspeakable abomination of her sins.'

Still in a sort of stupor at the ruin of my new-found happiness, at the singular revelations made by the abbot, I followed him obediently as he led the way through the vaults of Faussesflammes. He mounted the stairway by which I had descended, and as he neared the top and was forced to stoop a little, the great flagstone swung upward, letting in a stream of chill moonlight. We emerged; and I permitted him to take me back to the monastery.

As my brain began to clear, and the confusion into which I had been thrown resolved itself, a feeling of resentment grew apace — a keen anger at the interference of Hilaire. Unheeding whether or not he had rescued me from dire physical and spiritual perils, I lamented the beautiful dream of which he had deprived me. The kisses of Nycea burned softly in my memory, and I knew that whatever she was, woman or demon or serpent, there was no one in all the world who could ever arouse in me the same love and the same delight. I took care, however, to conceal my feelings from Hilaire, realizing that a betrayal of such emotions would merely lead him to look upon me as a soul that was lost beyond redemption.

On the morrow, pleading the urgency of my return home, I departed from Perigon. Now, in the library of my father's house near Moulins, I write this account of my adventures. The memory of Nycea is magically clear, ineffably dear as if she were still beside me, and still I see the rich draperies of a midnight chamber illumined by lamps of curiously carven gold, and still I hear the words of her farewell:

'Have no fear. You shall find me again if you are brave and patient.'

Soon I shall return, to visit again the ruins of the Chateau des Faussesflammes, and redescend into the vaults below the triangular flagstone. But, in spite of the nearness of Perigon to Faussesflammes, in spite of my esteem for the abbot, my gratitude for his hospitality and my admiration for his incomparable library, I shall not care to revisit my friend Hilaire.

EL FINAL DE LA HISTORIA

CLARK ASHTON SMITH

A SIGUIENTE narración fue encontrada entre los papeles de Cristóbal Morand, un joven estudiante de derecho de Tours, después de su inexplicable desaparición durante una visita a la casa de su padre cerca de Moulins, en noviembre de 1789:

Un siniestro crepúsculo otoñal marrón purpúreo, prematuro por la inminencia de una tormenta eléctrica, había llenado el bosque de Averoine. Los árboles a los lados de mi carretera ya se habían desdibujado en masas de color ébano, y el propio camino, pálido y espectral por la oscuridad cada vez más densa, parecía temblar y oscilar ligeramente, como con el temblor de un misterioso terremoto. Espoleé mi caballo, que estaba terriblemente agotado por el viaje que había comenzado con el alba, y había caído horas antes en un trote disconforme y renuente, y galopamos a lo largo de la carretera que se oscurecía, entre enormes robles que parecían inclinarse hacia nosotros, con ramas como dedos que tratasen de agarrarnos mientras pasábamos.

Con temible rapidez, la noche se nos echó encima, y la negrura se convirtió en un velo tangible que se nos pegaba; una desesperación y una confusión de pesadilla me impulsaron a espolear de nuevo mi montura con un rigor más cruel, y, mientras marchábamos, los rumores de la tormenta se mezclaron con el resonar de las herraduras de mi caballo, y los brillos de los relámpagos iluminaron nuestro camino, que, para mi sorpresa (me había creído sobre la carretera principal que atraviesa Averoine), se había encogido inexplicablemente en un sendero frecuentemente transitado. Estaba seguro de que me había perdido, pero no estaba dispuesto a volver sobre mis pasos hacia la boca de la oscuridad y las elevadas nubes de tormenta; me apresure con la esperanza, que parecía razonable, de que un sendero que estaba tan claramente gastado conduciría seguramente a alguna casa o posada donde podría encontrar refugio para la noche. Mi deseo estaba justificado, porque a

los pocos minutos divisé un brillo entre las ramas del bosque, y llegué repentinamente a un prado abierto, donde, sobre una suave elevación, se levantaba un gran edificio, con varias ventanas iluminadas en el piso inferior, y una planta superior que resultaba prácticamente imposible de distinguir entre la masa de nubes empujadas por el viento.

“Sin duda se trata de un monasterio”, pensé mientras sujetaba las riendas y descendía de mi exhausta montura. Levanté la pesada aldaba de bronce con forma de cabeza de perro y la dejé caer contra la puerta de roble. El sonido fue intenso y retumbante, con un eco casi sepulcral, y temblé involuntariamente, con un sentimiento de sorpresa y de tristeza no deseada. Éste se disipó un momento más tarde, cuando la puerta se abrió del todo y un monje alto y de facciones rubicundas se plantó ante mí bajo el brillo alegre de los faroles que iluminaban el amplio zaguán.

—Os doy la bienvenida a la abadía de Périgon —dijo él, en un murmullo suave, y, mientras hablaba, otra figura con túnica y capucha apareció y se hizo cargo de mi caballo. Al tiempo que murmuraba dando las gracias, la tormenta estalló y tremendas ráfagas de lluvia, acompañadas del estrépito cada vez más próximo de los truenos, se estrellaban con furia demoniaca contra la puerta que se había cerrado detrás de mí.

Resulta afortunado que nos encontrásemos cuando lo hizo —comentó mi anfitrión—. Mala cosa sería, para hombre o para bestia, andar a la intemperie en semejante temporal del demonio.

Adivinando, sin mediar pregunta, que me encontraba hambriento además de agotado, me condujo al refectorio, donde puso ante mí una generosa cena de carne de cordero, pan negro, lentejas y un fuerte vino tinto de la mejor calidad.

Se sentó ante mí en la mesa del refectorio mientras comía, y, con mi hambre un tanto saciada, tuve ocasión de examinarle con más detalle. Era alto y de recia constitución a un tiempo, y sus rasgos, donde las cejas no eran menos anchas que la poderosa mandíbula, denotaban una inteligencia afilada no menor que un amor por la buena vida. Una cierta delicadeza y refinamiento, un aspecto de erudición, buen gusto y buena educación emanaban de él. Y pensé para mis adentros: “Este fraile es probablemente tan buen conocedor de los libros como de los vinos”. Sin duda, mi expresión delató el aumento de mi curiosidad, porque dijo como contestando:

—Soy Hilarión, el abad de Périgon. Perteneceemos a la orden benedictina, vivimos en amistad con Dios y con todos los hombres, y no mantenemos que el espíritu se enriquezca con las mortificaciones y la miseria de la carne. Tenemos en nuestras despensas sanas provisiones en abundancia, en nuestras bodegas los mejores y más añejos cavas del distrito de Averaigne. Y, si estas cosas os interesan, y puede que lo hagan, una biblioteca que ésta aprovisionada con tomos raros, con preciosos manuscritos, con las mejores obras de paganos y cristianos, e incluso con ciertos escritos únicos que sobrevivieron al holocausto de Alejandría.

—Agradezco vuestra hospitalidad —dije haciendo una reverencia—. Soy Cristóbal Morand, estudiante de derecho, de camino desde Tours hacia la finca de mi padre cercana a Moulins. También yo soy un bibliófilo, y nada me agradaría más que inspeccionar una biblioteca tan rica y curiosa como ésta de la que habláis.

En adelante, mientras yo terminaba de cenar, nos dedicamos a discutir sobre los clásicos, y a intercambiar citas y pasajes de autores latinos, griegos y cristianos. Mi anfitrión, como enseguida descubrí, era un estudioso de méritos poco comunes, con una erudición, una soltura con la literatura tanto antigua como moderna, que hacía parecer la mía la del más sencillo principiante por comparación. Él, por su parte, fue tan amable como para alabar mi latín, que distaba bastante de ser perfecto, y, para cuando hube terminado mi botella de vino tinto, estábamos charlando como viejos amigos. Todo mi cansancio se había evaporado para ser sustituido por una rara sensación de bienestar y regalo físico, combinado con una sensación de alerta y agudeza mentales. Así que, cuando el abad sugirió que hiciésemos una visita a la biblioteca, asentí con entusiasmo.

Me condujo a través de un largo pasillo, a cuyos lados había celdas que pertenecían a los hermanos de la orden, y abrió, con una gran llave de bronce colgada de su cintura, la puerta de un amplio cuarto con elevado techo y varias profundas ventanas. En verdad, no había exagerado los recursos de la biblioteca, porque los estantes estaban sobrecargados de libros, y muchos volúmenes se hallaban apilados sobre las mesas o almacenados en una esquina. Había rollos de papiro, vitela y pergamino; extrañas biblias bizantinas o coptas; viejos manuscritos árabes o persas con portadas decoradas con

flores o joyas; montones de incunables procedentes de las primeras imprentas; innumerables copias de autores antiguos realizadas por monjes, encuadernadas en madera o marfil, con ricas ilustraciones y caligrafía que era a menudo una obra de arte por sí misma.

Con un cuidado que resultaba, a un tiempo, cariñoso y escrupuloso, el abad Hilarión colocó ante mí volumen tras volumen para que los inspeccionase. Muchos de ellos no los había visto nunca antes. y algunos me resultaban desconocidos hasta de oídas. Mi excitado interés y mi genuino entusiasmo le agradaban sin duda, pues al final oprimió un resorte oculto en una de las mesas de la biblioteca y extrajo un largo cajón, en el cual, me dijo, estaban guardados ciertos tesoros que él prefería no sacar a la luz para la educación o el recreo de muchos, y cuya propia existencia no era ni siquiera imaginada por los frailes.

—Aquí —continuó— verás tres odas de Cátulo que no encontrarás en ninguna edición de sus obras. Además, hay una copia de un manuscrito original de Safo..., una versión completa de un poema que, de otra forma, es conocido sólo en breves fragmentos; aquí hay dos de las historias perdidas de Mileto, una carta de Pericles a Aspasia, un diálogo desconocido de Platón, una vieja obra árabe de astronomía, de autor desconocido, que se anticipa a las teorías de Copérnico. Y, por último, la *Histoire d'Amour*, por Bernard de Vaillantcoeur, que tiene un poco de mala fama; fue destruida inmediatamente después de publicada y sólo se conoce que exista otra copia.

Mientras contemplaba, con una mezcla de temor y curiosidad, los inauditos y únicos tesoros que me mostraba, vi, en una esquina del cajón, lo que parecía ser un delgado volumen con una encuadernación sin adornos ni título en cuero oscuro. Me atreví a cogerlo y vi que contenía unas pocas hojas manuscritas, de caligrafía apretada, en francés antiguo.

—¿Y esto? —pregunté volviéndome para mirar a Hilarión, cuyo rostro, para mi asombro, había adquirido repentinamente una expresión melancólica y preocupada.

—Es mejor no preguntarlo, hijo mío —se persignó mientras hablaba, y su voz no era ya jovial, sino dura, agitada y llena de una triste inquietud—. Hay una maldición sobre esas páginas que sostienes entre tus manos: un embrujo maligno, un poder del mal está unido a ellas, y aquel que se aventura a leerlas

está en adelante en grave peligro tanto de cuerpo como de alma —me quitó el pequeño volumen mientras hablábamos, y lo devolvió al cajón, persignándose de nuevo cuidadosamente mientras lo hacía.

—Pero, padre —me atreví a decir—, ¿cómo pueden ser tales cosas posibles? ¿Cómo puede existir un peligro en unas pocas hojas de pergamino?

—Cristóbal, existen cosas que quedan más allá de tu capacidad de comprender, cosas que no es bueno para ti que sepas. La fuerza de Satanás se manifiesta de diversos modos, de maneras engañosas; existen otras tentaciones además de las del mundo y la carne, hay maldades que no son menos sutiles que irresistibles, y herejías y nigromancias que no son las practicadas por los brujos.

—¿De que tratan entonces estas páginas, qué tal peligro oculto, qué semejante poder maldito se esconde en ellas?

—Te prohíbo preguntar —su tono era muy riguroso y expresaba una determinación que me disuadió de realizar nuevas preguntas.

—Para ti, hijo mío —continuó diciendo—, el peligro será doblemente grande, porque eres joven, ardiente, lleno de deseos y curiosidades. Créeme, es mejor que te olvides hasta de que has visto este manuscrito —cerró el cajón oculto, y, mientras lo hacía, el aspecto de melancólica preocupación fue sustituido por el anterior de bondad—. Ahora —dijo mientras se volvía a una de las estanterías—, te mostrare la copia de Ovidio que fue propiedad del poeta Petrarca —era de nuevo el erudito maduro, el anfitrión amable y jovial, y resultaba evidente que no se debía mencionar de nuevo el manuscrito prohibido. Pero su extraña inquietud, las oscuras y temibles pistas que había dejado caer, los vagamente terroríficos términos de su prohibición, todo ello había servido para despertar mi curiosidad más exacerbada, y, aunque consciente de que la obsesión era irracional, fui incapaz de pensar en ningún otro tema durante el resto de la noche.

Todo tipo de especulaciones fantásticas, absurdas, escandalosas, ridículas y terribles desfilaron por mi cerebro mientras admiraba debidamente los incunables que Hilarión tomaba de los estantes, con tanta delicadeza, para mi entretenimiento.

Por último, hacia la medianoche, me condujo a mi cuarto, un lugar especialmente reservado para los visitantes, con mayores comodidades y

verdadero lujo en sus cortinas, alfombras y cama mullidamente acolchada, de lo que resultaría admisible en las celdas de los frailes o del propio abad. Incluso cuando Hilarión se hubo retirado, y había comprobado a mi satisfacción lo mullido del lecho que me había sido asignado, las preguntas relativas al manuscrito prohibido todavía hacían que me diese vueltas la cabeza. Aunque la tormenta ahora había cesado, tardé bastante en conciliar el sueño, pero el reposo, cuando finalmente llegó, fue profundo y sin sueños.

Cuando me desperté, un río de rayos de sol, claros como el oro derretido, se vertían a través de la ventana. La tormenta había desaparecido del todo, y ni el menor atisbo de nubes resultaba visible en ninguna parte del cielo de octubre azul cerúleo. Corrí a la ventana y contemplé un mundo que era todo bosques otoñales y campos que brillaban con los diamantes de la lluvia. Era hermoso, resultaba idílico hasta un extremo que sólo podía ser apreciado por alguien que, como yo, hubiese vivido durante mucho tiempo dentro de las murallas de una ciudad, con edificios como torres en vez de árboles y pavimento empedrado donde debería haber habido hierba. Pero, siendo como era encantador, la escena retuvo mi atención tan sólo unos momentos, porque, más allá de la cima de los árboles, divisé una colina, que no estaría a más de un kilómetro y medio de distancia, sobre cuya cumbre se alzaban las ruinas de un viejo castillo, resultando claramente visible que sus murallas estaban rotas y derrumbándose. Atraía mi mirada de una manera irresistible, con una sensación subyugante de fascinación romántica que, de alguna manera, me parecía tan natural, tan inevitable, que no me paré a pensar en analizarla o en sorprenderme, y, habiéndolo visto, no podía apartar la mirada, sino que permanecí ante la ventana durante no sé cuánto tiempo, sometiendo a un escrutinio tan minucioso como fui capaz, los detalles de cada torre agitada por el tiempo y cada bastión. Alguna fascinación indefinible era inherente a la forma, a la extensión, a la manera en que el gran edificio estaba dispuesto..., alguna fascinación que no era diferente de la ejercida por un compás de música, por una mágica combinación de palabras y acordes, por las facciones de un rostro amado. Mirando, me perdí en ensueños que no fui capaz de recordar después, pero que dejaron detrás de ellos la misma tentadora

sensación de delicias inenaburables que los sueños olvidados de la noche a veces dejan.

Fui llamado a las realidades de la vida por un amable golpe en mi puerta, y me di cuenta de que se me había olvidado vestirme. Era el abad, quien venía a preguntar qué tal había pasado la noche, y para decirme que el desayuno estaría listo cuando me apeteciese levantarme.

Por alguna razón, me sentí algo molesto, y hasta avergonzado, por haber sido sorprendido soñando despierto, y, aunque esto resultaba sin duda superfluo, me disculpé por mi tardanza. Hilarión, creí, me lanzó una mirada afilada e inquisitiva que fue rápidamente ocultada cuando, con la delicada cortesía de un buen anfitrión, me aseguró que no había nada de lo que tuviese que disculparme en absoluto.

Cuando hube desayunado, dije a Hilarión, con muchas muestras de gratitud por su hospitalidad, que había llegado el momento en que debía reanudar mi viaje. Pero su tristeza ante el anuncio de mi partida era tan genuina, su invitación a quedarme por lo menos otra noche era tan de corazón, que acepté quedarme. En verdad, no fueron necesarios muchos ruegos, porque, además de la auténtica estimación que sentía hacia Hilarión, el misterio del manuscrito prohibido había esclavizado por completo mi imaginación, y era reacio a partir sin haber descubierto nada más concerniente a éste. Por otra parte, para un joven con inclinaciones eruditas, la facilidad con la que se me ofrecía la biblioteca del abad era un raro privilegio, una oportunidad preciosa que no debía pasarse por alto.

—Me gustaría —le dije— realizar ciertos estudios mientras me encuentre aquí, con la ayuda de vuestra incomparable biblioteca.

—Hijo mío, eres más que bienvenido a quedarte durante cualquier período de tiempo, y puedes tener acceso a mis libros cuando convenga a tus necesidades o a tus inclinaciones —diciendo esto, Hilarión se quitó la llave de la biblioteca de su cinturón y me la entregó—. Existen deberes —continuó— que me tienen apartado del monasterio durante unas pocas horas al día, y, sin duda, tú desearás estudiar durante mi ausencia.

Un poco más tarde, se excusó y se marchó. Felicitándome para mis adentros de que la oportunidad deseada hubiese caído tan fácilmente en mis manos, me apresuré en dirección a la biblioteca, sin ningún otro pensamiento

que mirar el manuscrito prohibido. Sin echar apenas un vistazo a las estanterías repletas de libros, busqué la mesa con el cajón secreto, y tanteé buscando el resorte. Tras un rato de retraso angustioso, pulse el punto adecuado y saqué el cajón en un impulso que se había convertido en una auténtica obsesión, una fiebre de curiosidad que bordeaba en auténtica locura, y, si la seguridad de mi alma hubiese en verdad dependido de ello, no podría haberme negado a satisfacer el deseo que me obligaba a tomar del compartimento el delgado volumen con encuadernación lisa y sin título.

Sentándome en una silla próxima a una de las ventanas, comencé a leer sus páginas, que eran solo seis. La caligrafía era peculiar, con unos caracteres cuya forma era de una fantasía que nunca antes había encontrado, y el idioma francés era no sólo antiguo, sino prácticamente bárbaro a causa de su excéntrica singularidad. A pesar de la dificultad con que las descifré, una excitación loca, inexplicable, corrió por mi ser con las primeras palabras, y continué leyendo sintiéndome como un hombre que ha sido hechizado o ha bebido un filtro de potencia sorprendente.

No había título, no había fecha, y el escrito era una narración que comenzaba casi tan abruptamente como terminaba. Trataba de un tal Gerardo, conde de Venteillon, quien, en la víspera de su boda con la bella y renombrada demoiselle Eleanor des Lys, se había encontrado en el bosque, cerca de su castillo, una extraña criatura medio humana, con pezuñas y cuernos. Ahora bien, como la narración explicaba, Gerardo era un joven caballero de valor probado, al mismo tiempo que un buen cristiano; así que, en el nombre de nuestro Salvador, Jesucristo, ordenó a la criatura que se detuviese y explicase lo que era.

Riéndose estruendosamente en el crepúsculo, el extraño ser hizo cabriolas frente a él y gritó:

—Un sátiro soy, y tu Cristo es menos para mí que las malas hierbas que en el patio de tu cocina crecen.

Asqueado ante semejante blasfemia, Gerardo habría desenvainado su espada y dado muerte a la criatura, pero ésta gritó de nuevo diciendo:

—Conténte, Gerardo de Venteillon, y un secreto te contaré que, conociéndolo, olvidarás la adoración de Cristo y a tu hermosa novia de

mañana, y al mundo la espalda darás y al propio sol sin dudas ni arrepentimientos.

Ahora, aunque fuese a medias contra su voluntad, Gerardo prestó oído al sátiro, y éste se acercó y le habló en susurros. Y lo que le susurró no se sabe, pero, antes de desaparecer de nuevo entre las sombras del bosque que se oscurecían, habló de nuevo en voz alta y dijo:

—El poder de Cristo ha prevalecido como una negra escarcha sobre todos los bosques, los campos, los ríos y las montañas donde habitaron en su felicidad las alegres diosas inmortales y las ninfas del ayer. Pero aún, en las cavernas de la tierra semejantes a criptas, en parajes lejanos de las profundidades, semejantes a ese infierno de las fábulas de tus sacerdotes, allí habita la hermosura pagana, allí gritan los paganos éxtasis —y, con estas últimas palabras, la criatura se carcajeó de nuevo con su risa salvaje e inhumana, y desapareció entre el ramaje cada vez más oscuro del bosque.

A partir de ese momento, a Gerardo de Venteillon le sobrevino un cambio.

Volvió a su castillo con el rostro triste, sin decirles a sus lacayos palabras alegres y amables, como era su costumbre, sino que se quedaba sentado o daba paseos en silencio, sin hacer caso de las viandas que colocaban ante él. Tampoco fue a visitar a su novia al caer la tarde, como había prometido, sino que, alrededor de la medianoche, cuando una luna menguante se había puesto roja como levantándose de un baño de sangre, salió clandestinamente por la puerta trasera del castillo, y, siguiendo un sendero viejo, medio borrado, a través de los bosques, se abrió camino hasta las ruinas del Château des Faussesflammes, que se levanta en la colina frente a la abadía benedictina de Périgon.

Ahora bien, estas ruinas, como decía el manuscrito, son asaz antiguas y han sido evitadas por las gentes del distrito, porque leyendas sobre un mal inmemorial están asociadas con ellas, y se dice que son la morada de espíritus impuros, el lugar de reunión de brujos y súcubos.

Pero Gerardo, como si ignorase su mala fama o no la temiese, avanzó como alguien conducido por los demonios adentrándose en las sombras de los muros ruinosos, y se dirigió, con los cuidadosos tanteos de alguien que sigue las instrucciones que ha recibido, al extremo norte del patio. Allí, directamente entre las dos ventanas centrales y debajo de ellas, desde las cuales debieron

mirar olvidadas dueñas del castillo, apretó con su pie derecho en una piedra del patio, que se distinguía de las otras por ser de forma triangular. Y la piedra se movió y giró bajo sus pies, revelando un tramo de escaleras de granito que descendían en la tierra. Entonces, prendiendo una antorcha que había traído consigo, Gerardo bajó por las escaleras, y la losa triangular se colocó en su sitio detrás de él.

Por la mañana, su prometida, Eleanor des Lys, junto a todo su cortejo nupcial, esperó en vano por él en la catedral de Vyones, la principal ciudad de Averaigne, donde la boda debería haberse celebrado. Y, desde ese día, su rostro no volvió a ser visto por hombre alguno, y ni el más vago rumor de Gerardo de Venteillon o del destino que le aconteció ha circulado entre los vivientes...

Tal era lo esencial del manuscrito prohibido, y así terminaba. Como he dicho antes, no tenía fecha; tampoco había nada que indicase por quién había sido escrito ni cómo el conocimiento de los sucesos que relataba había llegado a manos del autor. Sin embargo, lo más extraño es que no se me ocurrió dudar ni un momento de su veracidad, y la curiosidad que había sentido por el contenido del manuscrito fue ahora reemplazada por un ardiente deseo, mil veces más poderoso, más obsesivo, de conocer cuál fue el final de la historia, y descubrir qué era lo que Gerardo de Venteillon había encontrado cuando descendió por las escaleras ocultas.

Al leer la historia se me había ocurrido que las ruinas del Château des Faussesflammes descritas en ella eran las mismas que había visto esa mañana por la ventana de mi cuarto, y, sopesando esto, una fiebre loca me consumió cada vez más, una inquietud insensata y blasfema. Devolviendo el manuscrito al cajón oculto, abandoné la biblioteca y vagabundeé durante un rato, sin rumbo fijo, por los pasillos del monasterio. Al encontrarme por casualidad al mismo monje que, la noche anterior, se había ocupado de mi caballo, me aventuré a interrogarle, tan discretamente y de la manera más casual que pude, en relación a las ruinas que eran visibles desde las ventanas de la abadía.

Hizo la señal de la cruz, y una expresión asustada apareció en su ancho y plácido rostro ante mi pregunta.

—Las ruinas son las del Château des Faussesflammes —replicó—. Durante años sin cuento, según dicen los hombres, ha sido la morada de espíritus impuros, brujas y demonios, y ceremoniales que no deben ser descritos, y ni siquiera mencionados, se han celebrado dentro de estos muros. Ningún arma conocida por el hombre, ningún exorcismo ni agua bendita han conseguido nunca prevalecer sobre estos demonios; muchos valientes caballeros y monjes han desaparecido entre las sombras de Faussesflammes para nunca volver, y una vez, se cuenta, un abad de Périgón marchó allí para hacer la guerra contra las fuerzas del mal, pero lo que le sucedió a manos de los súcubos ni se sabe ni se conjetura siquiera. Algunos dicen que los demonios son brujas asquerosas cuyos cuerpos terminan en anillos de serpiente; otros, que son mujeres de una belleza superior a la de las mortales, cuyos besos son una diabólica delicia que consume la carne de los hombres con la fiereza de un fuego del infierno... En lo que a mí respecta, yo no sé si estas historias son ciertas, pero no me atrevería a adentrarme en Faussesflammes.

Antes de que hubiese terminado de hablar, una decisión se había formado por completo en mi interior: debería dirigirme al Château des Faussesflammes, y descubrir por mí mismo, si era posible, todo lo que pudiese ser encontrado. El impulso era inmediato, subyugante, inexcusable, e, incluso si lo hubiese deseado, tan incapaz era de enfrentarme a él como si hubiese sido víctima del hechizo de algún brujo. La prohibición del abad Hilarión, la extraña historia sin terminar en el viejo manuscrito, las leyendas del mal sobre las que el monje había dado pistas..., todo esto debería haber servido para asustarme y frenarme de semejante empeño, pero, por el contrario, debido a una extraña inversión del pensamiento, parecían ocultar algún delicioso misterio, indicar un mundo oculto de cosas inefables, y vagos placeres no soñados que hacían arder mi cerebro y palpitar con delirio mi pulso. No sabía, no era capaz de concebir, en qué consistían estos placeres, pero, de una manera mística, estaba tan seguro de su realidad concreta como el abad Hilarión estaba seguro del Paraíso.

Decidí ir esa misma tarde, durante la ausencia de Hilarión, quien, sentí instintivamente, recelaría ante semejante decisión y se mostraría poco amigo de su cumplimiento.

Mis preparativos fueron sencillos: guardé en el bolsillo una pequeña vela de mi cuarto y parte de una hogaza de pan del refectorio, y, asegurándome de que una pequeña daga que siempre llevaba conmigo estaba en su funda, partí del monasterio inmediatamente. Encontrándome con dos de los hermanos en el patio, les dije que iba a dar un breve paseo por los bosques vecinos. Me dieron un jovial “*pax vobiscum*” y siguieron su camino según el espíritu de esas palabras.

Dirigiéndome tan directamente como me fue posible hacia Faussesflammes, cuyos torreones a menudo se perdían de vista tras las altas ramas entrelazadas, entré en el bosque. No había senderos, y a menudo me vi obligado a dar breves rodeos y vagabundear por lo denso del bosque. En mi prisa febril por alcanzar las ruinas, me pareció que pasaban horas antes de que llegase al promontorio que coronaba Faussesflammes, pero probablemente tardé poco más de treinta minutos. Trepando el último declive de la cuesta llena de peñascos, llegué repentinamente a la vista del château. Estaba muy próximo, en el Centro de la meseta que formaba la cima. Los árboles habían echado raíces en sus rotos muros, y el ruinoso portal que conducía al patio estaba medio bloqueado por los arbustos, zarzas y cardos. Abriéndome paso, no sin dificultad, y vistiendo ropajes que habían sufrido a manos de las espinas de las zarzas, me dirigí, como Gerardo de Venteillon en el viejo manuscrito, al extremo norte del patio. Malas hierbas enormes y de aspecto siniestro habían echado raíces entre las losas, levantando sus hojas densas y carnosas, que se habían vuelto de un tenebroso marrón y púrpura con la llegada del otoño. Pero pronto encontré la losa triangular mencionada en el cuento, y, sin la menor duda o retraso, presioné sobre ella con mi pie derecho.

Un loco temblor, un estremecimiento de triunfo aventurero que estaba mezclado con algo de azoramiento, paso a través mío cuando la gran losa giró fácilmente bajo mis pies, descubriendo, como en la historia, oscuros escalones de granito.

En ese momento, los horrores de las leyendas clericales, vagamente aludidos, se convirtieron en inminentemente reales en mi imaginación, y me paré ante la negra apertura que estaba a punto de tragarme, preguntándome si algún satánico hechizo no me había conducido allí a peligros de una gravedad desconocida e inconcebible.

Sin embargo, tan sólo vacilé durante unos breves instantes. Entonces, la sensación de peligro se desvaneció, los horrores monjiles se convirtieron en un sueño fantástico, y el encanto de las cosas que no podían formularse, más próximas y fáciles de alcanzar, se apretó en torno mío como un abrazo amoroso. Encendí mi vela, descendí por las escaleras y, al igual que cuando bajó Gerardo de Venteillon, el bloque triangular de piedra volvió a ocupar su lugar silenciosamente en el patio detrás de mí. Sin duda, resultaba impulsado por algún mecanismo operado por el peso de un hombre sobre uno de los escalones; pero no me paré para analizar su *modus operandi*, o para preguntarme si existiría alguna manera para hacerlo funcionar desde abajo para permitir mi retorno.

Había quizá una docena de escalones, terminando en una estrecha y triste cueva de techo bajo, ocupada tan sólo por antiguas telarañas llenas de polvo. Al final, una estrecha puerta me condujo a una segunda cueva que sólo se diferenciaba de la primera en ser más grande y en estar aún más llena de suciedad. Atravesé varias cuevas semejantes, y entonces me encontré en un largo pasadizo o túnel, medio bloqueado en algunos lugares por las piedras y los montones de escombros que se habían desprendido de los lados que se derrumbaban. Era muy húmedo, lleno del apestoso olor de las aguas estancadas y del moho subterráneo. Mis pies chapotearon en más de una ocasión sobre pequeños charcos, y sentía gotas por encima de mí, fétidas y sucias, como si se filtrasen desde un cementerio. Más allá del círculo tembloroso de luz que mantenía mi vela, me parecía que los anillos de oscuras y fantasmales serpientes se retorcían a mi paso; pero no podía estar seguro de si en realidad se trataba de ofidios o sólo de las preocupantes sombras que se desvanecían, vistas por unos ojos que aún no se habían acostumbrado a la oscuridad de las criptas.

Dando la vuelta en un repentino recodo del pasaje, vi la última cosa que hubiera soñado ver: el brillo de la luz solar, que se encontraba, aparentemente, al final del túnel. Apenas sabía qué era lo que esperaba hallar, pero semejante suceso era totalmente imprevisto.

Me apresuré, algo confuso, y atravesé a tropezones la apertura para encontrarme parpadeando bajo los rayos del sol de mediodía.

Incluso antes de que hubiese recuperado mi entendimiento y mi vista lo suficiente como para examinar el paisaje frente a mí, me sorprendió una extraña circunstancia: mi entrada en las cuevas había tenido lugar temprano por la tarde, y aunque mi paso a través de ellas no podía haber sido cuestión de más de unos pocos minutos, el sol se estaba acercando ahora al horizonte. Había también una diferencia en la luz, que era, a un tiempo, más brillante y más cálida que el sol que yo había visto sobre Averaigne, y el mismo cielo era intensamente azul sin atisbo alguno de palidez otoñal.

Entonces, con estupefacción creciente, mire a mi alrededor y no fui capaz de descubrir nada que me resultase familiar, o siquiera digno de crédito, en la escena en medio de la que había emergido. En contra de todas las expectativas razonables, no había ningún parecido con la colina sobre la que se alzaba Faussesflammes, o con la región vecina, sino que en torno mío había una tierra plácida de prados ondulados, a través de la cual fluía un río de brillo dorado en dirección a un mar del mas profundo azul que era visible por encima de la copa de los árboles de laurel... Pero dichos arboles no crecen en Averaigne, y el mar está a cientos de kilómetros de distancia; juzgad. pues, mi completa confusión y aturdimiento.

Era una escena de una belleza como nunca antes había contemplado. La hierba de los prados bajo mis pies era más suave y más lustrosa que el terciopelo esmeralda, y estaba repleta de asfódelos de muchos olores y de violetas. El oscuro verde de los acebos se reflejaba en el dorado río, y, lejos en la distancia, vi el pálido brillo de una acrópolis de mármol, colocada sobre una suave elevación en la colina. Todo tenía el aspecto de una suave y clemente primavera que se aproximaba a un verano opulento. Me sentí como si hubiese entrado en el país del mito clásico y la leyenda griega, y, por momentos, toda la sorpresa y todo el deseo de saber cómo había llegado allí fueron ahogados en una sensación de éxtasis que no dejaba de crecer ante la absoluta e inefable belleza del paisaje.

Cerca, en un paseo de laureles, un techo blanco brillaba con los tardíos rayos del sol. Fui atraído hacia él con el mismo aliciente, sólo que más poderoso y apremiante, que había sentido al ver las ruinas de Faussesflammes y el manuscrito prohibido. Aquí, supe con esotérica seguridad, se encontraba la culminación de mi búsqueda, el premio de toda mi loca, y quizá impía,

curiosidad. Mientras entraba al jardín, escuché risas entre los árboles, mezclándose armoniosamente con el suave murmullo de las hojas bajo el suave viento cálido.

Pensé ver formas difusas que se desvanecerían entre los troncos de los árboles al aproximarme; y, en cierta ocasión, una criatura peluda, parecida a una cabra pero con cabeza y cuerpo humanos, se cruzó en mi camino al perseguir a una ninfa fugitiva.

En el corazón del jardín, descubrí un palacio de mármol con un pórtico de columnas dóricas. Al aproximarme, fui saludado por dos mujeres que llevaban el ropaje de los antiguos esclavos, y, aunque mi griego es de lo más pobre, no encontré dificultad en comprender su lenguaje, que era de una pureza ática.

—Nuestra señora, Nycea, te espera —me dijeron. Yo ya no era capaz de asombrarme ante nada, sino que acepté mi situación sin preguntar ni hacer conjeturas, como alguien que se resigna al despliegue de un sueño delicioso. Probablemente, pensé, se trataba de un sueño, y me encontraba todavía tumbado en mi cama del monasterio, pero nunca antes había sido favorecido por visiones nocturnas de una belleza y claridad tan sobresalientes.

El interior del palacio estaba lleno de un lujo que rondaba lo bárbaro, y que evidentemente pertenecía a la época de la decadencia griega, con sus influencias orientales mezcladas. Fui conducido a lo largo de un pasillo que brillaba por el ónix y el púrpura pulido, hasta un dormitorio opulentamente decorado donde, sobre una cama de preciosos tejidos, estaba reclinada una mujer de belleza semejante a la de una diosa.

Al verla, temblé de pies a cabeza con la violencia de una emoción desconocida. Había oído hablar de repentinos amores locos por los cuales los hombres son atrapados al contemplar por primera vez un cierto rostro o una forma, pero nunca antes había experimentado una pasión de semejante intensidad, un ardor que me consumiese por completo como el que había concebido inmediatamente por esta mujer. En verdad, me parecía como si la hubiese amado durante largo tiempo, sin saber que era a ella a quien amaba, y sin ser capaz de distinguir la naturaleza de mi emoción o de orientar el sentimiento de ninguna manera.

Ella no era alta, pero estaba formada con una pureza de líneas y contornos que resultaba exquisitamente voluptuosa. Sus ojos eran de un oscuro azul

zafiro, con profundidades derretidas en las cuales el alma tenía inclinación a sumergirse como en los suaves abismos de un mar veraniego. La curva de sus labios resultaba enigmática, un poco triste, y tan seriamente tiernos como los labios de una antigua Venus. Su pelo, castaño más que rubio, caía sobre su nuca, su frente y sus orejas en deliciosos rizos sujetos con una sencilla diadema de plata. En su expresión, se observaba una mezcla de orgullo y sensualidad, de autoridad imperial y sumisión femenina. Sus movimientos eran realizados con tan poco esfuerzo y tanta gracia como los de una serpiente.

—Sabía que vendrías —murmuró en el mismo griego de suaves vocales que había escuchado en los labios de sus sirvientas—; te he esperado durante mucho tiempo, pero, cuando buscaste refugio de la tormenta en la abadía de Périgon y viste el manuscrito en el cajón secreto, supe que tu llegada estaba próxima. ¡Ah! No te imaginabas que el hechizo que tan irresistiblemente te atraía, con una potencia tan inexplicable, era el hechizo de mi belleza, ¡la mágica atracción de mi amor!

—¿Quién eres? —pregunté. Hablaba con fluidez el griego, lo que me habría sorprendido grandemente una hora antes. Pero ahora estaba preparado para aceptar cualquier cosa, sin importar lo fantástica o increíble que fuese, como parte de la increíble aventura que me había sucedido.

—Soy Nycea —replicó ella, contestando a mi pregunta—. Te amo. Y la hospitalidad de mi palacio y de mis brazos se encuentra a tu disposición. ¿Necesitas saber algo más?

Los esclavos habían desaparecido. Me arrojé sobre la cama y besé la mano que ella me ofreció, con un torrente de disculpas sin duda incoherentes, pero llenas de un ardor que la hizo sonreír tiernamente.

Su mano resultaba fría a mis labios, pero su contacto disparó mi pasión. Me aventuré a sentarme junto a ella en la cama, y no se opuso a esta confianza. Mientras que un suave crepúsculo púrpura comenzaba a llenar las esquinas del cuarto, conversamos felices, recitando una y otra vez las mismas dulces letanías, y todas las felices fruslerías que acuden por instinto a los labios de los enamorados. Ella era increíblemente suave entre mis brazos, y parecía casi que lo completo de su entrega no estuviese frenado por la presencia de un esqueleto en el interior de su hermoso cuerpo.

Los sirvientes entraron sin ruido, encendiendo ricas lámparas de oro intrincadamente labrado, y colocando ante nosotros una cena de carnes con especias, frutas desconocidas de gran sabor y fuertes vinos. Pero poco podía comer yo, y, mientras bebía, sentía sed del vino más dulce, que era la boca de Nycea. Ignoro cuándo nos rendimos al sueño, pero la noche se había fugado como un momento encantado. Cargado de felicidad, me dejé llevar por una sedosa ola de somnolencia. Y las lámparas doradas y el rostro de Nycea se desvanecieron en una niebla gozosa y no volvieron a ser vistos.

Repentinamente, desde las profundidades de un reposo más allá de todo sueño, me encontré conducido a la fuerza a la más completa vigilia. Durante un instante, ni siquiera me di cuenta de dónde estaba y, todavía menos, de lo que me había despertado. Entonces, escuché una pisada en la puerta abierta del cuarto y, mirando más allá de la cabeza dormida de Nycea, vi la lámpara del abad Hilarión, quien se había detenido en el umbral. Una expresión del más completo horror se había adueñado de su cara y, al verme, comenzó a farfullar en latín, en cuyo tono se mezclaba el miedo, el odio y la repugnancia fanática. Vi que llevaba entre sus manos una gran botella y un hisopo. Estaba convencido de que la botella contenía agua bendita, y, por supuesto, adiviné el uso al que estaba destinada.

Mirando a Nycea, vi que ella también estaba despierta, y supe que era consciente de la presencia del abad. Me ofreció una extraña sonrisa, en la que leí una pena cariñosa mezclada con la confianza que una mujer ofrece a un niño asustado.

—No temas por mí —susurró ella.

—¡Asquerosa vampira! ¡Lamia maldita! ¡Serpiente del infierno! —tronó el abad repentinamente mientras atravesaba el umbral del cuarto, levantando el hisopo. En el mismo momento, Nycea se deslizó de la cama con una increíble velocidad de movimientos, y desapareció por una puerta trasera que daba al jardín de laureles. Su voz resonó en mis oídos, pareciendo llegar de una distancia inmensa.

—Hasta luego, Cristóbal. Pero no temas, me encontrarás de nuevo si eres valiente y tienes paciencia.

Al terminar estas palabras, el agua bendita del hisopo cayó sobre el suelo de la cámara y la cama donde Nycea había yacido junto a mí. Hubo un crujido como el de muchos truenos y las lámparas doradas se apagaron en una oscuridad que parecía estar llena del polvo de una lluvia de fragmentos que caía. Perdí el conocimiento y, cuando lo recobré, me encontré tumbado sobre un montón de escombros en una de las cuevas que había atravesado antes ese día. Con una vela en la mano y una expresión de infinita pena y gran solicitud sobre su rostro, Hilarión estaba inclinado sobre mí. Junto a él descansaban la botella y el goteante hisopo.

—Doy gracias a Dios, hijo mío, de haberte encontrado tan a tiempo —dijo él—. Cuando regresé a la abadía esta tarde y supe que te habías marchado, supuse todo lo que había sucedido. Vi que habías leído el manuscrito maldito durante mi ausencia y habías caído bajo su maléfico hechizo, como tanto otros, incluso cierto reverendo abad, uno de mis predecesores. Todos ellos, ¡ay!, comenzando por Gerardo de Venteillon, han caído víctimas de la lamia que mora en estas criptas.

—¿La lamia? —le pregunté, sin apenas comprender sus palabras.

—Sí, hijo mío, la hermosa Nycea que ha pasado la noche entre tus brazos es una lamia, una antigua vampira que mantiene en estas apestosas criptas un palacio de ilusiones beatíficas. El modo en que ella llegó a tomar Faussesflammes como morada no lo sé, porque su llegada precede a la memoria de los hombres. Es tan vieja como el paganismo; fue exorcizada por Apolonio de Tyana, y, si pudieses contemplarla como realmente es, verías, en lugar de su voluptuoso cuerpo, los anillos de una inmundada y monstruosa serpiente. Todos aquellos a quienes ama y admite a su hospitalidad, termina al final por devorarlos, después de haberles robado la vida y la fuerza con la diabólica delicia de sus besos. La llanura con el bosque de laurel que viste, el río bordeado de acebos, el palacio de mármol y todos los lujos que contenía, no eran más que ilusiones satánicas, una hermosa burbuja que se levantaba del polvo y la corrupción de una muerte inmemorial y una corrupción antigua. Se hicieron polvo ante el beso del agua bendita que traje conmigo cuando te seguí. Pero Nycea, ¡ay!, ha escapado, y me temo que aún sobrevivirá, para construir de nuevo su palacio de encantamientos demoniacos, para cometer de nuevo la abominación indecible de sus pecados.

Todavía bajo una especie de estupor ante la ruina de mi recién encontrada felicidad, ante las singulares revelaciones efectuadas por el abad, le seguí obediente mientras me conducía a través de las cuevas de Faussesflammes. Subió por las escaleras a través de las cuales yo había descendido, y, cuando se acercaba a la superficie y se vio obligado a inclinarse un poco, la gran losa se levantó hacia arriba, dejando pasar un torrente de gélida luz de luna. Emergimos y le permití que me condujese de regreso al monasterio. Mientras mi mente comenzaba a aclararse, y la confusión a la que había sido arrojado se resolvía, una sensación de resentimiento comenzó a crecer..., una fuerte cólera ante la intromisión de Hilarión. Sin hacer caso de si me había rescatado o no de graves peligros físicos o espirituales, eché en falta el hermoso sueño de que se me había privado. Los besos de Nycea ardían suavemente en mi recuerdo, y supe que, sin importar lo que quiera que fuese, mujer o demonio o serpiente, no había nadie en el mundo que pudiese despertar en mi el mismo amor y el mismo placer. Tuve cuidado, sin embargo, de ocultarle mis sentimientos a Hilarión, dándome cuenta de que traicionar semejantes emociones simplemente haría que me considerase como un alma que estaba perdida más allá de la redención.

A la mañana, alegando la urgencia de mi regreso al hogar, me marché de Périgon. Ahora, en la biblioteca de la casa de mi padre, cerca de Moulins, escribo este relato de mis aventuras. El recuerdo de Nycea es mágicamente claro, inefablemente querido, como si ella todavía estuviese a mi lado, y aún puedo ver los ricos tapices de una habitación iluminada a medianoche por lámparas de oro curiosamente labrado, y oír las palabras de su despedida:

“No temas. Volverás a encontrarme si eres valiente y tienes paciencia.”

Pronto volveré a visitar de nuevo las ruinas del Château des Faussesflammes, y volveré a descender a las criptas debajo de la losa triangular. Pero, a pesar de lo cercano de Périgon a Faussesflammes, a pesar de mi estima por el abad, mi gratitud por su hospitalidad, mi admiración por su incomparable biblioteca, no creo que me apetezca volver a ver a mi amigo Hilarión.

The End Of The Story, X—1929

(Weird Tales, V—30. Out Of Space And Time, VIII—42)

Trad. Arturo Villarubia

Los Mundos Perdidos (A Rendezvous In Averigne, 1988)

Icaro, 22

EDAF 1991

II - POSEIDONIS

THE LAST INCANTATION

CLARK ASHTON SMITH

Malygris the magician sat in the topmost room of his tower that was builded on a conicall hill above the heart of Susran, capital of Poseidonis. Wrought of a dark stone mined from deep in the earth, perdurable and hard as the fabled adamant, this tower loomed above all others, and flung its shadow far on the roofs and domes of the city, even as the sinister power of Malygris had thrown its darkness on the minds of men.

Now Malygris was old, and all the baleful might of his enchantments, all the dreadful or curious demons under his control, all the fear that he had wrought in the hearts of kings and prelates, were no longer enough to assuage the black ennui of his days. In his chair that was fashioned from the ivory of mastodons, inset with terrible cryptic runes of red tourmalines and azure crystals, he stared moodily through the one lozenge-shaped window of fulvous glass. His white eyebrows were contracted to a single line on the umber parchment of his face, and beneath them his eyes were cold and green as the ice of ancient floes; his beard, half white, half of a black with glaucous gleams, fell nearly to his knees and hid many of the writhing serpentine characters inscribed in woven silver athwart the bosom of his violet robe. About him were scattered all the appurtenances of his art; the skulls of men and monsters; phials filled with black or amber liquids, whose sacrilegious use was known to none but himself; little drums of vulture-skin, and crotali made from the bones and teeth of the cockodrill, used as an accompaniment to certain incantations. The mosaic floor was partly covered with the skins of enormous black and silver apes: and above the door there hung the head of a unicorn in which dwelt the familiar demon of Malygris, in the form of a coral viper with pale green belly and ashen mottlings. Books were piled everywhere: ancient volumes bound in serpent-skin, with verdigris-eaten clasps, that held the frightful lore of Atlantis, the pentacles that

have power upon the demons of the earth and the moon, the spells that transmute or disintegrate the elements; and runes from a lost language of Hyperborea. which, when uttered aloud. were more deadly than poison or more potent than any philtre.

But, though these things and the power they held or symbolized were the terror of the peoples and the envy, of all rival magicians, the thoughts of Malygris were dark with immitigable melancholy, and weariness filled his heart as ashes fill the hearth where a great fire has died. Immovable he sat, implacable he mused, while the sun of afternoon, declining on the city and on the sea that was beyond the city, smote with autumnal rays through the window of greenish-yellow glass, and touched his shrunken hands with its phantom gold and fired the bales-rubies of his rings till they burned like demonian eyes. But in his musings there was neither light nor fire; and turning from the grayness of the present, from the darkness that seemed to close in so imminently upon the future, he groped among the shadows of memory, even as a blind man who has lost the sun and seeks it everywhere in vain. And all the vistas of time that had been so full of gold and splendor, the days of triumph that were colored like a soaring flame, the crimson and purple of the rich imperial years of his prime, all these were chill and dim and strangely faded now, and the remembrance thereof was no more than the stirring of dead embers. Then Malygris groped backward to the years of his youth, to the misty, remote, incredible years, where, like an alien star, one memory still burned with unflinching luster - the memory of the girl Nylissa whom he had loved in days ere the lust of unpermitted knowledge and necromantic dominion had ever entered his soul. He had well-nigh forgotten her for decades, in the myriad preoccupations of a life so bizarrely diversified, so replete with occult happenings and powers, with supernatural victories and perils; but now, at the mere thought of this slender and innocent child, who had loved him so dearly when he too was young and slim and guileless, and who had died of a sudden mysterious fever on the very eve of their marriage-day, the mummylike umber of his cheeks took on a phantom flush, and deep down in the icy orbs was a sparkle like the gleam of mortuary tapers. In his dreams arose the irretrievable suns of youth, and he saw the myrtle-shaded valley of Meros, and the stream Zemandar, by whose

ever-verdant marge he had walked at eventide with Nylissa, seeing the birth of summer stars in the heavens, the stream, and the eyes of his beloved.

Now, addressing the demonian viper that dwelt in the head of the unicorn, Malygris spoke, with the low monotonous intonation of one who thinks aloud:

Viper, in the years before you came to dwell with me and to make your abode in the head of the unicorn, I knew a girl who was lovely and frail as the orchids of the jungle, and who died as the orchids die... Viper, am I not Malygris, in whom is centered the mastery of all occult lore, all forbidden dominations, with dominion over the spirits of earth and sea and air, over the solar and lunar demons. over the living and the dead? If so I desire, can I not call the girl Nylissa, in the very semblance of all her youth and beauty, and bring her forth from the never-changing shadows of the cryptic tomb, to stand before me in this chamber, in the evening rays of this autumnal sun?

'Yes, master,' replied the viper, in a low but singularly penetrating hiss, 'you are Malygris, and all sorcerous or necromantic power is yours, all incantations and spells and pentacles are known to you, It is possible, if you so desire, to summon the girl Nylissa from her abode among the dead, and to behold her again as she was ere her loveliness had known the ravening kiss of the worm.'

'Viper, is it well, is it meet, that I should summon her thus? ... Will there be nothing to lose, and nothing to regret?'

The viper seemed to hesitate. Then, in a more slow and measured hiss: 'It is meet for Malygris to do as he would. Who, save Malygris, can decide if a thing be well or ill?'

'In other words, you will not advise me?' the query was as much a statement as a question, and the viper vouchsafed no further utterance.

Malygris brooded for awhile, with his chin on his knotted hands. Then he arose, with a long-unwonted celerity and sureness of movement that belied his

wrinkles, and gathered together, from different coigns of the chamber, from ebony shelves, from caskets with locks of gold or brass or electrum, the sundry appurtenances that were needful for his magic. He drew on the floor the requisite circles, and standing within the centermost he lit the thuribles that contained the prescribed incense, and read aloud from a long narrow scroll of gray vellum the purple and vermilion runes of the ritual that summons the departed. The fumes of the censers, blue and white and violet, arose in thick clouds and speedily filled the room with ever-writhing interchanging columns, among which the sunlight disappeared and was succeeded by a wan unearthly glow, pale as the light of moons that ascend from Lethe. With preternatural slowness, with unhuman solemnity, the voice of the necromancer went on in a priest-like chant till the scroll was ended and the last echoes lessened and died out in hollow sepulchral vibrations. Then the colored vapors cleared away, as if the folds of a curtain had been drawn back. But the pale unearthly glow still filled the chamber, and between Malygris and the door where hung the unicorn's head there stood the apparition of Nylissa, even as she had stood in the perished years, bending a little like a wind-blown flower, and smiling with the unmindful poignancy of youth. Fragile, pallid, and simply gowned, with anemone blossoms in her black hair, with eyes that held the new-born azure of vernal heavens, she was all that Malygris had remembered, and his sluggish heart was quickened with an old delightful fever as he looked upon her.

'Are you Nylissa?' he asked — 'the Nylissa whom I loved in the myrtle-shaded valley of Meros, in the golden-hearted days that have gone with all dead eons to the timeless gulf?'

'Yes, I am Nylissa,' Her voice was the simple and rippling silver of the voice that had echoed so long in his memory... But somehow, as he gazed and listened, there grew a tiny doubt — a doubt no less absurd than intolerable, but nevertheless insistent: was this altogether the same Nylissa he had known? Was there not some elusive change, too subtle to be named or defined, had time and the grave not taken something away — an innominate something that his magic had not wholly restored? Were the eyes as tender, was the black hair as lustrous, the form as slim and supple, as those of the girl he recalled? He

could not be sure, and the growing doubt was succeeded by a leaden dismay, by a grim despondency that choked his heart as with ashes. His scrutiny became searching and exigent and cruel, and momentarily the phantom was less and less the perfect semblance of Nylissa, momentarily the lips and brow were less lovely, less subtle in their curves; the slender figure became thin, the tresses took on a common black and the neck an ordinary pallor. The soul of Malygris grew sick again with age and despair and the death of his evanescent hope. He could believe no longer in love or youth or beauty; and even the memory of these things was a dubitable mirage, a thing that might or might not have been. There was nothing left but shadow and grayness and dust, nothing but the empty dark and the cold, and a clutching weight of insufferable weariness, of immedicable anguish.

In accents that were thin and quavering, like the ghost of his former voice, he pronounced the incantation that serves to dismiss a summoned phantom. The form of Nylissa melted upon the air like smoke and the lunar gleam that had surrounded her was replaced by the last rays of the sun. Malygris turned to the viper and spoke in a tone of melancholy reproof:

'Why did you not warn me?'

'Would the warning have availed?' was the counter-question. 'All knowledge was yours, Malygris, excepting this one thing; and in no other way could you have learned it.'

'What thing?' queried the magician. 'I have learned nothing except the vanity of wisdom, the impotence of magic, the nullity of love, and the delusiveness of memory... Tell me, why could I not recall to life the same Nylissa whom I knew, or thought I knew?'

'It was indeed Nylissa whom you summoned and saw,' replied the viper. 'Your necromancy was potent up to this point; but no necromantic spell could recall far you your own lost youth or the fervent and guileless heart that loved

Nylissa, or the ardent eyes that beheld her then. This, my master, was the thing that you had to learn.'

EL ÚLTIMO HECHIZO

CLARK ASHTON SMITH

MALYGRIS el mago estaba sentado en el cuarto superior de su torre, construida sobre una elevación cónica, en el corazón de Susran, capital de Poseidonis. Hecha con una piedra oscura, extraída de las profundidades de la tierra, tan perdurable y dura como el fabuloso diamante, esta torre se erguía sobre todas las otras, y arrojaba sus sombras sobre los tejados y cúpulas de la ciudad, como el siniestro poder de Malygris había proyectado su oscuridad en la mente de los hombres.

Ahora, Malygris era viejo, y toda la lúgubre fuerza de sus encantamientos, todos los temibles y curiosos demonios bajo su control, todo el miedo que había despertado en los corazones de reyes y prelados, no eran ya bastante para calmar el negro aburrimiento de sus días. En su trono, fabricado con el marfil de los mastodontes, incrustado con terribles runas crípticas de rojas turmalinas y cristales azul marino, miraba tristemente a través de la única ventana con forma de rombo, hecha de cristal leonado. Sus blancas cejas estaban contraídas en una única línea debajo del pergamino pardo de su frente, y, bajo ellas, sus ojos eran tan fríos y verdes como el hielo de los antiguos ícebergs; su barba, mitad blanca, mitad negra, con brillos verde claro, le caía casi hasta las rodillas y ocultaba muchos de los caracteres inscritos en seda bordada en el seno de su túnica violeta. Alrededor suyo estaban desparramados los instrumentos de su arte: los cráneos de hombres y monstruos; frascos llenos de líquidos negros o ámbar, cuyo uso sacrílego era desconocido para todos excepto para él mismo; pequeños tambores de piel de buitre, y crótalos hechos con los dientes y huesos de cocodrilos, usados como acompañamiento en ciertos encantamientos. El suelo de mosaico estaba parcialmente cubierto con las pieles de simios negros y plateados, y sobre la puerta colgaba la cabeza de un unicornio en la cual habitaba el demonio familiar de Malygris, bajo la forma de un coralillo de tripa verde clara y manchas de color ceniza. Había libros apilados por todas partes; volúmenes antiguos

encuadernados en piel de serpiente, con cerraduras corroídas por el moho, que contenían la temible sabiduría de Atlantis, los pentágonos que tenían poder sobre los demonios de la tierra y la luna, los hechizos que transmutaban y desintegraban los elementos, y runas de un lenguaje perdido de Hyperborea, el cual, de pronunciarse en voz alta, era más mortal que veneno alguno o más potente que cualquier filtro.

Pero, a pesar de estas cosas y del poder que contenían o simbolizaban, que eran el terror de la gente y la envidia de los magos rivales, los pensamientos de Malygris estaban oscurecidos por una melancolía que no podía mitigarse, y el cansancio llenaba su corazón como las cenizas llenan una chimenea cuando un gran fuego se ha apagado. Inmóvil se sentaba, implacable meditaba, mientras el sol de la tarde declinaba sobre la ciudad y sobre el mar que estaba más allá de la ciudad, golpeaba con rayos otoñales el cristal amarillo verdoso y tocaba sus marchitas manos con su oro fantasmal, y prendía los balajes de sus anillos hasta que ardían como ojos demoniacos. Pero en sus meditaciones no había ni luz ni fuego; y, apartándose del gris presente, de la oscuridad que parecía cerrarse de manera tan evidente sobre el futuro, tanteaba entre las sombras del recuerdo, como un ciego que el sol ha perdido y en vano lo busca por doquier. Y todos los paisajes del tiempo que se habían presentado plenos de oro y de esplendor, los días de triunfo que tenían el color de una llama que se remonta, el carmesí y el púrpura de los ricos años imperiales de la flor de la edad, todos ellos estaban fríos y oscuros y extrañamente desdibujados, y el recuerdo de ellos no era más que el revolver de cenizas. Entonces, Malygris tanteó hacia los años de su juventud, los años remotos, increíbles, caliginosos, donde, como una estrella extraña, una memoria aún ardía con un brillo infalible..., el recuerdo de la muchacha Nylissa, a quien había amado en los días anteriores a que el deseo de conocimientos no permitidos y poder nigromántico hubiese penetrado en su alma. Prácticamente, la había olvidado durante décadas, entre la miríada de preocupaciones de una vida tan grotescamente variada, tan repleta de acontecimientos sobrenaturales y poderes, con sobrenaturales victorias y peligros; pero ahora, con el simple pensamiento de esta niña, delgada e inocente, quien tanto le había amado cuando él también era joven, delgado y sin maldad, y quien había muerto de una repentina y misteriosa fiebre en la víspera del día de su boda. Como una

momia, en el color pardo de sus mejillas apareció un sonrojo fantasmal, y en las profundidades de sus gélidos globos oculares había un reflejo como el brillo de cirios de velatorio. En sus sueños se pusieron los soles irrecuperables de su juventud, y vio el valle de Meros al que daban sombra los mirtos, y el arroyo de Zemander, por cuyos márgenes siempre verdes había caminado a la caída de la tarde con Nylissa, viendo el nacimiento de las estrellas de verano, el arroyo y los ojos de su amada.

Ahora, dirigiéndose a la víbora demoníaca que habitaba en la cabeza del unicornio, Malygris habló, empleando la entonación baja y monótona de quien piensa en voz alta.

—Víbora, en los años anteriores a que tú vinieses a vivir conmigo y establecieses tu morada en la cabeza del unicornio, conocí a una muchacha que era hermosa y frágil como las orquídeas de la selva, y quien, como las orquídeas mueren, murió... Víbora, ¿acaso no soy yo Malygris, en quien se centra toda la sabiduría oculta, todos los dominios prohibidos y los poderes sobre los espíritus de la tierra, el mar y el aire, sobre los demonios solares y lunares, sobre los vivos y sobre los muertos? Y, si yo lo deseo, ¿no puedo llamar a la muchacha Nylissa, en la auténtica semblanza de su juventud y de su belleza, y traerla de las sombras inmutables de la secreta tumba, para que se levante ante mí en esta cámara, bajo los rayos de este sol otoñal?

—Sí, amo —replicó la serpiente en un silbido bajo, pero singularmente penetrante. Eres Malygris, y todos los poderes mágicos o nigrománticos son tuyos, todos los hechizos y todos los encantamientos y los pentágonos te son conocidos. Te es posible, si lo deseas, invocar a la muchacha Nylissa de su morada entre los muertos, y contemplarla de nuevo tal y como ella era antes de que su hermosura hubiese conocido el destructor beso del gusano.

—Víbora, ¿está bien, resulta correcto, que la invoque de esta manera?... ¿No habrá nada que perder, nada que lamentar?

La víbora pareció vacilar, y después añadió con un silbido más lento y medido:

—Es correcto que Malygris haga lo que le plazca. ¿Quién, salvo Malygris, puede decidir si algo está bien o mal?

—En otras palabras, ¿no me aconsejarás? —la frase era tanto una afirmación como una pregunta, y la víbora no otorgó ninguna nueva

manifestación. Malygris meditó durante un rato, con la barbilla apoyada en sus nudosas manos. Entonces, se levantó con una celeridad en sus movimientos largo tiempo desusada y una seguridad que desmentía sus arrugas, y reunió, de distintos rincones del cuarto, de estanterías de ébano, de cofres con cerraduras de oro, bronce o electro, los variados aparatos que eran necesarios para su magia. Trazó en el suelo los círculos requeridos, y de pie en el centro encendió los incensarios que contenían el incienso prescrito, y leyó en voz alta, de un pergamino alargado de vitela gris, las runas, púrpura y bermellón, del ritual para convocar a aquellos que se han marchado. Los vapores de los incensarios, azules, blancos y violetas, se levantaron en densas nubes y rápidamente llenaron el cuarto con columnas intercambiables, que no dejaban de retorcerse, entre las cuales la luz del sol desapareció para ser sustituida por un apagado brillo ultraterreno, pálido como la luz de las lunas que se ponen sobre el Leteo. Con lentitud sobrenatural, con sobrehumana solemnidad, la voz continuó con un cántico que era como de sacerdote, hasta que el pergamino hubo concluido y los últimos ecos se apagaron y desvanecieron en medio de huecas vibraciones sepulcrales. Entonces, los vapores coloreados se aclararon, como si los pliegues de una cortina hubiesen sido retirados. Pero aún el pálido brillo ultraterreno llenaba la cámara, y, entre Malygris y la puerta sobre la que estaba colocada la cabeza del unicornio, se alzaba la aparición de Nylissa, idéntica a como había sido durante los años percidos, moviéndose un poco como una flor inclinada por el viento, y sonriendo con la espontánea picardía de la juventud. Frágil, pálida y sencillamente ataviada, con un capullo de anémona en sus negros cabellos, con ojos que retenían el recién nacido azul de los cielos primaverales, ella era todo lo que Malygris recordaba, y su torpe corazón se aceleró con una vieja y deliciosa fiebre al mirarla.

—¿Eres tú, Nylissa? —preguntó—. ¿La Nylissa a quien amé en el valle de Meros al que dan sombra los mirtos, en los días de corazón dorado que con todos los siglos muertos han marchado a un golfo intemporal?

—Sí, yo soy Nylissa —su voz era la sencilla plata con ondulaciones que había producido ecos durante tanto tiempo en su memoria... Pero, de alguna manera, mientras la miraba y escuchaba, apareció una pequeña duda..., una duda no menos absurda que intolerable, pero insistente de todos modos; ¿era ésta por completo la misma Nylissa que él había conocido? ¿No había acaso

un cambio fugaz, demasiado sutil como para darle nombre o definirlo?; ¿acaso no habían quitado algo el tiempo y la tumba..., algo innominable que su magia no había restaurado del todo? ¿Eran los ojos tan tiernos, el pelo negro tan lustroso, la silueta tan delgada y flexible como aquellos de la chica que recordaba? No podía estar seguro. y la duda creciente fue sustituida por una desesperación plomiza, por una gris depresión que ahogaba su corazón como con cenizas. Su escrutinio se volvió exploratorio, exigente y cruel, y, momentáneamente, el fantasma tuvo un parecido menos y menos perfecto a Nylissa: por momentos, los labios y las cejas eran menos hermosos, menos sutiles en sus curvas, la silueta estilizada se volvió delgada, las trenzas adquirieron un negro normal, y el cuello, la normal palidez. El alma de Malygris enfermó de nuevo a causa de la edad, la desesperación y la muerte de su evanescente esperanza. Ya no era capaz de creer en el amor, en la juventud y en la belleza, e incluso el recuerdo de estas cosas le pareció un espejismo sospechoso, una cosa que podría haber sido o no. No le quedaba otra cosa sino sombras, envejecimiento y polvo, y un peso que le tiraba de un cansancio insoportable y de una angustia intratable.

Con acentos débiles y temblorosos, como un fantasma de su anterior tono de voz, pronunció los encantamientos que sirven para hacer marchar a los fantasmas que han sido invocados. La forma de Nylissa se deshizo en el aire como humo, y el brillo lunar que la rodeaba fue reemplazado por los últimos rayos del sol. Malygris se volvió hacia la víbora y le habló con un tono de melancólico reproche.

—¿Por qué no me avisaste?

—¿Habría servido de algo el aviso? —fue la contrapregunta—. Todo el conocimiento era tuyo, Malygris, excepto esta única cosa, y de ninguna otra manera podrías haberlo aprendido.

—¿Qué cosa? —preguntó el mago—. Nada he aprendido, a no ser la vanidad que es la sabiduría, la impotencia de la magia, la nulidad del amor y lo engañoso de la memoria... Dime, ¿por qué no pude devolver la vida a la misma Nylissa a quien yo conocía, o a quien creía conocer?

—Fue, en verdad, a Nylissa a quien invocaste y contemplaste —replicó la víbora—. Tu nigromancia fue poderosa hasta ese punto, pero ningún hechizo nigromántico puede recuperar para ti tu propia juventud perdida, o el corazón

ferviente y sin engaño con que amaste a Nylíssa, o los ojos ardientes con los que la contemplaste. Ésta, mi amo, era la cosa que tenias que aprender.

The Last Incantation, IX—1929

(Weird Tales, VI—30. Lost Worlds, X—44)

Trad. Arturo Villarubia

Los Mundos Perdidos (A Rendezvous In Averaigne, 1988)

Icaro, 22

EDAF 1991

THE DEATH OF MALYGRIS

CLARK ASHTON SMITH

At the hour of interlunar midnight, when lamps burned rarely and far apart in Susran, and slow-moving autumn clouds had muffled the stars, King Gadeiron sent forth into the sleeping city twelve of his trustiest mutes. Like shadows gliding through oblivion, they vanished upon their various ways; and each of them, returning presently to the darkened palace, led with him a shrouded figure no less discreet, and silent than himself.

In this manner, groping along tortuous alleys, through blind cypress-caverns in the royal gardens, and down subterranean halls and steps, twelve of the most powerful sorcerers of Susran were brought together in a vault of oozing, death-gray granite, far beneath the foundations of the palace.

The entrance of the vault was guarded by earth-demons that obeyed the arch-sorcerer, Maranapion, who had long been the king's councillor. These demons would have torn limb from limb any who came unprepared to offer them a libation of fresh blood. The vault was lit dubiously by a single lamp, hollowed from a monstrous garnet, and fed with vipers' oil. Here Gadeiron, crownless, and wearing sackcloth dyed in sober purple, awaited the wizards on a seat of limestone wrought in the form of a sarcophagus. Maranapion stood at his right hand, immobile, and swathed to the mouth in the garments of the tomb. Before him was a tripod of orichalchum, rearing shoulder-high; and on the tripod, in a silver socket, there reposed the enormous blue eye of a slain Cyclops, wherein the archimage was said to behold weird visions. On this eye, gleaming balefully under the garnet lamp, the gaze of Maranapion was fixed with death-like rigidity.

From these circumstances, the twelve sorcerers knew that the king had convened them only because of a matter supremely grave and secret. The hour

and fashion of their summoning, the place of meeting, the terrible elemental guards, the mufti worn by Gadeiron — all were proof of a need for preternatural stealth and privity.

For awhile, there was silence in the vault, and the twelve, bowing deferentially, waited the will of Gadeiron. Then, in a voice that was little more than a harsh whisper, the king spoke:

'What know ye of Malygris?'

Hearing that awful name, the sorcerers paled and trembled visibly; but, one by one, as if speaking by rote, several of the foremost made answer to Gadeiron's question.

'Malygris dwells in his black tower above Susran,' said the first. 'The night of his power is still heavy upon Poseidonis; and we others, moving in that night, are as shadows of a withered moon. He is overlord of all kings and sorcerers. Yea, even the triremes that fare to Tartessos, and the far-flown eagles of the sea, pass not beyond the black falling of his shadow.'

'The demons of the five elements are his familiars, said the second. 'The gross eyes of common men have beheld them often, flying like birds about his tower, or crawling lizard-wise on the walls and pavements.'

'Malygris sits in his high hall,' avowed the third. 'Unto him, tribute is borne at the full moon from all the cities of Poseidonis. He takes a tithe of the lading of every galley. He claims a share of the silver and incense, of the gold and ivory sacred to the temples. His wealth is beyond the opulence of the sunken kings of Atlantis... even those kings who were thy forefathers, O Gadeiron.'

'Malygris is old as the moon,' mumbled a fourth. 'He will live for ever, armed against death with the dark magic of the moon. Death has become a slave in his citadel, toiling among other slaves, and striking only at the foes of Malygris.'

Much of this was true formerly,' quoth the king, with a sinister hissing of his breath. 'But now a certain doubt has arisen... for it may be that Malygris is dead.'

A communicated shiver seemed to run about the assembly. 'Nay,' said the sorcerer who had affirmed the immortality of Malygris. 'For how can this thing have come to pass? The doors of his tower stood open today at sunset; and the priests of the ocean-god, bearing a gift of pearls and purple dyes, went in before Malygris, and found him sitting in his tall chair of the ivory of mastodons. He received them haughtily, without speaking, as is his wont; and his servants, who are half ape and half man, came in unbidden to carry away the tribute.'

'This very night,' said another, 'I saw the steadfast lamps of the sable tower, burning above the city like the eyes of Taaran, gold of Evil. The familiars have departed not from the tower as such beings depart at the dying of a wizard: for in that case, men would have heard their howling and lamentation in the dark.'

'Aye,' declared Gadeiron, 'men have been befooled ere this. And Malygris was ever the master of illuding shows, of feints, and beguilements. But there is one among us who discerns the truth. Maranapion, through the eye of the Cyclops, has looked on remote things and hidden places. Even now, he peers upon his ancient enemy, Malygris.'

Maranapion, shuddering a little beneath his shroud-like garments, seemed to return from his clairvoyant absorption. He raised from the tripod his eyes of luminous amber, whose pupils were black and impenetrable as jet.

'I have seen Malygris,' he said, turning to the conclave. 'Many times I have watched him thus, thinking to learn some secret of his close-hidden magic, I have spied upon him at noon, at evenfall, and through the drear, lampless vigils of midnight. And I have beheld him in the ashen dawn and the dawn of quickening fire. But always he sits in the great ivory chair, in the high hall of his tower, frowning as if with meditation. And his hands clutch always the basilisk-carven arms of the chair, and his eyes turn evermore, unshutting, unblinking,

toward the orient window and the heavens beyond. where only high-risen stars and clouds go by.

'Thus have I beheld him for the space of a whole year and a month. And each day I have seen his monsters bring before him vessels filled with rare meat and drink: and later they have taken away the vessels untouched. And never have I discerned the least movement of his lips, nor any turning or tremor of his body.

'For these reasons, I deem that Malygris is dead; but by virtue of his supremacy in evil and in art magical, he sits defying the worm, still undecayed and incorrupt. And his monsters and his familiars attend him still, deceived by the lying appearance of life; and his power, though now an empty fraud, is still dark and awful upon Poseidonis.'

Again. following the slow-measured words of Maranapion, there was silence in the vault. A dark, furtive triumph smoldered in the face of Gadeiron, on whom the yoke of Malygris had lain heavily, irking his pride. Among the twelve sorcerers, there was none who wished well to Malygris, nor any who did not fear him; and they received the annunciation of his demise with dreadful, half-incredulous joy. Some there were who doubted, holding that Miranapion was mistaken; and in the faces of all, as in somber mirrors, their awe of the master was still reflected.

Maranapion, who had hated Malygris above all others, as the one warlack whose art and power excelled his own, stood aloof and inscrutable like a poisoning vulture.

It was King Gadeiron who broke the gravid silence.

'Not idly have I called ye to this crypt, O sorcerers of Susran: for a work remains to be done. Verily, shall the corpse of a dead necromancer tyrannize over us all? There is mystery here, and a need to move cautiously, for the duration of his necromancy is yet unverified and untested. But I have called ye

together in order that the hardiest among ye may take council with Maranapion, and aid him in devising such wizardry as will now expose the fraud of Malygris, and evince his mortality to all men, as well as to the fiends that follow him still, and the ministering monsters.

A babble of disputation rose, and they who were most doubtful of this matter, and feared to work against Malygris in any fashion, begged Gadeiron's leave to withdraw. In the end, there remained seven of the twelve...

Swiftly, by dim and covert channels, on the day that followed, the death of Malygris was bruited throughout the isle Poseidonis. Many disbelieved the story, for the might of the wizard was a thing seared as with hot iron on the souls of them that had witnessed his thaumaturgies. However, it was recalled that during the past year few had beheld him face to face; and always he had seemed to ignore them, speaking not, and staring fixedly through the tower window, as if intent on far things that were veiled to others. During that time, he had called no man to his presence, and had sent forth no message, no oracle or decree; and they who had gone before him were mainly bearers of tribute and had followed a long-established custom.

When these matters became generally known, there were some who maintained that he sat thus in a long swoon of ecstasy or catalepsy, and would awaken therefrom in time. Others, however, held that he had died, and was able to preserve the deceitful aspect of life through a spell that endured after him. No man dared to enter the tall, sable tower; and still the shadow of the tower fell athwart Susran like the shadow of an evil gnomon moving on some disastrous dial; and still the umbrage of the power of Malygris lay stagnant as the tomb's night on the minds of men.

Now, among the five sorcerers who had begged Gadeiron's leave to depart, fearing to join their fellows in the making of wizardry against Malygris, there were two that plucked heart a little afterward, when they heard from other sources a confirmation of the vision beheld by Maranapion through the Cyclop's eye.

These two were brothers, named Nygon and Fustules. Feeling a certain shame for their timidity, and desiring to rehabilitate themselves in the regard of the others, they conceived an audacious plan.

When night had again fallen upon the city, bringing no moon, but only obscure stars and the scud of sea-born clouds, Nygon and Fustules went forth through the darkened ways and came to the steep hill at the heart of Susran, whereon, in half-immemorial years, Malygris had established his grim citadel.

The hill was wooded with close-grown cypresses, whose foliage, even to the full sun, was black and sombre as if tarnished by wizard fumes. Crouching on either hand, they leaned like misshapen-spirits of the night above the stairs of adamant that gave access to the tower. Nygon and Fustules, mounting the stairs, cowered and trembled when the boughs swung menacingly toward them in violent gusts of wind. They felt the dripping of heavy sea-dews, blown in their faces like a spittle of demons. The wood, it seemed, was full of execrably sighing voices, and weird whimpers and little moanings as of imp-children astray from Satanic dens.

The lights of the tower burned through the waving boughs, and seemed to recede unapproachably as, they climbed. More than once, the two regretted their temerity. but of length, without suffering palpable harm or hindrance, they neared the portals, which stood eternally open, pouring the effulgence of still, unflaring lamps on the windy darkness.

Though the plan they had conceived was nefarious, they deemed it best to enter boldly. The purpose of their visit if any should challenge or interrogate them was the asking of an oracle from Malygris, who was famed throughout the isle as the most infallible of soothsayers.

Freshening momentarily from the sea beyond Susran, the wind clamored about the tower like an army of devils in flight from deep to deep, and the long mantles of the sorcerers were blown in their faces. But, entering the wide

portals, they heard no longer the crying of the gale, and felt no more its pursuing rudeness. At a single step they passed into mausolean silence. Around them the lamplight fell unshaken on caryatids of black marble, on mosaics of precious gems, on fabulous metals and many-storied tapestries; and a tideless perfume weighed upon the air like a balsam of death. They felt an involuntary awe, deeming the mortal stillness a thing that was hardly natural. But, seeing that the tower vestibule was unguarded by any of the creatures of Malygris, they were emboldened to go on and climb the marmorean stairs to the apartments above.

Everywhere, by the light of opulent lamps, they beheld inestimable and miraculous treasures. There were tables of ebony wrought with sorcerous runes of pearl and white coral; webs of silver and samite, cunningly pictured; caskets of electrum overflowing with talismanic jewels; tiny gods of jade and agate; and tall chryselephantine demons. Here was the loot of ages, lying heaped and mingled in utter negligence, without lock or ward, as if free for any casual thief.

Eyeing the riches about them with covetous wonder, the two sorcerers mounted slowly from room to room, unchallenged and unmolested, and came ultimately to that upper hall in which Malygris was wont to receive his visitors.

Here, as elsewhere, the portals stood open before them, and lamps burned as if in a trance of light. The lust of plunder was hot in their hearts. Made bolder still by the seeming desolation, and thinking now that the tower was uninhabited by any but the dead magician, they went in with little hesitancy.

Like the rooms below, the chamber was full of precious artifacts; and iron-bound volumes and brazen books of occult, tremendous necromancy, together with golden and earthen censers, and vials of unshatterable crystal, were strewn in weird confusion about the mosaic floor. At the very center there sat the old archimage in his chair of primeval ivory, peering with stark, immovable eyes at the night-black window.

Nygon and Fustules felt their awe return upon them, remembering too clearly now the thrice-baleful mastery that this man had wielded, and the demon lore he had known, and the spells he had wrought that were irrefragable by other wizards. The specters of these things rose up before them as if by a final necromancy. With down-dropped eyes and humble mien, they went forward, bowing reverentially. Then, speaking aloud, in accordance with their predetermined plan, Fustules requested an oracle of their fortunes from Malygris.

There was no answer, and lifting their eyes, the brothers were greatly reassured by the aspect of the seated ancient. Death alone could have set the grayish pallor on the brow, could have locked the lips in a rigor as of fast-frozen clay. The eyes were like cavern-shadowed ice, holding no other light than a vague reflection of the lamps. Under the beard that was half silver, half sable, the cheeks had already fallen in as with beginning decay, showing the harsh outlines of the skull. The gray and hideously shrunken hands, whereon the eyes of enchanted beryls and rubies burned, were clenched inflexibly on the chair-arms which had the form of arching basilisks.

'Verily,' murmured Nygon, 'there is naught here to frighten or dismay us. Behold, it is only the lich of an old man after all, and one that has cheated the worm of his due provender overlong.'

'Aye,' said Fustules. 'But this man, in his time, was the greatest of all necromancers. Even the ring on his little finger is a sovereign talisman. The balas-ruby of the thumbing of his right hand will conjure demons from out of the deep. In the volumes that lie about the chamber, there are secrets of perished gods and the mysteries of planets immemorial. In the vials, there are sirups that give strange visions, and philtres that can revive the dead. Among these things, it is ours to choose freely.'

Nygon, eyeing the gems greedily, selected a ring that encircled the right forefinger with the sixfold coils of a serpent of orichalchum, bearing in its mouth a beryl shaped like a griffin's egg. Vainly, however, he tried to loosen the finger

from its rigid clutch on the chair-arm, to permit the removal of the ring. Muttering impatiently, he drew a knife from his girdle and prepared to hew away the finger. In the meanwhile, Fustules had drawn his own knife as a preliminary before approaching the other hand.

'Is thy heart firm within thee, brother?' he inquired in a sort of sibilant whisper. 'If so, there is even more to be gained than these talismanic rings. It is well known that a wizard who attains to such supremacy as Malygris, undergoes by virtue thereof a complete bodily transformation, turning his flesh into elements more subtle than those of common flesh. And whoso eats of his flesh even so much as a tiny morsel, will share thereafter in the powers owned by the wizard.'

'Nygon nodded as he bent above the chosen finger. 'This, too, was in my thought,' he answered.

Before he or Fustules could begin their ghoulish attack, they were startled by a venomous hissing that appeared to emanate from the bosom of Malygris. They drew back in amazement and consternation, while a small coral viper slid from behind the necromancer's beard, and glided swiftly over his knees to the floor like a sinuous rill of scarlet. There, coiling as if to strike, it regarded the thieves with eyes that were cold and malignant as drops of frozen poison.

'By the black thorns of Taaran! ' cried Fustules. 'It is one of Malygris' familiars. I have heard of this viper —'

Turning, the two would have fled from the room. But, even as they turned, the walls and portals seemed to recede before them, fleeing giddily and interminably, as if unknown gulfs had been admitted to the chamber. A vertigo seized them; reeling, they saw the little segments of mosaic under their feet assume the proportions of mighty flags. Around them the strewn books and censers and vials loomed enormous, rearing above their heads and barring their way as they ran.

Nygon, looking over his shoulder, saw that the viper had turned to a vast python, whose crimson coils were undulating swiftly along the floor. In a colossal chair, beneath lamps that were large as suns, there sat the colossal form of the dead archimage, in whose presence Nygon and Fustules were no more than pigmies. The lips of Malygris were still immobile beneath his beard; and his eyes still glared implacably upon the blackness of the far window. But at that instant a voice filled the awful spaces of the room, reverberating like thunder in the heavens, hollow and tremendous:

'Fools! ye have dared to ask me for an oracle. And the oracle is — death!'

Nygon and Fustules, knowing their doom, fled on in a madness of terror and desperation. Beyond the towering thuribles, the tomes that were piled like pyramids, they saw the threshold in intermittent glimpses, like a remote horizon. It withdrew before them, dim and unattainable. They panted as runners pant in a dream. Behind them, the vermilion python crawled; and overtaking them as they tried to round the brazen back of a wizard volume, it struck them down like fleeing dormice...

In the end, there was only a small coral viper, that crept back to its hiding-place in the bosom of Malygris...

Toiling by day and night, in the vaults under the palace of Gadeiron, with impious charms and unholy conjurations, and fouler chemistries, Maranapion and his seven coadjutors had nearly completed the making of their sorcery.

They designed an involution against Malygris that would break the power of the dead necromancer by rendering evident to all the mere fact of his death. Employing an unlawful Atlantean science, Maranapion had created living plasm with all the attributes of human flesh, and had caused it to grow and flourish, fed with blood. Then he and his assistants, uniting their wills and convoking the forces that were blasphemy to summon, had compelled the shapeless, palpitating mass to put forth the limbs and members of a new-born child; and

had formed it ultimately, after all the changes that man would undergo between birth and senescence, into an image of Malygris.

Now, carrying the process even further, they caused the simulacrum to die of extreme age, as Malygris had apparently died. It sat before them in a chair, facing toward the east, and duplicating the very posture of the magician on his seat of ivory.

Nothing remained to be done. Forspent and weary, but hopeful, the sorcerers waited for the first signs of mortal decay in the image. If the spells they had woven were successful, a simultaneous decay would occur in the body of Malygris, incorruptible heretofore. Inch by inch, member by member, he would rot in the adamantine tower; His familiars would desert him, no longer deceived; and all who came to the tower would know his mortality; and the tyranny of Malygris would lift from Susran, and his necromancy be null and void as a broken pentacle in sea-girt Poseidonis.

For the first time since the beginning of their involution, the eight magicians were free to intermit their vigilance without peril of invalidating the charm. They slept soundly, feeling that their repose was well earned. On the morrow they returned, accompanied by King Gadeiron, to the vault in which they had left the plasmic image.

Opening the sealed door, they were met by a charnel odor, and were gratified to perceive in the figure the unmistakable signs of decomposition. A little later, by consulting the Cyclops' eye, Maranapion verified the paralleling of these marks in the features of Malygris.

A great jubilation, not unmingled with relief, was felt by the sorcerers and by King Gadeiron. Heretofore, not knowing the extent and duration of the powers wielded by the dead master, they had been doubtful of the efficacy of their own magic. But now, it seemed, there was no longer any reason for doubt.

On that very day it happened that certain seafaring merchants went before Malygris to pay him, according to custom, a share of the profits of their latest voyage. Even as they bowed in the presence of the master, they became aware, by sundry disagreeable tokens, that they had borne tribute to a corpse. Not daring even then to refuse the longexacted toll, they flung it down and fled from the place in terror.

Soon, in all Susran, there was none who doubted any longer the death of Malygris. And yet, such was the awe he had wrought through many lustrums, that few were venturous enough to invade the tower; and thieves were wary, and would not try to despoil its fabled treasures.

Day by day, in the blue, monstrous eye of the Cyclops, Maranapion saw the rotting of his dreaded rival. And upon him presently there came a strong desire to visit the tower and behold face to face that which he had witnessed only in vision. Thus alone would his triumph be complete.

So it was that he and the sorcerers who had aided him, together with King Gadeiron, went up to the sable tower by the steps of adamant, and climbed by the marble stairs, even as Nygon and Fustules before them, to the high room in which Malygris was seated... But the doom of Nygon and Fustules, being without other witnesses than the dead, was wholly unknown to them.

Boldly and with no hesitation they entered the chamber. Slanting through the western window, the sun of late afternoon fell goldenly on the dust that had gathered everywhere, Spiders had woven their webs on the bright-jeweled censers, on the graven lamps, and the metal-covered volmnes of sorcery. The air was stagnant with a stifling foulness of death.

The intruders went forward. feeling that impulse which leads the victors to exult over a vanquished enemy. Malygris sat unbowed and upright, his black and tattered fingers clutching the ivory chair-arms as of yore, and his empty orbits glowering still at the eastern window. His face was little more than a bearded skull; and his blackening brow was like worm-pierced ebony.

'O Malygris, I give thee greeting,' said Maranapion in a loud voice of mockery. 'Grant, I beseech thee, a sign, if thy wizardry still prevails, and hath not become the appanage of oblivion.'

'Greeting, O Maranapion,' replied a grave and terrible voice that issued from the maggot-eaten lips. 'Indeed, i will grant thee a sign. Even as I, in death, have rotted upon my seat from the foul sorcery which was wrought in the vaults of King Gadeiron, so thou and thy fellows and Gadeiron, living, shall decay and putrefy wholly in an hour, by virtue of the curse that I put upon ye now.'

Then the shrunken corpse of Malygris, fulminating the runes of an old Atlantean formula, cursed the eight sorcerers and King Gadeiron. The formula, at frequent intervals, was cadenced with fatal names of lethal gods; and in it were told the secret appellations of the black god of time, and the Nothingness that abides beyond time; and use was made of the titles of many tomb-lairing demons. Heavy and hollow-sounding were the runes, and in them one seemed to hear a noise of great blows on sepulchral doors, and a clangor of downfallen slabs. The air darkened as if with the hovering of seasonless night, and thereupon, like a breathing of the night, a chillness entered the chamber; and it seemed that the black wings of ages passed over the tower, beating prodigiously from void to void, ere the curse was done.

Hearing that maranatha, the sorcerers were dumb with the extremity of their dread; and even Maranapion could recall no counter-spell effectual in any degree against it. All would have fled from the room ere the curse ended, but a mortal weakness was upon them, and they felt a sickness as of quick-coming death. Shadows were woven athwart their eyes; but through the shadows, each beheld dimly the instant blackening of the faces of his fellows, and saw the cheeks fall ruinously, and the lips curl back on the teeth like those of long-dead cadavers.

Trying to run, each was aware of his own limbs that rotted beneath him, pace by pace, and felt the quick sloughing of his flesh in corruption from the bone.

Crying out with tongues that shriveled ere the cry was done, they fell down on the floor of the chamber. Life lingered in them, together with the dire knowledge of their doom, and they preserved something of hearing and sight. In the dark agony of their live corruption, they tossed feebly to and fro, and crawled inchmeal on the chill mosaic. And they still moved in this fashion, slowly and more imperceptibly, till their brains were turned to gray mold, and the sinews were parted from their bones, and the marrow was dried up.

Thus, in an hour, the curse was accomplished. The enemies of the necronancer lay before him, supine and shrunken, in the tomb's final posture, as if doing obeisance to a seated Death. Except for the garments, none could have told King Gadeiron from Maranapion, nor Maranapion from the lesser wizards.

The day went by, declining seaward; and, burning like a royal pyre beyond Susran the sunset flung an aureate glare through the window, and then dropped away in red brands and funereal ashes. And in the twilight a coral viper glided from the bosom of Malygris, and weaving among the remnant of them that lay on the floor, and slipping silently down the stairs of marble, it passed for ever from the tower.

LA MUERTE DE MALYGRIS

CLARK ASHTON SMITH

A LA HORA de la medianoche interlunar, cuando las lámparas ardían raramente o lejos en Susran, y las perezosas nubes de otoño habían apagado las estrellas, el rey Gadeiron envió a la ciudad dormida doce de sus vasallos de mayor confianza. Como sombras deslizándose a través del olvido, desaparecieron en sus distintos caminos, y cada uno de ellos, al regresar al rato al oscuro palacio, conducía con él una figura amortajada no menos discreta y silenciosa que él mismo.

De esta manera, tanteando a lo largo de tortuosos callejones, por medio de oscuras cavernas de cipreses en los jardines reales, y descendiendo por salones y escaleras subterráneas, doce de los brujos más poderosos de Susran fueron reunidos en una cripta de granito goteante, gris como la muerte, en las profundidades de los cimientos del palacio.

La entrada a la cripta estaba vigilada por demonios de la tierra que obedecían al archibrujo, Maranapión, quien era, desde hacia tiempo, el valido del rey. Estos demonios habrían descuartizado, miembro a miembro, a cualquiera que se les acercase a ofrecerles una libación de sangre fresca sin estar preparado. La cripta estaba iluminada débilmente por una única lámpara, hecha de una sola almandina de tamaño monstruoso, ahuecada y alimentada con aceite de víboras. Aquí, Gadeiron, sin corona y vistiendo un cilicio teñido de sobrio púrpura, esperó a los brujos sobre un asiento de piedra caliza tallado en forma de sarcófago. Maranapión se alzaba a su diestra, inmóvil y vestido hasta el cuello con los atavíos de la sepultura. Ante él, había un trípode de oricalco, alzándose a la altura del hombro; y sobre el trípode, en una taza de plata, reposaba el enorme ojo azul de un cíclope muerto, en el cual se decía que el archibrujo contemplaba extrañas visiones. En este ojo, brillando siniestramente bajo la lámpara de la almandina, la vista de Maranapión estaba fijada con una rigidez como la producida por la muerte.

Basados en estas circunstancias, los doce brujos supieron que el rey sólo les había llamado por una cuestión secreta de suprema gravedad. La hora y el modo en que habían sido llamados, el lugar de la reunión, los terribles guardianes elementales, la arpillera vestida por Gadeiron..., todo era prueba de la necesidad de una discreción y cautela sobrenaturales.

Durante un rato, reinó el silencio, y los doce, inclinándose respetuosamente, esperaron la voluntad de Gadeiron. Entonces, con una voz que era poco más que un ronco susurro, el rey habló:

—¿Qué sabéis vosotros de Malygris?

Al escuchar el nombre temido, los hechiceros palidieron y temblaron visiblemente, pero, uno por uno, como hablando de memoria, varios de los principales contestaron la pregunta de Gadeiron.

—Malygris habita en la torre negra sobre Susran —dijo el primero—. La noche de su poder todavía descansa pesada sobre Poseidonis, y nosotros, los demás, moviéndonos por esa noche, somos como sombras bajo una luna marchita. Él es señor sobre todos los reyes y magos. Sí, en verdad, hasta las trirremes que zarpan a Tartesos y las águilas del mar que lejos vuelan, no salen de su negra sombra.

—Los espíritus de los cinco elementos son sus demonios familiares —dijo el segundo—; los toscos ojos de los hombres vulgares los han contemplado a menudo, revoloteando como pájaros en torno a su torre, o arrastrándose como lagartos por sus muros y pavimentos.

—Malygris se sienta en su salón de alto techo —exclamó el tercero—. A él, tributo le es llevado de todas las ciudades de Poseidonis durante la luna llena, y toma un diezmo de lo que desembarca cada galera. Reclama una parte de la plata y del incienso, del oro y del ébano sagrados de los templos. Su opulencia está más allá de la de los sumergidos reyes de Atlantis..., incluso de la de aquellos quienes fueron vuestros antepasados, ¡oh!, Gadeiron...

—Malygris es tan viejo como la luna —murmuró el cuarto—. Vivirá para siempre, armado contra la muerte por la oscura magia de la luna. La parca se ha convertido en una esclava de su ciudadela; trabajando junto a sus otros esclavos, ataca tan sólo a los enemigos de Malygris.

—Mucho de esto fue verdad anteriormente —dijo el rey, con un siniestro silbido en el aliento—. Pero, ahora, cierta duda se ha levantado... porque podría ser que Malygris haya muerto.

Un temblor común pareció recorrer la asamblea.

—No —dijo el brujo que había defendido la inmortalidad de Malygris—. Porque ¿cómo podría tal cosa haber sucedido? Las puertas de su torre estaban hoy abiertas al ponerse el sol, y los sacerdotes del dios del océano, portando un regalo de perlas y tintes púrpura, entraron ante Malygris, y le encontraron sobre su elevado sillón de marfil de mastodonte. Los recibió despectivo, sin hablar, como es su costumbre, y sus sirvientes, que son mitad simio mitad humano, entraron sin que se les llamase para guardar su tributo.

—Esta misma noche —dijo otro— vi las fieles lámparas de la torre leonada ardiendo sobre la ciudad, como los ojos de Taaran, dios del mal. Los demonios familiares no se habían marchado de la torre, como hacen tales seres al morir un brujo, porque, en este caso, los hombres habrían escuchado en la oscuridad sus aullidos y lamentos.

—Sí —declaró Gadeiron—, los hombres han sido engañados antes de esto. Y Malygris fue siempre maestro de los espectáculos ilusorios, las fintas y los engaños. Pero hay uno entre nosotros que distingue la verdad. Maranapión, por medio del ojo del cíclope, ha mirado cosas remotas y lugares ocultos. Incluso ahora espía a su antiguo enemigo, Malygris.

Maranapión, temblando un poco debajo de la prenda que parecía un sudario, pareció regresar de su concentración de clarividente. Levantó del trípode sus ojos de luminoso ámbar, cuyas pupilas eran tan negras e impenetrables como el azabache.

—He visto a Malygris —dijo volviéndose al cónclave— Muchas veces le he vigilado así, pensando en aprender algún secreto de su bien guardada magia. Le he espiado al mediodía, al caer la tarde y durante la vigilia, temida y sin lámparas, de la medianoche. Y le he contemplado en el alba cenicienta y en el amanecer de una llama que prende. Pero siempre está sentado en su gran sillón de marfil, en el alto salón de su torre, con el ceño fruncido como si meditase. Y sus manos siempre agarran los brazos del sillón, tallados en forma de basilisco, y sus ojos están siempre vueltos, sin cerrarse y sin moverse, hacia la ventana oriental y los cielos más allá, donde sólo las elevadas estrellas

y las nubes pasan. Así le he contemplado por el plazo de todo un año y un mes. Y cada día he visto cómo sus monstruos traían ante él platos llenos de exquisitas carnes y bebida, y más tarde se han llevado los platos sin que fuesen tocados. Y nunca he discernido el menor movimiento de sus labios, ni ningún giro o temblor en su cuerpo. Por esta razón, considero que Malygris ha muerto, pero, en virtud de su supremacía en la maldad y en las artes mágicas, se sienta desafiando al gusano, aún sin decaer ni corromperse. Y sus monstruos y sus demonios familiares todavía le sirven, engañados por la apariencia mentirosa de vida, y su poder, aunque ahora es algo vacío y un fraude, cae todavía, pesado y temible, sobre Poseidonis.

De nuevo, siguiendo las palabras lentamente medidas de Maranapión, reinó el silencio en la cripta. Un triunfo, oscuro y furtivo, brillaba en el rostro de Gadeiron, en quien el yugo de Malygris había caído pesadamente irritando su orgullo. Entre los doce brujos, no había ninguno que le deseara el bien a Malygris, ni ninguno que no le temiese, y recibieron la noticia de su muerte con una alegría temible, mitad incredulidad. Había algunos que lo dudaban, considerando que Maranapión estaba equivocado, y en los rostros de todos, como en lúgubres espejos, el temor al maestro aún se reflejaba.

Maranapión, quien había odiado a Malygris por encima de los demás, como al único brujo cuyo arte y poder superaba al suyo, permaneció apartado e inescrutable como un buitre agazapado.

Fue el rey Gadeiron quien rompió este grave silencio.

—No en vano os he llamado a esta cripta, ¡oh hechiceros de Susran!, porque una tarea aún resta por hacer. En verdad, ¿nos va a tiranizar a todos el cadáver de un nigromante muerto? Aquí hay un misterio, y una necesidad de moverse con cautela, porque la duración de su nigromancia está aún por verificar, o por ser puesta a prueba. Pero os he llamado con el fin de que los valientes de entre nosotros os reunáis en consejo con Maranapión y le ayudéis en preparar una brujería tal, que exponga el fraude que es Malygris, y muestre su mortalidad a todos los hombres, así como a los demonios que le siguen y a los monstruos que le cuidan.

Un griterío de discusión se levantó, y aquellos que tenían mas dudas en este asunto y temían trabajar contra Malygris de cualquier manera, rogaron el permiso de Gadeiron para marcharse. Al final, quedaron siete de los doce...

Rápidamente, por oscuros y ocultos canales, en el día que siguió, la muerte de Malygris fue comentada por toda la isla de Poseidonis. Muchos dudaron de la historia, porque la fuerza del brujo era algo que se había marcado al rojo vivo en el alma de aquellos que habían contemplado sus taumaturgias. Sin embargo, fue recordado que, durante el año anterior, pocos le habían visto cara a cara, y siempre había parecido ignorarles, sin hablarles, mirando fijamente por la ventana de la torre, como concentrado en cosas distintas veladas a los demás. Durante ese tiempo, no había llamado a hombre alguno ante su presencia, y no había enviado ningún mensaje, ningún oráculo ni decreto, y aquellos que se habían presentado ante él, habían sido principalmente portadores de tributos que seguían costumbres largo tiempo establecidas.

Cuando estos asuntos fueron generalmente sabidos, hubo algunos que defendieron que estaba sentado de esta manera en un largo desmayo de éxtasis o por la catalepsia, y despertaría al final. Otros, sin embargo, mantuvieron que se había muerto, y que era capaz de conservar este engañoso aspecto de vida por medio de un hechizo que había continuado después de él. Ningún hombre se atrevió a entrar en la alta torre leonada, y todavía su sombra caía inclinada sobre Susran como una malvada saeta moviéndose por un desastroso reloj; y todavía la sombra del poder de Malygris se cernía estancada como la noche de la tumba, sobre las mentes de los hombres.

Ahora, entre los cinco hechiceros que rogaron el permiso de Gadeiron para marcharse, temiendo unirse a los otros en la preparación de la brujería contra Malygris, hubo dos que se envalentonaron un poco más tarde, cuando hubieron escuchado por otras fuentes la confirmación de la visión contemplada por Maranapión a través del ojo del cíclope.

Estos dos eran hermanos, se llamaban Nygon y Fustules. Sintiendo una cierta vergüenza ante su cobardía y deseando rehabilitarse en la consideración de los demás, concibieron un plan audaz.

Cuando la noche hubo caído sobre la ciudadela, sin traer la luna, sino sólo oscuras estrellas y los celajes de las nubes nacidas en el mar, Nygon y Fustules partieron a través de oscuros caminos y llegaron a la empinada colina

en el corazón de Susran, en la cual, desde años sin cuento, Malygris había establecido su lúgubre morada.

La colina tenía bosques de cipreses, plantados cerca unos de otros, cuyo follaje, incluso bajo el pleno sol, era negro y sombrío como oscurecido por vapores de brujería. Agazapados a cada lado, se apoyaron como espíritus deformes de la noche sobre las escaleras de adamante que daban acceso a la torre. Nygon y Fustules, subiendo las escaleras, se acobardaban y temblaban cuando las ramas oscilaban amenazadoramente hacia ellos a causa de las violentas ráfagas de viento. Notaron en sus rostros el gotear de densos rocíos marinos, arrojados como el escupitajo de demonios. La madera, parecía, estaba llena de voces execrables suspirando, raros gemidos y pequeños quejidos como de niños duendes que se hubiesen escapado de niñeras satánicas.

La luz de la torre brillaba a través del oscilante ramaje, y parecía retroceder inalcanzable mientras ascendían. Más de una vez, los dos lamentaron su temeridad. Pero al cabo, sin sufrir estorbo o daño palpable, se acercaron a los portales que permanecían perpetuamente abiertos, vertiendo la refulgencia de las tranquilas lámparas sin llama en la oscuridad borrascosa.

Aunque el plan que habían concebido era nefando, consideraron lo mejor entrar de manera atrevida. El propósito de su visita, si alguien los detuviese o los interrogase, era pedir un oráculo de Malygris, quien era famoso a través de la isla como el más infalible de los adivinos.

Refrescado momentáneamente por el mar de más allá de Susran, el viento clamaba sobre la torre como un ejército de demonios en fuga, y los largos mantos de los hechiceros fueron empujados contra sus rostros. Pero, atravesando los amplios portales, ya no podía escucharse el griterío de la tormenta, ni notaban su ruda persecución. De un solo paso entraron en un silencioso mausoleo. En torno a ellos, la luz de las lámparas caía inalterada sobre cariátides de mármol negro, o mosaicos de preciosas gemas, o preciosos metales o tapices que contaban muchas historias, y un inmutable perfume cargaba el aire como el bálsamo de la muerte.

Sintieron un temor involuntario, considerando la tranquilidad mortal algo que difícilmente podía ser natural. Pero, viendo que el vestíbulo de la torre no estaba vigilado por ninguna de las criaturas de Malygris, se atrevieron a

avanzar y a ascender los escalones de mármol hasta las estancias superiores. Por todas partes, bajo la luz de las opulentas lámparas, contemplaron tesoros de valor incalculable y milagrosos. Había mesas de ébano decoradas con runas de perlas y coral blanco; redes de plata y samnita, hábilmente decoradas; cofres de electro desbordantes de joyas talismánicas; pequeños dioses de jade y ágata; altos demonios hechos con crisólito elefantino. Aquí estaba el botín de los siglos, tirado, amontonado y mezclado con completo descuido, sin cerradura o guardia, como si cualquier ladrón que entrase por casualidad pudiese tomarlo libremente.

Mirando las maravillas a su alrededor con avaricioso asombro, los dos brujos subieron lentamente de cuarto en cuarto, sin que nadie les desafiase o les molestase, y llegaron por fin al salón superior en el cual Malygris acostumbraba a recibir a sus visitantes.

Aquí, como en todas partes, las puertas estaban abiertas ante ellos, y las lámparas ardían como en un trance de luz. El ansia de saqueo les calentaba los corazones. Aún más envalentonados por la aparente desolación, y creyendo que la torre estaba deshabitada salvo por el mago muerto, avanzaban ahora con escasas vacilaciones.

Como los cuartos de abajo, la habitación estaba llena de artefactos preciosos, y libros encuadernados en hierro, y bronceos volúmenes de oculta y tremenda nigromancia, junto a incensarios de oro y de barro, y frascos de cristal irrompible, estaban repartidos en extraña confusión por el suelo de mosaico. Justo en el centro, estaba sentado el viejo archimago en su sitial de marfil primitivo, mirando a la ventana negra como la noche, con ojos rígidos e inmóviles.

Nygon y Fustules notaron cómo su temor regresaba, recordando con demasiada claridad la tres veces temible maestría que este hombre había poseído, y los conocimientos sobre demonios que había tenido, y los hechizos que había lanzado que eran irrealizables para otros brujos. Los espectros de estas cosas se alzaron ante ellos como por obra de una nigromancia definitiva. Con la vista baja y expresión humilde, se acercaron, inclinándose con respeto. Entonces, hablando en voz alta de acuerdo con el plan preestablecido, Fustules pidió a Malygris un oráculo sobre sus destinos.

No hubo respuesta, y, levantando sus ojos, los hermanos se vieron muy tranquilizados por el aspecto del anciano sentado. Sólo la muerte podía haberle dado esa coloración grisácea a la frente, o haber conservado los labios en un rigor como de barro rápidamente congelado. Los ojos eran como cavernas con sombras de hielo, no contenían otra luz que un vago reflejo de las lámparas. Debajo de la barba, que era mitad blanca, mitad leonada, las mejillas ya se habían hundido como en un principio de decadencia, mostrando los duros contornos del cráneo. Las manos, grises y horrorosamente marchitas, en las cuales ardían los ojos de rubíes y berilios encantados, estaban agarradas inflexibles a los brazos del asiento, que tenían la forma de basiliscos agazapados.

—Verdaderamente —murmuró Nygon—, nada hay aquí para asustarnos o entristecernos. Contéplalo, es tan sólo el resto mortal de un hombre después de todo, y uno que ha estafado al gusano de su legítimo alimento durante demasiado tiempo.

—Cierto —dijo Fustules—. Pero este hombre, en su día, fue el mas grande de todos los nigromantes. Incluso el anillo de su dedo meñique es un talismán soberano. El balaje del pulgar derecho conjurará demonios de las profundidades. En los volúmenes repartidos por la habitación hay secretos de dioses que han perecido y planetas de antigüedad inmemorial. En los frascos hay pócimas que producen extrañas visiones, y filtros que a los muertos reviven. Entre otras cosas, está lo que libremente elijamos.

Nygon, mirando avariciosamente las gemas, eligió un anillo que rodeaba con seis vueltas de serpiente el dedo índice de la mano derecha, portando en su boca un berilio con forma de huevo de grifo. Vanamente, sin embargo, intento aflojar el dedo de su rígida sujeción al brazo de la silla, para permitir quitarle el anillo. Murmurando impaciente, sacó un cuchillo de su cinturón y se preparó para cortar el dedo. Mientras tanto, Fustules había sacado su propio cuchillo como preliminar antes de acercarse a la otra mano.

—¿Está el corazón firme en tu interior, hermano? —inquirió en una especie de susurro silbante—. Si es así, hay incluso más que ganar que estos anillos talismánicos. Es bien sabido que un brujo que alcanza una supremacía como la de Malygris experimenta, en virtud de la misma, una completa transformación corporal, convirtiendo su carne en elementos más sutiles que los de la normal.

Y aquel que come de esta carne, aunque sea un pedazo mínimo, compartirá en adelante los poderes poseídos por el brujo.

Nygon asintió con la cabeza, mientras se inclinaba sobre el dedo elegido.

—Eso también estaba en mí pensamiento —replicó.

Antes de que Fustules pudiese iniciar su canibalesco ataque, fueron sorprendidos por un venenoso silbido que parecía surgir del seno de Malygris. Se echaron atrás, asombrados y consternados, mientras una pequeña coralilla asomaba por detrás de la barba del mago y se deslizaba rápidamente por sus rodillas hasta el suelo como un sinuoso arroyuelo escarlata. Allí, recogiendo como para atacar, examinó a los ladrones con ojos que eran tan fríos y malignos como gotas de veneno congeladas.

—¡Por las negras espinas de Taaran! —gritó Fustules—. Es uno de los demonios familiares de Malygris. He oído hablar de esta víbora...

Volviéndose, ambos habrían escapado del cuarto. Pero, incluso antes de dar la vuelta, las paredes y las puertas parecían retroceder ante ellos, escapando de una manera mareante e interminable, como si extraños espacios hubiesen sido admitidos en el cuarto. Un vértigo se apoderó de ellos; tambaleándose, vieron cómo los pequeños fragmentos del mosaico bajo sus pies adquirían las proporciones de enormes losas. En torno a ellos, los libros tirados, los incensarios y los frascos se erguían con un tamaño enorme, alzándose por encima de sus cabezas y bloqueándoles el paso mientras corrían.

Nygon, mirando por encima del hombro, vio que la víbora se había convertido en una gran serpiente pitón, cuyos anillos carmesíes estaban ondulándose rápidamente por el suelo. En un trono colosal, bajo lámparas tan grandes como soles, estaba sentada la forma también colosal del archimago muerto, en cuya presencia Nygon y Fustules no eran nada más que pigmeos. Los labios de Malygris seguían inmóviles debajo de su barba; y sus ojos todavía miraban, fijos e implacables, la negrura de la distante ventana. Pero, en ese instante, una voz llenó los terribles espacios del cuarto, produciendo ecos como un trueno entre los cielos, hueca y tremenda.

—¡Necios! ¡Os habéis atrevido a pedirme un oráculo. Y el oráculo es... muerte!

Nygon y Fustules, conociendo su condena, escaparon en una locura de terror y desesperación. Más allá de los elevados incensarios, de los tomos que

se apilaban como pirámides, vieron el umbral en vislumbres intermitentes, como en un remoto horizonte. Pero se retiraba ante ellos, vago e inalcanzable. Jadeaban como resuellan los corredores en un sueño. Detrás de ellos, la pitón bermellón se arrastraba y, alcanzándoles mientras intentaban dar un rodeo por la portada bronceada de uno de los libros de magia, les atacó como a ratones fugitivos.

Al final, sólo hubo una pequeña víbora coralina, que se arrastraba de regreso a su escondite en el seno de Malygris...

Trabajando día y noche, en las criptas bajo el palacio de Gadeiron, con amuletos impíos y conjuraciones malditas, y procedimientos químicos aún más repugnantes, Maranapión y sus siete coadjutores casi habían terminado su brujería.

Habían diseñado una invocación contra Malygris que derribaría el poder del brujo, haciendo evidente a todos el simple hecho de su muerte. Empleando una ciencia atlántida ilegal, Maranapión había creado plasma viviente con todos los atributos de la carne humana, y había hecho que creciese y prosperase, alimentándolo con sangre. Entonces, él y sus ayudantes, uniendo sus voluntades y convocando a fuerzas que era una blasfemia invocar, habían obligado a la masa, palpitante y amorfa, a desarrollar los miembros y el aspecto de un bebé recién nacido, y, en definitiva, le habían dado forma, después de todos los cambios que un hombre experimenta entre su nacimiento y la senectud, en la imagen de Malygris.

Ahora, haciendo avanzar el proceso incluso más, habían hecho que el simulacro muriese de una extremada vejez, como Malygris había aparentemente muerto.

Estaba sentado ante ellos en una silla, orientado hacia el este, y duplicando la misma postura del mago en su asiento de marfil.

Nada quedaba por hacer. Sin fuerzas y agotados, pero con esperanzas, los brujos esperaron los primeros signos de deterioro. Si los hechizos que habían lanzado tenían éxito, un deterioro simultáneo tendría lugar en el cuerpo de Malygris, incorrupto antes de ese momento. Milímetro a milímetro, miembro a miembro, se corrompería en su torre adamantina. Sus familiares le abandonarían, al no estar ya engañados; y todos los que fuesen a la torre

conocerían su mortalidad; y la tiranía de Malygris quedaría levantada de Susran, y su nigromancia sería tan nula e impotente como un pentágono roto en Poseidonis.

Por primera vez desde el principio de sus invocaciones, los ocho magos se vieron libres de interrumpir su vigilancia sin poner en peligro o invalidar el hechizo. Durmieron a pierna suelta, sintiendo que se habían ganado bien su reposo. Por la mañana, volvieron, acompañados por el rey Gadeiron, a la cripta en la cual habían dejado la imagen plásmica.

Abriendo la puerta sellada, fueron recibidos por un olor sepulcral, y les agradó notar que la figura mostraba signos inconfundibles de estar en descomposición. Un poco más tarde, consultando el ojo del cíclope, Maranapión verificó el paralelismo de estas marcas con los rasgos de Malygris.

Un gran júbilo, que no dejaba de estar mezclado con alivio, fue sentido por los hechiceros y por el rey Gadeiron. Hasta entonces, no conocedores de los límites de la duración de los poderes controlados por el maestro muerto, habían estado dudosos sobre la eficacia de su propia magia. Pero ahora, les parecía, no había ya razón alguna para dudar.

En ese mismo día, sucedió que unos mercaderes que viajaban por mar fueron ante Malygris para pagarle, de acuerdo con la costumbre, una parte de los beneficios de su último viaje. Incluso cuando se inclinaban ante el maestro, se dieron cuenta, a través de varias señales desagradables, de que le habían traído tributo a un cadáver. Sin atreverse, ni siquiera entonces, dejaron caer el tributo largamente exigido y escaparon del lugar presas del terror. Pronto, en toda Susran, no hubo nadie que dudase ya de la muerte de Malygris. Y, sin embargo, tal era el miedo que había despertado durante muchos lustros, que pocos fueron tan aventurados como para invadir la torre, y los ladrones se mostraban cautelosos, y no intentaron despojarla de sus fabulosos tesoros.

Día tras día, en el monstruoso ojo azul del cíclope, Maranapión vio la putrefacción de su más temido rival. Y sobre él vino entonces un fuerte deseo de visitar la torre y contemplar cara a cara lo que hasta entonces sólo había contemplado a través de visiones. Solamente así sería completo su triunfo. De modo que él y los hechiceros que le habían ayudado, junto al rey Gadeiron, subieron a la torre leonada por los escalones de adamante, y ascendieron por

las escaleras de mármol, como Nygon y Fustules antes de ellos, hasta la habitación alta en que estaba sentado Malygris.

...Pero la condena de Nygon y Fustules, no teniendo otro testigo que los muertos, les resultaba del todo desconocida.

Valientemente y sin vacilar, entraron en la habitación. Inclinandose a través de la ventana oriental, el sol de últimas horas de la tarde caía dorado sobre el polvo que se había amontonado por todas partes. Las arañas habían tejido sus redes sobre los incensarios de brillantes joyas, sobre las lámparas talladas y los libros de brujería forrados de metal. El aire estaba estancado con la apesosa podredumbre de la muerte.

Los intrusos avanzaron, sintiendo el impulso que conduce al vencedor a sentirse exultante ante un enemigo vencido. Malygris estaba sentado recto y sin inclinarse, sus dedos negros y en jirones agarrando los brazos del asiento como antes, y sus cuencas vacías orientadas aún a la ventana del este. Su rostro era poco más que un cráneo con barba; y su frente oscurecida era como el ébano comido por los gusanos.

—¡Oh, Malygris, yo te saludo! —dijo Maranapión en voz alta llena de burla—. Concédeme, te ruego, un signo, si tu brujería aún prevalece y no se ha convertido en la dependencia del olvido.

—Saludos, ¡oh, Maranapión! —dijo una voz grave y terrible que partía de los labios comidos por los gusanos—. En verdad, te concederé un signo. Así como yo, en la muerte, me he corrompido sobre mi asiento, a causa de la repugnante brujería que fue fraguada en las cavernas de Gadeiron, así tú y tus compañeros y Gadeiron, con vida, os corromperéis y pudriréis en virtud de la maldición que ahora lanzo sobre vosotros.

Entonces, el cadáver marchito de Malygris les fulminó con las runas de una antigua fórmula atlántida, maldiciendo a los ocho brujos y al rey Gadeiron. La fórmula, en intervalos frecuentes, estaba cadenciada con los nombres fatales de dioses letales, y en ella se decían los apelativos secretos del negro dios del tiempo, y la Nada que habita más allá de las eras; y uso fue hecho de los títulos de muchos demonios que habitan en las tumbas. Pesadas y de sonido hueco eran las runas, y en ellas parecía escucharse el sonido de grandes puertas sepulcrales, y el estrépito de losas que caen. El aire se oscureció como por la caída de una noche inmutable, y, desde allí, como el aliento de la noche,

un frío entró en la habitación; y parecía que las alas negras de las edades pasaban sobre la torre, batiendo prodigiosamente de vacío en vacío, antes de que la maldición hubiese terminado.

Escuchando ese escándalo, los brujos se quedaron atontados por lo extremo de su temor, y ni siquiera Maranapión fue capaz de recordar ningún contrahechizo que sirviese de algo contra éste.

Todos habrían escapado del cuarto antes de que la maldición terminase, pero sobre ellos se cernió una debilidad mortal, y sintieron una enfermedad como la próxima llegada de la muerte. Las sombras se tejieron ante sus ojos, pero, a través de la oscuridad, cada uno contempló vagamente la instantánea tiniebla del rostro de sus compañeros, y vio las mejillas hundirse ruinosamente, y los labios retroceder dejando los dientes al descubierto, como los cadáveres largo tiempo muertos.

Intentando correr, cada uno fue consciente de sus propios miembros pudriéndose por debajo de él, paso a paso, el rápido reblandecimiento de la carne pudriéndose hasta el hueso. Gritando con lenguas que se marchitaban antes de que el grito hubiese acabado, cayeron por los suelos de la habitación. Quedaba vida en ellos, junto con el lúgubre conocimiento de su condena, y aún les quedaba algo de vista y oído. En la oscura agonía de su corrupción en vida, se revolvían débilmente de aquí a allá, y se arrastraban por milímetros a través del frío mosaico. Y aún se movían así, lentamente y de una manera más imperceptible, hasta que sus cerebros se convirtieron en un moho gris, y sus articulaciones se deshicieron en sus huesos, y la médula de sus huesos se secó.

Así, en una hora, la maldición se cumplió. Los enemigos del nigromante yacían ante él, tumbados y encogidos, con la postura final de la tumba, como haciendo una reverencia a una muerte entronada. De no ser por las prendas, nadie podría haber distinguido al rey Gadeiron de Maranapión, ni a Maranapión de los hechiceros menores.

El día pasó, declinando hacia el mar. y, ardiendo como una pira real más allá de Susran, al ponerse, el sol arrojó un brillo dorado por la ventana, y entonces se hundió, en rojos rescoldos y cenizas funerarias. Y, en el crepúsculo, una víbora coralilla salió del seno de Malygris y, deslizándose entre

los restos que descansaban en el suelo, y escurriéndose en silencio por las escaleras de mármol, se marchó para siempre de la torre.

The Death Of Malygris, IV—1933 (Weird Tales, IV—34. Lost Worlds, X—44)
Trad. Arturo Villarubia. Los Mundos Perdidos (A Rendezvous In Averoine, 1988)
Icaro, 22. EDAF 1991

THE DOUBLE SHADOW

CLARK ASHTON SMITH

MY NAME is Pharpetron, among those who have known me in Poseidonis; but even I, the last and most forward pupil of the wise Avyctes, know not the name of that which I am fated to become ere tomorrow. There- fore, by the ebbing silver lamps, in my master's marble house above the loud, ever-ravening sea, I write this tale with a hasty hand, scrawling an ink of wizard virtue on the grey, priceless, antique parchment of dragons. And having written, I shall enclose the pages in a sealed cylinder of orichalchum, and shall cast the cylinder from a high window into the sea, lest that which I am doomed to become should haply destroy the writing. And it may be that mariners from Lephara, passing to Umb and Pneur in their tall triremes, will find the cylinder; or fishers will draw it from the wave in their seines of byssus; and having read my story, men will learn the truth and take warning; and no man's feet, henceforward, will approach the pale and demon-haunted house of Avyctes.

For six years, I have dwelt apart with the aged master, forgetting youth and its wonted desires in the study of arcanic things. Together, we have delved more deeply than all others before us in an interdicted lore; we have solved the keyless hieroglyphs that guard ante-human formulae; we have talked with the prehis- toric dead; we have called up the dwellers in sealed crypts, in fearful abysses beyond space. Few are the sons of mankind who have cared to seek us out among the desolate, wind-worn crags; and many, but nameless, are the visitants who have come to us from further bourns of place and time.

Stern and white as a tomb, older than the memory of the dead, and built by men or devils beyond the recording of myth, is the mansion in which we dwell. Far below, on black, naked reefs, the northern sea climbs and roars indomitably, or ebbs with a ceaseless murmur as of armies of baffled demons;

and the house is filled evermore, like a hollow-sounding sepulcher, with the drear echo of its tumultuous voices; and the winds wail in dismal wrath around the high towers, but shake them not. On the seaward side, the mansion rises sheerly from the straight-falling cliff; but on the other sides there are narrow terraces, grown with dwarfish, crooked cedars that bow always beneath the gale. Giant marble monsters guard the landward portals; and huge marble women ward the strait porticoes above the sea; and mighty statues and mummies stand everywhere in the chambers and along the halls. But, saving these, and the spirits we have summoned, there is none to companion us; and liches and shadows have been the servitors of our daily needs.

All men have heard the fame of Avyctes, the sole surviving pupil of that Malygris who tyrannized in his necromancy over Susran from a tower of sable stone; Malygris, who lay dead for years while men believed him living; who, lying thus, still uttered potent spells and dire oracles with decaying lips. But Avyctes lusted not for temporal power in the manner of Malygris; and having learned all that the elder sorcerer could teach him, withdrew from the cities of Poseidonis to seek another and vaster dominion; and I, the youth Pharpetron, in the latter years of Avyctes, was permitted to join him in this solitude; and since then, I have shared his austerities and vigils and evocations . . . and now, likewise, I must share the weird doom that has come in answer to his summoning.

Not without terror (since man is but mortal) did I, the neophyte, behold at first the abhorrent and tremendous faces of them that obeyed Avyctes: the genii of the sea and earth, of the stars and the heavens, who passed to and fro in his marmorean halls. I shuddered at the black writhing of submundane things from the many-volumed smoke of the braziers; I cried in horror at the grey foulnesses, colossal, without form, that crowded malignly about the drawn circle of seven colors, threatening unspeakable trespass on us that stood at the center. Not without revulsion did I drink wine that was poured by cadavers, and eat bread that was purveyed by phantoms. But use and custom dulled the strangeness, destroyed the fear; and in time I believed implicitly that Avyctes

was the lord of all incantations and exorcisms, with infallible power to dismiss the beings he evoked.

Well had it had been for Avyctes— and for me— if the master had contented himself with the lore preserved from Atlantis and Thule, or brought over from Mu and Mayapan. Surely this should have been enough: for in the ivory-sheeted books of Thule there were blood-writ runes that would call the demons of the fifth and seventh planets, if spoken aloud at the hour of their ascent; and the sorcerers of Mu had left record of a process whereby the doors of far-future time could be unlocked; and our fathers, the Atlanteans, had known the road between the atoms and the path into far stars, and had held speech with the spirits of the sun. But Avyctes thirsted for a darker knowledge, a deeper empery; and into his hands, in the third year of my novitiate, there came the mirror-bright tablet of the lost serpent-people.

Strange, and apparently fortuitous, was our finding of the tablet. At certain hours, when the tide had fallen from the steep rocks, we were wont to descend by cavern-hidden stairs to a cliff-walled crescent beach behind the promontory on which stood the house of Avyctes. There, on the dun, wet sands, beyond the foamy tongues of the surf, would lie the worn and curious driftage of alien shores, and trove that hurricanes had cast up from unsounded deeps. And there we had found the purple and sanguine volutes of great shells, and rude lumps of ambergris, and white flowers of perpetually blooming coral; and once, the barbaric idol of green brass that had been the figurehead of a galley from far hyperboreal isles.

There had been a great storm, such as must have riven the sea to its nethermost profound; but the tempest had gone by with morning, and the heavens were cloudless on that fatal day when we found the tablet, and the demon winds were hushed among the high crags and chasms; and the sea lisped with a low whisper, like the rustle of gowns of samite trailed by fleeing maidens on the sand. And just beyond the ebbing wave, in a tangle of russet sea-weed, we beheld a thing that glittered with blinding sun-like brilliance. And

running forward, I plucked it from the wrack before the wave's return, and bore it to Avyctes.

The tablet was wrought of some nameless metal, like never-rusting iron, but heavier. It had the form of a triangle and was broader at the widest than a man's heart. On one side it was wholly blank; and Avyctes and I, in turn, beheld our features mirrored strangely, like the drawn, pallid features of the dead, in its burnished surface. On the other side many rows of small crooked ciphers were incised deeply in the metal, as if by the action of some mordant acid; and these ciphers were not the pictorial symbols or alphabetic characters of any language known to the master or to me.

Of the tablet's age and origin, likewise, we could form no conjecture; and our erudition was altogether baffled. For many days thereafter we studied the writing and held argument that came to no issue. And night by night, in a high chamber closed against the perennial winds, we pondered over the dazzling triangle by the tall straight flames of silver lamps. For Avyctes deemed that knowledge of rare value (or haply some secret of an alien or elder magic) was holden by the clueless crooked ciphers. Then, since all our scholarship was in vain, the master sought another divination, and had recourse to wizardry and necromancy. But at first, among the devils and phantoms that answered our interrogation, none could tell us aught concerning the tablet. And any other than Avyctes would have despaired in the end . . . and well would it have been if he had despaired, and had sought no longer to decipher the writing

The months and years went by with a slow thundering of seas on the dark rocks, and a headlong clamor of winds around the white towers. Still we continued our delvings and evocations; and further, always further we went into lampless realms of space and spirit; learning, perchance, to unlock the hithermost of the manifold infinities. And at whiles, Avyctes would resume his pondering of the sea-found tablet; or would question some visitant from other spheres of time and place regarding its interpretation.

At last, by the use of a chance formula, in idle experiment, he summoned up the dim, tenuous ghost of a sorcerer from prehistoric years; and the ghost, in a thin whisper of uncouth, forgotten speech, informed us that the letters on the tablet were those of a language of the serpent-men, whose primordial continent had sunk aeons before the lifting of Hyperborea from the ooze. But the ghost could tell us naught of their significance; for, even in his time, the serpent-people had become a dubious legend; and their deep, ante-human lore and sorcery were things irretrievable by man.

Now, in all the books of conjuration owned by Avyctes, there was no spell whereby we could call the lost serpent-men from their fabulous epoch. But there was an old Lemurian formula, recondite and uncertain, by which the shadow of a dead man could be sent into years posterior to those of his own life-time, and could be recalled after an interim by the wizard. And the shade, being wholly insubstantial, would suffer no harm from the temporal transition, and would remember, for the information of the wizard, that which he had been instructed to learn during the journey.

So, having called again the ghost of the prehistoric sorcerer, whose name was Ybith, Avyctes made a singular use of several very ardent gums and combustible fragments of fossil wood; and he and I, reciting the responses to the formula, sent the thin spirit of Ybith into the far ages of the serpent-men. And after a time which the master deemed sufficient, we performed the curious rites of incantation that would recall Ybith from his alienage. And the rites were successful; and Ybith stood before us again, like a blown vapor that is nigh to vanishing. And in words that were faint as the last echo of perishing memories, the specter told us the key to the meaning of the letters, which he had learned in the primeval past; and after this, we questioned Ybith no more, but suffered him to return unto slumber and oblivion.

Then, knowing the import of the tiny, twisted ciphers, we read the writing on the tablet and made thereof a transliteration, though not without labor and difficulty, since the very phonetics of the serpent tongue, and the symbols and ideas expressed in the writing, were somewhat alien to those of mankind. And

when we had mastered the inscription, we found that it contained the formula for a certain evocation which, no doubt, had been used by the serpent sorcerers. But the object of the evocation was not named; nor was there any clue to the nature or identity of that which would come in answer to the rites. And moreover there was no corresponding rite of exorcism nor spell of dismissal.

Great was the jubilation of Avyctes, deeming that we had learned a lore beyond the memory or prevision of man. And though I sought to dissuade him, he resolved to employ the evocation, arguing that our discovery was no chance thing but was fatefully predestined from the beginning. And he seemed to think lightly of the menace that might be brought upon us by the conjuration of things whose nativity and attributes were wholly obscure. "For," said Avyctes, "I have called up, in all the years of my sorcery, no god or devil, no demon or lich or shadow, which I could not control and dismiss at will. And I am loath to believe that any power or spirit beyond the subversion of my spells could have been summoned by a race of serpents, whatever their skill in demonism and necromancy."

So, seeing that he was obstinate, and acknowledging him for my master in all ways, I consented to aid Avyctes in the experiment, though not without dire misgivings. And then we gathered together, in the chamber of conjuration, at the specified hour and configuration of the stars, the equivalents of sundry rare materials that the tablet had instructed us to use in the ritual.

Of much that we did, and of certain agents that we employed, it were better not to tell; nor shall I record the shrill, sibilant words, difficult for beings not born of serpents to articulate, whose intonation formed a signal part of the ceremony. Toward the last, we drew a triangle on the marble floor with the fresh blood of birds; and Avyctes stood at one angle, and I at another; and the gaunt umber mummy of an Atlantean warrior, whose name had been Oigos, was stationed at the third angle. And standing thus, Avyctes and I held tapers of corpse-tallow in our hands, till the tapers had burned down between our fingers as into a socket. And in the outstretched palms of the mummy of Oigos, as if in shallow thuribles,

talc and asbestos burned, ignited by a strange fire whereof we knew the secret. At one side we had traced on the floor an in- frangible ellipse, made by an endless linked repetition of the twelve unspeakable Signs of Oumor, to which we could retire if the visitant should prove inimical or rebellious. We waited while the pole-circling stars went over, as had been prescribed. Then, when the tapers had gone out between our seared fingers, and the talc and asbestos were wholly consumed in the mummy's eaten palms, Avyctes uttered a single word whose sense was obscure to us; and Oigos, being ani- mated by sorcery and subject to our will, repeated the word after a given interval, in tones that were hollow as a tomb-born echo; and I in my turn also repeated it.

Now, in the chamber of evocation, before beginning the ritual, we had opened a small window giving upon the sea, and had likewise left open a high door on the hall to landward, lest that which came in answer to us should require a spatial mode of entrance. And during the ceremony, the sea became still and there was no wind, and it seemed that all things were hushed in awful expectation of the nameless visitor. But after all was done, and the last word had been repeated by Oigos and me, we stood and waited vainly for a visible sign or other manifestation. The lamps burned stilly in the midnight room; and no shadows fell, other than were cast by ourselves and Oigos and by the great marble women along the walls. And in the magic mirrors we had placed cunningly, to reflect those that were otherwise unseen, we beheld no breath or trace of any image.

At this, after a reasonable interim, Avyctes was sorely disappointed, deeming that the evocation had failed of its purpose; and I, having the same thought, was secretly relieved. And we questioned the mummy of Oigos, to learn if he had perceived in the room, with such senses as are peculiar to the dead, the sure token or doubtful proof of a presence undescried by us the living. And the mummy gave a necromantic answer, saying that there was nothing.

"Verily," said Avyctes, "it were useless to wait longer. For surely in some way we have misunderstood the purport of the writing, or have failed to duplicate the matters used in the evocation, or the correct in- tonement of the words. Or it

may be that in the lapse of so many aeons, the thing that was formerly wont to respond has long ceased to exist, or has altered in its attributes so that the spell is now void and valueless." To this I assented readily, hoping that the matter was at an end. So, after erasing the blood-marked triangle and the sacred ellipse of the linked Signs of Oumor, and after dismissing Oigos to his wonted place among other mummies, we retired to sleep. And in the days that followed, we resumed our habitual studies, but made no mention to each other of the strange triangular tablet or the vain formula.

Even as before, our days went on; and the sea climbed and roared in white fury on the cliffs, and the winds wailed by in their unseen, sullen wrath, bowing the dark cedars as witches are bowed by the breath of Taaran, god of evil. Almost, in the marvel of new tests and cantraips, I forgot the ineffectual conjuration, and I deemed that Avyctes had also forgotten it.

All things were as of yore, to our sorcerous perception; and there was naught to trouble us in our wisdom and power and serenity, which we deemed secure above the sovereignty of kings. Reading the horoscopic stars, we found no future ill in their aspect; nor was any shadow of bale foreshown to us through geomancy, or other modes of divination such as we employed. And our familiars, though grisly and dreadful to mortal gaze, were wholly obedient to us the masters.

Then, on a clear summer afternoon, we walked, as was often our custom, on the marble terrace behind the house. In robes of ocean-purple, we paced among the windy trees with their blown, crooked shadows; and there, following us as we went to and fro, I saw the blue shadow of Avyctes and my own shadow on the marble; and between them, an adumbration that was not wrought by any of the cedars. And I was greatly startled, but spoke not of the matter to Avyctes, and observed the unknown shadow with covert care.

I saw that it followed closely the shadow of Avyctes, keeping ever the same distance. And it fluttered not in the wind, but moved with a flowing as of some heavy, thick, putrescent liquid; and its color was not blue nor purple nor black,

nor any other hue to which man's eyes are habituated, but a hue as of some unearthly purulence; and its form was altogether monstrous, having a squat head and a long, undulant body, without similitude to beast or devil.

Avyctes heeded not the shadow; and still I feared to speak, though I thought it an ill thing for the master to be companioned thus. And I moved closer to him, in order to detect by touch or other perception the invisible presence that had cast the adumbration. But the air was void to sunward of the shadow; and I found nothing opposite the sun nor in any oblique direction, though I searched closely, knowing that certain beings cast their shadows thus.

After a while, at the customary hour, we returned by the coiling stairs and monster-flanked portals into the high house. And I saw that the strange adumbration moved ever behind the shadow of Avyctes, falling horrible and unbroken on the steps and passing clearly separate and distinct amid the long umbrages of the towering monsters. And in the dim halls beyond the sun, where shadows should not have been, I beheld with terror the distorted loathly blot, having a pestilent, unnamable hue, that followed Avyctes as if in lieu of his own extinguished shadow. And all that day, everywhere that we went, at the table served by specters, or in the mummy-warded room of volumes and books, the thing pursued Avyctes, clinging to him even as leprosy to the leper. And still the master had perceived it not; and still I forbore to warn him, hoping that the visitant would withdraw in its own time, going obscurely as it had come.

But at midnight, when we sat together by the silver lamps, pondering the blood-writ runes of Hyperborea, I saw that the shadow had drawn closer to the shadow of Avyctes, towering behind his chair on the wall between the huge sculptured women and the mummies. And the thing was a streaming ooze of charnel pollution, a foulness beyond the black leprosies of hell; and I could bear it no more; and I cried out in my fear and loathing, and informed the master of its presence.

Beholding now the shadow, Avyctes considered it closely and in silence; and there was neither fear nor awe nor abhorrence in the deep, graven wrinkles of his visage. And he said to me at last:

"This thing is a mystery beyond my lore; but never, in all the practice of my art, has any shadow come to me unbidden. And since all others of our evocations have found answer ere this, I must deem that the shadow is a veritable entity, or the sign of an entity, that has come in belated response to the formula of the serpent-sorcerers, which we thought powerless and void. And I think it well that we should now repair to the chamber of conjuration, and interrogate the shadow in such manner as we may, to inquire its nativity and purpose."

We went forthwith into the chamber of conjuration, and made such preparations as were both necessary and possible. And when we were prepared to question it, the unknown shadow had drawn closer still to the shadow of Avyctes, so that the clear space between the two was no wider than the thickness of a necromancer's rod.

Now, in all ways that were feasible, we interrogated the shadow, speaking through our own lips and the lips of mummies and statues. But there was no determinable answer; and calling certain of the devils and phantoms that were our familiars, we made question through the mouths of these, but without result. And all the while, our magic mirrors were void of any reflection of a presence that might have cast the shadow; and they that had been our spokesmen could detect nothing in the room. And there was no spell, it seemed, that had power upon the visitant. So Avyctes became troubled; and drawing on the floor with blood and ashes the ellipse of Oumor, wherein no demon nor spirit may intrude, he retired to its center. But still within the ellipse, like a flowing taint of liquid corruption, the shadow followed his shadow; and the space between the two was no wider than the thickness of a wizard's pen.

Now, on the face of Avyctes, horror had graven new wrinkles; and his brow was beaded with a deathly sweat. For he knew, even as I, that this was a thing

beyond all laws, and foreboding naught but disaster and evil. And he cried to me in a shaken voice, and said:

"I have no knowledge of this thing nor its intention toward me, and no power to stay its progress. Go forth and leave me now; for I would not that any man should witness the defeat of my sorcery and the doom that may follow thereupon. Also, it were well to depart while there is time, lest you too should become the quarry of the shadow and be compelled to share its menace."

Though terror had fastened upon my inmost soul, I was loath to leave Avyctes. But I had sworn to obey his will at all times and in every respect; and moreover I knew myself doubly powerless against the adumbration, since Avyctes himself was impotent.

So, bidding him farewell, I went forth with trembling limbs from the haunted chamber; and peering back from the threshold, I saw that the alien umbrage, creeping like a noisome blotch on the floor, had touched the shadow of Avyctes. And at that moment the master shrieked aloud like one in nightmare; and his face was no longer the face of Avyctes but was contorted and convulsed like that of some helpless madman who wrestles with an unseen incubus. And I looked no more, but fled along the dim outer hall and through the high portals giving upon the terrace.

A red moon, ominous and gibbous, had declined above the terrace and the crags; and the shadows of the cedars were elongated in the moon; and they wavered in the gale like the blown cloaks of enchanter. And stooping against the gale, I fled across the terrace toward the outer stairs that led to a steep path in the riven waste of rocks and chasms behind Avyctes' house. I neared the terrace edge, running with the speed of fear; but I could not reach the topmost outer stair; for at every step the marble flowed beneath me, fleeing like a pale horizon before the seeker. And though I raced and panted without pause, I could draw no nearer to the terrace edge.

At length I desisted, seeing that an unknown spell had altered the very space about the house of Avyctes, so that none could escape therefrom to landward. So, resigning myself in despair to whatever might befall, I returned toward the house. And climbing the white stairs in the low, level beams of the crag-caught moon, I saw a figure that awaited me in the portals. And I knew by the trailing robe of sea-purple, but by no other token, that the figure was Avyctes. For the face was no longer in its entirety the face of man, but was become a loathly fluid amalgam of human features with a thing not to be identified on earth. The transfiguration was ghastlier than death or the changes of decay; and the face was already hued with the nameless, corrupt and purulent color of the strange shadow, and had taken on, in respect to its outlines, a partial likeness to the squat profile of the shadow. The hands of the figure were not those of any terrene being; and the shape beneath the robe had lengthened with a nauseous undulant pliancy; and the face and fingers seemed to drip in the moon-light with a deliquescent corruption. And the pursuing umbrage, like a thickly flowing blight, had corroded and distorted the very shadow of Avyctes, which was now double in a manner not to be narrated here.

Fain would I have cried or spoken aloud; but horror had dried up the fount of speech. And the thing that had been Avyctes beckoned me in silence, uttering no word from its living and putrescent lips. And with eyes that were no longer eyes, but had become an oozing abomination, it peered steadily upon me. And it clutched my shoulder closely with the soft leprosy of its fingers, and led me half-swooning with revulsion along the hall, and into that room where the mummy of Oigos, who had assisted us in the threefold incantation of the serpent-men, was stationed with several of his fellows.

By the lamps which illumed the chamber, burning with pale, still, perpetual flames, I saw that the mummies stood erect along the wall in their exanimate repose, each in his wonted place with his tall shadow beside him. But the great, gaunt shadow of Oigos on the marble wall was companioned by an adumbration similar in all respects to the evil thing that had followed the master and was now incorporate with him. I remembered that Oigos had performed his share of the ritual, and had repeated an unknown stated word in

turn after Avyctes; and so I knew that the horror had come to Oigos in turn, and would wreak itself upon the dead even as on the living. For the foul, anonymous thing that we had called in our presumption could manifest itself to mortal ken in no other way than this. We had drawn it from unfathomable depths of time and space, using ignorantly a dire formula; and the thing had come at its own chosen hour, to stamp itself in abomination uttermost on the evocators.

Since then, the night has ebbed away, and a second day has gone by like a sluggish ooze of horror. . . . I have seen the complete identification of the shadow with the flesh and the shadow of Avyctes . . . and also I have seen the slow encroachment of that other umbrage, mingling itself with the lank shadow and the sere, bituminous body of Oigos, and turning them to a similitude of the thing which Avyctes has become. And I have heard the mummy cry out like a living man in great pain and fear, as with the throes of a second dissolution, at the impingement of the shadow. And long since it has grown silent, like the other horror, and I know not its thoughts or its intent. . . . And verily I know not if the thing that has come to us be one or several; nor if its avatar will rest complete with the three that summoned it forth into time, or be extended to others.

But these things, and much else, I shall soon know; for now, in turn, there is a shadow that follows mine, drawing ever closer. The air congeals and curdles with an unseen fear; and they that were our familiars have fled from the mansion; and the great marble women seem to tremble where they stand along the walls. But the horror that was Avyctes, and the second horror that was Oigos, have left me not, and neither do they tremble. And with eyes that are not eyes, they seem to brood and watch, waiting till I too shall become as they. And their stillness is more terrible than if they had rended me limb from limb. And there are strange voices in the wind, and alien roarings upon the sea; and the walls quiver like a thin veil in the black breath of remote abysses.

So, knowing that the time is brief, I have shut myself in the room of volumes and books and have written this account. And I have taken the bright triangular tablet, whose solution was our undoing, and have cast it from the

window into the sea, hoping that none will find it after us. And now I must make an end, and enclose this writing in the sealed cylinder of orichalchum, and fling it forth to drift upon the wave. For the space between my shadow and the shadow of the horror is straitened momentarily. . . . and the space is no wider than the thickness of a wizard's pen.

LA SOMBRA DOBLE

CLARK ASHTON SMITH

MI NOMBRE es Pharpetron, entre aquellos que me han conocido en Poseidonis; pero ni siquiera yo, el último y más aventajado de entre los discípulos del sabio Avyctes, conozco el nombre de aquello en lo que estoy destinado a convertirme mañana. Por tanto, bajo la luz menguante de las lámparas de plata, en la casa de mármol de mi maestro sobre el sonoro mar, escribo esta historia con mano temblorosa, garabateando con tinta, de mágicas virtudes, sobre antigua vitela gris de inapreciable piel de dragón. Cuando lo haya terminado de escribir, introduciré estas páginas en un cilindro sellado de oricalco, y arrojaré el cilindro al mar desde la ventana más alta, no sea que aquello en que estoy destinado a convertirme destruya este escrito por casualidad. Y puede ser que marineros de Lephara, camino de Umb y Pneur en sus altas trirremes, encuentren el cilindro, o que los pescadores lo extraigan de las olas con sus redes, y, habiendo leído mi historia, los hombres descubran la verdad y se den por advertidos, y ningún hombre oriente sus pasos, desde entonces, a la pálida casa de Avyctes, morada de demonios.

Durante seis años, he vivido apartado junto a mi anciano maestro, olvidándome de mi juventud y sus correspondientes deseos, en el estudio de cosas arcanas. Hemos profundizado, más que todos los que nos precedieron, en el estudio del saber prohibido; hemos llamado a los habitantes de criptas selladas de los temibles abismos más allá del espacio. Pocos son los hijos de la humanidad que han deseado buscarnos entre los estériles acantilados barridos por el viento, y muchos, pero sin nombre, fueron los visitantes que recibimos desde los más remotos confines del tiempo y el espacio.

Austera y blanca, como una tumba, era la mansión en que habitábamos. Lejana estaba, sobre los desnudos acantilados negros, sobre los que el mar del norte trepa indomable y rugiente, o mengua con el murmullo incesante de un ejército de confusos demonios, siempre llena, como una tumba de huecos

sonidos, con el eco lúgubre de sus voces tumultuosas, y los vientos lloran su triste cólera en torno a las altas torres, pero no las agitan. Por el lado del mar, la mansión se alza, sin transición, desde el acantilado vertical, pero, en los otros lados, hay estrechas terrazas, donde crecen cedros enanos y retorcidos, que siempre se inclinan ante las galernas. Monstruos gigantescos de mármol vigilan los portales por el lado de tierra, y enormes mujeres de basalto guardan los apretados pórticos sobre el oleaje, y poderosas estatuas y momias se levantan por todas partes, por las habitaciones y los pasillos. Pero, excepto éstos, y las entidades que hemos convocado, no hay nadie que nos acompañe, y los zombies y las sombras han sido los servidores de nuestras necesidades de cada día.

Todos los hombres conocen la fama de Avyctes, el único discípulo que ha sobrevivido de aquel Malygris, quien aterrorizó Susran por medio de su nigromancia desde su torre leonada. Malygris, quien descansó en la muerte durante años mientras los hombres aún le creían con vida; quien, yaciendo así, todavía pronunciaba potentes hechizos y terribles oráculos con los labios en putrefacción. Pero Avyctes no ansiaba el poder temporal a la manera de Malygris, y, habiendo aprendido todo lo que los hechiceros mayores podían enseñarle, se retiró de las ciudades de Poseidonis para encontrar otro dominio aun mayor; y a mí, el joven Pharpetron, se me permitió, durante los años tardíos de Avyctes, unirme a su soledad, y, desde entonces, he compartido sus austeridades, vigilias e invocaciones..., y ahora, de igual manera, debo compartir la extraña condena que ha acudido en respuesta a su invocación.

No sin terror (dado que el hombre es apenas un mortal), yo, el neófito, contemplé al principio los rostros, formidables y repugnantes de aquellos que a Avyctes obedecían. Me estremecí ante las negras contorsiones de las cosas del submundo que salían de los braseros, a través del humo de muchos tamaños; grité con horror ante la asquerosidad, gris, colosal y sin forma, que se levantaba malignamente alrededor del círculo dibujado con siete colores, amenazando con castigos inmencionables a los que estábamos en el centro. No sin repugnancia, bebí el vino que me fue escanciado por cadáveres, y comí el pan que me fue proporcionado por fantasmas. Pero la repetición y la costumbre borraron la novedad, destruyeron el miedo, y, con el paso del tiempo, llegué a creer que Avyctes era señor sobre todos los encantamientos y

exorcismos, con un poder infalible para expulsar a todos los seres que invocaba.

Bien le habría ido a Avyctes —y a mí— si el maestro se hubiese conformado con la sabiduría conservada de Atlantis y Thule, o traída de Mu. Sin duda, esto debería haber bastado, porque en los libros de hojas de marfil de Thule estaban escritas con sangre runas que llamarían a los demonios del quinto y séptimo planetas si se pronunciasen en voz alta durante la hora de su ascensión; y los hechiceros de Mu habían dejado el informe de un procedimiento por el cual las puertas del lejano futuro podían ser abiertas, y nuestros padres, los atlantes, habían conocido la carretera entre los átomos y el sendero a las lejanas estrellas. Pero Avyctes tenía sed de un conocimiento más oscuro, un imperio mas profundo... Y a sus frágiles manos, durante el tercer año de mi noviciado, llegó la tableta, brillante como un espejo, de la perdida gente serpiente.

A ciertas horas, cuando la marea había descendido de las empinadas rocas, acostubrábamos a descender, por unas escaleras ocultas en cavernas, a una playa rodeada de acantilados detrás del promontorio en que se levantaba la casa de Avyctes. Allí, en las pardas arenas mojadas, mas allá de las espumosas lenguas de las olas, descansarían los gastados y curiosos restos de extrañas cosas y el tesoro que los huracanes habían extraído de las insondables profundidades. Y allí habíamos encontrado las volutas de grandes caracolas rojas y sanguinolentas, y toscos montones de ámbar gris, y blancas flores perennes de coral, y, en una ocasión, el barbárico ídolo de verde bronce que había sido el mascarón de proa de una galera de lejanas islas hyperbóreas...

Había habido una gran tormenta, de las que agitan los mares hasta en sus más remotas profundidades, pero la tempestad se había calmado por la mañana, y no había nubes en el cielo en aquel aciago día, y los vientos demoniacos estaban calmados entre los negros desfiladeros y acantilados, y el mar tartamudeaba con un susurro bajo, como el crujido de colas de vestido de samnita arrastradas por doncellas fugitivas por la arena. Y, justo más allá de la menguante ola, en un revoltijo de algas bermejas, encontramos algo que brillaba como el sol de una manera cegadora.

Y, corriendo adelante, la arranqué del pecio antes de que la ola regresase, y se la llevé a Avyctes.

La tableta estaba hecha con algún metal sin nombre, como un hierro que nunca se herrumbrase, pero más pesado. Tenía la forma de un triángulo y era más ancha que el corazón de un hombre. Por un lado, estaba completamente en blanco como un espejo. Por el otro, había pequeñas filas de caracteres torcidos que estaban profundamente grabados en el metal, como por acción de algún ácido mordiente, y dichos caracteres no eran los jeroglíficos o caracteres alfabéticos de ningún lenguaje conocido por mi maestro o por mí. Sobre la antigüedad de la tableta y su origen, podíamos formarnos pocas conjeturas, y nuestra erudición resultó completamente inútil. Durante muchos días más tarde, estudiamos el escrito y mantuvimos discusiones que no rindieron fruto. Y, noche tras noche, en un cuarto elevado cerrado contra los vientos continuos, pensamos sobre el sorprendente triángulo a la luz de las altas llamas erguidas de las lámparas de plata. Porque Avyctes consideraba que éste era un conocimiento de extraordinario valor, algún secreto de una magia antigua o extraterrestre debería estar contenido en los caracteres torcidos que no ofrecían pista alguna. Entonces, dado que todos nuestros estudios eran inútiles, el maestro buscó otra manera de adivinarlo, recurrió a la brujería y a la nigromancia. Pero al principio, de entre todos los demonios y fantasmas que contestaron a nuestras invocaciones, ninguno pudo decirnos nada concerniente a la tableta. Y cualquier otro que no fuese Avyctes se habría desesperado por fin... Y hubiera sido bueno que se desesperase, y no hubiera buscado más descifrar el escrito.

Los meses y los años pasaron con el bajo sonido tronante del mar chocando contra las oscuras rocas y el temerario clamor de los vientos en torno a las torres blancas. Y aún continuábamos con nuestros estudios y nuestras invocaciones; y más lejos, siempre más lejos, nos adentramos en el reino sin luz de los espacios y de los espíritus, aprendiendo, quizá, a abrir las múltiples infinitudes. Y, a veces, Avyctes volvería a su estudio de la tableta encontrada en el mar, e interrogaría a algún visitante en torno a su interpretación.

Por fin, mediante el uso de una fórmula casual de un experimento vano, invocó al fantasma, vago y tenue, de un hechicero de los años prehistóricos, y el fantasma, con un débil susurro en una lengua bárbara y olvidada, nos

informó que las letras en la tableta eran aquellas de la gente serpiente, cuyo continente, la antigüedad primordial, se había hundido antes de que Hyperbórea se alzase del barro. Pero el fantasma nada pudo decirnos de su significado, porque, incluso en su época, el pueblo serpiente se había convertido en una dudosa leyenda, y su profunda sabiduría prehumana y su hechicería eran cosas que no podían ser recuperadas por los hombres.

Ahora bien, en todos los libros de hechizos poseídos por Avyctes, no había ninguno por el cual pudiese llamarse a la perdida gente serpiente de su época fabulosa. Pero había una vieja fórmula lemurea, recóndita e incierta, con la cual la sombra de un hombre muerto podía ser enviada a años posteriores a los de su vida, y podía ser invocada después de un tiempo por el brujo. Y la sombra, siendo por completo insustancial, no sufriría daño alguno de su transición temporal, y recordaría, para la información del brujo, lo que se le hubiera ordenado aprender durante su viaje.

Así, habiendo invocado de nuevo al fantasma del hechicero prehistórico, cuyo nombre era Ybith, Avyctes hizo un uso bastante raro de varias gomas y fragmentos de madera fósil, y, él y yo, recitando los responsos de la fórmula, enviamos el espíritu de Ybith a las lejanas edades de los hombres serpientes. Y, tras un tiempo que el maestro consideró suficiente, realizamos el curioso rito de encantamiento por el que se llamaría a Ybith. Y los ritos tuvieron éxito. Ybith se alzó de nuevo ante nosotros como un vapor que el soplo del aire está a punto de hacer desaparecer, y, en palabras tan débiles como el eco de recuerdos que están a punto de olvidarse, el espectro nos comunicó la clave para la comprensión de las letras que había aprendido en el pasado prehumano. Y, después de esto, no interrogamos más a Ybith, sino que consentimos que regresase a su reposo y al olvido.

Entonces, conociendo el sentido de los nimios y retorcidos caracteres, leímos el escrito de la tableta e hicimos una traducción del mismo, aunque no sin trabajos y dificultades, dado que los propios fonemas de la gente serpiente y los símbolos e ideas eran algo distintos de los de la humanidad. Y, cuando hubimos descifrado la inscripción, descubrimos que contenía la fórmula para cierta invocación que, sin duda, había sido utilizada por los hechiceros serpientes. Pero el objeto de la invocación no era mencionado, tampoco había pista alguna sobre la naturaleza o identidad de lo que acudiría en respuesta a

los ritos. Y, lo que es más, no había un rito correspondiente de exorcismo o un hechizo para hacerlo partir.

Grande fue la alegría de Avyctes, considerando habíamos encontrado una sabiduría más allá de las expectativas o el recuerdo del hombre. Y, aunque yo intenté disuadirle, se decidió a emplear la invocación, argumentando que nuestro descubrimiento no era algo casual, sino que estaba decretado por el destino desde el principio. Y no parecía estar preocupado ante la amenaza que podría representar para nosotros el conjuro de cosas cuyo nacimiento y atributos nos resultaban por completo desconocidos.

—Porque —dijo Avyctes— no he llamado, durante los años de mi brujería, ni dios, ni diablo, ni demonio, ni aparecido ni sombra que no pudiese controlar y despedir, según mi capricho. Y me resisto a creer que exista algún espíritu o poder que se encuentre más allá del control de mis encantamientos que pudiera haber sido convocado por una raza de serpientes, cualquiera que, en la nigromancia y las ciencias demoniacas, haya sido su habilidad.

Así que, viendo que se mostraba obstinado y reconociéndole como mi maestro en todos los sentidos, estuve de acuerdo en ayudar a Avyctes en el experimento, aunque no sin malos presentimientos. Y entonces juntamos, en la cámara de los conjuros, durante la hora y la conjunción de las estrellas especificadas, el equivalente de los variados materiales raros que la tableta había indicado que debían utilizarse en el ritual.

Sobre mucho de lo que hicimos, y sobre ciertos agentes que utilizamos, mejor no hablar; tampoco recordaré las agudas palabras silbantes que resultaban difíciles de articular a seres no nacidos de serpientes, cuya entonación formaba una parte importante de la ceremonia. Hacia el final, dibujamos en el suelo un triángulo con la sangre fresca de pájaros, y Avyctes se puso de pie en un ángulo y yo en el otro; y la delgada momia parda de un guerrero atlante, cuyo nombre había sido Oigos, fue colocada en el otro. Y, así situados, Avyctes y yo sujetamos en nuestras manos velas hechas con grasa de cadáver hasta que las velas se hubieron quemado entre nuestros dedos como si fuesen candelabros. Y, sobre las palmas extendidas de la momia de Oigos, como si fuesen incensarios huecos, ardieron talco y amianto, encendidos por medio de un extraño fuego cuyo secreto conocíamos. A un lado, habíamos dibujado una elipse inquebrantable, hecha con una repetición

encadenada y sin fin de los doce signos inmencionables de Oumor, a los cuales podríamos retirarnos en caso de que el visitante se mostrase enemigo o rebelde. Esperamos mientras que las estrellas que circundan los polos pasaban, como había sido prescrito. Entonces, cuando las velas se hubieron apagado entre nuestros dedos chamuscados, y el talco y el amianto estuvieron del todo consumidos en las palmas gastadas de la momia, Avyctes pronunció en voz alta una palabra cuyo sentido era oscuro para nosotros, y Oigos, animado por la brujería y sujeto a nuestra voluntad, repitió la palabra tras un intervalo preestablecido, en un tono que era tan vacío como un eco nacido en una tumba, y yo, durante mi turno, también la repetí.

Ahora, en la cámara de la invocación, antes de comenzar el ritual, habíamos abierto una pequeña ventana que daba al mar y, de idéntica manera, habíamos dejado abierta una gran puerta en el salón que daba a la tierra, no fuese que lo que acudiese en contestación necesitase un modo especial de entrada. Y, durante la ceremonia, el mar estuvo en calma y no sopló el viento, y parecía que todas las cosas estuviesen en silencio a la espera de la llegada del visitante sin nombre. Pero, cuando estuvo hecho, y la última palabra había sido repetida por Oigos y por mi, nos quedamos de pie y esperamos vanamente por un signo visible u otra manifestación. Las lámparas ardían con tranquilidad, y no caía otra sombra que las proyectadas por nosotros, por Oigos y por las grandes mujeres de mármol a lo largo de las paredes. Y en los espejos mágicos que habíamos colocado hábilmente para que reflejasen a aquellos que de otra manera no serían vistos, no contemplamos señal o rastro de imagen alguna.

Ante esto, al pasar un rato, Avyctes se quedó gravemente desilusionado, considerando que la invocación había fallado en su propósito, y yo, con la misma idea, me encontraba secretamente aliviado. Interrogamos a la momia de Oigos, para descubrir si él había descubierto en el cuarto, con tales sentidos como son propios de los muertos, alguna señal segura o una prueba dudosa de una presencia que no hubiese sido notada por los vivos. Y la momia nos dio una respuesta nigromántica, diciendo que no había nada.

—En verdad —dijo Avyctes—, sería inútil esperar más. Porque, con seguridad, de alguna manera, hemos interpretado mal el sentido del escrito, o hemos fracasado a la hora de duplicar los materiales utilizados en la

invocación, o en la entonación correcta de las palabras. O puede ser que, con el transcurso de tantos evos, la cosa que anteriormente estaba acostumbrada a contestar ha dejado por fin de existir, o ha alterado sus atributos de manera que el hechizo es ahora nulo y sin valor.

Ante esto, asentí, bien dispuesto, con la esperanza de que el asunto había llegado a su fin. Y después reasumimos nuestros estudios acostumbrados, e hicimos escasa mención el uno al otro de la extraña tableta y de su inútil fórmula.

Igual que antes, transcurrieron nuestros días, y el mar trepó y rugió furioso sobre los acantilados, y los vientos gritaron con su invisible y adusta cólera, inclinando los cedros igual que los brujos se inclinan ante el aliento de Taaran, el dios del mal. Con la maravilla de nuevos experimentos y encantamientos, casi olvidé el inútil conjuro, y parecía que Avyctes también lo había olvidado.

Todas las cosas eran igual que antes, todas nuestras mágicas percepciones, y no había nada para preocuparnos en nuestra sabiduría y serenidad, que considerábamos segura por encima de la soberanía de los reyes. Leyendo en las estrellas nuestro horóscopo, no descubrimos un mal futuro en este aspecto; tampoco nos fue revelada una sombra de mal a través de la geomancia, o de los otros modos de adivinación que empleábamos. Y nuestros demonios familiares, aunque horribles y temibles a la mirada de los mortales, eran del todo obedientes a nosotros, sus amos.

Entonces, durante una clara tarde de verano, paseamos, como era nuestra costumbre, por la terraza de mármol de la parte trasera de la casa. Vestidos con túnicas de púrpura oceánica, andábamos entre los árboles barridos por el viento con sus retorcidas sombras, y allí, siguiéndonos, vi la azul sombra de Avyctes y la mía propia sobre el mármol; y, entre ellas, una sombra que no era proyectada por ninguno de los cedros. Y me quedé muy sorprendido, pero no le hablé a Avyctes del asunto, sino que observé a la sombra con disimulo y cuidado. Vi que seguía de cerca a la del maestro, manteniendo siempre la misma distancia. Y no temblaba a causa del viento, sino que se deslizaba como algún líquido pesado, denso y purulento, y su color no era ni azul ni púrpura ni negro, ni ningún otro color al que los ojos del hombre estén acostumbrados, sino un tono como de una putrescencia más oscura que la muerte, y su forma era completamente monstruosa, como proyectada por algo

que caminaba erguido, pero que tenía la cabeza roma y el largo cuerpo ondulante de algo que debería arrastrarse en vez de andar.

Avyctes no se había fijado en la sombra, y yo todavía tenía miedo de hablar, aunque pensé que era mala cosa para mi maestro tener semejante compañía. Y me acerqué a él, con el fin de descubrir por medio del tacto, o de cualquier otro sentido, la presencia invisible que proyectaba esa sombra. Pero el aire estaba vacío en dirección al sol, desde la sombra, y no encontré nada opuesto a él, ni en ninguna otra dirección oblicua, aunque busqué con cuidado, sabiendo que ciertos seres proyectan su sombra de esta manera.

Después de un rato, a la hora acostumbrada, volvimos a la casa a través de las retorcidas escaleras y los portales, flanqueados por monstruos. Y vi a la extraña sombra moviéndose siempre detrás de la sombra de Avyctes, cayendo horrible y sin interrupciones sobre los escalones y pasando, claramente separada y distinta, sobre la larga sombra de los elevados monstruos. Y en los oscuros salones más allá del sol, en los cuales no debería haber sombras, contemplé con horror la mancha asquerosa y distorsionada, con su pestilente color sin nombre. Siguiendo a Avyctes como en lugar de su propia perecida fuente. Y durante todo aquel día, a todas partes a las que nos dirigimos, a la mesa servida por espectros o a la biblioteca vigilada por momias, la cosa persiguió a Avyctes pegándosele como la lepra al leproso. Y el maestro aún no la había notado, y yo me abstenía de avisarle con la esperanza de que nuestro visitante se retiraría en su momento, marchándose tan discretamente como había llegado.

Pero a la medianoche, cuando estábamos sentados juntos bajo la luz de las lámparas de plata, estudiando las runas escritas con sangre de Hyperbórea, vi que la sombra se había acercado más a la sombra de Avyctes, levantándose detrás de su silla, sobre la pared. Y la cosa era un chorro torrencial de la podredumbre del cementerio, la asquerosidad más allá de las negras lepras del infierno; y ya no pude soportarlo más y, gritando de miedo y de asco, informé al maestro de su presencia.

Contemplando la sombra ahora, Avyctes la estudió con atención, y no había ni miedo ni temor ni repugnancia en las profundas arrugas de su rostro. Y me dijo por fin:

—Esta cosa es un misterio mas allá de mi ciencia, pues nunca, en su práctica, había acudido a mí una sombra sin ser llamada. Y, dado que todas nuestras invocaciones anteriores han sido contestadas, debo considerar que esta sombra es la entidad, la umbría o la señal de una entidad, que ha acudido en retrasada respuesta a la fórmula de los hechiceros serpientes, que habíamos considerado nula y sin poder. Y pienso que estaría bien que nos dirigiésemos ahora a la cámara de las conjuraciones, e interroguemos a la sombra de la manera que podamos.

Nos dirigimos entonces a la cámara de conjuraciones, e hicimos los preparativos que resultaban necesarios y posibles. Y, cuando estuvimos preparados para interrogarla, la sombra desconocida se había acercado todavía más a la sombra de Avyctes, así que la distancia entre las dos no era mayor que la anchura del bastón del nigromante.

Entonces, de todas las maneras posibles, interrogamos a la sombra, hablando a través de nuestros propios labios y de los labios de momias y de estatuas. Pero no hubo respuesta, y, llamando a algunos de los diablos y fantasmas que eran nuestros espíritus familiares, intentamos interrogarla a través de sus bocas, pero no hubo resultado. Y, mientras tanto, nuestros espejos estaban vacíos de cualquier presencia que pudiese haber proyectado la sombra; y aquellos que habían sido nuestros portavoces no podían detectar nada en el cuarto. Y no había hechizo alguno, eso parecía, que tuviese poder sobre el visitante. Así que Avyctes se preocupó, y, dibujando en el suelo, con sangre y cenizas, la elipse de Oumor, en la cual no puede entrar espíritu ni demonio alguno, se retiró a su centro. Pero, aun dentro de la elipse, la sombra siguió a la suya, como una fluida mancha de corrupción líquida, siendo el espacio entre las dos no mayor que la pluma de un mago.

Sobre el rostro de Avyctes, el horror había trazado nuevas arrugas, y su frente estaba perlada con un sudor de muerte. Porque sabía, como yo, que ésta era una cosa que estaba más allá de toda ley, y que no representaba otra cosa que un desastre y una maldad incontables. Y me gritó con voz temblorosa diciendo:

—No tengo conocimientos sobre esta cosa o sobre sus intenciones hacia mí, ni poder para frenar su avance. Vete y abandóname ahora, porque no deseo que hombre alguno contemple la derrota de mi brujería y la condena que

de esto puede resultar. Además, estaría bien que te marchases cuando todavía hay tiempo, no sea que tú también te conviertas en presa de la sombra...

Aunque el terror había calado en lo más profundo de mi alma, era reacio a abandonar a Avyctes. Pero había jurado obedecer su voluntad en todo momento y en todos los sentidos, y, lo que es más, me sabía dos veces impotente frente a la sombra, ya que el propio Avyctes era impotente.

Así que, despidiéndome de él, marché con miembros temblorosos de la cámara encantada y, mirando atrás desde el umbral, vi que la sombra extraña, arrastrándose como una repugnante mancha sobre el suelo, había tocado la sombra de Avyctes. Y, en ese momento, el maestro gritó en voz alta como quien tiene una pesadilla, y su rostro ya no era el rostro de Avyctes, sino que estaba convulso y contorsionado como el de un loco furioso que lucha contra invisibles súcubos. Y ya no miré más, sino que escapé por el oscuro pasillo exterior, hacia las puertas que dan a la terraza.

Una luna roja, ominosa y con giba, se había puesto sobre los acantilados, y las sombras de los cedros eran alargadas bajo la luna, temblando bajo la galerna como las túnicas de los brujos. Inclinéme contra la tormenta, escapé a través de la terraza, hacia las escaleras exteriores que daban a un empinado sendero que iba al desierto de rocas y precipicios más allá de la casa de Avyctes. Me aproximé al borde de la terraza, corriendo con una velocidad producto del miedo, pero no pude alcanzar la parte superior de la escalera exterior; porque, a cada paso, el mármol fluía debajo de mí, escapando como el pálido horizonte de quien lo busca. Y, aunque corría sin pausa, no podía acercarme al borde de la terraza.

Al cabo, desistí notando que algún hechizo había alterado el propio espacio en torno a la casa de Avyctes, de forma que nadie pudiese escapar de allí. Así que, resignándome a lo que quiera que fuese a suceder, regresé a la casa. Y, ascendiendo las escaleras blancas, bajo los rayos, bajos e igualados, de la luna atrapada en los acantilados, vi una figura que me esperaba en las puertas. Y supe, por la túnica colgante de púrpura marino, pero no por ninguna otra señal, que la figura era Avyctes. Porque la cara ya no era por completo la cara de un hombre, sino que se había transformado en una amalgama, asquerosamente fluida, de rasgos humanos con una cosa que no podría identificarse sobre la tierra. La transfiguración era más repugnante que la

muerte o la corrupción, y el rostro ya estaba coloreado, con la tonalidad sin nombre, corrupta y purulenta, de la extraña sombra, y su silueta había adquirido un parecido parcial con la achatada de la sombra. Las manos de la figura ya no eran aquellas de un ser terrenal, y la forma debajo de la túnica se había alargado con una blandura nauseabundantemente ondulante, y el rostro y los dedos parecían gotear a la luz de la luna una podredumbre delicuescente. Y la oscuridad perseguidora, como una plaga que fluía densa, había corroído y distorsionado la propia sombra de Avyctes, que ahora era doble de una manera que aquí no será contada.

Con ganas habría gritado, o hablado en voz alta, pero el horror había secado la fuente del lenguaje. Y la cosa que había sido Avyctes me llamó en silencio, sin pronunciar palabra con sus labios vivos y podridos. Y con ojos que ya no eran ojos, sino una abominación purulenta, me miró firmemente. Y agarró mi hombro con fuerza, con la blanda lepra de sus dedos, y me condujo, medio desmayado a causa del asco, por el pasillo hasta el salón donde se encontraba la momia de Oigos, quien nos había ayudado en el triple encantamiento de los hombres serpientes, junto a varios de sus semejantes.

Bajo las lámparas que iluminaban la habitación, ardiendo con una luz pálida, fija y perpetua, vi que las momias estaban erguidas a lo largo de la pared en su exánime reposo, cada una en su lugar acostumbrado, con su larga sombra acompañada con una sombra en todo similar a la cosa maléfica que había perseguido a mi maestro y ahora se había incorporado a él.

Recordé cómo Oigos había realizado su parte del ritual, y cómo había repetido una palabra desconocida que se indicaba después de Avyctes, y así supe que el horror le había llegado a Oigos por turno y se descargaría sobre los muertos al igual que sobre los vivos. Porque la repugnante cosa sin nombre, que en nuestra presunción habíamos llamado, no era capaz de manifestarse ante nuestra percepción de mortales de otra manera que no fuese ésta. La habíamos arrastrado desde profundidades insondables del tiempo y el espacio, utilizando, de una manera ignorante, una fórmula terrible, y la cosa había acudido en su propia hora elegida, para dejar su marca de la abominación más extrema en quienes la habían invocado.

Desde entonces, la noche ha menguado, y un segundo día ha pasado con un perezoso fluir del horror... He contemplado la completa identificación de la

sombra con la carne y la sombra de Avyctes... y también he visto la lenta usurpación de la otra sombra de la sombra flaca del cuerno seco y abetunado de Oigos, y convertirlos en algo parecido a la cosa en que Avyctes se ha transformado. Y he escuchado a la momia gritar, como un hombre vivo, con gran dolor y miedo, como en la agonía de una segunda muerte, al chocar con la sombra. Y hace tiempo que se ha quedado en silencio, al igual que el otro horror, y no conozco ni sus pensamientos ni sus intenciones...

Y, en verdad, no sé si la cosa que ha venido es única o múltiple; tampoco sé si su avatar se dará por satisfecho con aquellos que la invocaron en su momento, o si se extenderá a otros.

Pero estas cosas, y muchas otras, las sabré pronto, porque ahora es mi turno, hay una sombra que sigue a la mía acercándose más y más. El aire se congela y se cuaja con un miedo desconocido, y los que fueron nuestros demonios familiares han escapado de la mansión, y las grandes mujeres de mármol parecen temblar visiblemente en sus puestos en la pared.

Pero el horror que fue Avyctes y el segundo horror que fue Oigos no me han abandonado. Con ojos que no son ya ojos, parecen meditar y vigilar, esperando hasta que yo me convierta en algo como ellos. Y su silencio es más terrible que si me hubiesen descuartizado miembro a miembro. Y hay voces extrañas en el viento y rugidos discordes en el mar, y los muros tiemblan como si fuesen un delgado velo frente al negro aliento de remotos abismos.

Así que, consciente de que el tiempo es escaso, me he encerrado en el cuarto de los volúmenes y de los libros, y he escrito esta memoria. Y he tomado la brillante tableta triangular cuya solución fue nuestra ruina, y la he arrojado desde la ventana al mar, con la esperanza de que nadie la encuentre después de nosotros.

Y ahora debo finalizar, y meter este escrito dentro de un cilindro sellado de oricalco, y arrojarlo para que flote sobre las olas. Porque el espacio entre mi sombra y la sombra del horror disminuye por momentos... y el espacio no es mayor que la pluma de un mago.

Trad. Arturo Villarubia

Los Mundos Perdidos (A Rendezvous In Averoine, 1988)

Icaro, 22

EDAF 1991

A VOYAGE TO SFANOMOË

CLARK ASHTON SMITH

There are many marvellous tales, untold, unwritten, never to be recorded or remembered, lost beyond all divining and all imagining, that sleep in the double silence of far-recessive time and space. The chronicles of Saturn, the archives of the moon in its prime, the legends of Antillia and Moaria—these are full of an unsurmised or forgotten wonder. And strange are the multitudinous tales withheld by the light-years of Polaris and the Galaxy. But none is stranger, none more marvellous, than the tale of Hotar and Evidon and their voyage to the planet Sfanomoë, from the last isle of foundering Atlantis. Harken, for I alone shall tell the story, who came in a dream to the changeless center where the past and future are always contemporary with the present; and saw the veritable happening thereof; and, waking, gave it words:

Hotar and Evidon were brothers in science as well as by consanguinity. They were the last representatives of a long line of illustrious inventors and investigators, all of whom had contributed more or less to the knowledge, wisdom, and scientific resources of a lofty civilization matured through cycles. One by one they and their fellow-savants had learned the arcanic secrets of geology, of chemistry, of biology, of astronomy; they had subverted the elements, had constrained the sea, the sun, the air, and the force of gravitation, compelling them to serve the uses of man; and lastly they had found a way to release the typhonic power of the atom, to destroy, transmute, and reconstruct the molecules of matter at will.

However, by that irony which attends all the triumphs and achievements of man, the progress of this mastering of natural law was coincidental with the profound geologic changes and upheavals which caused the gradual sinking of Atlantis. Age by age, aeon by aeon, the process had gone on: huge peninsulas, whole sea-boards, high mountain-ranges, citted plains and plateaus, all went

down in turn beneath the diluvial waves. With the advance of science, the time and location of future cataclysms was more accurately predictable; but nothing could be done to avert them.

In the days of Hotar and Evidon, all that remained of the former continent was a large isle, called Poseidonis. It was well known that this isle, with its opulent sea-ports, its aeon-surviving monuments of art and architecture, its fertile inland valleys, and mountains lifting their spires of snow above semi-tropic jungles, was destined to go down ere the sons and daughters of the present generation had grown to maturity.

Like many others of their family, Hotar and Evidon had devoted long years of research to the obscure telluric laws governing the imminent catastrophe; and had sought to devise a means of prevention, or, at least, of retardation. But the seismic forces involved were too deeply seated and too widespread in their operation to be controllable in any manner or degree. No magnetic mechanism, no zone of repressive force, was powerful enough to affect them. When the two brothers were nearing middle-age, they realized the ultimate futility of their endeavors; and though the peoples of Poseidonis continued to regard them as possible saviors, whose knowledge and resource were well-nigh superhuman, they had secretly abandoned all effort to salvage the doomed isle, and had retired from sea-gazing Lephara, the immemorial home of their family, to a private observatory and laboratory far up in the mountains of the interior.

Here, with the hereditary wealth at their command, the brothers surrounded themselves not only with all the known instruments and materials of scientific endeavor, but also with a certain degree of personal luxury. They were secluded from the world by a hundred scarps and precipices and by many leagues of little-trodden jungle; and they deemed this seclusion advisable for the labors which they now proposed to themselves, and whose real nature they had not divulged to anyone.

Hotar and Evidon had gone beyond all others of their time in the study of astronomy. The true character and relationship of the world, the sun, the moon,

the planetary system, and the stellar universe, had long been known in Atlantis. But the brothers had speculated more boldly, had calculated more profoundly and more closely, than anyone else. In the powerful magnifying mirrors of their observatory, they had given special attention to the neighboring planets; had formed an accurate idea of their distance from the earth; had estimated their relative size; and had conceived the notion that several, or perhaps all, might well be inhabited by creatures similar to man; or, if not inhabited, were potentially capable of supporting human life.

Venus, which the Atlanteans knew by the name of Sfanomoë, was the planet which drew their curiosity and their conjecture more than any other. Because of its position, they surmised that it might readily resemble the earth in climatic conditions and in all the prerequisites of biological development. And the hidden labor to which they were now devoting their energies was nothing less than the invention of a vehicle by which it would be possible to leave the ocean-threatened isle and voyage to Sfanomoë.

Day by day the brothers toiled to perfect their invention; and night by night, through the ranging seasons, they peered at the lustrous orb of their speculations as it hung in the emerald evening of Poseidonis, or above the violet-shrouded heights that would soon take the saffron footprints of the dawn. And ever they gave themselves to bolder imaginings, to stranger and more perilous projects.

The vehicle they were building was designed with complete foreknowledge of all the problems to be faced, of all the difficulties to be overcome. Various types of air-vessels had been used in Atlantis for epochs; but they knew that none of these would be suitable for their purpose even in a modified form. The vehicle they finally devised, after much planning and long discussion, was a perfect sphere, like a miniature moon; since, as they argued, all bodies travelling through etheric space were of this shape. It was made with double walls of a metallic alloy whose secret they themselves had discovered—an alloy that was both light and tough beyond any substance classified by chemistry or mineralogy. There were a dozen small round windows lined with an

unbreakable glass, and a door of the same alloy as the walls, that could be shut with hermetic tightness. The explosion of atoms in sealed cylinders was to furnish the propulsive and levitative power and would also serve to heat the sphere's interior against the absolute cold of space. Solidified air was to be carried in electrum containers and vaporized at the rate which would maintain a respirable atmosphere. And foreseeing that the gravitational influence of the Earth would lessen and cease as they went further and further away from it, they had established in the floor of the sphere a magnetic zone that would simulate the effect of gravity and thus obviate any bodily danger or discomfort to which they might otherwise be liable.

These labors were carried on with no other assistance than that of a few slaves, members of an aboriginal race of Atlantis, who had no conception of the purpose for which the vessel was being built; and who, to ensure their complete discretion, were deaf-mutes. There were no interruptions from visitors, for it was tacitly assumed throughout the isle that Hotar and Evidon were engaged in seismologic researches that required a concentration both profound and prolonged.

At length, after years of toil, of vacillation, doubt, anxiety, the sphere was completed. Shining like an immense bubble of silver, it stood on a westward-facing terrace of the laboratory, from which the planet Sfanomoë was now visible at eventide beyond the purpling sea of the jungle. All was in readiness: the vessel was amply provisioned for a journey of many lustrums and decades, and was furnished with an abundant supply of books, with implements of art and science, with all things necessary for the comfort and convenience of the voyagers.

Hotar and Evidon were now men of middle years, in the hale maturity of all their powers and faculties. They were the highest type of the Atlantean race, with fair complexions and lofty stature, with the features of a lineage both aristocratic and intellectual. Knowing the nearness of the final cataclysm, they had never married, they had not even formed any close ties; but had given themselves to science with a monastic devotion. They mourned the inevitable

passing of their civilization, with all its epoch-garnered lore, its material and artistic wealth, its consummate refinement. But they had learned the universality of the laws whose operation was plunging Atlantis beneath the wave—the laws of change, of increase and decay; and they had schooled themselves to a philosophic resignation—a resignation which, mayhap, was not untempered by a foresight of the singular glory and novel, unique experiences that would be entailed by their flight upon hitherto-untravelled space.

Their emotions, therefore, were a mingling of altruistic regret and personal expectancy, when, on the evening chosen for their departure, they dismissed their wondering slaves with a writ of manumission, and entered the orb-shaped vessel. And Sfanomoë brightened before them with a pulsing luster, and Poseidonis darkened below, as they began their voyage into the sea-green heavens of the west.

The great vessel rose with a buoyant ease beneath their guidance; till soon they saw the lights of Susran the capital and its galley-crowded port Lephara, where nightly revels were held and the very fountains ran with wine that people might forget awhile the predicted doom. But so high in the air had the vessel climbed that Hotar and Evidon could hear no faintest murmur of the loud lyres and strident merrymaking in the cities beneath. And they went onward and upward, till the world was a dark blur and the skies were aflame with stars that their optic mirrors had never revealed. And anon the black planet below was rimmed with a growing crescent of fire, and they soared from its shadow to unsettling daylight. But the heavens were no longer a familiar blue, but had taken on the lucid ebon of ether; and no star nor world, not even the littlest, was dimmed by the rivalship of the sun. And brighter than all was Sfanomoë, where it hung with unvacillating lambence in the void.

Mile by stellar mile the earth was left behind; and Hotar and Evidon, peering ahead to the goal of their dreams, had almost forgotten it. Then, gazing back, they saw it was no longer below but above them, like a vaster moon. And studying its oceans and isles and continents, they named them over one by one from their maps as the globe revolved; but vainly they sought for Poseidonis,

amid an unbroken glittering waste of sea. And the brothers were conscious of that regret and sorrow which is the just due of all vanished beauty, of all sunken splendor. And they mused awhile on the glory that had been Atlantis, and recalled to memory her obelisks and domes and mountains, her palms with high and haughty crests, and the fire-tall plumes of her warriors, that would lift no longer to the sun.

Their life in the orb-like vessel was one of ease and tranquillity, and differed little from that to which they were accustomed. They pursued their wonted studies, they went on with experiments they had planned or begun in past days, they read to each other the classic literature of Atlantis, they argued and discussed a million problems of philosophy or science. And time itself was scarcely heeded by Hotar and Evidon; and the weeks and months of their journey became years, and the years were added into lustrums, and the lustrums into decades. Nor were they sensible of the change in themselves and in each other, as the years began to weave a web of wrinkles in their faces, to tint their brows with the yellow ivory of age and to thread their sable beards with ermine. There were too many things to be solved or debated, too many speculations and surmises to be ventured, for such trivial details as these to usurp their attention.

Sfanomoë grew larger and larger as the half-oblivious years went by; till anon it rolled beneath them with strange markings of untravelled continents and seas unsailed by man. And now the discourse of Hotar and Evidon was wholly concerning the world in which they would so soon arrive, and the peoples, animals, and plants which they might expect to find. They felt in their ageless hearts the thrill of an anticipation without parallel, as they steered their vessel toward the ever-widening orb that swam below them. Soon they hung above its surface, in a cloud-laden atmosphere of tropic warmth; but though they were childishly eager to set foot on the new planet, they sagely decided to continue their journey on a horizontal level till they could study its topography with some measure of care and precision.

To their surprise, they found nothing in the bright expanse below that in any manner suggested the work of men or living beings. They had looked for towering cities of exotic aerial architecture, for broad thoroughfares and canals and geometrically measured areas of agricultural fields. Instead, there was only a primordial landscape of mountains, marshes, forests, oceans, rivers, and lakes.

At length they made up their minds to descend. Though they were old, old men, with five-foot ermine beards, they brought the moon-shaped vessel down with all the skill of which they had been capable in their prime; and opening the door that had been sealed for decades, they emerged in turn—Hotar preceding Evidon, since he was a little the elder.

Their first impressions were of a torrid heat, of dazzling color and overwhelming perfume. There seemed to be a million odors in the heavy, strange, unstirring air—odors that were almost visible in the form of wreathing vapors—perfumes that were like elixirs and opiates, that conferred at the same time a blissful drowsiness and a divine exhilaration. Then they saw that there were flowers everywhere—that they had descended in a wilderness of blossoms. They were all of unearthly form, of supermundane size and beauty and variety, with scrolls and volutes of petals many-hued, that seemed to curl and twist with a more than vegetable animation or sentiency. They grew from a ground that their overlapping stems and calyxes had utterly concealed; they hung from the boles and fronds of palm-like trees they had mantled beyond recognition; they thronged the water of still pools; they poised on the jungle-tops like living creatures winged for flight to the perfume-drunken heavens. And even as the brothers watched, the flowers grew and faded with a thaumaturgic swiftness, they fell and replaced each other as if by some legerdemain of natural law.

Hotar and Evidon were delighted, they called out to each other like children, they pointed at each new floral marvel that was more exquisite and curious than the rest; and they wondered at the speed of their miraculous growth and decay. And they laughed at the unexampled bizarrerie of the sight, when they

perceived certain animals new to zoology, who were trotting about on more than the usual number of legs, with orchidaceous blossoms springing from their rumps.

They forgot their long voyage through space, they forgot there had ever been a planet called the earth and an isle named Poseidonis, they forgot their lore and their wisdom, as they roamed through the bowers of Sfanomoë. The exotic air and its odors mounted to their heads like a mighty wine; and the clouds of golden and snowy pollen which fell upon them from the arching arbors were potent as some fantastic drugs. It pleased them that their white beards and violet tunics should be powdered with this pollen and with the floating spores of plants that were alien to all terrene botany.

Suddenly, Hotar cried out with a new wonder, and laughed with a more boisterous mirth than before. He had seen that an oddly folded leaf was starting from the back of his shrunken right hand. The leaf unfurled as it grew, it disclosed a flower-bud; and lo! the bud opened and became a triple-chaliced blossom of unearthly hues, adding a rich perfume to the swooning air. Then, on his left hand, another blossom appeared in like manner; and then leaves and petals were burgeoning from his wrinkled face and brow, were growing in successive tiers from his limbs and body, were mingling their hair-like tendrils and tongue-shaped pistils with his beard. He felt no pain, only an infantile surprise and bewilderment as he watched them.

Now from the hands and limbs of Evidon, the blossoms also began to spring. And soon the two old men had ceased to wear a human semblance, and were hardly to be distinguished from the garland-laden trees about them. And they died with no agony, as if they were already part of the teeming floral life of Sfanomoë, with such perceptions and sensations as were appropriate to their new mode of existence. And before long their metamorphosis was complete, and every fiber of their bodies had undergone a dissolution into flowers. And the vessel in which they had made their voyage was embowered from sight in an ever-climbing mass of plants and blossoms.

Such was the fate of Hotar and Evidon, the last of the Atlanteans, and the first (if not also the last) of human visitors to Sfanomoë.

UN VIAJE A SFANOMOË

CLARK ASHTON SMITH

HAY MUCHAS historias maravillosas, que no han sido contadas, que no han sido escritas, que nunca serán registradas o recordadas, perdidas más allá de todas las adivinanzas y las imaginaciones, que duermen en el doble silencio de los tiempos y espacios remotos. Las crónicas de Saturno, los archivos de la luna durante la flor de su edad, las leyendas de Antillia y Moaria..., estas últimas llenas de maravillas no sospechadas o imaginadas. Y extrañas son las historias multitudinarias, que nos ocultan los años luz, sobre Polaris y la galaxia. Pero ninguna es más extraña, ninguna más maravillosa, que la historia de Hotar y de Evidon y su viaje al planeta Sfanomoë desde la última isla de Atlantis que se hundía. Escuchad, pues sólo yo esta historia os contaré, yo, quien llegué a soñar con un centro inmutable donde el pasado y el futuro son siempre contemporáneos con el presente; y allí vi el verdadero acontecimiento del que hablo, y, al despertar, lo puse en palabras:

Hotar y Evidon eran hermanos por su ciencia, además de por su consanguinidad. Eran los últimos representantes de una larga estirpe de ilustres inventores e investigadores, todos los cuales habían contribuido, más o menos, al conocimiento, sabiduría y recursos científicos de una elevada civilización que había madurado a través de los ciclos. Uno por uno, ellos y sus compañeros sabios habían descubierto los arcanos secretos de la geología, la química, la biología y la astronomía; ellos habían transformado los elementos, habían controlado el mar, el sol, el aire y las fuerzas de la gravedad, obligándolas a servir a los fines del hombre, y, por último, habían encontrado una manera de liberar el poder del átomo semejante a un tifón, para destruir, transmutar y reconstruir las moléculas de la materia según su voluntad.

Sin embargo, a causa de esa ironía que acompaña los triunfos y logros del hombre, el progreso que representaba el dominio de esta ley natural fue acompañado de profundos cambios geológicos y terremotos que causaron el gradual hundimiento de Atlantis. Época por época, evo a evo, el proceso había continuado: enormes penínsulas, litorales completos, elevadas cadenas

montañosas, mesetas y llanuras con ciudades, todas ellas se hundieron por turno bajo las olas del diluvio. Con el avance de la ciencia, el tiempo y el lugar de futuros cataclismos fue predicho de manera más precisa, pero nada pudo hacerse para evitarlos.

En los tiempos de Hotar y Evidon, todo lo que quedaba del antiguo continente era una gran isla, llamada Poseidonis. Era bien sabido que esta isla, con sus opulentos puertos de mar, sus monumentos de arte y arquitectura que habían sobrevivido a los evos, sus fértiles valles interiores y sus montañas que levantaban sus cimas, cargadas de nieve, sobre junglas semitropicales, estaban destinados a hundirse antes de que los hijos y las hijas de la actual generación se hubiesen hecho mayores.

Como muchos otros de su familia, Hotar y Evidon se habían entregado durante largos años a investigaciones sobre las oscuras leyes telúricas que gobernaban la inminente catástrofe, y habían tratado de encontrar un modo para prevenirla, o, al menos, retrasarla. Pero las fuerzas sísmicas en cuestión estaban demasiado profundamente asentadas y extendidas como para que su acción resultase controlable en grado o manera algunos. Ningún mecanismo magnético, ninguna zona de fuerza represiva, eran lo bastante poderosos como para controlarlas. Cuando los dos hermanos se aproximaban a la madurez, se dieron cuenta de la definitiva inutilidad de sus esfuerzos, y, aunque las gentes de Poseidonis siguieron considerándoles como posibles salvadores, cuyos conocimientos y recursos eran prácticamente sobrehumanos, ellos habían abandonado secretamente todos los esfuerzos para salvar la isla condenada, y se habían retirado de Lephara, la que da al mar, el hogar de su familia desde tiempo inmemorial, a un laboratorio y observatorio privados alejados en las montañas del interior.

Aquí, con la riqueza hereditaria a su disposición, los hermanos se rodearon no sólo de todos los instrumentos conocidos, y los materiales de la experimentación científica, sino además, hasta cierto punto, de lujos personales. Estaban separados del mundo por un centenar de precipicios y acantilados y por muchas leguas de jungla poco recorrida, y consideraban este aislamiento aconsejable para los experimentos que ahora se proponían y cuya auténtica naturaleza a nadie le habían divulgado.

Hotar y Evidon habían ido más lejos que todos los demás de su tiempo en el estudio de la astronomía. El verdadero carácter y las relaciones del mundo —el sol, la luna y el sistema planetario y el universo estelar— habían sido conocidos desde hacía largo tiempo en Atlantis. Pero los hermanos habían especulado de una manera más audaz, habían hecho cálculos con más profundidad y más cuidado que ninguna otra persona. En los poderosos espejos amplificadores de su observatorio, ellos habían prestado especial atención a los planetas vecinos, se habían formado una idea precisa de su distancia de la Tierra, estimando su tamaño relativo, y habían concebido la idea de que varios, o quizá todos, podrían estar habitados por criaturas semejantes a los hombres; o, si no estaban habitados, eran potencialmente capaces de tener vida humana.

Venus, que los atlantes conocían como Sfanomoë, era el planeta que había atraído su curiosidad y había sido objeto de sus conjeturas más que ningún otro. A causa de su localización, habían supuesto que ya podía parecerse a la Tierra en condiciones climáticas y en todos los requisitos previos para el desarrollo biológico. Y todas las tareas ocultas a las que ahora dedicaban sus energías no eran nada menos que la invención de un vehículo que hiciese posible el viaje desde su isla, amenazada por el océano, a Sfanomoë.

Día a día, los hermanos trabajaron para perfeccionar su invento, y, noche a noche, a través del paso de las estaciones, ellos miraban el lustroso orbe de sus especulaciones, mientras brillaba en las tardes esmeralda de Poseidonis, o sobre las cimas, veladas de violeta, que pronto recibirían la pisada azafrán del alba. Y siempre se entregaban a suposiciones todavía más atrevidas, a proyectos más extraños y peligrosos.

El vehículo que edificaban estaba diseñado con un previo conocimiento completo de todos los problemas a los que habría de hacer frente, y de todas las dificultades que habría que vencer. Varios tipos de vehículos aéreos habían sido utilizados en Atlantis desde hacía tiempo, pero ninguno de ellos habría sido adecuado para sus propósitos, ni siquiera con una forma modificada. El vehículo que finalmente diseñaron, después de muchos planes y de largas discusiones, era una esfera perfecta, como una luna en miniatura, dado que, según ellos argumentaban, todos los cuerpos que viajaban por el éter tenían esta forma. Estaba construido con paredes dobles de una aleación cuyos

secretos ellos mismos habían descubierto..., una aleación que era más ligera y mas resistente que ninguna sustancia clasificada por la química o la mineralogía. Había una docena de pequeñas ventanas redondas, forradas con cristal irrompible, y una puerta de la misma aleación de las paredes, que podía ser cerrada con una hermética tirantez. La explosión de átomos en cilindros cerrados iba a proporcionar la energía para la propulsión y la levitación, y además serviría para calentar el interior de la esfera frente al frío absoluto del espacio. Aire sólido sería transportado en cilindros de electro y vaporizado a un ritmo que mantendría una atmósfera respirable. Y, habiendo previsto que la influencia gravitacional de la Tierra disminuiría y desaparecería conforme se alejaran más y más de ella, habían establecido en el suelo de la esfera una zona magnética que imitaría el efecto de la gravedad y así evitaría cualquier daño corporal o incomodidad a la que de otro modo estarían sujetos.

Sus trabajos fueron realizados sin ninguna otra ayuda que la de unos pocos esclavos, miembros de la raza aborigen de Atlantis, quienes no tenían ni idea del propósito para el cual se construía el vehículo, y quienes, para asegurar su completa discreción, eran sordomudos. No hubo interrupciones de visitantes, porque era supuesto, tácitamente, a través de la isla, que Hotar y Evidon estaban entregados a investigaciones sismológicas que requerían una concentración profunda y prolongada a un tiempo.

Al cabo, tras años de trabajo, de vacilaciones, dudas y ansiedades, la esfera estuvo acabada. Brillando como una inmensa burbuja de plata, se alzaba en la terraza que daba al oeste del laboratorio, desde la cual el planeta Sfanomoë era ahora visible por las tardes, más allá del mar púrpura de la selva. Todo estaba listo: la nave estaba ampliamente aprovisionada para un viaje de muchos lustros y décadas, abundantemente equipada con un amplio suministro de libros, de obras de arte y de ciencia, con todas las cosas necesarias para la comodidad y la conveniencia de los pasajeros.

Hotar y Evidon eran ahora hombres de edad madura, en la sana perfección de sus poderes y facultades. Eran del tipo más elevado de la raza atlántida: complexión clara y elevada estatura, con las facciones de una familia intelectual y aristocrática a un tiempo.

Conociendo la proximidad de la catástrofe definitiva, ellos nunca habían contraído matrimonio, ni habían formado ningún vínculo de intimidad, sino que

se habían entregado a la ciencia con devoción monástica. Lamentaron el inminente fin de su civilización, con toda su sabiduría acumulada a lo largo de las épocas, su riqueza artística y material, su consumado refinamiento. Pero habían aprendido la universalidad de las leyes que estaban hundiendo Atlantis bajo las olas..., las leyes del cambio, la ascensión y la caída. Y se habían educado en una resignación filosófica... una resignación que quizá no dejaba de estar mezclada con la previsión de la gloria singular y las experiencias, nuevas y únicas, que acompañarían a su vuelo por un espacio que hasta entonces no había sido recorrido.

Sus emociones, por tanto, eran una mezcla de lamentación altruista y expectativas personales, cuando, durante una de las tardes elegidas para su marcha, despidieron a sus esclavos asombrados con un escrito de manumisión y entraron en su nave con forma de ojo. Sfanomoë brilló ante ellos con un brillo lustroso, y Poseidonis se oscureció debajo, mientras iniciaron su viaje adentrándose en los cielos verde mar del oeste.

La gran nave se levantó con facilidad boyante bajo su guía, hasta que pronto vieron las luces de Susran y del puerto de Lephara, atestado de galeras, donde se celebraban fiestas todas las noches y las propias fuentes daban vino para que las gentes pudiesen olvidar durante un rato su prevista condena.

Pero tan elevada en el aire había ascendido la nave, que Hotar y Evidon no podían escuchar el menor murmullo de las altas liras y la estridente diversión debajo. Y siguieron subiendo y subiendo, hasta que el mundo fue una mancha oscura y los cielos ardieron con las estrellas que sus espejos ópticos habían revelado, y, enseguida, el planeta oscuro fue enmarcado por una creciente aureola de fuego, y se elevaron desde su sombra hasta una intranquilizadora luz del día. Pero los cielos ya no eran del familiar color azul, sino que habían adquirido el brillante ébano del éter, y ninguna estrella ni ningún mundo, ni siquiera los más pequeños, se veían apagados por la rivalidad del sol. Y el más brillante de todos era Sfanomoë, desde su lugar en el vacío donde centelleaba sin vacilar.

Milla estelar tras milla estelar, la Tierra fue dejada atrás; y Hotar y Evidon, mirando adelante al objeto de sus sueños, casi la habían olvidado. Entonces, mirando atrás, vieron que ya no estaba detrás de ellos, sino sobre ellos, como una luna más grande. Y, estudiando sus océanos, sus islas y sus continentes,

los fueron bautizando uno a uno desde sus mapas, mientras el globo iba girando, pero vanamente buscaron Poseidonis, en el desierto del mar, brillante y sin interrupciones. Y los hermanos fueron conscientes de esa lamentación y de esa pena que le son justamente debidos a toda belleza muerta, a todo esplendor hundido. Y meditaron un rato sobre la gloria que fue Atlantis, y les vinieron al recuerdo sus obeliscos, cúpulas y montañas, sus llanuras con altas y poderosas cordilleras, y los penachos de sus guerreros derechos como llamas, que nunca más se levantarían al sol.

Su vida en la nave globular era una vida de calma y tranquilidad, y difería en poco de aquella a la que estaban acostumbrados. Ellos seguían los estudios que deseaban y continuaron con los experimentos que habían planeado o comenzado en días anteriores, se leían el uno al otro la literatura clásica de Atlantis, argumentaban y discutían en torno a un millón de problemas de ciencia y filosofía. Y Hotar y Evidon apenas hacían caso al transcurso del tiempo, y las semanas y los meses de su viaje se convirtieron en años, y los años en lustros, y los lustros en décadas. Ni tampoco se dieron cuenta del cambio en ellos mismos, ni en el otro, mientras los años empezaron a tejer una red de arrugas en sus rostros, a teñir sus frentes con el marfil amarillo de la edad, y a hilar de plata sus barbas rubias. Había demasiadas cosas que solucionar o discutir, demasiadas especulaciones e hipótesis que ser aventuradas, para que detalles tan triviales como estos usurpasen su atención.

Sfanomoë creció cada vez más mientras los años medio olvidados pasaban, hasta que, al fin, empezó a girar bajo ellos con las extrañas marcas de continentes y de mares ignotos que no habían sido desafiados por los hombres. Y ahora el discurso de Hotar y Evidon se dedicaba por completo al mundo al que enseguida llegarían, y a las gentes, animales y plantas que pronto podrían encontrar. Sintieron en sus corazones sin edad una emoción viva sin paralelo, mientras dirigían su nave hacia el siempre creciente orbe que nadaba debajo de ellos. Pronto, colgaron sobre su superficie, en una atmósfera cargada de nubes de calor tropical, pero, aunque estaban infantilmente ansiosos de poner el pie en el nuevo planeta, sabiamente decidieron continuar su viaje horizontalmente hasta que pudiesen estudiar su topografía con algún cuidado y precisión.

Para su sorpresa, no encontraron nada en el brillante espacio bajo ellos que de alguna manera sugiriese la obra de los hombres o de seres vivientes. Habían esperado erguidas ciudades de exótica arquitectura aérea, anchas carreteras y canales, y las áreas, geoméricamente medidas, de las zonas de agricultura. En vez de eso, solamente encontraron un paisaje primordial de montañas, marismas, bosque, océano, ríos y lagos.

Por fin se decidieron a descender Aunque eran viejos, hombres ancianos con barba de plata de cinco pies de longitud, llevaron el vehículo con forma de luna al suelo con toda la habilidad de la que habrían sido capaces en la flor de la edad, y, abriendo una puerta que había estado sellada durante décadas, emergieron por turnos... Hotar delante de Evidon, ya que era un poco mayor.

Su primera impresión fue de un calor tórrido, un color deslumbrante y un perfume mareante. Parecía haber un millón de olores en el aire pesado, raro e inmóvil —flores que resultaban casi visibles bajo la forma de vapores que se retorcían—, perfumes que eran como elixires y opiáceos que conferían a un tiempo una gozosa somnolencia y una alegría divina. Entonces vieron que había flores por todas partes y que habían descendido en medio de un desierto de floraciones. Eran todas de forma extraterrestre, de una belleza, tamaño y variedad supraterrénos, con tallos y pétalos de muchos colores que parecían rizarse y retorcerse con una inteligencia y movimientos que eran más que vegetales. Crecían de un suelo que los pétalos y cálices superpuestos habían ocultado por completo; colgaban de bosques y frondas de árboles parecidos a las palmeras que habían cubierto hasta hacerlos irreconocibles; sobre el agua de tranquilos charcos se amontonaban; se agazapaban en las copas de la jungla como criaturas aladas preparadas para volar a través de los cielos borrachos de perfume. E, incluso mientras los hermanos miraban, las flores crecían y se marchitaban con una rapidez sobrenatural, caían y eran reemplazadas por otras, como en un juego de manos de la ley natural.

Hotar y Evidon estaban encantados, se llamaban el uno al otro como niños señalando nuevas maravillas florales que eran más exquisitas y curiosas que el resto; y se

asombraban ante la maravillosa velocidad de su crecimiento y decadencia. Y se reían ante la incomparable rareza de la vista, cuando notaron ciertos

animales nuevos para la zoología, que trotaban sobre más del número habitual de patas, con flores parecidas a las orquídeas naciéndoles de los lomos.

Se olvidaron de su largo viaje a través del espacio, se olvidaron de que alguna vez había existido un planeta llamado Tierra y una isla llamada Poseidonis, se olvidaron de su ciencia y de su sabiduría, mientras paseaban por las glorietas de Sfanomoë. El aire exótico y sus olores se les subieron a la cabeza como un fuerte vino; y las nubes de polen dorado y nevado que caían sobre ellos desde los árboles arqueados eran tan potentes como alguna droga fantástica. Les agradó que sus barbas blancas y sus túnicas violetas estuviesen empolvadas con este polen y las esporas flotantes de las plantas que eran ajenas a toda botánica terrestre.

Repentinamente, Hotar gritó maravillado nuevamente, y se carcajeó con una risa más turbulenta que antes. Él había visto cómo una hoja, extrañamente doblada, estaba naciendo del dorso de su encogida mano derecha. La hoja se estiró mientras crecía, dejando al descubierto el capullo de una flor, y, ¡atención!, el capullo se abrió y se convirtió en una flor de triple cáliz, de colores ultrarerrenos, añadiendo un rico perfume al aire embriagador. Entonces, sobre su mano izquierda, otro capullo se abrió de idéntica manera, y las hojas y los pétalos empezaron a florecer en sus frentes y rostros arrugados, estaban creciendo en capas sucesivas sobre sus cuerpos y miembros, mezclando sus tentáculos con sus cabellos, y sus pistilos con forma de lengua, con su barba. Él no sentía dolor, sólo una sorpresa infantil y el asombro mientras lo contemplaba.

También empezaron a nacer las flores sobre las manos y el rostro de Evidon. Y pronto los dos viejos habían cesado de tener un aspecto humano, y eran difíciles de distinguir de los árboles engalanados que les rodeaban. Y murieron sin agonía, como si ya formasen parte de la creciente vida floral de Sfanomoë, con las percepciones y sensaciones apropiadas a su nuevo modo de existencia. Y, en breve, su metamorfosis fue completa, y cada fibra de sus cuerpos se había disuelto en flores. Y el vehículo en el que habían hecho su viaje estaba engalanado a la vista con una masa en continua ascensión de plantas y flores.

Ése fue el destino de Hotar y Evidon, los últimos atlantes, y los primeros (si no los últimos) visitantes humanos a Sfanomoë.

A Voyage To Sfanomoë, VII—1930

(Weird Tales, VIII—31. Lost Worlds, X—44)

Trad. Arturo Villarubia

Los Mundos Perdidos (A Rendezvous In Averaigne, 1988)

Icaro, 22

EDAF 1991

III – LOS MUNDOS PERDIDOS

THE DWELLER IN THE GULF

CLARK ASHTON SMITH

Swelling and towering swiftly, like a genie loosed from one of Solomon's bottles, the cloud rose on the planet's rim. A rusty and colossal column, it strode above the dead plain, through a sky that was dark as the brine of desert seas that have ebbed to desert pools.

'Looks like a blithering sandstorm,' commented Maspic.

'It can't very well be anything else,' agreed Bellman rather curtly. 'Any other kind of storm is unheard of in these regions. It's the sort of hell-twister that the Aithais call the zoorth — and it's coming our way, too. I move that we start looking for shelter. I've been caught in the zoorth before, and I don't recommend a lungful of that ferruginous dust.'

'There's a cave in the old river bank, to the right,' said Chivers, the third member of the party, who had been searching the desert with restless, falcon-like eyes.

The trio of earthmen, hard-bitten adventurers who disdained the services of Martian guides, had started five days before from the outpost of Ahoom, into the uninhabited region called the Chaur. Here, in the beds of great rivers that had not flowed for cycles, it was rumored that the pale, platinum-like gold of Mars could be found lying in heaps, like so much salt. If fortune were propitious, their years of somewhat unwilling exile on the red planet would soon be at an end. They had been warned against the Chaur, and had heard some queer tales in Ahoom regarding the reasons why former prospectors had not returned. But danger, no matter how dire or exotic, was merely a part of their daily routine. With a fair chance of unlimited gold at the journey's end, they would have gone down through Hinnom.

Their food-supplies and water-barrels were carried on the backs of three of those curious mammals called vortlups, which with their elongated legs and necks, and horny-plated bodies, might seemingly have been some fabulous combination of llama and saurian. These animals though extravagantly ugly, were tame and obedient, and were well adapted to desert travel, being able to go without water for months at a time.

For the past two days they had followed the mile-wide course of a nameless ancient river, winding among hills that had dwindled to mere hummocks through aeons of exfoliation. They had found nothing but worn boulders, pebbles and fine rusty sand. Heretofore the sky had been silent and stirless; and nothing moved on the river-bottom, whose stones were bare even of dead lichen. The malignant column of the zoorth, twisting and swelling toward them, was the first sign of animation they had discerned in that lifeless land.

Prodding their vortlups with the iron-pointed goads which alone could elicit any increase of speed from these sluggish monsters, the earthmen started off toward the cavern-mouth described by Chivers. It was perhaps a third of a mile distant, and was high up in the shelving shore.

The zoorth had blotted out the sun ere they reached the bottom of the ancient slope, and they moved through a sinister twilight that was colored like dried blood. The vortlups, protesting with unearthly bellows, began to climb the beach, which was marked off in a series of more or less regular steps that indicated the slow recession of its olden waters. The column of sand, rising and whirling formidably, had reached the opposite bank when they came to the cavern.

This cavern was in the face of a low cliff of iron-veined rock. The entrance had crumbled down in heaps of ferro-oxide and dark basaltic dust, but was large enough to admit with ease the earthmen and their laden beasts of burden. Darkness, heavy as if with a weaving of black webs, clogged the interior. They

could form no idea of the cave's dimensions till Bellman got out an electric torch from his bale of belongings and turned its prying beam into the shadows.

The torch served merely to reveal the beginnings of a chamber of indeterminate size that ran backward into night, widening gradually, with a floor that was worn smooth as if by vanished waters.

The opening had grown dark with the onset of the zooth, A weird moaning as of baffled demons filled the ears of the explorers, and particles of atom-like sand were blown in upon them, stinging their hands and faces like powdered adamant.

'The storm will last for half an hour, at least,' said Bellman. 'Shall we go on into the cave? Probably we won't find anything of much interest or value, But the exploration will serve to kill time. And we might happen on a few violet rubies or amber-yellow sapphires, such as are sometimes discovered in these desert caverns. You two had better bring along your torches also, and flash them on the walls and ground as we go.'

His companions thought the suggestion worth following. The vortlups, wholly insensible to the blowing sand in their scaly mail, were left behind near the entrance. Chivers, Bellman and Maspic, with their torch-beams tearing a dotted gloom that had perhaps never known the intrusion of light in all its former cycles, went on into the widening cave.

The place was bare, with the death-like emptiness of some long-deserted catacomb. Its rusted floor and walls returned no gleam or sparkle to the playing lights. It sloped downward at an easy gradient, and the sides were water-marked at a height of six or seven feet. No doubt it had been in earlier aeons the channel of an underground offshoot from the river. It had been swept clean of all detritus, and was like the anterior of some Cyclopean conduit that might give upon a sub-Martian Erebus.

None of the three adventurers was overly imaginative or prone to nervousness. But all were beset by certain odd impressions. Behind the arras of cryptic silence, time and again, they seemed to hear a faint whisper, like the sigh of sunken seas far down at some hemispheric depth. The air was tinged with a slight and doubtful darkness, and they felt the stirring of an almost imperceptible draft upon their faces. Oddest of all was the hint of a nameless odor, reminding them both of animal dens and the peculiar smell of Martian dwellings.

'Do you suppose we'll encounter any kind of life?' said Maspic, sniffing the air dubiously.

'Not likely?.' Bellman dismissed the query with his usual curtness. 'Even the wild vortlups avoid the Chaur.'

'But there's certainly a touch of dampness in the air,' persisted Maspic. 'That means water, somewhere; and if there is water, there may be life also — perhaps of a dangerous kind.'

'We've got our revolvers,' said Bellman. 'But I doubt if we'll need them — as long as we don't meet rival gold-hunters from the Earth,' he added cynically.

'Listen.' The semi-whisper came from Chivers. 'Do you fellows hear anything?'

All three had paused. Somewhere in the gloom ahead, they heard a prolonged, equivocal noise that baffled the ear with incongruous elements. It was a sharp rustling and rattling as, of metal dragged over rock; and also it was somehow like the smacking of myriad wet, enormous mouths. Anon it deceded and died out at a level that was seemingly far below.

'That's queer.' Bellman seemed to make a reluctant admission.

'What is it? ' queried Chivers. 'One of the millipedal underground monsters, half a mile long, that the Martians tell about?'

'You've been hearing too many native fairy-tales,' reprovved Bellman. 'No terrestrial has ever seen anything of that kind. Many deep-lying caverns on Mars have been thoroughly explored; but those in desert regions, such as the Chaur, were devoid of life. I can't imagine what could have made that noise; but, in the interests of science, I'd like to go on and find out.'

'I'm beginning to feel creepy,' said Maspic. 'But I'm game if you others are.'

Without further argument or comment, the three continued their advance into the cave. They had been walking at a fair gait for fifteen minutes, and were now at least half a mile from the entrance. The floor was steepening, as if it had been the bed of a torrent. Also, the conformation of the walls had changed: on either hand there were high shelves of metallic stone and columnated recesses which the flashed rays of the torches could not always fathom.

The air had grown heavier, the dampness unmistakable. There was a breath of stagnant ancient waters. That other smell as of wild beasts and Aihai dwellings, also tainted the gloom with its clinging fetor.

Bellman was leading the way. Suddenly his torch revealed the verge of a precipice, where the olden channel ended sheerly and the shelves and walls pitched away on each side into incalculable space. Going to the very edge, he dipped his pencil of light down the abyss, disclosing only the vertical cliff that fell at his feet into darkness with no apparent bottom. The beam also failed to reach the further shore of the gulf, which might have been many leagues in extent.

'Looks as if we have found the original jumping-off place,' observed Chivers. Looking about, he secured a loose lump of rock, the size of a small boulder, which he hurled as far out as he could into the abyss. The earthmen listened for the sound of its fall; but several minutes went by, and there was no echo from the black profound.

Bellman started to examine the broken-off ledges on either side of the channel's terminus. To the right he discerned a downward-sloping shelf that skirted the abyss, running for an uncertain distance. Its beginning was little higher than the channel-bed, and was accessible by means of a stair-like formation. The shelf was two yards wide; and its gentle inclination, its remarkable evenness and regularity conveyed the idea of an ancient road hewn in the face of the cliff. It was overhung by the wall, as if by the sharply sundered half of a high arcade.

'There's our road to Hades,' said Bellman. 'And the downgrade is easy enough at that.'

'What's the use of going further?' said Maspic. 'I, for one, have had enough darkness already, And if we were to find anything by going on, it would be valueless — or unpleasant.'

Bellman hesitated. 'Maybe you're right. But I'd like to follow that ledge far enough to get some idea of the magnitude of the gulf. You and Chivers can wait here, if you're afraid.'

Chivers and Maspic, apparently, were unwilling to avow whatever trepidation they might have felt. They followed Bellman along the shelf, hugging the inner wall. Bellman, however, strode carelessly on the verge, often flashing his torch into the vastitude that engulfed its feeble beam.

More and more, through its uniform breadth, inclination and smoothness, and the demi-arch of cliff above, the shelf impressed the earthmen as being an artificial road. But who could have made and used it? In what forgotten ages and for what enigmatic purpose had it been designed? The imagination of the terrestrials failed before the stupendous gulfs of Martian antiquity that yawned in such tenebrous queries.

Bellman thought that the wall curved inward upon itself by slow degrees. No doubt they would round the entire abyss in time by following the road. Perhaps it wound in a slow, tremendous spiral, ever downward, about and about, to the very bowels of Mars.

He and the others were awed into lengthening intervals of silence. They were horribly startled, when, as they went on, they heard in the depths beneath the same peculiar longdrawn sound or combination of sounds which they had heard in the outer cavern. It suggested other images now: the rustling was a file-like scraping; the soft, methodical, myriad smacking was vaguely similar to the noise made by some enormous creature that withdraws its feet from a quagmire,

The sound was inexplicable, terrifying. Part of its terror lay in an implication of remoteness, which appeared to signalize the enormity of its cause, and to emphasize the profundity of the abyss. Heard in that planetary pit beneath a lifeless desert it astonished — and shocked. Even Bellman, intrepid heretofore, began to succumb to the formless horror that rose up like an emanation from the night.

The noise grew fainter and ceased at length, giving somehow the idea that its maker had gone directly down on the perpendicular wall into nether reaches of the gulf.

'Shall we go back?' inquired Chivers.

'We might as well,' assented Bellman without demur. 'It would take all eternity to explore this place anyway.' They started to retrace their way back along the ledge. All three, with that extra-tactile sense which warns of the approach of hidden danger, were now troubled and alert. Though the gulf had grown silent once more with that withdrawal of the strange noise, they somehow felt that they were not alone. Whence the peril would come, or in what shape, they could not surmise; but they felt an alarm that was almost

panic. Tacitly, none of them mentioned it; nor did they discuss the eerie mystery on which they had stumbled in a manner so fortuitous.

Maspic was a little ahead of the others now. They had covered at least half of the distance to the old cavern-channel, when his torch, playing for twenty feet ahead on the path, illumined an array of whitish figures, three abreast, that blocked the way. The flashlights of Bellman and Chivers, coming close behind, brought out with hideous clearness the vanward limbs and faces of the throng, but could not determine its number.

The creatures, who stood perfectly motionless and silent, as if awaiting the earthmen, were generically similar to the Aihais or Martian natives. They seemed, however, to represent an extremely degraded and aberrant type; and the fungus-like pallor of their bodies denoted many ages of underground life. They were smaller too, than full-grown Aihais, being, on the average, about five feet tall. They possessed the enormous open nostrils, the flaring ears, the barrel chests and lanky limbs of the Martians — but all of them were eyeless. In the faces of some, there were faint, rudimentary slits where the eyes should have been; in the faces of others, there were deep and empty orbits that suggested a removal of the eyeballs.

'Lord! what a ghastly crew!' cried Maspic. 'Where do they come from? and what do they want?'

'Can't imagine,' said Bellman. 'But our situation is somewhat ticklish — unless they are friendly. They must have been hiding on the shelves in the cavern above, when we entered.'

Stepping boldly forward, ahead of Maspic, he addressed the creatures in the guttural Aihai tongue, many of whose vocals are scarcely to be articulated by an earthman. Some of the people stirred uneasily, and emitted shrill, cheeping sounds that bore little likeness to the Martian language. It was plain that they could not understand Bellman. Signlanguage, by reason of their blindness, would have been equally useless.

Bellman drew his revolver, enjoining the others to follow suit. 'We've got to get through them somehow,' he said. 'And if they won't let us pass without interference — ' the click of a cocked hammer served to finish the sentence.

As if the metallic sound had been an awaited signal, the press of blind white beings sprang into sudden motion and surged forward upon the terrestrials. It was like the onset of automatons — an irresistible striding of machines, concerted and methodical, beneath the direction of a hidden power.

Bellman pulled his trigger, once, twice, thrice, at a point blank range. It was impossible to miss; but the bullets were futile as pebbles flung at the spate of an onrushing torrent. The eyeless beings did not waver, though two of them began to bleed the yellowish-red fluid that serves the Martians for blood. The foremost of them, unwounded, and moving with diabolical sureness, caught Bellman's arm with long, four jointed fingers, and jerked the revolver from his grasp before he could press the trigger again. Curiously enough, the creature did not try to deprive him of his torch, which he now carried in his left hand; and he saw the steely flash of the Colt, as it hurtled down into darkness and space from the hand of the Martian. Then the fungus-white bodies, milling horribly on the narrow road, were all about him, pressing so closely that there was no room for effectual resistance. Chivers and Maspic, after firing a few shots, were also deprived of their weapons, but, through an uncanny discrimination, were permitted to retain their flashlights.

The entire episode had been a matter of moments. There was only a brief slackening of the upward motion of the throng, several of whose members had been shot down by Chivers and Maspic and then hurled expeditiously into the gulf by their fellows. The foremost ranks, opening deftly, included the earthmen and forced them to turn backward. Then, tightly caught in a moving vise of bodies, they were borne resistlessly along. Handicapped by the fear of dropping torches, they could do nothing against the nightmare torrent

Rushing with dreadful strides on a path that led ever deeper into the abyss, and able to see only the lit backs and members of the creatures before them, they became a part of that eyeless and cryptic army.

Behind them, there seemed to be scores of the Martians, driving them on implacably. After awhile, their plight began to paralyze their faculties. It seemed that they moved no longer with human steps, but with the swift and automatic stalking of the clammy things that pressed about them. Thought, volition, even terror, were numbed by the unearthly rhythm of those abyssward-beating feet. Constrained by this, and by a sense of utter unreality, they spoke only at long intervals, and then in monosyllables that appeared to have lost all proper meaning, like the speech of machines. The blind people were wholly silent — there was no sound, except that of a myriad, eternal padding on the stone.

On, on they went, through ebon hours that belonged to no diurnal period. Slowly, tortuously, the road curved inward, as if it were coiled about the interior of a blind and cosmic Babel. The earthmen felt that they must have circled the abyss many times in that terrific spiral; but the distance they had gone, and the actual extent of the stupefying gulf, were inconceivable.

Except for their torches, the night was absolute, unchangeable. It was older than the sun, it had brooded there through all past aeons. It accumulated above them like a monstrous burden; it yawned frightfully beneath. From it, the strengthening stench of stagnant waters rose. But still there was no sound, other than the soft and measured thud of marching feet that descended into a bottomless Abaddon.

Somewhere, as if after the lapse of nocturnal ages, the pitward rushing had ceased. Bellman, Chivers and Maspic felt the pressure of crowded bodies relax; felt that they were standing still, while their brains continued to beat the unhuman measure of that terrible descent.

Reason — and horror — returned to them slowly. Bellman lifted his flashlight, and the circling ray recovered the throng of Martians, many of whom were

dispersing in a huge cavern where the gulf-circling road had now ended. Others of the beings remained, however, as if to keep guard over the earthmen. They quivered alertly at Bellman's movements, as if aware of them through an unknown sense.

Close at hand, on the right, the level floor ended abruptly; and stepping to the verge, Bellman saw that the cavern was an open chamber in the perpendicular wall. Far, far below in the blackness, a phosphorescent glimmer played to and fro, like noctilucae on an underworld ocean. A slow, fetid wind blew upon him; and he heard the weird sighing of waters about the sunken cliff's: waters that had ebbed through untold cycles, during the planet's desiccation.

He turned giddily away. His companions were examining the cave's interior. It seemed that the place was of artificial origin; for, darting here and there, the torch-beams brought out enormous columnations lined with deeply graven basreliefs. Who had carved them or when, were problems no less insoluble than the origin of the cliff-hewn road. Their details were obscene as the visions of madness; they shocked the eye like a violent blow, conveying an extra-human evil, a bottomless malignity, in the passing moment of disclosure.

The cave was indeed of stupendous extent, running far back in the cliff, and with numerous exits, giving, no doubt, on further ramifications. The beams of the flashlights half dislodged the flapping shadows of shelved recesses; caught the salients of far walls that climbed and beetled into inaccessible gloom; played on the creatures that went to and fro like monstrous living fungi; gave to a brief visual existence the pale and polyp-like plants that clung noisomely to the nighted stone.

The place was overpowering, it oppressed the senses, crushed the brain. The very stone was like an embodiment of darkness; and light and vision were ephemeral intruders in this demesne of the blind. Somehow, the earthmen were weighed down by a conviction that escape was impossible. A strange lethargy

claimed them. They did not even discuss their situation, but stood listless and silent.

Anon, from the filthy gloom, a number of the Martians reappeared. With the same suggestion of controlled automatism that had marked all their actions, they gathered about the men once more, and urged them into the yawning cavern.

Step by step, the three were borne along in that weird and leprous procession. The obscene columns multiplied, the cave deepened before them with endless vistas, like a revelation of foul things that drowse at the nadir of night. Faintly at first, but more strongly as they went on, there came to them an insidious feeling of somnolence, such as might have been caused by mephitical effluvia. They rebelled against it, for the drowsiness was somehow dark and evil. It grew heavier upon them and then they came to the core of the horror.

Between the thick and seemingly topless pillars, the floor ascended in an altar of seven oblique and pyramidal tiers. On the top, there squatted an image of pale metal: a thing no larger than a hare, but monstrous beyond all imagining.

The queer, unnatural drowsiness seemed to increase upon the earthmen as they stared at the image. Behind them, the Martians thronged with a restless forward movement, like worshippers who gather before an idol. Bellman felt a clutching hand on his arm. Turning, he found at his elbow an astounding and wholly un-looked-for apparition. Though pale and filthy as the cave-dwellers, and with gaping orbits in lieu of eyes, the being was, or had formerly been, a man! He was barefooted, and was clad only in a few rags of khaki that had seemingly rotted away with use and age. His white beard and hair were matted with slime, were full of unmentionable remnants. Once, he had been tall as Bellman; but now he was bowed to the height of the dwarfish Martians, and was dreadfully emaciated. He trembled as if with ague, and an almost idiotic look of hopelessness and terror was stamped on the wreck of his lineaments.

'My God! who are you?' cried Bellman, shocked into full wakefulness.

For a few moments, the man gibbered unintelligibly, as if he had forgotten the words of human speech, or could no longer articulate them. Then he croaked feebly, with many pauses and incoherent breaks, 'You are earthmen! earthmen! They told me you had been captured... even as they captured me... I was an archaeologist once... My name was Chalmers... John Chalmers. It was years ago... I don't know how many years. I came into the Chaur to study some of the old ruins. They got me — these creatures of the pit... I have been here ever since. There is no escape... The Dweller takes care of that.'

'But who are these creatures? And what do they want with us?' queried Bellman.

Chalmers seemed to collect his ruined faculties. His voice became clearer and steadier.

'They are a degenerate remnant of the Yorhis, the old Martian race that flourished before the Aihais. Everyone believes them to be extinct. The ruins of some of their cities are still extant in the Chaur. As far as I can learn (I am able to speak their language now) this tribe was driven underground by the dehydration of the Chaur, and they followed the ebbing waters of a sub-Martian lake that lies at the bottom of this gulf. They are little more than animals now, and they worship a weird monster that lives in the lake... the Dweller... the thing that walks on the cliff. The small idol that you see on the altar is an image of that monster. They are about to hold one of their religious ceremonies; and they want you to take part in it. I am to instruct you... It will be the beginning of your initiation into the life of the Yorhis.'

Bellman and his companions, listening to the strange declaration of Chalmers, felt a mixture of nightmarish revulsion and wonder. The white, eyeless, filthy-bearded face of the creature before them seemed to bear a hint of the same degradation that they saw in the cave-dwelling people. Somehow, the man was hardly human. But, no doubt, he had broken down through the

horror of his long captivity in darkness, amid an alien race. They felt themselves among abhorrent mysteries; and the empty orbits of Chalmers prompted a question that none of them could ask.

'What is this ceremony?' said Bellman, after an interval,

'Come, and I'll show you.' There was queer eagerness in Chalmers' broken voice. He plucked at Bellman's sleeve, and began to ascend the pyramid with an ease and sureness of footing that bespoke a long familiarity. Like dreamers in a dream, Bellman, Chivers and Maspic followed him

The image resembled nothing they had ever seen on the red planet — or elsewhere. It was carven of a strange metal that seemed whiter and softer even than gold, and it represented a humped animal with a smooth and overhanging carapace from beneath which its head and members issued in tortoise fashion. The head was venomously flat, triangular — and eyeless. From the drooping corners of the cruelly slitted mouth, two long proboscides curved upward, hollow and cup-like at the ends. The thing was furnished with a series of short legs, issuing at uniform intervals from under the carapace; and a curious double tail was coiled and braided beneath its crouching body. The feet were round; and had the shape of small, inverted goblets.

Unclean and bestial as a figment of some atavistic madness, the eidolon seemed to drowse on the altar. It troubled the mind with a slow, insidious horror; it assailed the senses with an emanating stupor, an effluence as of primal worlds before the creation of light, where life might teem and raven slothfully in the blind ooze.

'And this thing really exists?' Bellman seemed to hear his own voice through a creeping film of slumber, as if another than himself had spoken, and had roused him.

'It is the Dweller,' mumbled Chalmers. He leaned toward the image, and his outstretched fingers trembled above it in the air, moving to and fro as if he were

about to caress the white horror. 'The Yorhis made the idol long ago,' he went on. 'I don't know how it was made... And the metal they moulded it from is like nothing else... A new element. Do as I am doing... and you won't mind the darkness so much. ... You don't miss your eyes or need them here. You'll drink the putrid water of the lake, you'll eat the raw slugs, the raw blind fish and lake-worms, and find them good... And you won't know if the Dweller comes and gets you.'

Even as he spoke, he began to caress the image, running his over the gibbous carapace, the flat reptilian head. His face took on the dreamy languor of an opium-eater, his voice died to inarticulate murmurs, like the lapping sound of a thick liquid. About him, there was an air of strange subhuman depravity.

Bellman, Chivers and Maspic, watching him in amazement, became aware that the altar swarmed with the white Martians. Several of them crowded forward on the side opposite Chalmers, around the summit, and also began to fondle the eidolon, as if in some fantastic ritual of touch. They traced its loathsome outlines with lank fingers, their movements appearing to follow a strictly prescribed order from which none of them deviated. They uttered sounds that were like the cheepings of sleepy bats. Upon their brutal faces a narcotic ecstasy was imprinted.

Completing their bizarre ceremony, the foremost devotees fell back from the image. But Chalmers, with slow and sleepy movements, his head lolling on his tattered bosom, continued to caress it. With a queer mingling of revulsion, curiosity and compulsion, the other earthmen, prompted by the Martians behind them, went nearer and laid their hands on the idol. The whole proceeding was highly mysterious, and somehow revolting, but it seemed wise to follow the custom of their captors.

The thing was cold to the touch, and clammy as if it had lain recently in a bed of slime. But it seemed to live, to throb and swell under their fingertips. From it, in heavy ceaseless waves, there surged an emanation that could be described only as an opiate magnetism or electricity, It was as if some powerful alkaloid,

affecting the nerves through superficial contact, was being given off by the unknown metal. Quickly, irresistibly, Bellman and the others felt a dark vibration course through all their members, clouding their eyes, and filling their blood with slumber. Musing drowsily, they tried to explain the phenomenon to themselves in terms of terrene science; and then, as the narcotism mounted more and more like an overwhelming drunkenness, they forgot their speculations.

With senses that swam in a strange darkness, they were vaguely aware of the pressure of thronging bodies that displaced them at the altar-summit. Anon, certain of these, recoiling as if satiate with the drug-like effluence, bore them along the oblique tiers to the cavern-floor, together with the limp and sodden Chalmers. Still retaining their torches in nerveless fingers, they saw that the place teemed with the white people, who had gathered for that unholy ceremony. Through blackening blurs of shadow, the men watched them as they seethed up and down on the pyramid like a leprous, living frieze.

Chivers and Maspic, yielding first to the influence, slid to the floor in utter sopor. But Bellman, more resistant, seemed to fall and drift through a world of lightless dreams. His sensations were anomalous, unfamiliar to the last degree. Everywhere there was a brooding, palpable Power for which he could find no visual image: a Power that exhaled a miasmatic slumber. In those dreams, by insensible graduations, forgetting the last glimmer of his human self, he somehow identified himself with the eyeless people; he lived and moved as they, in profound caverns, on nighted roads. And yet — as if by a participation to which the obscene ritual had admitted him — he was something else: an Entity without name that ruled over the blind and was worshipped by them; a thing that dwelt in the ancient putrescent waters, in the nether deep, and came forth at intervals to raven unspeakably. In that duality of being, he sated himself at blind feasts — and was also devoured. With all this, like a third element of identity, the eidolon was associated; but only in a tactile sense, and not as an optic memory. There was no light anywhere — and not even the recollection of light.

Whether he passed from these obscure nightmares into dreamless slumber, he could not know. His awakening, dark and lethargic, was like a continuation of the dreams at first. Then, opening his sodden lids, he saw the shaft of light that lay on the floor from his fallen torch. The light poured against something that he could not recognize in his drugged awareness. Yet it troubled him; and a dawning horror touched his faculties into life.

By degrees, it came to him that the thing he saw was the half-eaten body of Chalmers. There were rags of rotten cloth on the gnawed members; and though the head was gone, the remaining bones and viscera were those of an earthman.

Bellman rose unsteadily and looked about with eyes that still held a web-like blurring of shadow. Chivers and Maspic lay beside him in heavy stupor; and along the cavern and upon the seven-tiered altar were sprawled the devotees of the somnific image.

His other senses began to awake from their lethargy, and he thought that he heard a noise that was somehow familiar: a sharp slithering, together with a measured sucking. The sound withdrew among the massy pillars, beyond the sleeping bodies. A smell of rotten water tinged the air, and he saw that there were many curious rings of wetness on the stone, such as might be made by the rims of inverted cups. Preserving the order of footprints, they led away from the body of Chalmers, into the shadows of that outer cave which verged upon the abyss: the direction in which the queer noise had passed, sinking now to inaudibility.

In Bellman's mind a mad terror rose and struggled with the spell that still benumbed him. He stooped down above Maspic and Chivers, and shook them roughly in turn, till they opened their eyes and began to protest with drowsy murmurs.

'Get up, damn you,' he admonished them. 'If we're ever to escape from this hell-hole, now's the time.'

By dint of many oaths and objurgations and much muscular effort, he succeeded in getting his companions to their feet. In their stupor, they did not seem to notice the remnants of that which had been the unfortunate Chalmers. Lurching drunkenly, they followed Bellman among the sprawled Martians, away from the pyramid on which the white eidolon still brooded in malign somnolence above its worshippers.

A clouding heaviness hung upon Bellman; but somehow there was a relaxation of the opiate spell. He felt a revival of volition and a great desire to escape from the gulf and from all that dwelt in its darkness. The others, more deeply enslaved by the drowsy power, accepted his leadership and guidance in a numb, brute-like fashion.

He felt sure that he could retrace the route by which they had approached the altar. This, it seemed, was also the course that had been taken by the maker of the ring-like marks of fetid wetness wandering on amid the repugnantly carven columns for what seemed an enormous distance, they came at last to the sheer verge: that portico of the black Tartarus, from which they could look down on its ultimate gulf. Far beneath, on those putrefying waters, the phosphorescence ran in widening circles, as if doubled by the plunge of a heavy body. To the very edge, at their feet, the watery rings were imprinted on the rock.

They turned away. Bellman, shuddering with halfmemories of his blind dreams, and the terror of his awakening, found at the cave's corner the beginning of that upward road which skirted the abyss: the road that would take them back to the lost sun.

At his injunction, Maspic and Chivers turned off their flashlights to conserve the batteries. It was doubtful how much longer these would last; and light was their prime necessity. His own torch would serve for the three till it became exhausted.

There was no sound or stirring of life from that cave of lightless sleep where the Martians lay about the narcotizing image. But a fear such as he had never felt in all his adventurings caused Bellman to sicken and turn faint as he listened at its threshold.

The gulf, too, was silent; and the circles of phosphor had ceased to widen on the waters. Yet somehow the silence was a thing that clogged the senses, retarded the limbs. It rose up around Bellman like the clutching slime of some nethermost pit, in which he must drown. With dragging effort he began the ascent, hauling, cursing and kicking his companions till they responded like drowsy animals.

It was a climb through Limbo, an ascent from nadir through darkness that seemed palpable and viscid. On and up they toiled, along the monotonous, imperceptibly winding grade, where all measure of distance was lost and time was meted only by the repetition of eternal steps. The night lowered before Bellman's feeble shaft of light; it closed behind like an all-engulfing sea, relentless and patient; biding its time till the torch should go out.

Looking over the verge at intervals, Bellman saw the gradual fading of the phosphorescence in the depths. Fantastic images rose in his mind: it was like the last glimmering of hell-fire in some extinct inferno; like the drowning of nebulae in voids beneath the universe. He felt the giddiness of one who looks down upon infinite space... Anon there was only blackness; and he knew by this token the awful distance they had climbed.

The minor urges of hunger, thirst, fatigue, had been trod under by the fear that impelled him. From Maspic and Chivers, very slowly, the clogging stupor lifted, and they too were conscious of an adumbration of terror vast as the night itself. The blows and kicks and objurgations of Bellman were no longer needed to drive them on.

Evil, ancient, soporous, the night hung about them. It was like the thick and fetid fur of bats: a material thing that choked the lungs, that deadened all the

senses. It was silent as the slumber of dead worlds... But out of that silence, after the lapse of apparent years, a twofold and familiar sound arose and overtook the fugitives: the sound of something that slithered over stone far down in the abyss: the sucking noise of a creature that withdrew its feet as if from a quagmire. Inexplicable, and arousing mad, incongruous ideas, like a sound heard in delirium, it quickened the earthmen's terror into sudden frenzy.

'God! what is it?' breathed Bellman. He seemed to remember sightless things, abhorrent, palpable shapes of primal night, that were no legitimate part of human recollections. His dreams, and his nightmare awakening in the cave — the narcotic idol — the half-eaten body of Chalmers — the hints that Chalmers had let drop — the rings of wetness, leading toward the gulf — all returned like the figments of a teeming madness, to assail him on that terrible road midway between the underworld sea and the surface of Mars.

His question was answered only by a continuation of the noise. It seemed to grow louder — to ascend the wall beneath. Maspic and Chivers, snapping on their lights, began to run with frantic leaps; and Bellman, losing his last remnants of control, followed suit.

It was a race with unknown horror. Above the labored beating of their hearts, the measured thudding of their feet, the men still heard that sinister, unaccountable sound. They seemed to race on through leagues of blackness; and yet the noise drew steadily nearer, climbing below them, as if its maker were a thing that walked on the sheer cliff.

Now the sound was appallingly close — and a little ahead. It ceased abruptly. The running lights of Maspic and Chivers, who moved abreast, discovered the crouching thing that filled the two-yard shelf from side to side.

Hardened adventurers though they were, the men would have shrieked aloud with hysteria, or would have hurled themselves from the precipice, if the sight had not induced a kind of catalepsy. It was as if the pale idol of the

pyramid, swollen to mammoth proportions, and loathsomely alive, had come up from the abyss and was squatting before them!

Here, plainly, was the creature that had served as a model for that atrocious image: the creature that Chalmers had called the Dweller. The humped, enormous carapace, vaguely recalling the armor of the glyptoden, shone with a luster as of wet white metal. The eyeless head, alert but somnolent, was thrust forward on a neck that arched obscenely. A dozen or more of short legs, with goblet-shapen feet, protruded slantwise beneath the overhanging shell. The two proboscides, yard-long, with cupped ends, arose from the corners of the cruelly slitted mouth and waved slowly in air toward the earthmen.

The thing, it seemed, was old as that dying planet: an unknown form of primal life that had dwelt always in the caverned waters. Before it, the faculties of the earthmen were drugged by an evil stupor, as if it were composed, in part, of the same opiate mineral as its image. They stood with their flashlights playing full on the Terror; and they could not move nor cry out when it reared suddenly erect, revealing its ridged belly, and the queer double tail that slithered and rustled metallicly on the rock. Its numerous feet, beheld in this posture, were hollow and chalice-like, and they oozed with mephitic wetness. No doubt they served for suction-pads, enabling it to walk on a perpendicular surface.

Inconceivably swift and sure in all its motions, with short strides on its hindmost legs, levered by the tail, the monster came forward on the helpless men. Unerringly the two proboscides curved over, and their ends came down on Chivers' eyes as he stood with lifted face. They rested there, covering the entire sockets — for a moment only. Then there was a wild, agonizing scream, as the hollow tips were withdrawn with a sweeping movement lithe and vigorous as the lashing of serpents.

Chivers swayed slowly, nodding his head, and twisting about in half-narcotized pain. Maspic, standing at his side, saw in a dull and dreamlike manner the gaping orbits from which the eyes were gone. It was the last thing

that he ever saw. At that instant the monster turned from Chivers, and the terrible cups, dripping with blood and fetor, descended on Maspic's own eyes.

Bellman, who had paused close behind the others, comprehended what was occurring like one who witnesses the abominations of a nightmare but is powerless to intervene or flee. He saw the movements of the cupped members, he heard the single atrocious cry that was wrung from Chivers, and the swiftly ensuing scream of Maspic. Then, above the heads of his fellows, who still held their useless torches in rigid fingers, the proboscides came toward him...

With blood rilling heavily upon their faces, with the somnolent, vigilant, implacable and eyeless Shape at their heels, herding them on, restraining them when they tottered at the brink, the three begm their second descent of the road that went down forever to a night-bound Avernus.

EL HABITANTE DE LA SIMA

CLARK ASHTON SMITH

CRECIENDO y levantándose rápidamente, como un genio liberado de una de las botellas de Salomón, la nube ascendió en el horizonte del planeta. Una columna descomunal y rojiza se movía por la llanura muerta, por un cielo que era tan oscuro como la salmuera de los mares del desierto que han menguado hasta estanques.

—Parece una tormenta de arena de lo más animado —comentó Maspic.

—Difícilmente podría ser otra cosa —asintió Bellman más bien secamente—; cualquier otra clase de tormenta es inaudita por los alrededores. Es la especie de revoltijo infernal que los aihais llaman el *zoorth*, y, lo que es más, viene en dirección a nosotros. Propongo que empecemos a buscar un refugio. He estado atrapado en el *zoorth* antes, y no recomiendo respirar un puñado de ese polvo ferruginoso.

—Hay una cueva en la vieja ribera del río, a la derecha —dijo Chivers, el tercer miembro del grupo, quien había estado explorando el desierto con ojos inquietos como de halcón.

El trío de terrestres, aventureros aguerridos que despreciaban los servicios de los guías marcianos, había partido cinco días antes del puesto de Ahoom, adentrándose en la región deshabitada conocida como el Chaur. Aquí, en el lecho de los grandes ríos que no habían corrido desde hacía ciclos, se rumoreaba que podía encontrarse el pálido oro marciano, parecido al platino, en montones como si fuese sal. Si la fortuna les resultaba propicia, sus años de exilio, hasta cierto punto involuntario, sobre el planeta rojo pronto habrían terminado. Habían sido advertidos contra el Chaur, y habían escuchado algunas historias extrañas en Ahoom sobre las razones por las que los anteriores buscadores no habían regresado. Pero el peligro, sin importar lo grave o exótico que fuese, era tan sólo una parte de su rutina diaria. Con una buena posibilidad de oro sin límites al final de su viaje, hubieran bajado al infierno.

Sus suministros de comida y sus barriles de agua eran transportados por un trío de esos curiosos animales conocidos como *vortlups*, que, con sus piernas y cuellos alargados y sus cuerpos cubiertos con placas de cuerno, podrían aparentemente haber sido una combinación fabulosa de llama y saurio.

Estos animales, aunque extremadamente feos, eran domésticos y dóciles, y estaban bien adaptados al viaje por el desierto, siendo capaces de pasarse sin agua varios meses de una vez.

Durante los últimos dos días, habían estado siguiendo el curso de un río antiguo y sin nombre, que tenía una milla de anchura, retorciéndose entre colinas que habían disminuido hasta convertirse en simples lomas a causa de evos de exfoliación. No habían encontrado otra cosa que piedras gastadas, rocas y fina arena rojiza. Hasta entonces, el cielo había estado en silencio e inmóvil: el sol remoto, el tenue aire, eran tales como podían alzarse sobre los dominios de una muerte eterna; y nada se movía en el lecho del río, donde las piedras estaban desnudas hasta de líquenes sin vida.

La maligna columna del *zoorth*, retorciéndose e hinchándose en dirección a ellos, era el primer signo de movimiento que habían visto en aquella tierra sin vida.

Espoleando sus *vortlups* con los bastones con punta de hierro, que era lo único que podía extraer un aumento de velocidad de estos torpes monstruos, los terrestres partieron hacia la boca de la caverna mencionada por Chivers. Estaba quizá a un tercio de milla de distancia, y situada en una elevación del borde escalonado.

El *zoorth* había borrado el sol antes de que llegasen al final de la antigua cuesta, y se movían por un siniestro crepúsculo que estaba coloreado como sangre seca. Los *vortlups*, protestando con gritos ultraterrenos, comenzaron a trepar por la playa, que estaba marcada por una serie de peldaños más o menos regulares que indicaban la lenta recesión de las aguas más antiguas.

La columna de arena, levantándose y retorciéndose de una manera formidable, había alcanzado el banco opuesto cuando llegaron a la caverna.

La caverna estaba en la pared de un acantilado de roca, con vetas de hierro. La entrada se había deshecho en montones de ferro—óxido y oscuro polvo basáltico, pero era lo bastante amplia como para admitir con comodidad a los hombres de la Tierra y a sus abarrotadas bestias de carga. Una oscuridad tan

densa como el tejido de negras telarañas bloqueaba el interior. No pudieron formarse una idea de las dimensiones de la caverna hasta que Bellman sacó una linterna eléctrica del fardo de sus pertenencias y volvió su rayo inquisitivo a las sombras.

La linterna sólo sirvió para mostrar los comienzos de una cámara de proporciones indeterminadas que retrocedía extendiéndose en la noche, ampliándose gradualmente y con un suelo que era tan liso como las desaparecidas aguas.

La entrada se había oscurecido con la embestida del *zoorth*. Un extraño quejido, como de demonios confusos, llenó los oídos de los exploradores, y partículas de arena, finas como átomos, fueron empujadas hacia ellos, escociéndoles en las manos y en la cara como si fuese diamante en polvo.

—La tormenta durará media hora, como mínimo —dijo Bellman—. ¿Nos adentramos en la caverna? Probablemente no encontremos nada que sea de mucho interés o valor. Pero la exploración servirá para entretenernos. Y puede que encontremos algunos rubíes violeta, o algunos zafiros amarillo ámbar, como los que a veces se encuentran en estas cavernas del desierto. Será mejor que vosotros también os traigáis vuestras antorchas y vayáis iluminando las paredes y el techo mientras avanzamos.

Sus compañeros pensaron que valía la pena seguir su sugerencia. Los *vortlups*, por completo insensibles a la arena soplada en su escamosa armadura, fueron dejados cerca de la entrada. Chivers, Bellman y Maspic, desgarrando con los rayos de sus linternas una coagulada oscuridad que quizá no había conocido la invasión de la luz durante todos sus ciclos anteriores, se adentraron en la cueva que se ensanchaba.

El lugar estaba desnudo, con el vacío semejante a la muerte de una catacumba largo tiempo abandonada. Su suelo y sus paredes herrumbrosas no devolvían el brillo y el reflejo de las luces juguetonas. Descendía en una curva suave, y los lados estaban marcados por el agua a una altura de seis o siete pies. Sin duda, había sido, durante evos anteriores, el cauce de un afluente subterráneo del río. Había sido limpiado de todos los detritos, y era como el interior de un conducto ciclópeo que podría conducir a un tártaro situado bajo la superficie de Marte.

Ninguno de los tres aventureros era especialmente imaginativo o susceptible a los nervios. Pero todos fueron asaltados por raras impresiones.

Bajo el tapiz del silencio sepulcral, una y otra vez les pareció escuchar un débil susurro, como el susurro de mares sumergidos en las profundidades de una sima hemisférica. El aire estaba cargado con una leve y sospechosa humedad, y notaron una corriente casi imperceptible sobre sus rostros, levantándose desde simas desconocidas. Lo más extraño de todo era la sugestión de un olor sin nombre, que les recordaba al mismo tiempo el olor de los cubiles de los animales y el olor peculiar de las moradas marcianas.

—¿Crees que encontraremos algún tipo de vida? —dijo Maspic, mientras olfateaba el aire con sospecha.

—No es probable —Bellman desestimó la pregunta con su habitual sequedad—; hasta los *vortlups* evitan el Chaur.

—Pero, desde luego, hay un toque de humedad en el aire —insistió Maspic— que significa agua, en alguna parte, y, si hay agua, puede que haya vida..., quizá una forma de vida peligrosa.

—Tenemos nuestros revólveres —dijo Bellman—, pero dudo que vayamos a necesitarlos... mientras no nos encontremos con buscadores de oro rivales, procedentes de la Tierra —añadió cínicamente.

—Escuchad —el semi—susurro partió de Chivers—. ¿Vosotros, socios, escucháis algo?

Los tres se pararon. En algún lugar de la oscuridad frente a ellos, habían escuchado un sonido, prolongado y equívoco, que confundía el oído con sus elementos incongruentes. Era un raspado afilado y un entrechocarse como de metal arrastrado sobre las rocas; y además era, de algún modo, como el golpear de miríadas de enormes bocas húmedas. De repente, disminuyó y se apagó a un nivel que estaba, aparentemente, lejano en las profundidades.

—Esto es raro —Bellman hacía aparentemente una admisión desganada.

—¿Qué es esto? —preguntó Chivers—. ¿Uno de los monstruos subterráneos con mil pies, de media milla de longitud, de los que hablan los marcianos?

—Has estado escuchando demasiados cuentos de hadas de los nativos —le reprochó Bellman—. Ningún terrícola ha visto nunca nada de esa clase. Muchas cavernas profundas de Marte han sido completamente exploradas;

pero las situadas en regiones desérticas, como el Chaur, estaban por completo vacías de vida. No puedo imaginarme qué fue lo que causó aquel sonido; pero, en interés de la ciencia, me gustaría avanzar y descubrirlo.

—Empiezo a asustarme —dijo Maspic—, pero estoy dispuesto si vosotros lo estáis.

Sin otra discusión o comentario, los tres continuaron su avance al interior de la cueva. Habían caminado a buen paso durante quince minutos, y estaban ahora a, por lo menos, media milla de la entrada. El suelo se estaba volviendo más empinado, como si hubiese sido el lecho de un torrente. Y, además, la configuración de las paredes había cambiado: a ambos lados había escalones de piedra metálica y huecos con columnas que los rayos de las linternas no siempre podían sondear.

El aire se había vuelto más cargado, y la humedad, inconfundible. Había un aliento de antiguas aguas estancadas. El otro olor, como de animales salvajes y de moradas aihai, también manchaba la oscuridad con su pegajoso hedor.

Bellman abrió camino. De pronto, su linterna descubrió el borde de un precipicio, donde el antiguo canal desaparecía repentinamente y, a cada lado, los escalones y las paredes se desvanecían en un espacio incalculable. Acercándose hasta el borde mismo, introdujo su lápiz de luz haciéndolo bajar por el abismo, descubriendo tan sólo el abismo vertical que se hundía bajo sus pies en una oscuridad sin fondo aparente. El rayo también fracasó en revelar la orilla opuesta de la sima, que podría haber tenido muchas leguas de anchura.

—Me parece que hemos encontrado el mejor sitio para tirarnos —comentó Chivers. Buscando por el suelo, cogió un trozo suelto de roca del tamaño de un pequeño canto rodado que tiró lo más lejos que pudo en el abismo. Los terrícolas escucharon a la espera del sonido de su caída; pero pasaron varios minutos, y no hubo eco alguno procedente de las negras profundidades.

Bellman comenzó a examinar los bordes rotos a cada lado del final del canal. A la derecha, distinguió un borde descendente que rodeaba el abismo, extendiéndose por una distancia incierta. Su principio era un poco más alto que el lecho del canal, y era accesible por medio de una formación que parecía una escalera. El borde tenía una anchura de dos yardas, y su amable cuesta, su destacable uniformidad y regularidad, transmitían la idea de una antigua

carretera tallada en la pared del abismo. Le sobresalía una pared, como la mitad repentinamente arrancada de un paseo elevado.

—Ahí está nuestra carretera al Hades —dijo Bellman—, y la inclinación de la cuesta es bastante cómoda, por cierto.

—¿De qué sirve ir más lejos? —dijo Maspic—. Yo, por mi parte, ya he tenido suficiente oscuridad, ya. Y, si al avanzar encontramos algo, será algo sin valor... o desagradable.

Bellman dudó.

—Quizá tengas razón. Pero me gustaría seguir ese borde lo bastante como para hacerme una idea de la magnitud de la sima. Tú y Chivers podéis esperar aquí si estáis asustados.

A lo que se ve, Chivers y Maspic no estaban dispuestos a reconocer cualquier inquietud que pudiesen estar sintiendo. Siguieron a Bellman, a lo largo del borde, agarrándose a la pared interior. Bellman, sin embargo, andaba descuidadamente por el borde, a menudo iluminando con su linterna la extensión que se tragaba su débil rayo.

Más y más, por medio de su anchura uniforme, su inclinación y lo lisa que era, y el semiarco de la loma ante ellos, el borde les dio la impresión a los terrestres de ser una carretera artificial. Pero ¿quién podría haberla construido y utilizado? ¿En qué edades olvidadas y para qué propósito enigmático había sido diseñada? La imaginación de los terrestres fracasaba ante las simas tremendas de la antigüedad marciana que se abrían ante preguntas tan tenebrosas. Bellman pensó que la pared se curvaba sobre sí misma, hacia adentro, lentamente. Sin duda, darían la vuelta al abismo completo con el paso del tiempo, siguiendo la carretera. Quizá trazaba una espiral, lenta y tremenda, siempre descendente, hasta las propias entrañas de Marte.

Él y los otros callaban durante períodos cada vez más largos a causa del pasmo. Se quedaron horriblemente sorprendidos cuando, mientras avanzaban, escucharon el mismo sonido prolongado, o mezcla de sonidos, que habían escuchado en la cueva exterior.

Sugería ahora otras imágenes: el arrastrarse sugería ahora el raspado de una lima; la mirada de golpes, suaves y metódicos, era vagamente similar al ruido que haría alguna criatura enorme que retirase sus pies del lodazal.

El sonido resultaba inexplicable, terrorífico. Parte de su terror consistía en su sugestión de distancia, que parecía señalar lo enorme de su causa y dar énfasis a la profundidad del abismo.

Escuchado en un foso de profundidad planetario, debajo de un desierto sin vida, sorprendía... y asustaba. Incluso Bellman, que hasta el momento se había mostrado intrépido, comenzó a sucumbir ante el horror sin forma que se elevaba como una emanación desde la noche.

Al cabo, el sonido se volvió más débil y se apagó, dando de alguna manera la sensación de que su causante había descendido directamente por la pared perpendicular hasta las profundidades de la sima.

—¿Retrocedemos? —preguntó Chivers—.

—Da igual —respondió Bellman sin dudar—; de todos modos, tardaríamos toda la eternidad en explorar este lugar.

Empezaron a volver sobre sus pasos a lo largo del borde. Los tres con ese sentido extratáctil que advierte del acercamiento de un peligro oculto, estaban ahora preocupados y alerta. Aunque la sima había quedado en silencio una vez más con la retirada del extraño sonido, de alguna manera sintieron que no se encontraban solos. No podían suponer de dónde surgiría el peligro, ni bajo qué forma, pero sentían una preocupación que era casi pánico. Tácitamente, ninguno de ellos la mencionó, ni tampoco discutieron el inquietante misterio con el que habían tropezado de una manera tan casual.

Maspic iba ahora un poco por delante de los demás. Habían cubierto por lo menos la mitad de la distancia hasta el viejo canal de la cueva, cuando su linterna, iluminando a unos veinte pies por delante de su camino, alumbró a un grupo de figuras blancuzcas que, en fila de tres, les bloqueaban el paso. Las luces de Bellman y Chivers, que venían cerca detrás, mostraron con terrible claridad los miembros y los rostros deformes de la multitud, pero no pudieron determinar su número.

Las criaturas, en perfecto silencio e inmóviles, como esperando a los terrestres, se asemejaban de una manera genérica a los aihais, los nativos de Marte. Ellos parecían, sin embargo, representar a un tipo extremadamente degradado o aberrante; y la palidez, como de hongos, de sus cuerpos indicaba mucho tiempo de vida subterránea. Además, eran más pequeños que los aihais adultos, alcanzando como media unos cinco pies de altitud. Poseían las

enormes fosas nasales abiertas, las orejas de soplillo, los pechos de barril y los delgados miembros de los marcianos..., pero todos ellos eran ciegos.

En los rostros de algunos había tenues, rudimentarias, hendiduras, donde deberían haber estado los ojos; en los rostros de otros había cuencas profundas y vacías, que sugerían que los globos oculares habían sido arrancados.

—¡Dios mío! ¡Qué grupo más repugnante! —gritó Maspic—. ¿De dónde han salido? ¿Y qué es lo que quieren?

—No puedo imaginármelo —dijo Bellman—, pero la situación se presenta algo peliaguda..., a no ser que sean amistosos. Deben haber estado ocultos en los escalones superiores de la cueva cuando entramos.

Avanzando audazmente, delante de Maspic, se dirigió a las criaturas en la gutural lengua aihai, muchos de cuyos vocablos apenas podían ser pronunciados por un terrícola. Algunos de entre ellos se revolvieron nerviosos y emitieron sonidos, agudos y chirriantes, que no guardaban más que un parecido mínimo con el lenguaje de Marte. Estaba claro que no podían comprender a Bellman. El lenguaje de los signos, a causa de su ceguera, hubiera sido igualmente inútil.

Bellman sacó su revólver, indicando a los otros que hiciesen lo mismo.

—Tenemos que abrirnos camino entre ellos de alguna manera —dijo él—, y, si no nos dejan pasar sin interferirse... —el sonido metálico de un revolver amartillado sirvió para terminar la frase.

Como si el sonido metálico hubiese sido la señal que esperaban, la multitud de ciegos seres blancos se echó adelante sobre los terrestres con un movimiento repentino. Era como el ataque de autómatas... máquinas andantes irresistibles, metódicas y unidas, bajo la dirección de algún poder oculto.

Bellman apretó su gatillo una, dos, tres veces a quemarropa. Era imposible fallar; pero las balas resultaban tan inútiles como guijarros arrojados a un torrente desbordante. Los seres ciegos no dudaban, aunque dos de ellos empezaron a sangrar con el fluido amarillo rojizo que los marcianos usan en vez de sangre.

Los primeros de ellos, indemnes, y moviéndose con diabólica seguridad, cogieron el brazo de Bellman con largos dedos, de cuatro articulaciones, y arrancaron el revólver de su mano antes de que pudiese apretar el gatillo una

vez más. Curiosamente, la criatura no intentó privarle de su linterna, que ahora llevaba en su mano izquierda; y vio el brillo acerado del colt, que era arrojado a la oscuridad y la distancia desde la mano del marciano. Entonces, los cuerpos blancos como hongos, acordonando horriblemente la estrecha carretera, le rodearon por todas partes, acercándose tanto, que no le quedaba espacio para una resistencia efectiva. Chivers y Maspic, después de hacer unos pocos disparos, también se vieron privados de sus armas, pero, a través de una rara discriminación, se les permitió conservar sus linternas.

Todo el episodio había sido una cuestión de minutos. Hubo un breve suavizamiento del movimiento adelante del grupo, dos de cuyos miembros habían sido acertados por los disparos de Maspic y Chivers y después fueron arrojados a la sima, sin miramientos, por sus compañeros. Las filas delanteras, abriéndose hábilmente, incluyeron a los terrestres y les obligaron a dar la vuelta.

Entonces, sólidamente sujetos por la prensa en movimiento de los cuerpos, fueron arrastrados sin poderse resistir. Con la desventaja de su miedo de dejar caer las linternas, no podían hacer nada ante el torrente de pesadilla.

Arrastrados con pasos terribles por un sendero que les conducía siempre más profundamente en el abismo, y capaces tan sólo de ver las espaldas y los miembros iluminados de las criaturas que estaban frente a ellos, se convirtieron en parte de ese ejército, ciego y misterioso.

Detrás de ellos, parecía haber docenas de marcianos empujándoles implacablemente. Después de un rato, su situación comenzó a atontar sus facultades. Les parecía que ya no se movían con pasos humanos, sino con las zancadas, rápidas y automáticas, de las cosas que se amontonaban en torno a ellos. El pensamiento, la voluntad, incluso el terror, quedaban atontados por el ritmo ultraterreno de esos pasos que se dirigían al abismo. Encerrados por esto y por una sensación de completa irrealidad, hablaban tan sólo a largos intervalos, y entonces con monosílabos que parecían haber perdido todo su significado pertinente, como el hablar de máquinas. La gente ciega estaba completamente en silencio..., no había ningún ruido excepto la miríada de eternos golpes en el suelo.

Adelante siempre, continuaron a través de horas de ébano que no pertenecían a ningún periodo diurno. Lenta, tortuosamente, la carretera se

curvaba para adentro, como si estuviese agazapada en el interior de una Babel ciega y cósmica. Los hombres de la Tierra sintieron que debieron haber dado la vuelta al abismo varias veces, en aquella espiral terrorífica; pero la distancia que habían recorrido y las dimensiones reales de la pasmosa sima resultaban inconcebibles.

Excepto por sus linternas, la noche era absoluta e inmutable. Era más vieja que el sol; se había cernido allí durante todos los evos pasados en medio de un horror ciego e inviolado. Se acumulaba sobre ellos como una carga monstruosa, y se abría terriblemente debajo. De ella se levantaba el olor, cada vez más fuerte, de las aguas estancadas. Pero todavía no había sonido alguno que no fuese el golpeteo, suave y medido, que producían los pies al andar en su descenso a aquel infierno sin fondo.

En algún lugar, como después del transcurso de épocas en la oscuridad, el avance hacia el abismo había cesado. Bellman, Chivers y Maspic sintieron relajarse la presión de la multitud de los cuerpos; notaron que estaban parados, mientras que sus mentes seguían llevando el ritmo de aquel descenso inhumano.

La razón —y el horror— regresaron a ellos lentamente. Bellman levantó su linterna, y el rayo que daba vueltas descubrió a la multitud de marcianos, muchos de los cuales se estaban dispersando en una enorme caverna en la que terminaba la carretera que circunvalaba la sima. Sin embargo, otros de los seres se quedaron, como para vigilar a los terrestres. Temblaban alertas cuando Bellman se movía, como si fuesen conscientes de ello a través de un sentido desconocido.

Cerca, a la derecha, el suelo liso terminaba abruptamente, y, acercándose al borde, Bellman vio que la caverna era una cámara abierta en la pared perpendicular. En la distancia, lejos en la oscuridad, un brillo fosforescente se movía de acá para allá, como un nautilus en un océano subterráneo.

Una lenta brisa fétida soplaba sobre él, y escuchó el extraño suspiro de las aguas en cataratas sumergidas, aguas que habían retrocedido durante años incontables, durante la desecación del planeta.

Se dio la vuelta mareado. Sus compañeros estaban examinando el interior de la cueva. Parecía que el lugar era de origen artificial, porque, moviéndose

de acá para allá, los rayos de las linternas descubrían enormes columnatas decoradas con relieves profundamente grabados. Quién los había tallado y cuándo eran problemas no menos insolubles que el origen de la carretera tallada. Sus detalles parecían tan obscenos como las visiones de la locura; dañaban la vista como un golpe violento, transmitiendo un mal sobrehumano, una malignidad sin fondo, durante el momento transitorio de su contemplación.

En verdad, la cueva era de grandes proporciones, adentrándose profundamente en el precipicio, y con numerosas salidas que conducían, sin duda, a otros ramales. Las luces de las linternas desalojaron a medias las sombras amontonadas sobre los huecos escalonados, atraparon los salientes de las paredes distantes que trepaban y ascendían a la oscuridad inaccesible; iluminaron a las criaturas que se movían de acá para allá como monstruosos hongos vivientes; dieron una breve existencia visual a las plantas, pálidas y parecidas a un pólipo, que se colgaban apestosamente al techo.

El lugar era abrumador, oprimía los sentidos, aplastaba el cerebro. La propia piedra parecía la encarnación de la oscuridad, y la luz y la visión eran como intrusos efímeros en los dominios de la ceguera. De alguna manera, los terrestres se encontraron cargados con una convicción de que la fuga era imposible. Un extraño letargo se apoderó de ellos, que ni siquiera discutieron sobre su situación, sino que se quedaron en silencio e indiferentes.

Entonces, de la sucia oscuridad apareció cierto número de marcianos. Con la misma sugestión de automatismo controlado que había señalado todos sus actos, se agruparon en torno a los hombres una vez más y los empujaron hacia una cueva que se abría.

Paso a paso, los tres fueron empujados por aquella extraña procesión de leprosos. Las columnas obscenas se multiplicaron. la cueva se hizo más profunda a su vista, con perspectivas sin fin, como una revelación de las cosas obscenas que dormitan en lo más profundo de la noche. Al principio débilmente, pero más fuertemente conforme avanzaban, les sobrevino una insidiosa sensación de somnolencia, semejante a la que pueden producir los efluvios mefíticos. Se rebelaron contra esto, porque el adormecimiento era de algún modo oscuro y malo. Se volvió más fuerte en ellos, conforme se acercaban al corazón del horror. Entre las densas columnas, aparentemente sin parte superior, el suelo ascendía en un altar de siete escalones oblicuos y

piramidales. En el superior se levantaba una imagen de pálido metal: un objeto no mayor que una liebre, pero monstruoso más allá de toda imaginación.

El raro sopor antinatural pareció aumentar en los terrestres al contemplar esta imagen. Detrás de ellos, los marcianos se amontonaban con un impulso adelante, como adoradores que se reúnen ante un ídolo. Bellman notó una mano que le agarraba por el hombro. Dándose la vuelta, descubrió junto a su codo una aparición sorprendente y por completo inesperada.

Aunque estaba tan pálido y sucio como los habitantes de la cueva, y tenía cuencas vacías en lugar de ojos, el ser era, o había sido antes, ¡un hombre!

Estaba descalzo y vestido tan sólo con unos restos harapientos de caqui que parecían haberse gastado a causa del uso y de la vejez. Su pelo y barba blancos, enredados por el barro, estaban llenos de restos inmencionables. Una vez había sido tan alto como Bellman, pero ahora estaba encorvado a la altura de los enanos marcianos y terriblemente delgado. Temblaba como si tuviese la fiebre palúdica, y una expresión casi de idiota de desesperación y terror estaba estampada en las ruinas de sus rasgos.

—¡Dios mío! ¿Quién eres tú? —gritó Bellman completamente despierto a causa de la sorpresa.

Durante algunos momentos, el hombre babeo incoherentemente, como si hubiese olvidado las palabras del lenguaje humano o ya no fuese capaz de articularlas. Entonces gruñó débilmente, con muchos intervalos y pausas de incoherencia.

—¡Sois hombres de la Tierra! ¡Terrícolas! Me dijeron que os habían capturado... igual que me capturaron a mí... Yo, una vez, fui un arqueólogo... Me llamaba Chalmers... John Chalmers. Fue hace años..., no sé cuántos. Me adentré en el Chaur para explorar algunas de sus viejas ruinas. Me capturaron estas criaturas del abismo..., y he estado aquí desde entonces... No hay fuga..., el habitante se ocupa de ello.

—¿Pero quiénes son estas criaturas? ¿Y qué quieren de nosotros? —preguntó Bellman.

Chalmers pareció recuperar sus estropeadas facultades, su voz se volvió más clara y firme.

—Se trata de un resto degenerado de los yorhis, la antigua raza marciana que floreció antes que los aihais. Todo el mundo supone que se han

extinguido. En el Chaur, se encuentran las ruinas de algunas de sus ciudades. Por lo que he podido descubrir (ahora soy capaz de hablar su idioma), esta tribu fue empujada a las profundidades por la deshidratación del Chaur, y siguieron la retirada de las aguas hasta un lago submarciano que descansa en el fondo de esta sima. Ahora viven prácticamente como animales y adoran a un extraño monstruo que vive en el lago... el habitante... la cosa que camina sobre el precipicio. El pequeño ídolo que podéis contemplar sobre el altar es una imagen de ese monstruo. Están a punto de celebrar una de sus ceremonias religiosas; y desean que vosotros toméis parte. Debo daros instrucciones... Será el principio de vuestra iniciación en la vida religiosa de los yorhis.

Bellman y sus compañeros, escuchando las extrañas declaraciones de Chalmers, sintieron una mezcla de asco, pesadilla y asombro.

El blanco rostro de la criatura que estaba ante ellos, barbisucio y ciego, parecía indicar la misma degradación que veían en los habitantes de la cueva. De alguna manera, ese sujeto apenas parecía humano. Pero, sin duda, se había venido abajo a causa del horror de su largo cautiverio en medio de la oscuridad, en medio de una raza de alienígenas. Sentían que se encontraban entre misterios asquerosos y las cuencas vacías de Chalmers planteaban una pregunta que ninguno de ellos se atrevía a formular.

—¿En qué consiste esta ceremonia? —dijo Bellman al cabo de un rato.

—Vengan, se lo mostraré —había una extraña ansiedad en la voz quebrada de Chalmers. Tiró de la manga de Bellman y comenzó a ascender por la pirámide con una tranquilidad y una seguridad al poner el pie que indicaban una larga familiaridad. Como soñadores en un sueño, Bellman, Chivers y Maspic le siguieron.

La imagen no se parecía a nada que hubiesen visto antes sobre el planeta rojo... ni en ninguna otra parte. Estaba tallada en un metal extraño que parecía más blanco y más blando que el oro incluso, y representaba a un animal agazapado con un caparazón liso que le cubría, debajo del cual le salían la cabeza y los miembros al estilo de las tortugas. La cabeza era venenosamente plana, triangular y sin ojos. De las comisuras caídas de la cruel raja de su boca, dos largas probóscides se curvaban para arriba, huecas y parecidas a copas en el extremo. La cosa estaba equipada con una serie de piernas cortas, que le salían a intervalos regulares de debajo del caparazón; una curiosa doble cola

estaba recogida y entrelazada debajo de su cuerpo agazapado. Los pies eran redondos y tenían la forma de pequeñas copas invertidas.

Impuro y bestial como el fragmento de una locura atávica, el ídolo parecía dormir sobre el altar. Atormentaba el cerebro con un terror lento e insidioso, atacaba los sentidos con una emanación de sopor, una influencia como de mundos primarios anteriores a la creación de la luz, en los cuales la vida podría parir y devorar suciamente en medio del barro ciego.

—¿Y esta cosa realmente existe? a Bellman le pareció escuchar sus propias palabras a través de una película de sueño que le acechaba, como si fuese otro quien hubiese hablado y le hubiese despertado. —Es el habitante —murmuró Chalmers. Se inclinó hacia la imagen, y sus dedos extendidos temblaron sobre ella en el aire, moviéndose de un lado a otro como si estuviese a punto de acariciar ese horror blanco.

—Los yorhis hicieron el ídolo hace tiempo..., no sé cómo fue fabricado —continuó—, y el metal con el que lo moldearon es distinto de cualquier otra cosa... un nuevo elemento. Hagan lo que yo... y no les importará tanto la oscuridad..., no echas de menos tu vista aquí, ni la necesitas. Se beberán el agua podrida del lago, se comerán crudos las babosas, los peces ciegos del lago y los gusanos. Y les cogerán el gusto..., y no se darán cuenta si el habitante viene y les atrapa.

Incluso mientras hablaba, comenzó a acariciar el caparazón giboso y la plana cabeza de reptil. Su ciego rostro adquirió la expresión de debilidad somnolienta de un comedor de opio, su voz murió en medio de murmullos inarticulados, como los sonidos sobrepuestos de algún denso líquido. En torno a él, había un ambiente de extraña depravación subhumana.

Bellman, Chivers y Maspic, mirando sorprendidos, se dieron cuenta de que el altar estaba cubierto de marcianos blancos. Varios de ellos se amontonaban en el lado opuesto a Chalmers, en la cima, y también comenzaron a acariciar al ídolo, como si fuese algún fantástico ritual del tacto. Con sus delgados dedos trazaban su repugnante silueta, sus movimientos parecían seguir un orden estrictamente trazado del cual ninguno de ellos se desviaba. Emitían sonidos que eran como los chirridos de murciélagos con sueño. Sobre sus caras brutales aparecía impreso un éxtasis narcótico.

Completando la extraña ceremonia, los devotos de primera fila se apartaron de la imagen. Pero Chalmers, con movimientos lentos y somnolientos, con la cabeza inclinada sobre su pecho desgastado, continuó acariciándola.

Con una extraña mezcla de asco, curiosidad y empuje, los hombres de la Tierra, impulsados por los marcianos que estaban detrás de ellos, se acercaron y colocaron las manos sobre el ídolo. Todo el asunto resultaba muy misterioso, y de algún modo asqueroso, pero parecía sensato seguir las costumbres de sus captores.

La cosa resultaba fría al tacto, y pegajosa como si hubiese descansado recientemente en un lecho de barro. Pero parecía estar viva, crecer y latir bajo las yemas de sus dedos. De ella, en fuertes ondas incesantes, surgía una emanación que sólo podía ser descrita como una electricidad o un magnetismo opiáceo. Era como si algún poderoso alcaloide, que afectase los miembros a través de un contacto superficial, estuviese siendo suministrado por el metal desconocido. Rápida e irresistiblemente, Bellman y los otros notaron una oscura vibración que recorría todos sus miembros, nublándoles la vista y llenándoles la sangre de sopor. Meditando somnolientos, intentaron explicarse a sí mismos el fenómeno en términos de ciencia terrestre, y entonces, conforme la narcosis aumentaba más y más, se olvidaron de sus especulaciones.

Con sentidos que flotaban en una oscuridad extraña, eran vagamente conscientes de la presión de la multitud de los cuerpos que les sustituían en la cima del altar. Entonces, algunos entre ellos, retirándose como saciados de la emanación parecida a una droga, les arrastraron a través de los escalones oblicuos hasta el suelo de la caverna, junto al lánguido y empapado Chalmers. Conservando aún sus linternas en dedos sin nervio, vieron que el lugar rebosaba de la gente blanca, quienes se habían reunido para la ceremonia maldita.

A través de manchas de sombra que se oscurecían, los hombres les contemplaron mientras trepaban arriba y abajo de la pirámide, como un friso vivo y leproso.

Chivers y Maspic, rindiéndose los primeros a la influencia, se desplomaron en el suelo en el más completo letargo. Pero Bellman, más resistente, se sintió caer y flotar en un mundo de sueños sin luz. Sus sensaciones eran anómalas,

desconocidas hasta el grado más extremo. Por todas partes, había un poder que se cernía de manera palpable, y para el que no podía encontrar una imagen visual: un poder que exhalaba un sueño de miasmas. En esos sueños, en una graduación que no se notaba, olvidando su ser humano, de alguna manera se identificaba con la gente sin ojos, vivía y se movía como ellos, en profundas cavernas, sobre carreteras nocturnas. Y, sin embargo, como si la participación en el obscuro ritual le hubiese admitido a ello, era algo distinto..., una Entidad sin nombre que gobernaba a los ciegos y era adorada por ellos, una cosa que habitaba en las antiguas aguas estancadas, en la profundidad más remota, y salía a intervalos para cazar de una manera de la que no se podía hablar. En esa dualidad del ser, se saciaba en ciegos festines... y era a su vez devorado. Con todo ello, como un tercer elemento de su identidad, estaba asociado al ídolo, pero sólo en un sentido táctil, y no como una memoria óptica. No había luz por ninguna parte..., ni siquiera el recuerdo de la luz.

Cuándo pasó de estas oscuras pesadillas a un reposo sin sueños, no lo supo. Al principio, su despertar, oscuro y letárgico, fue como una continuación de los sueños. Entonces, abriendo los párpados atontados, vio el rayo de luz que descansaba en el suelo procedente de la linterna que se le había caído. La luz se vertía sobre algo que no fue capaz de reconocer en su despertar drogado. Sin embargo, le preocupaba, y un creciente horror hizo que sus facultades volviesen a la vida.

Poco a poco, se dio cuenta de que lo que contemplaba era el cuerpo medio devorado de Chalmers. Había harapos de ropa podrida sobre los miembros mordisqueados. y, aunque la cabeza había desaparecido, los huesos que quedaban y las vísceras eran los del terrestre.

Bellman se levantó vacilante y miró a sus alrededores con ojos que todavía tenían una red de oscuridad que entorpecía su visión. Chivers y Maspic descansaban junto a él en un pesado sopor, y, a lo largo de la caverna y sobre el altar de siete escalones, había devotos de la imagen soporífera, tirados.

Sus otros sentidos comenzaron a despertar de su letargo, y pensó que escuchaba un sonido que le resultaba hasta cierto punto conocido; un afilado arrastre, junto a una mesurada absorción. El sonido se retiró a lo largo de los enormes pilares, más allá de los cuerpos dormidos. Un olor como de agua

podrida contaminaba el aire, y se fijó en que había muchos anillos de humedad sobre la piedra, como los que producirían los bordes de copas invertidas. Manteniendo el orden de pisadas, se alejaban del cuerpo de Chalmers adentrándose en las sombras de la caverna exterior que bordeaba con el abismo: la dirección en que se había movido el extraño sonido, apagándose hasta la inaudibilidad.

En la mente de Bellman se despertó un terror loco que se enfrentó con el embrujo que aún le dominaba atontándole. Se inclinó sobre Maspic y Chívers, y les agitó fuertemente por turnos hasta que abrieron los ojos y comenzaron a protestar con murmullos somnolientos.

—¡En pie, malditos! —les recriminó—. Si alguna vez vamos a escaparnos de este agujero infernal, ahora es el momento.

Por el efecto de muchos tacos y reprimendas y muchos esfuerzos musculares, consiguió que sus compañeros se pusiesen en pie. No parecieron fijarse en los restos de lo que había sido el desafortunado Chalmers. Tropezando como borrachos, siguieron a Bellman alrededor de los cuerpos de los marcianos tirados por los suelos, alejándose de aquella pirámide en la que el ídolo blanco se cernía sobre sus adoradores en su maligna somnolencia.

Una oscuridad que le colgaba pesaba sobre Bellman; pero, de alguna manera, hubo una relajación del hechizo opiáceo. Notó un renacer de la voluntad y un gran deseo de escapar de la sima y de aquello que habitaba en la oscuridad. Los otros, más profundamente esclavizados por el poder soporífero, aceptaban su liderazgo y su guía de una manera atontada, como embrutecidos.

Estaba seguro de poder retroceder por la ruta que habían empleado para acercarse al altar. Este, parecía, era el camino tomado por el causante de las manchas de humedad repugnante parecidas a anillos.

Vagabundeando por entre las columnas desagradablemente talladas, llegaron por fin al borde del abismo: ese pórtico del Tártaro negro, desde el cual podían contemplar la profundidad de su sima. Descendiendo lejos, en aquellas aguas putrefactas, la fosforescencia se movía en círculos cada vez más amplios, como alterada por el chapuzón de un cuerpo pesado. Hasta el mismo borde bajo sus pies, las huellas acuosas estaban marcadas sobre la roca.

Se dieron la vuelta. Bellman temblaba con recuerdos a medias de sus ciegos sueños y el terror de su despertar. Encontraron en una esquina de la cueva el nacimiento de la carretera que arriba bordeaba el abismo, la carretera que les devolvería al sol perdido.

Siguiendo su orden, Maspic y Chivers apagaron sus linternas para ahorrar las pilas. Era dudoso lo mucho que aún podían durar, y la luz era su necesidad más primaria. Su propia linterna funcionaría para los tres hasta que se gastase.

No hubo sonido alguno ni señal de vida desde la caverna en la que los marcianos descansaban en torno a la imagen narcotizante. Pero un miedo como nunca había sentido durante sus aventuras forzó a Bellman a marearse y palidecer mientras escuchaba en su umbral.

También la sima estaba en silencio, y los círculos de fosforescencia habían dejado de aumentar sobre el agua. Y, sin embargo, el silencio era algo que atontaba los sentidos, que frenaba los miembros. Se levantaba en torno a Bellman como el barro pegajoso del más profundo foso, en el que debía ahogarse. Con un esfuerzo sostenido, comenzó el ascenso, arrastrando, maldiciendo y pateando a sus compañeros hasta que respondían como animales somnolientos.

Era un ascenso por el limbo, un ascenso desde la nada por una oscuridad que parecía palpable y pegajosa. Arriba y arriba se esforzaron, a lo largo de la monótona cuesta que se levantaba imperceptiblemente, donde toda medida de la distancia se perdía, y el tiempo era medido solamente por la repetición eterna de los pasos. La noche descendía ante el débil rayo de luz de Bellman, se cerraba como un mar que todo lo tragaba, incansable y paciente, esperando su momento hasta que su linterna se apagase.

Mirando sobre el borde a intervalos, Bellman vio el gradual apagarse de la fosforescencia en las profundidades. Imágenes fantásticas surgieron en su mente: era como el último rescoldo del fuego en un infierno apagado, como el ahogo de las nebulosas en los vacíos más allá del universo. Sintió el mareo de alguien que mira un espacio infinito... Entonces, sólo hubo oscuridad, y supo por esta señal la tremenda distancia que habían ascendido.

Los impulsos menores del hambre, la sed y la fatiga habían sido pisoteados bajo el miedo que les impulsaba. El letargo pegajoso se levantó

lentamente de Maspic y Chivers, y también ellos fueron conscientes de una sombra de terror tan vasta como la noche misma. Los golpes, patadas y reprimendas de Bellman ya no fueron necesarios para hacerles continuar.

Antigua, malvada y soporífera, la noche se levantaba sobre ellos. Era como el pelo, denso y fétido, de los murciélagos: un tejido que ahogaba los pulmones, que atontaba los sentidos. Era tan silenciosa como el reposo de mundos muertos... Pero de ese silencio, tras el transcurso aparente de años, un doble sonido familiar se levantó y llegó a los fugitivos: el sonido de algo que se deslizaba sobre la piedra en las profundidades del abismo, el sonido de chupeteo de una criatura que retiraba sus pies como de un lodazal.

Inexplicable y despertando locas ideas incongruentes en las mentes de los terrestres, como un sonido escuchado en el delirio, aceleró su terror a un paroxismo.

—¡Dios! ¿Qué es esto? —susurró Bellman. Le pareció recordar cosas sin vista, formas asquerosas y *palpables* de la noche primigenia, que no formaban una parte legítima del recuerdo humano. Sus sueños y su pesadilla al despertar..., el ídolo narcótico..., el cuerpo medio devorado de Chalmers..., las pistas que Chalmers había dejado caer..., los anillos de humedad que conducían a la sima..., todo volvía como los fragmentos de una locura que se multiplicaba para asaltarle en esa terrible carretera a medio camino entre el mundo subterráneo y la superficie de Marte.

Su pregunta sólo fue contestada por una continuación del ruido. Parecía aumentar en volumen..., ascender la pared de debajo. Maspic y Chivers, encendiendo de repente sus luces, echaron a correr con saltos frenéticos, y Bellman, perdiendo su último resto de control, hizo lo mismo.

Era una carrera con un horror desconocido. Por encima del trabajoso latido de sus corazones, el mesurado golpear de sus pies, los hombres todavía oían el sonido siniestro e inexplicable. Les parecía correr a lo largo de leguas de oscuridad, y, sin embargo, el sonido se les acercaba continuamente, trepando detrás de ellos, como si el causante fuese algo que trepase por el precipicio.

Ahora el sonido estaba terriblemente cerca..., un poco delante.

Se detuvo abruptamente. Las luces en movimiento de Maspic y Chivers, quienes iban antes, descubrieron la cosa agazapada que cubría la carretera en toda su anchura de dos yardas.

Aunque eran aventureros endurecidos, los hombres habrían gritado histéricos o se habrían arrojado por el precipicio, si la visión no les hubiese inducido una especie de catalepsia. Era el pálido ídolo de la cueva, hinchado a una proporción enorme, y asquerosamente vivo, que había ascendido desde el abismo ¡y estaba agazapado ante ellos!

Ésta era, claramente, la misma criatura que había servido como modelo para la atroz imagen: la criatura que Chalmers había llamado el habitante. El enorme caparazón, como una joroba, que recordaba vagamente la armadura de un gliptodonte, brillaba con un lustre tan húmedo como el metal. La cabeza ciega, alerta pero somnolienta, estaba echada adelante en un cuello que se curvaba obscenamente. Una docena o más de las cortas piernas, con sus pies como globos, sobresalían lateralmente del caparazón colgante. Las dos probóscides, de una yarda de longitud, con la punta en forma de copa, se elevaban de la cruel raja de la boca, y oscilaban lentamente en el aire en dirección a los terrestres.

La cosa, parecía, era tan vieja como el planeta; una forma desconocida de vida primordial que había habitado siempre en las aguas de las cavernas. Ante ella, las facultades de los terrestres estaban drogadas por un letargo maléfico, como si estuviese compuesta, en parte, del mineral opiáceo de su imagen. Se quedaron parados con sus linternas iluminando por completo el terror, y no podían moverse ni gritar cuando se levantó, repentinamente erecto, dejando al descubierto su escamosa barriga y la extraña cola doble que se deslizaba y arrastraba con un sonido metálico contra la roca. Sus numerosos pies, contemplados desde esta postura, eran huecos y semejantes a cálices, supuraban mefítica humedad. Sin duda, servían como ventosas, permitiéndole trepar sobre una superficie perpendicular.

Con una rapidez y una seguridad en sus movimientos inconcebibles, con cortos pasos de sus patas traseras, manteniendo el equilibrio con la cola, el monstruo se acercó a los hombres indefensos. Sin equivocarse, las dos probóscides se curvaron y sus extremos descendieron sobre los ojos de Chivers, que estaba parado con la cara levantada. Descansaron allí, cubriendo los párpados por completo... sólo un momento. Entonces resonó un grito agónico y salvaje, cuando los extremos huecos fueron retirados con un movimiento de barrido como el del ataque de una serpiente, flexible y vigoroso.

Chivers osciló lentamente, moviendo la cabeza y retorciéndose a causa del dolor, medio narcotizado. Maspic, de pie a su lado, vio de una manera oscura, como en sueños, las cuencas vacías de las que habían desaparecido los ojos. Fue lo último que vio. En aquel instante, el monstruo se volvió hacia él, y las terribles copas, goteando sangre y podredumbre, descendieron sobre los ojos del propio Maspic.

Bellman, quien se había detenido un poco detrás de los otros, contemplaba lo que ocurría como quien contempla las abominaciones de una pesadilla pero es impotente para intervenir o escapar. Vio el movimiento de los miembros terminados en copa, escuchó el único y atroz grito que fue arrancado de Chivers, y el grito que enseguida partió de Maspic. Entonces, por encima de las cabezas de sus compañeros, quienes todavía sostenían las inútiles linternas entre sus dedos rígidos, las probóscides se dirigieron hacia él...

Con la sangre chorreándoles fuertemente sobre la cara, con la sombra ciega, somnolienta, vigilante e implacable en sus talones, empujándoles adelante, frenándoles cuando estaban a punto de caerse por un precipicio, los tres comenzaron su segundo descenso por la carretera que les conducía, para siempre, a un Averno limitado por la noche.

The Dweller In The Gulf (The Dweller In Martian Depths), XI—1932

(Wonder Stories, III—33. The Abominations Of Yondo, II—60)

Trad. Arturo Villarubia

Los Mundos Perdidos (A Rendezvous In Averoigne, 1988)

Icaro, 22

EDAF 1991

THE VAULTS OF YOH-VOMBIS

CLARK ASHTON SMITH

If the doctors are correct in their prognostication, I have only a few Martian hours of life remaining to me. In those hours I shall endeavor to relate, as a warning to others who might follow in our footsteps, the singular and frightful happenings that terminated our research among the ruins of Yoh-Vombis. If my story will only serve to prevent future explorations, the telling will not have been in vain.

There were eight of us, professional archaeologists with more or less terrene and interplanetary experience, who set forth with native guides from Ignarh, the commercial metropolis of Mars, to inspect that ancient, aeon-deserted city. Allan Octave, our official leader, held his primacy by knowing more about Martian archaeology than any other terrestrial on the planet; and others of the party, such as William Harper and Jonas Halgren, had been associated with him in many of his previous researches. I, Rodney Severn, was more of a newcomer, having spent but a few months on Mars; and the greater part of my own ultra-terrene delvings had been confined to Venus.

The nude, spongy-chested Aihais had spoken deterringly of vast deserts filled with ever-swirling sandstorms, through which we must pass to reach Yoh-Vombis; and in spite of our munificent offers of payment, it had been difficult to secure guides for the journey. Therefore we were surprised as well as pleased when we came to the ruins after seven hours of plodding across the flat, treeless, orange-yellow desolation to the southwest of Ignarh.

We beheld our destination, for the first time, in the setting of the small, remote sun. For a little, we thought that the domeless, three-angled towers and broken-down monoliths were those of some unlegended city, other than the one we sought. But the disposition of the ruins, which lay in a sort of arc for almost

the entire extent of a low, gneissic, league-long elevation of bare, eroded stone, together with the type of architecture, soon convinced us that we had found our goal. No other ancient city on Mars had been laid out in that manner; and the strange, many-terraced buttresses, like the stairways of forgotten Anakim, were peculiar to the prehistoric race that built Yoh-Vombis.

I have seen the hoary, sky-confronting walls of Machu Picchu amid the desolate Andes; and the frozen, giant-built battlements of Uogam on the glacial tundras of the nightward hemisphere of Venus. But these were as things of yesteryear compared to the walls upon which we gazed. The whole region was far from the life-giving canals beyond whose environs even the more noxious flora and fauna are seldom found; and we had seen no living thing since our departure from Ignarh. But here, in this place of petrified sterility, of eternal bareness and solitude, it seemed that life could never have been.

I think we all received the same impression as we stood staring in silence while the pale, samies-like sunset fell on the dark and megalithic ruins. I remember gasping a little, in an air that seemed to have been touched by the irrespirable chill of death; and I heard the same sharp, laborious intake of breath from others of our party.

"That place is deader than an Egyptian morgue," observed Harper.

"Certainly it is far more ancient," Octave assented. "According to the most reliable legends, the Yorhis, who built Yoh-Vombis, were wiped out by the present ruling race at least forty thousand years ago."

"There's a story, isn't there," said Harper, "that the last remnant of the Yorhis was destroyed by some unknown agency—something too horrible and outré to be mentioned even in a myth?"

"Of course, I've heard that legend," agreed Octave. "Maybe we'll find evidence among the ruins to prove or disprove it. The Yorhis may have been cleaned out by some terrible epidemic, such as the Yashta pestilence, which

was a kind of green mould that ate all the bones of the body, together with the teeth and nails. But we needn't be afraid of getting it, if there are any mummies in Yoh-Vombis—the bacteria will all be as dead as their victims, after so many cycles of planetary desiccation."

The sun had gone down with uncanny swiftness, as if it had disappeared through some sort of prestidigitation rather than the normal process of setting. We felt the instant chill of the blue-green twilight; and the ether above us was like a huge, transparent dome of sunless ice, shot with a million bleak sparklings that were the stars. We donned the coats and helmets of Martian fur, which must always be worn at night; and going on to westward of the walls, we established our camp in their lee, so that we might be sheltered a little from the jaar, that cruel desert wind that always blows from the east before dawn. Then, lighting the alcohol lamps that had been brought along for cooking purposes, we huddled around them while the evening meal was prepared and eaten.

Afterwards, for comfort rather than because of weariness, we retired early to our sleeping-bags; and the two Aihais, our guides, wrapped themselves in the cerement-like folds of bassa-cloth which are all the protection their leathery skins appear to require even in sub-zero temperatures.

Even in my thick, double-lined bag, I still felt the rigor of the night air; and I am sure it was this, rather than anything else, which kept me awake for a long while and rendered my eventual slumber somewhat restless and broken. At any rate, I was not troubled by even the least presentiment of alarm or danger; and I should have laughed at the idea that anything of peril could lurk in Yoh-Vombis, amid whose undreamable and stupefying antiquities the very phantoms of its dead must long since have faded into nothingness.

I must have drowsed again and again, with starts of semi-wakefulness. At last, in one of these, I knew vaguely that the small twin moons had risen and were making huge and far-flung shadows with the domeless towers; shadows that almost touched the glimmering, shrouded forms of my companions.

The whole scene was locked in a petrific stillness; and none of the sleepers stirred. Then, as my lids were about to close, I received an impression of movement in the frozen gloom; and it seemed to me that a portion of the foremost shadow had detached itself and was crawling toward Octave, who lay nearer to the ruins than we others.

Even through my heavy lethargy, I was disturbed by a warning of something unnatural and perhaps ominous. I started to sit up; and even as I moved, the shadowy object, whatever it was, drew back and became merged once more in the greater shadow. Its vanishment startled me into full wakefulness; and yet I could not be sure that I had actually seen the thing. In that brief, final glimpse, it had seemed like a roughly circular piece of cloth or leather, dark and crumpled, and twelve or fourteen inches in diameter, that ran along the ground with the doubling movement of an inchworm, causing it to fold and unfold in a startling manner as it went.

I did not go to sleep again for nearly an hour; and if it had not been for the extreme cold, I should doubtless have gotten up to investigate and make sure whether I had really beheld an object of such bizarre nature or had merely dreamt it. But more and more I began to convince myself that the thing was too unlikely and fantastical to have been anything but the figment of a dream. And at last I nodded off into light slumber.

The chill, demoniac sighing of the jaar across the jagged walls awoke me, and I saw that the faint moonlight had received the hueless accession of early dawn. We all arose, and prepared our breakfast with fingers that grew numb in spite of the spirit-lamps.

My queer visual experience during the night had taken on more than ever a phantasmagoric unreality; and I gave it no more than a passing thought and did not speak of it to the others. We were all eager to begin our explorations; and shortly after sunrise we started on a preliminary tour of examination.

Strangely, as it seemed, the two Martians refused to accompany us. Stolid and taciturn, they gave no explicit reason; but evidently nothing would induce them to enter Yoh-Vombis. Whether or not they were afraid of the ruins, we were unable to determine: their enigmatic faces, with the small oblique eyes and huge, flaring nostrils, betrayed neither fear nor any other emotion intelligible to man. In reply to our questions, they merely said that no Aihai had set foot among the ruins for ages. Apparently there was some mysterious taboo in connection with the place.

For equipment in that preliminary tour we took along only our electric torches and a crowbar. Our other tools, and some cartridges of high explosives, we left at our camp, to be used later if necessary, after we had surveyed the ground. One or two of us owned automatics; but these were also left behind; for it seemed absurd to imagine that any form of life would be encountered among the ruins.

Octave was visibly excited as we began our inspection, and maintained a running fire of exclamatory comment. The rest of us were subdued and silent: it was impossible to shake off the somber awe and wonder that fell upon us from those megalithic stones.

We went on for some distance among the triangular, terraced buildings, following the zigzag streets that conformed to this peculiar architecture. Most of the towers were more or less dilapidated; and everywhere we saw the deep erosion wrought by cycles of blowing wind and sand, which, in many cases, had worn into roundness the sharp angles of the mighty walls. We entered some of the towers, but found utter emptiness within. Whatever they had contained in the way of furnishings must long ago have crumbled into dust; and the dust had been blown away by the searching desert gales.

At length we came to the wall of a vast terrace, hewn from the plateau itself. On this terrace, the central buildings were grouped like a sort of acropolis. A flight of time-eaten steps, designed for longer limbs than those of men or even the gangling modern Martians, afforded access to the hewn summit.

Pausing, we decided to defer our investigation of the higher buildings, which, being more exposed than the others, were doubly ruinous and dilapidated, and in all likelihood would offer little for our trouble. Octave had begun to voice his disappointment over our failure to find anything in the nature of artifacts that would throw light on the history of Yoh-Vombis.

Then, a little to the right of the stairway, we perceived an entrance in the main wall, half-choked with ancient débris. Behind the heap of detritus, we found the beginning of a downward flight of steps. Darkness poured from the opening, musty with primordial stagnancies of decay; and we could see nothing below the first steps, which gave the appearance of being suspended over a black gulf.

Throwing his torch-beam into the abyss, Octave began to descend the stairs. His eager voice called us to follow.

At the bottom of the high, awkward steps, we found ourselves in a long and roomy vault, like a subterranean hallway. Its floor was deep with siftings of immemorial dust. The air was singularly heavy, as if the lees of an ancient atmosphere, less tenuous than that of Mars today, had settled down and remained in that stagnant darkness. It was harder to breathe than the outer air: it was filled with unknown effluvia; and the light dust arose before us at every step, diffusing a faintness of bygone corruption, like the dust of powdered mummies.

At the end of the vault, before a strait and lofty doorway, our torches revealed an immense shallow urn or pan, supported on short cube-shaped legs, and wrought from a dull, blackish-green material. In its bottom, we perceived a deposit of dark and cinder-like fragments, which gave off a slight but disagreeable pungence, like the phantom of some more powerful odor. Octave, bending over the rim, began to cough and sneeze as he inhaled it.

"That stuff, whatever it was, must have been a pretty powerful fumigant," he observed. "The people of Yoh-Vombis may have used it to disinfect the vaults."

The doorway beyond the shallow urn admitted us to a larger chamber, whose floor was comparatively free of dust. We found that the dark stone beneath our feet was marked off in multiform geometric patterns, traced with ochreous ore, amid which, as in Egyptian cartouches, hieroglyphics and highly formalized drawings were enclosed. We could make little from most of them; but the figures in many were doubtless designed to represent the Yorhis themselves. Like the Aihais, they were tall and angular, with great, bellows-like chests. The ears and nostrils, as far as we could judge, were not so huge and flaring as those of the modern Martians. All of these Yorhis were depicted as being nude; but in one of the cartouches, done in a far hastier style than the others, we perceived two figures whose high, conical craniums were wrapped in what seemed to be a sort of turban, which they were about to remove or adjust. The artist seemed to have laid a peculiar emphasis on the odd gesture with which the sinuous, four-jointed fingers were plucking at these headdresses; and the whole posture was unexplainably contorted.

From the second vault, passages ramified in all directions, leading to a veritable warren of catacombs. Here, enormous pot-bellied urns of the same material as the fumigating-pan, but taller than a man's head and fitted with angular-handled stoppers, were ranged in solemn rows along the walls, leaving scant room for two of us to walk abreast. When we succeeded in removing one of the huge stoppers, we saw that the jar was filled to the rim with ashes and charred fragments of bone. Doubtless (as is still the Martian custom) the Yorhis had stored the cremated remains of whole families in single urns.

Even Octave became silent as we went on; and a sort of meditative awe seemed to replace his former excitement. We others, I think, were utterly weighed down to a man by the solid gloom of a concept-defying antiquity, into which it seemed that we were going further and further at every step.

The shadows fluttered before us like the monstrous and misshapen wings of phantom bats. There was nothing anywhere but the atom-like dust of ages, and the jars that held the ashes of a long-extinct people. But, clinging to the high roof in one of the further vaults, I saw a dark and corrugated patch of circular form, like a withered fungus. It was impossible to reach the thing; and we went on after peering at it with many futile conjectures. Oddly enough, I failed to remember at that moment the crumpled, shadowy object I had seen or dreamt of the night before.

I have no idea how far we had gone, when we came to the last vault; but it seemed that we had been wandering for ages in that forgotten underworld. The air was growing fouler and more irrespirable, with a thick, sodden quality, as if from a sediment of material rottenness; and we had about decided to turn back. Then, without warning, at the end of a long, urn-lined catacomb, we found ourselves confronted by a blank wall.

Here we came upon one of the strangest and most mystifying of our discoveries—a mummified and incredibly desiccated figure, standing erect against the wall. It was more than seven feet in height, of a brown, bituminous color, and was wholly nude except for a sort of black cowl that covered the upper head and drooped down at the side in wrinkled folds. From the size and general contour, it was plainly one of the ancient Yorhis—perhaps the sole member of this race whose body had remained intact.

We all felt an inexpressible thrill at the sheer age of this shrivelled thing, which, in the dry air of the vault, had endured through all the historic and geologic vicissitudes of the planet, to provide a visible link with lost cycles.

Then, as we peered closer with our torches, we saw why the mummy had maintained an upright position. At ankles, knees, waist, shoulders and neck it was shackled to the wall by heavy metal bands, so deeply eaten and embrowned with a sort of rust that we had failed to distinguish them at first sight in the shadow. The strange cowl on the head, when closer studied, continued to baffle us. It was covered with a fine, mould-like pile, unclean and dusty as

ancient cobwebs. Something about it, I knew not what, was abhorrent and revolting.

"By Jove! this is a real find!" ejaculated Octave, as he thrust his torch into the mummified face, where shadows moved like living things in the pit-deep hollows of the eyes and the huge triple nostrils and wide ears that flared upward beneath the cowl.

Still lifting the torch, he put out his free hand and touched the body very lightly. Tentative as the touch had been, the lower part of the barrel-like torso, the legs, the hands and forearms, all seemed to dissolve into powder, leaving the head and upper body and arms still hanging in their metal fetters. The progress of decay had been queerly unequal, for the remnant portions gave no sign of disintegration.

Octave cried out in dismay, and then began to cough and sneeze, as the cloud of brown powder, floating with an airy lightness, enveloped him. We others all stepped back to avoid the powder. Then, above the spreading cloud, I saw an unbelievable thing. The black cowl on the mummy's head began to curl and twitch upward at the corners, it writhed with a verminous motion, it fell from the withered cranium, seeming to enfold and unfold convulsively in mid-air as it fell. Then it dropped on the bare head of Octave who, in his disconcertment at the crumbling of the mummy, had remained standing close to the wall. At that instant, in a start of profound terror, I remembered the thing that had inched itself from the shadows of Yoh-Vombis in the light of the twin moons, and had drawn back like a figment of slumber at my first waking movement.

Cleaving closely as a tightened cloth, the thing enfolded Octave's hair and brow and eyes, and he shrieked wildly, with incoherent pleas for help, and tore with frantic fingers at the cowl, but failed to loosen it. Then his cries began to mount in a mad crescendo of agony, as if beneath some instrument of infernal torture; and he danced and capered blindly about the vault, eluding us with strange celerity as we all sprang forward in an effort to reach him and release him from his weird encumbrance. The whole happening was mysterious as a

nightmare; but the thing that had fallen on his head was plainly some unclassified form of Martian life, which, contrary to all the known laws of science, had survived in those primordial catacombs. We must rescue him from those clutches if we could.

We tried to close in on the frenzied figure of our chief—which, in the far from roomy space between the last urns and the wall, should have been an easy matter. But, darting away, in a manner doubly incomprehensible because of his blindfolded condition, he circled about us and ran past, to disappear among the urns toward the outer labyrinth of intersecting catacombs.

"My God! What has happened to him?" cried Harper. "The man acts as if he were possessed."

There was obviously no time for a discussion of the enigma, and we all followed Octave as speedily as our astonishment would permit. We had lost sight of him in the darkness; and when we came to the first division of the vaults, we were doubtful as to which passage he had taken, till we heard a shrill scream, several times repeated, in a catacomb on the extreme left. There was a weird, unearthly quality in those screams, which may have been due to the long-stagnant air or the peculiar acoustics of the ramifying caverns. But somehow I could not imagine them as issuing from human lips—at least not from those of a living man. They seemed to contain a soulless, mechanical agony, as if they had been wrung from a devil-driven corpse.

Thrusting our torches before us into the lurching, fleeing shadows, we raced along between rows of mighty urns. The screaming had died away in sepulchral silence; but far off we heard the light and muffled thud of running feet. We followed in headlong pursuit; but, gasping painfully in the vitiated, miasmal air, we were soon compelled to slacken our pace without coming in sight of Octave. Very faintly, and further away than ever, like the tomb-swallowed steps of a phantom, we heard his vanishing footfalls. Then they ceased; and we heard nothing, except our own convulsive breathing, and the blood that throbbed in our temple-veins like steadily beaten drums of alarm.

We went on, dividing our party into three contingents when we came to a triple branching of the caverns. Harper and Halgren and I took the middle passage, and after we had gone on for an endless interval without finding any trace of Octave, and had threaded our way through recesses piled to the roof with colossal urns that must have held the ashes of a hundred generations, we came out in the huge chamber with the geometric floor-designs. Here, very shortly, we were joined by the other, who had likewise failed to locate our missing leader.

It would be useless to detail our renewed and hour-long search of the myriad vaults, many of which we had not hitherto explored. All were empty, as far as any sign of life was concerned. I remember passing once more through the vault in which I had seen the dark, rounded patch on the ceiling, and noting with a shudder that the patch was gone. It was a miracle that we did not lose ourselves in that underworld maze; but at last we came back again to the final catacomb, in which we had found the shackled mummy.

We heard a measured and recurrent clangor as we neared the place—a most alarming and mystifying sound under the circumstances. It was like the hammering of ghouls on some forgotten mausoleum. When we drew nearer, the beams of our torches revealed a sight that was no less unexplainable than unexpected. A human figure, with its back toward us and the head concealed by a swollen black object that had the size and form of a sofa cushion, was standing near the remains of the mummy and was striking at the wall with a pointed metal bar. How long Octave had been there, and where he had found the bar, we could not know. But the blank wall had crumbled away beneath his furious blows, leaving on the floor a pile of cement-like fragments; and a small, narrow door, of the same ambiguous material as the cinerary urns and the fumigating-pan, had been laid bare.

Amazed, uncertain, inexpressibly bewildered, we were all incapable of action or volition at that moment. The whole business was too fantastic and too horrifying, and it was plain that Octave had been overcome by some sort of

madness. I, for one, felt the violent upsurge of sudden nausea when I had identified the loathsomely bloated thing that clung to Octave's head and drooped in obscene tumescence on his neck. I did not dare to surmise the causation of its bloating.

Before any of us could recover our faculties, Octave flung aside the metal bar and began to fumble for something in the wall. It must have been a hidden spring; though how he could have known its location or existence is beyond all legitimate conjecture. With a dull, hideous grating, the uncovered door swung inward, thick and ponderous as a mausolean slab, leaving an aperture from which the nether midnight seemed to well like a flood of aeon-buried foulness. Somehow, at that instant, our electric torches flickered and grew dim; and we all breathed a suffocating fetor, like a draught from inner worlds of immemorial putrescence.

Octave had turned toward us now, and he stood in an idle posture before the open door, like one who has finished some ordained task. I was the first of our party to throw off the paralyzing spell; and pulling out a clasp-knife—the only semblance of a weapon which I carried—I ran over to him. He moved back, but not quickly enough to evade me, when I stabbed with the four-inch blade at the black, turgescient mass that enveloped his whole upper head and hung down upon his eyes.

What the thing was, I should prefer not to imagine—if it were possible to imagine. It was formless as a great slug, with neither head nor tail nor apparent organs—an unclean, puffy, leathery thing, covered with that fine, mould-like fur of which I have spoken. The knife tore into it as if through rotten parchment, making a long gash, and the horror appeared to collapse like a broken bladder. Out of it there gushed a sickening torrent of human blood, mingled with dark, filiated masses that may have been half-dissolved hair, and floating gelatinous lumps like molten bone, and shreds of a curdy white substance. At the same time Octave began to stagger, and went down at full length on the floor. Disturbed by his fall, the mummy-dust arose about him in a curling cloud, beneath which he lay mortally still.

Conquering my revulsion, and choking with the dust, I bent over him and tore the flaccid, oozing horror from his head. It came with unexpected ease, as if I had removed a limp rag, but I wish to God that I had let it remain. Beneath, there was no longer a human cranium, for all had been eaten away, even to the eyebrows, and the half-devoured brain was laid bare as I lifted the cowl-like object. I dropped the unnamable thing from fingers that had grown suddenly nerveless, and it turned over as it fell, revealing on the nether side many rows of pinkish suckers, arranged in circles about a pallid disk that was covered with nerve-like filaments, suggesting a sort of plexus.

My companions had pressed forward behind me; but, for an appreciable interval, no one spoke.

"How long do you suppose he has been dead?" It was Halgren who whispered the awful question, which we had all been asking ourselves. Apparently no one felt able or willing to answer it; and we could only stare in horrible, timeless fascination at Octave.

At length I made an effort to avert my gaze; and turning at random, I saw the remnants of the shackled mummy, and noted for the first time, with mechanical, unreal horror, the half-eaten condition of the withered head. From this, my gaze was diverted to the newly opened door at one side, without perceiving for a moment what had drawn my attention. Then, startled, I beheld beneath my torch, far down beyond the door, as if in some nether pit, a seething, multitudinous, worm-like movement of crawling shadows. They seemed to boil up in the darkness; and then, over the broad threshold of the vault, there poured the verminous vanguard of a countless army: things that were kindred to the monstrous diabolic leech I had torn from Octave's eaten head. Some were thin and flat, like writhing, doubling disks of cloth or leather, and others were more or less poddy, and crawled with gutted slowness. What they had found to feed on in the sealed, eternal midnight I do not know; and I pray that I never shall know.

I sprang back and away from them, electrified with terror, sick with loathing, and the black army inched itself unendingly with nightmare swiftness from the unsealed abyss, like the nauseous vomit of horror-sated hells. As it poured toward us, burying Octave's body from sight in a writhing wave, I saw a stir of life from the seemingly dead thing I had cast aside, and saw the loathly struggle which it made to right itself and join the others.

But neither I nor my companions could endure to look longer. We turned and ran between the mighty rows of urns, with the slithering mass of demon leeches close upon us, and scattered in blind panic when we came to the first division of the vaults. Heedless of each other or of anything but the urgency of flight, we plunged into the ramifying passages at random. Behind me, I heard someone stumble and go down, with a curse that mounted to an insane shrieking; but I knew that if I halted and went back, it would only be to invite the same baleful doom that had overtaken the hindmost of our party.

Still clutching the electric torch and my open clasp-knife, I ran along a minor passage which, I seemed to remember, would conduct with more or less directness upon the large outer vault with the painted floor. Here I found myself alone. The others had kept to the main catacombs; and I heard far off a muffled babel of mad cries, as if several of them had been seized by their pursuers.

It seemed that I must have been mistaken about the direction of the passage; for it turned and twisted in an unfamiliar manner, with many intersections, and I soon found that I was lost in the black labyrinth, where the dust had lain unstirred by living feet for inestimable generations. The cinerary warren had grown still once more; and I heard my own frenzied panting, loud and stertorous as that of a Titan in the dead silence.

Suddenly, as I went on, my torch disclosed a human figure coming toward me in the gloom. Before I could master my startlement, the figure had passed me with long, machine-like strides, as if returning to the inner vaults. I think it was Harper, since the height and build were about right for him; but I am not

altogether sure, for the eyes and upper head were muffled by a dark, inflated cowl, and the pale lips were locked as if a silence of tetanic torture—or death. Whoever he was, he had dropped his torch; and he was running blindfolded, in utter darkness, beneath the impulsion of that unearthly vampirism, to seek the very fountainhead of the unloosed horror. I knew that he was beyond human help; and I did not even dream of trying to stop him.

Trembling violently, I resumed my flight, and was passed by two more of our party, stalking by with mechanical swiftness and sureness, and cowed with those Satanic leeches. The others must have returned by way of the main passages; for I did not meet them; and I was never to see them again.

The remainder of my flight is a blur of pandemonian terror. Once more, after thinking that I was near the outer cavern, I found myself astray, and fled through a ranged eternity of monstrous urns, in vaults that must have extended for an unknown distance beyond our explorations. It seemed that I had gone on for years; and my lungs were choking with the aeon-dead air, and my legs were ready to crumble beneath me, when I saw far-off a tiny point of blessed daylight. I ran toward it, with all the terrors of the alien darkness crowding behind me, and accursed shadows fluttering before, and saw that the vault ended in a low, ruinous entrance, littered by rubble on which there fell an arc of thin sunshine.

It was another entrance than the one by which we had penetrated this lethal underworld. I was within a dozen feet of the opening when, without sound or other intimation, something dropped upon my head from the roof above, blinding me instantly and closing upon me like a tautened net. My brow and scalp, at the same time, were shot through with a million needle-like pangs—a manifold, ever-growing agony that seemed to pierce the very bone and converge from all sides upon my inmost brain.

The terror and suffering of that moment were worse than aught which the hells of earthly madness or delirium could ever contain. I felt the foul, vampiric clutch of an atrocious death—and of more than death.

I believe that I dropped the torch; but the fingers of my right hand had still retained the open knife. Instinctively—since I was hardly capable of conscious volition—I raised the knife and slashed blindly, again and again, many times, at the thing that had fastened its deadly folds upon me. The blade must have gone through and through the clinging monstrosity, to gash my own flesh in a score of places; but I did not feel the pain of those wounds in the million-throbbing torment that possessed me.

At last I saw light, and saw that a black strip, loosened from above my eyes and dripping with my own blood, was hanging down my cheek. It writhed a little, even as it hung, and I ripped it away, and ripped the other remnants of the thing, tatter by oozing, bloody tatter, from off my brow and head. Then I staggered toward the entrance; and the wan light turned to a far, receding, dancing flame before me as I lurched and fell outside the cavern—a flame that fled like the last star of creation above the yawning, sliding chaos and oblivion into which I descended. . .

I am told that my unconsciousness was of brief duration. I came to myself, with the cryptic faces of the two Martian guides bending over me. My head was full of lancinating pains, and half-remembered terrors closed upon my mind like the shadows of mustering harpies. I rolled over, and looked back toward the cavern-mouth, from which the Martians, after finding me, had seemingly dragged me for some little distance. The mouth was under the terraced angle of an outer building, and within sight of our camp.

I stared at the black opening with hideous fascination, and descried a shadowy stirring in the gloom—the writhing, verminous movement of things that pressed forward from the darkness but did not emerge into the light. Doubtless they could not endure the sun, those creatures of ultra-mundane night and cycle-sealed corruption.

It was then that the ultimate horror, the beginning madness, came upon me. Amid my crawling revulsion, my nausea-prompted desire to flee from that

seething cavern-mouth, there rose an abhorrently conflicting impulse to return; to thread my backward way through all the catacombs, as the others had done; to go down where never men save they, the inconceivably doomed and accursed, had ever gone; to seek beneath that damnable compulsion a nether world that human thought can never picture. There was a black light, a soundless calling, in the vaults of my brain: the implanted summons of the Thing, like a permeating and sorcerous poison. It lured me to the subterranean door that was walled up by the dying people of Yoh-Vombis, to immure those hellish and immortal leeches, those dark parasites that engraft their own abominable life on the half-eaten brains of the dead. It called me to the depths beyond, where dwell the noisome, necromantic Ones, of whom the leeches, with all their powers of vampirism and diabolism, are but the merest minions. . .

It was only the two Aihais who prevented me from going back. I struggled, I fought them insanely as they strove to retard me with their spongy arms; but I must have been pretty thoroughly exhausted from all the superhuman adventures of the day; and I went down once more, after a little, into fathomless nothingness, from which I floated out at long intervals, to realize that I was being carried across the desert toward Ignarh.

Well, that is all my story. I have tried to tell it fully and coherently, at a cost that would be unimaginable to the sane. . . to tell it before the madness falls upon me again, as it will very soon—as it is doing now. . . Yes, I have told my story. . . and you have written it all out, haven't you? Now I must go back to Yoh-Vombis—back across the desert and down through all the catacombs to the vaster vaults beneath. Something is in my brain, that commands me and will direct me. . . I tell you, I must go. . .

POSTSCRIPT

As an interne in the terrestrial hospital at Ignarh, I had charge of the singular case of Rodney Severn, the one surviving member of the Octave Expedition to Yoh-Vombis, and took down the above story from his dictation. Severn had been brought to the hospital by the Martian guides of the Expedition. He was

suffering from a horribly lacerated and inflamed condition of the scalp and brow, and was wildly delirious part of the time and had to be held down in his bed during recurrent seizures of a mania whose violence was doubly inexplicable in view of his extreme debility.

The lacerations, as will have been learned from the story, were mainly self-inflicted. They were mingled with numerous small round wounds, easily distinguished from the knife-slashes, and arranged in regular circles, through which an unknown poison had been injected into Severn's scalp. The causation of these wounds was difficult to explain; unless one were to believe that Severn's story was true, and was no mere figment of his illness. Speaking for myself, in the light of what afterwards occurred, I feel that I have no other recourse than to believe it. There are strange things on the red planet; and I can only second the wish that was expressed by the doomed archaeologist in regard to future explorations.

The night after he had finished telling me his story, while another doctor than myself was supposedly on duty, Severn managed to escape from the hospital, doubtless in one of the strange seizures at which I have hinted: a most astonishing thing, for he had seemed weaker than ever after the long strain of his terrible narrative, and his demise had been hourly expected. More astonishing still, his bare footsteps were found in the desert, going toward Yoh-Vombis, till they vanished in the path of a light sandstorm; but no trace of Severn himself has yet been discovered.

LAS CRIPTAS DE YOH—VOMBIS

CLARK ASHTON SMITH

SI LOS MÉDICOS tienen razón en su diagnóstico, me quedan tan sólo unas pocas horas marcianas de vida. Durante esas horas, intentaré contar, como una advertencia a otros que podrían seguir nuestros pasos, los extraordinarios y terribles acontecimientos que dieron fin a nuestras investigaciones en las ruinas de Yoh—Vombis. Si mi narración sirve al menos para impedir futuras exploraciones, el contarla no habrá sido en vano.

Éramos ocho, arqueólogos profesionales con más o menos experiencia en la tierra y extraplanetaria, que partimos con guías nativos desde Ignarh, la metrópoli comercial de Marte, para estudiar esta antigua ciudad, abandonada durante evos. Allan Octave, nuestro líder oficial, debía su mando a conocer más arqueología marciana que ningún otro terrestre sobre la superficie del planeta; y otros del grupo, como William Harper y Jonas Halgren, habían estado asociados con él en muchas de sus anteriores exploraciones.

Yo, Rodney Severn, era algo más novato, habiendo pasado apenas unos pocos meses sobre la superficie de Marte; y la mayor parte de mis incursiones ultraterrenas se habían visto confinadas a Venus.

Los desnudos aihais, de pecho esponjoso, habían hablado, de manera disuasoria, sobre vastos desiertos llenos de tormentas de arena en continuo movimiento, a través de los cuales debíamos pasar para alcanzar Yoh—Vombis; y, a pesar de nuestras generosas ofertas de paga, había resultado difícil contar con guías para el viaje. Por tanto, estuvimos satisfechos a un tiempo que sorprendidos, cuando alcanzamos las ruinas tras siete horas de movernos lentamente por la plana desolación, amarilla naranja y sin árboles, al sudoeste de Ignarh.

Contemplamos nuestro destino, por primera vez, al ponerse el pequeño y remoto sol. Durante un rato, creímos que las torres, sin techo e inclinadas como árboles, y los monolitos rotos eran los de una ciudad desconocida,

distinta de la que buscábamos. Pero la situación de las minas, que se extendían formando una especie de arco cubriendo casi por completo una elevación, de una legua de longitud gnéisica, compuesta por roca desnuda y erosionada, junto al tipo de arquitectura, pronto nos convencieron de que habíamos encontrado nuestro objetivo.

Ninguna otra ciudad antigua de Marte estaba dispuesta de esa manera, y los extraños contrafuertes, de muchas terrazas, eran privativos de la raza prehistórica que había construido Yoh—Vombis.

He visto los venerables muros de Machu Pichu alzarse al cielo en medio de los desolados Andes; y las murallas congeladas de Uogam, obra de gigantes, en las tundras glaciales del hemisferio nocturno de Venus.

Pero éstas eran cosas como del ayer, comparadas con los muros que ahora contemplábamos. Toda la región estaba alejada de los vivificantes canales, más allá de cuyos contornos incluso la flora y la fauna más dañina era encontrada sólo raramente. Pero aquí, en este lugar de esterilidad petrificada, de miseria y soledad eternas, parecía que la vida nunca podría haber tenido lugar.

Creo que todos tuvimos la misma impresión cuando estuvimos de pie mirando en silencio mientras el pálido ocaso caía sobre las oscuras minas megalíticas. Recuerdo haber jadeado un poco, en un aire que parecía haber sido tocado por la frialdad irrespirable de la muerte; y escuché la misma aguda y laboriosa respiración procedente de otros de nuestro grupo.

—Este sitio está más muerto que una morgue egipcia —comentó Harper.

—Desde luego, es más antiguo —asintió Octave—. De acuerdo con las leyendas más dignas de confianza, los yorhis, quienes edificaron Yoh Vombis, fueron exterminados por la actual raza gobernante hace, por lo menos, cuarenta mil años.

—Hay una historia, ¿no? —dijo Harper— sobre cómo los últimos supervivientes de los yorhis fueron destruidos por un agente desconocido..., algo demasiado horrible y fuera de lo normal como para ser mencionado ni siquiera en un mito.

—Por supuesto, he oído esa leyenda —asintió Octave—. Quizá entre las minas encontremos pruebas que la afirmen o la desmientan. Los yorhis pueden haber sido barridos por alguna terrible epidemia, como la pestilencia Yashta,

que era una especie de hongo verde que se comía los huesos del cuerpo, junto con los dientes y las uñas. Pero no debemos temer contagiarnos. Si hay momias en Yoh—Vombis..., las bacterias estarán tan muertas como sus víctimas, después de tantos ciclos de deshidratación planetaria.

El sol se había puesto con una rapidez sorprendente, como si hubiese desaparecido por medio de una especie de prestidigitación, más que por el proceso normal de su puesta. Sentimos al instante el frío del verdiazul ocaso; y el éter sobre nosotros era como una enorme cúpula transparente de hielo sin sol salpicado con un millón de brillos apagados que eran las estrellas. Nos pusimos nuestras capas y nuestros gorros de piel marciana, que siempre debíamos llevar por la noche; y, dirigiéndonos al oeste de las murallas, establecimos nuestro campamento a su socaire, para estar un poco protegidos del *jaar*, el cruel viento del desierto que siempre sopla antes del alba. Entonces, encendiendo las lámparas de alcohol, que habían sido traídas con propósitos culinarios, agrupamos en torno a ellas mientras la cena era preparada y consumida.

Después, por comodidad más que por cansancio, nos retiramos pronto a nuestros sacos de dormir; y los dos aihais, nuestros guías, se envolvieron en los pliegues de sus telas de *bassa*, semejantes a mortajas, que es toda la protección que sus pieles correosas parecen necesitar, incluso a temperaturas por debajo de cero.

Hasta dentro de mi gordo saco, de forro doble, notaba el rigor del aire de la noche; y estoy seguro de que fue esto, más que ninguna otra cosa, lo que me mantuvo despierto mucho rato e hizo mi eventual reposo algo intranquilo e interrumpido. En cualquier caso, no estaba preocupado ni por el menor presagio de alarma o peligro; y me habría reído ante la idea de que algo peligroso podía acechar en Yoh—Vombis, entre cuya pasmosa e insospechable antigüedad, los propios fantasmas de sus muertos habían de haberse desvanecido en la nada hacía mucho tiempo.

Debí quedarme adormecido una y otra vez, con intervalos de estar despierto a medias. Por fin, durante uno de estos intervalos, fui vagamente consciente de que las lunas gemelas, Fobos y Deimos, proyectaban enormes y alargadas sombras sobre las torres sin techo; sombras que casi tocaban las formas brillantes y embozadas de mis compañeros.

Toda la escena estaba encerrada en una tranquilidad pétrea, y ninguno de los durmientes se revolvió. Entonces, cuando mis párpados estaban a punto de cerrarse, recibí una impresión de movimiento desde la oscuridad congelada; y me pareció que una parte de la sombra delantera se había separado y se arrastraba en dirección a Octave, que descansaba más cerca de las ruinas que los demás.

Incluso a través de mi pesado letargo, me sentí molesto por una advertencia de algo antinatural y tal vez ominoso.

Empecé a incorporarme, y, mientras me movía, el objeto umbrío, lo que quiera que fuese, retrocedió y se mezcló de nuevo con la sombra más grande. Su desaparición me sorprendió despertándome por completo; y, con todo, no podía estar seguro de haber visto la cosa. En aquel breve vistazo final me había parecido como un trozo de tela o cuero, toscamente circular, oscuro y arrugado, de diez o doce pulgadas de diámetro, que corría por el suelo doblándose como un gusano, plegándose y estirándose de una manera sorprendente mientras avanzaba.

No volví a dormirme en casi una hora; y, de no haber sido por el frío extremo, me habría levantado, indubitablemente, e investigado para asegurarme si había contemplado un objeto de una naturaleza tan fuera de lo común o si sencillamente lo había soñado. Pero me convenció, más y más, que se trataba de algo demasiado improbable y fantástico como para haber sido otra cosa que el producto de un sueño. Y, por fin, comencé a cabecear con un sueño ligero.

Me despertó el suspiro, gélido y demoniaco, del *jaar* a través de las paredes melladas, y vi que la débil luz de la luna había recibido la ascensión incolora de un alba temprana. Todos nos levantamos y preparamos nuestros desayunos con dedos que se quedaban atontados a pesar de las lámparas de alcohol.

Mi rara experiencia visual de la noche había adquirido, más que nunca, una irrealidad fantasmagórica; y no le dediqué más que un pensamiento pasajero y no se la mencioné a los otros. Estábamos ansiosos por comenzar nuestras exploraciones; y, un poco más tarde de la puesta de sol, comenzamos nuestro paseo inicial de examen.

Por extraño que pareciese, los dos marcianos se negaron a acompañarnos; impasibles y taciturnos, no ofrecieron una razón explícita, pero, evidentemente,

nada les induciría a entrar en las ruinas de Yoh—Vombis. Si estaban o no asustados de las ruinas, fuimos incapaces de establecerlo; sus caras enigmáticas, con sus pequeños ojos oblicuos y enormes fosas nasales abiertas, no traicionaban ni miedo ni ninguna otra emoción comprensible al hombre. Como respuesta a nuestras preguntas, simplemente dijeron que ningún aihai había puesto el pie entre las ruinas desde hacía mucho tiempo. Aparentemente, había algún tabú misterioso relacionado con aquel lugar.

Como equipo en aquel paseo preliminar, nos llevamos tan sólo dos linternas eléctricas y una palanca de hierro. Nuestras otras herramientas, y algunos cartuchos de explosivo de alta potencia, los reservábamos para emplearlos más tarde, en caso de que resultasen necesarios una vez que hubiésemos explorado el terreno. Uno o dos llevábamos armas automáticas; pero éstas también fueron dejadas atrás, porque parecía absurdo imaginar que alguna forma de vida sería encontrada entre las ruinas.

Octave estaba visiblemente nervioso al comenzar nuestra inspección; y mantuvo un fuego constante de comentarios y exclamaciones. El resto de nosotros estuvo tranquilo y silencioso; era imposible apartar el sombrío temor y el asombro que nos provocaban aquellas piedras megalíticas.

Avanzamos alguna distancia por entre los edificios triangulares con terrazas, siguiendo las calles en zigzag que correspondían a esta peculiar arquitectura. La mayoría de las torres estaba, más o menos, en ruinas; y, por todas partes, vimos la profunda erosión ocasionada por ciclos de viento soplando y por la arena que, en muchos casos, había gastado, redondeándolos, los ángulos afilados de los poderosos muros. Entramos en algunas de las torres, pero encontramos en su interior el más completo vacío. Lo que quiera que hubiesen contenido a manera de mobiliario debía haberse deshecho en el polvo hacía mucho tiempo; y el viento había sido soplado lejos por las inquisitivas galernas del desierto.

Al cabo, llegamos al muro de una vasta terraza, tallada de la propia meseta. En esta meseta, los edificios centrales estaban agrupados en una especie de acrópolis. Un tramo de escaleras, comidas por el tiempo, diseñadas para miembros más largos que los de los hombres o incluso de los larguiruchos marcianos modernos, permitía el acceso a la plataforma tallada.

Parádonos, decidimos retrasar nuestra investigación de los edificios superiores, los cuales, más expuestos que los demás, se hallaban doblemente ruinosos y estropeados, y lo más probable es que poco tuviesen que ofrecernos como recompensa a nuestros esfuerzos. Octave había comenzado a expresar su desilusion ante nuestro fracaso a la hora de encontrar un artefacto que arrojase alguna luz sobre la historia de Yoh—Vombis.

Entonces, un poco a la derecha de la escalera, encontramos una entrada en la pared principal, medio bloqueada por antiguos escombros. Detrás del montón de detritus, encontramos el nacimiento de un tramo de escaleras descendentes. De la abertura salía oscuridad, mustia con la primordial estancación de la podredumbre; y no podíamos ver por debajo del primer escalón, que daba la impresión de estar suspendido sobre una sima negra.

Arrojando el rayo de su linterna en el abismo, Octave comenzó a descender por las escaleras. Su ansiosa voz nos llamó para que le siguiésemos.

Al fondo de los altos y difíciles escalones, encontramos una cripta larga y amplia, como un salón subterráneo. Su suelo tenía una profunda capa de polvo de antigüedad inmemorial. El aire estaba singularmente cargado, como si los restos de una antigua atmósfera, menos tenue que la del Marte de hoy, se hubiesen acomodado y quedado en aquella oscuridad estancada. Era más difícil de respirar que el aire exterior; estaba lleno de efluvios desconocidos, y el ligero polvo se levantaba ante nosotros a cada paso, difundiendo un leve olor de corrupción pasada, como el polvo de momias maceradas.

Al fondo de la cripta, ante un tramo de escaleras que se levantaban, nuestras linternas mostraron una inmensa urna o cuenco hueco, apoyado en unas piernas cortas con forma de cubo, y hecho con un material apagado de color verde negruzco. En su fondo descubrimos un depósito de fragmentos oscuros parecidos a cenizas, que daban un leve pero desagradable olor pungente, como el fantasma de otro olor más poderoso. Octave, inclinándose sobre el borde, empezó a toser y estornudar al inhalarlo.

—Ese material, lo que quiera que fuese, debió ser un fumigante bastante fuerte —comentó—. La gente de Yoh—Vombis debió usarlo para desinfectar estas criptas.

El umbral detrás de la urna hueca nos admitió a una habitación más grande cuyo suelo estaba relativamente libre de polvo. Encontramos que la oscura

pedra debajo de nuestros pies estaba marcada con dibujos geométricos multiformes, dibujados con piedra ocre, entre los cuales, como en las cartelas egipcias, había incluidos jeroglíficos y dibujos altamente formalizados. Poco podíamos interpretar de la mayoría de ellos, pero las figuras que muchos contenían estaban sin duda diseñadas para representar a los propios yorhis. Como los aihais, eran altos y angulosos, con grandes pechos como fuelles. Las orejas y las fosas nasales no eran tan enormes como las de los marcianos modernos, hasta el punto que podíamos juzgar.

Todos estos yorhis estaban representados desnudos; pero en una de las cartelas, realizada con un estilo más apresurado que las demás, nos fijamos en dos figuras cuyos cráneos, altos y cónicos, estaban envueltos en una especie de turbantes, los cuales parecían estar a punto de quitarse o de ajustar. El artista había dado un especial énfasis al gesto con el que los sinuosos dedos, de cuatro articulaciones, estaban tirando de estos tocados; y toda la postura parecía extrañamente contorsionada.

Naciendo de la segunda cripta, había pasadizos que se ramificaban por todas direcciones, conduciendo a un verdadero dédalo de catacumbas. Aquí enormes urnas panzudas del mismo material que el cuenco de fumigar, pero más altas que la cabeza de un hombre y equipadas con tapaderas de asas angulares, estaban alineadas en filas solemnes a lo largo de las paredes, dejando escaso espacio para que dos de nosotros pasásemos andando juntos. Cuando conseguimos quitar una de las enormes tapas, vimos que la jarra estaba llena hasta el borde con cenizas y fragmentos de hueso incinerado. Indubitablemente (como es todavía la costumbre marciana), los yorhis habían guardado los restos incinerados de familias enteras en una única urna.

Incluso Octave guardó silencio mientras continuábamos, y una especie de pasmo meditativo pareció sustituir su anterior nerviosismo. El resto de nosotros, creo, nos sentíamos aplastados como un solo hombre por la sólida oscuridad y la antigüedad que desafiaba la imaginación, en la cual parecía que nos introducíamos más a cada paso.

Las sombras temblaban a nuestro alrededor como las alas, monstruosas y deformes, de murciélagos fantasmas. Por todas partes no había nada más que el polvo atomizado de las edades, y las jarras que contenían las cenizas de un pueblo largo tiempo extinto. Pero, pegada al techo alto en una de las criptas

siguientes, vi una mancha, oscura y arrugada, de forma circular, como un hongo marchito. Era imposible alcanzar la cosa, y continuamos, después de mirarla, haciendo muchas conjeturas inútiles. Por extraño que parezca, no conseguí recordar en aquel momento el oscuro objeto que había visto, o con el que había soñado, la noche antes.

No tengo ni idea de la distancia que habíamos recorrido cuando llegamos a la última cripta; pero parecía que habíamos estado vagabundeando durante años por aquel olvidado mundo subterráneo. El aire se estaba volviendo más asqueroso e irrespirable, con una cualidad densa, empapada, como procedente de un sedimento de podredumbre material; y casi habíamos decidido dar la vuelta. Entonces, sin previo aviso, al final de una larga catacumba, con urnas alineadas, nos encontramos frente a frente con una pared lisa.

Aquí nos topamos con uno de nuestros descubrimientos más extraños y el más desconcertante..., una figura momificada, e increíblemente desecada, de pie junto a la pared. Tenía más de siete pies de estatura, era de un color marrón bituminoso y estaba completamente desnuda a no ser por una especie de capucha negra que cubría la parte superior de su cabeza y caía en pliegues arrugados a los lados. Por su tamaño y contorno generales, era claramente uno de los antiguos yorhis..., quizá el único miembro de su raza cuyo cuerpo había permanecido intacto.

Todos sentimos un estremecimiento inexplicable ante la increíble antigüedad de esta cosa encogida, que, en el aire seco de las criptas, había aguantado todas las vicisitudes históricas y geológicas del planeta, para proporcionar un lazo visible con ciclos perdidos.

Entonces, mientras mirábamos más de cerca con nuestras linternas, vimos *por qué* la momia había conservado una posición vertical.

En los tobillos, rodillas, cintura, hombros y cuello estaba sujeta a la pared por pesadas bandas de metal, tan profundamente gastadas y oscurecidas por una especie de herrumbre, que no habíamos conseguido distinguirlas a primera vista de las sombras.

La extraña capucha sobre la cabeza, al examinarla más de cerca, seguía confundiéndonos. Estaba cubierta de una pelusa, como moho, tan sucia y

polvorienta como antiguas telarañas. Algo respecto a ella, no sabría decir qué, resultaba repugnante y vomitivo.

—¡Vive Dios! ¡Este es un auténtico hallazgo! —exclamó Octave mientras acercaba su linterna al rostro momificado, donde las sombras se movían como seres vivientes en las cuencas de los ojos profundas como la brea, y en las enormes fosas nasales triples y anchas orejas de soplillo que se despegaban por debajo de la capucha.

Sujetando aún la linterna, levantó la mano libre y tocó el cuerpo con mucha delicadeza. A pesar de lo delicado que fue su tacto, la parte inferior del tronco de barril, las piernas, las manos y los antebrazos, todos comenzaron a pulverizarse dejando la cabeza, la parte superior del tronco y los brazos colgando aún de las argollas de metal. El proceso de deterioro había sido extrañamente desigual, porque las porciones restantes no daban señal alguna de desintegración.

Octave gritó desalentado, y entonces comenzó a toser y a estornudar, mientras la nube de polvo marrón, flotando liviana como el aire, le envolvía. Los demás retrocedimos para evitar el polvo. Entonces, por encima de la nube que se extendía, vi algo increíble. La capucha negra sobre la cabeza de la momia empezó a encogerse y a hacer movimientos nerviosos hacia arriba en las esquinas, se retorció con un movimiento verminoso, cayó del cráneo encogido, pareciendo doblarse y desdoblarse de manera convulsiva en mitad del aire mientras caía.

Entonces, descendió sobre la cabeza desnuda de Octave, quien, en su desconcierto ante la desintegración de la momia, se había quedado de pie cerca de la pared. En ese instante, con un espasmo de repentino terror, recordé la cosa que se había arrastrado desde las sombras de Yoh—Vombis a la luz de las lunas gemelas, y que había retrocedido como un fragmento de mis sueños ante los primeros movimientos de mi despertar.

Agarrándose fuertemente como una tela ceñida, la cosa envolvió el pelo, la frente y los ojos de Octave, y él gritó salvajemente, con incoherentes peticiones de ayuda, y tiró con dedos frenéticos de la capucha, pero no consiguió aflojarla. Entonces, sus gritos empezaron a ascender en un loco crescendo de agonía, como si estuviese bajo el instrumento de alguna tortura infernal; y bailaba y daba saltos ciegamente por la cripta, evitándonos con extraña rapidez cuando

saltábamos adelante en un esfuerzo para alcanzarle y liberarle de su extraño estorbo.

Todo el acontecimiento resultaba tan misterioso como una pesadilla; pero la cosa que había caído sobre su cabeza era claramente una forma de vida marciana sin clasificar que, contrariamente a todas las leyes de la ciencia, había sobrevivido en aquellas catacumbas de antigüedad primordial. Debíamos, si podíamos, rescatarle de sus garras.

Intentamos aproximarnos a la figura frenética de nuestro jefe..., que en el espacio, lejos de amplio, entre las últimas urnas y la pared, debería haber sido un asunto fácil. Pero, alejándose, de una manera doblemente incomprensible a causa de su situación de tener los ojos tapados, nos rodeó y se alejó, desapareciendo entre las urnas hacia la parte exterior del laberinto de catacumbas entrecruzadas.

—¡Dios mío! ¿Qué le ha sucedido? —exclamó Harper—. Este hombre actúa como si estuviese poseído.

No había tiempo, evidentemente, para ponerse a discutir el enigma, y todos perseguimos a Octave tan de prisa como nuestra sorpresa nos lo permitió. Le habíamos perdido de vista en medio de la oscuridad; y, cuando llegamos a la primera división de las criptas, estábamos dudando qué pasadizo habría tomado, hasta que escuchamos un grito agudo, repetido varias veces, en una catacumba que estaba muy a la izquierda. Había una extraña cualidad ultraterrena en aquellos gritos, que podría haber sido producida por el aire largamente estancado, o por las peculiares condiciones acústicas de las cavernas que se ramificaban. Pero, de alguna manera, no podía imaginármelos partiendo de labios humanos..., por lo menos, no los de un hombre viviente. Tenían una cualidad agónica, mecánica y sin alma, como si hubiesen sido arrancados de un cadáver empujado por los demonios.

Precedidos por las luces de nuestras linternas en las sombras agazapadas, fugitivas, corrimos entre las filas de grandes urnas. Los gritos se habían apagado en el silencio sepulcral; pero en la distancia escuchamos el sonido ligero y apagado de pies que corrían. Continuamos en una precipitada persecución; pero, jadeando dolorosamente en el aire viciado, infecto, pronto nos vimos obligados a aflojar el paso sin tener a nuestra vista a Octave. Muy débilmente, más lejos que nunca, escuchamos, como los pasos de un

fantasma que se hubiese tragado la tumba, sus pasos, que desaparecían. Entonces, se detuvieron; y no escuchamos nada que no fuese nuestro aliento convulso, y la sangre que latía en nuestras sienes como tambores de alarma continuamente resonantes.

Continuamos, dividiendo nuestro grupo en tres contingentes, cuando llegamos a una triple división de las cavernas. Harper, Halgren y yo tomamos el pasaje del medio, y, después de que hubiésemos recorrido un intervalo infinito sin encontrar señal de Octave, y nos hubiésemos abierto camino por cavidades enormes repletas hasta el techo de urnas colosales que deben haber contenido las cenizas de cien generaciones, llegamos a una cámara enorme con dibujos geométricos en el suelo. Aquí, tras un breve rato, se reunieron con nosotros los demás, que, igualmente, habían fracasado en encontrar a nuestro desaparecido líder.

Sería inútil relatar nuestra renovada búsqueda de una hora de duración a lo largo de la miríada de criptas, muchas de las cuales no habíamos explorado hasta ese momento. Todas estaban vacías, en lo que respecta a vida. Recuerdo haber pasado una vez más por la cripta en la que había visto la mancha redonda en el techo, y haber notado con un escalofrío que la mancha había desaparecido. Fue un milagro que no nos perdiésemos en aquel laberinto subterráneo; pero al cabo alcanzamos de nuevo la cripta final en la que habíamos encontrado la momia encadenada.

Escuchamos un estrépito recurrente a intervalos regulares mientras nos aproximábamos a aquel lugar..., un sonido de lo más alarmante y desconcertante considerando las circunstancias. Era como el martilleo de los duendes en un olvidado mausoleo. Cuando nos aproximamos, los rayos de nuestras antorchas pusieron al descubierto una visión que no era menos inesperada que sorprendente. Una figura humana, con su espalda vuelta hacia nosotros, y la cabeza oculta por un objeto negro hinchado que había adquirido el tamaño y la forma de un almohadón de sofá, estaba de pie, junto a los restos de la momia, golpeando la pared con una barra de hierro puntiaguda. Cuánto tiempo había estado allí Octave y dónde había encontrado la barra, no podíamos saberlo. Pero la pared lisa se había deshecho bajo sus furiosos golpes, dejando en el suelo un montón de fragmentos parecido al cemento; y

una pequeña y estrecha puerta, del mismo material ambiguo que las urnas funerarias y el cuenco de fumigación, había quedado al descubierto.

Sorprendidos, inciertos, confusos de una manera inexpresable, todos éramos incapaces de acción y voluntad en aquel momento. Todo el asunto resultaba demasiado fantástico y horripilante, y estaba claro que Octave había sido dominado por alguna especie de locura. Por lo menos yo, sentí un violento espasmo de repentina náusea cuando identifiqué la cosa, repugnantemente hinchada, que se pegaba a la cabeza de Octave y se reclinaba en obscena tumescencia sobre su cuello. No me atrevo a hacer suposiciones sobre la causa de su hinchazón.

Antes de que ninguno de nosotros pudiese recobrar sus facultades, Octave arrojó a un lado la barra de metal y empezó a tantear buscando algo en la pared. Debía ser algún muelle oculto; aunque cómo podía haber conocido su situación y su existencia queda más allá de cualquier conjetura legítima. Con un apagado, y terrible, sonido chirriante, la puerta descubierta se abrió hacia adentro, ancha y pesada como la puerta de un mausoleo, descubriendo una apertura desde la cual la más profunda medianoche parecía manar como un torrente de podredumbre enterrada durante evos.

De alguna manera, en aquel instante, nuestras linternas eléctricas temblaron y se volvieron más débiles; y todos respiramos un hedor sofocante, como procedente de mundos de inmemorial putrescencia.

Ahora, Octave se había dado la vuelta hacia nosotros, y permanecía de pie sin hacer nada junto a la puerta abierta, como alguien que hubiese terminado una tarea prescrita. Fui el primero de nuestro grupo en librarse del hechizo paralizante, y, sacando mi navaja —lo único parecido a un arma que transportaba—, corrí hacia él. Retrocedió, pero no lo bastante deprisa como para evitarme, cuando hundí la hoja de cuatro pulgadas en la negra masa tumescente que había envuelto la parte superior de su cabeza y colgaba sobre sus ojos.

Lo que fuese la cosa, prefiero no imaginármelo... aunque pudiese hacerlo. Era tan informe como una gran sanguijuela, sin cabeza ni cola ni órganos visibles..., una cosa inflada, sucia y correosa, cubierta con esa pelusilla como moho que he mencionado antes. El cuchillo la desgarró como si fuese pergamino podrido, y el horror pareció colapsarse como un globo deshinchado.

De él, se escapó un torrente nauseabundo de sangre humana, mezclada con masas oscuras hiladas que podrían haber sido pelo medio disuelto, y trozos flotantes gelatinosos como hueso derretido, y restos de una sustancia blanca coagulada. En el mismo momento, Octave empezó a tambalearse y se cayó cuan largo era sobre el suelo. Revuelto por su caída, el polvo de la momia se levantó en una nube que se retorció, debajo de la cual él descansó con una quietud mortal.

Venciendo mi asco, y ahogándome a causa del polvo, me incliné sobre él y arranqué el flácido horror purulento de su cabeza. Salió con una facilidad inesperada, como si estuviese quitando un trapo lacio; pero juro por Dios que preferiría haberlo dejado como estaba. Debajo, ya no era un cráneo humano, porque todo había sido devorado, incluyendo las cejas, y el cerebro medio devorado quedó al descubierto cuando levanté el objeto como una tapadera. Dejé caer la cosa innominable de dedos que habían perdido repentinamente su fuerza, y se dio la vuelta al caer, revelando el lado interior de muchas hileras de ventosas rosadas, colocadas en círculos en torno a un pálido disco que sugería una especie de plexo.

Mis compañeros se habían amontonado en torno a mí; pero, durante un rato apreciable, ninguno habló.

—¿Cuánto tiempo supones que lleva muerto? —fue Halgren quien susurró la terrible pregunta, que todos nos habíamos estado haciendo a nosotros mismos. Aparentemente, nadie se sentía dispuesto, o capaz, de contestarla; y tan sólo éramos capaces de contemplar a Octave en un estado de horrible fascinación intemporal.

Al cabo, hice un esfuerzo para apartar la mirada; y, volviéndola al azar, me fijé en los restos de la momia encadenada y noté, por primera vez, con un horror mecánico e irreal, el estado, devorado a medias, de la cabeza encogida. De esto, mi vista se volvió a la puerta recientemente abierta a un lado, sin darme cuenta, por un momento, de qué era lo que había llamado mi atención. Entonces, sorprendido, contemplé bajo el rayo de mi linterna, lejos de la puerta, como en una sima exterior, un movimiento de sombras que se arrastraban bullicioso, multitudinario, vermiforme. Parecían hervir en la oscuridad; y entonces, sobre el ancho umbral de la puerta, se vertió la vermiforme vanguardia de un incontable ejército: cosas que eran parientes de la

monstruosa y diabólica sanguijuela que había arrancado de la cabeza devorada de Octave. Algunas eran delgadas y lisas, como discos de tela o cuero que se doblasen y se retorciesen, y otras eran más o menos hinchadas, y se arrastraban con un lento hartazgo. Qué habían encontrado para alimentarse en aquella medianoche sellada, no lo sé; y rezo para no saberlo nunca.

Salté apartándome de éstas, electrificado por el terror, enfermo de asco, y el negro ejército se acercaba incesantemente, pulgada a pulgada, con una velocidad de pesadilla, desde aquel abismo abierto, como el nauseabundo vómito de un infierno harto de horrores. Mientras se vertían hacia nosotros, ocultando de la vista el cuerpo de Octave bajo una ola temblorosa, vi un resto de vida en la cosa, aparentemente muerta, que había tirado, y vi el horrible esfuerzo que hacía para curarse y unirse a las demás.

Pero ni yo ni mis compañeros podíamos soportar seguir mirando más tiempo. Nos dimos la vuelta y echamos a correr entre las filas de grandes urnas, con la masa de sanguijuelas demoniacas arrastrándose cerca de nosotros, y nos dividimos, presas de un pánico ciego, cuando llegamos a la primera división de las criptas. Sin hacer caso los unos de los otros, ni de ninguna otra cosa que no fuese la urgencia de nuestra fuga, nos adentramos al azar en los pasajes que se ramificaban.

Detrás de mí, escuché cómo alguien tropezaba y caía, con una maldición que aumentó hasta un loco aullido; pero sabía que, si me paraba y retrocedía, solo serviría para atraer sobre mí la misma maligna condena que había alcanzado al último de nuestro grupo.

Agarrando aún mi linterna eléctrica y mi navaja abierta, corrí a lo largo de un pasaje menor, el cual, creía recordar, más o menos directamente, daba a la gran cripta exterior con el suelo pintado. Allí me encontré solo. Los otros habían seguido las catacumbas principales; y podía escuchar a o lejos un apagado Babel de locos gritos, como si varios de entre ellos hubiesen sido atrapados por sus perseguidores.

Parecía que debía haber estado equivocado respecto a la dirección del pasaje; porque se daba la vuelta y giraba de una manera que no me resultaba familiar, con muchas intersecciones, y al punto me encontré desorientado en medio del negro laberinto, donde el polvo había descansado inalterado por pies

vivientes durante incontables generaciones. El laberinto cinerario había quedado de nuevo en silencio; y escuché mis propios frenéticos jadeos, elevados y estertóreos como los de un titán en medio de un silencio de muerte.

Repentinamente, mientras continuaba, mi linterna iluminó una figura humana dirigiéndose hacia mí en la oscuridad. Antes de que pudiese dominar mi sorpresa, la figura había pasado junto a mí y se había alejado con grandes zancadas mecánicas, como si regresase a las criptas interiores. Creo que era Harper, ya que la estatura y la constitución correspondían; pero no estoy completamente seguro, porque los ojos y la parte de la cabeza estaban ocultos por la oscura e inflada capucha; y los pálidos labios estaban encajados como en el silencio de una tortura tetánica... o de la muerte. Quienquiera que fuese, había dejado caer su linterna; y estaba corriendo a ciegas, bajo el impulso de aquel vampirismo ultraterreno, buscando la auténtica fuente de aquel horror desencadenado. Sabía que él estaba más allá de la ayuda humana; y ni siquiera imaginé intentar detenerle.

Temblando violentamente, reemprendí mi huida, y fui adelantado por dos más de nuestro grupo, andando con paso majestuoso con aquella rapidez y seguridad mecánicas, encapuchados con aquellas satánicas sanguijuelas. Los otros debieron regresar por los pasajes principales; porque no me encontré con ellos y nunca más volvería a verlos.

El resto de mi huida es una confusión de terror infernal. Una vez más, después de creer que me encontraba cerca de la cripta exterior, me encontré perdido, y escapé durante una eternidad de filas de urnas monstruosas, por criptas que debían extenderse por una distancia desconocida más allá de nuestras exploraciones. Parecía que había estado allí durante años; y mis pulmones estaban ahogándose con aquel aire muerto durante evos, y mis piernas estaban preparadas para deshacerse debajo de mí, cuando vi, en la distancia, un punto de bendita luz del día. Corrí hacia éste, con todos los horrores de la extraña oscuridad agrupándose detrás mío, y sombras malditas moviéndose ante mí, y vi que la cripta terminaba en una entrada baja, en ruinas, con escombros esparcidos sobre los que caía un débil arco de luz.

Era una entrada distinta a aquella por la que habíamos penetrado en este letal mundo subterráneo. Me encontraba a unos doce pies de la entrada cuando, sin emitir sonido u otro aviso, algo cayó sobre mi cabeza desde el

techo, cegándome inmediatamente y cerrándose en torno a mí como una red tensa. Sentí en mi frente y en mi cuero cabelludo, al mismo tiempo, un millón de dolores como de agujas..., una múltiple y siempre creciente agonía que parecía atravesar el mismo hueso y converger desde todos lados al interior de mi cerebro.

El terror y el sufrimiento de aquel momento fueron peores que nada que puedan contener los infiernos de la locura y el delirio mundanos. Sentí la zarpa repugnante, vampírica, de una muerte atroz... y de algo más que la muerte. Creo que dejé caer la linterna; pero los dedos de mi mano derecha aún conservaban la navaja abierta. Instintivamente —ya que apenas era capaz de movimientos voluntarios—, levanté el cuchillo y lo blandí ciegamente, una y otra vez, muchas veces, en la cosa que había sujetado sus mortíferos pliegues en torno mío. La hoja debió atravesar la monstruosidad colgante para desgarrar mi propia carne en una docena de sitios; pero no sentí el dolor de aquellas heridas en el tormento, de un millón de latidos, que me poseía.

Por fin, vi la luz y observé que una cinta negra, aflojada de encima de mis ojos y goteando con mi propia sangre, estaba colgando sobre mis mejillas. Se retorció un poco, incluso mientras colgaba, y desgarré los otros restos de la cosa, jirón tras purulento jirón, de mi frente y mi cabeza. Entonces, me tambaleé hacia la entrada; y la pálida luz se convirtió en una llama bailarina, lejana y alejándose mientras daba un traspiés y salía de la caverna..., una llama que escapó como la última estrella de la Creación sobre el caos, abierto y deslizante, sobre el que descendió...

Se me ha informado de que mi inconsciencia fue de breve duración. Recuperé el sentido, con las caras crípticas de los dos guías marcianos inclinadas sobre mí. Mi cabeza estaba llena de dolores lacerantes, y terrores recordados a medias se cerraban sobre mi mente como las sombras de arañas que se reúnen. Me revolví y miré a la boca de la caverna, desde la cual los marcianos, después de encontrarme, me habían arrastrado durante alguna distancia pequeña. La boca estaba debajo del ángulo de la terraza de uno de los edificios exteriores, y a la vista de nuestro campamento.

Miré la negra apertura con una terrible fascinación, y noté un movimiento vago entre las sombras..., el retorcido y vermiforme movimiento de algo que avanzaba en la oscuridad pero que no emergía a la luz. Sin duda, no podían

soportar la luz, estas criaturas de la noche subterránea y de la corrupción sellada durante ciclos.

Fue entonces cuando el horror definitivo, el nacimiento de la locura, llegó a mí. En medio de mi escalofriante asco, mi deseo de huir provocado por la náusea de escapar de aquella bulliciosa boca de la cueva, se despertó un impulso odiosamente conflictivo de regresar; de recorrer mi camino de regreso por todas las catacumbas como los demás habían hecho; de descender donde ningún hombre excepto ellos, los inconcebiblemente condenados y malditos, había ido; de buscar, bajo aquella maldita compulsión, un mundo subterráneo que el pensamiento humano no puede concebir. Había una luz negra, una llamada insonora, en las profundidades de mi cerebro; la llamada implantada por la Cosa, como un veneno penetrante y mágico. Me atraía a la puerta subterránea que fue tapiada por la gente agonizante de Yoh—Vombis, para encerrar esas infernales e inmortales sanguijuelas que unen su propia vida abominable a los cerebros medio devorados de los muertos. Me llamaba a las profundidades remotas, en donde habitan aquellos apestosos, nigrománticos, de quienes las sanguijuelas, con todo su poder vampírico y diabólico, no son sino los menores sirvientes...

Fueron sólo los dos aihais los que me impidieron regresar. Me revolví, luché locamente contra ellos mientras me sujetaban con sus brazos esponjosos; pero debía estar bastante agotado a causa de todas las aventuras sobrehumanas de aquel día; y volví a desplomarme, al cabo de un rato, en una nada insondable, saliendo de la cual floté a largos intervalos, para darme cuenta de que estaba siendo acarreado a través del desierto en dirección a Ignarh.

Bien, ésta ha sido mi historia. He intentado contarla por completo y coherentemente a un precio que resultaría inconcebible para alguien cuerdo... Contarla antes de que la locura descienda de nuevo sobre mí, como lo hará muy pronto..., como lo está haciendo ahora... Sí, os he contado mi historia... y vosotros la habéis escrito toda, ¿no? Ahora debo regresar a Yoh—Vombis, regresar por el desierto y bajar por las catacumbas a las criptas más amplias que están debajo. Hay algo en mi cerebro que me lo ordena y que me guiará..., os lo digo, debo ir...

POSDATA

Como interno en el hospital terrestre de Ignarh, tuve a mi cargo el caso singular de Rodney Severn, el único miembro superviviente de la expedición Octave a Yoh—Vombis, y tomé nota de la narración anterior siguiendo su dictado. Severn había sido transportado al hospital por los guías marcianos de expedición. Sufría de unas condiciones de horrible desgarro e inflamación en frente y cuero cabelludo, así como de un delirio extremo durante parte del tiempo, y tenía que ser atado a la cama durante los recurrentes ataques de una locura frenética que resultaba doblemente inexplicable a la vista de su extrema debilidad.

Los desgarros, como se habrá desprendido de la narración, eran principalmente autoinfligidos. Estaban mezclados con numerosas heridas pequeñas redondas, fáciles de distinguir de los desgarramientos del cuchillo, y situadas en círculos regulares. A través de éstas, un veneno desconocido había sido inyectado en el cuero cabelludo de Severn. La causa de estas heridas es difícil de explicar; a no ser que uno considere que la narración de Severn es cierta, y no se trata de una simple invención de su enfermedad.

Hablando en nombre propio, a la luz de lo que más tarde ocurrió, considero que no tengo otra salida que creerlo. Hay cosas extrañas en el planeta rojo; y tan sólo puedo secundar el deseo que fue expresado por el arqueólogo condenado en relación a futuras exploraciones.

La noche siguiente a que hubiese terminado de contarme su historia, mientras otro doctor que no era yo mismo estaba de guardia, Severn consiguió escaparse del hospital, sin duda durante uno de los extraños ataques que he mencionado; una cosa de lo mas sorprendente, porque parecía más débil que nunca, después del largo esfuerzo de su terrible narración, y su fallecimiento se esperaba de hora en hora.

Aún mas sorprendente, sus pisadas desnudas fueron encontradas en el desierto, dirigiéndose a Yoh—Vombis; hasta que desaparecieron en el curso de una leve tormenta de arena; pero ningún resto del propio Severn ha sido descubierto todavía.

The Vaults of Yoh—Vombis, X—1931
(Weird Tales, V—32. Out Of Space And Time, V—42)

Trad. Arturo Villarubia
Los Mundos Perdidos (A Rendezvous In Averoine, 1988)
Icaro, 22
EDAF 1991

SIEMBRA DE MARTE

SEGÚN UN ARGUMENTO DE E. M. JOHNSTON

CLARK ASHTON SMITH

FUE EN EL OTOÑO de 1947, tres días antes del encuentro de balompié anual entre Stanford y la Universidad de California, cuando el extraño visitante procedente del espacio exterior aterrizó en mitad del enorme estadio en Berkeley donde debía celebrarse el encuentro.

Descendiendo con una curiosa intención, fue visto y señalado por multitudes en los pueblos que bordean la bahía de San Francisco, en Berkeley, en Oakland, en Alameda y en el propio San Francisco. Brillando con una luz rojiza, de un tono cobre dorado, flotó descendiendo desde un cielo azul celeste sin nubes, dejándose caer en una especie de lenta espiral sobre el estadio. Era completamente diferente de cualquier otro tipo de nave aérea y tenía casi cien pies de longitud.

La forma general era ovoide, y, más o menos, angular, con una superficie dividida en docenas de planos distintos, además de muchas escotillas, con forma de diamante, de un material de color purpúreo, diferente del que se había empleado para construir el cuerpo de la nave. Incluso a primera vista, sugería el genio inventivo y la artesanía de un mundo extraterrestre, de una gente cuyas ideas sobre la simetría mecánica habían sido condicionadas por necesidades evolutivas y por sentidos y facultades distintos de los nuestros.

Sin embargo, cuando la extraña nave hubo aterrizado en el anfiteatro, muchas teorías conflictivas en relación a su origen y a su propósito se propagaron por los pueblos de la bahía. Había quien temía la invasión de algún enemigo extranjero, y quien pensó que la extraña nave era la vanguardia de algún ataque, planeado durante mucho tiempo, desde los soviets de Rusia y China, o incluso desde Alemania, cuyas intenciones eran aún sospechosas, y muchos de entre los que postulaban un origen ultraplanetario estaban también preocupados, considerando que quizá el visitante fuese hostil, y podría señalar el comienzo de alguna incursión desde otros mundos.

Mientras tanto, completamente inmóvil y en silencio, y sin signos de vida o de ocupación, la nave reposaba sobre el estadio, donde las multitudes empezaron a amontonarse para mirarla. Estas multitudes, sin embargo, fueron pronto dispersadas por orden de las autoridades civiles, ya que la naturaleza e intenciones del extraño eran tan indeclaradas como sospechosas. El estadio fue cerrado al público; y, para el caso de manifestaciones de hostilidad, se montaron nidos de ametralladoras en las gradas superiores con la presencia de una compañía de infantes de marina, y con bombarderos revoloteando preparados para soltar su letal carga sobre la brillante masa cobriza.

El interés más intenso fue sentido por la hermandad científica, y un gran grupo de profesores, de químicos, de metalúrgicos, de astrónomos y de biólogos fue organizado para visitar y estudiar el objeto desconocido. Cuando, a la tarde siguiente a su aterrizaje, los observatorios locales emitieron un boletín indicando que la nave había sido vista acercándose a la Tierra desde el espacio traslunar la noche anterior a su aterrizaje, quedó establecido, más allá de cualquier discusión, el hecho de su génesis no terrestre a los ojos de la mayoría; y la discusión se centró en sobre si había venido de Marte, Venus, Mercurio o uno de los planetas superiores; o si, quizá, se trataba de un vagabundo que procedía de un sistema solar distinto del nuestro.

Pero, por supuesto, los planetas más cercanos eran preferidos en esta discusión por la mayoría, especialmente Marte; porque, según podían determinar los que habían observado con mayor exactitud, la línea de acercamiento de la nave habría formado una trayectoria al planeta rojo.

Durante todo aquel día, mientras hervían las discusiones, mientras números extras con titulares vívidamente especulativos y fantásticos eran editados tanto por la prensa local como por la prensa de todo el mundo civilizado, cuando el sentimiento del público estaba dividido entre el miedo y la curiosidad, y los infantes y pilotos de guardia continuaban expectantes ante signos de posible hostilidad, la nave sin identificar mantenía su silencio e inmovilidad iniciales.

Los telescopios y catalejos estaban fijos sobre ella desde las colinas próximas sobre el estadio; pero incluso éstas mostraban poco en relación a su carácter. Aquellos que la estudiaban vieron que sus ventanas numerosas estaban hechas con algún tipo de material vítreo, más o menos transparente; pero nada se movía detrás de aquél, y las imágenes de rara maquinaria que

permitían ver en el interior de la nave carecían de sentido para los observadores. Una de las ventanas, más grande que las demás, se creía que era una especie de puerta o escotilla; pero nadie se acercó para abrirla; y, detrás de ella, había una extraña fila de bastones inmóviles, muelles y pistones, que impedían ver más lejos.

Fue considerado que sin duda los ocupantes de la nave eran tan cautelosos ante el entorno extraterrestre como las gentes de la bahía ante la nave. Quizá tenían miedo de mostrarse ante los ojos humanos; quizá tenían dudas respecto a la atmósfera terrestre y del efecto que podría tener en ellos; o quizá estaban sencillamente al acecho y planeando algún ataque demoniaco con armas inconcebibles o ingenios de destrucción.

Aparte de los miedos de algunos, y el asombro y las especulaciones de otros, una tercera división de los sentimientos del público comenzó a cristalizarse. En círculos estudiantiles y entre los amantes del deporte, el sentimiento era que la extraña nave se había tomado una libertad inadmisible al ocupar el estadio, especialmente en un momento tan próximo a un acontecimiento deportivo. Circuló una petición para que se retirase, y fue presentada a las autoridades de la ciudad. El gran casco metálico, se sentía, sin importar de dónde procediese o por qué, no debía ser permitido que se interfiriese con algo tan sacrosanto, o de tanta importancia, como un partido de balompié.

Sin embargo, a pesar de la intranquilidad que había creado, la nave se negó a moverse ni siquiera una fracción de pulgada. Muchos empezaron a creer que los ocupantes habían sido aplastados por las circunstancias de su tránsito a través del espacio; o quizá habían muerto, incapaces de soportar la atmósfera y la presión gravitatoria de la Tierra.

Se decidió no acercarse a la nave hasta la mañana del día siguiente, cuando el comité de investigación la visitara. Durante la tarde y la noche, científicos de muchos Estados se dirigieron a California por aeroplano o cohete para llegar a tiempo al acontecimiento.

Se consideró aconsejable limitar el número de miembros de este comité. Entre los sabios afortunados que habían sido seleccionados estaba John Gaillard, astrónomo asistente en el observatorio de Monte Wilson. Gaillard representaba la corriente más radical y libremente especulativa del

pensamiento científico y se había hecho famoso por sus teorías concernientes a la inhabitabilidad de los planetas inferiores, especialmente Marte y Venus. Desde hacía largo tiempo, había defendido la idea de vida inteligente, y altamente desarrollada, en aquellos mundos, y había incluso publicado más de un tratado relativo a estos temas. Su emoción ante la noticia de la extraña nave fue intensa. Era uno de los que habían visto la mota, brillante e inclasificable, en el espacio más allá de la órbita de la luna, a última hora de la noche anterior; y había sentido, incluso entonces, una premonición de su verdadera naturaleza. Otros miembros del grupo también eran de mente libre y abierta, pero ninguno tenía un interés tan vital y profundo como Gaillard.

Godfrey Stilton, profesor de astronomía de la universidad de California, que también estaba en el comité, podía haber sido como la verdadera antítesis de Gaillard en sus ideas y tendencias. Estrecho, dogmático, escéptico de todo aquello que no pudiese demostrarse matemáticamente, despreciativo de todo aquello que quedase fuera de los límites del más estrecho empirismo, era contrario a admitir el origen extraterrestre de la nave, e incluso la posibilidad de vida orgánica en otro mundo que no fuese la Tierra. Varios de sus cofrades pertenecían al mismo tipo intelectual.

Aparte de estos dos hombres y sus compañeros científicos, el grupo incluía tres periodistas, además del jefe de policía local, William Polson, y el alcalde de Berkeley, James Gresham, ya que se consideraba que las fuerzas del gobierno deberían estar presentes. El comité al completo constaba de cuarenta hombres, y cierto número de mecánicos expertos, equipados con sopletes de acetileno e instrumentos de cortar, fueron mantenidos en reserva fuera del estadio para el caso de que fuese necesario abrir la nave a la fuerza.

A las nueve de la mañana, los investigadores entraron en el estadio y se acercaron al objeto brillante multiangular. Muchos sintieron la emoción que acompaña al acercarse a un imprevisible peligro; pero estaban animados por la más viva curiosidad y por sentimientos del más vivo asombro. Gaillard, especialmente, se sentía en presencia de un misterio de más allá de este mundo y se maravilló al acercarse a la masa cobriza dorada, su sentimiento aumentó hasta ser un auténtico vértigo, como sentiría quien contempla las simas insondables de los secretos arcanos y las pasmosas maravillas de un

mundo extraterrestre. Le parecía estar en el mismo borde entre lo concreto y lo inconmensurable, entre lo finito y lo infinito.

Otros del grupo, en un grado menor, estaban poseídos por idéntica emoción. E incluso el duro y poco imaginativo Stilton se sintió algo afectado por un raro nerviosismo, que, con la mentalidad que tenía, atribuyó al tiempo que hacía... o a un toque de su úlcera.

La extraña nave reposaba en una completa tranquilidad, como antes. Los miedos de quienes esperaban a medias una mortífera emboscada se calmaron mientras se acercaban; y las esperanzas de los que contaban con una manifestación amistosa de ocupantes vivos quedaron insatisfechas. El grupo se reunió ante la puerta principal, que, como todas las demás, tenía la forma de un gran diamante. Se levantaba varios pies por encima de sus cabezas en un ángulo del casco; y se quedaron mirando, a través de su transparencia malva, los intrincados mecanismos, coloreados como los ricos paneles de una catedral medieval.

Todos dudaban sobre lo que debía hacerse, porque parecía evidente que los ocupantes de la nave, si estaban vivos y conscientes, no tenían prisa en mostrarse al escrutinio humano. La delegación decidió esperar unos pocos minutos antes de requerir los servicios de los mecánicos que se habían reunido y de sus antorchas de acetileno; y, mientras esperaban, dieron un paseo e inspeccionaron las paredes de metal, que parecían estar hechas con una aleación de cobre y oro rojo, templado a una dureza sobrenatural mediante un proceso desconocido para la metalurgia terrestre. No había signos de unión en la miríada de planos y facetas, y todo el enorme casco, aparte de sus ventanas transparentes, podría haber estado hecho con una sola lámina de la rica aleación.

Gaillard se quedó mirando hacia arriba a la puerta principal, mientras sus compañeros daban vueltas en torno a la nave hablando y discutiendo entre ellos. De alguna manera, tuvo una intuición de que algo extraño y milagroso estaba a punto de suceder, y, cuando la gran puerta comenzó a abrirse lentamente, sin ninguna agencia visible, dividiéndose en dos válvulas que se apartaron a los lados, la emoción que sintió no fue por completo de sorpresa. Tampoco se quedó sorprendido cuando una especie de escalera metálica,

consistente en estrechos escalones que eran poco más que barrotes, descendió paso a paso desde la escotilla hasta el suelo a sus propios pies.

La ventana se había abierto y la escalera se había estirado en silencio, sin el menor crujido o sonido metálico; pero otros, además de Gaillard, se habían fijado en el acontecimiento, y todos se dieron prisa muy excitados y se agruparon ante los escalones.

Contrariamente a sus lógicas expectativas, nadie salió de la nave; y podían ver poco más del interior de lo que había sido visible por las válvulas cerradas. Esperaban a algún exótico embajador de Marte, a algún precioso y raro plenipotenciario de Venus que descendiese por la curiosa escalera; pero el silencio y la soledad de la habilidad mecánica de todo ello resultaban pasmosos. Parecía que la gran nave fuese una entidad viviente, y poseyese cerebro y nervios propios, ocultos en su interior forrado de metal.

La puerta abierta y los escalones representaban una clara invitación, y, después de algunas vacilaciones, los científicos se decidieron a entrar. Algunos todavía estaban temerosos de una trampa; y cinco de los cuarenta hombres decidieron, desconfiados, permanecer fuera; pero todos los demás se sentían atraídos poderosamente por una ardiente curiosidad y por el entusiasmo investigador, y, uno por uno, ascendieron por las escaleras y entraron en la nave.

Encontraron el interior todavía más causante de asombro de lo que lo habían sido las paredes exteriores. Era bastante amplio y se hallaba dividido en varios espaciosos compartimentos, dos de los cuales estaban en el centro de la nave, amueblados con sofás bajos cubiertos con tejidos suaves y lustrosos de color gris perla amontonados. Los otros, además de la antecámara detrás de la entrada, estaban llenos de maquinaria, cuya fuerza motriz y modo de funcionamiento resultaban igualmente oscuros para los más expertos de entre los investigadores.

Raros metales y extrañas aleaciones, algunos de ellos difíciles de clasificar, habían sido empleados en la construcción de esta maquinaria. Cerca de la entrada, se encontraba una especie de mesa tripodal, o tablero de instrumentos, cuyas extrañas filas de palancas y botones no eran menos misteriosas que los caracteres de algún criptograma. Toda la nave parecía

estar completamente abandonada, sin ningún rastro de vida humana o extraterrestre.

Vagabundeando por los apartamentos y asombrándose ante las maravillas mecánicas sin resolver que se encontraban ante ellos, los miembros de la delegación no se dieron cuenta de que las anchas válvulas se habían cerrado detrás de ellos con el mismo sigilo con el que se habían abierto.

Ni tampoco escucharon los gritos de advertencia de los que se habían quedado fuera.

La primera sugerencia de algo fuera de lo normal vino de una repentina inclinación y levantamiento de la nave. Sorprendidos, miraron por las escotillas como ventanas, y vieron por los paneles, violetas y vítreos, el alejarse y el girar de las innumerables filas de asientos que rodeaban el enorme estadio. La nave extraterrestre, sin ningún piloto visible para guiarla, estaba elevándose en el aire rápidamente en una especie de movimiento espiral. Se estaba llevando hacia algún mundo desconocido a toda la delegación de atrevidos científicos que la habían abordado, junto al alcalde de Berkeley y el jefe de policía, además de los tres privilegiados reporteros, que habían pensado que obtendrían una ultrasensacional exclusiva para sus respectivos periódicos.

La situación era por completo sin precedente, y más que sorprendente; y las reacciones de los distintos hombres, todas estuvieron señaladas por la sorpresa y la consternación. Muchos estaban demasiado pasmados y confundidos para darse cuenta de todas las implicaciones y las consecuencias; otros estaban francamente aterrorizados; y todavía otros estaban indignados.

—¡Esto es un abuso! —exclamó Stilton, tan pronto como se hubo recobrado un poco de su sorpresa inicial. Hubo exclamaciones similares procedentes de otros de temperamento parecido al suyo; todos consideraban de una manera enfática que algo debía hacerse respecto a la situación, y que alguien (a quien desafortunadamente no eran capaces de identificar) debería sufrir las consecuencias de esta audacia sin paralelo.

Gaillard, aunque compartía el asombro generalizado, estaba emocionado en el fondo de su corazón por una sensación de prodigiosa aventura ultraterrena, por una premonición de una empresa ultraplanetaria. Sentía una certeza mística de que él y los demás se habían embarcado en un viaje a un mundo que nunca antes había sido pisado por el hombre; y que la extraña nave había

descendido a la Tierra y abierto sus puertas para cumplir con este propósito; que un poder esotérico y remoto estaba guiando cada uno de sus movimientos y los estaba extrayendo a su destino preestablecido. Vastas imágenes, incoadas, de un espacio sin límites y de un esplendor de rareza interestelar llenaban su mente, e imágenes que no podrían dibujarse se alzaron para asombrar su vista desde unos límites ultratelúricos.

De alguna manera incomprensible, sabía que el deseo de toda su vida de penetrar en los misterios de las distantes esferas pronto sería gratificado; y él (si no sus compañeros) estuvo resignado desde el primer momento de su extraño secuestro y cautividad en la nave espacial voladora.

Discutiendo su situación de una manera muy voluble y vociferante, los sabios reunidos se apresuraron a las distintas ventanas y miraron abajo, al mundo que estaban abandonando. En una simple fracción de tiempo, se habían elevado a la altitud de las nubes. Toda la región en torno a la bahía de San Francisco, así como los bordes del océano Pacífico, se extendía a sus pies como un inmenso mapa en relieve; y podían ver la curvatura del horizonte, que parecía torcerse y hundirse conforme se elevaban.

Era una perspectiva terrible y magnífica; pero la aceleración creciente de la nave, que había ganado ahora una velocidad igual, y mayor, que la de los cohetes que eran utilizados en aquellos tiempos para circunvalar el globo en su estratosfera, les obligó enseguida a abandonar su postura vertical y a buscar el refugio de los cómodos sofás. También se abandonó la conversación, porque casi todo el mundo empezó a sentir una constricción y presión intolerable, que sujeto sus cuerpos como por argollas de un inflexible metal.

Sin embargo, cuando todos se hubieron tumbado en los sofás, sintieron un misterioso alivio cuyo origen no pudieron determinar. Parecía como si una fuerza emanase de los sofás, aliviando de alguna manera el peso plomizo de la gravedad aumentada a causa de la aceleración y haciendo posible a los hombres soportar la terrible velocidad con que la nave se alejaba de la Tierra y de su campo gravitacional.

De repente, se encontraron capaces de levantarse y andar una vez más. Sus sensaciones, en conjunto, eran prácticamente normales; aunque, contrastando con el aplastante peso inicial, había ahora una extraña ligereza que les impulsaba a acortar sus pasos para evitar chocarse con la maquinaria y

las paredes. Su peso era menor de lo que habría sido en la Tierra, pero la pérdida no era suficiente como para producirles incomodidad o mareo, y era acompañada por una especie de alborozo.

Se dieron cuenta de que estaban respirando un aire fino, rarificado y estimulante que no era diferente del que se respira en la cima de las montañas de la Tierra, aunque impregnado por uno o dos elementos desconocidos que le daban un toque de acidez cítrica. Este aire tendía a aumentar el regocijo y a acelerar su pulso y sus respiraciones un poco.

—¡Esto es lamentable! —farfulló el indignado Stilton, tan pronto como descubrió que sus facultades de moverse y respirar se encontraban razonablemente controladas—. Esto resulta contrario a toda ley, decencia y orden. El gobierno de los Estados Unidos de Norteamérica debería hacer algo inmediatamente al respecto.

—Me temo —comentó Gaillard— que nos encontramos fuera de la jurisdicción de los U.S.A., además de la de todos los demás gobiernos mundanos. Ningún avión ni ningún cohete podría atravesar las capas del aire por las que nos estamos moviendo; y, en breves momentos, penetraremos en el éter interestelar. Presumiblemente, esta nave está regresando al mundo desde el que partió; y nosotros vamos con ella.

—¡Absurdo! ¡Descabellado! ¡Indignante! —la voz de Stilton era un rugido, apenas atenuado por la finura de la atmósfera—. Siempre he defendido que el viaje por el espacio era completamente quimérico. Ni siquiera los científicos de la Tierra han sido capaces de inventar una nave semejante; y es ridículo suponer que exista vida muy inteligente, capaz de desarrollar inventos semejantes, en otros planetas.

—Entonces, ¿cómo explica nuestra situación? —preguntó Gaillard.

—La nave es, por supuesto, de fabricación humana. Debe ser un nuevo, y ultrapoderoso, tipo de cohete, diseñado por los soviéticos, y bajo control automático o por radio, que probablemente aterrizará en Siberia, después de viajar por las capas más elevadas de la estratosfera.

Gaillard, sonriendo con amable ironía, consideró que podía abandonar con seguridad la discusión. Dejando a Stilton mirando indignado, por una de las ventanas traseras, la masa que se alejaba del mundo, de la cual el conjunto de Norteamérica, junto con Alaska y Hawai, había empezado a mostrar las

siluetas de la costa, se reunió con el resto del grupo en una renovada investigación de la nave.

Algunos aún defendían que tenía que haber seres vivientes ocultos en el interior de la nave; pero una búsqueda cuidadosa en cada uno de los apartamentos, esquinas y rincones obtuvo el mismo resultado que antes. Abandonando ese objetivo, los hombres comenzaron a examinar de nuevo la maquinaria, cuya fuerza motriz y método de funcionamiento aún eran incapaces de comprender. Completamente perplejos y confundidos, miraron el tablero de instrumentos, sobre el cual ciertas llaves se movían ocasionalmente, como manejadas por una mano invisible. Estos cambios de situación siempre iban acompañados de algún cambio en la velocidad de la nave, o por una ligera alteración de su rumbo, posiblemente para evitar la colisión con un fragmento meteórico.

Aunque nada concreto podía descubrirse respecto al mecanismo por el que la nave era empujada, ciertos factores negativos quedaron enseguida establecidos. El método de propulsión era claramente no explosivo, ya que no había un rugido ni una estela llameante dejada por los cohetes. Era un deslizamiento silencioso y sin vibraciones, sin nada que indicase actividad mecánica, que no fuese el movimiento de ciertas palancas y el brillo de ciertos intrincados mecanismos y pistones con una extraña luz azul. Esta luz, tan fría y temblorosa como la del Ártico, no era de naturaleza eléctrica, sino que sugería más bien una fuente desconocida de radiactividad.

Después de un rato, Stilton se reunió con los que estaban agrupados en torno al tablero de instrumentos. Murmurando aún a causa de la ilegal y poco científica indignidad a la que se habían visto sometidos, contempló las palancas alrededor de un minuto, y entonces, agarrando una entre sus dedos, experimentó con la idea de ganar el control de los movimientos de la nave.

Para su pasmo y el de todos sus colegas, la palanca resultó ser imposible de mover. Stilton se esforzó hasta que se le marcaron venas azules en su mano, y le corría el sudor a chorros por su cabeza medio calva. Entonces, una por una, intentó mover las otras palancas tirando de ellas, pero siempre con el mismo resultado. Evidentemente, las palancas estaban bloqueadas a otro control que no fuese el del piloto desconocido.

Persistiendo aún en su intento, Stilton se aproximó a otra palanca de un tamaño más grande y de una forma diferente al resto. Al tocarla, gritó con agonía, y retiró sus dedos del extraño objeto con alguna dificultad. La palanca estaba fría como si estuviese sumergida en el frío absoluto del espacio exterior. De hecho, parecía quemar sus dedos con su extremada congelación. Después de esto, desistió, y no hizo ningún nuevo intento de interferir en el funcionamiento de la nave.

Gaillard, después de contemplar estos acontecimientos, había vagabundeado a uno de los apartamentos principales. Mirando una vez más desde su asiento en el sofá de una blandura y elasticidad sobrenaturales, contempló un espectáculo que le dejó sin aliento. El mundo entero, un gran globo brillante, de muchos colores, estaba flotando detrás de la nave en la negra sima salpicada de estrellas. Lo terrible de las profundidades sin dirección, el impensable aislamiento del infinito, cayeron sobre él, y se sintió mareado y con la cabeza dándole vueltas, y fue arrastrado por un pánico que le dominaba, sin límites ni nombre.

Entonces, extrañamente, el terror desapareció, en un regocijo que surgía ante la perspectiva de un viaje por cielos vírgenes hasta costas que nadie había pisado. Ignorando el peligro, olvidando el terrible distanciamiento del entorno acostumbrado al hombre, se entregó por completo a la mágica convicción de una maravillosa aventura y de un destino único que estaba por llegar.

Otros, sin embargo, eran menos capaces de orientarse en esas circunstancias raras y terribles. Pálidos y horrorizados, con una sensación de pérdida irreparable, de un peligro omnipresente y de una confusión mareante, miraban cómo se alejaba la Tierra, de cuyos confortables entornos habían sido arrancados de una manera tan inexplicable y tan terriblemente repentina.

Muchos estaban mudos a causa del miedo, al darse cuenta más claramente de su impotencia en manos de una fuerza todopoderosa y desconocida.

Algunos hablaban en voz alta y sin sentido sobre cosas banales, en un esfuerzo para ocultar su alteración. Los tres periodistas lamentaron ser incapaces de comunicarse con los periódicos a los que representaban. James Gresham, el alcalde, y William Polson, el jefe de policía, estaban estupefactos y eran completamente incapaces de decir qué hacer bajo circunstancias que

anulaban su acostumbrada importancia en los asuntos cívicos. Y los científicos, como podría haberse esperado, estaban divididos en dos grandes grupos. Los más radicales, y aventureros, estaban más o menos inclinados a recibir favorablemente lo que quiera que estuviese por venir, a causa de los nuevos conocimientos; mientras que los otros aceptaban su destino con distintos grados de desgana, de protesta o de miedo.

Pasaron varias horas; y la Luna, una esfera de cegadora desolación en el gris abismo, había sido dejada atrás junto a la menguante Tierra. La nave aceleraba sola a través de la extensión cósmica, en un universo cuya grandeza era una revelación hasta para los astrónomos, familiarizados como estaban con las magnitudes y las multitudes de los soles, las nebulosas y las galaxias. Los treinta y cinco hombres estaban siendo apartados de su planeta natal, por una inmensidad impensable, a una velocidad mayor que la de cualquier cuerpo del sistema solar o satélite.

Era difícil medir la velocidad exacta; pero podían formarse una idea de ésta basándose en la velocidad con la que los planetas más próximos, Marte, Mercurio y Venus, iban modificando sus posiciones relativas. Parecían casi estar saliendo disparados como las pelotas de un malabarista.

Resultaba claro que alguna especie de gravedad artificial estaba funcionando en la nave; porque la falta de peso, que de otra manera habría sido inevitable en el espacio exterior, no era sentida en ningún momento. Además, los científicos descubrieron que estaban siendo aprovisionados con aire de ciertos tanques de forma rara. Evidentemente, además, había algún sistema de calefacción oculto alguna especie de aislamiento ante la frialdad del espacio; porque la temperatura del interior de la nave se mantenía constante en torno a unos 65 a 70 grados Fahrenheit.

Mirando sus relojes, algunos del grupo descubrieron que ya había pasado la hora del mediodía en la Tierra; aunque hasta los menos imaginativos se dieron cuenta de lo absurda que resultaba la división del tiempo en veinticuatro horas del día y de la noche, en medio de la eterna luz de sol del vacío.

Muchos comenzaron a sentir sed y hambre, y a mencionar sus apetitos en voz alta. No mucho más tarde, como respondiendo, igual que el servicio que se proporciona a una buena mesa, en un hotel o en un restaurante, ciertos paneles de la pared metálica del interior, hasta entonces inadvertidos por los

sabios, se abrieron sin ruido ante sus ojos y dejaron al descubierto mesas sobre las cuales había curiosos aguamaniles de boca ancha y platos profundos, parecidos a soperas, llenos hasta el borde con comidas desconocidas.

Demasiado sorprendidos para comentar durante mucho tiempo este nuevo milagro, los miembros de la delegación procedieron a probar las viandas y las bebidas que así se les ofrecían. Stilton, todavía sumido en su indignado silencio, se negó a probarlas, pero se quedó solo en su negativa.

El agua era, por supuesto, potable, aunque con un sabor ligeramente alcalino, como si procediese de pozos del desierto; y la comida, una especie de pasta rojiza, respecto a cuya naturaleza y composición los químicos dudaban, sirvió para apagar las punzadas del hambre, aunque no resultase especialmente seductora para el paladar.

Después de que los hombres de la Tierra hubiesen tomado esta comida, los paneles se cerraron de una manera tan silenciosa y discreta como se habían abierto. La nave avanzó por el espacio, hora tras hora, hasta que resultó evidente para Gaillard y sus compañeros astrónomos que o bien se dirigía directamente al planeta Marte, o bien pasaría muy cerca del mismo, en su camino a otro planeta.

El planeta rojo, con sus señales familiares, que habían contemplado tan a menudo por los telescopios del observatorio, y sobre cuya naturaleza y origen se habían hecho muchas preguntas, empezó a alzarse ante ellos y a crecer con una velocidad taumatúrgica. Entonces, notaron una señalada disminución en la velocidad de la nave, que continuó directa hacia el planeta cobrizo, como si su objetivo estuviese oculto entre el laberinto de manchas oscuras y singulares; y resultó imposible dudar por más tiempo que Marte era su punto de destino.

Gaillard y aquellos que le eran más o menos afines en sus intereses e inclinaciones se emocionaron con expectativas, pavorosas y sublimes, cuando la nave se aproximó al planeta extraño. Entonces, empezó a flotar delicadamente sobre un exótico paisaje en el que los famosos “mares” y “canales”, enormes a causa de su proximidad, podían ser claramente reconocidos.

Pronto se acercaron a la superficie del planeta rojizo, describiendo espirales por su atmósfera sin nieblas ni nubes, mientras la deceleración aumentaba hasta alcanzar la velocidad de un paracaídas. Marte les rodeaba con horizontes rígidos y monótonos, más próximos que los de la Tierra, sin mostrar ninguna otra elevación saliente, como colinas o lomas; y pronto colgaban sobre él a una altura de media milla o menos. Aquí la nave pareció frenar y pararse, sin descender más.

Debajo de ellos, podían ver un desierto de bajas elevaciones y arena amarilla rojiza, interseccionado por uno de los llamados “canales”, que se extendía sinuosamente a cada lado hasta desaparecer en el horizonte.

Los científicos estudiaron este terreno con una sorpresa que iba en continuo aumento, al imponerse en sus percepciones la verdadera naturaleza del venoso canal. No era agua, como muchos antes de entonces habían supuesto, sino una masa de pálida vegetación verde, de vastas hojas o frondes dentados, todos los cuales parecían emanar de un único tallo rastrero de color carne, de varios cientos de pies de diámetro y con hinchadas articulaciones nodulares a intervalos de media milla. Aparte de esta parra anómala y supergigantesca, no había signos de vida, animal ni vegetal, en todo el horizonte; y la longitud del tallo rastrero, que cubría todo el horizonte visible pero que, por su forma y características, parecía ser un simple zarcillo de algún crecimiento aún más grande, era algo que hacía temblar las ideas previas de la botánica terrestre.

Muchos de entre los científicos estaban casi estupefactos a causa del asombro mientras miraban abajo, desde las ventanas violetas, a esta titánica enredadera. Más que nunca, los periodistas elevaron un lamento por los avasalladores titulares que, bajo las circunstancias que prevalecían, serían incapaces de proporcionar a sus periódicos respectivos. Gresham y Polson creían que había algo vagamente ilegal en la existencia de un ser tan monstruoso bajo la forma de una planta; y la desaprobación científica sentida por Stilton y sus cofrades de mentalidad académica era la más pronunciada.

—¡Escandaloso! ¡Inaudito! ¡Ridículo!— murmuró Stilton—. Esta cosa desafía las leyes más elementales de la botánica. No existe un precedente concebible para ella.

Gaillard, que se hallaba de pie a su lado, estaba tan arrebatado por su concentración en la contemplación de la nueva planta, que apenas escuchó el

comentario. El convencimiento de una aventura vasta y sublime, que había estado creciendo en su interior desde el inicio de aquel viaje, raro y estupendo, se veía ahora confirmado con diáfana claridad. No podía dar forma definitiva o coherencia al sentimiento que le poseía; pero le inundaba el presentimiento de una maravilla presente y de un milagro futuro, y la intuición de revelaciones, extrañas y tremendas, que estaban por venir.

Pocos del grupo querían hablar, o habrían sido capaces de hacerlo. Todo lo que les había sucedido durante las horas recientes, y todo lo que ahora veían, estaba tan alejado del alcance de los actos y de la inteligencia humanos, que el ejercicio normal de sus facultades estaba más o menos inhibido por el esfuerzo para ajustarse a estas condiciones únicas.

Después de que hubiesen contemplado la parra de proporciones gigantescas durante un par de minutos, los sabios se dieron cuenta de que la nave se movía de nuevo, esta vez en una dirección lateral. Volando muy lentamente y con intención, seguía lo que parecía ser el rumbo del zarcillo en dirección al oeste de Marte, sobre el que estaba descendiendo un sol pequeño y pálido por un cielo quemado y empañado, vertiendo una luz débil y gélida sobre el desolado paisaje.

Los hombres fueron abrumadoramente conscientes de una voluntad inteligente detrás de todo lo que estaba ocurriendo; y la sensación de esta supervisión, remota y desconocida, era más fuerte en Gaillard que en los demás. Nadie podía dudar que cada movimiento de la nave estaba medido y predestinado; y Gaillard sentía que la lentitud con que seguían el curso de la gran planta estaba calculada para proporcionar a la delegación tiempo suficiente como para estudiar su nuevo entorno; y, en particular, para estudiar la misma planta.

En vano, sin embargo, observaron su cambiante entorno para descubrir algo que pudiese indicar la presencia de formas orgánicas de tipo humano, no humano o sobrehumano, como se podría imaginar que existían en Marte. Por supuesto, Sólo entidades semejantes, se creía, podrían haber construido, enviado y guiado la nave en que ahora se encontraban cautivos.

La nave continuó avanzando durante por lo menos una hora, recorriendo un territorio inmenso, en el cual, después de muchas millas, la desolación inicial cedía su lugar a una especie de pantano. Aquí, donde las aguas lodosas se

entretejían con la tierra gredosa, el retorcido tallo se hinchaba hasta proporciones increíbles con hojas lustrosas que emparraban el suelo pantanoso casi a una milla por cada lado del elevado tallo.

Aquí también, el follaje asumía una verdosidad más viva y más rica, cargada con una sublime exuberancia vital; y el propio tallo mostraba una increíble succulencia, junto con un barniz y un brillo lustrosos, un florecimiento que, de manera rara e incongruente, sugería carne bien alimentada. La cosa parecía palpar a intervalos regulares y rítmicos, bajo los ojos de los observadores, como una entidad viva; y, en algunos lugares, había nódulos de forma rara, o uniones al tallo, cuyo propósito nadie conseguía imaginar.

Gaillard llamó la atención de Stilton al extraño latido que podía notarse en la planta; un latido que parecía comunicarse a las hojas de cien pies que temblaban como si fuesen plumas.

—¡Humpf! —exclamó Stilton agitando la cabeza con un aire en que se mezclaba la incredulidad y el asco—. Esta palpitación es del todo imposible. Tiene que haber algo que esté más en nuestra vista..., quizá alguna alteración en el foco a causa de la velocidad de nuestro viaje. Es eso, o que hay una cualidad reflectiva en la atmósfera que da una ilusión de movimiento a los objetos estables.

Gaillard se abstuvo de llamarle la atención sobre el hecho de que este supuesto fenómeno de enfermedad visual o refracción atmosférica se limitaba en su aplicación enteramente a la planta y no extendía sus límites al paisaje que les rodeaba.

Poco después de esto, la nave llegó a una enorme ramificación de la planta; y aquí los terrestres descubrieron que el tallo que habían estado siguiendo no era más que uno de tres que se separaban para interseccionar el suelo pantanoso desde ángulos muy distintos entre sí y luego desaparecían por horizontes opuestos. La intersección estaba señalada por un doble nódulo, del tamaño de una montaña, que tenía una extraña similitud con unas caderas humanas. Aquí, el latido era más fuerte y se notaba más fácilmente que nunca; y extrañas manchas variadas y venosidades de color rojizo resultaban visibles en la pálida superficie del tallo.

Los sabios se sintieron cada vez más emocionados ante la magnitud, sin precedentes, y las singulares características de la notable planta. Pero les

aguardaban revelaciones de una naturaleza aún más extraordinaria. Después de posarse durante un momento sobre la monstruosa juntura, la nave voló elevándose más a una velocidad acelerada, a lo largo del tallo principal, de una longitud incalculable, que se extendía por el horizonte de Marte occidental. Revelaba nuevas ramificaciones e intervalos variables, volviéndose incluso más grande y lujuriente al penetrar regiones pantanosas que eran, sin duda, el barro residual de un mar hundido.

—¡Dios mío! La cosa debe rodear todo el planeta —dijo uno de los periodistas con voz impresionada.

—Eso parece —Gaillard asintió gravemente—. Tenemos que estar viajando casi en línea paralela con el ecuador; y ya hemos seguido a la planta a lo largo de cientos de millas. Basándonos en lo que hemos visto, parece que los “canales” marcianos son sencillamente sus ramificaciones, y quizá las masas señaladas por los astrónomos como “mares” son masas de su follaje.

—No puedo comprenderlo —gruñó Stilton—; la maldita cosa es completamente contraria a la ciencia y a la naturaleza..., no debería existir en ningún universo racional o concebible.

—Bueno —dijo Gaillard un poco frívolamente—. Existe; y no veo cómo te puedes librar de eso. Además, aparentemente se trata de la única forma de vida vegetal en el planeta; por lo menos, hasta el momento hemos fracasado en encontrar algo remotamente parecido. No hay ninguna razón en absoluto para suponer que los reinos animal y vegetal tengan que exhibir en otros reinos la misma naturaleza y multiplicidad que muestran en la Tierra.

Stilton, mientras escuchaba el poco ortodoxo argumento, miraba a Gaillard fijamente como un mahometano miraría a algún infiel descarriado, pero estaba demasiado furioso o demasiado asqueado como para decir nada más.

La atención de los científicos fue ahora atraída a un área verdosa en la línea de su vuelo, cubriendo muchas millas cuadradas. Aquí, vieron que el tallo principal había echado una multitud de raíces, cuyo follaje ocultaba el suelo de debajo igual que un denso bosque.

Tal y como Gaillard había conjeturado, el origen de las zonas parecidas a mares estaba ahora explicado.

Cuarenta o cincuenta millas después de esta área de follaje, llegaron a otra que era incluso más extensa. La nave ascendió hasta una gran altura, y su

vista descendió sobre una extensión de follaje de las dimensiones de un reino. En el medio, discernieron un nódulo circular de varias leguas de extensión, alzándose como un gran monte redondeado, del cual emanaban en todas direcciones los tallos del extraño vegetal que circunvalaban el planeta. No sólo el tamaño, sino además ciertos rasgos del inmenso nódulo, causaron la más completa confusión a los que lo contemplaban, era como la cabeza de un gigantesco pulpo, y los tallos que se extendían en todas direcciones sugerían los tentáculos. Y, lo más extraño de todo, los hombres discernieron, en el centro de la cabeza, dos enormes masas, claras y transparentes como el agua, que combinaban el tamaño de lagos con la forma y apariencia de jórganos ópticos!

Toda la planta palpitaba como un capullo que respirase; y el pasmo con el que los exploradores involuntarios la contemplaban no puede expresarse con palabras. Todos se veían obligados a reconocer que, más allá de sus proporciones sin paralelo y del modo de crecimiento, la cosa no podía asociarse en ningún sentido con género alguno de la botánica terrestre. Y a Gaillard, además de al resto, se le ocurrió la idea de que se trataba de un organismo inteligente, y de que la masa palpitante que ahora contemplaban era el cerebro, o el ganglio central, de su desconocido sistema nervioso.

Los enormes ojos que retenían la luz como colosales gotas de rocío, parecían devolver su escrutinio con una inteligencia sobrehumana e indescifrable; y Gaillard se sintió obsesionado por la idea de que unos conocimientos sobrenaturales y una sabiduría rayana en la omnisciencia habitaban en aquellas profundidades hialinas.

La nave comenzó a descender y se posó verticalmente en una especie de valle cercano a la montañosa cabeza, donde el follaje de dos tallos que se alejaban había dejado una especie de claro. Era como un claro de bosque, con selva impenetrable por tres lados y un escabroso despeñadero por el cuarto. Aquí, por primera vez durante la experiencia de sus ocupantes, la nave tocó suelo marciano, descendiendo con una delicada flotación, sin vibraciones ni sacudidas; y, casi inmediatamente después de su aterrizaje, las válvulas de la puerta principal se abrieron, y la escalera de metal descendió hasta el suelo, evidentemente preparada para que desembarcasen sus pasajeros humanos.

Uno por uno, algunos con precauciones y timidez, otros con ansiedad aventurera, los hombres descendieron de la nave y comenzaron a inspeccionar sus contornos. Descubrieron que el aire marciano era un poco diferente del que habían estado respirando en la nave espacial; y que, a aquella hora, cuando el sol aún brillaba desde el oeste sobre el extraño valle, la temperatura era moderadamente cálida.

Era una escena impensable y fantástica; y los detalles eran por completo diferentes de los de cualquier paisaje terrestre. Bajo sus pies había un suelo suave y resistente, parecido a una especie de limo húmedo, por completo privado de hierbas, hongos, líquenes o cualquier otra forma de vida menor vegetal. Las hojas de la gigantesca parra colgaban a una gran altura sobre el claro como de antiguos árboles perennes, y temblaban en aquel aire sin brisas a causa del latido de los tallos.

Cerca de ellos se levantaba la vasta pared, color carne, de la gran cabeza central, que se elevaba como una colina hacia los ocultos ojos y que estaba, sin duda, profundamente enterrada y enraizada en el suelo marciano. Acercándose a la masa viviente, los terrestres vieron que la superficie estaba cubierta de una red de millones de reticulaciones parecidas a arrugas, y contenía grandes poros que recordaban los de la piel de un animal bajo un microscopio extremadamente poderoso. Efectuaron su inspección en un silencio lleno de pasmo; y, durante algún tiempo, nadie se sintió capaz de expresar en voz alta las extraordinarias conclusiones a las que todos ellos se habían visto empujados.

Las emociones de Gaillard eran casi religiosas mientras contemplaba la apenas imaginable amplitud de esta forma de vida extraterrestre, que parecía mostrar atributos más cercanos a la divinidad que los que había encontrado en ninguna otra manifestación del principio vital.

En él, veía la apoteosis combinada del reino animal y vegetal. La cosa era tan perfecta y completa, tan autosuficiente, tan independiente de formas de vida menores en su crecimiento, que abarcaba el mundo. Desprendía una impresión de longevidad de eones, quizá de inmortalidad. ¡Y qué conciencia, arcana y cósmica, podría haber alcanzado durante los ciclos de su desarrollo! ¡Qué facultades y sentidos sobrehumanos podría poseer! ¡Qué poderes y potencialidades más allá de los logros de otras formas más limitadas y finitas!

En un grado menor, muchos de entre sus compañeros tenían unos sentimientos similares. En presencia de esta portentosa y sublime anormalidad, casi se olvidaron del enigma aún sin solucionar de la nave espacial y de su viaje por inmensidades nunca antes recorridas. Pero Stilton y los demás conservadores estaban muy escandalizados por la naturaleza inexplicable de todo ello; y, si hubiesen tenido mentalidad religiosa, habrían expresado su sensación de violación e indignación diciendo que la planta monstruosa, al igual que los acontecimientos sin paralelo en los que habían representado un involuntario papel, estaban manchados con la más grave herejía y la más flagrante blasfemia.

Gresham, quien había estado contemplando los contornos con pomposa y confundida solemnidad, fue el primero en romper el silencio.

—Me pregunto dónde para el gobierno local —dijo—, y, por cierto, ¿quién coño manda aquí? Oiga, señor Gaillard, ustedes los astrónomos saben muchas cosas sobre Marte. ¿No hay algún consulado de los Estados Unidos en alguna parte de este agujero abandonado de la mano de Dios?

Gaillard se sintió obligado a informarle de que no había un servicio consular en Marte, y de que la forma de gobierno del planeta, junto con su sede oficial, eran aún una cuestión abierta.

—Sin embargo —continuó—, no me sorprendería descubrir que estamos ahora en presencia del gobernante, único y supremo, de Marte.

—¡Huu! Yo no veo a nadie —gruñó Gresham con una expresión de preocupación, mientras contemplaba las masas temblorosas de follaje y la cabeza, como un monte elevado, de la gran planta. El sentido del comentario de Gaillard quedaba muy por encima de su órbita intelectual.

Gaillard había estado inspeccionando la pared de color carne de la cabeza, con un interés y una fascinación supremos. A cierta distancia a un lado, notó ciertos crecimientos peculiares, o encogidos o atrofiados, como cuernos caídos o flácidos. Eran tan grandes como el cuerpo de un hombre, y podrían en algún otro momento haber sido más grandes. Parecía como si la planta los hubiese hecho crecer para algún propósito desconocido, y, al haberse cumplido dicho propósito, hubiese permitido que se marchitasen. Aún sugerían, de una manera pasmosa, partes y miembros semihumanos, extraños apéndices, mitad brazos,

mitad tentáculos, como si hubiesen sido modelados partiendo de una forma de vida marciana animal, sin paralelo y aún por descubrir.

Justo bajo ellos, en el suelo, Gaillard se fijó en un grupo de extraños instrumentos metálicos, con toscas hojas y lingotes sin forma del mismo metal cobrizo con el que se había construido la nave espacial.

De alguna manera, aquel lugar sugería un astillero abandonado, aunque no había andamiajes como los que normalmente se emplean en la construcción de una nave. Una rara intuición de la verdad apareció en la mente de Gaillard mientras examinaba los restos metálicos, pero estaba demasiado pasmado por todo lo que había visto, además de por todo lo que había supuesto y conjeturado, como para comunicar sus hipótesis a los otros sabios.

Mientras tanto, todo el grupo había vagabundado por el claro, que comprendía un área de varios cientos de yardas. Uno de los astrónomos, Philip Colton, que había realizado estudios adicionales de botánica, estaba examinando las hojas serradas de la gigantesca parra con una mezcla de interés y de la perplejidad mas completa. Las frondas o ramas estaban forradas con agujas como de pino, cubiertas de un vello largo y sedoso; y cada una de estas agujas tenía por lo menos cuatro pies de longitud y tres o cuatro pulgadas de grosor, posiblemente con una estructura hueca o tubular. Las frondas crecían a un nivel uniforme desde el tallo principal, llenando el aire como un bosque horizontal, y alcanzando el propio suelo en un orden unido y enlazado.

Colton sacó una navaja de su bolsillo e intentó cortar un trozo de una de esas hojas. Al primer contacto de la afilada hoja, toda la fronda se retiró de su alcance; y entonces, volviendo, le propinó un tremendo golpe que le lanzó al suelo y arrojó el cuchillo de entre sus dedos a una distancia considerable.

De no ser por la menor gravedad marciana, habría resultado severamente dañado por el golpe y la caída. Tal y como fue, se quedó tumbado, amoratado y jadeante, mirando con ridícula sorpresa la gran rama, que había recuperado su posición inicial entre sus compañeras, y ahora no daba señal de otro movimiento que el singular temblor producido por la palpitación rítmica del tallo al que estaba unida.

La situación de Colton había sido notada por sus compañeros, y, de repente, todas sus lenguas se soltaron por este acontecimiento; una confusa discusión

se inició entre ellos; ya no resultaba posible para nadie dudar de la naturaleza animada o medio animal de la planta, e incluso el indignado y colérico Stilton, quien consideraba que las leyes más sagradas de las posibilidades científicas estaban siendo violadas, se vio obligado a admitir la existencia de un enigma biológico que no podría explicarse en los términos de la morfología ortodoxa.

Gaillard no tenía ganas de desempeñar ningún papel en la discusión, prefiriendo sus propias ideas y conjeturas, y continuó vigilando la carne palpitante. Se quedó un poco separado de los demás, y más cerca que ellos de la carnosa y porosa cuesta de la enorme cabeza; y, de repente, vio el crecimiento de lo que parecía ser un nuevo tentáculo desde su superficie, a una distancia de unos cuatro pies del suelo.

La cosa crecía como en una película a cámara lenta, alargándose y creciendo visiblemente, con un nudo bulboso en su extremo. Este nudo se convirtió enseguida en una gran masa, ligeramente arrugada, cuya silueta confundía y tentaba a Gaillard con la silueta de algo que una vez había visto pero que no conseguía recordar ahora. Había una extraña sugestión de miembros en formación y miembros que enseguida se volvieron más concretos; y entonces, con una especie de impacto, se dio cuenta de que la cosa parecía ¡un feto humano!

Su involuntaria exclamación de sorpresa atrajo la atención de los otros; y pronto toda la delegación estuvo agrupada en torno a él, contemplando, con el aliento contenido, el increíble desarrollo del nuevo brote. A la cosa le habían salido dos piernas bien formadas, que ahora descansaban en el suelo, sosteniendo con sus pies de cinco dedos el erguido cuerpo, en el cual la cabeza y los brazos ya estaban del todo evolucionados, aunque aún no habían alcanzado tamaño adulto.

El proceso continuó, y, simultáneamente, una especie de cadarzo lanoso empezó a aparecer en torno al tronco, los brazos y las piernas, como el rápido tejerse de un enorme capullo. Las manos y el cuello estaban desnudos; pero los pies se hallaban cubiertos con un material diferente, que tomó la apariencia de cuero verde.

Cuando el cadarzo se engrosó y se oscureció hasta un tono gris perla, y adquirió una apariencia bastante a la moda, resultó evidente que la silueta

estaba siendo vestida con prendas como las que portaban los hombres de la Tierra, probablemente en deferencia a las ideas humanas sobre el pudor.

La cosa era increíble; y aún más extraño e increíble era el parecido que Gaillard y sus compañeros estaban descubriendo en la cara de la figura que aún seguía creciendo. Gaillard se sentía como si estuviese mirando en un espejo, ¡porque todos los rasgos esenciales de la cara eran los suyos!

Las prendas y los zapatos eran réplicas fieles de los que él mismo llevaba; ¡y cada parte y cada miembro de este extraño ser, incluso la yema de los dedos, estaban proporcionados como los suyos.!

Los científicos vieron que el proceso de crecimiento estaba aparentemente completado. La figura se hallaba de pie con los ojos cerrados y un aspecto en blanco y sin expresión en sus facciones, como un hombre que aún no se ha despertado de su letargo. Estaba aún unido por un grueso tentáculo al palpitante nódulo montañoso; y este tentáculo salía de la base del cerebro como un cordón umbilical extrañamente situado.

La figura abrió los ojos y miró a Gaillard lanzándole una mirada profunda, larga, calmada y penetrante, que sirvió para aumentar su emoción y estupefacción. Sostuvo la mirada con la más extraña sensación imaginable..., la sensación de que tenía enfrente a su alter ego, un *Doppelgänger* en el que se encontraba el alma y la inteligencia de una entidad extraña y mayor. En la mirada de los ojos crípticos sintió el mismo misterio, profundo y sublime, que había visto desde las brillantes órbitas, semejantes a lagos de rocío brillante o de cristal, en la cabeza de la planta.

La figura levantó su mano derecha y pareció llamarle. Gaillard avanzó lentamente hasta que él y su milagroso doble se encontraron cara a cara. Entonces, el extraño ser colocó la mano sobre su frente, y a Gaillard le pareció que un hechizo mesmérico descendía sobre él en ese momento. Casi sin voluntad propia, para un fin que no le permitió comprender en ese momento, comenzó a hablar; y la figura, imitando cada tono y cada cadencia, repetía las palabras por él pronunciadas.

Transcurrieron muchos minutos hasta que Gaillard se dio cuenta del verdadero sentido y significado de este notable coloquio. Entonces, con un fogonazo de conciencia clara, se dio cuenta de que ¡le estaba dando a la figura lecciones de lengua inglesa! Estaba vertiendo un torrente, fluido e

ininterrumpido, que contenía el vocabulario principal del idioma, junto con sus reglas gramaticales. Y, de alguna manera, por un milagro de inteligencia superior, todo lo que decía era comprendido y recordado por su interlocutor.

Debieron transcurrir horas en este proceso; y el sol marciano se estaba vertiendo ahora por la aserrada hojarasca. Mareado y exhausto, Gaillard se dio cuenta de que la larga lección había terminado; porque el ser retiró la mano de su frente y se dirigió a él, en un inglés educado y bien modulado.

—Muchas gracias. He aprendido todo lo que necesitaba saber para propósitos de comunicación lingüística. Si tú y tus compañeros me escucháis ahora, os explicaré todo lo que os ha confundido, y declararé las razones por las que habéis sido traídos desde vuestro planeta propio hasta el suelo de un planeta extraño.

Como hombres en un sueño, apenas capaces de creer la fantástica evidencia de sus sentidos y sin embargo incapaces de refutarla o de repudiarla, los terrícolas escucharon mientras el sorprendente doble de Gaillard continuaba.

—El ser por medio del que hablo, hecho a semejanza de uno de vuestro grupo, es un simple órgano especial que he desarrollado para poder comunicarme con vosotros. Yo, la entidad creadora, que combino en mí mismo el más profundo genio y energía de esas dos divisiones de la vida que son conocidas para vosotros como vegetal y animal... Yo que poseo la virtual omnisciencia y omnipotencia de un dios, no he tenido la necesidad de un lenguaje articulado o formal en ningún momento previo de mi existencia. Pero, dado que incluyo en mi interior todas las potencialidades de la evolución junto con poderes mentales que rayan en la omnisciencia, no he tenido la menor dificultad en adquirir esta nueva capacidad. Fui yo quien construyó, mediante otros órganos especiales que había desarrollado para este propósito, la nave espacial que descendió sobre vuestro planeta y después volvió a mí con una delegación, compuesta en su mayoría, como he descubierto, por la fraternidad científica de la humanidad. La construcción de la nave, junto a su modo de control, quedarán en claro una vez que explique que soy el amo de muchas energías cósmicas, que van más allá de los rayos y de las radiaciones conocidas a los sabios de la Tierra. Estas fuerzas puedo extraerlas del aire, del suelo o del éter a voluntad, o incluso puedo invocarlas desde estrellas remotas

y nebulosas. La nave espacial fue construida con metal que había integrado partiendo de moléculas que flotaban al azar en el aire; y utilicé rayos solares, en forma concentrada, para crear la temperatura que haría que esos metales se fundiesen en una sola lámina. La energía empleada para impulsar y guiar la nave es una especie de energía supereléctrica cuya naturaleza no entraré a elucidar sino para decir que está asociada con la fuerza básica de la gravedad, y además con ciertas propiedades radiactivas del éter interestelar que no pueden detectarse con los instrumentos que vosotros poseéis. Establecí en la nave la gravedad marciana, y la aprovisioné con aire y agua marcianos, además de con productos alimenticios sintetizados químicamente, para acostumbraros durante vuestro viaje a las condiciones dominantes en Marte. Yo soy, como podéis haber imaginado, el único habitante de este mundo. Podría multiplicarme si fuese necesario; pero, hasta el momento, por razones que enseguida comprenderéis, no he considerado que esto fuese deseable. Siendo completo y perfecto por mí mismo, no tengo necesidad de compañía con otras entidades, y, hace mucho tiempo, para mi propia comodidad y seguridad, me vi obligado a extirpar otras formas de vida vegetal rivales, y además a ciertos animales que se parecían levemente a la humanidad de vuestro mundo, y quienes, en el curso de su evolución, se estaban volviendo preocupantes y hasta peligrosos para mí. Con mis grandes ojos, que poseen un poder de magnificación óptica que queda más allá de vuestros más poderosos telescopios, he estudiado la Tierra y los otros planetas, durante las noches marcianas, y he aprendido mucho en relación a las condiciones que existen en cada uno. La vida en vuestro mundo, su historia, el estado de vuestra civilización, han sido de muchas maneras un libro abierto para mí; y también me he formado una idea precisa de los fenómenos geológicos, de la fauna y de la flora de vuestro mundo; comprendo vuestras imperfecciones, vuestra injusticia social y vuestros problemas de ajuste, y las múltiples enfermedades y miserias a las que estáis sujetos, debido a las disonantes múltiples entidades en las que la expresión de vuestro principio vital ha sido subdividida. De todos esos males y errores, yo estoy exento. He alcanzado un dominio y un conocimiento prácticamente absolutos; y ya no hay nada en el universo que yo tema, dejando a un lado el inevitable proceso de deshidratación y desecación al que Marte está viéndose lentamente sometido,

al igual que todos los demás planetas que envejecen. Soy incapaz de retrasar este proceso, excepto de una manera limitada y parcial; y ya me he visto obligado a sondear las aguas artesianas del planeta en muchos lugares. Podría vivir solamente con la luz del sol y el aire; pero el agua es necesaria para mantener las propiedades alimenticias de la atmósfera, y, sin ella, mi inmortalidad fallaría con el paso del tiempo; mis tallos gigantes se encogerían y secarían, y mis vastas e innumerables hojas se secarían por falta del líquido vital. Vuestro mundo es joven, con mares superabundantes y arroyos y un aire cargado de humedad. Tenéis más de lo que necesitáis de un elemento que a mí me falta; y os he traído aquí, como representantes del género humano, para proponeros un intercambio que sólo puede resultar beneficioso para vosotros igual que para mí. A cambio de una módica cantidad del agua de vuestro mundo, os ofreceré los secretos de la vida terna y de la energía infinita, y os enseñaré cómo vencer vuestras imperfecciones sociales y a dominar por completo vuestro entorno planetario. A causa de mi gran tamaño, mis tallos y mis zarcillos que rodean el ecuador marciano y alcanzan hasta los polos, me resultaría imposible abandonar mi mundo natal; pero os enseñaré cómo colonizar otros planetas y a explorar el universo exterior. Para estos distintos fines, sugiero la creación de un tratado interplanetario y una alianza permanente entre yo mismo y los pueblos de la Tierra. Considerad bien lo que os ofrezco: porque la oportunidad es sin precedente ni paralelo. En relación a los hombres, soy como un dios en relación a los insectos. Los beneficios que puedo proporcionaros son inestimables; y, a cambio, sólo pido que establezcáis en la Tierra, según mis instrucciones, ciertas estaciones transmisoras utilizando una onda superpotente, por medio de las cuales los elementos esenciales del agua, menos sus indeseables propiedades salinas, puedan ser teleportados a Marte. La cantidad así retirada no causará diferencias, o éstas serán mínimas, en el nivel de vuestras mareas y en la humedad de vuestro aire; pero para mí es el medio de asegurarme una vida perdurable.

La figura dio por finalizada su perorata, y se quedó de pie mirando a los terrícolas en un silencio educado y hasta cierto punto inescrutable. Se quedó esperando su respuesta.

Como podría haberse esperado, las emociones con que los miembros de la delegación acogieron este notable discurso distaron de ser unánimes en su tono. Todos los hombres se encontraban más allá del pasmo y de la sorpresa, porque los milagros se habían amontonado sobre los milagros hasta que sus cerebros se encontraban atontados a causa del asombro; y habían llegado al punto en que tomaban la creación de una figura humana y su dotación de la capacidad de hablar completamente por supuesto. Pero la propuesta planteada por la planta, a través de su órgano de aspecto humano, era otra cuestión, y produjo diversas resonancias en las mentes de los científicos, los periodistas, el alcalde y el jefe de policía.

Gaillard, que se encontró a sí mismo completamente conforme con la proposición, y cada vez más unido con la entidad marciana, deseaba acceder al instante y dar su apoyo y el de sus compañeros al tratado planteado y al plan de intercambio. Se vio obligado a indicar al marciano que la delegación, aun siendo de la misma opinión, no tenía poderes para representar a las gentes de la Tierra en la formación de la planteada alianza; que lo más que podría hacer era plantear la oferta ante el gobierno de los Estados Unidos y los demás gobiernos de la Tierra.

La mitad de los científicos, después de alguna deliberación, se declararon favorables al plan y dispuestos a apoyarlo hasta el límite de sus habilidades. Los tres periodistas estaban igualmente dispuestos a hacer lo mismo, y prometieron, quizá impetuosamente, que la influencia de la prensa en el mundo se añadiría a la de los famosos sabios.

Stilton y los otros dogmáticos del grupo se mostraron enfática y hasta rabiosamente opuestos, y se negaron a considerar la oferta del marciano ni siquiera por un instante. Cualquier tratado o alianza de esta clase, mantenían, sería altamente indeseable e incorrecto. Nunca sería válido para las naciones de la Tierra mezclarse en un lío de una naturaleza tan cuestionable, o tener comercio con un ser de la clase del monstruo planta que carecía de un status biológico legítimo. Era impensable que científicos ortodoxos y de mente sólida defendiesen algo tan sospechoso. Consideraban además que había un sabor de truco o engaño en todo el asunto; y, en todo caso, era demasiado irregular como para ser considerado o contemplado con otra cosa que no fuese aprensión.

La escisión entre los sabios se volvió definitiva en una violenta discusión en que Stilton denunció a Gaillard y a los otros pro marcianos prácticamente como traidores del género humano, y como bolcheviques intelectuales cuyas ideas eran peligrosas a la integridad intelectual de la humanidad. Gresham y Polson estaban del lado de la ley y el orden mentales, siendo por profesión conservadores; y, así, el grupo estaba dividido en partes más o menos iguales de los que favorecían aceptar la oferta del marciano y quienes la rechazaban con más o menos sospecha e indignación.

Durante el curso de esta vehemente discusión, el sol se había puesto detrás de las altas murallas de hojarasca, y un frío gélido, como el que podría sentirse en un mundo medio desierto sin aire que lo atenúe, había tocado ya el crepúsculo rosa pálido. Los científicos comenzaron a temblar y sus pensamientos se vieron distraídos del problema que habían estado discutiendo por la incomodidad física de la que eran conscientes de una manera en aumento.

Escucharon la voz del extraño maniquí en el crepúsculo:

—Puedo ofreceros un selecto refugio durante la noche, además de durante vuestra estancia en Marte. Encontraréis la nave espacial bien iluminada y caliente, con todas las comodidades que podáis necesitar. Además, también puedo ofreceros otra hospitalidad. Mirad debajo de mi follaje, un poco a la derecha, donde estoy preparándoos ahora un refugio no menos cómodo y propicio que la nave... Un refugio que os ayudará a formaros una idea de mis variados poderes y potencialidades.

Los terrícolas vieron que la nave estaba brillantemente iluminada vertiendo una hermosa radiación amatista desde sus ventanas violeta. Entonces, debajo del follaje cercano por la derecha, notaron otra luminosidad todavía más extraña, que parecía ser emitida, como una especie de brillo nocturno, por las propias grandes hojas.

Incluso desde donde estaban de pie, notaron el agradable calor que comenzaba a calmar el frígido aire; y, avanzando hacia la fuente de estos fenómenos, descubrieron que las hojas se habían elevado y arqueado formando una amplia alcoba. El suelo estaba forrado con una especie de tejido de colores elástico, mullido y suave bajo sus pies, parecido a una alfombra fina. Jarras con líquidos y platos con comida estaban dispuestos en mesas bajas; y

el aire en la alcoba era tan cálido como el de una noche de primavera en un clima subtropical.

Gaillard y los otros pro marcianos, profundamente asombrados, estaban dispuestos a servirse inmediatamente del refugio de esta taumatúrgica hostelería. Pero los antimarcianos no querían saber nada de esto, considerándolo como obra del diablo. Sufriendo agudamente a causa del frío, con dientes entrechocados y miembros temblorosos, permanecieron en el claro abierto durante algún tiempo, y por fin se vieron empujados a buscar la puerta hospitalaria de la nave espacial, considerándola el menor de entre dos males según un extraño razonamiento.

Los otros, después de comer de las mesas que misteriosamente se les había proporcionado, se tumbaron en los tejidos como colchones. Se encontraron muy refrescados con el líquido de las jarras, que no era agua, sino alguna especie de rosado vino aromático. La comida, un auténtico maná, estaba mas agradablemente condimentada que la que habían consumido durante su viaje en la nave espacial.

En su estado de excitación nerviosa, que era consecuencia de sus experiencias, ninguno de ellos había esperado dormir. El aire poco familiar, la gravedad alterada, la radiación desconocida del exótico suelo, además de su viaje sin precedentes y los milagrosos descubrimientos y revelaciones del día, todos eran profundamente inquietantes y posibles causantes de un profundo desequilibrio de cuerpo y de mente.

Sin embargo, Gaillard y sus compañeros se sumieron en un profundo reposo sin sueños tan pronto como se hubieron tumbado. Quizá el líquido y el alimento sólido que habían consumido ayudase a esto; o quizá había algún narcótico o influencia mesmérica en el aire, cayendo desde las vastas hojas o procedente del cerebro del señor planta.

A los antimarcianos no les fue tan bien en este sentido, y su sueño resultó tenue e interrumpido. La mayoría de ellos habían comido muy poco de las viandas que se les ofrecía en la nave espacial; y Stilton en particular se había negado a comer y a beber en absoluto. Además de que, sin duda, su estado mental hostil era tal como para hacerles más resistentes al poder hipnótico de la planta, si tal poder estaba siendo ejercido. En cualquier caso, no compartieron los beneficios que se les concedieron a los otros.

Un poco antes del amanecer, cuando Marte estaba todavía enlutado en la oscuridad crepuscular, pero ligeramente iluminado por las dos lunas, Phobos y Deimos, Stilton se levantó de la suave cama en la que se había revuelto durante toda la noche, y comenzó a experimentar de nuevo, sin intimidarse ante su anterior fracaso e incomodidad, con los controles mecánicos de la nave.

Para su sorpresa, descubrió que las llaves de extraña forma ya no se resistían a sus manos. Podía moverlas y ordenarlas a voluntad; y enseguida descubrió el principio de su funcionamiento y fue capaz de hacer despegar y volar a la nave.

Sus compañeros se le unieron, llamados por su grito de triunfo. Todos estaban completamente despiertos y jubilosos con la esperanza de escapar de Mane y de la jurisdicción de la monstruosa planta. Animados por esta esperanza y temerosos a cada momento de que el marciano volviese a reafirmar su control esotérico sobre el mecanismo, se levantaron sin ser obstaculizados por el jardín oscuro del espacio extraterrestre y se dirigieron hacia la esfera brillante y verde de la Tierra, que podían distinguir entre las constelaciones desconocidas.

Mirando hacia atrás, vieron los grandes ojos del marciano mirándolos extrañamente desde la oscuridad, como estanques de clara fosforescencia azulada; y temblaron con el miedo de volver a ser llamados y capturados. Pero, por alguna razón inescrutable, se les permitió continuar su rumbo hacia la Tierra sin interferencia.

Sin embargo, su viaje se vio marcado hasta cierto punto por el desastre; y el torpe pilotaje de Stilton apenas representaba un sustituto para el conocimiento y la habilidad, medio divinos, del marciano. Más de una vez, la nave colisionó con meteoritos, ninguno de los cuales, afortunadamente, era lo bastante pesado como para penetrar el casco. Y cuando, después de muchas horas, se acercaron a la Tierra, Stilton fracasó en conseguir el grado necesario de deceleración. La nave cayó a una terrible velocidad y sólo se salvó de la destrucción cayendo en el Atlántico Sur. El mecanismo atascado se volvió inútil a causa de la caída, y la mayoría de los ocupantes fueron severamente golpeados y tuvieron moratones.

Después de flotar a la deriva durante varios días, la masa cobriza fue avistada por un buque de pasajeros con ruta al norte y arrastrada hasta el puerto de Lisboa. Allí, los científicos la abandonaron, y regresaron a América, después de narrar sus aventuras a los representantes de la prensa mundial, y emitieron una solemne advertencia contra los planes subversivos e infames propuestas del monstruo interplanetario.

El interés despertado por su regreso y por las noticias que traían fue tremendo. Una ola de profunda alarma y pánico, debida en parte a la inmemorial aversión humana por lo desconocido, se extendió inmediatamente por las naciones e inmensos miedos, exagerados y sin forma, crecieron como hidras oscuras en las mentes de los hombres.

Stilton y los demás conservadores siguieron cultivando estos miedos y creando con sus declaraciones una ola de prejuicios antimarcianos que abarcaba todo el mundo, una ciega oposición y una animosidad dogmática. Alistaron en su bando a cuantos de la hermandad científica pudieron; es decir, a los que tenían una mentalidad como la suya, además de a aquellos que se sentían impresionados o sometidos por la autoridad. Intentaron también, con mucho éxito, unir los poderes políticos en una fuerte liga que aseguraría el rechazo de cualquier nueva oferta de alianza procedente del marciano.

En toda esta reunión de fuerzas hostiles, de las fuerzas del conservadurismo, de la insularidad y la ignorancia, el factor religioso, como era inevitable, pronto se hizo notar. La pretensión de poder y conocimientos divinos hecha por el marciano fue tomada por las diversas jerarquías mundanas —por cristianos, mahometanos, budistas, hindúes e incluso por el vudú— como una blasfemia supremamente repugnante. La impiedad de semejantes pretensiones y la amenaza de un dios no antropomórfico y el tipo de culto que podría introducirse en la Tierra no podía tolerarse ni un momento. Califa y Papa, lama e imán, pastor y mahatma, todos hicieron causa común contra este invasor extraterrestre.

Además, los poderes políticos gobernantes consideraron que podía haber algo de bolchevique detrás de la oferta del marciano de impulsar un estado utópico en la Tierra. Y los intereses financieros, comerciales y manufactureros, de igual manera, consideraron que podía representar una amenaza a su

bienestar o estabilidad. En resumen, cada rama de la vida y de la actividad humanas estaba bien representada en el movimiento antimarciano.

En el intervalo en Marte, Gaillard y sus compañeros habían despertado de su sueño para descubrir que el brillo luminoso de las hojas arqueadas había dado paso a la luz dorada de la mañana. Descubrieron que podían alejarse con comodidad de la alcoba, porque el aire del claro en el exterior se estaba calentando rápidamente bajo el sol que ascendía.

Incluso antes de que hubiesen notado la ausencia de la nave cobriza, fueron advertidos de su marcha por el órgano humanoide de la planta. Este ser, al contrario que sus prototipos humanos, se encontraba exento de la fatiga; y había permanecido de pie toda la noche, o apoyado contra la pared carnosa a la que estaba unido. Ahora se dirigió a los terrícolas para decirles esto:

—Por razones propias, no he hecho el menor intento de impedir la fuga de vuestros compañeros, quienes, con su actitud ciegamente hostil, serían inútiles para mí, y cuya presencia tan sólo serviría para entorpecer el lazo que existe entre nosotros. Alcanzarán la Tierra e intentarán advertir a sus gentes contra mí y envenenar sus mentes contra mi benéfica oferta. Por desgracia, semejante resultado no puede evitarse, incluso si les hiciese volver a Marte utilizando mi control sobre la nave o les enviase para siempre al vacío entre los mundos. Noto que hay mucha ignorancia y dogmatismo y ciego autointerés que vencer, antes de que la excelente luz que ofrezco pueda disipar la oscuridad de las mentes terrestres. Después de que os haya retenido aquí durante unos días, y os haya instruido profundamente en los secretos de mi sabiduría trascendente, y os haya imbuido de sorprendentes poderes que servirán para demostrar mi omnivalente superioridad a las naciones de la Tierra, os enviaré de regreso allí como mis embajadores, y, aunque encontraréis gran oposición de vuestros semejantes, mi causa vencerá al final gracias al apoyo infalible de la verdad y de la ciencia.

Gaillard y sus compañeros recibieron este mensaje, además de los muchos que le siguieron, con supremo respeto y una reverencia que era medio religiosa. Cada vez estaban más convencidos de que se encontraban en presencia de una entidad mayor y más elevada que el hombre, de que el intelecto que así les hablaba por medio de una forma humana era

prácticamente inagotable en su amplitud y profundidad, y poseía muchas de las características de la infinitud y más de uno de los atributos de la deidad.

A pesar de ser agnósticos por inclinación o educación la mayoría de ellos, empezaron a concederle un cierto culto al sorprendente señor planta; y escuchaban con una actitud de completa sumisión, cuando no de abyección, los torrentes de su sabiduría acumulada al cabo de años, de secretos inmortales de la ley cósmica de la vida y la energía, con los que el gran ser comenzó a instruirles.

La educación así proporcionada era a un tiempo simple y esotérica. El señor planta comenzó a hablar sobre la naturaleza monística de todos los fenómenos de materia, luz, color, sonido, electricidad, gravedad y otras formas de radiación, además del tiempo y del espacio; que eran, dijo, tan sólo distintas variaciones perceptivas de un único principio o sustancia subyacente.

A los oyentes se les enseñó la invocación y control, mediante medios químicos bastante rudimentarios, de muchas fuerzas y tipos de energía que habían quedado, hasta el momento, más allá del campo de detección de los sentidos y de los instrumentos humanos. Se les enseñó también el terrible poder que se podía obtener refractando con ciertos elementos sensibilizados los rayos infrarrojos y ultravioletas del espectro, que, en una forma altamente concentrada, podía utilizarse para la desintegración y la reconstrucción de las moléculas de la materia.

Aprendieron a fabricar motores que emitían rayos de destrucción y transmutación; y como emplear estos rayos desconocidos, más potentes aún que los llamados rayos cósmicos, en la renovación de tejidos humanos y en la conquista de la enfermedad y la vejez.

Simultáneamente a esta educación, el señor planta se dedicó a construir una nueva nave espacial, en la cual los terrícolas regresarían a su propio planeta para predicar el evangelio marciano. La construcción de esta nave, cuyas planchas y vigas parecían materializarse en el vacío ante sus propios ojos, fue una lección práctica en el uso de esas arcanas fuerzas naturales. Los átomos que formarían las aleaciones necesarias fueron traídos juntos del espacio mediante el empleo de invisibles rayos magnéticos, fundidos mediante calor solar concentrado en una zona especialmente refractaria de la atmósfera

y moldeados en la forma deseada como la botella que adquiere su forma ante el aliento del soplador del vidrio.

Equipados con estos nuevos conocimientos y potencial dominio, con un cargamento de mecanismos sorprendentes hechos por el marciano para su uso, los pro marcianos finalmente se embarcaron en su viaje en dirección a la Tierra.

Una semana mas tarde del secuestro de los treinta y cinco terrícolas del estadio de Berkeley, la nave espacial conteniendo a los prosélitos marcianos aterrizó al mediodía en ese mismo estadio. Bajo el control del infinitamente hábil ser planta, descendió sin contratiempos tan delicadamente como un pájaro; y, tan pronto como las noticias de su llegada se extendieron, se vio rodeada de una gran multitud, en la que los motivos de la curiosidad y de la hostilidad estaban igualmente mezclados.

A través de la denuncia de los dogmáticos dirigidos por Stilton, los sabios y los tres periodistas dirigidos por Gaillard habían sido declarados delincuentes internacionales antes de su llegada. Se esperaba que volverían más pronto o más tarde a través de las maquinaciones del ser planta; y una ley especial, que les prohibía aterrizar en suelo terrestre bajo pena de prisión, había sido aprobada por todos los gobiernos.

Ignorantes de todo esto, e ignorantes también de lo extendido y virulento que era el prejuicio contra ellos, abrieron la puerta de la nave y se levantaron dispuestos a emerger.

Gaillard, que iba el primero, se paró al principio de las escaleras metálicas, y algo pareció frenarle mientras miraban a las caras amontonadas de la multitud, que se había agrupado con increíble rapidez. Vio enemistad, miedo, odio y sospechas en muchos de esos rostros; y en otros una curiosidad bufonesca, como podría mostrarse ante monstruos de feria. Un pequeño grupo de policías, dando codazos y haciendo retroceder a la canalla con mala educación profesional, se estaba dirigiendo hacia la primera fila; y gritos de burla y odio, empezando de dos en dos y de tres en tres para unirse en un tosco rugido, fueron lanzados contra los ocupantes de la nave.

—¡Malditos pro marcianos! ¡Abajo con los sucios traidores! ¡Colgad a los perros...!

Un tomate podrido, grande y goteante, fue arrojado contra Gaillard y se estrelló en los escalones a sus pies. Silbidos, gritos e insultos se añadieron al rugiente manicomio, pero, por encima de todo ello, él y sus compañeros escucharon una voz tranquila que hablaba desde el interior de la nave, la voz del marciano transportada a través de incontables millas de éter.

—Tened cuidado y posponed vuestro aterrizaje. Confíaos a mi guía, y todo estará bien.

Gaillard retrocedió al escuchar esta voz amenazadora, y la puerta valvular se cerró detrás de él junto con las escaleras dobladas, justo en el momento en que los policías que habían acudido a detener a los ocupantes de la nave se abrían camino entre la multitud.

Mirando estos rostros llenos de odio, Gaillard y sus compañeros sabios contemplaron una asombrosa manifestación del poder del marciano. Una pared de llamas violetas, descendiendo desde los distantes cielos, pareció interponerse entre la nave y la multitud, y los policías fueron arrojados, amoratados y jadeantes, pero sin daños, hacia atrás por la gran ola.

Esta llama, cuyo color cambiaba a azul y amarillo y a escarlata como una especie de aurora, brilló durante horas en torno a la nave e hizo virtualmente imposible que nadie se acercase. Retirándose a una distancia respetuosa, pasmados y aterrorizados, la multitud miraba en silencio; y la policía esperaba en vano una oportunidad para cumplir sus órdenes.

Al cabo de un rato, la llama se volvió blanca y nebulosa, y sobre ella, como en el seno de una nube, una extraña escena, parecida a un espejismo, apareció impresa, visible por igual a los que se encontraban dentro y fuera de la nave. Esta escena era el paisaje marciano en el que el cerebro central del señor planta estaba situado; y la multitud se quedó boquiabierta al recibir la mirada de los enormes ojos telescópicos, y vio los interminables tallos y masas de extensas asociaciones de follaje perenne.

Otras escenas y demostraciones siguieron, todas las cuales estaban calculadas para impresionar a la multitud con los poderes de obrar maravillas y las maravillosas facultades de este remoto ser.

Imágenes que ilustraban la vida histórica del marciano, además de las diferentes energías naturales arcanas sujetas a su dominio, seguidas una tras otra en rápida sucesión. El propósito de la pretendida alianza con la Tierra y los

beneficios que de ella recibiría la humanidad fueron también representados. La sabiduría y benignidad divina del poderoso ser, su superior naturaleza orgánica, su supremacía vital y científica, quedaron en claro hasta para el observador más tonto.

Muchos de aquellos que habían acudido a burlarse, o habían estado preparados para recibir a los pro marcianos y a su evangelio con desprecio, odio y violencia, se convirtieron al instante a la causa extraterrestre ante estas sublimes demostraciones.

Sin embargo, los científicos más dogmáticos, los auténticos irreductibles, representados por Godfrey Stilton, mantuvieron una postura de obstruccionismo adamantino, en la que fueron apoyados por los oficiales de la ley y del gobierno, además de por los prelados de las distintas religiones. La división de opiniones que se extendió por todo el mundo se convirtió en la causa de muchas guerras civiles y revoluciones, y en uno o dos casos condujo a hostilidades bélicas entre dos naciones.

Se realizaron numerosos esfuerzos para capturar y destruir la nave espacial marciana, que, bajo la guía de su piloto ultraplanetario, aparecía en muchos sitios del mundo, descendiendo repentinamente desde la estratosfera para realizar increíbles milagros científicos ante los ojos de las pasmadas multitudes. En todos los rincones del mundo, las imágenes fueron proyectadas sobre la pantalla de fuego nublado, y más y más gente se pasó a la nueva causa.

Los bombarderos persiguieron a la nave e intentaron arrojar su mortífera carga sobre ella, pero sin éxito, porque, siempre que la nave estaba en peligro, la aurora de llamas intervenía, desviando y devolviendo las bombas que habían explotado, a menudo para perjuicio de los que las habían lanzado.

Gaillard y sus compañeros, con valor de leones, salieron muchas veces de la nave, para mostrar, ante las multitudes o ante grupos selectos de sabios, las maravillosas invenciones y taumaturgias químicas que les había proporcionado el marciano. Por todas partes, la policía intentó detenerles, multitudes enloquecidas intentaron hacerles daño, regimientos armados intentaron aislarles y cortarles la retirada a la nave. Pero, con una habilidad que no parecía menos que sobrenatural, conseguían siempre evitar ser capturados; y a menudo confundían a sus perseguidores mediante sorprendentes

demostraciones o invocaciones de fuerzas esotéricas, paralizando temporalmente a los oficiales cívicos con rayos invisibles, o creando en torno a ellos una zona defensiva de calor intolerable o de frío ártico. Sin embargo, a pesar de esta miríada de demostraciones, las fortalezas del aislamiento y la ignorancia humanos seguían siendo inexpugnables en muchos lugares.

Profundamente alarmados por la amenaza extraterrestre a su estabilidad, los gobiernos y las religiones de la Tierra, además de los elementos científicos más conservadores, reunieron sus fuerzas en un intento, de lo más decidido y heroico, para frenar la incursión. Hombres de todas las edades, en todas partes, fueron llamados a filas en los ejércitos regulares; e incluso las mujeres y los niños fueron equipados con las armas más mortíferas del momento para su uso contra los pro marcianos, quienes, junto con sus mujeres y familiares, fueron considerados como infames renegados a los que había que cazar y asesinar como bestias salvajes, sin ceremonias.

La guerra civil resultante fue la más terrible de la historia humana. Clase social contra clase social y familia contra familia. Nuevos gases, más letales que los que hasta aquel momento se habían utilizado, fueron diseñados por los químicos, y regiones y ciudades enteras fueron apagadas bajo sus terribles efectos. Otras se convirtieron en fragmentos que volaban por los aires bajo el efecto de únicas cargas de explosivos superpotentes; y se hizo la guerra con aviones, con cohetes, con submarinos, con cruceros, con tanques, con cada vehículo y artilugio de muerte o destrucción creados por el ingenio homicida.

Los pro marcianos, que habían alcanzado algunas victorias al principio, estaban en una gran inferioridad numérica; y la suerte del combate empezó a volverse contra ellos. Repartidos en muchos países, se encontraron incapaces de unirse y organizar sus fuerzas en el mismo grado que sus oponentes oficiales. Aunque Gaillard y sus devotos compañeros iban a todas partes con su nave espacial, ayudando y apoyando a los radicales, e instruyéndoles en las nuevas armas y energías cósmicas, el grupo sufrió grandes derrotas a través de la brutal superioridad numérica de sus oponentes. Más y más, se vieron reducidos a pequeñas bandas, cazados y perseguidos, y obligados a buscar refugio en las zonas más salvajes y menos exploradas de la Tierra.

En Norteamérica, sin embargo, un gran ejército de rebeldes científicos, cuyos familiares se habían visto empujados a unirse a ellos, consiguió

mantener a raya a sus enemigos durante un tiempo. Rodeados por fin, y enfrentándose a enemigos superiores, el ejército estaba al borde de una derrota aplastante.

Gaillard, sobrevolando las negras y voluminosas nubes de la batalla, en que se mezclaban los gases venenosos con los humos de explosivos de alta potencia, sintió por primera vez la acometida de la verdadera desesperación. A él y a sus compañeros les parecía que el marciano les había abandonado, asqueado, quizá, con el horror bestial de todo el asunto y la odiosa y ciega estrechez de miras y la necedad fanática de la humanidad.

Entonces, a través del cielo lleno de humo, una flota de naves doradas y cobrizas descendió para aterrizar en el campo de batalla entre los partidarios de Marte. Había miles de estas naves; y de todas las puertas de entrada, que se habían abierto simultáneamente, surgió la voz del señor planta, llamando a sus partidarios e indicándoles que entrasen en la nave.

Salvados de la aniquilación por este acto de providencia marciana, todo el ejército obedeció la orden; y, tan pronto como los últimos hombres, mujeres y niños hubieron subido a bordo, las puertas se cerraron de nuevo, y la flota de naves espaciales, girando en graciosas y burlonas espirales sobre las cabezas de los confundidos conservadores, se elevó sobre el campo de batalla como una bandada de pájaros rojo cobrizo, y desapareció en los cielos del mediodía, conducida por la nave que llevaba al grupo de Gaillard.

En el mismo momento, en todas las partes del mundo en que pequeñas bandas de heroicos radicales se habían visto aisladas o amenazadas con la captura o la destrucción, otras naves descendieron de igual manera y se llevaron a los pro marcianos y sus familias hasta el último elemento. Estas naves se unieron a la flota principal en mitad del espacio; y, después, todas continuaron su curso bajo el misterioso pilotaje del señor planta, volando a una velocidad supercómica a través del vacío rodeado de estrellas.

Contrariamente a las expectativas de los exiliados, las naves no fueron conducidas hacia Marte; y pronto resultó evidente que su objetivo era el planeta Venus. La voz del marciano, hablando por el eterno éter, hizo el siguiente anuncio:

—En mi infinita sabiduría, mi suprema prescencia, os he apartado de la lucha sin esperanza para establecer en la Tierra la luz soberana y la verdad

que os había ofrecido. Tan sólo a vosotros de la Tierra os he encontrado dignos; y la multitud de la humanidad que han rechazado la salvación con odio y de una manera contumaz, prefiriendo la oscuridad natal de la enfermedad, la muerte y la ignorancia en la que nacieron, deben ser abandonados desde ahora a su inevitable destino. A vosotros, como los fieles sirvientes en los que confío, os envió para colonizar bajo mi tutela un gran continente en el planeta Venus, y fundar, entre la exuberancia primordial de este nuevo mundo, una nación supercientífica.

La flota pronto se acercó a Venus, y rodeó el ecuador a una gran altura de su atmósfera cargada de nubes, por la que no se podía distinguir otra cosa que no fuese un océano hirviente que parecía estar a punto de evaporarse, que parecía cubrir todo el planeta. Aquí, bajo un sol que nunca se ponía, prevalecían por todas partes unas temperaturas intolerables, tales que podían haber cocido la carne de un ser humano expuesto directamente a la acuosa atmósfera. Sufriendo, incluso en el interior de sus naves aisladas, ese terrible calor, los exiliados se preguntaban como iban a subsistir en un mundo semejante.

Por fin, su destino se puso ante su vista, y sus dudas quedaron resueltas. Aproximándose al lado nocturno de Venus que nunca queda expuesto a la luz del día, en una latitud en la que el sol caía muy lateralmente, como sobre reinos árticos, contemplaron, a través de vapores cada vez menos densos, una inmensa extensión de tierra, el único continente en aquel mar planetario. Dicho continente estaba cubierto con fértiles junglas, conteniendo una flora y una fauna similares a las de las eras preglaciales de la Tierra.

Calamentos, palmeras y helechos de un verdor increíble se mostraron ante sus ojos; y vieron por todas partes los grandes reptiles sin cerebro, megalosaurios, plesiosaurios, laberintodontes y pterodáctilos del período jurásico.

Siguiendo las instrucciones del marciano, antes de aterrizar, dieron muerte a estos reptiles, incinerándolos por completo con rayos infrarrojos, de forma que no quedasen ni sus cadáveres para manchar el aire con sus efluvios putrefactos. Cuando todo el continente hubo sido limpiado de esta apestosa forma de vida, las naves descendieron; y, al emerger, los colonos se encontraron en un terreno de fertilidad sin paralelos, en donde el propio suelo

parecía vibrar con primordial vigor, y cuyo aire era rico en ozono, oxígeno y nitrógeno.

Aquí, la temperatura, aunque seguía siendo subtropical, resultaba agradable y cálida; y, por medio del uso de tejidos protectores proporcionados por el marciano, los terrícolas pronto se acostumbraron a la perpetua luz del sol y a la intensa radiación ultravioleta. Con los conocimientos a su disposición, fueron capaces de combatir las bacterias desconocidas y altamente perniciosas que eran características de Venus, e incluso de exterminar algunas de estas bacterias con el transcurso del tiempo. Se convirtieron en los amos de un clima saludable, dotado de cuatro estaciones templadas y equilibradas proporcionadas por la rotación anual del planeta, pero con un único día perpetuo, como las místicas islas de Blest, con un sol bajo que nunca se ponía.

Bajo el liderazgo de Gaillard, quien permanecía en íntima unión y continuo contacto con el señor planta, los grandes bosques fueron talados en muchos lugares. Ciudades de elevada y etérea arquitectura, tan hermosas como las de un Edén espacial, construidas con la ayuda de rayos de fuerza, comenzaron a elevar sus graciosas torretas y cúpulas como nubes majestuosas sobre los gigantescos calamentos y helechos.

A través de los trabajos de los exiliados terrestres, se estableció una nación verdaderamente utópica, aliada al señor planta como a una deidad tutelar; una nación dedicada al progreso cósmico, a la libertad y a la tolerancia espiritual; una nación feliz, cumplidora de la ley, bendita con una longevidad de milenios, y libre de la pena, de la enfermedad y del error.

Aquí también, en las costas del gran mar de Venus, se construyeron los grandes transmisores que enviaban, a través del espacio interplanetario, ondas incesantes de radiación electrónica con el agua necesaria para reaprovisionar el suelo y el aire deshidratados de Marte, asegurando así al ser planta una perpetuidad de vida semejante a la de un dios.

Mientras tanto, en la Tierra, sin que lo supiesen Gaillard y sus compañeros de exilio, que no habían hecho ningún esfuerzo para comunicarse con el mundo que habían abandonado, algo sorprendente había sucedido; una prueba final de la virtual omnipotencia y omnisapiencia del marciano.

En el gran valle de Cachemira, en el norte de la India, descendió un día, desde el cielo despejado, una semilla de una milla de largo, brillando como un enorme meteorito, y aterrorizando a los supersticiosos pueblos asiáticos, quienes vieron en su caída el aviso de alguna terrible catástrofe. La semilla echó raíz en el valle, y, antes de que su auténtica naturaleza hubiese sido establecida, el supuesto meteorito comenzó a echar, y a enviar en todas direcciones, una multitud de enormes tentáculos que inmediatamente echaron hojas. Cubrió pronto las llanuras del sur y las eternas nieves y rocas del Hindu—Kush y el Himalaya con su gigantesca verdura.

Pronto, los montañeros afganos pudieron escuchar la explosión de la yema de sus hojas como un distante trueno entre sus pasos; y, al mismo tiempo, avanzó como un monstruo destructor de hombres por la India central. Extendiéndose por todas las direcciones, y creciendo a la velocidad de un tren expreso, los tentáculos de la poderosa viña procedieron a cubrir los reinos asiáticos. Cubriendo valles, cimas, colinas y mesetas, desiertos, ciudades y costas con sus titánicas hojas, invadió Europa y África; y entonces, atravesando el estrecho de Bering, entró en Norteamérica y se dirigió hacia el sur, ramificándose por todas partes hasta que todo el continente, y también Sudamérica hasta Tierra del Fuego, hubieron sido enterrados bajo la masa de follaje insuperable.

Frenéticos esfuerzos fueron realizados para frenar el progreso de la planta por parte de los ejércitos, utilizando bombas y cañones, con riegos letales y con gases; pero todo fue en vano. Por todas partes, la humanidad fue ahogada debajo de las vastas hojas, como las de un omnipresente árbol de veneno, que emitía un olor estupefaciente y narcótico que confería a quienes lo olían una rápida eutanasia.

Pronto, la planta cubrió el globo, porque los mares ofrecían nula o escasa barrera para sus tallos maduros y zarcillos. Cuando el proceso de crecimiento estuvo completo, la chusma antimarciana se había reunido con los grotescos monstruos de tiempos prehistóricos en el limbo del olvido al que van a parar todas las especies que han sido superadas y se han quedado anticuadas. Pero, por clemencia divina del señor planta, la muerte final que alcanzó a los recalcitrantes fue tan tranquila como irresistible.

Stilton y sus colegas consiguieron escapar a la general condena durante un breve tiempo, huyendo en un cohete a la plataforma ártica. Allí, mientras se estaban congratulando de su escape, vieron, a lo lejos en el horizonte, elevarse de los veloces tallos, debajo del follaje de los cuales, el hielo y la nieve parecían deshacerse en rugientes torrentes. Estos torrentes enseguida se convirtieron en un mar como el del diluvio, en el que los últimos dogmáticos se ahogaron. Sólo así escaparon a la eutanasia de las grandes hojas que había alcanzado a todos sus semejantes.

Seedling of Mars. Fecha: 20 de julio de 1931.

*Primera publicación: Wonder Stories Quarterly, final de 1931,
bajo el título The Planet Entity.*

Antología original: Tales of Science and Sorcery, Arkham House, Sauk City, Wisconsin,
noviembre de 1964. Relato que figura también bajo el nombre de The Martian.

THE MAZE OF MAAL DWEB

CLARK ASHTON SMITH

By the light of the four small waning moons of Xiccarph, Tiglari had crossed that bottomless swamp wherein no reptile dwelt and no dragon descended; but where the pitch-black ooze was alive with incessant heavings. He had not cared to use the high causeway of corundum that spanned the fen, and had threaded his way with much peril from isle to sedgy isle that shuddered gelatinously beneath him. When he reached the solid shore and the shelter of the palm-tall rushes, he did not approach the porphyry stairs that wound skyward through giddy chasms and along glassy scarps to the house of Maal Dweb. The causeway and the stairs were guarded by the silent, colossal automatons of Maal Dweb, whose arms ended in long crescent blades of tempered steel which were raised in implacable scything against any who came thither without their master's permission.

Tiglari's naked body was smeared with the juice of a plant repugnant to all the fauna of Xiccarph. By virtue of this he hoped to pass unharmed the ferocious ape-like creatures that roamed at will through the tyrant's cliff-hung gardens. He carried a coil of woven root-fibre, strong and light, and weighted with a brazen ball, for use in climbing the mesa. At his side, in a sheath of chimera-skin, he wore a needle-sharp knife that had been dipped in the poison of winged vipers.

Many, before Tiglari, with the same noble dream of tyrannicide, had attempted to cross the fen and scale the scarps. But none had returned; and the fate of such as had won to the palace of Maal Dweb was a much-disputed problem. But Tiglari, the skilled jungle hunter, was undeterred by the hideous dubieties before him.

That escalate would have been an improbable feat by the full light of the three suns of Xiccarph. With eyes keen as those of some night-flying pterodactyl, Tiglari hurled his weighted coil about narrow coigns and salients. He climbed with simian ease from footheld to foothold; and at length he gained a little buttress beneath the last cliff. From this vantage it was easy to fling his rope around a crooked tree that leaned gulfward with scimitar-like foliage from the gardens.

Evading the sharp, semi-metallic leaves that slashed downward as the tree bent limberly with his weight, he stood, stooping warily, on the fearsome and fabled mesa. Here, it was said, with no human aid, the half-demoniac sorcerer had carved a mountain's pinnacles into walls, domes and turrets, and had leveled the rest of the mountain to a flat space about them. This space he had covered with loamy soil, produced by magic; and therein he had planted curious baneful trees from outlying worlds, together with flowers that might have been those of some exuberant hell.

Little enough was known of these gardens; but the flora that grew upon the northern, southern and western sides of the palace was believed to be less deadly than that which faced the dawning of the three suns. Much of this latter vegetation, accordiag to myth, had been trained. and topiarized in the form of a labyrinth, balefully ingenious, that concealed atrocious traps and unknown dooms. Mindful of this labyrinth, Tiglari had appraached the place on the side toward the sunset.

Breathless from his climb, he crouched in the garden shadows. About him heavy-hooded blossoms leaned in venomous languor, or fawned with open mouths that exhaled a narcotic perfume or diffused a pollen of madness. Anomalous, multiform, with silhouettes that curdled the blood or touched the mind with nightmare, the trees of Maal Dweb appeared to gather and conspire against him. Some arose with the sinuous towering of plumed pythons, of aigretted dragons. Others crouched with radiating limbs like the hairy members of giant spiders. They seemed to close in upon Tiglari. They waved their

frightful darts of thorn, their scythe-like leaves. They blotted the four moons with webs of arabesque menace.

With endless caution the hunter made his way forward, seeking a rift in the monstrous hedge. His faculties, ever alert, wore quickened still more by fear and hatred. The fear was not for himself but for the girl Athlé, his beloved and the fairest of his tribe, who had gone up alone that evening by the causeway of corundum and the porphyry stairs. at the summons of Maal Dweb. His hatred was that of an outraged lover for the all-powerful, all-dreaded tyrant whom no man had ever seen, and from whose abode no woman ever came back; who spoke with an iron voice audible in far cities or outmost jungles; who punished the disobedient with a doom of falling fire swifter than the thunderstone.

Maal Dweb had taken ever the fairest from among the maidens of the planet Xiccarph; and no mansion of the walled towns, or outland cave, was exempt from his scrutiny. He had chosen no less than fifty girls during the period of his tyranny; and these, forsaking their lovers and kinsfolk voluntarily, lest the wrath of Maal Dweb should descend upon them, had gone one by one to the mountain citadel and were lost behind its cryptic walls. There, as the odalisques of the ageing sorcerer, they were supposed to dwell in halls that multiplied their beauty with a thousand mirrors; and were said to have for servants women of brass and men of iron.

Tiglari had poured before Athlé his uncouth adoration and the spoils of the chase, but having many rivals, was unsure of her favor. Cool as a river-lily, she had accepted impartially his worship and that of the others, among whom the warrior Mocair was perhaps the most formidable. Returning from the hunt, Tiglari had found the tribe in lamentation; and learning that Athlé had departed to the harem of Maal Dweb, was swift to follow. He had not told his intention to anyone, since the ears of Maal Dweb were everywhere; and he did not know whether Mocair or any of the others had preceded him in his desperate errantry. But it was not unlikely that Mocair had already dared the obscure and hideous perils of the mountain.

The thought of this was enough to drive Tiglari forward with a rash disregard of the clutching foliations and reptile flowers. He came to a gap in the horrible grove, and saw the saffron lights from the sorcerer's windows. The lights were vigilant as dragon's eyes, and appeared to regard him with an evil awareness. But Tiglari leapt toward them, across the gap, and heard the clash of sabered leaves meeting behind him.

Before him was an open lawn, covered with a queer grass that squirmed like innumerable worms under his feet. He did not care to linger upon that lawn. There were no footmarks in the grass; but, nearing the palace portico, he saw a coil of thin rope that someone had flung aside, and surmised that Mocair had preceded him.

There were paths of mottled marble about the palace, and fountains that played from the throats of carven monsters. The open portals were unguarded, and the whole building was still as a mausoleum lit by windless lamps. Tiglari, however, mistrusted this appearance of quietude and slumber, and followed the bordering paths for some distance before daring to approach nearer to the palace.

Certain large and shadowy animals, which he took for the apish monsters of Maal Dweb, went by him in the gloom. Some of them ran in four-footed fashion, while others maintained the half-erect posture of anthropoids; but all were hairy and uncouth. They did not offer to molest Tiglari; but, whining dismally, they slunk away as if to avoid him. By this token he knew that they were actual beasts, and could not abide the odor with which he had smeared his limbs and torso.

At length he came to a lampless, column-crowded portico; and, gliding silently as a jungle snake, he entered the mysterious house of Maal Dweb. A door stood open behind the dark pillars; and beyond the door he discerned the dim reaches of an empty hall.

Tiglari went in with redoubled caution, and began to follow the arras wall. The place was full of unknown perfumes, languorous and somnolent: a subtle reek as of censers in hidden alcoves of love. He did not like the perfumes; and the silence troubled him more and more. It seemed to him that the darkness was thick with unheard breathings, was alive with invisible movements.

Slowly, like the opening of great yellow eyes, yellow, flames arose in lamps of copper along the hall. Tiglari hid himself behind an arras; and peering forth presently, he saw that the hall was still deserted. Finally he dared to resume his progress. All around him the rich hangings, brodered with purple men and blue women on a field of blood, appeared to stir with uneasy life in a wind he could not feel. But there was no sign of the presence of Maal Dweb or his metal servitors and human odalisques.

The doors on either side of the hall, with cunningly mated valves of ebony and ivory, were all closed. At the far end Tiglari saw a thin rift of light in a somber double arras. Parting the arras very slowly, he peered through into a huge brilliantly lit chamber that seemed to be the harem of Maal Dweb, peopled with all the girls that the enchanter had summoned to his dwelling. It seemed, in fact, that there were hundreds, leaning or lying on ornate couches, or standing in attitudes of languor or terror. Tiglari discerned in the throng the women of Ommu-Zain, whose flesh is whiter than desert salt; the slim girls of Uthmai, who are molded from breathing, palpitating jet; the queenly topaz girls of equatorial Xala; and the small women of Ilap, who have the tones of newly greening bronze. But among them all he could not find the lotus-like beauty of Athlé.

Much he marveled at the number of the women and the perfect stillness with which they maintained their various postures. They were like goddesses that slept in some enchanted hall of eternity. Tiglari, the intrepid hunter, was awed and frightened. These women — if indeed they were women and not mere statues — were surely the thralls of a death-like spell. Here, indeed, was proof of the sorcery of Maal Dweb.

However, if Tiglari were to continue his search, he must traverse that enchanted chamber. Feeling that a marble sleep might descend upon him at the crossing of the sill, he went in with held breath and furtive leopard-like paces. About him the women preserved their eternal stillness. Each, it seemed, had been overcome by the spell at the instant of some particular emotion, whether of fear, wonder, curiosity, vanity, weariness, anger or voluptuousness. Their number was fewer than he had supposed; and the room itself was smaller: but metal mirrors, paneling the walls, had created an illusion of multitude and immensity.

At the farther end he parted a second double arras, and peered into a twilight chamber illumined dimly by two censers that gave forth a parti-colored glow. The censers stood on tripods, facing each other. Between them, beneath a canopy of some dark and smoldering stuff with hinges braided like women's hair, was a couch of nightdeep purples bordered with silver birds that fought against golden snakes.

On the couch, in sober garments, a man reclined as if weary or asleep. The man's face was dim with ever-wavering shadows; but it did not occur to Tiglari that this was any other than the redoubtable tyrant whom he had come to slay. He knew that this was Maal Dweb, whom no man had seen in the flesh but whose power was manifest to all: the occult, omniscient ruler of Xiccarph; the suzerain of the three suns and of all their planets and moons.

Like ghostly sentinels, the symbols of the grandeur of Maal Dweb, the images of his frightful empire, rose up to confront Tiglari. But the thought of Athlé was a red mist that blotted all. He forgot his eery terrors, his awe of that wizard palace. The rage of the bereaved lover, the bloodthirst of the cunning hunter awoke within him. He neared the unconscious sorcerer; and his hand tightened on the hilt of the needle-sharp knife that had been dipped in vipervenom.

The man before him lay with closed eyes and a cryptic weariness on his mouth and eyelids. He seemed to meditate rather than sleep, like one who

wanders in a maze of distant memories or profound reveries. About him the walls were draped with funereal hangings, darkly figured. Above him the twin censers wrought a cloudy glow, and diffused throughout the room their drowsy myrrh, which made Tiglari's senses swim with a strange dimness.

Crouching tiger-wise, he made ready for the stroke. Then, mastering the subtle vertigo of the perfume, he rose up; and his arm, with the darting movement of some heavy but supple adder, struck fiercely at the tyrant's heart.

It was as if he tried to pierce a wall of stone. In midair, before and above the recumbent enchanter, the knife clashed on some unseen, impenetrable substance; and the point broke off and tinkled on the floor at Tiglari's feet. Uncomprehending, baffled; he peered at the being whom he had sought to slay. Maal Dweb had not stirred nor opened his eyes; but his look of enigmatic weariness was somehow touched with a faint and cruel amusement.

Tiglari put out his hand to verify a curious notion that had occurred to him. Even as he had suspected, there was no couch or canopy between the censers — only a vertical, unbroken, highly polished surface in which the couch and its occupant were apparently reflected. But, to his further mystification, he himself was not visible in the mirror.

He whirled about, thinking that Maal Dweb must be somewhere in the room. Even as he turned, the funereal draperies rushed back with a silken, evil whispering from the walls, as if drawn by unseen hands. The chamber leapt into sudden glaring light; the walls appeared to recede illimitably; and naked giants whose umber-brown limbs and torsos glistened as if smeared with ointment, stood in menacing postures on every side. Their eyes glowered like those of jungle creatures; and each of them held an enormous knife, from which the point had been broken.

This, thought Tiglari, was a fearsome thaumaturgy; and he crouched down, wary as a trapped animal, to await the assault of the giants. But these beings,

crouching simultaneously, mimicked his every movement. It came to him that what he saw was his own reflection, multiplied in the mirrors.

He turned again. The tasseled canopy, the couch of nightdark purples, the reclining dreamer, had vanished. Only the censers remained, rearing before a glassy wall that gave back like the others the reflection of Tiglari himself.

Baffled and terrified, he felt that Maal Dweb, the allseeing, all-potent magician, was playing a game and was deluding him with elaborate mockeries. Rashly indeed had Tiglari pitted his simple brawn and forest craft against a being capable of such demoniac artifice. He dared not stir, he scarcely ventured to breathe. The monstrous reflections appeared to watch him like giants guarding a captive pigmy. The light, which streamed as if from hidden lamps in the mirrors, took on a more pitiless and alarming luster. The reaches of the room seemed to deepen; and far away in their shadows he saw the gathering of vapors with human faces that melted and reformed incessantly and were never twice the same.

Ever the weird radiance brightened; ever the mist of faces, like a hell-born smoke, dissolved and re-limned itself behind the immobile giants, in the lengthening vistas. How long Tiglari waited, he could not tell: the bright frozen horror of that room was a thing apart from time.

Now, in the lit air, a voice began to speak; a voice that was toneless, deliberate, and disembodied. It was faintly contemptuous; a little weary, slightly cruel. It was near as the beating of Tiglari's heart — and yet infinitely far.

'What do you seek, Tiglari?' said the voice. 'Do you think to enter with impunity the palace of Maal Dweb? Others — many others, with the same intentions — have come before you. But all have paid a price for their temerity.'

'I seek the maiden Athlé,' said Tiglari. 'What have you done with her?'

'Athlé is very beautiful,' returned the voice. 'It is the will of Maal Dweb to make a certain use of her loveliness. The use is not one that should concern a hunter of wild beasts. ... You are unwise, Tiglari.'

'Where is Athlé?' persisted the hunter,

'She has gone to find her fate in the labyrinth of Maal Dweb. Not long ago, the warrior Mocair, who had followed her to my palace, went out at my suggestion to pursue his search amid the threadless windings of that never-to-beexhausted maze. Go now, Tiglari, and seek her also. There are many mysteries in my labyrinth; and among them, perhaps, is one which you are destined to solve.'

A door had opened in the mirror-paneled wall. Emerging as if from the mirrors, two of the metal slaves of Maal Dweb had appeared. Taller than living men, and gleaming from head to foot with implacable lusters as of burnished swords, they came forward, upon Tiglari. The right arm of each was handed with a great sickle. Hastily, the hunter went out through the opened door, and heard behind him the surely clash of its meeting valves.

The short night of the planet Xiccarph was not yet over; and the moons had all gone down. But Tiglari saw before him the beginning of the fabled maze, illumined by glowing globular fruits that hang lantern-wise from arches of foliage. Guided only by their light, he entered the labyrinth.

At first, it was a place of elfin fantasies. There were quaint paths, pillared with antic trees, latticed with drolly peering faces of extravagant orchids, that led the seeker to hidden, surprising bowers of goblinry. It was as if those outer mazes had been planned wholly to entice and beguile. Then, by vague degrees, it seemed that the designer's mood had darkened, had become more ominous and baleful. The trees that lined the way with their twisted, intertwining boles were Laoc öons of struggle and torture, lit by enormous fungi that seemed to lift unholy tapers. The path ran downward to eery pools alight with wreathing witchfires, or climbed with evilly tilted steps through caverns of close-set leafage

that shone like brazen dragon-scales. It divided at every turn; the branching multiplied; and skilled though he was in jungle-craft, it would have been impossible for Tiglari to retrace his wanderings. He kept on, hoping that chance would somehow lead him to Athlé; and many times he called her name aloud but was answered only by remote, derisive echoes or by the dolorous howling of some unseen beast.

Now he was mounting through arbors of malignant hydra growths that coiled and uncoiled tumultuously about him. The way lightened more and more; the night-shining fruits and blossoms were pale and sickly as the dying tapers of a witches' revel. The earliest of the three suns had risen; and its gamboge-yellow beams were filtering in through the frilled and venomous vines.

Far off, and seeming to fall from some hidden height in the maze before him, he heard a chorus of brazen voices that were like articulate bells. He could not distinguish the words; but the accents were those of a solemn announcement, fraught with portentous finality. They ceased; and there was no sound other than the hiss and rustle of swaying plants.

It seemed now, as Tiglari went on, that his every step was predestined. He was no longer free to choose his way; for many of the paths were overgrown by things that he did not care to face; and others were blocked by horrid portcullises of cacti, or ended in pools that teemed with leeches larger than tunnies. The second and third suns arose, heightening with their emerald and carmine rays the horror of the strange web closing ineluctably about him.

He climbed on by stairs that reptilian vines had taken, and gradients lined with tossing, clashing aloes. Rarely, could he see the reaches below, or the levels toward which he was tending. Somewhere on the blind path he met one of the ape-like animals of Maal Dweb: a dark, savage creature, sleek and glistening like a wet otter, as if it bathed in one of the pools. It passed him with a hoarse growl, recoiling as the others had done from his repulsively smeared body... But nowhere could he find the maiden Athlé, or the warrior Mocair, who had preceded him into the maze.

Now he came to a curious little pavement of onyx, oblong, and surrounded by enormous flowers with bronze-like stems and great leaning bells that might have been the mouths of chimeras, yawning to disclose their crimson throats. He stepped forward upon the pavement through a narrow gap in this siagular hedge, and stood staring irresolutely at the serried blooms: for here the way seemed to end.

The onyx beaeath his feet was wet with some unknown, sticky fluid. A quick sense of peril stirred within him, and he turned to retrace his steps. At his first movement toward the opening through which he had entered, a long tendril like a wire of bronze recoiled with lightning rapidity from the base of each of the flower stems, and closed about his ankles. He stood trapped and helpless at the center of a taut net. Then, while he struggled impotently, the stems began to lean and tilt toward him, till the red mouths of their blossoms were close about his knees like a circle of fawning monsters.

Nearer they came, almost touching him. From their lips a clear, hueless liquid, dripping slowly at first, and then running in little rills, descended on his feet and ankles and shanks. Indescribably, his flesh crawled beneath it; then there was a passing numbness; then a furious stinging like the bites of innumerable insects. Between the crowding heads of the flowers, he saw that his legs had undergone a mysterious and horrifying change. Their natural hairiness had thickened, had assumed a shaggy pile like the fur of apes; the shanks themselves had somehow shortened and the feet had grown longer, with uncouth finger-like toes such as were possessed by the animals of Maal Dweb.

In a frenzy of nameless alarm, he drew his broken-tipped knife and began to slash at the flowers. It was as if he had assailed the armored heads of dragons, or had struck at ringing bells of iron. The blade snapped at the hilt. Then the blossoms, lifting hideously, were leaning about his waist, were laving his hips and thighs in their thin, evil slaver.

With the senses of one who drowns in nightmare, he heard the startled cry of a woman. Above the tilted flowers he beheld a strange scene which the hitherto impenetrable maze, parting as if by magic, had revealed. Fifty feet away, on the same level as the onyx pavement, there stood an elliptic dais of moon-white stone at whose center the maiden Athlé, emerging from the labyrinth on a raised, porphyry walk, had paused in an attitude of wonder. Before her, in the claws of an immense marble lizard that reared above the dais, a round mirror of steely metal was held upright. Athlé, as if fascinated by some strange vision, was peering into the disk. Midway between the pavement and the dais, a row of slender brazen columns rose at broad intervals, topped with graven heads like demoniac Termini.

Tiglari would have called out to Athlé. But at that moment she took a single step toward the mirror, as if drawn by something that she saw in its depths; and the dull disk seemed to brighten with some internal, incandescent flame. The hunter's eyes were blinded by the spiky rays that leapt forth from it for an instant, enveloping and transfixing the maiden. When the dimness cleared away in whirling blots of color, he saw that Athlé, in a pose of statuesque rigidity, was still regarding the mirror with startled eyes. She had not moved; the wonder was frozen on her face; and it came to Tiglari that she was like the women who slept an enchanted slumber in the harem of Maal Dweb. Even as this thought occurred to him, he heard a ringing chorus of metallic voices that seemed to emanate from the graven demon heads of the columns.

'The maiden Athlé,' announced the voices in solemn and portentous tones, 'has beheld herself in the mirror of Eternity, and has passed beyond the changes and corruptions of Time.'

Tiglari felt as if he were sinking into some obscure and terrible fen. He could comprehend nothing of what had befallen Athlé; and his own fate was an equally dark and dreadful enigma, beyond the solution of a simple hunter.

Now the blossoms had lifted about his shoulders, were laving his arms, his body. Beneath their abhorrent alchemy the transformation continued. A long fur

sprang up on the thickening torso; the arms lengthened: they became simian; the hands took on a likeness to the feet. From the neck downward, Tiglari differed in no wise from the apish creatures of the garden.

In helpless abject horror, he waited for the completion of the metamorphosis. Then he became aware that a man in sober garments, with eyes and mouth filled with the weariness of strange things, was standing before him. Behind the man were two of the sickle-handed iron automatons. In a somewhat languid voice, the man uttered an unknown word that vibrated in the air with prolonged mysterious aftertones. The circle of craning flowers drew back from Tiglari, resuming their former upright positions in a close hedge; and the wiry tendrils were withdrawn from his ankles. Hardly able to comprehend his release, he heard a sound of brazen voices, and knew dimly that the demon heads of the columns had spoken, saying:

'The hunter Tiglari has been laved in the nectar of the blossoms of primordial life, and has become in all ways, from the neck downward, even as the beasts that he hunted.'

When the chorus ceased, the weary man in sober raiment came nearer and addressed him:

'I, Maal Dweb, had planned to deal with you precisely as I dealt with Mocair and many others. Mocair was the beast that you met in the labyrinth, with new-made fur still sleek and wet from the liquor of the flowers; and you saw some of his predecessors about the palace. However, I find that my whims are not always the same. You, Tiglari, unlike the others shall at least remain a man from the neck upward; you are free to resume your wanderings in the labyrinth, and escape from it if you can. I do not wish to see you again, and my clemency springs from another reason than esteem for your kind. Go now: the maze has many windings which you are yet to traverse.'

A great awe was upon Tiglari; his native fierceness, his savage volition, were tamed by the enchanter's languid will. With one backward look of concern and

wonder at Athlé, he withdrew obediently, slouching like a huge ape. His fur glistening wetly to the three suns, he vanished amid the labyrinth.

Maal Dweb, attended by his metal slaves, went over to the figure of Athlé, which still regarded the mirror with astonished eyes.

'Mong Lut,' he said, addressing by name the nearer of the two automatons at his heels, 'it has been, as you know, my caprice to eternalize the frail beauty of women. Athlé, like the others before her, has explored my ingenious maze, and has looked into that mirror whose sudden radiance turns the flesh to a stone fairer than marble and no less enduring... Also, as you know, it has been my whim to turn men into beasts with the copious fluid of certain artificial flowers, so that their outer semblance should conform more strictly to their inner nature. Is it not well, Mong Lut, that I have done these things? Am I not Maal Dweb, in whom all knowledge and all power reside?'

'Yes, master,' echoed the automaton. 'You are Maal Dweb, the all-wise, the all-powerful, and it is well that you have done these things.'

'However,' continued Maal Dweb, 'the repetition of even the most remarkable thaumaturgies can grow tiresome after a certain number of times. I do not think that I shall deal again in this fashion with any woman, or deal thus with any man. Is it not well, Mong Lut, that I should vary my sorceries in future? Am I not Maal Dweb, the all resourceful?'

'Indeed, you are Maal Dweb,' agreed the automaton, 'and it would no doubt be well for you to diversify your enchantments.'

Maal Dweb was not ill pleased with the answers that the automaton had given. He cared little for converse, other than the iron echoing of his metal servitors, who assented always to all that he said, and spared him the tedium of arguments. And it may have been that there were times when he wearied a little even of this, and preferred the silence of the petrified women, or the muteness of the beasts that could no longer call themselves men.

THE MAZE OF THE ENCHANTER

CLARK ASHTON SMITH

With no other light than that of the four diminutive moons of Xiccarph, each in a different phase but all decrescent, Tiglari had crossed the bottomless swamp of Soorm, wherein no reptile dwelt and no dragon descended - but where the pitch-black ooze was alive with continual heavings and writhings. He had carefully avoided the high causey of white corundum that spanned the fen, and had threaded his way with infinite peril from isle to sedgy isle that shuddered gelatinously beneath him. When he reached the solid shore and the shelter of the palm-tall rushes, he was equally careful to avoid the pale porphyry stairs that wound heavenward through dizzy, nadir-cleaving chasms and along glassy scarps to the ever-mysterious and terrible house of Maal Dweb. The causey and the stairs were guarded by those that he did not wish to meet: the silent, colossal iron servitors of Maal Dweb, whose arms ended in long crescent blades of tempered steel which were raised in implacable scything against any who came thither without their master's permission.

Tiglari's naked body was smeared from crown to heel with the juice of a jungle plant repugnant to all the fauna of Xiccarph. By virtue of this he hoped to pass unharmed the ferocious ape-like creatures that roamed at will through the cliff-hung gardens and halls of the Tyrant. He carried a coil of woven root-fiber, wonderfully strong and light, and weighted with a brazen ball at one end, for use in climbing the mountain. At his side, in a sheath of chimera-skin, he wore a needle-sharp knife that had been dipt in the mortal poison of winged vipers.

Many, before Tiglari, with the same noble dream of tyrannicide, had attempted to cross the pitchy fen and scale the forbidding scarps. But none had returned; and the fate of such as had actually won to the mountain palace of Maal Dweb was a much-disputed problem; since no man had ever again beheld them, living or dead. But Tiglari, the jungle hunter, skilled in the slaying of fierce and crafty beasts, was undeterred by the more than hideous probabilities before him.

The escalade of the mountain would have been a highly dangerous feat by the full light of the three suns of Xiccarph. With eyes that were keen as those of some night-flying pterodactyl, Tiglari hurled his weighted coil about projecting coigns and fang-like salients. Hand over hand, he went up with simian ease from foothold to precarious foothold; and at length he attained a narrow buttress beneath the final cliff. From this vantage, it was an easy matter to fling his rope around the crooked bole of a tree that leaned gulfward with scimitar-like foliage from the gardens of Maal Dweb.

Evading the sharp and semi-metallic leaves that seemed to slash downward as the tree bent limberly with his dangling weight, he stood, stooping warily, on the fearsome and widely fabled mesa. Here, it was rumored, with no human aid, the half-demoniac sorcerer and scientist had carved the more lofty pinnacles of the old mountain into walls, cupolas and turrets, and had levelled a great space about them. This space he had covered immediately with loamy soil, produced by magic; and therein he had planted curious baneful trees from outlying worlds beyond the suns of Xiccarph, together with flowers that might have been those of some teeming and exuberant hell.

Little enough was actually known of these gardens; but the flora that grew on the northern, southern and western sides of the palace was popularly believed to be less deadly than that which faced the dawning of the triple suns. Much of this latter vegetation, according to myth, had been trained and topiarized in the form of an almost infinite labyrinth, balefully ingenious, from which egress was impossible: a maze that concealed in its windings the most fatal and atrocious traps, the most unpredictable dooms, invented by the malign Daedalus. Mindful of this labyrinth, Tiglari had approached the place on the side that fronted the three-fold sunset.

Breathless, with arms that ached from the long, arduous climb, he crouched in the garden shadows. About him he saw the heavy-hooded blossoms that leaned from a winy gloom in venomous languour, or fawned toward him with open corollas that exhaled a narcotic perfume or diffused a pollen of madness. Anomalous, multiform, with silhouettes that curdled the blood or touched the brain with nightmare, the trees of Maal Dweb appeared to gather and conspire against him beyond the flowers. Some arose with the sinuous towering of plumed pythons, or aigretted dragons. Others crouched with radiating limbs that

were like the hairy members of colossal arachnidans. They seemed to close in upon Tiglari with a stealthy motion. They waved their frightful darts of thorn, their scythe-like leaves. They blotted the four moons with webs of arabesque menace. They reared from interminably coiling roots behind mammoth foliages that resembled an army of interlocking shields.

With endless caution and calculation, the hunter made his way forward, seeking a rift in the armed phalanx of vegetable monstrosities. His faculties, ever alert, were abnormally quickened by a grievous fear, intensified by a mighty hatred. The fear was not for himself, but for the girl Athle', his beloved and the fairest of his tribe, who had gone up alone that very evening by the causeway of corundum and the porphyry stairs at the summons of Maal Dweb. His hatred was that of a brave man and an outraged lover for the all-powerful, all-dreaded tyrant whom no man had ever seen, and from whose abode no woman came back; who spoke with an iron voice that was audible at will in the far cities or the outmost jungles; who punished the rebellious and the disobedient with a doom of falling fire that was swifter than the thunderstone.

Maal Dweb had taken ever the fairest from among the maidens of the planet Xiccarph; and no palace of walled towns, or savage outland cave, was exempt from his unknown scrutiny. He had chosen no less than fifty girls during the three decades of his tyranny; and these, forsaking their lovers and kinsfolk voluntarily, lest the wrath of Maal Dweb should descend upon them, had gone one by one to the mountain citadel and were lost behind its cryptic walls. There, as the odalisques of the aging sorcerer, they were supposed to dwell in halls that multiplied their beauty with a thousand mirrors; and were said to have for servants women of brass and men of iron that mimicked in all ways the motion and speech of living people.

Tiglari had poured before Athle' the uncouth adoration of his heart and the barbaric spoils of the chase, but having many rivals, was still unsure of her favor. Cool as a river lily, and no less impartial, she had accepted his worship and that of the others, among whom the warrior Mocair was perhaps the most formidable. Returning at eve from the hunt, Tiglari had found the tribe in lamentation; and, learning that Athle' had departed to the harem of Maal Dweb, was swift to follow.

He had not announced his intention to his fellow tribesmen, since the ears of Maal Dweb were everywhere; and he did not know whether Mocair or any of the others had preceded him in his desperate errantry. Mocair, however, had been absent; and it was not unlikely that he had already dared the obscure and hideous perils of the mountain.

The thought of this was enough to drive Tiglari forward with a rash disregard of the poisonous, reptile flowers and clutching foliations. He came anon to a gap in the horrible grove, and saw the saffron lights from the lower windows of Maal Dweb, and a dark thronging of domes and turrets that assailed the constellations above. The lights were vigilant as the eyes of sleepless dragons, and appeared to regard him with an evil, unblinking awareness. But Tiglari leapt toward them, across the gap, and heard the clash of sabered leaves that met behind him.

Before him was an open lawn, covered with a queer grass that squirmed like innumerable worms beneath his bare feet. He did not care to linger upon that lawn, but ran onward with light, skimming paces. There were no footmarks in the grass; but nearing the portico of the palace, he saw a coil of thin rope that someone had flung aside, and knew that Mocair had preceded him.

There were paths of mottled marble about the palace, and fountains and waterfalls that played with a gurgling as of blood from the throats of carven monsters. The open portals were unguarded, and the whole building was still as a mausoleum lit by windless lamps. No shadows moved behind the brilliant yellow windows; and darkness slept unbroken among the high towers and cupolas. Tiglari, however, mistrusted sorely the appearance of quietude and slumber, and followed the bordering paths for some distance before daring to approach nearer to the palace.

Certain large and shadowy animals, which he took for the apish monsters of Maal Dweb, went by him in the gloom. They were hairy and uncouth, with sloping heads. Some of them ran in four-footed fashion, while others maintained the half-erect posture of anthropoids. They did not offer to molest Tiglari: but, whining dismally like dogs, they slunk away as if to avoid him. By this token, he knew that they were veritable beasts, and could not abide the odor with which he had smeared his limbs and torso.

At length, he came to a lampless portico with crowded columns. Here, with the silent gliding of a jungle snake, he entered the mysterious and ever-dreadful house of Maal Dweb. Behind the dark pillars, a door stood open; and beyond the door were the dim and seemingly endless reaches of an empty hall.

Tiglari went in with redoubled caution, and began to follow the arras wall. The place was full of unknown perfumes, languorous and somnolent: a subtle reek as of censers in hidden alcoves of love. He did not like the perfumes; and the silence troubled him more and more as he went deeper into the palace. It seemed to him that the darkness was thick with unheard breathings, was alive with invisible and sinister movements.

Slowly, like the opening of great yellow eyes, the yellow flames arose in mighty lamps of copper that hung along the hall. Tiglari hid himself behind a heavy-figured arras; but peeping out with eerie trepidation, he saw that the hall was still deserted. Finally, he dared to resume his progress. All about him, the imperial hangings, brodered with purple men and azure women on a field of bright blood, appeared to stir with easy life in a wind that he could not feel; and the lamps regarded him with unwavering splendid eyes. But there was no sign of the presence of Maal Dweb; and the metal servitors and human odalisques of the tyrant were nowhere to be seen.

The doors on either side of the hall, with cunningly mated valves of ebony and ivory, were all closed. At the far end, Tiglari saw a rift of flaming light in a somber double arras. Parting the arras very softly, he peered into a huge, brightly illumined chamber that seemed at first sight to be the harem of Maal Dweb, peopled with all the girls that the enchanter had summoned to his mountain dwelling over a course of decades. In fact, it seemed that there were many hundreds, leaning or recumbent on ornate couches, or standing in attitudes of languor or terror. Tiglari discerned in the throng the women of Ommu-Zain, whose flesh is whiter than desert salt; the slim girls of Uthmai, who are moulded from breathing, palpitating jet; the queenly amber girls of equatorial Xala; and the small women of Ilap, who have the tones of newly greening bronze. But among them all, he could not find the liliated beauty of Athle'.

Greatly did he marvel at the number of the women and the utter stillness with which they maintained their various postures. There was no lifting nor falling of

eyelids, no dropping of hands, no curving nor opening of lips. They were like images of living, subtly painted marble, or goddesses that slept in some enchanted hall of eternity.

Tiglari, the intrepid hunter, was awed and frightened. Here, surely, was proof of the fabled sorceries of Maal Dweb. These women - if indeed they were women and not mere statues - had been made the thralls of a death-like spell of immortal slumber. It was as if some invisible medium of adamantine silence had filled the room, had formed about its occupants: a silence wherein, it seemed, no mortal being could draw breath.

However, if Tiglari were to continue his search for Maal Dweb and Athle', it was necessary for him to traverse the enchanted chamber. Feeling that a marble sleep might descend upon him at the very crossing of the sill, he went with holden breath and furtive pard-like paces. About him, the women preserved their eternal stillness, their various airs and attitudes. Each, it appeared, had been overcome by the spell at the instant of some particular emotion, whether of fear, wonder, curiosity, vanity, weariness, anger or voluptuousness. Their number was fewer than he had supposed, and the room itself was smaller, but metal mirrors, panelling the walls, had created an illusion of multitude and immensity.

At the further end, he came to a second double arras, slightly parted, and revealing only shadow beyond. Peering through, he beheld a twilight chamber, illuminated dimly by two censers that gave forth a parti-colored glow and a red fume as of vapping blood. The censers were set on lofty tripods in the far corners, facing each other. Between them, beneath a canopy of some dark and smouldering stuff with fringes braided like women's hair, was a couch of nocturnal purples with a valance of silver birds that fought against golden snakes. On the couch, in sober garments, a man reclined as if weary or asleep. The face of the man was a pale mask of mystery lying amid ambiguous shadows; but it did not occur to Tiglari that this being was any other than the redoubtable and tyrannic sorcerer whom he had come to slay. He knew that this was Maal Dweb, whom no man had seen in the flesh, but whose power was manifest to all; the occult, omniscient ruler of Xiccarph; the overlord of kings; the suzerain of the three suns and of all their moons and planets.

Like ghostly sentinels, the symbols of the grandeur of Maal Dweb, the images of his frightful empire, rose up to confront Tiglari. But the thought of Athle' was a red mist that blotted all. He forgot his eerie terrors, his awe of the ensorcelled palace. The rage of the bereaved lover, the bloodthirst of the cunning hunter, awoke within him to guide his agile, stealthy paces, to make firm his powerful thews. The chamber was empty, except for the still and languid figure on the couch. Tiglari neared the unconscious sorcerer; and his hand grew tight on the hilt of the needle-like knife that was dipt in viper-venom.

The man before him lay with closed eyes and a cryptic weariness on his mouth and eyelids. He seemed to meditate rather than sleep, like one who wanders in a maze of distant memories or profound reveries. About him the walls were draped with funereal hangings, darkly and vaguely figured. Above him the twin censers wrought a cloudy glow, and diffused throughout the room their drowsy myrrh, which made the senses of Tiglari swim with a strange dimness.

Crouching tiger-wise beside the valance of birds and serpents, he made ready for the stroke. Then, mastering the subtle vertigo of the perfumes, he rose up; and his arm, with the darting movement of some heavy but supple adder, struck fiercely at the tyrant's heart.

It was as if he had tried to pierce a wall of adamant. In mid-air, before and above the recumbent enchanter, the knife clashed on some impenetrable substance that Tiglari could not see; and the point broke off and tinkled on the floor at his feet. Uncomprehending, baffled, he peered at the being whom he had sought to slay. Maal Dweb had not stirred nor opened his eyes. There was neither frown nor smile on his features; but their look of enigmatic weariness was somehow touched with a faint and cruel amusement.

Hesitantly, Tiglari put out his hand to verify a certain curious notion that had occurred to him. Even as he had suspected, there was no couch or canopy between the fuming censers - only a vertical, unbroken, highly-polished surface, in which the whole scene was apparently reflected. He had tried to kill a mirrored image. But, to his further mystification, he himself was not visible in the mirror.

He whirled about, thinking Maal Dweb must be somewhere in the room. Even as he turned, the funereal draperies rushed back with an evil, silken

whispering from the wall, as if drawn by unseen hands. The chamber leaped into sudden glaring light, the walls appeared to recede illimitably; and naked giants, whose umber-brown limbs and torsos glistened as if smeared with ointment, stood in menacing postures on every side. Their eyes glowered like those of jungle creatures; and each of them held an enormous knife, from which the point had been broken.

This, thought Tiglari, was a fearsome thaumaturgy; and he crouched down beneath the tripods, wary as a trapped animal, to await the assault of the giants. But these beings, crouching simultaneously, mimicked his every movement. By degrees it came to him that what he saw was his own reflection, multiplied and monstrously amplified in the mirrors of Maal Dweb.

He turned again. The tasseled canopy, the couch of night-dark purples with its figured valance, the reclining dreamer in plain vestments, all had vanished. Of that which he had beheld, only the smoking censers remained, rearing before a glassy wall that gave back like the others the reflection of Tiglari himself.

Bafflement and terror united now in the savage brain of the hunter. He felt that Maal Dweb, the all-seeing, all-potent magician, was playing a game and was deluding him with elaborate mockeries. Rashly indeed had Tiglari pitted his simple brawn and forest craft against a being of such supernatural power and demoniac artifice. He dared not stir; he scarcely ventured to breathe. The monstrous reflections appeared to watch him like ogres who guard a captive pygmy. The light, which emanated as if from hidden lamps in the mirrors, took on a more pitiless and alarming luster, and centered itself upon him with a silent horror. The vast, illusive reaches of the room appeared to deepen; and far away in their shadows, he saw the gathering of vapors with human faces that melted and re-formed incessantly and were never twice the same.

Ever the eerie radiance brightened; ever the mist of faces, like a hell-born fume, dissolved and re-limned itself behind the immobile giants, in the lengthening vistas. An unheard laughter, malevolent, scornful, seemed to lurk beyond the stillness. How long Tiglari waited, he could not tell; the bright and frozen horror of that room was a thing apart from time.

Now, in the litten air, a voice began to speak; a voice that was toneless, deliberate - and disembodied. It was faintly contemptuous; a little weary; slightly

cruel. It was impossible to align or locate; near as the beating of Tiglari's heart, and yet infinitely far.

"What do you seek, Tiglari?" said the voice. "Do you think to enter with impunity the palace of Maal Dweb? Others - many others, with the same intentions - have come before you: but all have paid a certain price for their temerity."

"I seek the maiden Athle'," said Tiglari. "What have you done with her?" The words were strange to him, their very sound was remote, as if another than himself had spoken.

"Athle' is very beautiful," replied the voice. "It is the will of Maal Dweb to make a certain use of her loveliness. The use is not one that should concern a hunter of wild beasts . . . You are unwise, Tiglari."

"Where is Athle'?" persisted the hunter.

"Athle' has gone to find her fate in the labyrinth of Maal Dweb. Not long ago, the warrior Mocair, who had followed her to my palace, went out at my suggestion to pursue his search amid the threadless windings of that never to be exhausted maze. Go now, Tiglari, and seek her also . . . There are many mysteries in my labyrinth; and among them all, mayhap, there is one which you are destined to solve."

The hunter saw that a door had opened in the mirror-panelled wall. In the depth of the mirrors, two of the metal slaves of Maal Dweb had appeared. Taller than living men, and gleaming from head to foot with implacable lusters as of burnished swords, they came forward upon Tiglari. The right arm of each was handed with a crescent sickle. Hastily, with no backward glance, the hunter went out through the open door. Behind him he heard the surly clash of its meeting valves.

The short night of the planet Xiccarph was not yet over; and the four moons had all gone down. But before him he saw the beginning of the fabled maze, illuminated clearly by glowing globular fruits that hung lantern-wise from baroque arches and arcades of foliage. Guided by their still, uncanny luminescence, he entered the labyrinth.

At first, it was a place of elfin fantasies and whims. There were quaintly turned estrades, pillared with slim and antic trees, latticed with the drolly peering faces of extravagant orchids, that led the seeker to hidden, surprising

bowers of goblinry. It was as if those outer meanderings had been planned merely to entice and bemuse and beguile.

Then, by vague degrees, as the hunter went on, it seemed that the designer's mood had darkened, had become more ominous and baleful. The trees that lined the path, with twisted, intertwining boles, were Laocoons of struggle and torture, lit by enormous fungi that seemed to lift unholy tapers. The path itself ran downward, or climbed with evilly tilted steps through caverns of imbricated leafage that shone with the brazen glistening of dragon-scales. At every turning the way divided before Tiglari; the devious branchings multiplied; and skillful though he was in jungle-craft, it would have been wholly impossible for him to retrace his wanderings. He kept on, hoping that chance would somehow lead him to Athle'; and many times he called her name aloud, but was answered only by remote, derisive echoes, or by the dolorous howling of some unseen beast that had become lost in the maze of Maal Dweb.

He came to eerie pools, alight with coiling and wreathing witch-fires, in dim arboreal grottoes. Greenish, bloated hands as of dead men appeared to lift from the changing films of phosphorescence; and once he thought that he beheld the drowning face of Athle'. He plunged into the shallow pool - but found only fetid slime, and a swollen, nauseous thing that squirmed slowly beneath his touch.

Now he was mounting through arbors of malignant hydra growths that coiled and uncoiled about him tumultuously. The way lightened more and more; the night-shining fruits and blossoms were pale and sickly as the dying tapers of a witches' revel. The earliest of the three suns had risen; and its gamboge-yellow beams were filtering in through the plaited horrors of frilled and venomous vines.

Far off, and seeming to fall from some hidden height in the labyrinth before him, he heard a chorus of brazen voices that were like articulate bells or gongs. He could not distinguish the words; but the accents were those of a solemn and portentous announcement. They were fraught with mystic finality, with hieratic doom. They ceased; and there was no sound other than the hiss and rustle of swaying plants.

Tiglari went on. The tortuous maze became wilder and more anomalous. There were tiered growths, like obscene sculptures or architectural forms, that seemed to be of stone and metal. Others were like carnal nightmares of rooted

flesh, that wallowed and fought and coupled in noisome ooze. Foul things with chancrous blossoms flaunted themselves on infernal obelisks. Living parasitic mosses of crimson crawled on vegetable monsters that swelled and bloated behind the columns of accursed pavilions.

It seemed now that the hunter's every step was predestined and dictated. He was no longer free to choose his way; for many paths were overgrown by things that he did care to face; and others were blocked by horrid portcullises of cacti, or ended in pools whose waters teemed with leeches larger than tunnies. The second and third suns of Xiccarph arose; but their beams of emerald and carmine served but to heighten the terrors of the web that had closed in about Tiglari.

By stairs where floral serpents crept, and gradients lined with tossing, clashing aloes, he climbed slowly on. Rarely could he see the labyrinthine reaches below, or the levels toward which he was tending. Somewhere on the blind path, he met one of the ape-like animals of Maal Dweb: a dark, savage creature, sleek and glistening like a wet otter, as if it had bathed in one of the hidden pools. It passed him with a hoarse growl, recoiling as the others had done from his repulsively smeared body . . . But nowhere could he find the maiden Athle' or the warrior Mocair, who had preceded him into the maze.

Now he had reached a curious little pavement of somber onyx, oblong, and wholly surrounded, except on the side of his approach, by enormous flowers with fluted bronze-like stems and great leaning balls that seemed to be the mottled heads of bestial chimeras, yawning to disclose their carmine throats. Through the gap in this singular hedge, he stepped forward on the pavement and stood staring irresolutely at the serried blooms: for here the way seemed to end.

The onyx beneath his feet was wet with some unknown, sticky fluid. He was dazed with the wonder, strangeness, and intricate, coiling horror through which he had passed; but a dim warning of peril stirred within him. He turned toward the gap through which he had entered, but his impulse of retreat was all too late. From the base of each of the tall flower stems, a long tendril like a wire of bronze uncoiled with lightning rapidity, and closed about his ankles. He stood trapped and helpless at the center of a taut net. Then, while he struggled ineffectually, the huge stems began to lean and tilt toward him, till the carmine

mouths of the blossoms were close about his knees like a circle of fawning monsters.

Nearer they came, almost touching him. From their thick lips a clear, hueless liquid, dripping slowly at first, and then running in little rills, descended on his feet and ankles and shanks. Indescribably, his flesh crawled beneath it; then there was a peculiar passing numbness; then a furious stinging like the bites of innumerable insects. Between the crowding heads of the flowers he saw that his legs had undergone a mysterious and horrifying change; their natural hairiness had thickened, had assumed a dark and shaggy pile like the fur of apes; the shanks themselves had somehow shortened; and the feet had grown longer, with uncouth finger-like toes such as were possessed by the animals of Maal Dweb!

In a frenzy of nameless alarm and fear, he drew his broken-tipped knife and began to slash at the flowers. It was as if he had struck at monstrous bells of ringing iron, had assailed the armored heads of dragons. The blade snapped at the hilt. Then the blossoms, lifting hideously, were leaning about his waist, were laving his hips and thighs in their thin, evil slaver.

Across the bizarre nightmare in which his brain and body were drowning impotently, he heard the startled cry of a woman. Through the open gap in the hedge, he beheld a strange scene which the hitherto impenetrable maze, parting as if magic, had revealed. Fifty feet away, on the same level as the onyx pavement, there stood an elliptic dais or low altar of moonwhite stone at whose center the maiden Athle', emerging from the labyrinth on a raised walk of porphyry, had paused in an attitude of wonder. Before her, in the claws of an immense marble lizard that reared above the dais, a great circular mirror of steely metal was held upright, with the monster's head hidden from view behind it. Athle', as if fascinated by some celestial vision, was peering into the steely disk. She presented her wide-eyed profile to Tiglari; and the mirror itself was seen obliquely, with the foreshortened body of the lizard reaching away at a sharp angle and mingling obscenely with the half-reptilian maze. Midway between the onyx pavement and the ellipse of pale stone, a row of six slender brazen columns, topped with graven heads like demoniac Termini, rose at broad intervals and faced alternately the hunter and the girl.

Tiglari would have called out to Athle'; but at that moment she took a single step toward the mirror, as if drawn by something that she saw in its depths; and the dull disk seemed to brighten with some internal, incandescent flame. The eyes of the hunter were temporarily blinded by the spiky rays that leapt forth from it for an instant, enveloping and transfixing the maiden. When the dimness cleared away in swirling blots of sultry color, he saw that Athle', in a pose of statuesque rigidity, was still regarding the mirror with startled eyes. She had not moved; the wonder was frozen on her face: and it came to Tiglari that she was like the women who slept an enchanted slumber in the palace of Maal Dweb. Even as this thought occurred to him, he heard the ringing chorus of metallic voices, that seemed to emanate from the graven demon heads upon the columns.

"The maiden Athle'," announced the voices in solemn and portentous tones, "has beheld herself in the mirror of Eternity, and has passed forever beyond the changes and corruptions of Time."

Tiglari felt that he was sinking into some enormous, obscurely terrible fen of dreams. He could comprehend nothing of what had befallen Athle'; and his own fate was an equally dark and dread enigma beyond the solution of a simple hunter.

Now the leaning blossoms had lifted about his shoulders, were laving his arms, his body. Beneath their abhorrent alchemy the transformation continued. A long fur sprang up on the thickening torso; the arms lengthened; they became simian; the hands took on a likeness to the feet. From the neck downward, Tiglari differed in no wise from the apes of the garden.

In helpless abject terror, he waited for the completion of the metamorphosis. Then, slowly, he became aware that a man in sober garments, with eyes and mouth replete with the weariness of strange things, was standing before him. Behind the man, as if attending him, were two of the sickle-handed automatons of iron.

In a somewhat languid voice, the man uttered an unknown word that vibrated in the air with prolonged, mysterious aftertones. The circle of craning flowers drew back from Tiglari, resuming their former upright positions in a weird hedge; and the wiry tendrils were withdrawn from his ankles, leaving him free. Hardly

able to comprehend his release, he heard a sound of brazen voices, and knew dimly that the demon heads of the columns had spoken, saying:

"The hunter Tiglari has been laved in the nectar of the blossoms of primordial life, and has become in all ways, from the neck downward, even as the beasts that he hunted."

When the solemn chorus ceased, the weary man in sober raiment came nearer and addressed him:

"I, Maal Dweb, had intended to deal with you precisely as I dealt with Mocair and many others. Mocair was the beast that you met in the labyrinth, with new-made fur that was still sleek and wet from the liquor of the flowers; and you saw some of his predecessors about the palace. However, I find that my whims are not always the same. You, Tiglari, unlike the others, shall at least remain a man from the neck upward; and you are free to resume your wanderings in the labyrinth, and escape from it if you can. I do not wish to see you again, and my clemency arises from another reason than esteem for your kind. Go now: the maze has many windings which you are yet to traverse."

A dreadful awe was upon Tiglari; his native fierceness, his savage volition, were tamed by the enchanter's languid will. With one backward look of fearful concern and wonder at the frozen shape of Athle', he withdrew obediently, slouching like a great ape. His fur glistening wetly to the three suns, he vanished amid the meanderings of the labyrinth.

Maal Dweb, attended by his metal slaves, went over to the figure of Athle', which still regarded the steely mirror with astonished eyes.

"Mong Lut," he said, addressing by name the nearer of the two automatons that followed at his heels, "it has been, as you know, my caprice to eternalize the frail beauty of women. Athle', like the others whom I have summoned to the mountain and have sent out to explore the ingenious maze, has looked upon that mirror whose sudden radiance turns the flesh to a stone that is fairer than marble and no less eternal . . . Also, as you know, it has been my whim to turn men into beasts with the copious fluid of certain artificial flowers, so that their outer semblance should conform strictly to their inner nature. Is it not well, Mong Lut, that I should have done these things? Am I not Maal Dweb, in whom all knowledge and all power reside?"

"Yes, master," echoed the automaton in an iron voice, "you are Maal Dweb, the all-wise, the all-powerful, and it is well that you should have done these things."

"However," continued Maal Dweb, "the repetition of even the most remarkable thaumaturgies can grow monotonous after a certain number of times. I do not think that I shall deal again in this fashion with any woman, nor deal thus with any man. Is it not well, Mong Lut, that I should vary my sorceries in future? Am I not Maal Dweb, the all-resourceful?"

"Indeed, you are Maal Dweb," agreed the automaton, "and it would be well for you to diversify your enchantments."

Maal Dweb, in his manner, was not ill pleased with the answers that the automaton had given. He cared little for converse, other than the iron echoing of his metal servitors, who assented always to all that he said, and who spared him the tedium of arguments. And it may have been that there were times when he wearied a little even of this, and preferred the silence of the petrified women, or the muteness of the beasts that could no longer call themselves men.

Transcribed by Jim Rockhill from Clark Ashton Smith Xiccarph. New York City: Ballantine Books, 1972. Printed by Lin Carter in that edition under the title, "The Maze of Maal Dweb," though it is the original, unexpurgated text published under the present title in Clark Ashton Smith's privately printed pamphlet, The Double-Shadow and Other Fantasies, 1933.

EL LABERINTO DE MAAL DWEB

CLARK ASHTON SMITH

A LA LUZ de las cuatro pequeñas lunas menguantes de Xiccarph, Tiglari había atravesado el pantano sin fondo en el cual no habitaba ningún reptil y al que no descendía ningún dragón; pero donde el barro, negro como el betún, se revolvía con continuos movimientos. Él había preferido no utilizar el elevado terraplén de corindón que recorría el marjal, y se había abierto paso con mucho peligro de isla en isla, en las que abundaban las juncias, que temblaban gelatinosamente debajo de él. Cuando alcanzó la costa sólida y el refugio de las palmeras, no se acercó a las escaleras de pórfido que se elevaban hacia el cielo, a través de abismos vertiginosos y escarpados cristalinos, hasta la casa de Maal Dweb. El terraplén y las escaleras estaban vigilados por los autómatas, silenciosos y colosales, de Maal Dweb, cuyos brazos terminaban en hojas de acero con forma de medialuna, hechas de acero forjado, que se levantaban en una siega implacable contra cualquiera que se acercase allí sin el permiso de su amo.

El cuerpo desnudo de Tiglari estaba untado con el jugo de una planta que era repugnante a toda la fauna de Xiccarph. En virtud de ésta, tenía la esperanza de no sufrir daño al avanzar por entre las feroces criaturas simiescas que paseaban libremente por los jardines colgantes del tirano. Llevaba un rollo de fibras de raíces tejidas, fuerte y ligero, contrapesado con una bola de bronce, para utilizarlo trepando a la meseta. Llevaba al costado, en una vaina de piel de quimera, un cuchillo afilado como una aguja que había sido mojado en el veneno de víboras aladas.

Muchos, antes de Tiglari, con el mismo noble sueño de tiranicidio, habían intentado cruzar el pantano y escalar las escarpas. Pero ninguno había vuelto; y el destino de los que habían alcanzado el palacio de Maal Dweb era un problema muy discutido. Pero Tiglari, un hábil cazador de la selva, no había sido frenado por las tremendas incertidumbres ante él.

La ascensión habría sido una hazaña improbable bajo la plena luz de los tres soles de Xiccarph. Con vista tan aguda como la de pterodáctilos que vuelan de noche, Tiglari había arrojado su lazo contrapesado en estrechas colinas y salientes. Trepaba con facilidad simiesca de agarradera en agarradera; y, al cabo, alcanzó una pequeña plataforma antes de la última altura, desde donde le fue fácil arrojar su cuerda a un árbol torcido que se inclinaba al abismo, con follaje como cimitarras, desde los jardines.

Evitando las hojas afiladas y semimetálicas que cortaba para abajo mientras el árbol se doblaba flexible bajo su peso, se puso de pie levantándose con precauciones en la temida y fabulosa meseta.

Aquí, se decía, sin ninguna ayuda humana, el hechicero medio demoniaco había tallado la cima de la montaña en murallas, cúpulas y torres, y había derribado el resto de la montaña en el espacio plano que la rodeaba. Este espacio lo había cubierto con suelo fértil, producido mediante la magia; y, en él, había plantado raros árboles dañinos traídos de otros mundos, junto con flores que podrían ser las de algún infierno exuberante.

Poco se sabía de estos jardines; pero la flora que nacía en los lados norte, sur y este se creía que era un poco menos mortífera que la que hacía frente al nacimiento de los tres soles. Mucha de esta vegetación, de acuerdo con la leyenda, había sido entrenada y modificada en la forma de un laberinto, maligno en su ingenio, que ocultaba trampas atroces y condenas desconocidas. Teniendo en cuenta este laberinto, Tiglari se había acercado al palacio por el lado donde se pone el sol.

Jadeando a causa de su ascensión, se agazapó en las sombras del jardín. En torno a él, pesados capullos descansaban en venenosa languidez o abanicaban con bocas abiertas que exhalaban perfumes narcóticos o difundían un polen de locura. Anómalos, multiformes, con siluetas que helaban la sangre en las venas o tocaban el cerebro con la pesadilla, los árboles de Maal Dweb parecían reunirse y conspirar contra él. Algunos se levantaban con la sinuosa elevación de pitones emplumados o aéreos dragones. Otros se agazapaban con miembros radiales, como las peludas patas de las arañas. Parecían acercarse a Tiglari. Agitaban sus terribles dardos de espinas; sus hojas, como guadañas, borraban las cuatro lunas con redes de amenazadores arabescos.

Con infinita precaución, el cazador se abrió camino adelante, buscando un hueco en el monstruoso seto. Sus facultades, siempre alertas, estaban agudizadas por el odio y el miedo. El miedo no era por él mismo, sino por la muchacha Athlé, su amada y la más hermosa de su tribu, que había subido sola aquella tarde por el terraplén de corindón y las escaleras de pórvido ante la llamada de Maal Dweb. Su odio era el del enamorado indignado ante el todopoderoso y por todos temido tirano, a quien ningún hombre había visto y de cuya morada ninguna mujer volvía; quien hablaba con una voz de hierro audible en las lejanas ciudades y en las remotas junglas; quien castigaba a los desobedientes con una condena de lluvia de fuego más veloz que el relámpago.

Maal Dweb había tomado a las más hermosas de entre todas las doncellas del planeta Xiccarph; y ninguna mansión de las ciudades amuralladas o de las lejanas cavernas estaba exenta de su escrutinio. Había elegido a no menos de cincuenta chicas durante el periodo de su tiranía; y éstas, abandonando a sus amados y a sus familias voluntariamente, no fuese que la cólera de Maal Dweb descendiese sobre ellos, se habían dirigido una a una a la ciudadela de la montaña y se habían perdido tras sus furtivos muros. Allí, como odaliscas del anciano hechicero, se suponía que habitaban en salones que multiplicaban su belleza con mil espejos; y se decía que tenían como sirvientes a mujeres de bronce y a hombres de hierro.

Tiglari había vertido ante Athlé su torpe adoración y los frutos de su caza, pero, teniendo muchos rivales, no estaba muy seguro de su favor. Imperturbable como el lirio del río, ella había aceptado imparcialmente su adoración y la de los demás, entre los cuales el guerrero Mocair era probablemente el más formidable.

Regresando de su cacería, Tiglari había encontrado a su tribu lamentándose; y, al descubrir que Athlé había partido al harén de Maal Dweb, se dio prisa en seguirla. No había dicho sus intenciones a nadie porque las orejas de Maal Dweb estaban por todas partes; y no sabía si Mocair o alguno de los otros le habían precedido en la salida hacia esta misión desesperada. Pero no era improbable que Mocair ya hubiese arrostrado los oscuros y temibles peligros de la montaña.

Esta idea fue bastante para impulsar a Tiglari adelante haciendo caso omiso de las plantas que se agarraban y de las flores reptilesas.

Llegó hasta un hueco en el horrible jardín, y vio las luces azafrán que salían de las ventanas del hechicero. Las luces vigilaban como ojos de dragones y parecían contemplarle con una conciencia maléfica. Pero Tiglari saltó hacia ellas a través del hueco, y escuchó el crujido de las hojas metálicas cerrándose detrás suya.

Ante él, había un jardín abierto, cubierto con una hierba extraña que se retorció como raros gusanos debajo de sus pies. Prefirió no entretenerse en aquel césped. No había huellas de pisadas sobre la hierba; pero, acercándose al pórtico del palacio, vio una delgada cuerda que alguien había dejado de lado y supuso que Mocar le había precedido. Había senderos de mármol jaspeado a lo largo del palacio, y fuentes que cantaban desde la poca abierta de monstruos tallados. Los portales abiertos no tenían vigilancia, y todo el edificio estaba tan tranquilo como un mausoleo iluminado con lámparas sin viento. Tiglari, sin embargo, desconfiaba de esta apariencia de tranquilidad y reposo, y siguió los senderos fronterizos durante un trecho antes de atreverse a aproximarse más al palacio.

Ciertos animales, grandes e indefinidos, que tomó por los monstruos simiescos de Maal Dweb, pasaron junto a él en la oscuridad. Algunos corrían a cuatro patas, otros mantenían la postura medio erecta de los antropoides; pero todos eran peludos y brutales. No intentaron molestar a Tiglari, sino que, gimoteando patéticamente, se apartaron como para evitarle. Por esta señal, supo que eran auténticos animales y no soportaban el olor con que se había untado los miembros y el torso.

Al cabo, alcanzó un pórtico sin lámparas lleno de columnas y, deslizándose silenciosamente como una serpiente de la jungla, entró en la misteriosa morada de Maal Dweb. Había una puerta abierta entre los oscuros pilares; y, más allá de la puerta, distinguía las vagas extensiones de un salón exterior vacío.

Tiglari entró con renovadas precauciones, y empezó a seguir la pared cubierta de tapices. El lugar estaba lleno de perfumes desconocidos, lánguidos y somnolientos; un olor sutil como el de los incensarios en las ocultas alcobas del amor. No le gustaban los perfumes; y el silencio le preocupaba cada vez

más. Le parecía que la oscuridad estaba densa con jadeos que no se oían, viva con movimientos invisibles.

Lentamente, como el abrirse de grandes ojos amarillos, llamas amarillas se encendieron en las lámparas de cobre del salón. Tiglari se escondió detrás de un tapiz y vio que el salón continuaba desierto.

Finalmente, se atrevió a continuar con su avance. En torno a él, los ricos tapices, decorados con hombres púrpura y mujeres azules en un campo de sangre, parecían agitarse nerviosamente bajo una brisa que él no podía sentir. Pero no había signo alguno de la presencia de Maal Dweb, de sus servidores o de sus odaliscas humanas.

Las puertas a ambos lados del salón, con goznes de ébano y marfil hábilmente emparejados, estaban todas cerradas. En el extremo lejano, Tiglari vio un delgado borde de luz bajo un doble tapiz sombrío. Apartando el tapiz muy suavemente, contempló una enorme habitación, brillantemente iluminada, que parecía ser el harén de Maal Dweb, habitado con todas las chicas que el mago había convocado a su morada. Parecía, de hecho, que había centenares, tumbadas o apoyadas en decorados divanes, o paradas en posturas de languidez o terror. Tiglari distinguió entre la multitud a las mujeres de Ommu—Zain, cuya carne es más blanca que la sal del desierto; las delgadas muchachas de Uthami, que están modeladas con un betún palpitante y que respira; las regias chicas de topacio de la ecuatorial Xala, y las pequeñas mujeres de llap, que tienen el color del bronce que empieza a hacerse verde. Pero, entre ellas, no podía encontrar la belleza como de loto de Athlé.

Mucho se asombró ante el número de mujeres y la perfecta inmovilidad que mantenían en sus posturas diversas. Eran como diosas dormidas en un salón encantado de la eternidad. Tiglari, el valiente cazador, estaba pasmado y asustado. Estas mujeres —si en verdad se trataba de mujeres y no de simples estatuas— estaban sin duda sometidas a un hechizo semejante a la muerte. Aquí, en verdad, había una prueba de la hechicería de Maal Dweb.

Sin embargo, para continuar con su búsqueda, Tiglari tenía que atravesar la cámara encantada. Sintiendo que un sueño de mármol podía descender sobre él atravesando el suelo, anduvo conteniendo el aliento y con pasos furtivos de leopardo. En torno a él, las mujeres conservaban su perpetua inmovilidad. Cada una parecía haber caído bajo el hechizo en el instante de una emoción

en particular, fuese miedo, asombro, curiosidad, vanidad, cansancio, cólera o voluptuosidad. Su número era menor de lo que él había supuesto, y el propio cuarto, más pequeño; pero espejos metálicos, que forraban la pared, habían producido una ilusión de multitud e inmensidad.

En el extremo más lejano, apartó un segundo doble tapiz, y miró una cámara crepuscular iluminada vagamente por dos incensarios que despedían un brillo parcialmente coloreado. Los incensarios se levantaban sobre trípodes, uno frente al otro. Entre ellos se levantaba, bajo un baldaquín de algún material oscuro y humeante, con flecos bordados como el pelo de una mujer, una cama, de un color púrpura como la noche, bordeada con pájaros de plata que luchaban contra serpientes doradas.

Sobre la cama, con sombríos ropajes, había un hombre reclinado como agotado o dormido. La cara del hombre era vaga bajo las sombras en perpetuo titubeo; pero no pensó Tiglari que éste fuese otro que el sospechoso tirano a quien había venido a matar. Supo que éste era Maal Dweb, a quien ningún hombre había visto en carne y hueso, pero cuyo poder era manifiesto para todos: el gobernante oculto y omnisciente de Xiccarph; el soberano de los tres soles con todos sus planetas y sus lunas.

Como centinelas fantasmales, los símbolos de la grandeza de Maal Dweb, las imágenes de su terrible imperio, se levantaban para hacer frente a Tiglari. Pero la idea de Athlé era una roja niebla que todo lo borraba. Él se olvidó de sus extraños terrores, su temor del palacio mágico. La cólera del amante despojado, la sed de sangre del hábil cazador, despertaron en su interior. Se acercó al hechicero inconsciente; y su mano se apretó en la empuñadura del cuchillo, afilado como una aguja, que había sido mojado en el veneno de las víboras.

El hombre descansaba ante él con los ojos cerrados y un cansancio secreto en su boca y en sus párpados. Parecía meditar más que dormir, como alguien que vagabundea por un laberinto de recuerdos remotos y profundos ensueños. En su torno, las paredes estaban decoradas con adornos funerarios, decorados con figuras oscuras. Sobre él, los incensarios daban un brillo nublado, y difundían por todo el cuarto el soporífero olor de la mirra, que hacía que los sentidos de Tiglari flotasen en una extraña vaguedad.

Agazapado como un tigre, se preparó para atacar. Entonces, controlando el sutil vértigo del perfume, se levantó; y su brazo, con el movimiento como de un dardo de una pesada pero ágil serpiente, golpeó fuertemente el corazón del tirano.

Era como si hubiese intentado atravesar una muralla de piedra. En mitad del aire, delante y sobre el mago tumbado, el cuchillo chocó con una sustancia invisible pero impenetrable, y la punta se rompió y cayó con un sonido metálico a los pies de Tiglari. Sin comprender, confuso, miró al ser al que había intentado dar muerte. Maal Dweb no se había movido ni había abierto los ojos; pero su expresión de secreto cansancio estaba hasta cierto punto mezclada con un aire de tenue y cruel diversión.

Tiglari extendió la mano para verificar una curiosa idea que se le había ocurrido. Tal y como sospechara, no había ni un baldaquín ni una cama entre los incensarios..., sólo una superficie vertical, ininterrumpida, muy pulida, en la cual la cama y su ocupante, aparentemente, estaban reflejados. Pero, para mayor confusión suya, él mismo no se reflejaba en el espejo.

Se dio la vuelta, pensando que Maal Dweb debería estar en algún otro lugar del cuarto. Incluso mientras se daba la vuelta, los adornos funerarios se apartaron con un susurro, sedoso y siniestro, como movidos por manos invisibles. La cámara recibió de repente una iluminación cegadora; los muros parecieron retroceder de una manera ilimitada; y gigantes desnudos, cuyos miembros y torsos marrón oscuro brillaban como untados con aceite, estaban de pie en posturas amenazadoras por todas partes. Sus ojos brillaban como los de las criaturas de la selva, y cada uno de ellos tenía un enorme cuchillo del cual se había roto la punta.

Esto, pensó Tiglari, era una taumaturgia terrible; y se puso en cuclillas, receloso como un animal enjaulado, para esperar el ataque de los gigantes. Pero estos seres, agazapándose simultáneamente, imitaron sus movimientos. Se dio cuenta de que lo que veía era su propio reflejo, multiplicado en los espejos.

Se dio la vuelta. El baldaquín con flecos, la cama de color púrpura oscuro, el soñador reclinado, todo había desaparecido. Sólo quedaban los incensarios, levantándose frente a una pared cristalina que devolvía, como las otras, el reflejo del propio Tiglari.

Confuso y aterrorizado, sintió que Maal Dweb, el mago que todo lo veía, todopoderoso, estaba jugando con él, engañándole con elaboradas burlas. Temerariamente en verdad, Tiglari había enfrentado su simple fuerza y sus conocimientos del bosque contra un ser capaz de semejantes artificios demoniacos. No se atrevía a moverse, apenas se aventuraba a respirar. El monstruoso reflejo parecía contemplarle como un gigante que vigila a un pigmeo cautivo. La luz, que parecía venir desde lámparas ocultas en los espejos, adquirió un brillo más despiadado y alarmante. Los extremos del cuarto parecieron alejarse; y en las lejanas sombras vio amontonarse vapores con rostros humanos que parecían derretirse y volver a tomar forma inmediatamente y nunca volvían a ser el mismo. Continuamente, el extraño brillo se volvió más brillante; continuamente, la niebla de las caras, como un humo infernal, se deshacía para volverse a formar detrás de los gigantes inmóviles, en las perspectivas que se alargaban. Cuánto esperó Tiglari, no supo decirlo; el burlante horror congelado de aquel cuarto era algo que estaba apartado del tiempo.

De repente, en el aire iluminado, una voz comenzó a hablar; una voz que no tenía tono ni cuerpo, que era decidida, ligeramente despectiva, un poco cansada, ligeramente cruel. Estaba tan cercana como el latido del corazón del propio Tiglari... y, sin embargo, infinitamente lejana.

—¿Qué buscas, Tiglari? —dijo la voz—. ¿Crees que puedes entrar con impunidad al palacio de Maal Dweb? Otros, muchos otros con idénticas intenciones, han venido antes que tú. Pero todos han pagado el precio de su temeridad.

—Busco a la doncella Athlé —dijo Tiglari—. ¿Qué has hecho de ella?

—Athlé es muy hermosa. Es voluntad de Maal Dweb hacer un cierto uso de su belleza. Ese uso no debe preocupar a un cazador de bestias salvajes... No eres sabio, Tiglari.

—¿Dónde está Athlé? —insistió Tiglari.

—Ella ha ido a encontrarse con su destino en el laberinto de Maal Dweb. No hace mucho, el guerrero Mocair, quien la había seguido hasta mi palacio, salió, según mi sugerencia, para seguir en su búsqueda entre esos rincones inexplorables de ese laberinto que nunca se agotará. Vete ahora, Tiglari, y

búscala también. Hay muchos misterios en mi laberinto; y entre ellos quizá hay uno que estás destinado a resolver.

Una puerta se había abierto en la pared decorada con espejos.

Saliendo de los espejos, dos de los esclavos metálicos habían aparecido. Más altos que los hombres vivientes, y brillando de la cabeza a los pies con el brillo implacable de las espadas bruñidas, avanzaron sobre Tiglari. El brazo derecho de cada uno estaba equipado con una gran guadaña. Apresuradamente, el cazador salió por la puerta abierta, y escuchó detrás suyo el arisco estrépito de puertas cerrándose.

La breve noche del planeta Xiccarph aún no había terminado; y todas las lunas habían bajado. Pero Tiglari vio ante él el principio del fabuloso laberinto, iluminado por brillantes frutas globulares que colgaban como linternas de arcos de ramaje. Guiándose sólo por sus luces, entró en el laberinto.

Al principio, parecía un lugar de fantasías de cuento. Había encantadores senderos, bordeados con árboles graciosos, enrejados con las caras de extravagantes orquídeas que miraban traviesas, que conducían al observador a ocultos y sorprendentes jardines de duendes. Era como si toda esa parte exterior del laberinto hubiese sido planeada por completo para atraer y encantar.

Entonces, con una graduación imprecisa, parecía que el estado de ánimo del diseñador había empeorado, se había vuelto más ominoso y maligno. Los árboles que se alineaban a los lados del camino eran Lacoontes de esfuerzo y de tortura, iluminados por hongos enormes que parecían encender cirios blasfemos. El sendero se dirigía a macabras piscinas iluminadas por fuegos de San Telmo que las envolvían, o ascendía por escalones malignamente inclinados por medio de cavernas de densa hojarasca que brillaban como si fuesen escamas de dragón de bronce. Se dividía a cada giro; las divisiones se multiplicaban, y, hábil como era en la sabiduría de la jungla, le habría resultado imposible a Tiglari volver sobre los pasos de su vagabundeo.

Continuó, con la esperanza de que la casualidad le conduciría junto a Athlé; y muchas veces la llamó por su nombre, pero sólo fue contestado por ecos remotos y burlones o por el aullido dolido de alguna bestia invisible.

Ahora estaba ascendiendo por crecimientos como de malignas hidras que se encogían y estiraban tumultuosamente a su paso. El camino se volvía cada

vez más iluminado; las flores y los frutos, que brillaban de noche, estaban tan pálidos y enfermizos como los cirios agonizantes de un aquelarre de brujas. El más temprano de los tres soles había salido, y sus rayos, amarillos como la gutazamba, se filtraban por entre las parras, venenosas y escaroladas.

Lejos, y pareciendo caer desde una altura oculta en el laberinto frente a él, escuchó un coro de voces de bronce que eran como campanas parlantes. No podía distinguir las palabras, pero los tonos eran los de un anuncio solemne, cargado de una decisión de gran importancia. Se detuvieron; y no hubo otro sonido más que el susurro y el crujido de las plantas oscilantes.

Mientras Tiglari avanzaba, parecía que cada uno de sus pasos estaba predestinado. Ya no era libre de elegir su propio camino; porque muchos de los senderos estaban cubiertos por cosas que habían crecido sobre ellos, y él prefería no hacerles frente; y otros estaban bloqueados por horribles barricadas de cactus; o terminaban en estanques abarrotados de sanguijuelas mayores que atunes. El segundo y el tercer sol se pusieron, aumentando, con sus rayos esmeralda y carmín, el horror de la extraña red que inevitablemente se cerraba en torno suyo.

Ascendió por escaleras ocupadas por parras reptiles; por cuevas llenas de aloes que se movían y chocaban. Raramente podía ver los pisos inferiores, o los niveles hacia los que ascendía.

En algún lugar del camino sin salida, se encontró con uno de los hombres mono de Maal Dweb: una oscura criatura salvaje, lisa y brillante como una nutria mojada, como si se hubiese bañado en uno de los estanques. Pasó junto a él con un ronco gruñido, apartándose como los demás se habían apartado de su cuerpo repugnantemente untado... Pero en ningún lugar pudo encontrar a la doncella Athlé o al guerrero Mocair, quien le había precedido en el laberinto.

Ahora, llegó a un curioso y pequeño pavimento de ónix, oblongo y rodeado por flores enormes, con tallos como de bronce, y grandes copas inclinadas que podrían haber sido las bocas de quimeras, abriéndose como para mostrar sus rojas gargantas. Avanzó hasta el pavimento a través de un extraño hueco en este singular seto, y se quedó mirando las flores apiñadas sin saber que hacer; porque aquí parecía terminar el camino.

El ónix bajo sus pies estaba húmedo con alguna sustancia desconocida y pegajosa. Una rápida sensación de peligro se despertó dentro de él, y se dio la

vuelta para volver sobre sus pasos. A su primer movimiento en dirección a la apertura por la que había entrado, un largo tentáculo rápido como un relámpago se estiro desde el tallo de bronce de cada una de las flores y se enroscó en torno a sus tobillos. Se quedó atrapado e impotente en el centro de esta tirante red. Entonces, mientras se revolvía impotente, los tallos empezaron a inclinarse en su dirección, hasta que las rojas bocas de sus capullos estuvieron cerca de su rodillas, como un círculo de monstruos que le abanicase.

Se acercaron más, casi tocándole. De sus labios salió un líquido, claro e incoloro, goteando lentamente al principio, y, entonces, corriendo en pequeños chorros, descendió en sus pies, tobillos y en sus canillas. Su carne tembló de una manera indescriptible bajo él; hubo una insensibilidad pasajera; entonces notó un escozor furioso como el mordisco de innumerables insectos. Bajo las cabezas de las flores que lo cubrían, vio que sus piernas habían sufrido un cambio misterioso y horripilante. Su natural vellosidad había aumentado, asumiendo una densidad como la de la piel de los monos; las propias canillas habían encogido y los pies se habían alargado, con los dedos de los pies como torpes dedos de la mano, como los poseídos por los animales de Maal Dweb.

En un paroxismo de alarma sin nombre, sacó su cuchillo de punta rota y empezó a atacar a las flores. Era como si hubiese atacado a la cabeza con armadura de dragones, o si golpease campanas de hierro resonante. La hoja se rompió por la empuñadura. Entonces, los capullos, levantándose terriblemente, estaban apoyados en su cintura, bañando sus caderas y sus muslos en su delgado y maléfico babeo.

Con la sensación de alguien que se ahoga en una pesadilla, escuchó el asustado grito de una mujer. Sobre las flores inclinadas, contempló una escena que el hasta aquel momento impenetrable laberinto revelaba como por arte de magia. A unos cincuenta pies de distancia, al mismo nivel del pavimento de ónix se levantaba un estrado de piedra, blanca como la luna, en cuyo centro la doncella Athlé, saliendo del laberinto por una calzada elevada de pórfido, se había parado en una actitud de asombro. Ante ella, en las garras de un inmenso lagarto de mármol, se levantaba sobre el estrado un espejo redondo de metal semejante al acero sostenido en posición vertical. Athlé, como fascinada por alguna extraña visión, estaba mirando el disco. A medio camino

entre el pavimento y el estrado, una fila de delgadas columnas de bronce se elevaban a anchos intervalos, coronadas con cabezas de bronce como una demoníaca frontera.

Tiglari habría llamado en voz alta a Athlé. Pero en ese momento, ella dio un único paso adelante hacia el espejo, como si hubiese sido atraída por algo que veía en sus profundidades; y el disco apagado pareció brillar con una oculta llama incandescente. Los ojos del cazador fueron cegados por los afilados rayos que fueron despedidos en aquel instante, envolviendo y transfigurando a la doncella. Cuando la ceguera se aclaró en manchas de color que se movían, vio cómo Athlé, en una postura rígida como la de una estatua, aún miraba el espejo con ojos sorprendidos. Ella no se había movido; el asombro estaba congelado en su rostro; y Tiglari se dio cuenta de que era como las mujeres que dormían su sueño encantado en el harén de Maal Dweb. Incluso mientras se le ocurría esta idea, escuchó el resonante coro de voces metálicas que parecían partir de las demoniacas cabezas talladas, colocadas sobre las columnas.

—La doncella Athlé —anunciaron las voces con tonos solemnes y ominosos— se ha contemplado a sí misma en el espejo de la eternidad, y ha marchado más allá de los cambios y de la corrupción del tiempo.

Tiglari se sintió como si se estuviese hundiendo en algún oscuro y terrible pantano. No comprendía nada de lo que le había sucedido a Athlé; y su propio destino era un enigma igualmente oscuro, más allá de las soluciones de un sencillo cazador.

Ahora, los capullos se habían levantado hasta sus hombros, y estaban bañando sus brazos y su cuerpo. Bajo su horrible alquimia, la transformación continuó. Una larga mata de pelo creció en su torso, que se ensanchaba; los brazos se alargaron, se volvieron simiescos; las manos adquirieron un parecido a sus pies. Del cuello para abajo, Tiglari no se distinguía en nada de las simiescas criaturas del jardín.

En un horror abyecto e impotente, esperó la terminación de la metamorfosis. Entonces, se dio cuenta de que un hombre, vistiendo ropajes sombríos, con los ojos y la boca repletos del cansancio de cosas extrañas, estaba de pie junto a él, acompañado de dos autómatas de manos como guadañas.

Con una voz un poco lánguida, el hombre pronunció una palabra que resonó en el aire con ecos prolongados y misteriosos. El círculo de flores inclinadas se apartó de Tiglari, recuperando sus anteriores posiciones verticales en un seto apretado, y los tentáculos como cables fueron apartados de sus tobillos. Apenas capaz de comprender su liberación, escuchó un sonido de voces de bronce, y supo vagamente que las cabezas demoniacas de las columnas habían hablado de nuevo, diciendo:

—El cazador Tiglari ha sido bañado en el néctar de los capullos de la vida primordial, y se ha vuelto a todos los efectos, *del cuello para abajo*, como las bestias que cazaba.

Cuando el coro hubo cesado, el hombre cansado, de oscuro ropaje, se acercó y se dirigió a él.

—Yo, Maal Dweb, había planeado darte el mismo trato que precisamente había dado a Mocair y a muchos otros. Mocair era la bestia que te encontraste en el laberinto, con su pelaje recién hecho, aún liso y brillante a causa del efecto del licor de las flores; y viste a alguno de sus predecesores dando vueltas por el palacio. Sin embargo, me he dado cuenta de que mis caprichos no son siempre los mismos. Tú, Tiglari, a diferencia de los otros, permanecerás humano del cuello para arriba, y eres libre para continuar tus vagabundeos por el laberinto, y escapar de él si puedes. No deseo volver a verte. Y mi clemencia nace de otra fuente que no es aprecio para los de tu clase. Vete ahora; el laberinto tiene muchas vueltas que aún estás por recorrer.

Un gran temor descendió sobre Tiglari; su nativa fiereza, su voluntad de salvaje, fueron domesticados por la lánguida voluntad del brujo. Con una mirada hacia atrás, llena de preocupación y asombro por Athlé, se retiró obediente, inclinándose como un mono enorme. Con su pelo bulléndole húmedo bajo los tres soles, se desvaneció en el laberinto.

Maal Dweb, acompañado de sus esclavos de metal, se inclinó sobre la figura de Athlé, que aún contemplaba el espejo con ojos asombrados.

—Mong Lut —dijo dirigiéndose por su nombre al autómatas más próximo, que le seguía pegado a sus talones—. Ha sido, como tú sabes, mi capricho eternizar la frágil belleza de las mujeres. Athlé, como muchas otras antes que ella, ha explorado mi ingenioso laberinto, y ha mirado en el espejo cuya repentina radiación convierte la carne en una piedra más hermosa que el

mármol y no menos duradera... Además, como tú sabes, ha sido mi capricho convertir a los hombres en bestias mediante el copioso fluido de ciertas flores artificiales, para que así su aspecto exterior se conformase más estrictamente a su naturaleza interior. ¿No está bien, Mong Lut, que yo haya hecho estas cosas? ¿Acaso no soy Maal Dweb, en quien residen todo el poder y todo el conocimiento?

—Sí, amo —repitió el autómeta como un eco—. Tú eres Maal Dweb, el que todo lo sabe, el que todo lo puede. Está bien que tú hayas hecho estas cosas.

—Sin embargo —continuó Maal Dweb—, la repetición de hasta las más notables taumaturgias puede volverse aburrida después de un cierto número de veces. Yo no creo que vuelva a tratar a ninguna mujer de esta manera, o a ningún hombre. ¿No está bien, Mong Lut, que varíe en el futuro mis hechicerías? ¿Acaso no soy Maal Dweb, de infinitos recursos?

—En verdad eres Maal Dweb —asintió el autómeta—. Y en verdad estará bien que diversifiques tus encantamientos.

Maal Dweb no se quedó insatisfecho con las respuestas que el autómeta le había ofrecido. Poco deseaba otra conversación que no fuese el férreo eco de sus metálicos servidores, que siempre estaban conformes con todo lo que él decía, y le ahoraban el tedio de las discusiones.

Y puede que hubiese momentos en que se cansaba un poco hasta de esto, y prefería el silencio de las mujeres petrificadas o el mutismo de las bestias que ya no podían llamarse a si mismas hombres.

The Maze of Maal Dweb. Fecha: septiembre de 1932. Primera publicación: Weird Tales, octubre de 1938. Antología original: Lost Worlds, Arkham House, Sauk City, Wisconsin, octubre de 1944. Otros títulos del relato: The Maze of Mool Dweb y The Maze of the Enchanter

GENIUS LOCI

CLARK ASHTON SMITH

'It is a very strange place,' said Amberville, 'but I scarcely know how to convey the impression it made upon me. It will all sound so simple and ordinary. There is nothing but a sedgy meadow, surrounded on three sides by slopes of yellow pine. A dreary little stream flows in from the open end, to lose itself in a cul-de-sac of cat-tails and boggy ground. The stream, running slowly and more slowly, forms a stagnant pool of some extent from which several sickly-looking alders seem to fling themselves backwards, as if unwilling to approach it. A dead willow leans above the pool, tangling its wan, skeleton-like reflection with the green scum that mottles the water. There are no blackbirds, no kildees, no dragon-flies even, such as one usually finds in a place of that sort. It is all silent and desolate. The spot is evil — it is unholy in a way that I simply can't describe. I was compelled to make a drawing of it, almost against my will, since anything so outré is hardly in my line. In fact, I made two drawings. I'll show them to you, if you like.'

Since I had a high opinion of Amberville's artistic abilities and had long considered him one of the foremost landscape painters of his generation, I was naturally eager to see the drawings. He, however, did not even pause to await my avowal of interest, but began at once to open his portfolio. His facial expression, the very movements of his hands, were somehow eloquent of a strange mixture of compulsion and repugnance as he brought out and displayed the two water-colour sketches he had mentioned.

I could not recognize the scene depicted from either of them. Plainly it was one that I had missed in my desultory rambling about the foot-hill environs of the tiny hamlet of Bowman, where, two years before, I had purchased an uncultivated ranch and had retired for the privacy so essential to prolonged literary effort. Francis Amberville, in the one fortnight of his visit, through his flair

for the pictorial potentialities of landscape, had doubtless grown more familiar with the neighbourhood than I. It had been his habit to roam about in the forenoon, armed with sketching-materials; and in this way he had already found the theme of more than one lovely painting. The arrangement was mutually convenient, since I, in his absence was wont to apply myself assiduously to an antique Remington typewriter.

I examined the drawings attentively. Both, though of hurried execution, were highly meritorious, and showed the characteristic grace and vigour of Amberville's style. And yet, even at first glance, I found a quality that was more alien to the spirit of his work. The elements of the scene were those he had described. In one picture, the pool was half hidden by a fringe of mace-weeds, and the dead willow was leaning across it at a prone, despondent angle, as if mysteriously arrested in its fall towards the stagnant waters. Beyond, the alders seemed to strain away from the pool, exposing their knotted roots as if in eternal effort. In the other drawing, the pool formed the main portion of the foreground, with the skeleton tree looming drearily at one side. At the water's farther end, the cat-tails seemed to wave and whisper among themselves in a dying wind; and the steeply barring slope of pine at the meadow's terminus was indicated as a wall of gloomy green that closed in the picture, leaving only a pale of autumnal sky at the top.

All this, as the painter had said, was ordinary enough. But I was impressed immediately by a profound horror that lurked in these simple elements and was expressed by them as if by the balefully contorted features of some demoniac face. In both drawings, this sinister character was equally evident, as if the same face had been shown in profile and front view. I could not trace the separate details that composed the impressions; but ever, as I looked, the abomination of a strange evil, a spirit of despair, malignity, desolation, leered from the drawing more openly and hatefully. The spot seemed to wear a macabre and Satanic grimace. One felt that it might speak aloud, might utter the imprecations of some gigantic devil, or the raucous derision of a thousand birds of ill omen. The evil conveyed was something wholly outside of humanity — more ancient than man. Somehow — fantastic as this will seem — the

meadow had the air of a vampire, grown old and hideous with unutterable infamies. Subtly, indefinably, it thirsted for other things than the sluggish trickle of water by which it was fed.

'Where is the place?' I asked, after a minute or two of silent inspection. It was incredible that anything of the sort could really exist — and equally incredible that a nature so robust as Amberville should have been sensitive to its quality.

'It's in the bottom of that abandoned ranch, a mile or less down the little road towards Bear River,' he replied. 'You must know it. There's a small orchard about the house, on the upper hillside; but the lower portion, ending in that meadow, is all wild land.'

I began to visualize the vicinity in question. 'Guess it must be the old Chapman place,' I decided, 'No other ranch along that road would answer your specifications.'

'Well, whoever it belongs to, that meadow is the most horrible spot. I have ever encountered. I've known other landscapes that had something wrong with them, but never anything like this.'

'Maybe it's haunted,' I said, half in jest. 'From your description, it must be the very meadow where old Chapman was found dead one morning by his youngest daughter. It happened a few months after I moved here. He was supposed to have died of heart failure. His body was quite cold, and he had probably been lying there all night, since the family had missed him at suppertime. I don't remember him very clearly, but I remember that he had a reputation for eccentricity. For some time before his death, people thought he was going mad. I forget the details, Anyway, his wife and children left, not long after he died, and no one has occupied the house or cultivated the orchard since. It was a commonplace rural tragedy.'

'I'm not much of a believer in spooks,' observed Amberville, who seemed to have taken my suggestion of haunting in a literal sense. 'Whatever the influence

is, it's hardly of human origin, Come to think of it, though, I received a very silly impression once or twice — the idea that some one was watching me while I, did those drawings. Queer — I had almost forgotten that, till you brought up the possibility of haunting. I seemed to see him out of the tail of my eye, just beyond the radius that I was putting into the picture: a dilapidated old scoundrel with dirty grey whiskers, and an evil scowl. It's odd, too, that I should have gotten such a definite conception of him, without ever seeing him squarely. I thought it was a tramp who had strayed into the meadow bottom. But when I turned to give him a level glance, he simply wasn't there. It was as if he melted into the miry ground, the cat-tails, the sedges.'

'That isn't a bad description of Chapman,' I said. 'I remember his whiskers — they were almost white, except for the tobacco juice. A battered antique, if there ever was one — and very unamiable, too. He had a poisonous glance towards the end, which no doubt helped along the legend of his insanity. Some of the tales about him come back to me now. People said that he neglected the care of his orchard more and more. Visitors used to find him in that lower meadow, standing idly about and staring vacantly at the trees and water. Probably that was one reason they thought he was losing his mind. But I'm sure I never heard that there was anything unusual or queer about the meadow, either at the time of Chapman's death, or since. It's a lonely spot, and I don't imagine that any one ever goes there now.'

'I stumbled on it quite by accident,' said Amberville. 'The place isn't visible from the road, on account of the thick pines... But there's another odd thing. I went out this morning with a strong and clear intuition that I might find something of uncommon interest. I made a bee-line for the meadow, so to speak; and I'll have to admit that the intuition justified itself. The place repels me - but it fascinates me, too. I've simply got to solve the mystery, if it has a solution,' he added, with a slightly defensive air. 'I'm going back early tomorrow, with my oils, to start a real painting of it.'

I was surprised, knowing that predilection of Amberville for scenic brilliance and gaiety which had caused him to be likened to Sorolla. 'The painting will be

a novelty for you,' I commented. 'I'll have to come and take a look at the place myself, before long. It should really be more in my line than yours. There ought to be a weird story in it somewhere, if it lives up to your drawings and description.'

Several days passed. I was deeply preoccupied, at the time with the toilsome and intricate problems offered by the concluding chapters of a new novel; and I put off my proposed visit to the meadow discovered by Amberville. My friend, on his part, was evidently engrossed by his new theme. He sallied forth each morning with his easel and oil-colours, and returned later each day, forgetful of the luncheon-hour that had formerly brought him back from such expeditions. On the third day, he did not reappear till sunset. Contrary to his custom, he did not show me what he had done, and his answers to my queries regarding the progress of the picture were somewhat vague and evasive. For some reason, he was unwilling to talk about it. Also, he was apparently loath to discuss the meadow itself, and in answer to direct questions, merely reiterated in an absent and perfunctory manner the account he had given me following his discovery of the place. In some mysterious way that I could not define, his attitude seemed to have changed.

There were other changes, too. He seemed to have lost his usual bitterness. Often I caught him frowning intently, and surprised the lurking of some equivocal shadow in his frank eyes

There was a moodiness, a morbidity, which, as far as our five years' friendship enabled me to observe, was a new aspect of his temperament. Perhaps, if I had not been so preoccupied with my own difficulties, I might have wondered more as to the causation of his gloom, which I attributed readily enough at first to some technical dilemma that was baffling him. He was less and less the Amberville that I knew; and on the fourth day, when he came back at twilight, I perceived an actual surliness that was quite foreign to his nature.

'What's wrong?' I ventured to inquire. 'Have you struck a snag? Or is old Chapman's meadow getting on your nerves with its ghostly influences?'

He seemed, for once, to make an effort to throw off his gloom, his taciturnity and ill humour.

'It's the infernal mystery of the thing,' he declared, 'I've simply got to solve it, in one way or another. The place has an entity of its own — an indwelling personality. It's there, like the soul in a human body, but I can't pin it down or touch it. You know that I'm not superstitious — but, on the other hand, I'm not a bigoted materialist, either; and I've run across some odd phenomena in my time. That meadow, perhaps, is inhabited by what the ancients called a Genius Loci. More than once, before this, I have suspected that such things might exist — might reside, inherent, in some particular spot. But this is the first time that I've had reason to suspect anything of an actively malignant or inimical nature. The other influences, whose presence I have felt, were benign in some large, vague, impersonal way — or were else wholly indifferent to human welfare — perhaps oblivious of human existence. This thing, however, is hatefully aware and watchful: I feel that the meadow itself — or the force embodied in the meadow - is scrutinizing me all the time. The place has the air of a thirsty vampire, waiting to drink me in somehow, if it can. It is a cul-de-sac of everything evil, in which an unwary soul might well be caught and absorbed. But I tell you, Murray, I can't keep away from it.'

'It looks as if the place were getting you,'. I said, thoroughly astonished by his extraordinary declaration, and by the air of fearful and morbid conviction with which he uttered it.

Apparently he had not heard me, for he made no reply to my observation. 'There's another angle,' he went on, with a feverish intensity in his voice. 'You remember my impression of an old man lurking in the background and watching me, on my first visit. Well, I have seen him again, many times, out of the corner of my eye; and during the last two days, he has appeared more directly, though in a queer, partial way. Sometimes, when I am studying the dead willow very intently, I see his scowling filthy-bearded face as a part of the hole. Then, again, it will float among the leafless twigs, as if it had been caught there. Sometimes

a knotty hand, a tattered coat-sleeve, will emerge through the mantling in the pool, as if a drowned body were rising to the surface. Then, a moment later — or simultaneously — there will be some- thing of him among the alders or the cat-tails. These apparitions are always brief, and when I try to scrutinize them closely, they melt like films of vapour into the surrounding scene. But the old scoundrel, whoever or whatever he may be, is a sort of fixture. He is no less vile than everything else about the place, though I feel that he isn't the main element of the vileness.'

'Good Lord!' I exclaimed. 'You certainly have been seeing things. If you don't mind, I'll come down and join you for a while, tomorrow afternoon. The mystery begins to inveigle me.'

'Of course I don't mind, Come ahead.' His manner, all at once, for no tangible reason, had resumed the unnatural taciturnity of the past four days. He gave me a furtive look that was sullen and almost unfriendly. It was as if an obscure barrier, temporarily laid aside, had again risen between us. The shadows of his strange mood returned upon him visibly; and my efforts to continue the conversation were rewarded only by half-surlly, half- absent monosyllables. Feeling an aroused concern, rather than any offence, I began to note, for the first time, the unwonted pallor of his face, and the bright, febrile lustre of his eyes, He looked vaguely unwell, I thought, as if something of his exuberant vitality had gone out of him, and had left in its place an alien energy of doubtful and less healthy nature. Tacitly, I gave up any attempt to bring him back from the secretive twilight into which he had withdrawn. For the rest of the evening, I pretended to read a novel, while Amberville maintained his singular abstraction. Somewhat inconclusively, I puzzled over the matter till bedtime. I made up my mind, however, that I would visit Chapman's meadow. I did not believe in the supernatural, but it seemed apparent that the place was exerting a deleterious influence upon Amberville.

The next morning, when I arose, my Chinese servant informed me that the painter had already breakfasted and had gone out with his easel and colours.

This further proof of his obsession troubled me; but I applied myself rigorously to a forenoon of writing.

Immediately after luncheon, I drove down the highway, followed the narrow dirt road that branched off towards Bear River, and left my car on the pine-thick hill above the old Chapman place. Though I had never visited the meadow, I had a pretty clear idea of its location. Disregarding the grassy, half-obliterated road into the upper portion of the property, I struck down through the woods into the little blind valley, seeing more than once, on the opposite slope, the dying orchard of pear and apple trees, and the tumbledown shanty that had belonged to the Chapmans.

It was a warm October day; and the serene solitude of the forest, the autumnal softness of light and air, made the idea of anything malign or sinister seem impossible. When I came to the meadow-bottom, I was ready to laugh at Amberville's notions; and the place itself, at first sight, merely impressed me as being rather dreary and dismal. The features of the scene were those that he had described so clearly, but I could not find the open evil that had leered from the pool, the willow, the alders and the cat-tails in his drawings.

Amberville, with his back towards me, was seated on a folding stool before his easel, which he had placed among the plots of dark green wire-grass in the open ground above the pool. He did not seem to be working, however, but was staring intently at the scene beyond him, while a loaded brush drooped idly in his fingers. The sedges deadened my footfalls, and he did not hear me as I drew near.

With much curiosity, I peered over his shoulder at the large canvas on which he had been engaged. As far as I could tell, the picture had already been carried to a consummate degree of technical perfection. It was an almost photographic rendering of the scummy water, the whitish skeleton of the leaning willow, the unhealthy, half-disrooted alders, and the cluster of nodding mace-reeds. But in it I found the macabre and demoniac spirit of the sketches: the meadow seemed to wait and watch like an evilly distorted face. It was a deadfall

of malignity and despair, lying from the autumn world around it; a plague-spot of nature, forever accursed and alone.

Again I looked at the landscape itself — and saw that the spot was indeed as Amberville had depicted it. It wore the grimace of a mad vampire, hateful and alert! At the same time, I became disagreeably conscious of the unnatural silence. There were no birds, no insects, as the painter had said; and it seemed that only spent and dying winds could ever enter that depressed valley-bottom. The thin stream that lost itself in the boggy ground was like a soul that went down to perdition. It was part of the mystery, too; for I could not remember any stream on the lower side of the barring hill that would indicate a subterranean outlet.

Amberville's intentness, and the very posture of his head and shoulders, were like those of a man who has been mesmerized. I was about to make my presence known to him; but at that instant there came to me the apperception that we were not alone in the meadow. Just beyond the focus of my vision, a figure seemed to stand in a furtive attitude, as if watching us both. I whirled about and there was no one. Then I heard a startled cry from Amberville and turned to find him staring at me. His features wore a look of terror and surprise, which had not wholly erased a hypnotic absorption.

'My God!' he said, 'I thought you were the old man!'

I can not be sure whether anything more was said by either of us. I have, however, the impression of a blank silence. After his single exclamation of surprise, Amberville seemed to retreat into an impenetrable abstraction, as if he were no longer conscious of my presence; as if, having identified me, he had forgotten me at once. On my part, I felt a weird and overpowering constraint. That infamous, eerie scene depressed me beyond measure. It seemed that the boggy bottom was trying to drag me down in some intangible way. The boughs of the sick alders beckoned. The pool, over which the bony willow presided like an arboreal death, was wooing me foully with its stagnant waters.

Moreover, apart from the ominous atmosphere of the scene itself, I was painfully aware of a further change in Amberville — a change that was an actual alienation. His recent mood, whatever it was, had strengthened upon him enormously: he had gone deeper into its morbid twilight, and was lost to the blithe and sanguine personality I had known. It was as if an incipient madness had seized him; and the possibility of this terrified me.

In a slow, somnambulistic manner, without giving me a second glance, he began to work at his painting, and I watched him for a while, hardly knowing what to do or say. For long intervals he would stay and peer with dreamy intentness at some feature of the landscape. I conceived the bizarre idea of a growing kinship, a mysterious rapport between Amberville and the meadow. In some intangible way, it seemed as if the place had taken something from his very soul — and had given something of itself in exchange. He wore the air of one who participates in some unholy secret, who has become the acolyte of an unhuman knowledge. In a flash of horrible definitude, I saw the place as an actual vampire, and Amberville as its willing victim.

How long I remained there, I can not say. Finally I stepped over to him and shook him roughly by the shoulder.

'You're working too hard,' I said. 'Take my advice, and lay off for a day or two.'

He turned to me with the dazed look of one who is lost in some narcotic dream. This, very slowly, gave place to a sullen, evil anger.

'Oh, go to hell!' he snarled. 'Can't you see that I'm busy?'

I left him then, for there seemed nothing else to do under the circumstances. The mad and spectral nature of the whole affair was enough to make me doubt my own reason. My impressions of the meadow — and of Amberville — were tainted with an insidious horror such as I had ever before felt in any moment of waking life and normal consciousness.

At the bottom of the slope of yellow pine, I turned back with repugnant curiosity for a parting glance. The painter had not moved, he was still confronting the malignant scene like a charmed bird that faces a lethal serpent. Whether or not the impression was a double optic image, I have never been sure: but at that instant I seemed to discern a faint, unholy aura, neither light nor mist, that flowed and wavered about the meadow, preserving the outlines of the willow, the alders, the weeds, the pool. Stealthily it appeared to lengthen, reaching towards Amberville like ghostly arms. The whole image was extremely tenuous, and may well have been an illusion; but it sent me shuddering into the shelter of the tall, benignant pines.

The remainder of that day, and, the evening that followed, were tinged with the shadowy horror I had found in Chapman's meadow. I believe that I spent most of the time in arguing vainly with myself, in trying to convince the rational part of my mind that all I had seen and felt was utterly preposterous. I could arrive at no conclusion, other than a conviction that Amberville's mental health was endangered by the damnable thing, whatever it was, that inhered in the meadow. The malign personality of the place, the impalpable terror, mystery and lure, were like webs that had been woven upon my brain, and which I could not dissipate by any amount of conscious effort.

I made two resolves, however: one was, that I should write immediately to Amberville's fiancé, Miss Avis Olcott, and invite her to visit me as a fellow-guest of the artist during the remainder of his stay at Bowman. Her influence, I thought, might help to counteract whatever was affecting him so perniciously. Since I knew her fairly well, the invitation would not seem out of the way. I decided to say nothing about it to Amberville: the element of surprise, I hoped, would be especially beneficial.

My second resolve was, that I should not again visit the meadow myself, if I could avoid it. Indirectly — for I knew the folly of trying to combat a mental obsession openly — I should also try to discourage the painter's interest in the

place, and divert his attention to other themes, Trips and entertainments, too, could be devised, at the minor cost of delaying my own work.

The smoky autumn twilight overtook me in such meditations as these; but Amberville did not return. Horrible premonitions, without coherent shape or name, began to torment me as I waited for him. The night darkened; and dinner grew cold on the table. At last, about nine o'clock, when I was nerving myself to go out and hunt for him, he came in hurriedly. He was pale, dishevelled, out of breath; and his eyes held a painful glare, as if everything had frightened him beyond endurance.

He did not apologize for his lateness; nor did he refer to my own visit to the meadow-bottom. Apparently he had forgotten the whole episode — had forgotten his rudeness to me.

'I'm through!' he cried. 'I'll never go back again — never take another chance. That place is more hellish at night than in the daytime. I can't tell you what I've seen and felt — I must forget it, if I can. There's an emanation - something that comes out openly in the absence of the sun, but is latent by day. It lures me, it tempted me to remain this evening — and it nearly got me... God! I didn't believe that such things were possible — that abhor- rent compound of—' He broke off, and did not finish the sentence. His eyes dilated, as if with the memory of something too awful to be described. At that moment, I recalled the poisonously haunted eyes of old Chapman whom I had sometimes met about the hamlet. He had not interested me particularly, since I had deemed him a common type of rural character, with a tendency to some obscure and unpleasant aberration. Now, when I saw the same look in the eyes of a sensitive artist, I began to wonder, with a shivering speculation, whether Chapman too had been aware of the weird evil that dwelt in his meadow. Perhaps, in some way that was beyond human comprehension, he had been its victim. ... He had died there; and his death had not seemed at all mysterious. But perhaps, in the light of all that Amberville and I had perceived, there was more in the matter than any one had suspected.

'Tell me what you saw,' I ventured to suggest. At the question, a veil seemed to fall between us, impalpable but terrific. He shook his head morosely and made no reply. The human terror, which perhaps had driven him back towards his normal self, and had made him almost communicative for the nonce, fell away from Amberville. A shadow that was darker than fear, an impenetrable alien umbrage, again submerged him. I felt a sudden chill, of the spirit rather than the flesh; and once more there came to me the outré thought of his growing kinship with the ghoulish meadow. Beside me, in the lamplit room, behind the mask of his humanity, a thing that was not wholly human seemed to sit and wait.

Of the nightmarish days that followed, I shall offer only a summary. It would be impossible to convey the eventless, fantasmal horror in which we dwelt and moved.

I wrote immediately to Miss Olcott, pressing her to pay me a visit during Amberville's stay, and, in order to insure acceptance, I hinted obscurely at my concern for his health and my need of her coadjutation. In the meanwhile, waiting her answer, I tried to divert the artist by suggesting trips to sundry points of scenic interest in the neighbourhood. These suggestions he declined, with an aloof curtness, an air that was stony and cryptic rather than deliberately rude. Virtually, he ignored my existence, and made it more than plain that he wished me to have him to his own devices. This, in despair, I finally decided to do, pending the arrival of Miss Olcott. He went out early each morning, as usual, with his paints and easel, and returned about sunset or a little later. He did not tell me where he had been; and I refrained from asking.

Miss Olcott came on the third day following my letter, in the afternoon. She was young, lissome, ultra-feminine, and was altogether devoted to Amberville. In fact, I think she was a little in awe of him. I told her as much as I dared, and warned her of the morbid change in her fiancé, which I attributed to nervousness and overwork. I simply could not bring myself to mention Chapman's meadow and its baleful influence: the whole thing was too unbelievable, too fantasmagoric, to be offered as an explanation to a modern

girl. When I saw the somewhat helpless alarm and bewilderment with which she listened to my story, I began to wish that she were of a more wilful and determined type, and were less submissive towards Amberville than I surmised her to be. A stronger woman might have saved him; but even then I began to doubt whether Avis could do anything to combat the imponderable evil that was engulfing him.

A heavy crescent moon was hanging like a blood-dipped horn in the twilight, when he returned. To my immense relief, the presence of Avis appeared to have a highly salutary effect. The very moment that he saw her, Amberville came out of the singular eclipse that had claimed him, as I feared, beyond redemption, and was almost his former affable self. Perhaps it was all make-believe, for an ulterior purpose; but this, at the time, I could not suspect. I began to congratulate myself on having applied a sovereign remedy. The girl, on her part, was plainly relieved; though I saw her eyeing him in a slightly hurt and puzzled way, when he sometimes fell for a short interval into moody abstraction, as if he had temporarily forgotten her. On the whole, however, there was a transformation that appeared no less than magical, in view of his recent gloom and remoteness. After a decent interim, I left the pair together, and retired.

I rose very late the next morning, having overslept. Avis and Amberville I learned, had gone out together, carrying a lunch which my Chinese cook had provided. Plainly he was taking her along on one of his artistic expeditions; and I augured well for his recovery from this. Somehow, it never occurred to me that he had taken her to Chapman's meadow. The tenuous, malignant shadow of the whole affair had begun to lift from my mind; I rejoiced in a lightened sense of responsibility; and, for the first time in a week, was able to concentrate clearly on the ending of my novel.

The two returned at dusk, and I saw immediately that I had been mistaken on more points than one. Amberville had again retired into a sinister, saturnine reserve. The girl, beside his looming height and massive shoulders, looked very small, forlorn and pitifully bewildered and frightened. It was as if she had

encountered something altogether beyond her comprehension something with which she was humanly powerless to cope.

Very little was said by either of them. They did not tell me where they had been; but, for that matter, it was unnecessary to inquire. Amberville's taciturnity, as usual, seemed due to an absorption in some dark mood or sullen reverie. But Avis gave me the impression of a dual constraint — as if, apart from some enthralling terror, she had been forbidden to speak of the day's events and experiences. I knew that they had gone to that accursed meadow; but I was far from sure whether Avis had been personally conscious of the weird and baneful entity of the place, or had merely been frightened by the unwholesome change in her lover beneath its influence. In either case, it was obvious that she was wholly subservient to him, I began to damn myself for a fool in having invited her to Bowman — though the true bitterness of my regret was still to come.

A week went by, with the same daily excursions of the painter and his fiancé — the same baffling, sinister estrangement and secrecy in Amberville — the same terror, helplessness, constraint and submissiveness in the girl. How it would all end, I could not imagine; but I feared, from the ominous alteration of his character,' that Amberville was heading for some form of mental alienation, if nothing worse, My offers of entertainment and scenic journeys were rejected by the pair; and several blunt efforts to question Avis were met by a wall of almost hostile evasion which convinced me that Amberville had enjoined her to secrecy — and had perhaps, in some sleightful manner, misrepresented my own attitude towards him.

'You don't understand him,' she said, repeatedly. 'He is very temperamental.'

The whole affair was a maddening mystery, but it seemed more and more that the girl herself was being drawn, either directly or indirectly, into the same fantasmal web that had enmeshed the artist.

I surmised that Amberville had done several new pictures of the meadow; but he did not show them to me, nor even mention them, My own impressions of

the place, as time went on, assumed an unaccountable vividness that was almost hallucinatory. The incredible idea of some inherent force or personality, malevolent and even vampirish, became an unavowed conviction against my will. The place haunted me like a fantasm, horrible but seductive. I felt an impelling morbid curiosity, an unwholesome desire to visit it again, and fathom, if possible, its enigma. Often I thought of Amberville's notion about a Genius Loci that dwelt in the meadow, and the hints of a human apparition that was somehow associated with the spot. Also, I wondered what it was that the artist had seen on the one occasion when he had lingered in the meadow after nightfall, and had returned to my house in driven terror. It seemed that he had not ventured to repeat the experiment, in spite of his obvious subjection to the unknown lure.

The end came, abruptly and without premonition. Business had taken me to the county seat, one afternoon, and I did not return till late in the evening. A full moon was high above the pine-dark hills. I expected to find Avis and the painter in my drawing-room; but they were not there. Li Sing, my factotum, told me that they had returned at dinnertime. An hour later, Amberville had gone out quietly while the girl was in her room. Coming down a few minutes later, Avis had shown excessive perturbation when she found him absent, and had also left the house, as if to follow him, without telling Li Sing where she was going or when she might return. All this had occurred three hours previously; and neither of the pair had yet reappeared.

A black and subtly chilling intuition of evil seized me as I listened to Li Sing's account. All too well I surmised that Amberville had yielded to the temptation of a second nocturnal visit to that unholy meadow. An occult attraction, somehow, had overcome the horror of his first experience, whatever it had been. Avis, knowing where he was, and perhaps fearful of his sanity — or safety — had gone out to find him. More and more, I felt an imperative conviction of some peril that threatened them both — some hideous and innominable thing to whose power, perhaps, they had already yielded.

Whatever my previous folly and remissness in the matter, I did not delay now. A few minutes of driving at precipitate speed through the mellow moonlight brought me to the piny edge of the Chapman property. There, as on my former visit, I left the car, and plunged headlong through the shadowy forest, Far down, in the hollow, as I went, I heard a single scream, shrill with terror, and abruptly terminated. I felt sure that the voice was that of Avis; but I did not hear it again.

Running desperately, I emerged in the meadow-bottom, Neither Avis nor Amberville was in sight; and it seemed to me, in my hasty scrutiny, that the place was full of mysteriously coiling and moving vapours that permitted only a partial view of the dead willow and the other vegetation. I ran on towards the scummy pool, and nearing it, was arrested by a sudden and twofold horror.

Avis and Amberville were floating together in the shallow pool, with their bodies half hidden by the mantling masses of algae. The girl was clasped tightly in the painter's arms, as if he had carried her with him, against her will, to that noisome death. Her face was covered by the evil, greenish scum; and I could not see the face of Amberville, which was averted against her shoulder. It seemed that there had been a struggle; but both were quiet now, and had yielded supinely to their doom.

It was not this spectacle alone, however, that drove me in mad and shuddering flight from the meadow, without making even the most tentative attempt to retrieve the drowned bodies. The true horror lay in the thing, which, from a little distance, I had taken for the coils of a slowly moving and rising mist. It was not vapour, nor anything else that could conceivably exist — that malign, luminous, pallid emanation that enfolded the entire scene before me like a restless and hungrily wavering extension of its outlines — a phantom projection of the pale and deathlike willow, the dying alders, the reeds, the stagnant pool and its suicidal victims. The landscape was visible through it, as through a film; but it seemed to curdle and thicken gradually in places, with some unholy, terrifying activity. Out of these curdlings, as if disgorged by the ambient exhalation, I saw the emergence of three human faces that partook of the same nebulous matter, neither mist nor plasma. One of these faces seemed to detach

itself from the bole of the ghostly willow; the second and third swirled upwards from the seething of the phantom pool, with their bodies trailing formlessly among the tenuous boughs. The faces were those of old Chapman, of Francis Amberville, and Avis Olcott.

Behind this eerie, wraith-like projection of itself, the actual landscape leered with the same infernal and vampirish air which it had worn by day. But it seemed now that the place was no longer still — that it seethed with a malignant secret life — that it reached out towards me with its scummy waters, with the bony fingers of its trees, with the spectral faces it had spewed forth from its lethal deadfall.

Even terror was frozen within me for a moment. I stood watching, while the pale, unhallowed exhalation rose higher above the meadow. The three human faces, through a further agitation of the curdling mass, began to approach each other. Slowly, inexpressibly, they merged in one, becoming an androgynous face, neither young nor old, that melted finally into the lengthening phantom boughs of the willow — the hands of the arboreal death, that were reaching out to enfold me. Then, unable to bear the spectacle any longer, I started to run.

There is little more that need be told, for nothing that I could add to this narrative would lessen the abominable mystery of it all in any degree. The meadow — or the thing that dwells in the meadow — has already claimed three victims... and I sometimes wonder if it will have a fourth. I alone, it would seem, among the living, have guessed the secret of Chapman's death, and the death of Avis and Amberville; and no one else, apparently, has felt the malign genius of the meadow. I have not returned there, since the morning when the bodies of the artist and his fiancée were removed from the pool... nor have I summoned up the resolution to destroy or otherwise dispose of the four oil paintings and two watercolor-drawings of the spot that were made by Amberville. Perhaps... in spite of all that deters me... I shall visit it again.

GENIUS LOCI

CLARK ASHTON SMITH

ES UN LUGAR muy extraño —dijo Amberville— pero a duras penas sé cómo transmitir la impresión que me causó. Todo sonará muy simple y ordinario. No hay nada más que un prado en el que abundan las juncias, rodeado por tres lados por cuevas de pinos amarillos. En el lado abierto, corre un arroyo, pequeño y melancólico, que se pierde en un cul—de—sac de espadañas y suelo pantanoso. El arroyo, corriendo cada vez más lentamente, forma un charco estancado de cierto tamaño, desde el cual parecen retroceder varios alisos de aspecto enfermizo, como si no desearan aproximarse. Un sauce muerto se apoya en el estanque, mezclando su reflejo, descolorido, como de esqueleto, con la porquería verde que jaspea el agua. No hay mirlos, ni frailecillos, ni siquiera libélulas como las que uno encuentra normalmente en sitios semejantes. Todo está silencioso y desolado. Ese lugar es malo..., está maldito de una manera que, sencillamente, no soy capaz de describir. Me sentí impulsado a hacer un dibujo del mismo casi contra mi voluntad, teniendo en cuenta que algo tan extremado difícilmente se encuentra en mi línea. De hecho, hice dos dibujos. Te los mostrare, si quieres.

Teniendo en cuenta que tenía una opinión muy elevada de las habilidades artísticas de Amberville, y le consideraba, desde hacía largo tiempo, uno de los principales pintores paisajistas de su generación, estaba naturalmente bastante ansioso de ver esos dibujos. Él, sin embargo, ni siquiera hizo una pausa para esperar mi muestra de interés, sino que comenzó inmediatamente a abrir su portafolios. Su expresión facial, los propios movimientos de sus manos, eran una mezcla de alguna manera elocuente, de atracción y de repugnancia, mientras sacaba y mostraba los dos bocetos a la acuarela que él había mencionado.

No fui capaz de reconocer la escena mostrada en ninguno de los dos. Claramente, se trataba de una que se me había pasado por alto durante mis caprichosos correteos por los contornos de la colina al pie de las montañas, donde estaba situada la diminuta aldea de Bowman, en la cual, hacía dos años, había adquirido un rancho sin cultivar y me había retirado en busca de la soledad que resultaba tan esencial para un esfuerzo literario prolongado.

Francis Amberville, durante la quincena de su visita., a través de su sagacidad para las potencialidades pictóricas del paisaje, sin duda se había familiarizado más con el paisaje que yo.

Había sido su costumbre vagar errante por la mañana, equipado con los materiales para hacer un boceto; y, de esta manera, ya había encontrado el tema para más de una hermosa pintura.

El arreglo nos resultaba mutuamente conveniente, dado que yo, durante su ausencia, estaba acostumbrado a aplicarme asiduamente a una antigua máquina de escribir Remington.

Examiné los dibujos con atención. Ambos, aunque de ejecución apresurada, eran de mucho mérito, y mostraban la gracia y el vigor característicos del estilo de Amberville. Sin embargo, incluso durante este primer vistazo, descubrí una cualidad que resultaba algo más que ajena al espíritu de su obra. Los elementos de la escena eran aquellos que él había descrito. En uno de los dibujos, el estanque quedaba medio oculto por una orla de espadañas, y el sauce muerto estaba descansando sobre él en un ángulo postrado y decaído, como si misteriosamente se hubiese detenido en su caída a las aguas estancadas. Más allá, los alisos parecían alejarse del estanque, dejando al descubierto sus raíces nudosas en un eterno esfuerzo.

En el otro dibujo, el estanque formaba la porción principal del primer plano, con el árbol esquelético alzándose siniestramente a un lado. En el extremo opuesto del agua, las espadañas parecían agitarse y murmurar entre ellas bajo un viento agonizante; y la cuesta de pinos que se elevaba abruptamente en la frontera del prado estaba indicada mediante una muralla de siniestro verdor que se cerraba en el dibujo, dejando tan sólo una pálida franja de cielo otoñal por encima.

Todo esto, como había dicho el pintor, resultaba bastante ordinario.

Pero me sentí impresionado inmediatamente por un error que habitaba en estos sencillos elementos y era expresado por ellos como por las facciones malignamente contorsionadas de un rostro demoniaco. En ambos dibujos, el carácter siniestro era igualmente evidente, como si el mismo rostro hubiese sido retratado de frente y de perfil. Pero no podía distinguir los detalles aislados que producían esta impresión; siempre, mientras miraba, la abominación de un extraño mal, un espíritu de desesperación, malignidad y tristeza se burlaba desde los dibujos de una manera cada vez más abierta y odiosa. El lugar parecía tener una mueca, macabra y satánica. Uno sentía que podría hablar en voz alta, podría pronunciar las imprecaciones de algún gigantesco demonio, o las burlas broncas de un millar de pájaros de mal agüero.

El mal transmitido era algo por completo ajeno al género humano..., más antiguo que el hombre. De alguna manera..., por fantástico que esto pueda parecer..., el prado tenía el aspecto de un vampiro, que había envejecido y se había vuelto deforme en medio de infamias inenarrables. Sutilmente, indefiniblemente, tenía sed de otras cosas que no eran el torpe goteo de agua que lo alimentaba.

—¿Dónde está este lugar? —pregunté al cabo de un minuto o dos de silencioso examen. Era increíble que algo de esa clase pudiese realmente existir..., e igualmente increíble que una naturaleza tan robusta como la de Amberville se hubiese mostrado sensible a dicha cualidad.

—Está al fondo del rancho abandonado, a una milla o menos, por la carretera pequeña hacia Bear River —replicó—; debes conocerlo. Hay un pequeño jardín en torno a la casa, en la parte superior de la colina; pero toda la parte inferior, terminando en ese prado, es silvestre.

Comencé a visualizar el vecindario en cuestión.

—Supongo que debe tratarse de la vieja granja de los Chapman —declaré—; ningún otro rancho, a lo largo de esa carretera, responde a tu descripción.

—Bien, pertenezca a quien pertenezca, el prado es el lugar más horrible que nunca he encontrado. He conocido otros paisajes en los que algo está mal. Pero nunca algo semejante a esto.

—Quizá esté hechizado —dije medio en broma—. De acuerdo con tu descripción, tiene que ser el mismo prado en que el viejo Chapman fue encontrado muerto por su hija más joven una mañana. Sucedió unos pocos

meses después de que me mudase aquí. Se supone que murió de un paro cardíaco. Su cuerpo estaba muy frío, y seguramente había estado tirado allí durante toda la noche, ya que la familia le había echado de menos a la hora de la cena. No le recuerdo con mucha claridad, pero sé que tenía cierta fama de excéntrico. Desde algún tiempo antes de su muerte, la gente decía que se estaba volviendo loco. Se me olvidan los detalles. De todos modos, su esposa y sus hijos se marcharon, no mucho después de que él muriese, y nadie ha ocupado la casa ni cultivado el jardín desde entonces. Fue una tragedia rural corriente.

—Yo no soy muy creyente en los fantasmas —comentó Amberville, que parecía haber tomado mi sugerencia sobre fantasmas en un sentido literal—. Lo que quiera que sea la influencia, difícilmente es humana en su origen. Ahora que lo pienso, sin embargo, recibí una impresión bastante tonta un par de veces...; la idea de que alguien me estaba vigilando mientras realizaba esos dibujos. Qué raro..., casi me había olvidado de eso, hasta que tú mencionaste la posibilidad de fantasmas. Me parecía verle por el rabillo del ojo, justo fuera del radio que estaba incluyendo en mi dibujo: un viejo sinvergüenza en estado ruinoso, con sucios mostachos grises y un gesto malvado. Además, resulta extraño que haya recibido una impresión tan definida de él, sin nunca llegar a verle directamente. Pensé que se trataba de un vagabundo que se había metido hasta el fondo del prado. Pero, cuando me volví para mirarle de frente, él, sencillamente, no estaba ahí. Era como si se hubiese derretido en el suelo pantanoso, en las espadañas, en las juncias.

—Esa no es una mala descripción de Chapman —dije—; recuerdo sus bigotes: eran casi blancos, excepto por las manchas de jugo de tabaco. Una antigüedad maltratada, si alguna vez hubo una, y, además, bastante antipático. Hacia el final, tenía una mirada venenosa, lo que sin duda ayudó con la leyenda de su locura. Algunos cotilleos sobre él me vienen ahora a la memoria. La gente decía que abandonaba el cuidado de su jardín cada vez más. Los visitantes solían encontrarlo en el prado inferior, parado sin hacer nada, mirando con expresión vacía a los árboles y al agua. Probablemente esa fue una de las razones por las que pensaron que estaba volviéndose loco. Pero estoy seguro de que nunca escuché nada respecto a que el prado tuviese algo

fuera de lo usual o raro..., ni en el momento de la muerte de Chapman ni desde entonces. Es un lugar solitario, y no creo que nadie pase por ahí ahora.

—Yo lo encontré más bien por accidente —dijo Amberville—; el lugar no es visible desde la carretera, debido a la densidad de los pinos... Pero hay otra cosa rara: salí esta mañana con una intuición muy fuerte y clara de que podría encontrar algo de un interés fuera de lo común. Fui derecho a por ese prado, por así decirlo; y tengo que admitir que la intuición resultó justificada. El sitio me repele..., pero me fascina al mismo tiempo. Sencillamente, tengo que resolver el misterio, si es que tiene solución —añadió con aire ligeramente a la defensiva—. Voy a volver mañana temprano, con mis óleos, para comenzar un verdadero cuadro de él.

Me quedé sorprendido, conociendo la preferencia que Amberville sentía hacia la alegría y la brillantez paisajística, que habían hecho que se le relacionase con Sorolla.

—El cuadro representará una novedad para ti —comenté—. Tendré que acercarme y echar un vistazo al lugar, antes de que pase mucho tiempo. Debe estar más en mi línea que en la tuya. Debe tener material como para un cuento de miedo en alguna parte, si está a la altura de tus dibujos y de tu descripción.

Pasaron varios días. Estuve en aquel momento profundamente preocupado con los laboriosos e intrincados problemas que ofrecían los capítulos finales de una nueva novela; y fui retrasando mi visita al prado descubierto por Amberville. Mi amigo, por su parte, estaba claramente absorbido por su nuevo tema. Salía cada mañana con su paleta y sus óleos, y volvía cada día más tarde, olvidándose de la hora de la comida, que antes le impulsaba a regresar de estas excursiones.

Al tercer día, no regresó de vuelta hasta la puesta de sol. Contrariamente a su costumbre, no me mostró lo que había hecho, y sus respuestas a mis preguntas relativas al progreso de su pintura eran algo vagas y evasivas.

Por algún motivo, no deseaba hablar de esto. Además, se mostraba aparentemente reacio a discutir el propio prado, y, como respuesta a preguntas directas, simplemente repetía, de una manera ausente y para cubrir las formas, el informe que me había dado siguiendo su descubrimiento del lugar. De una

manera misteriosa, que yo no era capaz de definir, su actitud parecía haber cambiado.

Hubo, además, otros cambios. Él parecía haber perdido su habitual alegría. A menudo, le pillaba muy ceñudo y sorprendía una sombra que acechaba en su franca mirada. Había un mal humor, una morbidez, que, hasta el punto que nuestra amistad de cinco años me permitía observar, eran una faceta nueva de su carácter.

Quizá, si yo no hubiese estado tan sumido en mis propias preocupaciones, me hubiera ocupado más de las causas de su tristeza, que estaba bastante dispuesto a atribuir a algún dilema técnico que le estaba confundiendo. Era cada vez menos el Amberville que yo conocía: y, al cuarto día, cuando regresaba durante el crepúsculo, noté una auténtica aspereza que era completamente ajena a su naturaleza.

—¿Qué es lo que anda mal? —me atreví a preguntarle—. ¿Has encontrado algún tropiezo? ¿O es que el prado del viejo Chapman te está poniendo nervioso con influencias fantasmales?

Pareció, por una vez, hacer un esfuerzo para apartar su tristeza, su taciturnidad y su mal humor

—Es el misterio infernal de la cosa —declaró—; sencillamente, tengo que resolverlo, de una manera o de otra. El lugar tiene una entidad propia..., una personalidad en residencia. Está allí, como el alma en un cuerpo humano. Pero no puedo concretarla o tocarla. Sabes que no soy supersticioso..., pero, por otra parte, tampoco soy un materialista fanático; y en mis tiempos me he encontrado con algunos fenómenos extraños. Ese prado quizá esté habitado por lo que los antiguos llamaban un *genius loci*. Más de una vez, antes de esto, he sospechado que tales cosas podían existir..., podían residir, ser inherentes, a un determinado lugar.

Pero ésta es la primera vez que he tenido razones para sospechar algo de una naturaleza maligna o enemiga. Las otras influencias, cuya presencia he sentido, eran benignas de una manera grande, vaga e impersonal..., o eran, por el contrario, completamente indiferentes al bienestar humano..., quizá ignorantes de la existencia humana. Esta cosa, sin embargo, es consciente con odio y vigilante; siento que el propio prado... o la fuerza encarnada en el prado... está escrutándome todo el rato. El lugar tiene el aspecto de un vampiro

sediento, esperando para beberme de alguna manera, si puede. Es un cul—de—sac de todo lo que es malo, en el que un alma descuidada bien podría verse atrapada y absorbida. Pero te digo, Murray, que no puedo apartarme.

—Parece como si el sitio te estuviese atrapando —dije, completamente estupefacto ante su extraordinaria declaración, y ante la expresión de temerosa y mórbida convicción con que la emitió.

Aparentemente, no me había escuchado, porque no dio réplica alguna a mi comentario.

—Hay otro ángulo —continuó, con una intensidad febril en la voz—; recuerdas mi impresión, en mi primera visita, de que al fondo había un viejo oculto vigilándome. Bien, pues le he visto muchas veces en la esquina del ojo, y, durante los dos últimos días, se me ha aparecido más directamente, aunque de una manera rara y parcial. A veces, cuando estoy muy concentrado estudiando el sauce muerto, veo su cara, con su gesto de mal humor y su barba sucia, en el tronco. Entonces, la veo de nuevo flotando entre las ramas sin hojas, como si se hubiese quedado atrapada ahí. A veces, una mano nudosa, una gastada manga de chaqueta, emergen por el manto de algas del estanque, como si un cuerpo sumergido estuviese saliendo a la superficie. Entonces, un momento más tarde... o simultáneamente..., habrá algo de él en los alisos, o en las espadañas. Estas apariciones son siempre breves, y, cuando intento escrutarlas de cerca, se deshacen como películas de vapor en el paisaje circundante. Pero el viejo sinvergüenza, quien o lo que quiera que sea, es una especie de elemento fijo. Él no es menos vil que todo lo demás del lugar..., aunque creo que no es el principal elemento de la maldad.

—¡Buen Dios! —exclamé—; ciertamente, tú has estado viendo visiones de cosas. Si no te importa, bajaré mañana por la tarde y estaré contigo un rato. El misterio comienza a interesarme.

—Por supuesto que no me importa. Hazlo —sus modales, de repente, habían recuperado su antinatural silencio de los cuatro días anteriores por ninguna razón palpable. Me lanzó una mirada furtiva que era arisca y casi hostil. Era como si una oscura barrera, que temporalmente había bajado, hubiese vuelto a levantarse.

La sombra de su extraño mal humor había vuelto a él de una manera visible; y mis esfuerzos para continuar con la conversación fueron recompensados tan

solo con monosílabos, medio ariscos, medio ausentes. Sintiendo que se despertaba mi preocupación, más que sentirme ofendido, noté, por primera vez, la desacostumbrada palidez de su cara y el brillo, febril y lustroso, de sus ojos. Parecía vagamente enfermo, pensé, como si algo de su exuberante vitalidad hubiese desaparecido, dejando en su lugar una energía ajena de naturaleza sospechosa y menos sana.

Tácitamente, abandoné todos mis esfuerzos para hacerle regresar de ese crepúsculo secreto al que se había retirado. Durante el resto de la velada, fingí leer una novela mientras Amberville mantenía su singular abstracción.

De una manera algo imprecisa, le di vueltas a la cuestión hasta la hora de acostarme. Decidí, sin embargo, que visitaría el prado de Chapman.

No creía en lo sobrenatural, pero parecía evidente que ese lugar estaba ejerciendo una influencia malsana sobre Amberville.

A la mañana siguiente, cuando desperté, mi sirviente chino me informó que el pintor ya había desayunado y se había marchado con su paleta y sus colores. Esta nueva prueba de su obsesión me preocupó, pero me apliqué rigurosamente a una mañana de escritura.

Inmediatamente después del desayuno, conduje bajando por la autopista, seguí la carretera sin asfaltar que se separa en dirección a Bear River, y abandoné mi coche en los densos pinares de la colina que está sobre el viejo rancho de los Chapman. Aunque nunca había visitado el prado, tenía una idea bastante clara de su localización. Sin hacer caso del camino, medio borrado y lleno de hierba, que recorre la parte superior de la propiedad, me dirigí por entre los bosques al pequeño valle cerrado, viendo una vez más, en el lado opuesto, el jardín agonizante de perales y manzanos y la chabola destartada que había pertenecido a los Chapman.

Era un cálido día de octubre, y la serena soledad del bosque y la suavidad otoñal de la luz y del aire hacían que la idea de algo maligno o siniestro pareciese imposible. Cuando llegué al fondo del prado, estaba preparado para reírme de las ideas de Amberville; y el lugar, a primera vista, sólo me causó la impresión de ser bastante triste y lúgubre. Los rasgos de la escena eran los que él había descrito tan claramente, pero no podía encontrar la maldad abierta

que se burlaba desde el estanque, el sauce, los alisos y las espadañas en sus dibujos.

Amberville, dándome la espalda, estaba sentado sobre su silla plegable delante de su paleta, que había colocado sobre el césped verde oscuro en el suelo despejado ante el estanque. Sin embargo, no parecía estar trabajando, sino que estaba mirando fijamente la escena frente a él, mientras que el pincel cargado de pintura descansaba inútil dejado caer entre sus dedos.

Las espadañas apagaban el ruido de las pisadas; y ni siquiera me escuchó mientras me acercaba.

Con mucha curiosidad, miré por encima de su hombro al gran lienzo en el que había estado ocupado. Hasta el punto que yo podía decir, el cuadro ya había sido llevado a un grado de perfección técnica consumada. Era una representación, casi fotográfica, del agua sucia, el esqueleto blancuzco del sauce inclinado y el montón de espadañas inclinadas. Pero en éste descubrí el espíritu macabro y demoniaco de los bocetos; la escena del prado parecía vigilar y esperar, como una cara malvadamente distorsionada. Era una catarata de maldad y desesperación, descansando apartada del mundo otoñal a su alrededor; un lugar de la naturaleza enfermo de la plaga, para siempre maldito y aislado.

De nuevo, miré el propio paisaje... y vi que el lugar era realmente tal y como Amberville lo había representado. ¡Tenía la expresión de un vampiro loco, alerta y odioso! Al mismo tiempo, fui desagradablemente consciente del silencio antinatural. No había ni pájaros ni insectos, como el pintor había dicho, y parecía que tan sólo vientos gastados y agonizantes podían penetrar hasta el fondo de aquel valle. El delgado arroyo que se había perdido en el suelo pantanoso era como un alma que bajase hacia su perdición.

También era parte del misterio; porque no podía recordar ningún arroyo en la parte inferior de la colina que le rodeaba que indicase una salida subterránea.

La concentración de Amberville, y la propia postura de su cabeza y sus hombros, eran como los de un hombre que ha sido hipnotizado. Estaba a punto de hacerle notar mi presencia; pero, en ese instante, vino a mí la idea de que no estábamos solos en el valle. Justo más allá del enfoque de mi vista, una figura parecía estar de pie con una actitud furtiva, como vigilándonos a los dos.

Giré... y no había nadie. Entonces, escuché un grito sorprendido de Amberville, y me volví para encontrarle mirándome fijamente. Sus facciones mostraban una expresión de extremo terror y sorpresa, que no habían borrado del todo su absorción hipnótica.

—¡Dios mío! Dijo—. Pensé que eras el viejo.

No puedo estar seguro de si algo más fue dicho por alguno de los dos. Sin embargo, guardo la impresión de un silencio en blanco.

Después de su única exclamación de sorpresa, Amberville pareció retirarse a una abstracción impenetrable, como si ya no fuese consciente de mi presencia; como si, habiéndome identificado, se hubiese olvidado de mí inmediatamente. Por mi parte, sentí una coacción rara y abrumadora. Esa extraña e infame escena me deprimía más allá de toda medida. Parecía que el fondo embarrado me estuviese intentando hundir de una manera intangible. Las hojas de los alisos enfermos me llamaban. El estanque, sobre el que presidía el sauce huesudo como una muerte arbórea, me cortejaba repugnantemente con sus aguas estancadas.

Lo que es más, aparte de la atmósfera ominosa de la escena misma, era dolorosamente consciente de un nuevo cambio en Amberville..., un cambio que era una auténtica locura. Su estado de ánimo, lo que quiera que fuese, se había reforzado en él de una manera enorme: se había retirado más profundamente en el crepúsculo y había perdido la personalidad alegre y vitalista que una vez yo había conocido. Era como si una locura incipiente se hubiese apoderado de él; y la posibilidad me aterrorizaba.

De una manera lenta, como de sonámbulo, sin mirarme por segunda vez, comenzó a trabajar en su cuadro: le miré durante un rato, sin saber qué hacer ni que decir. Durante largos intervalos, se detenía y miraba con concentración soñadora algún rasgo del paisaje. Concebí la rara idea de una creciente unión, un misterioso *rapport* entre Amberville y el prado. De una manera intangible, parecía como si el lugar le hubiese quitado algo de su propia alma..., y le hubiese dado algo de sí mismo a cambio.

Tenía el aire de alguien que comparte un secreto blasfemo; de quien se ha convertido en un acólito de un conocimiento inhumano.

En un relámpago de horrible claridad, vi el lugar como un auténtico vampiro, y a Amberville, como su víctima voluntaria.

Cuánto tiempo me quedé ahí, no podría decirlo. Finalmente, me acerqué hasta él y le agité fuertemente por el hombro.

—Estás trabajando demasiado —le dije—; sigue mi consejo, y descansa un par de días.

—¡Vete al infierno! —gruñó—. ¿No puedes ver que estoy ocupado?

Le dejé entonces, porque no parecía posible hacer otra cosa, considerando las circunstancias. La naturaleza, loca y espectral, de todo el asunto era suficiente como para hacerme dudar de mi propia cordura.

Mis impresiones del prado —y de Amberville— estaban manchadas por un horror insidioso como nunca antes en mi vida había sentido estando despierto y en un estado normal de conciencia.

Al fondo de la cuesta de los pinos amarillos, di la vuelta con asqueada curiosidad para una mirada de despedida. El pintor no se había movido, todavía estaba frente a la escena maligna como un pájaro hechizado que hace frente a una serpiente letal. Nunca he estado seguro de si la impresión fue una imagen óptica doble, pero, en aquel instante, una débil aureola blasfema, que no era ni luz ni niebla, fluía y temblaba en torno al prado, cubriendo las siluetas de los alisos, las espadañas y el estanque. Cautelosamente, parecía estirarse, intentando alcanzar a Amberville con brazos fantasmales. Toda la imagen era extremadamente tenue, y puede haber sido una ilusión; pero me empujó temblando al refugio de los altos y benignos pinos.

El resto de aquella mañana y la tarde que siguió estuvieron manchados por el horror sombrío que había encontrado en el prado de Chapman.

Creo que pasé la mayor parte de ese tiempo discutiendo vanamente conmigo mismo e intentando convencer a la parte racional de mi mente de que lo que había visto y sentido era por completo increíble.

No podía alcanzar ninguna otra conclusión: la salud mental de Amberville estaba en peligro a causa de esa cosa maldita.

La personalidad maligna del lugar; el terror impalpable, el misterio y la atracción eran como redes que habían sido tejidas en mi cerebro, y que no podía disipar mediante esfuerzo consciente alguno.

Sin embargo, tomé dos decisiones: la primera fue que debía escribir inmediatamente a la prometida de Amberville, Miss Avis Olcott, e invitarla a que

me visitase como huésped acompañante del artista durante el resto de su estancia en Bowman. Su influencia, pensé, ayudaría a contrarrestar lo que quiera que fuese que le estaba afectando de una manera tan perniciosa. Dado que la conocía bastante bien, la invitación no parecería algo fuera de lugar. Decidí no decir nada a Amberville sobre esto, con la esperanza de que el elemento sorpresa resultase especialmente beneficioso.

Mi segunda decisión fue que yo mismo no visitaría el prado por segunda vez, si podía evitarlo. Indirectamente..., porque conocía la necesidad que supone intentar combatir una obsesión mental abiertamente..., intentar apagar el interés del pintor hacia ese lugar, y entretener su atención con otros temas. Además, podían planearse excursiones y entretenimientos, al coste menor de retrasar mi propio trabajo.

El ahumado crepúsculo otoñal me sorprendió sumido en meditaciones semejantes a éstas; pero Amberville no regresó. Empezaron a atormentarme horribles premoniciones, sin forma ni nombre, mientras le esperaba. La noche se oscureció y la cena se enfrió sobre la mesa. Por fin, alrededor de las nueve, cuando estaba armándome de valor para salir a buscarle, llegó apresuradamente. Estaba pálido, desgredado, sin aliento; sus ojos tenían un brillo dolido, como si algo le hubiese asustado más allá de lo que podía soportar.

No se disculpó por su retraso; tampoco se refirió a mi propia visita al fondo del prado. Aparentemente, se había olvidado de todo el episodio..., se había olvidado de su grosería conmigo.

—¡He terminado! —gritó—. Nunca volveré..., no volveré a arriesgarme. Ese lugar es más infernal durante la noche que durante el día. No puedo decirte lo que he visto y sentido..., debo olvidarlo, si puedo. Hay una emanación..., algo que sale abiertamente a la ausencia del sol, pero que está latente durante el día. Me atrajo, me tentó para quedarme esta noche..., y casi me atrapó. ¡Dios! No creía que cosas semejantes fuesen posibles. Ese horrible compuesto de... —se interrumpió y no terminó la frase. Sus ojos se dilataron, como ante el recuerdo de algo demasiado terrible como para ser descrito. En ese momento, recordé los ojos del viejo Chapman, venenosamente perseguidos, a quien había visto a veces cerca de mí en la aldea. Él no me había interesado

especialmente, ya que le consideraba un tipo común de personaje rural, con una tendencia a alguna oscura y desagradable aberración.

Pero ahora, cuando vi la misma expresión en los ojos de un artista sensible, comencé a preguntarme, era una conjetura que me daba miedo, si el viejo Chapman había sido consciente del mal que habitaba al fondo de su prado. Quizá, de alguna manera que estaba más allá de la comprensión humana, había sido su víctima...; él había muerto allí, y su muerte no había parecido en absoluto misteriosa. Pero quizá, a la luz de lo que Amberville y yo notábamos, había algo más en el asunto de lo que nadie había sospechado.

—Cuéntame lo que viste —me aventuré a sugerir.

Ante esta pregunta, un velo pareció caer entre nosotros, impalpable pero tenebroso. Agitó la cabeza lentamente y no dio respuesta alguna. El terror humano, que quizá le había empujado a su modo de ser normal, y le había vuelto casi comunicativo en esta ocasión, se apartó de Amberville.

Una sombra más oscura que el miedo. De nuevo estaba sumergido bajo una oscuridad impenetrable y ajena. Sentí un repentino escalofrío, más del espíritu que de la carne; y, una vez más, tuve la estrambótica intuición de su creciente intimidad con aquel vampírico prado.

Junto a mí, en el cuarto iluminado por las lámparas, bajo su máscara de humanidad, una cosa que no era por completo humana parecía estar sentada y esperando.

De los días que siguieron, tan sólo ofreceré un resumen. Resultaría imposible transmitir el horror fantasmal, en que nada sucedía, en el que habitábamos y nos movíamos.

Escribí inmediatamente a Miss Olcott, insistiendo para que me hiciese una visita durante la estancia de Amberville, y, para asegurar su aceptación, dejé caer pistas oscuras relativas a mi preocupación por su salud y mi necesidad de ayuda. Mientras tanto, esperando su respuesta, intenté distraer al artista sugiriendo viajes a puntos variados de interés paisajístico en los alrededores. Estas sugerencias fueron rechazadas con una sequedad distante, un aire que resultaba insensible y furtivo, más que deliberadamente grosero. Virtualmente, ignoró mi existencia, y dejó más que claro que deseaba que yo me ocupara de mis propios asuntos. Lo que por fin, llevado por la desesperación, hice, esperando la llegada de Miss Olcott. Como siempre, salía cada mañana

temprano, con sus pinturas y su paleta, y regresaba al ponerse el sol o un poco más tarde. No me decía dónde había estado; y yo me abstenía de preguntar.

Miss Olcott llegó tres días después de que echase mi carta, durante la tarde. Ella era joven, ágil, ultrafemenina, y estaba dedicada por completo a Amberville. De hecho, creo que le tenía un poco de miedo. Le dije tanto como me atreví y le advertí sobre el cambio morboso en su prometido, que atribuí a los nervios y al exceso de trabajo. Sencillamente, no fui capaz de mencionar el prado de Chapman y su maléfica influencia. Todo el asunto resultaba demasiado increíble, demasiado fantasmagórico, como para ser ofrecido como explicación a una chica moderna. Cuando vi la alarma, algo impotente, y la sorpresa con la que escuchaba mi historia, comencé a desear que ella fuese de un tipo más decidido y determinado, y menos sumisa con Amberville de lo que yo suponía que era. Una mujer más fuerte le habría salvado; pero, incluso entonces, comencé a dudar si Avis sería capaz de hacer algo para combatir la maldad imponderable que se lo estaba tragando.

Brillaba una pesada luna creciente, como un cuerno con la punta mojada en sangre, cuando él regresó. Para mi inmenso alivio, la presencia de Avis pareció tener un efecto altamente saludable. En el mismo momento en que la vio, Amberville salió del singular eclipse que le había reclamado, yo temía que más allá de la redención, y se mostró casi con su afable personalidad anterior. Quizá todo era una farsa, destinada a servir algún propósito posterior; pero esto, en aquel momento, no podía sospecharlo.

Comencé a felicitarle por haber aplicado aquel soberano remedio. La chica, por su parte, estaba claramente aliviada; aunque la sorprendí mirándole con una expresión levemente herida y sorprendida, cuando él caía en leves intervalos de malhumorada abstracción. como si momentáneamente se hubiese olvidado de ella.

En conjunto, sin embargo, había una transformación que parecía no menos que mágica, teniendo en cuenta su reciente tristeza y alejamiento. Después de un intervalo decente, dejé sola a la pareja y me retiré.

Me levanté muy tarde a la mañana siguiente, habiendo dormido de más. Descubrí que Avis y Amberville se habían marchado juntos, llevándose una comida que mi cocinero chino les había proporcionado.

Claramente, él se la había llevado en una de sus excursiones artísticas; y me pareció un buen augurio para su recuperación. De alguna manera, no se me ocurrió en ningún momento que se la hubiese llevado al prado de Chapman. La sombra, tenue y maligna, de todo el asunto había comenzado a levantarse de mi mente; me alegré sintiéndome aliviado de mi responsabilidad, y, por primera vez en una semana, fui capaz de concentrarme claramente en el final de mi novela.

Los dos regresaron al oscurecer, y vi inmediatamente que había estado equivocado respecto a más de una cuestión. Amberville había adquirido de nuevo su aire siniestro y melancólico. La chica, junto a su elevada estatura y masivos hombros, parecía muy pequeña, perdida..., y patéticamente sorprendida y asustada. Era como si ella hubiese encontrado algo que quedaba fuera por completo de su capacidad de comprensión, algo a lo que era humanamente incapaz de hacer frente.

Muy poco fue dicho por ninguno de los dos. Ellos no me dijeron dónde habían estado..., pero, respecto a esa materia, no hacía falta hacer preguntas. Como de costumbre, la taciturnidad de Amberville parecía causada por algún oscuro mal humor o por un arisco ensueño. Pero Avis me dio la impresión de estar sujeta por un doble freno, como si, además de un horror abrumador, se la hubiese prohibido hablar de los sucesos y las experiencias del día. Sabía que ellos habían ido a aquel maldito prado; pero estaba lejos de sentirme seguro de que Avis había sido personalmente consciente de la extraña y maléfica entidad de aquel lugar, o sí sencillamente había sido asustada por el cambio malsano que había experimentado su amante bajo su influencia.

En todo caso, resultaba evidente que ella le era completamente sumisa. Empecé a maldecirme como un tonto por haberla invitado a Bowman..., aunque la verdadera amargura de mis remordimientos estaba aún por venir.

Pasó una semana, con las mismas excursiones diarias del pintor y de su prometida..., el mismo alejamiento, frustrante y siniestro, por parte de Amberville..., el mismo terror, impotencia, freno y sumisión por parte de la chica. Yo era incapaz de imaginar cómo terminaría todo; pero me temía, basado en la ominosa alteración de su personalidad, que Amberville se dirigía hacia alguna forma de enfermedad mental, si no hacia algo peor. Mis ofertas

de entretenimientos y de excursiones por paisajes fueron rechazadas por la pareja; y varios esfuerzos directos para interrogar a Avis fueron recibidos con una evasión casi hostil que me convenció de que Amberville la había ordenado guardar silencio..., y quizá, de una manera engañosa, tergiversando mi propia actitud hacia él.

—No le comprendes —repetía ella—; él es muy temperamental.

Todo el asunto constituía un misterio enloquecedor, pero parecía cada vez más que la propia muchacha estaba siendo atraída, directa o indirectamente, a la misma red fantasmal que había atrapado al artista.

Supuse que Amberville había hecho varios cuadros del prado; pero no me los mostró, ni siquiera los mencionó.

Mis propias impresiones de aquel lugar adquirieron, con el paso del tiempo, una inexplicable claridad que era casi alucinatoria. La increíble idea de que había una fuerza o personalidad inherente, malévol y casi vampírica, se convirtió, en contra de mi voluntad, en una convicción no confesada.

El lugar me perseguía como un fantasma, horrible pero seductor.

Sentía una tremenda curiosidad morbosa. Un deseo malsano de volver a visitarlo, y sondear, si era posible, el enigma. A menudo, pensé en la idea de Amberville de un *genius loci* que habitaba en el prado, y las pistas sobre una aparición humana que de alguna manera estaba asociada con aquel lugar. Además, me preguntaba qué era lo que había visto el artista cuando se quedó después de la caída de la noche, y había regresado a mi casa empujado por el terror. Parecía que no se había atrevido a repetir el experimento, a pesar de su obvia sujeción a la desconocida atracción.

El final llegó abruptamente y sin avisos. Mis negocios me habían llevado a la capital del condado una tarde, y no regresé hasta bien entrada la noche. Una luna llena brillaba alta sobre los oscuros pinares de las colinas. Esperaba encontrarme a Avis y al pintor en mi salón; pero no estaban allí. Li Sing, mi factótum, me dijo que había regresado a la hora de cenar. Una hora más tarde, Amberville se había marchado discretamente mientras que la chica estaba en su cuarto. Bajando unos pocos minutos más tarde, Avis había mostrado una perturbación excesiva cuando descubrió su ausencia, y también había abandonado la casa, como para ir a buscarle, sin decirle a Li Sing a dónde se dirigía o cuándo podría regresar.

Todo esto había ocurrido hacía tres horas, y ninguno de los dos había vuelto aún.

Una negra intuición sutilmente escalofriante, del mal se apoderó de mí mientras escuchaba la narración de Li Sing. Demasiado bien sabía que Amberville debía haber cedido a la tentación de una segunda visita nocturna a aquel maldito prado. De alguna manera, una atracción oculta había vencido el horror de su primera experiencia, lo que quiera que hubiese sido.

Avis, sabiendo dónde estaba él, y quizá temerosa por su cordura —o por su seguridad—, había salido a encontrarle. Cada vez más, sentí la seguridad imperiosa de que había un mal que les amenazaba a ambos..., una abominación, asquerosa e innombrable, a la que quizá ellos ya se habían rendido.

Independientemente de mis tonterías y dudas anteriores, esta vez no me retrasé. Unos pocos minutos de conducir a una velocidad acelerada bajo los maduros rayos de la luna me depositaron en la frontera, llena de pinos, de la propiedad de los Chapman. Allí, como en mi anterior visita, abandoné mi coche, y me arrojé de cabeza a través del sombrío bosque.

Mientras avanzaba, escuché, desde las profundidades del valle, un único grito, agudo a causa del terror, que terminó abruptamente. Me quedé convencido de que aquella voz era la de Avis; pero no volví a escucharla de nuevo.

Corriendo desesperadamente, salí al fondo del prado. Ni Avis ni Amberville estaban a la vista; y me pareció, en mi apresurado escrutinio, que el lugar estaba lleno de vapores que se movían y se retorcían misteriosamente, que sólo permitían una visión parcial del sauce muerto y de la otra vegetación. Corrí hacia el sucio estanque, y, al acercarme, fui detenido por un repentino y doble horror.

Avis y Amberville estaban flotando juntos en la superficie del estanque, con sus cuerpos medio cubiertos por un manto de algas. La chica se hallaba firmemente sujeta entre los brazos del pintor, como si se la hubiese llevado con él contra su voluntad, hacia aquella muerte apestosa. El rostro de ella estaba cubierto por las malignas algas verdosas, y no podía ver el rostro de Amberville, apoyado contra su hombro.

Parecía que había habido una lucha; pero los dos estaban tranquilos ahora y se habían entregado tumbados a su condena.

No era sólo este espectáculo, sin embargo, lo que me empujó a una loca escapada temblorosa de aquel prado, sin hacer siquiera el menor esfuerzo por recuperar los cuerpos ahogados. El verdadero horror estaba en la cosa que, a una escasa distancia, había tomado por una niebla que se levantaba y se movía lentamente. No era un vapor, ni tampoco ninguna otra cosa que pudiese existir concebiblemente..., esa emanación maligna, luminosa y pálida que envolvía la escena entera que estaba ante mí como una extensión inquieta y hambrientamente temblorosa de su silueta..., una proyección fantasmal del sauce, pálido y mortecino, los alisos agonizantes, las espadañas, el charco estancado y las víctimas suicidas.

El paisaje resultaba visible a través de éste como a través de una película; pero parecía coagularse y hacerse más denso, gradualmente, en algunos lugares, con una actividad maldita y terrorífica.

De estas coagulaciones, como vomitadas por la exhalación ambiental, vi emerger tres rostros humanos que participaban de la misma materia nebulosa, que no era ni niebla ni plasma. Uno de estos rostros parecía separarse del tronco del fantasmal sauce: el segundo y el tercero se arremolinaban hacia arriba desde el revuelto estanque fantasmal, con sus cuerpos sin forma arrastrándose por entre las tenues ramas.

Los rostros eran los del viejo Chapman, Francis Amberville y Avis Olcott.

Por debajo de esta extraña proyección fantasmal suya, el verdadero paisaje se burlaba con el mismo aire vampírico e infernal que había tenido durante el día. Pero ya no parecía que el lugar estuviese tranquilo..., se revolvía con una maligna vida secreta... que me alcanzaba con sus sucias aguas, con los dedos huesudos de los árboles, con las caras espectrales que había escupido de su mortal trampa.

En ese momento, hasta el terror se congeló dentro de mí. Me quedé de pie, mirando, mientras la pálida exhalación maldita se levantaba más alta sobre el prado. Los tres rostros humanos, a causa de una nueva agitación de la masa coagulada, empezaron a acercarse entre sí. De una manera lenta e inexpresable, se mezclaron en uno, convirtiéndose en un rostro andrógino, ni joven ni viejo, que se deshizo por fin en las ramas que se alargaban del sauce

fantasmal..., las manos de la muerte arbórea que estaban alcanzándome para envolverme. Entonces, incapaz de soportar el espectáculo por más tiempo, eché a correr...

Hay poco más que necesite contar, porque nada que yo pudiese añadir a esta narración disminuiría el misterio abominable de todo ello en ningún grado.

El prado —o la cosa que habita en el prado— ya ha reclamado tres víctimas..., y, a veces, me pregunto si reclamará la cuarta. Parece que, de entre todos los vivientes, sólo yo he adivinado el secreto de la muerte de Chapman, y de la muerte de Avis y Amberville; y nadie más, aparentemente, ha sentido el genio maligno del prado.

No he vuelto allí, desde la mañana en que los cuerpos del artista y de su prometida fueron retirados del charco...; tampoco he reunido la fuerza de voluntad como para destruir las cuatro pinturas al óleo y los dos dibujos a la acuarela que fueron realizados por Amberville, o para disponer de ellos de alguna otra manera.

Quizá..., a pesar de todo lo que me frena..., volveré a visitarlo.

Genius Loci, IX—1932

(Weird Tales, VI—33. Genius Loci And Other Tales, X—48)

Trad. Arturo Villarubia

Los Mundos Perdidos (A Rendezvous In Averogne, 1988)

Icaro, 22

EDAF 1991

MASTER OF THE ASTEROID

CLARK ASHTON SMITH

Man's conquest of the interplanetary gulfs has been fraught with many tragedies. Vessel after vessel, like venturous motes, disappeared in the infinite — and had not returned. Inevitably, for the most part, the lost explorers have left no record of their fate. Their ships have flared as unknown meteors through the atmosphere of the further planets, to fall like shapeless metal cinders on a never-visited terrain; or have become the dead, frozen satellites of other worlds or moons. A few, perhaps, among the unreturning fliers, have succeeded in landing somewhere, and their crews have perished immediately, or survived for a little while amid the inconceivably hostile environment of a cosmos not designed for men.

In later years, with the progress of exploration, more than one of the early derelicts has been descried, following a solitary orbit; and the wrecks of others have been found on ultraterrene shores. Occasionally — not often — it has been possible to reconstruct the details of the lone, remote disaster. Sometimes, in a fused and twisted hull, a log or record has been preserved intact. Among others, there is the case of the Selenite, the first known rocket ship to dare the zone of the asteroids.

At the time of its disappearance, fifty years ago, in 1980, a dozen voyages had been made to Mars, and a rocket base had been established in Syrtis Major, with a small permanent colony of terrestrials, all of whom were trained scientists as well as men of uncommon hardihood and physical stamina.

The effects of the Martian climate, and the utter alienation from familiar conditions, as might have been expected, were extremely trying and even disastrous. There was an unremitting struggle with deadly or pestiferous bacteria new to science, a perpetual assailment by dangerous radiations of soil,

and air and sun. The lessened gravity played its part also, in contributing to curious and profound disturbances of metabolism.

The worst effects were nervous and mental. Queer, irrational animosities, manias or phobias never classified by alienists, began to develop among the personnel at the rock base.

Violent quarrels broke out between men who were normally controlled and urbane. The party, numbering fifteen in all, soon divided into several cliques, one against the others; and this morbid antagonism led at times to actual fighting and even bloodshed.

One of the cliques consisted of three men, Roger Colt, Phil Gershom and Edmond Beverly. These three, through banding together in a curious fashion, became intolerably antisocial toward all the others. It would seem that they must have gone close to the borderline of insanity, and were subject to actual delusions. At any rate, they conceived the idea that Mars, with its fifteen Earthmen, was entirely too crowded. Voicing this idea in a most offensive and belligerent manner, they also began to hint their intention of faring even further afield in space.

Their hints were not taken seriously by the others, since a crew of three was insufficient for the proper manning of even the lightest rocket vessel used at that time. Colt, Gershom and Beverly had no difficulty at all in stealing the Selenite, the smaller of the two ships then reposing at the Syrtis Major base. Their fellow-colonists were aroused one night by the cannon-like roar of the discharging tubes, and emerged from their huts of sheet-iron in time to see the vessel departing in a fiery streak toward Jupiter.

No attempt was made to follow it; but the incident helped to sober the remaining twelve and to calm their unnatural animosities. It was believed, from certain remarks that the malcontents had let drop, that their particular objective

was Ganymede or Europa, both of which were thought to possess an atmosphere suitable for human respiration.

It seemed very doubtful, however, that they could pass the perilous belt of the asteroids. Apart from the difficulty of steering a course amid these innumerable far-strewn bodies, the Selenite was not fueled or provisioned for a voyage of such length. Gershom, Colt and Beverly, in their mad haste to quit the company of the others, had forgotten to calculate the actual necessities of their proposed voyage, and had wholly overlooked its dangers.

After that departing flash on the Martian skies, the Selenite was not seen again; and its fate remained a mystery for thirty years. Then, on tiny, remote Phocea, its dented wreck was found by the Holdane expedition to the asteroids.

Phocea, at the time of the expedition's visit, was in aphelion. Like others of the planetoids, it was discovered to possess a rare atmosphere, too thin for human breathing. Both hemispheres were covered with thin snow; and lying amid this snow, the Selenite was sighted by the explorers as they circled about the little world.

Much interest prevailed, for the shape of the partially bare mound was plainly recognizable and not to be confused with the surrounding rocks. Holdane ordered a landing, and several men in space suits proceeded to examine the wreck. They soon identified it as the long-missing Selenite.

Peering in through one of the thick, unbreakable neocrystal ports, they met the eyeless gaze of a human skeleton, which had fallen forward against the slanting, overhanging wall. It seemed to grin a sardonic welcome. The vessel's hull was partly buried in the stony soil, and had been crumpled and even slightly fused, though not broken, by its plunge. The manhole lid was so thoroughly jammed and soldered that it was impossible to effect an entrance without the use of a cutting-torch.

Enormous, withered, cryptogamous plants with the habit of vines, that crumbled at a touch, were clinging to the hull and the adjacent rocks. In the light snow beneath the skeleton-guarded port, a number of sharded bodies were lying, which proved to be those of tall insect forms, like giant phasmidae.

From the posture and arrangement of their lank, pipy members, longer than those of a man, it seemed that they had walked erect. They were unimaginably grotesque, and their composition, due to the almost non-existent gravity, was fantastically porous and unsubstantial. Many other bodies, of a similar type, were afterwards found on other portions of the planetoid, but no living thing was discovered. All life, it was plain, had perished in the trans-arctic winter of Phocea's aphelion.

When the Selenite had been entered, the party learned from a sort of log or notebook found on the floor, that the skeleton was all that remained of Edmond Beverly. There was no trace of his two companions; but the log, on examination, proved to contain a record of their fate as well as the subsequent adventures of Beverly almost to the very moment of his own death from a doubtful, unexplained cause.

The tale was a strange and tragic one. Beverly, it would seem, had written it day by day, after the departure from Syrtis Major, in an effort to retain a semblance of morale and mental coherence amid the black alienation and disorientation of infinitude. I transcribe it herewith, omitting only the earlier passages, which were full of unimportant details and personal animadversions. The first entries were all dated, and Beverly had made an heroic attempt to measure and mark off the seasonless night of the void in terms of earthly time. But after the disastrous landing on Phocea, he had abandoned this; and the actual length of time covered by his entries can only be conjectured. —

*

Sept. 10th. Mars is only a pale-red star through our rear ports; and according to my calculations we will soon approach the orbit of the nearest asteroids.

Jupiter and its system of moons are seemingly as far off as ever, like beacons on the unattainable shore of immensity. More even than at first, I feel that dreadful suffocation illusion, which accompanies ether-travel, of being perfectly stationary in a static void.

Gershom, however, complains of a disturbance of equilibrium, with much vertigo and a frequent sense of falling, as if the vessel were sinking beneath him through bottomless space at a headlong speed. The causation of such symptoms is rather obscure, since the artificial gravity regulators are in good working order. Colt and I have not suffered from any similar disturbance. It seems to me that the sense of falling would be almost a relief from this illusion of nightmare immobility; but Gershom appears to be greatly distressed by it, and says that his hallucination is growing stronger, with fewer and briefer intervals of normalcy. He fears that it will become continuous.

*

Sept. 11th. Colt has made an estimate of our fuel and provisions and thinks that with careful husbandry we will be able to reach Europa. I have been checking up on his calculations, and find that he is altogether too sanguine. According to my estimate, the fuel will give out while we are still midway in the belt of the asteroids; though the food, water and compressed air would possibly take us most of the way to Europa.

This discovery I must conceal from the others. It is too late to turn back. I wonder if we have all been mad, to start out on this errant voyage into cosmical immensity with no real preparation or thought of consequences. Colt, it would seem, has lost the power of mathematical calculation: his figures are full of the most egregious errors.

Gershom has been unable to sleep, and is not even fit to take his turn at the watch. The hallucination of falling obsesses him perpetually, and he cries out in terror, thinking that the vessel is about to crash on some dark, unknown planet to which it is being drawn by an irresistible gravitation. Eating, drinking and locomotion are very difficult for him, and he complains that he cannot even draw

a full breath — that the air is snatched away from him in his precipitate descent. His condition is indeed painful and pitiable.

*

Sept. 12th. Gershom is worse — bromide of potassium and even a heavy dose of morphine from the Selenite's medicine lockers, have not relieved him or enabled him to sleep. He has the look of a drowning man and seems to be on the point of strangulation. It is hard for him to speak.

Colt has become very morose and sullen, and snarls at me when I address him. I think that Gershom's plight has preyed sorely upon his nerves — as it has on mine. But my burden is heavier than Colt's: for I know the inevitable doom of our insane and ill-starred expedition. Sometimes I wish it were all over.... The hells of the human mind are vaster than space, darker than the night between the worlds...and all three of us have spent several eternities in hell. Our attempt to flee has only plunged us into a black and shoreless limbo, through which we are fated to carry still our own private perdition.

I, too, like Gershom, have been unable to sleep. But, unlike him, I am tormented by the illusion of eternal immobility. In spite of the daily calculations that assure me of our progress through the gulf, I cannot convince myself that we have moved at all. It seems to me that we hang suspended like Mohammed's coffin, remote from earth and equally remote from the stars, in an incommensurable vastness without bourn or direction. I cannot describe the awfulness of the feeling.

*

Sept. 13th. During my watch, Colt opened the medicine locker and managed to shoot himself full of morphine. When his turn came, he was in a stupor and I could do nothing to rouse him. Gershom had gotten steadily worse and seemed to be enduring a thousand deaths so there was nothing for me to do but keep on with the watch as long as I could. I locked the controls, anyway, so that the vessel would continue its course without human guidance if I should fall asleep.

I don't know how long I kept awake — nor how long I slept. I was aroused by a queer hissing whose nature and cause I could not identify at first. I looked around and saw that Colt was in his hammock, still lying in a drug-induced sopor. Then I saw that Gershom was gone, and began to realize that the hissing came from the air-lock. The inner door of the lock was closed securely — but evidently someone had opened the outer manhole, and the sound was being made by the escaping air. It grew fainter and ceased as I listened.

I knew then what had happened — Gershom, unable to endure his strange hallucination any longer, had actually flung himself into space from the Selenite! Going to the rear ports, I saw his body, with a pale, slightly bloated face and open, bulging eyes. It was following us like a satellite, keeping an even distance of ten or twelve feet from the lee of the vessel's stern. I could have gone out in a space suit to retrieve the body; but I felt sure that Gershom was already dead, and the effort seemed more than useless. Since there was no leakage of air from the interior, I did not even try to close the manhole.

I hope and pray that Gershom is at peace. He will float forever in cosmic space — and in that further void where the torment of human consciousness can never follow.

*

Sept. 15th. We have kept our course somehow, though Colt is too demoralized and drug-sodden to be of much assistance. I pity him when the limited supply of morphine gives out.

Gershom's body is still following us, held by the slight power of the vessel's gravitational attraction. It seems to terrify Colt in his more lucid moments; and he complains that we are being haunted by the dead man. It's bad enough for me, too, and I wonder how much my nerves and mind will stand. Sometimes I think that I am beginning to develop the delusion that tortured Gershom and drove him to his death. An awful dizziness assails me, and I fear that I shall start to fall. But somehow I regain my equilibrium.

*

Sept. 16th. Colt used up all the morphine, and began to show signs of intense depression and uncontrollable nervousness. His fear of the satellite corpse appeared to grow upon him like an obsession; and I could do nothing to reassure him. His terror was deepened by an eerie, superstitious belief.

'I tell you, I hear Gershom calling us,' he cried. 'He wants company, out there in the black, frozen emptiness; and he won't leave the vessel till one of us goes out to join him. You've got to go, Beverly — it's either you or me — otherwise he'll follow the Selenite forever.'

I tried to reason with him, but in vain. He turned upon me in a sudden shift of maniacal rage.

'Damn you, I'll throw you out, if you won't go any other way!' he shrieked.

Clawing and mouthing like a mad beast, he leaped toward me where I sat before the Selenite's control-board. I was almost overborne by his onset, for he fought with a wild and frantic strength. I don't like to write down all that happened, for the mere recollection makes me sick. Finally he got me by the throat, with a sharp-nailed clutch that I could not loosen and began to choke me to death. In self-defense, I had to shoot him with an automatic which I carried in my pocket. Reeling dizzily, gasping for breath, I found myself staring down at his prostrate body, from which a crimson puddle was widening on the floor.

Somehow, I managed to put on a space suit. Dragging Colt by the ankles, I got him to the inner door of the air-lock. When I opened the door, the escaping air hurled me toward the open manhole together with the corpse; and it was hard to regain my footing and avoid being carried through into space. Colt's body, turning transversely in its movement, was jammed across the manhole; and I had to thrust it out with my hands. Then I closed the lid after it. When I returned to the ship's interior, I saw it floating, pale and bloated, beside the corpse of Gershom.

*

Sept. 17th. I am alone — and yet most horribly I am pursued and companioned by the dead men. I have sought to concentrate my faculties on the hopeless problem of survival, on the exigencies of space navigation; but it is all useless. Ever I am aware of those stiff and swollen bodies, swimming in the awful silence of the void, with the white, airless sun like a leprosy of light on their upturned faces.

I try to keep my eyes on the control-board — on the astronomic charts — on the log I am writing — on the stars toward which I am travelling. But a frightful and irresistible magnetism makes me turn at intervals, and mechanically, helplessly, to the rearward ports. There are no words for what I feel and think — and words are as lost things along with the worlds I have left so far behind. I sink in a chaos of vertiginous horror, beyond all possibility of return.

*

Sept. 18th. I am entering the zone of the asteroids — those desert rocks, fragmentary and amorphous, that whirl in far-scattered array between Mars and Jupiter. Today the Selenite passed very close to one of them — a small body like a broken-off mountain, which heaved suddenly from the gulf with knife-sharp pinnacles and black gullies that seemed to cleave to its very heart.

The Selenite would have crashed full upon it in a few instants, if I had not reversed the power and steered in an abrupt diagonal to the right. As it was, I passed near enough for the bodies of Colt and Gershom to be caught by the gravitational pull of the planetoid; and when I looked back at the receding rock, after the vessel was out of danger, they had disappeared from sight. Finally I located them with the telescopic reflector, and saw that they were revolving in space, like infinitesimal moons, about that awful, naked asteroid. Perhaps they will float thus forever, or will drift gradually down in lessening circles, to find a tomb in one of those bleak, bottomless ravines.

*

Sept. 16th I have passed several more of the asteroids — irregular fragments, little larger than meteoric stones; and all my skill of spacemanship has been taxed severely to avert collision. Because of the need for unrelaxing vigilance, I have been compelled to keep awake at all times. But sooner or later, sleep will overpower me, and the Selenite will crash to destruction.

After all, it matters little: the end is inevitable, and must come soon enough in any case. The store of concentrated food, the tanks of compressed oxygen, might keep me alive for many months, since there is no one but myself to consume them. But the fuel is almost gone, as I know from my former calculations. At any moment, the propulsion may cease. Then the vessel will drift idly and helplessly in this cosmic limbo, and be drawn to its doom on some asteroidal reef.

*

Sep. 21st(?). Everything I have expected has happened, and yet by some miracle of chance — or mischance — I am still alive.

The fuel gave out yesterday (at least I think it was yesterday). But I was too close to the nadir of physical and mental exhaustion to realize clearly that the rocket-explosions had ceased. I was dead for want of sleep, and had gotten into a state beyond hope or despair. Dimly I remember setting the vessel's controls through automatic force of habit; and then I lashed myself in my hammock and fell asleep instantly.

I have no means of guessing how long I slept. Vaguely, in the gulf beyond dreams, I heard a crash as of far-off thunder, and felt a violent vibration that jarred me into dull wakefulness. A sensation of unnatural, sweltering heat began to oppress me as I struggled toward consciousness; but when I had opened my heavy eyes, I was unable to determine for some little time what had really happened.

Twisting my head so that I could peer out through one of the ports, I was startled to see, on a purple-black sky, an icy, glittering horizon of saw-edged rocks.

For an instant, I thought that the vessel was about to strike on some looming planetoid. Then, overwhelmingly, I realized that the crash had already occurred — that I had been awakened from my coma-like slumber by the falling of the Selenite upon one of those cosmic islets.

I was wide-awake now, and I hastened to unlash myself from the hammock. I found that the floor was pitched sharply, as if the vessel had landed on a slope or had buried its nose in the alien terrain. Feeling a queer, disconcerting lightness, and barely able to re-establish my feet on the floor, I gradually made my way to the nearest port. It was plain that the artificial gravity-system of the flier had been thrown out of commission by the crash, and that I was now subject only to the feeble gravitation of the asteroid. It seemed to me that I was light and incorporeal as a cloud — that I was no more than the airy specter of my former self.

The floor and walls were strangely hot; and it came to me that the heating must have been caused by the passage of the Selenite through some sort of atmosphere. The asteroid, then, was not wholly airless, as such bodies are commonly supposed to be; and probably it was one of the larger fragments with a diameter of many miles — perhaps hundreds. But even this realization failed to prepare me for the weird and surprising scene upon which I gazed through the port.

The horizon of serrate peaks, like a miniature mountain-range, lay at a distance of several hundred yards. Above it, the small, intensely brilliant sun, like a fiery moon in its magnitude, was sinking with visible rapidity in the dark sky that revealed the major stars and planets.

The Selenite had plunged into a shallow valley, and had half-buried its prow and bottom in a soil that was formed by decomposing rock, mainly basaltic. All about were fretted ridges, guttering pillars and pinnacles; and over these, amazingly, there clambered frail, pipy, leafless vines with broad, yellow-green tendrils flat and thin as paper. Insubstantial-looking lichens, taller than a man,

and having the form of flat antlers, grew in single rows and thickets along the valley.

Between the thickets, I saw the approach of certain living creatures who rose from behind the middle rocks with the suddenness and lightness of leaping insects. They seemed to skim the ground with long, flying steps that were both easy and abrupt.

There were five of these beings, who, no doubt, had been attracted by the fall of the Selenite from space and were coming to inspect it. In a few moments, they neared the vessel and paused before it with the same effortless ease that had marked all their movements.

What they really were, I do not know; but for want of other analogies, I must liken them to insects. Standing perfectly erect, they towered seven feet in air. Their eyes, like faceted opals, at the end of curving protractile stalks, rose level with the port. Their unbelievably thin limbs, their stem-like bodies, comparable to those of the phasmidae, or 'walking-sticks', were covered with gray-green shards. Their heads, triangular in shape, were flanked with immense, perforated membranes, and were fitted with mandibular mouths that seemed to grin eternally.

I think that they saw me with those weird, inexpressive eyes; for they drew nearer, pressing against the very port, till I could have touched them with my hand if the port had been open. Perhaps they too were surprised: for the thin eye-stalks seemed to lengthen as they stared and there was a queer waving of their sharded arms, a quivering of their horny mouths, as if they were holding converse with each other. After a while they went away, vanishing swiftly beyond the near horizon.

Since then, I have examined the Selenite as fully as possible, to ascertain the extent of the damage. I think that the outer hull has been crumpled or even fused in places: for when I approached the manhole, clad in a space suit, with the idea of emerging, I found that I could not open the lid. My exit from the flier

has been rendered impossible, since I have no tools with which to cut the heavy metal or shatter the tough, neo-crystal ports. I am sealed in the Selenite as in a prison; and the prison, in due time, must also become my tomb.

Later. I shall no longer try to date this record. It is impossible under the circumstances, to retain even an approximate sense of earthly time. The chronometers have ceased running, and their machinery has been hopelessly jarred by the vessel's fall. The diurnal periods of this planetoid are, it would seem, no more than an hour or two in duration; and the nights are equally short. Darkness swept upon the landscape like a black wing after I had finished writing my last entry; and since then, so many of these ephemeral days and nights have shuffled by, that I have now ceased to count them. My very sense of duration is becoming oddly confused. Now that I have grown somewhat used to my situation, the brief days drag with immeasurable tedium.

The beings whom I call the walking-sticks have returned to the vessel, coming daily, and bringing scores and hundreds of others. It would seem that they correspond in some measure to humanity, being the dominant life-form of this little world. In most ways, they are incomprehensibly alien; but certain of their actions bear a remote kinship to those of men, and suggest similar impulses and instincts.

Evidently they are curious. They crowd around the Selenite in great numbers, inspecting it with their stalk-borne eyes, touching the hull and ports with their attenuated members. I believe they are trying to establish some sort of communication with me. I cannot be sure that they emit vocal sounds, since the hull of the flier is soundproof; but I am sure that the stiff, semaphoric gestures which they repeat in a certain order before the port as soon as they catch sight of me, are fraught with conscious and definite meaning.

Also, I surmise an actual veneration in their attitude, such as would be accorded by savages to some mysterious visitant from the heavens. Each day, when they gather before the ship, they bring curious spongy fruits and porous

vegetable forms which they leave like a sacrificial offering on the ground. By their gestures, they seem to implore me to accept these offerings.

Oddly enough, the fruits and vegetables always disappear during the night. They are eaten by large, luminous, flying creatures with filmy wings, that seem to be wholly nocturnal in their habits. Doubtless, however, the walking-sticks believe that I, the strange ultra-stellar god, have accepted the sacrifice.

It is all strange, unreal, immaterial. The loss of normal gravity makes me feel like a phantom; and I seem to live in a phantom world. My thoughts, my memories, my despair — all are no more than mists that waver on the verge of oblivion.... And yet, by some fantastic irony, I am worshipped as a god!

*

Innumerable days have gone by since I made the last entry in this log. The seasons, of the asteroid have changed: the days have grown briefer, the nights longer; and a bleak wintriness pervades the valley. The frail, flat vines are withering on the rocks, and the tall lichen-thickets have assumed funereal autumn hues of madder and mauve . The sun revolves in a low arc above the sawtoothed horizon, and its orb is small and pale as if it were receding into the black gulf among the stars.

The people of the asteroid appear less often, they seem fewer in number, and their sacrificial gifts are rare and scant. No longer do they bring sponge-like fruits, but only pale and porous fungi that seem to have been gathered in caverns.

They move slowly, as if the winter cold were beginning to numb them. Yesterday, three of them fell, after depositing their gifts, and lay still before the flier. They have not moved, and I feel sure that they are dead. The luminous night-flying creatures have ceased to come, and the sacrifices remain undisturbed beside their bearers.

*

The awfulness of my fate has closed upon me today. No more of the walking-sticks have appeared. I think that they have all died — the ephemerae of this tiny world that is bearing me with it into the Arctic limbo of the solar system. Doubtless their lifetime corresponds only to its summer — to its perihelion.

Thin clouds have gathered in the dark air, and snow is falling like fine powder. I feel an unspeakable desolation — a dreariness that I cannot write. The heating-apparatus of the Selenite is still in good working-order; so the cold cannot reach me. But the black frost of space has fallen upon my spirit. Strange — I did not feel so utterly bereft and alone while the insect people came daily. Now that they come no more, I seem to have been overtaken by the ultimate horror of solitude, by the chill terror of an alienation beyond life. I can write no longer, for my brain and my heart fail me.

*

Still, it would seem, I live after an eternity of darkness and madness in the flier, of death and winter in the world outside. During that time, I have not written in the log; and I know not what obscure impulse prompts me to resume a practice so irrational and futile.

I think it is the sun, passing in a higher and longer arc above the dead landscape, that has called me back from the utterness of despair. The snow has melted from the rocks, forming little rills and pools of water; and strange plant-buds are protruding from the sandy soil. They lift and swell visibly as I watch them. I am beyond hope, beyond life, in a weird vacuum; but I see these beings as a condemned captive sees the stirring of spring from his cell. They rouse in me an emotion whose very name I had forgotten.

My food-supply is getting low, and the reserve of compressed air is even lower. I am afraid to calculate how much longer it will last. I have tried to break the neo-crystal ports with a large monkey-wrench for hammer; but the blows, owing partly to my own weightlessness, are futile as the tapping of a feather. Anyway, in all likelihood, the outside air would be too thin for human respiration.

The walking-stick people have reappeared before the flier. I feel sure, from their lesser height, their brighter coloring, and the immature development of certain members, that they all represent a new generation. None of my former visitors have survived the winter; but somehow the new ones seem to regard the Selenite and me with the same curiosity and reverence that were shown by their elders. They, too, have begun to bring gifts of unsubstantial-looking fruit; and they strew filmy blossoms below the port . I wonder how they propagate themselves, and how knowledge is transmitted from one generation to another....

*

The flat, lichenous vines are mounting on the rocks, are clambering over the hull of the Selenite. The young walking-sticks gather daily to worship — they make those enigmatic signs which I have never understood, and they move in swift gyrations about the vessel, as in the measures of a hieratic dance . I, the lost and doomed, have been the god of two generations. Perhaps they will still worship me when I am dead. I think the air is almost gone — I am more light-headed than usual today, and there is a queer constriction in my throat and chest....

*

Perhaps I am a little delirious, and have begun to imagine things; but I have just perceived an odd phenomenon, hitherto unnoted. I don't know what it is. A thin, columnar mist, moving and writhing like a serpent, with opal colors that change momentarily, has disappeared among the rocks and is approaching the vessel. It seems like a live thing — like a vaporous entity; and somehow, it is poisonous and inimical. It glides forward, rearing above the throng of phasmidae, who have all prostrated themselves as if in fear. I see it more clearly now: it is half-transparent, with a web of gray threads among its changing colors; and it is putting forth a long, wavering tentacle.

It is some rare life-form, unknown to earthly science; and I cannot even surmise its nature and attributes. Perhaps it is the only one of its kind on the

asteroid. No doubt it has just discovered the presence of the Selenite, and has been drawn by curiosity, like the walking-stick people.

The tentacle has touched the hull — it has reached the port behind which I stand, penciling these words. The gray threads in the tentacle glow as if with sudden fire. My God — it is coming through the neo-crystal lens .

SEÑOR DEL ASTEROIDE

CLARK ASHTON SMITH

La conquista por el hombre de las simas interplanetarias ha estado fraguada con muchas tragedias. Nave tras nave, como luciérnagas aventureras, han desaparecido en el infinito... y no han regresado.

Inevitablemente, la mayoría de los exploradores desaparecidos no han dejado ningún informe de su destino. Las naves han llameado como meteoros desconocidos a través de las atmósferas de los planetas exteriores, cayendo como informes pavesas de metal sobre terrenos nunca visitados; o se han convertido en los satélites, muertos, congelados, de otros mundos y de otras lunas. Unas pocas, quizá, entre las naves que no volvieron, consiguieron aterrizar en algún lugar, y sus tripulaciones perecieron inmediatamente, o sobrevivieron durante un breve tiempo en medio del entorno inconcebiblemente hostil de un cosmos que no ha sido diseñado para los hombres.

En años posteriores, con el progreso de las exploraciones, más de uno de los derrelictos tempranos ha sido descubierto, siguiendo una órbita solitaria; y los restos de otros han sido encontrados sobre costas extraplanetarias. Ocasionalmente —no a menudo— ha sido posible reconstruir los detalles del desastre remoto y solitario. A veces, en medio de un casco fundido y retorcido, un diario de a bordo se ha conservado intacto. Entre otros, está el caso del *Selenita*, el primer cohete en aventurarse en la zona de los asteroides.

En el momento de su desaparición, hace cincuenta años, en 1980, se habían efectuado una docena de viajes a Marte, se había establecido una base de cohetes en Syrtis Major, con una pequeña colonia permanente de terrestres, todos los cuales eran científicos por su formación además de hombres de una resistencia física y un vigor fuera de lo común.

Los efectos del clima marciano y la completa alienación de las circunstancias familiares, como podría haberse esperado, fueron extremadamente agotadores y hasta desastrosos. Había una lucha continua contra bacterias pestíferas o mortíferas nuevas para la ciencia, un perpetuo

asalto por parte de radiaciones peligrosas procedentes del suelo, el aire y el sol. La gravedad menor también desempeñó su papel, contribuyendo a alteraciones curiosas y profundas del metabolismo. Los peores efectos eran en los nervios y en la mente. Extrañas animosidades irracionales, manías o locuras nunca clasificadas por los especialistas, empezaron a desarrollarse entre el personal de la base de cohetes.

Hubo violentas peleas entre hombres que normalmente se mostraban controlados y cordiales. El grupo, compuesto por quince en total, pronto se dividió en varias camarillas, una contra las otras; y este antagonismo mórbido condujo en ocasiones a auténticas peleas y hasta al derramamiento de sangre.

Una de las camarillas estaba compuesta por tres hombres: Roger Colt, Phil Gershom y Edmond Beverly. Estos tres hombres, aunque unidos de una manera curiosa, se volvieron intolerablemente antisociales hacia el resto. Parecía como si se encontrasen cerca del límite de la locura, y estaban sujetos a auténticas alucinaciones. En cualquier caso, concibieron la idea de que Marte, con sus quince habitantes de la Tierra, estaba por completo superpoblado. Expresando esta idea, de la manera más ofensiva y beligerante, también empezaron a dejar caer pistas sobre su intención de adentrarse aún más en el espacio.

Las pistas no fueron tomadas en serio por el resto, dado que una tripulación de tres no era suficiente como para tripular ni siquiera el más ligero de los cohetes que eran utilizados en aquel momento. Colt, Gershom y Beverly no tuvieron dificultades al robar el *Selenita*, el más pequeño de las dos naves que repostaban en Syrtis Major. Sus compañeros de colonia fueron despertados un día por el rugido como de cañón de los tubos de ignición, y salieron de sus chozas de hojas de hierro a tiempo de ver partir la nave dejando una estela ardiente en dirección a Júpiter.

No se hizo ningún intento de seguirla; pero el incidente ayudó a calmar a los doce restantes y tranquilizar sus animosidades antinaturales. Se creyó, debido a ciertos comentarios que habían hecho los descontentos, que su destino era Ganimedes o Europa, ambos se creía que poseían una atmósfera capaz de sustentar la vida y la respiración humanas. Parecía dudoso, sin embargo, que pudiesen atravesar el peligroso cinturón de asteroides. Aparte de orientar su

curso por entre esos cuerpos innumerablemente desperdigados, el *Selenita* no tenía ni combustible ni provisiones para un viaje de esta distancia.

Gershom, Colt y Beverly, en su loca prisa para abandonar la compañía de los demás, se habían olvidado de calcular las necesidades reales del viaje que se proponían, y habían pasado por alto por completo sus peligros.

Después de la llamarada de despedida sobre los cielos marcianos, el *Selenita* no volvió a ser visto; y su destino representó un misterio durante treinta años. Entonces, en la diminuta y remota Phocea, se encontraron sus restos por la expedición Holdane a los asteroides.

Phocea, en el momento de la visita de la expedición, se encontraba en su afelio. Como otros planetoides, se descubrió que poseía una rara atmósfera, demasiado tenue como para ser respirada por los seres humanos. Ambos hemisferios estaban cubiertos con una delgada capa de nieve; y, descansando entre esta nieve, el *Selenita* fue visto por los exploradores mientras circunvalaban este pequeño mundo.

Se despertó un gran interés, porque la forma del montículo que había quedado parcialmente al descubierto era claramente reconocible y no podía confundirse con las rocas que le rodeaban. Holdane ordenó un aterrizaje, y varios hombres con trajes espaciales procedieron a examinar el pecio. Enseguida lo identificaron como el largo tiempo desaparecido *Selenita*.

Mirando por una de sus ventanas, de ancho e irrompible neocrystal, se encontraron bajo la mirada sin vista de un esqueleto humano, que se había desplomado hacia adelante contra la pared inclinada sobre él. Parecía sonreír con una sardónica bienvenida. El casco de la nave estaba parcialmente enterrado en el suelo pedregoso, y arrugado y hasta un poco derretido, aunque no roto, a causa de su aterrizaje. La escotilla estaba tan completamente atascada y fundida, que resultaba imposible entrar sin hacer uso de un soplete.

Enormes y marchitas plantas criptógamas, con aspecto de parras, que se deshacían al tocarlas, estaban pegadas al casco y a las rocas adyacentes. En la nieve ligera, debajo del ojo de buey vigilado por el esqueleto, descansaban cierto número de cuerpos con caparazón que resultaron ser los de altas formas de insectos, como gigantescos *phasmidae*. Por la postura y colocación de sus alargados miembros tubulares, más largos que los de un hombre, parecía que habían caminado erectos. Resultaban inimaginablemente grotescos, y su

composición, a causa de la gravedad prácticamente inexistente, era fantásticamente porosa e insustancial. Muchos otros cuerpos, de un tipo similar, fueron después encontrados en otras zonas del planetoide, pero no fue descubierto ningún ser vivo. Todas las formas de vida, estaba claro, habían perecido, en el invierno transártico del afelio de Phocea.

Cuando se hubo entrado en el *Selenita*, el grupo descubrió, gracias a una especie de cuaderno o diario encontrado en el suelo, que el esqueleto era todo lo que quedaba de Edmond Beverly. No había rastro de sus dos compañeros; pero el diario, al examinarlo, demostró contener un registro de su destino además de las aventuras subsiguientes de Beverly, llegando casi hasta el momento de su muerte de una causa sospechosa e inexplicada.

La narración era extraña y trágica. Beverly, según las apariencias, la había ido escribiendo día a día, tras su partida de Syrtis Major, en un esfuerzo para conservar un resto de moral y de coherencia mental entre la negra alienación y la desorientación del infinito. Lo transcribo a continuación, omitiendo tan sólo los pasajes iniciales, que estaban llenos de detalles sin importancia y de animadversiones personales. Las primeras entradas tenían todas fecha, y Beverly había hecho un esfuerzo heroico para medir y llevar la cuenta del tiempo en la noche inmutable del vacío en términos de tiempo terrestre. Pero, después de su aterrizaje desastroso en Phocea, había abandonado esto; y la verdadera extensión temporal medida por sus entradas tan sólo puede ser objeto de conjeturas

EL DIARIO

10 de septiembre. Marte es tan sólo una estrella roja pálida en las ventanas traseras; y, de acuerdo con mis cálculos, pronto nos acercaremos a la órbita del asteroide más próximo. Júpiter y su sistema de lunas se encuentran, aparentemente, tan lejanos como siempre, como boyas en la inalcanzable costa de la eternidad. Incluso más que al principio, siento esa terrible y sofocante ilusión, que acompaña el viaje por el éter, de permanecer completamente estacionario en un vacío estático.

Gershom, sin embargo, se queja de alteraciones del equilibrio, con mucho vértigo y una frecuente sensación de caída, como si la nave estuviese

cayéndose debajo de él, a través del abismo sin fondo, a una velocidad precipitada. La causa de semejantes síntomas es bastante oscura, dado que los generadores de gravedad artificial están en buen estado de funcionamiento. Ni Colt ni yo hemos sufrido desórdenes semejantes. A mí me parece que una sensación de caída seña casi un alivio de esta sensación de inmovilidad de pesadilla; pero Gershom parece estar gravemente enfermo a causa de ello, y dice que sus alucinaciones se están volviendo cada vez más fuertes, con intervalos cada vez más breves de normalidad; tiene miedo de que se convierta en algo continuo.

11 de septiembre. Colt ha hecho una estimación de nuestras provisiones y de nuestro combustible, y piensa que, con una cuidadosa administración, seremos capaces de alcanzar Europa. He estado revisando sus cálculos, y he encontrado que se muestra excesivamente optimista. De acuerdo con mi estimación, el combustible se acabará cuando nos encontremos a medio camino en el cinturón de asteroides; aunque la comida, el agua y el aire comprimido posiblemente nos durarían la mayor parte de la ruta hasta Europa. Debo ocultar este descubrimiento a los otros. Es demasiado tarde como para dar la vuelta. Me pregunto si todos estuvimos locos, para partir en este viaje errante por la inmensidad estelar sin verdadera preparación ni consideración de las consecuencias. Colt, por lo que parece, ha perdido por completo la capacidad de hacer cálculos matemáticos: sus figuras están llenas de los errores más evidentes.

Gershom es incapaz de dormir, y no es apto ni siquiera para hacer su turno de guardia. La alucinación de caída le obsesiona perpetuamente, y grita de terror, pensando que la nave esta a punto de chocar en algún oscuro planeta desconocido al cual estamos siendo atraídos por una fuerza de gravedad irresistible. Comer, beber y moverse le resulta todo muy difícil, y se queja de que ni siquiera puede tomar el aire por completo al inhalar..., que el aire le es arrancado por la caída vertiginosa. Su situación es, sin duda, dolorosa y patética.

12 de septiembre. Gershom está peor..., el bromuro de potasio, e incluso una fuerte dosis de morfina del botiquín del *Selenita*, no le han aliviado ni le han

permitido dormir. Tiene el aspecto de un hombre que se ahoga hasta el punto de la estrangulación. Le cuesta trabajo hablar.

Colt se ha vuelto muy callado y malhumorado, y me gruñe cada vez que me dirijo a él. Creo que el problema de Gershom le ha afectado seriamente los nervios..., como a mí. Pero mi carga es mas pesada que la de Colt, porque soy consciente del inevitable fracaso de nuestra alocada y desafortunada exploración. A veces, me gustaría que todo hubiese terminado... Los infiernos de la mente humana son más extensos que el espacio y más oscuros que la noche entre los mundos..., y cada uno de nosotros tres ha pasado varias eternidades en el infierno. Nuestro intento de escapar nos ha arrojado a un limbo negro y sin orillas, por el cual estamos condenados a acarrear aun con nuestra propia perdición privada.

Como Gershom, me siento incapaz de dormir. Pero, a diferencia de él, soy atormentado por ilusiones de inmovilidad perpetua. A pesar de mis cálculos diarios, que me confirman nuestro progreso por el espacio, no consigo convencerme de que nos hayamos movido en absoluto. Me parece que estamos suspendidos como el ataúd de Mahoma, alejados de la Tierra e igualmente alejados de las estrellas, en una extensión inconmensurable sin límites ni direcciones. No puedo describir lo terrible del sentimiento.

13 de septiembre. Durante mi guardia, Colt abrió el armario de las medicinas y consiguió inyectarse morfina. Cuando llegó su turno, se encontraba en un estado de estupor y no pude hacer nada para despertarle. Gershom había seguido empeorando de una manera continua y parecía estar soportando un millar de muertes..., así que no había nada que yo pudiese hacer, excepto continuar montando la guardia durante tanto tiempo como fuese capaz. Aseguré los controles, de todos modos, para que la nave continuase en su curso sin guía humana en caso de que yo me quedase dormido.

No sé cuánto tiempo me mantuve despierto..., ni cuánto tiempo dormí. Fui despertado por un extraño silbido, cuya naturaleza y causas fui incapaz de identificar en un primer momento. Miré a mi alrededor y vi que Colt seguía en su hamaca, durmiendo todavía a causa del sopor inducido por las drogas. Entonces me di cuenta de que Gershom había desaparecido, y de que el silbido procedía de la escotilla del aire. La puerta exterior de la escotilla estaba

sólidamente cerrada..., pero, evidentemente, alguien había abierto la escotilla exterior, y el sonido estaba siendo producido por el aire que se escapaba. Se volvió más débil y se detuvo, mientras yo escuchaba.

Supe qué era lo que había sucedido... Gershom, incapaz de soportar por más tiempo su extraña alucinación, ¡se había arrojado al espacio desde el *Selenita!* Dirigiéndome a las ventanas de atrás, vi su cuerpo, con la cara pálida ligeramente hinchada, y ojos abiertos y saltones. Nos estaba siguiendo como un satélite, manteniendo una distancia estable de unos diez o doce pies desde el extremo del casco de la nave. Podría haber salido en un traje espacial para recuperar el cuerpo; pero estaba seguro de que Gershom ya estaba muerto, y el esfuerzo me parecía más que inútil. Dado que no había fugas del aire desde el exterior, ni siquiera intenté cerrar la escotilla.

Espero y rezo por que Gershom se encuentre en paz. Flotará para siempre en el espacio cósmico... y en aquel vacío posterior en el cual no puedes seguir el tormento de la consciencia humana.

15 de septiembre. De alguna manera, nos hemos mantenido dentro de nuestro rumbo, aunque Colt está demasiado desmoralizado y drogado como para ser de mucha ayuda. Le tendré pena cuando nuestra limitada provisión de morfina se acabe.

El cuerpo de Gershom aún nos sigue, sujeto por la débil fuerza del poder gravitacional de la nave. Parece aterrorizar a Colt en sus momentos más lúcidos; y se queja de que nos persigue el fantasma del muerto. Además, también es bastante duro para mí, y me pregunto cuánto será lo que aguanten mis nervios y mi mente. A veces creo que estoy empezando a desarrollar la alucinación que torturaba a Gershom y que le condujo a su muerte. Un terrible mareo me asalta, y temo que empezaré a caerme. Pero, de alguna manera, recupero el equilibrio.

16 de septiembre. Colt ha gastado toda la morfina, y empieza a dar muestras de una intensa depresión y de nerviosismo incontrolable. Su miedo del cadáver que es satélite nuestro parece crecer sobre él como si fuese una obsesión; y no puedo hacer nada para tranquilizarle. Su terror está profundizado por una extraña creencia supersticiosa.

—¡Te digo que escucho cómo Gershom nos llama! —gritaba—; quiere compañía, ahí afuera, en el vacío negro y congelado; y no se alejará de la nave hasta que uno de los dos vaya a reunirse con él. Tienes que irte, Beverly..., es o tú o yo... De otro modo, seguirá al *Selenita* para siempre.

Intenté razonar con él, pero en vano. Se volvió a mí aullando como un loco.

—¡Maldito seas!, ¡te tiraré, si no te vas de otra manera! —chillaba.

Arañándome y mordiéndome como un animal salvaje, saltó sobre mi puesto, frente al tablero de controles del *Selenita*. Fui casi vencido por su asalto, porque luchaba con una fuerza salvaje de loco... No me gusta escribir todo lo que sucedió, porque el simple recuerdo me pone enfermo... Finalmente, me sujetó de la garganta con una presa de uñas afiladas de la que no me pude librar y comenzó a estrangularme hasta la muerte. En defensa propia, tuve que dispararle con el arma automática que llevaba en el bolsillo. Tambaleándome mareado, jadeando a falta de aliento, me encontré mirando para abajo, hacia su cuerpo caído, desde el cual un charco rojo se extendía por el suelo.

De alguna manera, conseguí ponerme el traje espacial, y, arrastrando el cuerpo de Colt por los tobillos, llegué hasta la parte exterior de la escotilla del aire. Cuando abrí la puerta, el aire que se escapaba me arrojó hacia la escotilla abierta junto con el cadáver; me costó trabajo recuperar el equilibrio y evitar ser arrastrado al espacio. El cadáver de Colt, dando en su movimiento vueltas transversales, se atrancó en mitad de la escotilla, y tuve que echarlo fuera con las manos. Entonces cerré la escotilla detrás de él. Cuando regresé a la nave, lo vi flotando, pálido e hinchado, junto al cadáver de Gershom.

17 de septiembre. Estoy solo... y, sin embargo, soy perseguido y acompañado de una manera horrible por los hombres muertos. He intentado concentrar mis facultades en el problema insoluble de la supervivencia, en las exigencias de la navegación espacial; pero todo es inútil.

Siempre soy consciente de estos cuerpos, rígidos e hinchados, nadando en el terrible silencio del vacío, con el sol, blanco y sin aire, como una lepra de luz sobre sus caras levantadas. Intento mantener la vista en los paneles de control..., o en las cartas astronómicas..., o en el diario que estoy llevando..., en las estrellas hacia las que me dirijo. Pero un magnetismo, terrible e irresistible, me hace volverme a intervalos, de una manera mecánica e impotente, hacia

las ventanas de atrás. No hay palabras para lo que siento y pienso..., y las palabras son cosas tan perdidas como los mundos que he dejado tan atrás. Me hundo en un caos de vertiginoso horror, más allá de cualquier posibilidad de regreso.

18 de septiembre. Estoy entrando en la zona de los asteroides..., esas rocas desérticas, fragmentarias y amorfas, que giran desperdigadas por una gran distancia entre Marte y Júpiter. Hoy, el *Selenita* paso muy cerca de uno de ellos..., un cuerpo pequeño como una montaña arrancada, que se levantaba repentinamente desde la sima con cimas afiladas como cuchillos, y negras gargantas que parecían llegar hasta su mismo corazón. En unos pocos instantes, el *Selenita* habría chocado de lleno contra él, si no hubiese invertido los motores y girado en un brusco ángulo a la derecha. Tal y como fue, pasó lo bastante cerca como para que los cuerpos de Colt y de Gershom fuesen capturados por el campo gravitacional del planetoide; y, cuando volví la vista a la roca que se alejaba, una vez que la nave se encontraba fuera de peligro, los cadáveres habían desaparecido. Finalmente, los localicé con ayuda del reflector telescópico, y vi que estaban girando en el espacio como lunas infinitesimales en torno a aquel terrible asteroide desnudo. Quizá floten así para siempre, o se vayan alejando gradualmente en círculos cada vez menores, para encontrar una tumba en alguna de aquellas tristes cañadas sin fondo.

19 de septiembre. He pasado junto a otros asteroides..., fragmentos irregulares, poco mayores que las piedras de los meteoros; y toda mi capacidad como piloto espacial se ha visto severamente sometida a prueba para evitar una colisión. A causa de la necesidad de una vigilancia que no puede relajarse, me he visto obligado a permanecer despierto todo el rato. Pero más pronto o más tarde, me dominará el sueño y el *Selenita* se chocará siendo destruido.

Después de todo, poco importa el final es inevitable y llegará pronto en todo caso. La provisión de comida concentrada, 100 tanques de aire comprimido, podrían mantenerme vivo durante muchos meses, ya que no hay nadie más que yo para consumirlos. Pero el combustible está casi agotado, según mis

cálculos anteriores. En cualquier momento, la propulsión cesará. Entonces, la nave flotará, parada e impotente, en este limbo cósmico, y será atraída a su fin en algún arrecife asteroidal.

21 de septiembre (?). Todo lo que yo esperaba ha sucedido, y, sin embargo, por algún milagro de la suerte, o de la desgracia, sigo vivo.

El combustible se terminó ayer (por lo menos, creo que fue ayer), pero me encontraba demasiado cerca del límite del agotamiento físico y mental como para darme cuenta de que la ignición del cohete había cesado. Me moría de sueño, y había llegado a un estado más allá de la esperanza o la desesperanza. Vagamente, recuerdo haber ajustado los controles de la nave por la fuerza, automática, de la costumbre; y entonces me aseguré en mi hamaca y me quedé dormido instantáneamente.

No tengo modo de adivinar cuánto tiempo estuve dormido. Vagamente, en la sima más allá de los sueños, escuché un estrépito como de un trueno en la distancia, y sentí una violenta vibración que me sacudió a un apagado despertar. Una sensación de antinatural y sofocante calor empezó a asaltarme mientras me esforzaba por recuperar la consciencia; pero, cuando hube abierto mis pesados ojos, tardé un poco de tiempo en darme cuenta de lo que realmente había sucedido.

Girando la cabeza para poder mirar por una de las escotillas, me quedé sorprendido al ver, en un cielo púrpura oscuro, un horizonte, helado y brillante, de roca tallada.

Por un instante, creí que la nave estaba a punto de chocar contra un repentino planetoide. Entonces, abrumadoramente, me di cuenta de que *el choque ya había sucedido...*, de que había sido despertado de mi sueño como un coma por la caída del *Selenita* en uno de esos islotes cósmicos.

Me encontraba ahora completamente despierto, y me apresuré a soltarme de mi hamaca; descubrí que el suelo estaba muy inclinado, como si la nave hubiese aterrizado en una cuesta o hubiese enterrado su morro en el suelo alienígena. Sintiendo una ligereza extraña y desconcertante, y siendo apenas capaz de colocar mis pies sobre el suelo, gradualmente me abrí camino hasta la escotilla más cercana. Estaba claro que el sistema de gravedad artificial de la nave había quedado fuera de funcionamiento a causa del choque, y que

ahora estaba sujeto a la débil gravedad del planetoide. Me parecía que yo era tan liviano e incorpóreo como una nube..., que no era más que un espectro aéreo de mi ser anterior.

El techo y las paredes estaban extrañamente calientes; y se me ocurrió que el calentamiento podría ser efecto del paso del *Selenita* por alguna especie de atmósfera. El asteroide no era entonces carente por completo de aire, como se supone que son la mayoría de dichos cuerpos; y probablemente era uno de los fragmentos más grandes, con un diámetro de muchas millas..., quizá cientos. Pero ni siquiera este descubrimiento me preparó para la escena, extraña y sorprendente, que contemplé por la escotilla.

El horizonte de picos serrados, como una cadena montañosa en miniatura, descansaba a una distancia de varios cientos de yardas. Sobre éste, el pequeño sol, intensamente brillante, como una luna ardiente en su magnitud, se estaba hundiendo con una velocidad visible que dejaba al descubierto las principales estrellas y los planetas.

El *Selenita* se había hundido en un valle superficial, y había enterrado su proa y su panza en un suelo que se había formado por la descomposición de la roca, principalmente basáltica. En todo el contorno había bordes calados, pilares acanalados y pináculos, y sobre éstos se levantaban sorprendentemente frágiles parras, tubulares y sin hojas, con anchos tentáculos amarillos verdosos planos y lisos como el papel. Musgos insustanciales, más altos que un hombre, y con la forma de astas planas, crecían en fila o en pequeños grupos a lo largo del valle.

Entre esos grupos, vi la aproximación de ciertos seres vivientes que se levantaron de las rocas del medio con la rapidez y ligereza con que saltan los insectos. Parecían tocar levemente el suelo con largos pasos voladores que eran a un tiempo fáciles y abruptos.

Había cinco de esos seres, que, sin duda, habían sido atraídos por la caída del *Selenita* desde el espacio y estaban acercándose a inspeccionarlo. En unos instantes, se aproximaron a la nave y se detuvieron ante ella con la misma facilidad que había señalado todos sus movimientos.

Lo que realmente eran, yo no lo sé; a falta de otras analogías, debo asimilarlos a los insectos. Parados perfectamente verticales, se levantaban siete pies del suelo. Sus ojos, como ópalos tallados, al final de antenas

curvadas protráctiles, se levantaban a la misma altura de la escotilla. Sus miembros increíblemente delgados, sus cuerpos como tallos, comparables a los de las *phasmidae*, o “bastones andantes”, estaban cubiertos con caparazones verdigrises. Sus cabezas, de forma triangular, estaban flanqueadas por inmensas membranas perforadas, y equipadas con bocas mandibulares que parecían sonreír eternamente.

Creo que me vieron, con aquellos extraños ojos inexpresivos; porque se acercaron más, apoyándose contra la escotilla, hasta el punto de que podría haberles tocado con la mano si la escotilla hubiese estado abierta. Quizá ellos también estaban sorprendidos, porque las delgadas antenas oculares parecían alargarse mientras miraban; y había una extraña agitación de los brazos con caparazón, un temblor de sus bocas cornudas, como si estuviesen manteniendo una conversación entre ellos.

Después de un rato, se marcharon, desapareciendo rápidamente más allá del horizonte.

Desde entonces, he examinado el *Selenita* todo lo que me ha sido posible, para establecer los límites del daño. Creo que el casco exterior se ha arrugado, o hasta se ha fundido, porque, cuando me acerqué a la escotilla, vestido con el traje espacial, con la idea de emerger, me encontré con que no podía abrir la tapa. Mi salida de la nave se ha vuelto imposible, ya que carezco de los instrumentos con los que cortar el ancho metal o romper los duros ojos de buey de neocrystal. Estoy sellado dentro del *Selenita* como en una prisión; a su debido tiempo, se convertirá también en mi tumba.

Más tarde. Ya no intentaré siquiera poner fechas a este diario. Es imposible, bajo las circunstancias, mantener ni siquiera un sentido aproximado del tiempo terrestre. Los cronómetros han dejado de funcionar, y su maquinaria se ha visto sacudida por el choque sin esperanza de repararla. Los periodos diurnos de este planetaide son, por lo visto, de nada más que una hora o dos de duración; y las noches son igualmente breves. La oscuridad barrió como un ala el paisaje después de que hubiese terminado de escribir mi última entrada; y, desde entonces, han pasado tantos de esos días y de esas noches efímeros, que he dejado de contarlos. Mi propio sentido de la duración está quedando

extrañamente confundido. Ahora que estoy algo acostumbrado a esta situación, los breves días se arrastran con un tedio inconmensurable.

Los seres a los que llamo los bastones andantes han regresado a la nave, viniendo diariamente, y trayendo a puñados y a centenares de sus semejantes. Parece que se corresponden en cierta medida a la humanidad, siendo la forma de vida dominante en este mundo. En la mayoría de las cosas, resultan incomprensiblemente ajenos: pero algunas de sus acciones tienen un remoto parentesco con las de los hombres, y sugieren instintos e impulsos similares.

Evidentemente, sienten curiosidad. Se amontonan en torno al *Selenita* en grandes números, inspeccionándolo con sus ojos transportados por antenas, tocando el casco y las escotillas con sus atenuados miembros. Creo que están intentando establecer algún tipo de comunicación conmigo. No puedo estar seguro de que emitan sonidos vocales, ya que el casco de la nave está insonorizado, pero estoy seguro de que los gestos rígidos y parecidos a señales que repiten en un cierto orden ante la escotilla en cuanto me ven, están cargados de un sentido consciente y definido.

También creo detectar una auténtica veneración en su actitud, tal y como sería ofrecida por salvajes a un misterioso visitante de los cielos. Cada día, cuando se agrupan ante la nave, traen curiosas frutas esponjosas y formas de vegetación porosa, que dejan como ofrendas de sacrificio en el suelo. Por sus gestos, parecen implorarme que acepte estas ofrendas.

Aunque resulte extraño, las frutas y los vegetales siempre desaparecen durante la noche. Son comidos por grandes criaturas luminosas voladoras, con alas filiformes, que parecen ser completamente noctámbulas en sus hábitos.

Por supuesto, los bastones andantes creen que yo, el extraño dios de más allá de las estrellas, he aceptado el sacrificio.

Todo es extraño, irreal, inmaterial. La pérdida de la gravedad normal me hace sentirme como un fantasma; y me parece vivir en un mundo de fantasmas. Mis pensamientos, mis recuerdos, mi desesperación... no son más que nieblas que tiemblan al borde del olvido... Y, sin embargo, por una fantástica ironía, ¡me adoran como a un dios!

Han transcurrido innumerables días desde que hice mi última entrada en el diario. Las estaciones del asteroide han cambiado; los días se han vuelto más

breves, las noches más largas; y una aridez invernal empapa el valle. Las frágiles enredaderas planas se están marchitando sobre las rocas, y los altos setos de musgos han adquirido tonos de malva y rubios... El sol gira en un arco bajo sobre el horizonte serrado, y su órbita es pequeña y pálida, como si se estuviese alejando en la negra sima entre las estrellas.

Las gentes del asteroide vienen menos a menudo, parecen menores en número, y sus ofrendas en sacrificio son más raras y escasas. Ya no traen frutas como esponjas, sino sólo hongos pálidos y porosos que parecen haber sido cosechados en cavernas.

Se mueven lentamente, como si el frío invernal comenzase a atontarles.

Ayer, tres de ellos se cayeron después de depositar sus regalos, y se quedaron quietos ante la nave. No se han movido, y estoy seguro de que están muertos. Las criaturas luminosas que vuelan de noche han dejado de venir, y los sacrificios permanecen intactos junto a sus portadores.

Lo terrible de mi destino se ha cerrado sobre mí hoy. Ninguno más de los bastones andantes ha acudido. Creo que todos han muerto..., las criaturas efímeras de este diminuto mundo que me está llevando con él a un rumbo ártico del sistema solar. Sin duda, sus vidas se corresponden con su verano, con su perihelio.

Pequeñas nubes se han formado en el oscuro aire, y cae nieve como un polvo fino. Siento una tristeza inexpresable con palabras..., una fatiga sobre la que no puedo escribir. El aparato de calefacción del *Selenita* está todavía en buen estado de funcionamiento.

Pero el frío negro del espacio ha caído sobre mi espíritu.

Extraño..., no me sentía tan completamente solo y abandonado cuando la gente insecto venía cada día. Ahora que ya no vienen, parece que he sido alcanzado por el horror definitivo de la soledad, por el gélido horror de una alienación más allá de la vida. Ya no puedo escribir más, porque me fallan el cerebro y el corazón.

Parece que aún sigo vivo, tras una eternidad de niebla y locura en la nave, de muerte e invierno en el mundo exterior.

Durante este tiempo, no he escrito en el diario; y no sé qué impulso oscuro me impulsa a una práctica tan irracional y fútil.

Creo que es el sol, pasando en un arco más alto y más largo sobre el paisaje muerto, el que me ha llamado de las profundidades de la desesperación. La nieve se ha derretido sobre las rocas, formando pequeños arroyos y charcos de agua; y extraños brotes de plantas están naciendo del suelo arenoso. Mientras las miro, se levantan y se hinchan de un modo visible. Estoy más allá de la esperanza, más allá de la vida, en un extraño vacío; pero veo las cosas como las ve un condenado cautivo que ve los movimientos de la vida más allá de su celda. Despiertan en mí una emoción de la que he olvidado hasta el nombre.

Mis suministros de comida son escasos, y los de aire todavía más escasos. Me da miedo calcular cuánto tiempo más van a durarme. He intentado romper las escotillas de neocrystal, utilizando como martillo una llave inglesa grande; pero los golpes, debido en parte a mi propia carencia de peso, son tan inútiles como el toque de una pluma. De todos modos, lo más probable es que el aire exterior fuese demasiado tenue como para ser respirado por seres humanos.

El pueblo de los bastones andantes ha vuelto a aparecer ante la nave. Estoy seguro, por su menor estatura, su color más brillante y el desarrollo inmaduro de ciertos órganos, que representan una nueva generación. Ninguno de mis anteriores visitantes ha sobrevivido al invierno; pero, de alguna manera, los nuevos parecen mirar el *Selenita* con la misma reverencia y curiosidad que sus mayores. También ellos han empezado a traer regalos de frutas de aspecto insustancial, y dejan flores filiformes bajo el casco... Me pregunto cómo se reproducen, y cómo transmiten sus conocimientos de una generación a otra...

Las enredaderas planas, parecidas a hongos, están ascendiendo por las rocas, están trepando sobre el casco del *Selenita*. Los jóvenes bastones andantes se reúnen diariamente para adorar, hacen esos gestos enigmáticos que nunca he entendido, y se mueven dando vueltas rápidas en torno a la nave, como en los pasos de una danza hierática... Yo, el perdido y condenado, he sido un dios para dos generaciones. Quizá me sigan adorando después de que haya muerto. Creo que el aire casi se ha acabado..., tengo la cabeza más ligera que de costumbre y siento una extraña constricción en la garganta y en los pulmones...

Quizá esté un poco delirante y haya empezado a imaginarme cosas; pero acabo de notar un extraño fenómeno que no había notado hasta ahora. No sé lo que es. Una delgada niebla como una columna, moviéndose y retorciéndose como una serpiente, con colores opalinos que cambian a cada momento, ha aparecido entre las rocas y comienza a dirigirse hacia la nave. Parece algo vivo..., una entidad vaporosa; y, de alguna manera, es venenosa y hostil. Se desliza hacia adelante, levantándose por encima de la multitud de *phasmidae*, quienes se han postrado como si tuviesen miedo. Ahora puedo verlo más claramente: es medio transparente, con una red de hebras grises entre sus cambiantes colores; y está estirando un tentáculo largo y tembloroso.

Es alguna forma de vida rara, desconocida para la ciencia terrestre; y ni siquiera puedo conjeturar cuál es su naturaleza y cuáles son sus atributos. Sin duda, acaba de descubrir la presencia del *Selenita*, y ha sido atraído por la curiosidad, como el pueblo de los bastones andantes.

El tentáculo ha tocado el casco..., ha alcanzado la escotilla detrás de la cual me encuentro escribiendo estas palabras. Las fibras grises en el tentáculo brillan como con un fuego repentino. ¡Dios mío!... *Está atravesando la lente de neocrystal...*

Master Of The Asteroid (The God Of The Asteroid), VI – 1932

Wonder Stories, X – 1932. Strange Ports Of Call, 1948

Tales Of Science And Sorcery, XI – 1964

Los Mundos Perdidos

THE CITY OF THE SINGING FLAME

CLARK ASHTON SMITH

Foreword

When Giles Angarth disappeared, nearly two years ago, we had been friends for a decade or more, and I knew him as well as anyone could purport to know him. Yet the thing was no less a mystery to me than to others at the time, and until now, it has remained a mystery.

Like the rest, I sometimes thought that he and Ebbonly had designed it all between them as a huge, insoluble hoax; that they were still alive, somewhere, and laughing at the world that was so sorely baffled by their disappearance. And, until I at last decided to visit Crater Ridge and find, if I could, the two boulders mentioned in Angarth's narrative, no one had uncovered any trace of the missing men or heard even the faintest rumor concerning them. The whole affair, it seemed then, was likely to remain a most singular and exasperating riddle.

Angarth, whose fame as a writer of fantastic fiction was already very considerable, had been spending that summer among the Sierras, and had been living alone until the artist, Felix Ebbonly, went to visit him. Ebbonly, whom I had never met, was well known for his imaginative paintings and drawings, and had illustrated more than one of Angarth's novels.

When neighboring campers became alarmed over the prolonged absence of the two men, and the cabin was searched for some possible clue, a package addressed to me was found lying on the table; and I received it in due course of time, after reading many newspaper speculations concerning the double vanishment. The package contained a small, leather-bound note-book, and Angarth had written on the fly-leaf:

'Dear Hastane, You can publish this journal sometime, if you like. People will think it the last and wildest of all my fictions — unless they take it for one of your own. In either case, it will be just as well. Good-bye.

Faithfully, GILES ANGARTH.'

Feeling that it would certainly meet with the reception he anticipated, and being unsure, myself, whether the tale was truth or fabrication, I delayed publishing his journal. Now, from my own experience, I have become satisfied of its reality; and am finally printing it, together with an account of my personal adventures. Perhaps the double publication, preceded as it is by Angarth's return to mundane surroundings, will help to ensure the acceptance of the whole story for more than mere fantasy.

Still, when I recall my own doubts, I wonder.... But let the reader decide for himself. And first, as to Giles Angarth's journal:

I. THE DIMENSION BEYOND

July 31st, 1938. — I have never acquired the diary-keeping habit — mainly, because of my uneventful, mode of existence, in which there has seldom been anything to chronicle. But the thing which happened this morning is so extravagantly strange, so remote from mundane laws and parallels, that I feel impelled to write it down to the best of my understanding and ability. Also, I shall keep account of the possible repetition and continuation of my experience. It will be perfectly safe to do this, for no one who ever reads the record will be likely to believe it...

I had gone for a walk on Crater Ridge, which lies a mile or less to the north of my cabin near Summit. Though differing markedly in its character from the

usual landscapes round about, it is one of my favorite places. It is exceptionally bare and desolate, with little more in the way of vegetation than mountain sunflowers, wild currantbushes, and a few sturdy, wind-warped pines and supple tamaracks.

Geologists deny it a volcanic origin; yet its outcroppings of rough, nodular stone and enormous rubble-heaps have all the air of scoriac remains — at least, to my non-scientific eye. They look like the slag and refuse of Cyclopean furnaces, poured out in pre-human years, to cool and harden into shapes of limitless grotesquerie.

Among them are stones that suggest the fragments of primordial bas-reliefs, or small prehistoric idols and figurines; and others that seem to have been graven with lost letters of an indecipherable script. Unexpectedly, there is a little tarn lying on one end of the long, dry Ridge — a tarn that has never been fathomed. The hill is an odd interlude among the granite sheets and crags, and the fir-clothed ravines and valleys of this region.

It was a clear, windless morning, and I paused often to view the magnificent perspectives of varied scenery that were visible on every hand — the titan battlements of Castle Peak; the rude masses of Donner Peak, with its dividing pass of hemlocks; the remote, luminous blue of the Nevada Mountains, and the soft green of willows in the valley at my feet. It was an aloof, silent world, and I heard no sound other than the dry, crackling noise of cicadas among the currant-bushes.

I strolled on in a zigzag manner for some distance, and coming to one of the rubble-fields with which the Ridge is interstrewn, I began to search the ground closely, hoping to find a stone that was sufficiently quaint and grotesque in its form to be worth keeping as a curiosity: I had found several such in my previous wanderings. Suddenly, I came to a clear space amid the rubble, in which nothing grew — a space that was round as an artificial ring. In the center were two isolated boulders, queerly alike in shape, and lying about five feet apart.

I paused to examine them. Their substance, a dull, greenish-grey stone, seemed to be different from anything else in the neighborhood; and I conceived at once the weird, unwarrantable fancy that they might be the pedestals of vanished columns, worn away by incalculable years till there remained only these sunken ends. Certainly, the perfect roundness and uniformity of the boulders was peculiar, and though I possess a smattering of geology, I could not identify their smooth, soapy material.

My imagination was excited, and I began to indulge in some rather overheated fantasies. But the wildest of these was a homely commonplace in comparison with the thing that happened when I took a single step forward in the vacant space immediately between the two boulders. I shall try to describe it to the utmost of my ability; though human language is naturally wanting in words that are adequate for the delineation of events and sensations beyond the normal scope of human experience.

Nothing is more disconcerting than to miscalculate the degree of descent in taking a step. Imagine, then, what it was like to step forward on level, open ground, and find utter nothingness underfoot! I seemed to be going down into an empty gulf; and, at the same time, the landscape before me vanished in a swirl of broken images and everything went blind. There was a feeling of intense, hyperborean cold, and an indescribable sickness and vertigo possessed me, due, no doubt, to the profound disturbance of equilibrium. Either from the speed of my descent or for some other reason, I was, too, totally unable to draw breath.

My thoughts and feelings were unutterably confused, and half the time it seemed to me that I was falling upward rather than downward, or was sliding horizontally or at some oblique angle. At last, I had the sensation of turning a complete somersault; and then I found myself standing erect on solid ground once more, without the least shock or jar of impact. The darkness cleared away from my vision, but I was still dizzy, and the optical images I received were altogether meaningless for some moments.

When, finally, I recovered the power of cognisance and was able to view my surroundings with a measure of perception, I experienced a mental confusion equivalent to that of a man who might find himself cast without warning on the shore of some foreign planet. There was the same sense of utter loss and alienation which would assuredly be felt in such a case; the same vertiginous, overwhelming bewilderment, the same ghastly sense of separation from all the familiar environmental details that give color, form and definition to our lives and even determine our very personalities.

I was standing in the midst of a landscape which bore no degree or manner of resemblance to Crater Ridge. A long, gradual slope, covered with violet grass and studded at intervals with stones of monolithic size and shape, ran undulantly away beneath me to a broad plain with sinuous, open meadows and high, stately forests of an unknown vegetation whose predominant hues were purple and yellow. The plain seemed to end in a wall of impenetrable, golden-brownish mist, that rose with phantom pinnacles to dissolve on a sky of luminescent amber in which there was no sun.

In the foreground of this amazing scene, not more than two or three miles away, there loomed a city whose massive towers and mountainous ramparts of red stone were such as the Anakim of undiscovered worlds might build. Wall on beetling wall, spire on giant spire, it soared to confront the heavens, maintaining everywhere the severe and solemn lines of a rectilinear architecture. It seemed to overwhelm and crush down the beholder with its stern and crag-like imminence.

As I viewed this city, I forgot my initial sense of bewildering loss and alienage, in an awe with which something of actual terror was mingled; and, at the same time, I felt an obscure but profound allurement, the cryptic emanation of some enslaving spell. But after I had gazed awhile, the cosmic strangeness and bafflement of my unthinkable position returned upon me, and I felt only a wild desire to escape from the maddeningly oppressive bizarrerie of this region and regain my own world. In an effort to fight down my agitation I tried to figure out, if possible, what had really happened.

I had read a number of transdimensional stories — in fact, I had written one or two myself; and I had often pondered the possibility of other worlds or material planes which may exist in the same space with ours, invisible and impalpable to human senses. Of course, I realized at once that I had fallen into some such dimension. Doubtless, when I took that step forward between the boulders, I had been precipitated into some sort of flaw or fissure in space, to emerge at the bottom in this alien sphere — in a totally different kind of space.

It sounded simple enough, in a way, but not simple enough to make the modus operandi anything but a brainracking mystery, and in a further effort to collect myself, I studied my immediate surroundings with a close attention. This time, I was impressed by the arrangement of the monolithic stones I have spoken of, many of which were disposed at fairly regular intervals in two parallel lines running down the hill, as if to mark the course of some ancient road obliterated by the purple grass.

Turning to follow its ascent, I saw right behind me two columns, standing at precisely the same distance apart as the two odd boulders on Crater Ridge, and formed of the same soapy, greenish-gray stone. The pillars were perhaps nine feet high, and had been taller at one time, since the tops were splintered and broken away. Not far above them, the mounting slope vanished from view in a great bank of the same golden-brown mist that enveloped the remoter plain. But there were no more monoliths, and it seemed as if the road had ended with those pillars.

Inevitably, I began to speculate as to the relationship between the columns in this new dimension and the boulders in my own world. Surely, the resemblance could not be a matter of mere chance. If I stepped between the columns, could I return to the human sphere by a reversal of my precipitation therefrom? And if so, by what inconceivable beings from foreign time and space had the columns and boulders been established as the portals of a gateway between the two worlds? Who could have used the gateway, and for what purpose?

My brain reeled before the infinite vistas of surmise that were opened by such questions. However, what concerned me most was the problem of getting back to Crater Ridge. The weirdness of it all, the monstrous walls of the near-by town, the unnatural hues and forms of the outlandish scenery, were too much for human nerves, and I felt that I should go mad if forced to remain long in such a milieu. Also, there was no telling what hostile powers or entities I might encounter if I stayed.

The slope and plain were devoid of animate life, as far as I could see; but the great city was presumptive proof of its existence. Unlike the heroes in my own tales, who were wont to visit the Fifth Dimension or the worlds of Algol with perfect sang froid, I did not feel in the least adventurous, and I shrank back with man's instinctive recoil before the unknown. With one fearful glance at the looming city and the wide plain with its lofty gorgeous vegetation, I turned and stepped back between the columns.

There was the same instantaneous plunge into blind and freezing gulfs, the same indeterminate falling and twisting, which had marked my descent into this new dimension. At the end I found myself standing, very dizzy and shaken, on the same spot from which I had taken my forward step between the greenish-gray boulders. Crater Ridge was swirling and reeling about me as if in the throes of earthquake, and I had to sit down for a minute or two before I could recover my equilibrium.

I came back to the cabin like a man in a dream. The experience seemed, and still seems, incredible and unreal; and yet it has overshadowed everything else, and has colored and dominated all my thoughts. Perhaps by writing it down I can shake it off a little. It has unsettled me more than any previous experience in my whole life, and the world about me seems hardly less improbable and nightmarish than the one which I have penetrated in a fashion so fortuitous.

August 2nd. — I have done a lot of thinking in the past few days, and the more I ponder and puzzle, the more mysterious it all becomes. Granting the

flaw in space, which must be an absolute vacuum, impervious to air, ether, light and matter, how was it possible for me to fall into it? And having fallen in, how could I fall out — particularly into a sphere that has no certifiable relationship with ours?

But, after all, one process would be as easy as the other, in theory. The main objection is: how could one move in a vacuum, either up or down, or backward or forward? The whole thing would baffle the comprehension of an Einstein, and I cannot feel that I have even approached the true solution.

Also, I have been fighting the temptation to go back, if only to convince myself that the thing really occurred. But, after all, why shouldn't I go back? An opportunity has been vouchsafed to me such as no man may even have been given before, and the wonders I shall see, the secrets I shall learn, are beyond imagining. My nervous trepidation is inexcusably childish under the circumstances...

II. THE TITAN CITY

August 3rd. — I went back this morning, armed with a revolver. Somehow, without thinking that it might make a difference, I did not step in the very middle of the space between the boulders. Undoubtedly as a result of this, my descent was more prolonged and impetuous than before, and seemed to consist mainly of a series of spiral somersaults. It must have taken me several minutes to recover from the ensuing vertigo, and when I came to, I was lying on the violet grass.

This time, I went boldly down the slope, and keeping as much as I could in the shelter of the bizarre purple and yellow vegetation, I stole toward the looming city. All was very still; there was no breath of wind in those exotic trees, which appeared to imitate, in their lofty, upright boles and horizontal foliage, the severe architectural lines of the Cyclopean buildings.

I had not gone far when I came to a road in the forest — a road paved with stupendous blocks of stone at least twenty feet square. It ran toward the city. I thought for a while that it was wholly deserted, perhaps disused; and I even dared to walk upon it, till I heard a noise behind me and, turning, saw the approach of several singular entities. Terrified, I sprang back and hid myself in a thicket, from which I watched the passing of those creatures, wondering fearfully if they had seen me. Apparently, my fears were groundless, for they did not even glance at my hiding place.

It is hard for me to describe or even visualize them now, for they were totally unlike anything that we are accustomed to think of as human or animal. They must have been ten feet tall, and they were moving along with colossal strides that took them from sight in a few instants, beyond a turn of the road. Their bodies were bright and shining, as if encased in some sort of armor, and their heads were equipped with high, curving appendages of opalescent hues which nodded above them like fantastic plumes, but may have been antennae or other sense-organs of a novel type. Trembling with excitement and wonder, I continued my progress through the richly-colored undergrowth. As I went on, I perceived for the first time that there were no shadows anywhere. The light came from all portions of the sunless, amber heaven, pervading everything with a soft, uniform luminosity. All was motionless and silent, as before; and there was no evidence of bird, insect or animal life in all this preternatural landscape.

But, when I had advanced to within a mile of the city -as well as I could judge the distance in a realm where the very proportions of objects were unfamiliar — I became aware of something which at first was recognizable as a vibration rather than a sound. There was a queer thrilling in my nerves; the disquieting sense of some unknown force or emanation flowing through my body. This was perceptible for some time before I heard the music, but having heard it, my auditory nerves identified it at once with the vibration.

It was faint and far-off, and seemed to emanate from the very heart of the Titan city. The melody was piercingly sweet, and resembled at times the singing

of some voluptuous feminine voice. However, no human voice could have possessed that unearthly pitch, the shrill, perpetually sustained notes that somehow suggested the light of remote worlds and stars translated into sound.

Ordinarily, I am not very sensitive to music; I have even been reproached for not reacting more strongly to it. But I had not gone much farther when I realized the peculiar mental and emotional spell which the far-off sound was beginning to exert upon me. There was a siren-like allurements which drew me on, forgetful of the strangeness and potential perils of my situation; and I felt a slow, drug-like intoxication of brain and senses.

In some insidious manner, I know not how nor why, the music conveyed the ideas of vast but attainable space and altitude, of superhuman freedom and exultation; and it seemed to promise all the impossible splendors of which my imagination has vaguely dreamt....

The forest continued almost to the city walls. Peering from behind the final boscaje, I saw their overwhelming battlements in the sky above me, and noted the flawless jointure of their prodigious blocks. I was near the great road, which entered an open gate large enough to admit the passage of behemoths. There were no guards in sight, and several more of the tall, gleaming entities came striding along and went in as I watched.

From where I stood, I was unable to see inside the gate, for the wall was stupendously thick. The music poured from that mysterious entrance in an ever-strengthening flood, and sought to draw me on with its weird seduction, eager for unimaginable things. It was hard to resist; hard to rally my will-power and turn back. I tried to concentrate on the thought of danger — but the thought was tenuously unreal.

At last I tore myself away and retraced my footsteps, very slowly and lingeringly, till I was beyond reach of the music. Even then, the spell persisted, like the effects of a drug; and all the way home I was tempted to return and follow those shining giants into the city.

August 5th. — I have visited the new dimension once more. I thought I could resist that summoning music, and I even took some cotton-wadding with which to stuff my ears if it should affect me too strongly. I began to hear the supernal melody at the same distance as before, and was drawn onward in the same manner. But, this time, I entered the open gate!

I wonder if I can describe that city? I felt like a crawling ant upon its mammoth pavements, amid the measureless Babel of its buildings, of its streets and arcades. Everywhere there were columns, obelisks and the perpendicular pylons of fane-like structures that would have dwarfed those of Thebes and Heliopolis. And the people of the city! How is one to depict them, or give them a name!

I think that the gleaming entities I first saw are not the true inhabitants, but are only visitors, perhaps from some other world or dimension, like myself. The real people are giants, too; but they move slowly, with solemn, hieratic paces. Their bodies are nude and swart, and their limbs are those of caryatides — massive enough, it would seem, to uphold the roofs and lintels of their own buildings. I fear to describe them minutely, for human words would give the idea of something monstrous and uncouth, and these beings are not monstrous, but they have merely developed in obedience to the laws of another evolution than ours; the environmental forces and conditions of a different world.

Somehow, I was not afraid when I saw them — perhaps the music had dragged me till I was beyond fear. There was a group of them just inside the gate, and they seemed to pay me no attention whatever as I passed them. The opaque, jet-like orbs of their huge eyes were impassive as the carven eyes of androsphinxes, and they uttered no sound from their heavy, straight, expressionless lips. Perhaps they lack the sense of hearing, for their strange, semi-rectangular heads were devoid of anything in the nature of external ears.

I followed the music, which was still remote and seemed to increase little in loudness. I was soon overtaken by several of those beings whom I had

previously seen on the road outside the walls; and they passed me quickly and disappeared in the labyrinth of buildings. After them there came other beings of a less gigantic kind, and without the bright shards or armor worn by the first-comers. Then, overhead, two creatures with long, translucent, blood-colored wings, intricately veined and ribbed, came flying side by side and vanished behind the others. Their faces, featured with organs of unsurmisable use, were ant those of animals, and I felt sure that they were beings of a high order of development.

I saw hundreds of those slow-moving, somber entities whom I have identified as the true inhabitants, but none of them appeared to notice me. Doubtless they were accustomed to seeing far weirder and more unusual kinds of life than humanity. As I went on, I was overtaken by dozens of improbable-looking creatures, all going in the same direction as myself, as if drawn by the same siren melody.

Deeper and deeper I went into the wilderness of colossal architecture, led by that remote, ethereal, opiate music. I soon noticed a sort of gradual ebb and flow in the sound, occupying an interval of ten minutes or more; but, by imperceptible degrees, it grew sweeter and nearer. I wondered how it could penetrate that manifold maze of builded stone and be heard outside the walls....

I must have walked for miles, in the ceaseless gloom of those rectangular structures that hung above me, tier on tier, at an awful height in the amber zenith. Then, at length, I came to the core and secret of it all. Preceded and followed by a number of those chimerical entities, I emerged on a great square, in whose center was a templelike building more immense than the others. The music poured, imperiously shrill and loud, from its many-columned entrance.

I felt the thrill of one who approaches the sanctum of some hierarchal mystery, when I entered the halls of that building. People who must have come from many different worlds or dimensions went with me, and before me, along the titanic colonnades, whose pillars were graven with indecipherable runes and enigmatic bas-reliefs. The dark, colossal inhabitants of the town were standing

or roaming about, intent, like all the others, on their own affairs. None of these beings spoke, either to me or to one another, and though several eyed me casually, my presence was evidently taken for granted.

There are no words to convey the incomprehensible wonder of it all. And the music? I have utterly failed to describe that, also. It was as if some marvelous elixir had been turned into sound-waves — an elixir conferring the gift of superhuman life, and the high, magnificent dreams which are dreamt by the Immortals. It mounted in my brain like a supernal drunkenness, as I approached the hidden source. I do not know what obscure warning prompted me, now, to stuff my ears with cotton before I went any farther. Though I could still hear it, still feel its peculiar, penetrant vibration, the sound became muted when I had done this, and its influence was less powerful henceforth. There is little doubt that I owe my life to this simple and homely precaution.

The endless rows of columns grew dim for a while as the interior of a long, basaltic cavern; and then, some distance ahead, I perceived the glimmering of a soft light on the floor and pillars. The light soon became an over-flooding radiance, as if gigantic lamps were being lit in the temple's heart; and the vibrations of the hidden music pulsed more strongly in my nerves.

The hall ended in a chamber of immense, indefinite scope, whose walls and roof were doubtful with unremoving shadows. In the center, amid the pavement of mammoth blocks, there was a circular pit, above which seemed to float a fountain of flame that soared in one perpetual, slowly lengthening jet. This flame was the sole illumination, and also, was the source of the wild, unearthly music. Even with my purposely deafened ears, I was wooed by the shrill and starry sweetness of its singing; and I felt the voluptuous lure and the high, vertiginous exaltation.

I knew immediately that the place was a shrine, and that the transdimensional beings who accompanied me were visiting pilgrims. There were scores of them — perhaps hundreds; but all were dwarfed in the cosmic immensity of that chamber. They were gathered before the flame in various

attitudes of worship; they bowed their exotic heads, or made mysterious gestures or adoration with unhuman hands and members. And the voices of several, deep as booming drums, or sharp as the stridulation of giant insects, were audible amid the singing of the fountain.

Spellbound, I went forward and joined them. Enthralled by the music and by the vision of the soaring flame, I paid as little heed to my outlandish companions as they to me. The fountain rose and rose, until its light flickered on the limbs and features of throned, colossal, statues behind it — of heroes, gods or demons from the earlier cycles of alien time, staring in stone from a dusk of illimitable mystery.

The fire was green and dazzling, pure as the central flame of a star; it blinded me, and when I turned my eyes away, the air was filled with webs of intricate colour, with swiftly changing arabesques whose numberless, unwonted hues and patterns were such as no mundane eye had ever beheld. And I felt a stimulating warmth that filled my very marrow with intenser life...

III. THE LURE OF THE FLAME

The music mounted with the flame; and I understood, now, its recurrent ebb and flow. As I looked and listened, a mad thought was born in my mind — the thought of how marvelous and ecstatic it would be to run forward and leap headlong into the singing fire. The music seemed to tell me that I should find in that moment of flaring dissolution all the delight and triumph, all the splendor and exaltation it had promised from afar. It besought me; it pleaded with tones of supernal melody, and despite the wadding in my ears, the seduction was well-nigh irresistible.

However, it had not robbed me of all sanity. With a sudden start of terror, like one who has been tempted to fling himself from a high precipice, I drew back. Then I saw that the same dreadful impulse was shared by some of my companions. The two entities with scarlet wings, whom I have previously mentioned, were standing a little apart from the rest of us. Now, with a great

fluttering, they rose and flew toward the flame like moths toward a candle. For a brief moment the light shone redly through their halftransparent wings, ere they disappeared in the leaping incandescence, which flared briefly and then burned as before.

Then, in rapid succession, a number of other beings, who represented the most divergent trends of biology, sprang forward and immolated themselves in the flame. There were creatures with translucent bodies, and some that shone with all the hues of the opal; there were winged colossi, and Titans who strode as with seven-league boots; and there was one being with useless, abortive wings, who crawled rather than ran, to seek the same glorious doom as the rest. But among them there were none of the city's people: these merely stood and looked on, impassive and statue-like as ever.

I saw that the fountain had now reached its greatest height, and was beginning to decline. It sank steadily, but slowly, to half its former elevation. During this interval, there were no more acts of self-sacrifice, and several of the beings beside me turned abruptly and went away, as if they had overcome the lethal spell.

One of the tall, armored entities, as he left, addressed me in words that were like clarion-notes, with unmistakable accents of warning. By a mighty effort of will, in a turmoil of conflicting emotions, I followed him. At every step, the madness and delirium of the music warred with my instincts of self-preservation. More than once, I started to go back. My homeward journey was blurred and doubtful as the wanderings of a man in opium-trance; and the music sang behind me, and told me of the rapture I had missed, of, the flaming dissolution whose brief instant was better than aeons of mortal life....

August 9th. — I have tried to go on with a new story, but have made no progress. Anything that I can imagine, or frame in language, seems flat and puerile beside the world of unsearchable mystery to which I have found admission. The temptation to return is more cogent than ever; the call of that remembered music is sweeter than the voice of a loved woman. And always I

am tormented by the problem of it all, and tantalized by the little which I have perceived and understood.

What forces are these whose existence and working I have merely apprehended? Who are the inhabitants of the city? And who are the beings that visit the enshrined flame? What rumor or legend has drawn them from outland realms and ulterior planets to that place of inenarrable danger and destruction? And what is the fountain itself, what the secret of its lure and its deadly singing? These problems admit of infinite surmise, but no conceivable solution.

I am planning to go back once more ... but not alone. Someone must go with me, this time, as a witness to the wonder and the peril. It is all too strange for credence: I must have human corroboration of what I have seen and felt and conjectured. Also, another might understand where I have failed to do more than apprehend.

Who shall I take? It will be necessary to invite someone here from the outer world — someone of high intellectual and aesthetic capacity. Shall I ask Philip Hastane, my fellow fiction-writer? He would be too busy, I fear. But there is the Californian artist, Felix Ebbonly, who has illustrated some of my fantastic novels....

Ebbonly would be the man to see and appreciate the new dimension, if he can come. With his bent for the bizarre and unearthly, the spectacle of that plain and city, the Babelian buildings and arcades, and the Temple of the Flame, will simply enthrall him. I shall write immediately to his San Francisco address.

August 12th. — Ebbonly is here: the mysterious hints in my letter, regarding some novel pictorial subjects along his own line, were too provocative for him to resist. Now, I have explained fully and given him a detailed account of my adventures. I can see that he is a little incredulous, for which I hardly blame him. But he will not remain incredulous for long, for tomorrow we shall visit together the City of the Singing Flame.

August 13th. — I must concentrate my disordered faculties, must choose my words and write with exceeding care. This will be the last entry in my journal, and the last writing I shall ever do. When I have finished, I shall wrap the journal up and address it to Philip Hastane, who can make such disposition of it as he sees fit.

I took Ebbonly into the other dimension today. He was impressed, even as I had been, by the two isolated boulders on Crater Ridge.

'They look like the guttered ends of columns established by pre-human gods,' he remarked. 'I begin to believe you now.'

I told him to go first, and indicated the place where he should step. He obeyed without hesitation, and I had the singular experience of seeing a man melt into utter, instantaneous nothingness. One moment he was there — the next, there was only bare ground, and the far-off tamaracks whose view his body had obstructed. I followed, and found him standing, in speechless awe, on the violet grass.

'This,' he said at last, 'is the sort of thing whose existence I have hitherto merely suspected, and have never been able to hint at in my most imaginative drawings.'

We spoke little as we followed the range of monolithic boulders toward the plain. Far in the distance, beyond those high and stately trees, with their sumptuous foliage, the golden-brown vapors had parted, showing vistas of an immense horizon; and past the horizon were range on range of gleaming orbs and fiery, flying motes in the depth of that amber heaven. It was as if the veil of another universe than ours had been drawn back.

We crossed the plain, and came at length within earshot of the siren music. I warned Ebbonly to stuff his ears with cotton-wadding, but he refused.

'I don't want to deaden any new sensation I may experience,' he observed.

We entered the city. My companion was in a veritable rhapsody of artistic delight when he beheld the enormous buildings and the people. I could see, too, that the music had taken hold upon him: his look soon became fixed and dreamy as that of an opium-eater.

At first, he made many comments on the architecture and the various beings who passed us, and called my attention to details which I had not perceived before. However, as we drew nearer the Temple of the Flame, his observational interest seemed to flag, and was replaced by more and more of an ecstatic inward absorption. His remarks became fewer and briefer, and he did not even seem to hear my questions. It was evident that the sound had wholly bemused and bewitched him.

Even as on my former visit, there were many pilgrims going toward the shrine — and few that were coming away from it. Most of them belonged to evolutionary types that I had seen before. Among those that were new to me, I recall one gorgeous creature with golden and cerulean wings like those of a giant lepidoptera, and scintillating, jewel-like eyes that must have been designed to mirror the glories of some Edenic world.

I felt, too, as before, the captious thralldom and bewitchment, the insidious, gradual perversion of thought and instinct, as if the music were working in my brain like a subtle alkaloid. Since I had taken my usual precaution, my subjection to the influence was less complete than that of Ebbonly; but, nevertheless, it was enough to make me forget a number of things — among them, the initial concern which I had felt when my companion refused to employ the same mode of protection as myself. I no longer thought of his danger, or my own, except as something very distant and immaterial.

The streets were like the prolonged and bewildering labyrinth of a nightmare. But the music led us forthrightly, and always there were other pilgrims. Like men in the grip of some powerful current, we were drawn to our destination. As we passed along the hall of gigantic columns and neared the abode of the fiery

fountain, a sense of our peril quickened momentarily in my brain, and I sought to warn Ebbonly once more. But all my protests and remonstrances were futile: he was deaf as a machine, and wholly impervious to anything but the lethal music. His expression and movements were those of a somnambulist. Even when I seized and shook him with such violence as I could muster, he remained oblivious of my presence.

The throng of worshippers was larger than upon my first visit. The jet of pure, incandescent flame was mounting steadily as we entered, and it sang with the pure ardor and ecstasy of a star alone in space. Again, with ineffable tones, it told me the rapture of a moth-like death in its lofty soaring, the exultation and triumph of a momentary union with its elemental essence.

The flame rose to its apex; and even for me, the mesmeric lure was well-nigh irresistible. Many of our companions succumbed, and the first to immolate himself was the giant lepidopterous being. Four others, of diverse evolutionary types, followed in appallingly swift succession.

In my own partial subjection to the music, my own effort to resist that deadly enslavement, I had almost forgotten the very presence of Ebbonly. It was too late for me to even think of stopping him, when he ran forward in a series of leaps that were both solemn and frenzied, like the beginnings of some sacerdotal dance, and hurled himself headlong into the flame. The fire enveloped him; it flared up for an instant with a more dazzling greenness, and that was all.

Slowly, as if from benumbed brain centers, a horror crept upon my conscious mind, and helped to annul the perilous mesmerism. I turned, while many others were following Ebbonly's example, and fled from the shrine and from the city. But somehow the horror diminished as I went; more and more, I found myself envying my companion's fate, and wondering as to the sensations he had felt in that moment of fiery dissolution....

Now, as I write this, I am wondering why I came back again to the human world. Words are futile to express what I have beheld and experienced, and the change that has come upon me, beneath the play of incalculable forces in a world of which no other mortal is even cognisant. Literature is nothing more than a shadow. Life, with its drawnout length of monotonous, reiterative days, is unreal and without meaning, now, in comparison with the splendid death which I might have had — the glorious doom which is still in store.

I have no longer any will to fight the ever-insistent music which I hear in memory. And there seems to be no reason at all why I should fight it.... Tomorrow, I shall return to the city.

IV. THE THIRD VENTURER

Even when I, Philip Hastane, had read through the journal of my friend, Giles Angarth, so many times that I had almost learned it by heart, I was still doubtful as to whether the incidents related therein were fiction or verity. The transdimensional adventures of Angarth and Ebbonly; the City of the Flame, with its strange residents and pilgrims; the immolation of Ebbonly, and the hinted return of the narrator himself for a like purpose, in the last entry of the diary, were very much the sort of thing that Angarth might have imagined in one of the fantastic novels for which he had become so justly famous. Add to this the seemingly impossible and incredible nature of the whole tale, and my hesitancy in accepting it as veridical will easily be understood.

However, on the other hand, there was the unsolved and recalcitrant enigma offered by the disappearance of the two men. Both were well known, one as a writer, the other as an artist; both were in flourishing circumstances, with no serious cares or troubles; and their vanishment, all things considered, was difficult to explain on the ground of any motive less unusual or extraordinary than the one assigned in the journal. At first, as I have mentioned in my foreword to the diary, I thought the whole affair might well have been devised as a somewhat elaborate practical joke; but this theory became less and less

tenable as weeks and months went by, and linked themselves slowly into a year, without the reappearance of the presumptive jokers.

Now, at last, I can testify to the truth of all that Angarth wrote — and more. For I, too, have been in Ydmos, the City of Singing Flame, and have known also the supernal glories and raptures of the Inner Dimension. And of these I must tell, however falteringly and inadequately, with mere human words, before the vision fades. For these are things which neither I, nor any other, shall behold or experience again.

Ydmos itself is now a riven ruin; the Temple of the Flame has been blasted to its foundations in the basic rock, and the fountain of singing fire has been stricken at its source. The Inner Dimension has perished like a broken bubble, in the great war that was made upon Ydmos by the rulers of the Outer Lands....

After having finally laid down Angarth's journal, I was unable to forget the peculiar and tantalizing problems it raised. The vague, but infinitely suggestive vistas opened by the tale were such as to haunt my imagination recurrently with a hint of half-revealed mysteries. I was troubled by the possibility of some great and mystic meaning behind it all; some cosmic actuality of which the narrator had perceived merely the external veils and fringes. As time went on, I found myself pondering it perpetually, and becoming more and more possessed by an overwhelming wonder, and a sense of something which no mere action-weaver would have been likely to invent.

In the early summer of 1939, after finishing a new novel, I felt able for the first time to take the necessary leisure for the execution of a project that had often occurred to me. Putting all my affairs in order, and knitting all the loose ends of my literary labours and correspondence in case I should not return, I left my home in Auburn, ostensibly for a week's vacation. Actually, I went to Summit, with the idea of investigating closely the milieu in which Angarth and Ebbonly had disappeared from human ken.

With strange emotions, I visited the forsaken cabin south of Crater Ridge, that had been occupied by Angarth, and saw the rough table of pine boards upon which my friend had written his journal, and then left the sealed package containing it to be forwarded to me after his departure.

There was a weird and brooding loneliness about the place, as if the non-human infinitudes had already claimed it for their own. The unlocked door had sagged inward from the pressure of high-piled winter snows, and firneedles had sifted across the sill to strew the unswept floor. Somehow, I know not why, the bizarre narrative became more real and more credible to me, while I stood there, as if an occult intimation of all that had happened to its author still lingered around the cabin.

This mysterious intimation grew stronger when I came to visit Crater Ridge itself, and to search amid its miles of pseudo-volcanic rubble for the two boulders so explicitly described by Angarth as having a likeness to the pedestals of ruined columns. Following the northward path which he must have taken from his cabin, and trying to retrace his wanderings of the long, barren hill, I combed it thoroughly from end to end and from side to side, since he had not specified the location of the boulders. And after two mornings spent in this manner, without result, I was almost ready to abandon the quest and dismiss the queer, soapy, greenish-gray column-ends as one of Angarth's most provocative and deceptive fictions.

It must have been the formless, haunting intuition to which I have referred, that made me renew the search on the third morning. This time, after crossing and re-crossing the hill-top for an hour or more, and weaving tortuously among the cicada-haunted wild-currant bushes and sunflowers on the dusty slopes, I came at last to an open, circular, rock-surrounded space that was totally unfamiliar. I had somehow missed it in all my previous roamings. It was the place of which Angarth had told; and I saw, with an inexpressible thrill, the two rounded, worn-looking boulders that were situated in the center of the ring.

I believe that I trembled a little with excitement, as I went forward to inspect the curious stones. Bending over, but not daring to enter the bare, pebbly space between them, I touched one of them with my hand, and received a sensation of preternatural smoothness, together with a coolness that was inexplicable, considering that the boulders and the soil about them must have lain unshaded from the sultry August sun for many hours.

From that moment, I became fully persuaded that Anгарth's account was no mere fable. Just why I should have felt so certain of this, I am powerless to say. But it seemed to me that I stood on the threshold of an ultramundane mystery, on the brink of uncharted gulfs. I looked about at the familiar Sierran valleys and mountains, wondering that they still preserved their wonted outlines, and were still unchanged by the contiguity of alien worlds, still untouched by the luminous glories of arcanic dimensions.

Convinced that I had indeed found the gateway between the worlds, I was prompted to strange reflections. What, and where, was this other sphere to which my friend had attained entrance? Was it near at hand, like a secret room in the structure of space? Or was it, in reality, millions or trillions of light-years away, by the reckoning of astronomic distance, in a planet of some ulterior galaxy?

After all, we know little or nothing of the actual nature of space; and perhaps, in some way that we cannot imagine, the infinite is doubled upon itself in places, with dimensional folds and tucks, and short-cuts whereby the distance to Algenib or Aldebaran is but a step. Perhaps, also, there is more than one infinity. The spatial 'flaw' into which Anгарth had fallen might well be a sort of super-dimension, abridging the cosmic intervals and connecting universe with universe.

However, because of this very certitude that I had found the inter-spheric portals, and could follow Anгарth and Ebbonly if I so desired, I hesitated before trying the experiment. I was mindful of the mystic danger and irrefragable lure

that had overcome the others. I was consumed by imaginative curiosity, by an avid, well-nigh feverish longing to behold the wonders of this exotic realm; but I did not purpose to become a victim to the opiate power and fascination of the Singing Flame.

I stood for a long time, eyeing the odd boulders and the barren, pebble-littered spot that gave admission to the unknown. At length, I went away, deciding to defer my venture till the following morning. Visualizing the weird doom to which the others had gone so voluntarily, and even gladly, I must confess that I was afraid. On the other hand, I was drawn by the fateful allurements that lead an explorer into far places... and, perhaps, by something more than this.

I slept badly that night, with nerves and brain excited by formless, glowing premonitions, by intimations of half-conceived perils, and splendors and vastnesses. Early the next morning, while the sun was still hanging above the Nevada Mountains, I returned to Crater Ridge. I carried a strong hunting-knife and a Colt revolver, and wore a filled cartridge-belt, with a knapsack containing sandwiches and a thermos bottle of coffee.

Before starting, I had stuffed my ears tightly with cotton soaked in a new anaesthetic fluid, mild but efficacious, which would serve to deafen me completely for many hours. In this way, I felt that I should be immune to the demoralizing music of the fiery fountain. I peered about at the rugged landscape with its far-flung vistas, wondering if I should ever see it again. Then, resolutely, but with the eerie thrilling and sinking of one who throws himself from a high cliff into some bottomless chasm, I stepped forward into the space between the grayish-green boulders.

My sensations, generally speaking, were similar to those described by Angarth in his diary. Blackness and illimitable emptiness seemed to wrap me round in a dizzy swirl as of rushing wind or milling water, and I went down and down in a spiral descent whose duration I have never been able to estimate. Intolerably stifled, and without even the power to gasp for breath, in the chill,

airless vacuum that froze my very muscles and marrow, I felt that I should lose consciousness in another moment and descend into the greater gulf of death or oblivion.

Something seemed to arrest my fall, and I became aware that I was standing still, though I was troubled for some time by a queer doubt as to whether my position was vertical, horizontal or upside-down in relation to the solid substance that my feet had encountered. Then the blackness lifted slowly like a dissolving cloud, and I saw the slope of violet grass, the rows of irregular monoliths running downward from where I stood, and the gray-green columns near at hand. Beyond was the titan, perpendicular city of red stone that was dominant above the high and multi-coloured vegetation of the plain.

It was all very much as Angarth had depicted it; but somehow, even then, I became aware of differences that were not immediately or clearly definable, of scenic details and atmospheric elements for which his account had not prepared me. And, at the moment I was too thoroughly disequibrated and overpowered by the vision of it all to even speculate concerning the character of these differences.

As I gazed at the city, with its crowding tiers of battlements and its multitude of overlooming spires I felt the invisible threads of a secret attraction, was seized by an imperative longing to know the mysteries hidden behind the massive walls and the myriad buildings. Then, a moment later, my gaze was drawn to the remote, opposite horizon of the plain, as if by some conflicting impulse whose nature and origin were undiscoverable.

It must have been because I had formed so clear and definite a picture of the scene from my friend's narrative, that I was surprised, and even a little disturbed as if by something wrong or irrelevant, when I saw in the far distance the shining towers of what seemed to be another city — a city of which Angarth had not written. The towers rose in serried lines, reaching for many miles in a curious arclike formation, and were sharply defined against a blackish mass of

cloud that had reared behind them and was spreading out on the luminous, amber sky in sullen webs and sinister, crawling filaments.

Subtle disquietude and repulsion seemed to emanate from the far-off, glittering spires, even as attraction emanated from those of the nearer city. I saw them quiver and pulse with an evil light, like living and moving things, through what I assumed to be some refractive trick of the atmosphere. Then, for an instant, the black cloud behind them glowed with dull, angry crimson throughout its whole mass, and even its questing webs and tendrils were turned into lurid threads of fire.

The crimson faded, leaving the cloud inert and lumpish as before; but from many of the vanward towers, lines of red and violet flame had leaped, like out-thrust lances, at the bosom of the plain beneath them. They were held thus for at least a minute, moving slowly across a wide area, before they vanished. In the spaces between the towers, I now perceived a multitude of gleaming, restless particles, like armies of militant atoms, and wondered if perchance they were living things. If the idea had not appeared so fantastical, I could have sworn, even then, that the far city had already changed its position and was advancing toward the other on the plain.

V. THE STRIDING DOOM

Apart from the fulguration of the cloud, the flames that had sprung from the towers, and the quiverings which I deemed a refractive phenomenon, the whole landscape before and about me was unnaturally still. On the strange amber air, the Tyrian-tinted grasses, and the proud, opulent foliage of the unknown trees, where lay the dead calm that precedes the stupendous turmoil of typhonic storm or seismic cataclysm. The brooding sky was permeated with intuitions of cosmic menace, and weighed down by a dim, elemental despair.

Alarmed by this ominous atmosphere, I looked behind me at the two pillars which, according to Angarth, were the gateway of return to the human world. For an instant, I was tempted to go back. Then I turned once more to the near-

by city, and the feelings I have mentioned were lost in an oversurging awesomeness and wonder. I felt the thrill of a deep, supernal exaltation before the magnitude of the mighty buildings; a compelling sorcery was laid upon me by the very lines of their construction, by the harmonies of a solemn architectural music. I forgot my impulse to return to Crater Ridge, and started down the slope toward the city.

Soon the boughs of the purple and yellow forest arched above me like the altitudes of Titan-built aisles, with leaves that fretted the rich heaven in gorgeous arabesques. Beyond them, ever and anon, I caught glimpses of the piled ramparts of my destination; but looking back in the direction of that other city on the horizon, I found that its fulgurating towers were now lost to view.

I saw, however, that the masses of the great somber cloud were rising steadily on the sky, and once again they flared to a swart, malignant red, as if with some unearthly form of sheet-lightning; and though I could hear nothing with my deadened ears, the ground beneath me trembled with long vibrations as of thunder. There was a queer quality in the vibrations, that seemed to tear my nerves and set my teeth on edge with its throbbing, lancinating discord, painful as broken glass or the torment of a tightened rack.

Like Angarth before me, I came to the paved Cyclopean highway. Following it, in the stillness after the unheard peals of thunder, I felt another and subtler vibration, which I knew to be that of the Singing Flame in the temple at the city's core. It seemed to soothe and exalt and bear me on, to erase with soft caresses the ache that still lingered in my nerves from the torturing pulsations of the thunder.

I met no one on the road, and was not passed by any of the trans-dimensional pilgrims such as had overtaken Angarth; and when the accumulated ramparts loomed above the highest trees I came forth from the wood in their very shadow, I saw that the great gate of the city was closed, leaving no crevice through which a pygmy like myself might obtain entrance.

Feeling a profound and peculiar discomfiture, such as one would experience in a dream that had gone wrong, I stared at the grim, unrelenting blackness of the gate, which seemed to be wrought from one enormous sheet of somber and lustreless metal. Then I peered upward at the sheerness of the wall, which rose above me like an alpine cliff, and saw that the battlements were seemingly deserted. Was the city forsaken by its people, by the guardians of the Flame? Was it no longer open to the pilgrims who came from outlying lands to worship the Flame and immolate themselves?

With a curious reluctance, after lingering there for many minutes in a sort of stupor, I turned away to retrace my steps. In the interim of my journey, the black cloud had drawn immeasurably nearer, and was now blotting out half the heaven with two portentous, wing-like formations. It was a sinister and terrible sight; and it lightened again with that ominous, wrathful flaming, with a detonation that beat upon my deaf ears like waves of disintegrative force, and seemed to lacerate the inmost fibers of my body.

I hesitated, fearing that the storm would burst upon me before I could reach the inter-dimensional portals, for I saw that I should be exposed to an elemental disturbance of unfamiliar character and supreme violence. Then, in midair before the imminent, ever-rising cloud, I perceived two flying creatures whom I can compare only to gigantic moths. With bright, luminous wings, upon the ebon forefront of the storm, they approached me in level but precipitate flight, and would have crashed headlong against the shut gate if they had not checked themselves with sudden, easy poise.

With hardly a flutter, they descended and paused on the ground beside me, supporting themselves on queer, delicate legs that branched at the knee-joints in floating antennae and waving tentacles. Their wings were sumptuously mottled webs of pearl and madder, opal and orange; their heads were circled by a series of convex and concave eyes, and fringed with coiling, horn-like organs from whose hollow ends there hung aerial filaments. I was startled and amazed by their aspect; but somehow, by an obscure telepathy I felt assured that their intentions toward me were friendly.

I knew that they wished to enter the city, and also that they understood my predicament. Nevertheless, I was not prepared for what happened. With movements of utmost celerity and grace, one of the giant, moth-like beings stationed himself at my right hand, and the other at my left. Then, before I could even suspect their intention, they enfolded my limbs and body with their long tentacles, wrapping me round and round as if with powerful ropes; and carrying me between them as if my weight were a mere trifle, they rose in the air and soared at the mighty ramparts!

In that swift and effortless ascent, the wall seemed to flow downward beside and beneath us, like a wave of molten stone. Dizzily, I watched the falling away of the mammoth blocks in endless recession. Then we were level with the broad ramparts, were flying across the unguarded parapets and over a canyon-like space, toward the immense rectangular buildings and numberless square towers.

We had hardly crossed the walls when a weird, flickering glow was cast on the edifices before us by another lightening of the great cloud. The moth-like beings paid no apparent heed, and flew steadily on into the city with their strange faces toward an unseen goal. But, turning my head to peer backward at the storm, I beheld an astounding and appalling spectacle. Beyond the city ramparts, as if wrought by black magic or the toil of genii, another city had reared, and its high towers were moving swiftly forward beneath the rubescent dome of the burning cloud!

A second glance, and I perceived that the towers were identical with those I had beheld afar on the plain. In the interim of my passage through the woods, they had traveled over an expanse of many miles, by means of some unknown motive-power, and had closed in on the City of the Flame. Looking more closely, to determine the manner of their locomotion, I saw that they were not mounted on wheels, but on short, massy legs like jointed columns of metal, that gave them the stride of ungainly colossi. There were six or more of these legs to each tower, and near the tops of the towers were rows of huge eyelike

openings, from which issued the bolts of red and violet flame I have mentioned before.

The many-colored forest had been burned away by these flames in a league-wide swath of devastation, even to the walls, and there was nothing but a stretch of black, vapping desert between the mobile towers and the city. Then, even as I gazed, the long, leaping beams began to assail the craggy ramparts, and the topmost parapets were melting like lava beneath them. It was a scene of utmost terror and grandeur; but, a moment later, it was blotted from my vision by the buildings among which we had now plunged. The great lepidopterous creatures who bore me went on with the speed of eyrie-questing eagles. In the course of that flight, I was hardly capable of conscious thought or volition; I lived only in the breathless and giddy freedom of aerial movement, or dream-like levitation above the labyrinthine maze of stone immensitudes and marvels. I was without actual cognisance of much that I beheld in that stupendous Babel of architectural imageries, and only afterward, in the more tranquil light of recollection, could I give coherent form and meaning to many of my impressions.

My senses were stunned by the vastness and strangeness of it all; I realized but dimly the cataclysmic ruin that was being loosed upon the city behind us, and the doom from which we were fleeing. I knew that war was being made with unearthly weapons and engineeries, by inimical powers that I could not imagine, for a purpose beyond my conception; but, to me, it all had the elemental confusion and vague, impersonal horror of some cosmic catastrophe.

We flew deeper and deeper into the city. Broad, platform roofs and terrace-like tiers of balconies flowed away beneath us, and the pavements raced like darkling streams at some enormous depth. Severe cubicular spires and square monoliths were all about and above us; and we saw on some of the roofs the dark, Atlantean people of the city, moving slowly and statuesquely, or standing in attitudes of cryptic resignation and despair, with their faces toward the flaming cloud. all were weaponless, and I saw no engineeries anywhere such as might be used for purposes of military defense.

Swiftly as we flew, the climbing cloud was swifter, and the darkness of its intermittently glowing dome had overarched the town while its spidery filaments had meshed the further heavens and would soon attach themselves to the opposite horizon. The buildings darkened and lightened with the recurrent fulguration, and I felt in all my tissues the painful pulsing of the thunderous vibrations.

Dully and vaguely, I realized that the winged beings who carried me between then were pilgrims to the Temple of the Flame. More and more, I became aware of an influence that must have been that of the starry music emanating from the temple's heart. There were soft, soothing vibrations in the air, that seemed to absorb and nullify the tearing discords of the unheard thunder. I felt that we were entering a zone of mystic refuge, or sidereal and celestial security, and my troubled senses were both lulled and exalted.

The gorgeous wings of the giant lepidoptera began to slant downward. Before and beneath us, at some distance, I perceived a mammoth pile which I knew at once for the Temple of the Flame. Down, still down we went, in the awesome, space of the surrounding square; and then I was borne in through the lofty, ever-open entrance, and along the high hall with its thousand columns. Pregnant with strange balsams, the dim, mysterious dusk enfolded us, and we seemed to be entering realms of pre-mundane antiquity and trans-stellar immensity; to be following a pillared cavern that led to the core of some ultimate star.

It seemed that we were the last and only pilgrims, and also that the temple was deserted by its guardians, for we met no one in the whole extent of that column-crowded gloom. After a while, the dusk began to lighten, and we plunged into a widening beam of radiance, and then into the vast central chamber in which soared the fountain of green fire.

I remember only the impression of shadowy, flickering space, of a vault that was lost in the azure of infinity, of colossal and Memnonian statues that looked

down from Himalaya-like altitudes; and, above all, the dazzling jet of flame that aspired from a pit in the pavement and rose into the air like the visible rapture of gods. But all this I saw for an instant only. Then I realized that the beings who bore me were flying straight toward the Flame on level wings, without the slightest pause or flutter of hesitation.

VI. THE INNER SPHERE

There was no room for fear, no time for alarm, in the dazed and chaotic turmoil of my sensations. I was stupefied by all that I had experienced, and moreover, the drug-like spell of the Flame was upon me, even though I could not hear its fatal singing. I believe that I struggled a little, by some sort of mechanical muscular revulsion, against the tentacular arms that were wound about me. But the lepidoptera gave no heed; it was plain that they were conscious of nothing but the mounting fire and its seductive music.

I remember, however, that there was no sensation of actual heat, such as might have been expected, when we neared the soaring column. Instead, I felt the most ineffable thrilling in all my fibers, as if I were being permeated by waves of celestial energy and demiurgic ecstasy. Then we entered the Flame...

Like Angarth before me, I had taken it for granted that the fate of all those who flung themselves into the Flame was an instant though blissful destruction. I expected to undergo a briefly flaring dissolution, followed by the nothingness of utter annihilation. The thing which really happened was beyond the boldest reach of speculative thought, and to give even a meager idea of my sensations would beggar the resources of language.

The Flame enfolded us like a green curtain, blotting from view the great chamber. Then it seemed to me that I was caught and carried to supercelestial heights, in an upward-rushing cataract of quintessential force and deific rapture, and an all-illuminating light. It seemed that I, and my companions, had achieved a god-like union with the Flame; that every atom of our bodies had undergone a transcendental expansion, and was winged with ethereal lightness.

It was as if we no longer existed, except as one divine, indivisible entity, soaring beyond the trammels of matter, beyond the limits of time and space, to attain undreamable shores. Unspeakable was the joy, and infinite the freedom of that ascent, in which we seemed to overpass the zenith of the highest star. Then, as if we had risen with the Flame to its culmination, had reached its very apex, we emerged and came to a pause.

My senses were faint with exaltation, my eyes blind with the glory of the fire; and the world on which I now gazed was a vast arabesque of unfamiliar forms and bewildering hues from another spectrum than the one to which our eyes are habituated. It swirled before my dizzy eyes like a labyrinth of gigantic jewels, with interweaving rays and tangled lustres, and only by slow degrees was I able to establish order and distinguish detail in the surging riot of my perceptions.

All about me were endless avenues of super-prismatic opal and jacinth; arches and pillars of ultra-violet gems, of transcendent sapphire, of unearthly ruby and amethyst, all suffused with a multi-tinted splendor. I appeared to be treading on jewels, and above me was a jeweled sky.

Presently, with recovered equilibrium, with eyes adjusted to a new range of cognition, I began to perceive the actual features of the landscape. With the two moth-like beings still beside me, I was standing on a million-flowered grass, among trees of a paradisaical vegetation, with fruit, foliage, blossoms and trunks whose very forms were beyond the conception of tridimensional life. The grace of their drooping boughs, of their fretted fronds, was inexpressible in terms of earthly line and contour, and they seemed to be wrought of pure, ethereal substance, half-translucent to the empyrean light, which accounted for the gem-like impression I had first received.

I breathed a nectar-laden air, and the ground beneath me was ineffably soft and resilient, as if it were composed of some higher form of matter than ours. My physical sensations were those of the utmost buoyancy and well-being, with

no trace of fatigue or nervousness, such as might have been looked for after the unparalleled and marvellous events in which I had played a part. I felt no sense of mental dislocation or confusion; and, apart from my ability to recognize unknown colors and non-Euclidean forms, I began to experience a queer alteration and extension of tactility, through which it seemed that I was able to touch remote objects.

The radiant sky was filled with many-colored suns, like those that might shine on a world of some multiple solar system; but as I gazed, their glory became softer and dimmer, and the brilliant lustre of the trees and grass was gradually subdued, as if by encroaching twilight. I was beyond surprise, in the boundless marvel and mystery of it all, and nothing, perhaps, would have seemed incredible. But if anything could have amazed me or defied belief, it was the human face — the face of my vanished friend, Giles Angarth, which now emerged. from among the waning jewels of the forest, followed by that of another man whom I recognized from photographs as Felix Ebbonly.

They came out from beneath the gorgeous boughs, and paused before me. Both were clad in lustrous fabrics, finer than Oriental silk, and of no earthly cut or pattern. Their look was both joyous and meditative, and their faces had taken on a hint of the same translucency that characterized the ethereal fruits and blossoms.

'We have been looking for you,' said Angarth. 'It occurred to me that, after reading my journal, you might be tempted to try the same experiment, if only to make sure whether the account was truth or fiction. This is Felix Ebbonly, whom I believe you have never met.'

It surprised me when I found that I could hear his voice with perfect ease and clearness, and I wondered why the effect of the drug-soaked cotton should have died out so soon in my auditory nerves. Yet such details were trivial in the face of the astounding fact that I had found Angarth and Ebbonly; that they, as well as I, had survived the unearthly rapture of the Flame.

'Where are we?' I asked, after acknowledging his introduction. 'I confess that I am totally at a loss to comprehend what has happened.'

'We are now in what is called the Inner Dimension,' explained Angarth. 'It is a higher sphere of space and energy and matter than the one into which we were precipitated from Crater Ridge, and the only entrance is through the Singing Flame in the city of Ydmos. The Inner Dimension is born of the fiery fountain, and sustained by it; and those who fling themselves into the Flame are lifted thereby to this superior plane of vibration. For them, the Outer Worlds no longer exist. The nature of the Flame itself is not known, except that it is a fountain of pure energy springing from the central rock beneath Ydmos, and passing beyond mortal ken by virtue of its own ardency.'

He paused, and seemed to be peering attentively at the winged entities, who still lingered at my side. Then he continued:

'I haven't been here long enough to learn very much, myself; but I have found out a few things, and Ebbonly and I have established a sort of telepathic communication with the other beings who have passed through the Flame. Many of them have no spoken language, nor organs of speech, and their very methods of thought are basically different from ours, because of their divergent lines of sense-development and the varying conditions of the worlds from which they come. But we are able to communicate a few images.

'The persons who came with you are trying to tell me something,' he went on. 'You and they, it seems, are the last pilgrims who will enter Ydmos and attain the Inner Dimension. War is being made on the Flame and its guardians by the rulers of the Outer Lands, because so many of their people have obeyed the lure of the singing fountain and vanished into the higher sphere. Even now, their armies have closed in upon Ydmos and are blasting the city's ramparts with the force-bolts of their moving towers.'

I told him what I had seen, comprehending, now, much that had been obscure heretofore. He listened gravely, and then said:

'It has long been feared that such war would be made sooner or later. There are many legends in the Outer Lands concerning the Flame and the fate of those who succumb to its attraction, but the truth is not known, or is guessed only by a few. Many believe, as I did, that the end is destruction; and by some who suspect its existence, the Inner Dimension is hated as a thing that lures idle dreamers away from worldly reality. It is regarded as a lethal and pernicious chimera, as a mere poetic dream, or a sort of opium paradise.

'There are a thousand things to tell you regarding the Inner Sphere, and the laws and conditions of being to which we are now subject after the revibration of all our component atoms in the Flame. But at present there is no time to speak further, since it is highly probable that we are all in grave danger — that the very existence of the Inner Dimension, as well as our own, is threatened by the inimical forces that are destroying Ydmos.

'There are some who say that the Flame is impregnable, that its pure essence will defy the blasting of all inferior beams, and its source remain impenetrable to the lightnings of the Outer Lords. But most are fearful of disaster, and expect the failure of the fountain itself when Ydmos is riven to the central rock.

'Because of this imminent peril, we must not tarry longer. There is a way which affords egress from the Inner Sphere to another and remoter Cosmos in a second infinity — a Cosmos unconceived by mundane astronomers, or by the astronomers of the worlds about Ydmos. The majority of the pilgrims, after a term of sojourn here, have gone on to the worlds of this other universe; and Ebbonly and I have waited only for your coming before following them. We must make haste, and delay no more, or doom will overtake us.'

Even as he spoke, the two moth-like entities, seeming to resign me to the care of my human friends, arose on the jewel-tinted air and sailed in long, level flight above the paradisaal perspectives whose remoter avenues were lost in

glory. Angarth and Ebbonly had now stationed themselves beside me, and one took me by the left arm, and the other by the right.

'Try to imagine that you are flying,' said Angarth. 'In this sphere, levitation and flight are possible through willpower, and you will soon acquire the ability. We shall support and guide you, however, till you have grown accustomed to the new conditions and are independent of such help.'

I obeyed his injunction, and formed a mental image of myself in the act of flying. I was amazed by the clearness and verisimilitude of the thought-picture, and still more by the fact that the picture was becoming an actuality! With little sense of effort, but with exactly the same feeling that characterizes a levitational dream, the three of us were soaring from the jeweled ground, slanting easily and swiftly upward through the glowing air.

Any attempt to describe the experience would be foredoomed to futility, since it seemed that a whole range of new senses had been opened up in me, together with corresponding thought-symbols for which there are no words in human speech. I was no longer Philip Hastane, but a larger, stronger and freer entity, differing as much from my former self as the personality developed beneath the influence of hashish or kava would differ. The dominant feeling was one of immense joy and liberation, coupled with a sense of imperative haste, of the need to escape into other realms where the joy would endure eternal and unthreatened.

My visual perceptions, as we flew above the burning, lucent woods, were marked by intense, aesthetic pleasure. It was as far above the normal delight afforded by agreeable imagery as the forms and colours of this world were beyond the cognition of normal eyes. Every changing image was a source of veritable ecstasy; and the ecstasy mounted as the whole landscape began to brighten again and returned to the flashing, scintillating glory it had worn when I first beheld it.

VII. THE DESTRUCTION OF YDMOS

We soared at a lofty elevation, looking down on numberless miles of labyrinthine forest, on long, luxurious meadows, on voluptuously folded hills, on palatial buildings, and waters that were clear as the pristine lakes and rivers of Eden. It all seemed to quiver and pulsate like one living effulgent, ethereal entity, and waves of radiant rapture passed from sun to sun in the splendor-crowded heaven.

As we went on, I noticed again, after an interval, that partial dimming of the light; that somnolent, dreamy saddening of the colors, to be followed by another period of ecstatic brightening. The slow tidal rhythm of this process appeared to correspond to the rising and falling of the Flame, as Angarth had described it in his journal, and I suspected immediately that there was some connection. No sooner had I formulated this thought, than I became aware that Angarth was speaking. And yet, I am not sure whether he spoke, or whether his worded thought was perceptible to me through another sense than that of physical audition. At any rate, I was cognisant of his comment:

'You are right. The waning and waxing of the fountain and its music is perceived in the Inner Dimension as a clouding and lightening of all visual images.'

Our flight began to swiften, and I realized that my companions were employing all their psychic energies in an effort to redouble our speed. The lands below us blurred to a cataract of streaming color, a sea of flowing luminosity; and we seemed to be hurtling onward like stars through the fiery air. The ecstasy of that endless soaring, the anxiety of that precipitate flight from an unknown doom, are incommunicable. But I shall never forget them, nor the state of ineffable communion and understanding that existed between the three of us. The memory of it all is housed in the deepest, most abiding cells of my brain.

Others were flying beside and above and beneath us, now, in the fluctuant glory: pilgrims of hidden worlds and occult dimensions, proceeding as we

ourselves toward that other Cosmos of which the Inner Sphere was the antechamber. These beings were strange and outré beyond belief, in their corporeal forms and attributes; and yet I took no thought of their strangeness, but felt toward them the same conviction of fraternity that I felt toward Angarth and Ebbonly.

As we still went on, it appeared to me that my two companions were telling me many things; communicating, by what means I am not sure, much that they had learned in their new existence. With a grave urgency as if, perhaps, the time for imparting this information might well be brief, ideas were expressed and conveyed which I could never have understood amid terrestrial circumstances. Things that were inconceivable in terms of the five senses, or in abstract symbols of philosophic or mathematic thought, were made plain to me as the letters of the alphabet.

Certain of these data, however, are roughly conveyable or suggestible in language. I was told of the gradual process of initiation into the life of the new dimension, of the powers gained by the neophyte during his term of adaptation, of the various recondite, aesthetic joys experienced through a mingling and multiplying of all the perceptions, of the control acquired over natural forces and over matter itself, so that raiment could be woven and buildings reared solely through an act of volition.

I learned, also, of the laws that would control our passage to the further Cosmos, and the fact that such passage was difficult and dangerous for anyone who had not lived a certain length of time in the Inner Dimension. Likewise, I was told that no one could return to our present plane from the higher Cosmos, even as no one could go backward through the Flame into Ydmos.

Angarth and Ebbonly had dwelt long enough in the Inner Dimension, they said, to be eligible for entrance to the worlds beyond; and they thought that I, too, could escape through their assistance, even though I had not yet developed the faculty of spatial equilibrium necessary to sustain those who dared the interspheric path and its dreadful subjacent gulfs alone. There were

boundless, unforeseeable realms, planet on planet, universe on universe, to which we might attain, and among whose prodigies and marvels we could dwell or wander indefinitely. In these worlds, our brains would be attuned to the comprehension of vaster and higher scientific laws, and states of entity beyond those of our present dimensional milieu.

I have no idea of the duration of our flight; since, like everything else, my sense of time was completely altered and transfigured. Relatively speaking, we may have gone on for hours; but it seemed to me that we had crossed an area of that supernal terrain for whose transit many years, or even centuries, might well have been required.

Even before we came within sight of it, a clear pictorial image of our destination had arisen in my mind, doubtless through some sort of thought-transference. I seemed to envision a stupendous mountain range, with alp on celestial alp, higher than the summer cumuli on Earth; and above them all the horn of an ultra-violet peak whose head was enfolded in a hueless and spiral cloud, touched with the sense of invisible chromatic overtones, that seemed to come down upon it from skies beyond the zenith. I knew that the way to the Outer Cosmos was hidden in the high cloud....

On and on we soared; and at length the mountain range appeared on the far horizon, and I saw the paramount peak of ultra-violet with its dazzling crown of cumulus. Nearer still we came, till the strange volutes of cloud were almost above us, towering to the heavens and vanishing among the vari-colored suns; and we saw the gleaming forms of pilgrims who preceded us, as they entered the swirling folds. At this moment, the sky and the landscape had flamed again to their culminating brilliance; they burned with a thousand hues and lusters, so that the sudden, unlooked-for eclipse which now occurred was all the more complete and terrible. Before I was conscious of anything amiss, I seemed to hear a despairing cry from my friends, who must have felt the oncoming calamity through a subtler sense than any of which I was yet capable. Then, beyond the high and luminescent alp of our destination, I saw the mounting of a wall of darkness, dreadful and instant, positive and palpable, that rose

everywhere and toppled like some Atlantean wave upon the irised suns and the fiery-colored vistas of the Inner Dimension.

We hung irresolute in the shadowed air, powerless and hopeless before the impending catastrophe, and saw that the darkness had surrounded the entire world and was rushing upon us from all sides. It ate the heavens, blotted the outer suns, and the vast perspectives over which we had flown appeared to shrink and shrivel like a fire-blackened paper. We seemed to wait alone, for one terrible instant, in a center of dwindling light on which the cyclonic forces of night and destruction were impinging with torrential rapidity.

The center shrank to a mere point — and then the darkness was upon us like an overwhelming maelstrom, like the falling and crashing of Cyclopean walls. I seemed to go down with the wreck of shattered worlds in a roaring sea of vortical space and force, to descend into some infra-stellar pit, some ultimate limbo to which the shards of forgotten suns and systems are flung. Then, after a measureless interval, there came the sensation of violent impact, as if I had fallen among these shards, at the bottom of the universal night.

I struggled back to consciousness with slow, prodigious effort, as if I were crushed beneath some irremovable weight, beneath the lightless and inert débris of galaxies. It seemed to require the labors of a Titan to lift my lids, and my body and limbs were heavy, as if they had been turned to some denser element than human flesh, or had been subjected to the gravitation of a grosser planet than the Earth.

My mental processes were benumbed and painful, and confused to the last degree; but at length I realized that I was lying on a riven and tilted pavement, among gigantic blocks of fallen stone. Above me, the light of a livid heaven came down among over-turned and jagged walls that no longer supported their colossal dome. Close beside me, I saw a fuming pit from which a ragged rift extended through the floor, like the chasm wrought by an earthquake.

I could not recognize my surroundings for a time; but at last, with a toilsome groping of thought, I understood that I was lying in the ruined temple of Ydmos, and that the pit whose gray and acrid vapours rose beside me was that from which the fountain of singing flame had issued. It was a scene of stupendous havoc and devastation: the wrath that had been visited upon Ydmos had left no wall nor pylon of the temple standing. I stared at the blighted heavens from an architectural ruin in which the remains of On and Angkor would have been mere rubble-heaps.

With Herculean effort, I turned my head away from the smoking pit, whose thin, sluggish fumes curled upward in phantasmal coils where the green ardour of the Flame had soared and sung. Not until then did I perceive my companions. Angarth, still insensible, was lying near at hand, and just beyond him I saw the pale, contorted face of Ebbonly, whose lower limbs and body were pinned down by the rough and broken pediment of a fallen pillar.

Striving, as in some eternal nightmare, to throw off the leaden-clinging weight of my inertia, and able to bestir myself only with the most painful slowness and laboriousness, I got to my feet and went over to Ebbonly. Angarth, I saw at a glance, was uninjured and would presently regain consciousness, but Ebbonly, crushed by the monolithic mass of stone, was dying swiftly, and even with the help of a dozen men I could not have released him from his imprisonment; nor could I have done anything to palliate his agony.

He tried to smile, with gallant and piteous courage, as I stooped above him.

'It's no use — I'm going in a moment,' he whispered. 'Good-bye, Hastane — and tell Angarth good-bye for me, too.'

His tortured lips relaxed, his eyelids dropped and his head fell back on the temple pavement. With an unreal dreamlike horror, almost without emotion, I saw that he was dead. The exhaustion that still beset me was too profound to permit of thought or feeling; it was like the first reaction that follows the awakening from a drug-debauch. My nerves were like burnt-out wires, my

muscles dead and unresponsive as clay; my brain was ashen and gutted, as if a great fire had burned within it and gone out.

Somehow, after an interval of whose length my memory is uncertain, I managed to revive Angarth, and he sat up dully and dazedly. When I told him that Ebbonly was dead, my words appeared to make no impression upon him, and I wondered for a while if he understood. Finally, rousing himself a little with evident difficulty, he peered at the body of our friend, and seemed to realize in some measure the horror of the situation. But I think he would have remained there for hours, or perhaps for all time, in his utter despair and lassitude, if I had not taken the initiative.

'Come,' I said, with an attempt at firmness. 'We must get out of this.'

'Where to?' he queried, dully. 'The Flame has failed at its source, and the Inner Dimension is no more. I wish I were dead, like Ebbonly — I might as well be, judging from the way I feel.'

'We must find our way back to Crater Ridge,' I said. 'Surely we can do it, if the inter-dimensional portals have not been destroyed.'

Angarth did not seem to hear me, but he followed obediently when I took him by the arm and began to seek an exit from the temple's heart, among the roofless halls and overturned columns....

My recollections of our return are dim and confused, and full of the tediousness of some interminable delirium. I remember looking back at Ebbonly, lying white and still beneath the massive pillar that would serve as his eternal monument; and I recall the mountainous ruins of the city, in which it seemed that we were the only living beings. It was a wilderness of chaotic stone, of fused, obsidian-like blocks, where streams of molten lava still ran in the mighty chasms, or poured like torrents adown unfathomable pits that had opened in the ground. And I remember seeing, amid the wreckage, the charred

bodies of those dark colossi who were the people of Ydmos and the warders of the Flame.

Like pygmies lost in some shattered fortalice of the giants, we stumbled onward, strangling in mephitic and metallic vapors, reeling with weariness, dizzy with the heat that emanated everywhere to surge upon us in buffeting waves. The way was blocked by overthrown buildings, by toppled towers and battlements, over which we climbed precariously and toilsomely; and often we were compelled to divagate from our direct course by enormous rifts that seemed to cleave the foundations of the world.

The moving towers of the wrathful Outer Lords had withdrawn; their armies had disappeared on the plain beyond Ydmos, when we staggered over the riven, shapeless and scoriac crags that had formed the city's ramparts. Before us was nothing but desolation — a fire-blackened and vapor-vaulted expanse in which no tree or blade of grass remained.

Across this waste we found our way to the slope of violet grass above the plain, which had lain beyond the path of the invader's bolts. There the guiding monoliths, reared by a people of whom we were never to learn even the name, still looked down upon the fuming desert and the mounded wrack of Ydmos. And there, at length, we came once more to the grayish-green columns that were the gateway between the worlds.

BEYOND THE SINGING FLAME

CLARK ASHTON SMITH

To introduce this story, the marvelous sequel to "The City of the Singing Flame," we can do no better than to quote in full Mr. Smith's letter to us.

In "Beyond the Singing Flame," I have found it advisable to maintain the same suggestive vagueness that characterized the other story; though I have explained many things that were left obscure in the other. The description of the Inner Dimension is a daring flight; and I seem almost to have set myself the impossible task which Dante attempted in his account of Paradise. Granting that human beings could survive the process of revibration in the Flame, I think that the new-sense-faculties and powers developed by Hastane, Angarth and Ebbonly are quite logical and possible. Most writers of trans-dimensional tales do not seem to postulate any change of this nature; but it is really quite obvious that there might be something of the kind, since the laws and conditions of existence would be totally different in the new realm.

I hope that "The City of the Singing Flame" was well-received by your readers. It has brought me several highly laudatory letters from strangers, together with requests for a sequel

Originally from: Wonder Stories, November 1931

This version from: Planets and Dimensions, Ed. Charles K Wolfe. Mirage Press 1973.

Appendix from Planets and Dimensions Mirage Press 1973.

CAS published "The City of the Singing Flame" in Wonder Stories, July, 1931. "Beyond the Singing Flame" was a sequel to the first story, and appeared in the

November 1931 issue of the magazine. This brief essay was from a letter from CAS to Hugo Gernsback, and was used as a preface to the tale. Both stories were combined and republished under the common title, "City of the Singing Flame," in OUT OF SPACE AND TIME (Arkham House, 1942).

LA CIUDAD DE LA LLAMA QUE CANTA

CLARK ASHTON SMITH

PRÓLOGO

HABÍAMOS sido amigos durante más de una década, y conocía a Giles Angarth tanto como nadie podría pretender conocerle. Y, sin embargo, el asunto fue para mí igual de misterioso entonces que para los demás; y continúa siendo un misterio. A veces, pienso que él y Ebbonly lo planearon entre los dos como una enorme burla sin solución; que aun están vivos en alguna parte, y que se están riendo de un mundo que se ha visto gravemente confundido por su desaparición. Y, a veces, elaboro planes, de prueba, para volver a visitar la Colina del Cráter y encontrar, si puedo, los dos pedrejonos mencionados en la narración de Angarth como poseedores de un leve parecido con columnas rotas.

Mientras tanto, nadie ha encontrado pista alguna respecto a los hombres desaparecidos ni ha escuchado el rumor más vago concerniente a ellos; y todo el asunto parece que está destinado a permanecer como una incógnita de lo más peculiar y exasperante.

Angarth, cuya fama como escritor de ficción fantástica era ya considerable, había estado pasando el verano en las sierras, y viviendo solo hasta que el artista Félix Ebbonly fue a visitarle. Ebbonly, quien nunca me fue presentado, era famoso por sus pinturas imaginativas, y había ilustrado más de una de las novelas de Angarth. Cuando las personas que estaban pasando el verano cerca se alarmaron ante la ausencia prolongada de ambos hombres y la cabaña fue registrada en busca de una posible pista, un paquete dirigido a mí fue encontrado sobre la mesa; y, a su debido tiempo, lo recibí, después de leer muchas especulaciones en los periódicos concernientes a la doble desaparición. El paquete contenía un pequeño diario encuadernado en cuero, y Angarth había escrito en la primera página:

Querido Hastane:

Si lo deseas, puedes publicar este diario en algún momento. La gente pensará que se trata de la última, más descabellada, de mis ficciones..., a no ser que la tomen por una de las tuyas. En cualquiera de los dos casos, dará lo mismo. Adiós.

Atentamente,
Giles Anarth

Publico ahora el diario, que, sin duda, recibirá la acogida que él le pronosticó. Pero yo mismo no estoy tan seguro respecto a si la historia es verdadera o inventada. La única manera de asegurarse es encontrar los dos pedrejonos; y cualquiera que haya visto la Colina del Cráter, o que haya vagabundado sobre sus millas de desierto sembrado de rocas, se dará cuenta de las dificultades de semejante tarea.

EL DIARIO

31 de julio de 1930. Nunca he adquirido la costumbre de llevar un diario..., principalmente, a causa de mi aburrido estilo de existencia, en el cual rara vez ha habido algo que recordar. Pero lo que sucedió esta mañana es tan extravagantemente extraño, tan remoto de las leyes y de los paralelismos mundanos, que me siento impulsado a escribirlo, hasta el punto que me permitan mi inteligencia y habilidad. Además, llevaré una memoria de la posible repetición y continuidad de mi experiencia. Resultará perfectamente seguro, puesto que no es probable que nadie que llegue a leer esta memoria la crea.

Había ido a dar un paseo por la Colina del Cráter, que está más o menos a una milla al norte de mi cabaña, cerca de la cima. Aunque difiere marcadamente en su carácter de los paisajes habituales por los alrededores, es uno de mis lugares favoritos. Está excepcionalmente desnudo y desolado, con poca mas vegetación que girasoles de montaña, arbustos silvestres de grosellas, unos pocos pinos vigorosos inclinados por el viento y ágiles alerces. Los geólogos desmienten su origen volcánico; y, sin embargo, sus crestones de tosca piedra nodular y enormes restos de escombros tienen todo el aspecto

de restos de escoria volcánica..., por lo menos, ante mi vista de no científico. Parecen la chatarra y los restos de forjas ciclópeas, vertidas en años prehumanos para enfriarse y endurecerse en formas en las que lo grotesco se da sin límites. Entre ellas, hay piedras que recuerdan bajorrelieves de antigüedad primordial, o pequeños ídolos y figurillas prehistóricas; y otras que parecen haber sido grabadas con las letras de algún alfabeto indescifrable. Inesperadamente, hay un pequeño lago situado a un costado de la larga y seca colina..., un lago que nunca ha sido sondeado. La colina es un extraño interludio entre las planchas de granito y los precipicios, y entre las cañadas y valles cubiertos de abetos de esta región.

Era una mañana clara y sin viento, y me paraba a menudo a contemplar las magníficas perspectivas y el variado paisaje que eran visibles por todas partes... Los muros titánicos de Castle Peak; las rudas masas de Donner Peak, con su paso que la divide, donde crece la cicuta; el azul de las montañas de Nevada, remoto y luminoso, y el suave verde de los sauces en el valle a mis pies. Era un mundo lejano y silencioso, y no podía escuchar otro sonido más que el de las cigarras entre los arbustos de grosellas.

Paseé en zigzag por alguna distancia, y, al llegar a uno de los campos de escombros con los que la colina está sembrada ocasionalmente, empecé a registrar el suelo con cuidado; tenía la esperanza de encontrar una piedra con una forma lo bastante peculiar y grotesca como para que valiese la pena guardarla como curiosidad. Yo había encontrado varias semejantes durante mis anteriores vagabundeos.

De repente, llegué a un espacio despejado entre los escombros, en el que nada crecía..., un espacio tan redondo como un anillo artificial. En su centro, había dos pedrejos aislados, extrañamente parecidos en su forma, levantándose a unos cinco pies de distancia. Me paré a examinarlos. Su sustancia, una piedra apagada verde grisácea, parecía ser diferente de cualquier otra en la proximidad; y concebí inmediatamente la extraña, e injustificable, fantasía de que se trataba de los pedestales de columnas que habían desaparecido, gastadas por el paso de años incalculables hasta que sólo quedaban estos extremos hundidos. Ciertamente, la perfecta redondez y uniformidad de los pedrejos era peculiar; y, aunque poseo nociones de geología, no pude identificar su material, liso y esponjoso.

Mi imaginación estaba excitada, y comencé a dejarme llevar por algunas fantasías sobrecalentadas. Pero la más descabellada de éstas era un acontecimiento doméstico en comparación con lo que sucedió cuando di un solo paso adelante, en el espacio vacío justo entre los dos pedrejos.

Intentaré describirlo hasta el límite de mi capacidad; aunque al lenguaje humano le faltan, por naturaleza, las palabras que son adecuadas para la descripción de sucesos y sensaciones que quedan más allá del límite normal de la experiencia humana.

Nada resulta más desconcertante que calcular mal el grado de descenso al dar un paso. Imaginad entonces lo que fue dar un paso adelante en suelo llano y despejado ¡y encontrar el más completo vacío bajo tus pies! Me pareció estar cayéndome a través de un espacio vacío, y, al mismo tiempo, el paisaje alrededor mío desapareció en medio de un remolino de imágenes rotas, y todo se volvió oscuro. Había una sensación de frío intenso, polar, y un vértigo y un mareo indescriptibles se apoderaron de mí, debido, sin duda, a la profunda alteración del equilibrio. Además —ya fuese a causa de la velocidad de mi descenso o por alguna otra razón— era completamente incapaz de tomar aliento. Mis pensamientos y mis ideas estaban completamente confundidos, y la mitad del tiempo me parecía que estaba cayendo hacia arriba en vez de hacia abajo, o que me estaba deslizando diagonalmente en algún ángulo oblicuo. Por fin, tuve la sensación de dar una vuelta completa de campana; y entonces me encontré de nuevo de pie sobre suelo sólido, sin la menor sacudida o vibración a causa del impacto. La oscuridad se levantó de mi vista, pero todavía estaba mareado, y las imágenes ópticas que recibí fueron, durante algunos momentos, completamente carentes de sentido.

Cuando, al cabo, recobré la capacidad de comprender, y fui capaz de contemplar mis contornos con cierta medida de perceptividad, experimenté una confusión mental equivalente a la de un hombre que se hubiese encontrado arrojado sin aviso en la costa de algún planeta extraño. Tenía la misma sensación de encontrarme completamente desorientado y extraño que, con seguridad, se sentiría en caso semejante..., la misma perplejidad, vertiginosa y abrumadora, la misma horrible sensación de separación de todos los detalles familiares de nuestro entorno, que proporcionan color, forma y definición a nuestras vidas, e incluso determinan nuestras propias personalidades.

Estaba de pie en medio de un paisaje que no se parecía, en ningún grado o manera, a la Colina del Cráter. Un largo y gradual declive, cubierto de hierba violeta, y tachonado, a intervalos, con piedras de tamaños y formas monolíticos, se alejaba undulante de mí en dirección a una ancha llanura con prados, sinuosos y abiertos, y altos bosques señoriales de una vegetación desconocida cuyas tonalidades predominantes eran el púrpura y el amarillo.

La llanura parecía terminar en una muralla impenetrable de niebla de color marrón dorado que se elevaba, en pináculos fantasmas, para disolverse en un cielo de ámbar líquido en el que no había sol.

En primer plano de esta escena sorprendente, a no más de dos o tres millas de distancia, se alzaba una ciudad, cuyas enormes torres y rampantes montañosos eran tales como los que los habitantes de mundos por descubrir podrían edificar. Muralla tras muralla colgante, espira tras espira gigante, se alzaba para hacer frente a los cielos, manteniendo por todas partes las líneas, severas y solemnes, de una arquitectura por completo rectilínea. Parecía abrumar y aplastar a quien la contemplaba con su recia inminencia parecida a la de una montaña.

Mientras contemplaba la ciudad, me olvidé de mi sensación inicial de pérdida sorprendente y alienación, en un pasmo con el cual había mezclado algo de auténtico terror; y, al mismo tiempo, sentí una oscura, pero profunda, atracción, la emanación críptica de algún hechizo esclavizante. Pero, después de que hube mirado durante un rato, la extrañeza cósmica y lo sorprendente de mi impensable situación volvieron a mí; y sólo sentí un deseo salvaje de escapar de la rareza, locamente opresiva, de esta región y de recuperar mi propio mundo. En un esfuerzo para controlar mi agitación, intenté descubrir, si era posible, qué era lo que realmente había sucedido.

He leído cierto número de cuentos transdimensionales..., de hecho, yo mismo he escrito uno o dos; y, a menudo, había considerado la posibilidad de otros mundos, o planos materiales, los cuales podrían coexistir en el mismo espacio que el nuestro, invisibles e impalpables para los sentidos humanos.

Por supuesto, me di cuenta inmediatamente de que había caído en una dimensión semejante. Sin duda, cuando di aquel paso adelante entre los pedrejones, me había visto precipitado en alguna falla o fisura del espacio, para emerger en el fondo de este planeta extraño..., una clase de espacio

completamente diferente. Parecía, en cierto sentido, bastante simple..., pero no lo bastante simple como para que su *modus operandi* fuese otra cosa que un quebradero de cabeza.

En un nuevo esfuerzo para controlarme, estude mis contornos inmediatos con concienzuda atención. Esta vez, me quedé impresionado por la colocación de las piedras monolíticas de las que he hablado, muchas de las cuales estaban colocadas en dos líneas paralelas en intervalos bastante regulares, como para señalar el curso de una antigua carretera borrada por la hierba púrpura.

Volviéndome para seguir su ascenso, vi, justo detrás de mí, dos columnas, levantándose precisamente con la misma separación que habían tenido los dos extraños pedrejos de la Colina del Cráter ¡y hechos de la misma piedra jabonosa gris verdosa! Los pilares tenían, quizá, unos nueve pies de altura, y habían sido más altos en otro momento, ya que sus partes superiores estaban rotas y astilladas. A no mucha distancia de ellos, la cuesta ascendente desaparecía de la vista en un gran banco de la niebla marrón dorada que envolvía la llanura más remota. Pero no había más monolitos... y parecía como si la carretera terminase en aquellos pilares.

Inevitablemente, comencé a hacer especulaciones en torno a la relación entre las columnas en esta nueva dimensión y los pedrejos de mi propio mundo. Seguramente, el parecido no podía ser fruto de la simple casualidad. Si pasaba a través de las columnas, ¿podría regresar a la esfera humana mediante una inversión de mi caída de aquella? Y, si así fuese, ¿por qué seres inconcebibles, de un tiempo y un espacio extraños, habían sido colocadas las columnas y los pedrejos, como los portales de un paso entre los dos mundos? ¿Quién podría haber usado aquel paso, y para qué propósito? Mi cerebro daba vueltas ante las infinitas perspectivas de especulación que quedaban abiertas por cuestiones semejantes.

Sin embargo, lo que más me preocupaba era el problema de regresar a la Colina del Cráter. Lo raro de todo esto, los monstruosos muros de la cercana ciudad, los colores y las formas antinaturales de la exótica escena, eran demasiado para los nervios humanos; y sentía que me volvería loco si me veía obligado a permanecer durante mucho tiempo en medio de semejante escenario.

Además, no había manera de predecir qué poderes o entidades hostiles podría encontrar si me quedaba. La cuesta y la llanura estaban privadas de vida animada, hasta el punto que yo podía ver; pero la gran ciudad era una prueba de su presumible existencia. Al contrario de los héroes de mis propias historias, quienes acostumbraban a visitar las quintas dimensiones, o los mundos de Algol, con perfecta *sang—froid*, yo no me sentía en lo más mínimo con ganas de aventuras; y me eché atrás con el retroceso instintivo del hombre frente a lo desconocido. Con un vistazo, cargado de miedo, a la descollante ciudad y a la amplia llanura, con levantada y vistosa vegetación, me di la vuelta y retrocedí entre las columnas.

Hubo el mismo chapuzón instantáneo en espacios ciegos y glaciales, la misma caída indeterminada y retorcimiento que habían señalado mi descenso a esta nueva dimensión. Al final, me encontré de pie, muy mareado y agitado, en el mismo lugar desde el cual había dado mi paso al frente entre los pedrejones grises verdosos. La Colina del Cráter estaba dando vueltas y retorciéndose en torno a mí, como en medio de los temblores de un terremoto, y tuve que sentarme durante un minuto o dos hasta que pude recobrar el equilibrio.

Regresé a mi cabaña como un hombre en un sueño. La experiencia me parecía, y todavía me parece, increíble e irreal; y, sin embargo, ha eclipsado todo lo demás y ha coloreado y dominado mis pensamientos. Quizá escribiéndola pueda apartarla un poco. Me ha inquietado más que ninguna experiencia previa en toda mi vida, y el mundo que me rodea parece apenas menos improbable y de pesadilla que aquel en que he penetrado de una manera tan fortuita.

2 de agosto. He pensado mucho durante los últimos días..., y, cuanto más considero el enigma, más misterioso se vuelve todo.

Aceptando la falla en el espacio, que tiene que ser un vacío absoluto, impenetrable al aire, al éter, a la luz y a la materia. ¿cómo fue posible para mí caer en él? Y, habiendo caído, ¿cómo pude salir..., particularmente en una esfera que no tiene una relación comprobable con la nuestra?...

Pero, después de todo, un proceso debería ser tan fácil como el otro en teoría. La principal objeción es ¿cómo puede uno moverse en el vacío, arriba o

abajo, adelante o atrás? Todo el asunto confundiría la inteligencia de un Einstein; y no puedo creer que ni siquiera me haya aproximado a una solución correcta.

Además, he estado luchando con la tentación de volver, aunque sólo sea para convencerme a mi mismo de que la cosa realmente ocurrió. Pero, después de todo, ¿por qué no debería volver? Una oportunidad me ha sido concedida como a ningún hombre antes; y las maravillas que veré y los secretos que aprenderé quedan más allá de la imaginación. Mi ansiedad nerviosa resulta, en estas circunstancias, inexcusablemente infantil.

3 de agosto. Regresé esta mañana, armado con un revólver. De alguna manera, sin pensar que esto podría representar una diferencia, no avancé justo en el medio del espacio entre los pedrejones. Sin duda como resultado de esto, mi descenso fue más prolongado e impetuoso que antes, y parecía consistir principalmente en una serie de volteretas en espiral. Debo haber tardado varios minutos en recuperarme del vértigo que siguió; y, cuando me recuperé, estaba tumbado sobre la hierba violeta.

Esta vez, descendía audazmente por la cuesta; y, manteniéndome lo más que pude bajo el refugio de la extraña vegetación púrpura y amarilla, avancé hacia la descollante ciudad. Todo estaba muy tranquilo; no había un soplo de viento entre estos arboles exóticos, que parecían imitar, con sus troncos elevados y su follaje horizontal, las severas líneas de la arquitectura de los edificios ciclópeos.

No había avanzado mucho cuando encontré una carretera en el bosque..., una carretera pavimentada con enormes losas de piedra de por lo menos veinte pies cuadrados. Corría hacia la ciudad. Pensé, durante un rato, que estaba completamente desierta..., quizá en desuso; y hasta me atreví a andar sobre ella hasta que escuché un ruido detrás de mí, y, volviéndome, vi acercarse a varias entidades singulares. Aterrorizado, salté y me escondí entre los arbustos, desde donde observé el paso de estas criaturas, preguntándome con miedo si me habrían visto. Aparentemente, mis miedos resultaron infundados, ya que ni siquiera echaron un vistazo en dirección a mi escondite.

Me resulta difícil describirlos, y hasta visualizarlo ahora, porque eran completamente diferentes de cualquier cosa en que estemos acostumbrados a

pensar como humanos o animales. Tendrían unos diez pies de altura, y avanzaban con zancadas colosales que los apartaron de mi vista en unos pocos instantes; sus cuerpos eran lustrosos y brillantes, como si fuesen dentro de una especie de armadura, y sus cabezas estaban equipadas con altos apéndices curvados de colores opalescentes que se inclinaban sobre ellos como si fuesen fantásticas plumas, pero podrían haber sido antenas o un órgano sensorial de un tipo nuevo.

Temblando, a causa del nerviosismo y del asombro, continué mi progreso por medio de la maleza tan vivamente coloreada. Mientras avanzaba, noté por primera vez que no había sombras por ningún lado. La luz venía de todas las partes del cielo ámbar sin sol, cubriéndolo todo con una luminosidad suave y uniforme. Todo estaba inmóvil y silencioso, como he dicho antes; y no había señales, en todo el paisaje sobrenatural, de pájaros, insectos o de vida animal.

Pero, cuando hube avanzado a una milla de la ciudad..., hasta el punto que pude juzgar las distancias en un reino en que las mismas proporciones de los objetos eran desconocidas..., me di cuenta de algo de lo que, en principio, concebí como una vibración antes de como un sonido. Hubo un extraño cosquilleo en mis nervios, la inquietante sensación de una fuerza desconocida o emanación que fluía por mi cuerpo. Esto fue perceptible por algún tiempo antes de que escuchase la música; pero, habiéndola escuchado, mis nervios auditivos la identificaron inmediatamente con la vibración.

Era débil y distante, y parecía emanar del propio centro de la ciudad titánica. Resultaba muy melodiosa y se parecía, a ratos, al canto de una voz femenina voluptuosa.

Sin embargo, ninguna voz humana podría haber poseído ese tono ultraterreno ni las agudas notas, perpetuamente sostenidas, que, de alguna manera, sugerían la luz de estrellas y mundos remotos traducida al sonido.

Ordinariamente, no soy muy sensible a la música; incluso me ha sido reprochado el no reaccionar con más fuerza ante ella. Pero no había avanzado mucho más, cuando me di cuenta del peculiar hechizo, emocional y mental, que el lejano sonido estaba comenzando a ejercer sobre mí. Había una atracción como de sirena que me hacía avanzar, olvidándome de la extrañeza y de los peligros potenciales de la situación; y sentí una lenta intoxicación, parecida a la de una droga, de mi cerebro y de mis sentidos. De una manera

insidiosa, no sé el cómo ni el porqué, la música transmitía la idea de un espacio vasto pero alcanzable y de altitud, de libertad y alegría sobrehumanas; y parecía prometer los esplendores imposibles con los que mi imaginación había soñado con vaguedad.

El bosque continuaba hasta la ciudad. Mirando desde el final del mismo, vi sus abrumadoras murallas en el cielo sobre mí, y noté la unión sin tacha de sus bloques colosales. Estaba cerca de la gran carretera que entraba por una puerta abierta que era lo bastante grande como para admitir el paso de enormes monstruos. No había guardias al alcance de la vista, y varias de las entidades altas y brillantes se acercaron y entraron dando zancadas mientras miraba. Desde donde yo estaba de pie, era incapaz de ver el interior de la puerta, dado que el muro era tremendamente ancho. La música se derramaba desde la misteriosa entrada en una inundación siempre creciente, e intentaba atraerme con su extraña seducción, ansioso de cosas inimaginables.

Era difícil resistir, difícil reunir mi fuerza de voluntad y dar la vuelta. Intenté concentrarme en la idea de peligro..., pero el pensamiento era tenuemente irreal. Por fin, me arranqué de allí y retrocedí sobre mis pasos muy lentamente, lleno de anhelos, hasta que estuve más allá del alcance de la música. Incluso entonces, el hechizo continuaba, como los efectos de una droga; y, durante todo el camino a casa, estuve tentado de volver y seguir a esos gigantes brillantes al interior de la ciudad.

5 de agosto. He visitado la nueva dimensión una vez más. Pensé que podría resistir la música que me llamaba; e incluso me llevé unos tapones de algodón que podría ponerme en los oídos en caso de que me afectase demasiado fuertemente. Comencé a escuchar la melodía sobrenatural a la misma distancia que antes, y fui atraído adelante de la misma manera, ¡pero esta vez atravesé la puerta abierta!

Me pregunto si puedo describir la ciudad. Me sentí como una hormiga que se arrastra sobre sus enormes calles, entre la babel inconmensurable de sus edificios y paseos. Por todas partes, había columnas, obeliscos y los pilones de estructuras parecidas a abanicos que habrían empequeñecido a Tebas y Heliópolis.

¡Y la gente de la ciudad! ¿Cómo podría uno describirlos o darles un nombre? Creo que las entidades brillantes que vi primero no son sus verdaderos habitantes, sino tan sólo visitantes..., quizá procedentes de otro mundo o de otra dimensión, igual que yo mismo. La gente real también son gigantes, pero se mueven más despacio, con pasos solemnes e hieráticos. Sus cuerpos estaban desnudos y eran oscuros, y sus miembros eran los de cariátides..., quizá lo suficientemente grandes como para sostener los techos y dinteles de sus edificios. Temo describirlos con detalle, porque las palabras humanas darían la idea de algo monstruoso y grotesco, y estos seres no son monstruosos, sino que, simplemente, se han desarrollado obedeciendo las leyes de otra evolución que no es la nuestra, las condiciones y las fuerzas ambientales de un mundo diferente.

Por algún motivo, no me asusté al verlos por primera vez..., quizá la música me había drogado hasta el punto de que me encontraba más allá del miedo. Había un grupo de ellos justo en el interior de la puerta, y, al pasar a su lado, no parecieron prestarme atención alguna. Las órbitas, opacas como el carbón, de sus ojos enormes eran tan impasibles como los ojos tallados de las esfinges, y no emitieron ningún sonido con sus labios pesados, rectos y sin expresión. Quizá carecían del sentido del oído, porque en sus extrañas cabezas semirectangulares no había nada que indicase un oído externo.

Seguí la música, que era todavía remota y parecía aumentar poco en volumen. Pronto, fui alcanzado por varios de esos seres que había visto previamente en la carretera fuera de las murallas; me dejaron atrás rápidamente y desaparecieron en el laberinto de edificios. Después de ellos, llegaron otros seres de una clase menos gigantesca, y sin los élitros, como armadura, de los primeros en llegar. Entonces, por encima, dos criaturas, con largas alas translúcidas de color de sangre, con una intrincada red de venas y huesos, llegaron volando juntas y desaparecieron detrás de las otras. Sus rostros, que mostraban órganos cuyo uso no podía suponerse, no eran los de animales, y me quedé convencido de que se trataba de seres muy evolucionados.

Vi cientos de las entidades, tristes y lentas, que había identificado como los verdaderos habitantes de la ciudad, pero ninguno de ellos pareció fijarse en mí. Sin duda, estaban acostumbrados a ver formas de vida mucho más misteriosas

y desacostumbradas que la humanidad. Mientras continuaba, fui alcanzado por docenas de criaturas de aspecto improbable, todas dirigiéndose en la misma dirección que yo, como atraídas por la misma canción de sirena.

Cada vez más profundamente, nos adentramos en aquel desierto de arquitectura colosal, conducidos por aquella música, remota, etérea y opiácea. Pronto, detecté una especie de ascensión y caída en el sonido, que ocupaba un intervalo de unos diez minutos o más; pero, por grados imperceptibles, se volvía más melodiosa y cercana. Me pregunté cómo podía penetrar el múltiple laberinto de edificios de piedra y ser escuchada al exterior de las murallas.

Debí andar millas, a la sombra incesante de las estructuras rectangulares que colgaban sobre mí, fila tras fila, hasta una altura de vértigo en el crepúsculo ámbar. Entonces, por fin, llegué al corazón y al secreto de todo esto.

Precedido y seguido por cierto número de estas quiméricas entidades, emergí en una gran plaza en cuyo centro había un edificio que parecía un templo, más enorme que los otros. Desde su entrada, con muchas columnas, la música se vertía imperiosamente, a un volumen elevado y con un tono agudo.

Sentí la excitación de quien se acerca al santuario de algún misterio supremo, cuando atravesé las paredes de aquel edificio. Gente, que debería haber venido de muchos mundos o dimensiones diferentes, entró conmigo o junto a mí, a través de las titánicas columnatas, cuyos pilares estaban grabados con runas indescifrables y enigmáticos bajorrelieves. Los habitantes de la ciudad, oscuros y colosales, estaban parados o moviéndose, ocupados como los demás en sus propios asuntos. Ninguno de estos seres habló, ni para dirigirse a mí ni a ninguno de los otros; y, aunque me miraron varios por casualidad, mi presencia era, evidentemente, dada por supuesto.

No existen palabras para transmitir la incomprensible maravilla de todo ello. ¿Y la música? Además, he fracasado por completo en describir esto. Era como si algún maravilloso elixir se hubiese transformado en ondas sonoras..., un elixir que concediese el regalo de una vida sobrehumana y los sueños, elevados y magníficos, que son soñados por los inmortales. Mientras me acercaba a su oculta fuente, se me subía a la cabeza como una borrachera sobrenatural.

Ignoro qué oscuro aviso me impulsó a llenarme los oídos de algodón antes de avanzar más. Aunque aún podía oírla, aún podía notar su peculiar y penetrante vibración, el sonido se volvió apagado cuando hice esto, y su influencia fue menos poderosa a partir de entonces. Caben pocas dudas de que le debo mi vida a esta sencilla y doméstica precaución.

La incesante fila de columnas se oscureció un rato, como el interior de una larga caverna basáltica; y entonces, a alguna distancia adelante, noté el brillo de una luz suave en el suelo y los pilares. El brillo enseguida se convirtió en un resplandor rebosante, como si en el corazón del templo se hubiesen encendido lámparas gigantescas; y las vibraciones de la música oculta pulsaron mis nervios con más fuerza.

El pasillo terminaba en una cámara de anchura inmensa, indefinida, cuyas paredes y techo eran inciertos a causa de las sombras incesantes.

En el centro, en medio del pavimento de losas gigantescas, había un foso circular sobre el que parecía flotar una fuente de llamas, que se levantaban en un único chorro perpetuo, que se alargaba lentamente.

Esta llama era la única iluminación; y, además, era la fuente de la música fogosa y ultraterrena. Incluso con mis oídos ensordecidos a propósito, me sentí atraído por la dulzura, penetrante y rutilante, de su canto; y sentí la atracción voluptuosa y esa gran alegría vertiginosa.

Supe inmediatamente que el lugar era un santuario, y que los seres transdimensionales que me acompañaban eran peregrinos visitantes. Los había por docenas..., quizá centenares. Pero todos quedaban empequeñecidos en la inmensidad cósmica de aquella cámara. Se reunían ante la llama en distintas actitudes de culto; inclinaban sus cabezas exóticas o hacían gestos misteriosos de adoración con manos y miembros inhumanos. Y las voces de varios de ellos, profundas como tambores resonantes o agudas como el chirrido de insectos gigantes, eran audibles entre el cantar de la llama.

Hechizado, avancé y me uní a ellos. Dominado por la música y la visión de la llama que se levantaba, presté tan poca atención a mis extraños compañeros como ellos me prestaron a mí.

La fuente se levantó y se levantó, hasta que su luz parpadeó en los miembros y en los rasgos de las colosales estatuas entronadas detrás de ella... de héroes, dioses o demonios de ciclos anteriores de un tiempo extraño,

mirando en su piedra un crepúsculo de misterio ilimitado. El fuego era blanco y deslumbrante, tan puro como el corazón central de una estrella; me cegó, y, cuando aparté mis ojos, el aire estaba lleno de redes de colores intrincados, con arabescos que cambiaban rápidamente, cuyos muchos colores desacostumbrados y sus dibujos eran tales como un ojo mundano nunca ha contemplado jamás. Noté un calor estimulante que me llenaba, hasta la propia médula de los huesos, con una vida más intensa.

La música se elevaba con la llama; y comprendí ahora su ascensión y caídas recurrentes. Mientras miraba y escuchaba, un pensamiento loco nació en mi mente..., el pensamiento de lo maravilloso y gozoso que sería correr adelante y tirarse de cabeza en la llama que cantaba. La música parecía decirme que, en ese momento de ardiente disolución, encontraría toda la delicia y el triunfo, todo el esplendor y la alegría que me había prometido de lejos.

Me cortejaba, me rogaba con tonos de una melodía celeste; y, a pesar del taponamiento de mis oídos, la atracción resultaba prácticamente irresistible.

Sin embargo, no me había privado de toda mi cordura. Con un repentino espasmo de terror, como alguien que ha estado tentado de lanzarse desde un elevado precipicio, me aparté. Entonces, vi que el mismo terrible impulso era compartido por algunos de mis compañeros. Las dos entidades con alas escarlatas, a quienes he mencionado anteriormente, estaban de pie un poco apartadas del resto de nosotros. Ahora, con un gran aleteo, se levantaron y volaron hacia la llama como polillas a una vela. Durante un momento, la luz brilló roja a través de sus alas translúcidas, antes de que desapareciesen en la incandescencia saltarina, que soltó una breve llamarada y después ardió como antes.

Entonces, en rápida sucesión, cierto número de otros seres, quienes representaban las tendencias más opuestas de la biología, se echaron adelante y se inmolaron en la llama. Había criaturas con cuerpos translúcidos, y algunas que brillaban con todas las tonalidades de un ópalo; había colosos alados, y titanes que avanzaban como con botas de siete leguas; y había un ser con inútiles alas malogradas que, más que correr, se arrastró para buscar la misma gloriosa condena que el resto. Pero, entre ellos, no había ninguno de

los habitantes de la ciudad, que sencillamente estaban de pie y miraban, tan impasibles y parecidos a estatuas como siempre.

Ví que la fuente había alcanzado ahora su mayor altura y estaba empezando a declinar. Se hundió, lenta pero continuamente, hasta la mitad de su elevación anterior. Durante este intervalo, no hubo más actos de autosacrificio, y varios de los seres junto a mí dieron la vuelta abruptamente como si hubieran vencido el hechizo letal. Una de las entidades altas con armadura, mientras se marchaba, se dirigió a mí con palabras que eran como notas de clarín, con un tono inconfundible de advertencia. Con un gran esfuerzo de la voluntad, en un revoltijo de emociones conflictivas, le seguí. A cada paso, la locura y el delirio de la música se enfrentaban con mi instinto de autoconservación. Más de una vez, comencé a retroceder. Mi viaje a casa fue tan borroso e incierto como los vagabundeos de un hombre sumido en un trance de opio; y la música cantaba detrás de mí y me hablaba del placer que había perdido, de la ardiente disolución cuyo breve instante era mejor que evos de vida mortal.

9 de agosto. He intentado comenzar un nuevo cuento, pero no he progresado. Cualquier cosa que puedo imaginar, o expresar con palabras, parece vulgar y pueril frente al mundo de misterio inescrutable al que he encontrado la entrada. La tentación de volver es más convincente; la llamada de la música que recuerdo, más dulce que la voz de la mujer amada. Y siempre me encuentro atormentado por el problema que representa todo ello, y molesto por lo poco que he visto y comprendido. ¿Qué fuerzas son esas cuya existencia y funcionamiento apenas he captado? ¿Quiénes son los habitantes de la ciudad? ¿Y quiénes son los seres que visitan la llama en el santuario? ¿Qué rumor o leyenda les ha atraído desde sus exóticos reinos o lejanos planetas hasta aquel lugar de peligro y destrucción inenarrables? ¿Y qué es la fuente misma, cuál es el secreto de su atracción y de su mortífero canto? Estos problemas admiten infinitas hipótesis, pero ninguna solución concebible.

Estoy planeando regresar una vez más..., pero no solo. Alguien debe acompañarme esta vez, como testigo de la maravilla y del peligro.

Todo es demasiado extraño como para ser creído..., debo tener una corroboración humana de lo que he visto, sentido y conjeturado. Además, puede que otro entienda donde yo no he conseguido hacer más que captar.

¿A quién llevaré? Será necesario invitar a alguien que venga desde el mundo exterior..., alguien de una gran capacidad estética e intelectual. ¿Se lo pediré a Philip Hastane, mi compañero escritor de ficción? Él se hallará demasiado ocupado, me temo. Pero está el artista californiano, Félix Ebbonly, quien ha ilustrado varias de mis novelas de fantasía. Ebbonly, si puede venir, sería el hombre adecuado para ver y apreciar la nueva dimensión. Con su inclinación hacia lo raro y lo sobrenatural, el espectáculo de la llanura y de la ciudad, de los edificios como de Babel, y de los paseos, y el templo de la llama, le fascinarán. Le escribiré inmediatamente a su dirección de San Francisco.

12 de agosto. Ebbonly está aquí...; las pistas misteriosas en mi carta, referidas a nuevos temas pictóricos dentro de su propia línea, eran demasiado provocativas como para que él se resistiese. Ahora, se lo he explicado por completo y le he hecho una narración detallada de mis aventuras. Noto que está un poco incrédulo, lo que a duras penas puedo echarle en cara. Pero no continuará estando incrédulo durante mucho tiempo, porque mañana visitaremos juntos la ciudad de la llama que canta.

13 de agosto. Debo reunir mis desordenadas facultades. Debo elegir mis palabras y escribir con el mayor cuidado. Esta será la última entrada en el diario, y lo último que nunca escribiré. Cuando haya terminado, envolveré mi diario y se lo enviaré a Philip Hastane, que podrá hacer con él lo que considere adecuado.

Me llevé a Ebbonly a la otra dimensión hoy. Se sintió impresionado, como yo me sentí, ante los dos pedrejones aislados de la Colina del Cráter.

—Parecen los extremos gastados de columnas colocadas por dioses prehumanos —comentó—; estoy comenzando a creerte ahora.

Le dije que fuese primero, y le indiqué el lugar por el que debía avanzar. Me obedeció sin vacilar, y tuve la singular experiencia de ver a un hombre desaparecer en la nada, instantánea y completa.

Un momento estaba ahí... y, al siguiente, sólo estaba el suelo vacío y los distantes alerces, cuya panorámica su cuerpo había obstruido. Le seguí. Y le encontré de pie en la hierba violeta, incapaz de hablar a causa del pasmo.

—Esto es la clase de cosa cuya existencia, hasta el momento, sólo había sospechado, y de lo que tan sólo había sido capaz de transmitir pistas por medio de mis dibujos más imaginativos —dijo por fin.

Hablamos poco mientras seguimos la fila de pedrejones monolíticos en dirección a la llanura. Lejos en la distancia, más allá de los elevados y señoriales árboles de suntuoso follaje, los vapores marrón dorado se habían abierto, mostrando las perspectivas de un horizonte inmenso; y, más allá del horizonte, había una fila de esferas brillantes y ardientes, motas valoradas en las profundidades de aquel cielo ámbar. Era como si el velo de otro universo que no era el nuestro hubiese sido retirado.

Atravesamos la llanura, y, al cabo, aquella música, peligrosa y hechicera, llegó al alcance de nuestros oídos. Advertí a Ebbonly que se llenase los oídos con tapones de algodón, pero él se negó.

—No quiero apagar ninguna sensación nueva que pueda experimentar —comentó.

Entramos en la ciudad. Mi compañero sintió un auténtico raptó de placer artístico al contemplar los enormes edificios y las gentes. Podía ver, además, que la música le había dominado: su expresión pronto se volvió tan rígida y soñadora como la de un comedor de opio.

Al principio, hizo muchos comentarios sobre la arquitectura y los distintos seres que pasaban a nuestro lado, y me llamaba la atención sobre detalles en los que no me había fijado antes. Sin embargo, mientras nos acercamos al templo de la llama, su interés en observar pareció aflojarse, y fue sustituido por una concentración interior cada vez más placentera. Sus comentarios disminuyeron en número y se hicieron más breves; y ni siquiera parecía oír mis preguntas. Era evidente que el sonido le había fascinado y hechizado por completo.

Al igual que durante mi visita anterior, había muchos peregrinos dirigiéndose al santuario..., y pocos alejándose de este. La mayoría de éstos pertenecía a tipos de evolución que había visto antes. Entre ellos había uno que resultaba nuevo para mí; recuerdo una espléndida criatura de alas cerúleas y doradas como las de un lepidóptero gigante, y ojos temblorosos como joyas que deberían haber sido diseñados para reflejar las glorias de un mundo semejante al Edén.

Yo también sentí, como antes, el engañoso dominio y el embrujo, la perversión, insidiosa y gradual, del pensamiento y del instinto, como sí la música estuviese actuando sobre mi cerebro como algún sutil alcaloide. Dado que había adoptado mi precaución acostumbrada, mi sumisión a su influencia era menos completa que la de Ebbonly; pero, sin embargo, era suficiente como para hacerme olvidar cierto número de cosas..., entre ellas, la preocupación inicial que había sentido cuando mi compañero se había negado a utilizar el mismo modo de protección que yo. Ya no pensaba en su peligro, ni en el mío, sino como en algo muy distante e inmaterial.

Las calles eran como el laberinto, prolongado y sorprendente, de una pesadilla. Pero la música nos conducía directamente; y siempre había otros peregrinos. Como hombres a quienes arrastra una corriente poderosa, éramos conducidos hacia nuestro destino.

Mientras atravesábamos el salón de columnas gigantescas y nos acercábamos a la morada de la fuente ardiente, una idea de nuestro peligro se solidificó momentáneamente en mi cerebro, e intenté advertir a Ebbonly una vez más. Pero todas mis protestas y admoniciones fueron inútiles: estaba tan sordo como una máquina, y completamente ajeno a nada que no fuese la música letal.

Su expresión y sus movimientos eran los de un sonámbulo. Incluso cuando le agarré y le agite con tanta fuerza como pude reunir, permaneció ajeno a mi presencia.

La multitud de los adoradores era mayor que durante mi primera visita. El chorro de llama, pura e incandescente, estaba aumentando progresivamente mientras entrábamos, y cantaba con el blanco ardor y el éxtasis de una estrella sola en el espacio. De nuevo, con tonos inefables, me habló del placer de morir como una polilla en su altiva elevación, de la alegría y el triunfo de una unión momentánea con su esencia elemental.

La llama alcanzó su punto de mayor elevación; e, incluso para mí, la atracción mesmérica era prácticamente irresistible. Muchos de nuestros acompañantes sucumbieron, y el primero en inmolarse a sí mismo fue el lepidóptero gigante. Otros cuatro, pertenecientes a diferentes tipos evolutivos, siguieron en una sucesión terriblemente rápida.

Dada mi propia sujeción parcial a la música, sumido en mi esfuerzo para resistirme a su mortífera esclavización, casi me había olvidado de la misma presencia de Ebbonly. Cuando él corrió adelante dando una serie de saltos que eran solemnes y alocados a un tiempo, como el principio de algún baile sacerdotal, era demasiado tarde como para pensar en detenerle, y se arrojó de cabeza en la llama. El fuego le envolvió, ardió durante un instante con una verdosidad más cegadora; y eso fue todo.

Lentamente, como desde centros cerebrales atontados, el horror se apoderó de mi mente consciente, y ayudó a anular el peligroso mesmerismo. Me di la vuelta, mientras otros muchos seguían el ejemplo de Ebbonly, y escapé del santuario y de la ciudad. Pero, de alguna manera, el horror disminuyó mientras me alejaba; y me encontré a mí mismo envidiando, más y más, el destino de mi compañero, y preguntándome cuáles habrían sido las sensaciones que experimentó durante el momento de disolución ardiente...

Ahora, mientras escribo esto, me pregunto por qué regresé al mundo humano. Las palabras son inútiles para describir lo que he visto y experimentado, y el cambio que me ha sobrevenido como resultado de la acción de fuerzas incalculables en un mundo que ningún otro hombre mortal conoce. La literatura no es más que la sombra de una sombra; y la vida, con su extendida acumulación de días, monótonos y reiterativos, es ahora irreal y carece de sentido en comparación con la espléndida muerte que podría haber sufrido..., la gloriosa condena que aún me aguarda. Ya no me queda fuerza de voluntad para luchar contra la música, siempre insistente, que escucho en mi memoria. Y... no parece que haya razón alguna por la cual deba luchar contra ella. Mañana regresaré a la ciudad.

The City of the Singing Flame, Fecha: 15 de enero de 1931.

Primera publicación: Wonderstories, enero de 1931.

*Antología original: Out of Space and Time, Arkham House, Sauk City,
Wisconsin, agosto de 1942.*

Primer título: The Journal of Giles Angarth

THE CHAIN OF AFORGOMON

CLARK ASHTON SMITH

It is indeed strange that John Milwarp and his writings should have fallen so speedily into semi-oblivion. His books, treating of Oriental life in a somewhat flowery, romantic style, were popular a few months ago. But now, in spite of their range and penetration, their pervasive verbal sorcery, they are seldom mentioned; and they seem to have vanished unaccountably from the shelves of book-stores and libraries.

Even the mystery of Milwarp's death, baffling to both law and science, has evoked but a passing interest, an excitement quickly lulled and forgotten.

I was well acquainted with Milwarp over a term of years. But my recollection of the man is becoming strangely blurred, like an image in a misted mirror. His dark, half-alien personality, his preoccupation with the occult, his immense knowledge of Eastern life and lore, are things I remember with such effort and vagueness as attends the recovery of a dream. Sometimes I almost doubt that he ever existed. It is as if the man, and all that pertains to him, were being erased from human record by some mysterious acceleration of the common process of obliteration.

In his will, he appointed me his executor. I have vainly tried to interest publishers in the novel he left among his papers: a novel surely not inferior to anything he ever wrote. They say that his vogue has passed. Now I am publishing as a magazine story the contents of the diary kept by Milwarp for a period preceding his demise.

Perhaps, for the open-minded, this diary will explain the enigma of his death. It would seem that the circumstances of that death are virtually forgotten, and I

repeat them here as part of my endeavor to revive and perpetuate Milwarp's memory.

Milwarp had returned to his house in San Francisco after a long sojourn in Indo-China. We who knew him gathered that he had gone into places seldom visited by Occidentals. At the time of his demise he had just finished correcting the typescript of a novel which dealt with the more romantic and mysterious aspects of Burma.

On the morning of April 2nd, 1933, his housekeeper, a middle-aged woman, was startled by a glare of brilliant light which issued from the half-open door of Milwarp's study. It was as if the whole room were in flames. Horrified, the woman hastened to investigate. Entering the study, she saw her master sitting in an armchair at the table, wearing the rich, somber robes of Chinese brocade which he affected as a dressing-gown. He sat stiffly erect, a pen clutched unmoving in his fingers on the open pages of a manuscript volume. About him, in a sort of nimbus, glowed and flickered the strange light; and her only thought was that his garments were on fire.

She ran toward him, crying out a warning. At that moment the weird nimbus brightened intolerably, and the wan early dayshine, the electric bulbs that still burned to attest the night's labor, were alike blotted out. It seemed to the housekeeper that something had gone wrong with the room itself; for the walls and table vanished, and a great, luminous gulf opened before her; and on the verge of the gulf, in a seat that was not his cushioned armchair but a huge and rough-hewn seat of stone, she beheld her master stark and rigid. His heavy brocaded robes were gone, and about him, from head to foot, were blinding coils of pure white fire, in the form of linked chains. She could not endure the brilliance of the chains, and cowering back, she shielded her eyes with her hands. When she dared to look again, the weird glowing had faded, the room was as usual; and Milwarp's motionless figure was seated at the table in the posture of writing.

Shaken and terrified as she was, the woman found courage to approach her master. A hideous smell of burnt flesh arose from beneath his garments, which were wholly intact and without visible trace of fire. He was dead, his fingers clenched on the pen and his features frozen in a stare of tetanic agony. His neck and wrists were completely encircled by frightful burns that had charred them deeply. The coroner, in his examination, found that these burns, preserving an outline as of heavy links, were extended in long unbroken spirals around the arms and legs and torso. The burning was apparently the cause of Milwarp's death: it was as if iron chains, heated to incandescence, had been wrapped about him.

Small credit was given to the housekeeper's story of what she had seen. No one, however, could suggest an acceptable explanation of the bizarre mystery. There was, at the time, much aimless discussion; but, as I have hinted, people soon turned to other matters. The efforts made to solve the riddle were somewhat perfunctory. Chemists tried to determine the nature of a queer drug, in the form of a gray powder with pearly granules, to whose use Milwarp had become addicted. But their tests merely revealed the presence of an alkaloid whose source and attributes were obscure to Western science.

Day by day, the whole incredible business lapsed from public attention; and those who had known Milwarp began to display the forgetfulness that was no less unaccountable than his weird doom. The housekeeper, who had held steadfastly in the beginning to her story, came at length to share the common dubiety. Her account, with repetition, became vague and contradictory; detail by detail, she seemed to forget the abnormal circumstances that she had witnessed with overwhelming horror.

The manuscript volume, in which Milwarp had apparently been writing at the time of death, was given into my charge with his other papers. It proved to be a diary, its last entry breaking off abruptly. Since reading the diary, I have hastened to transcribe it in my own hand, because, for some mysterious reason, the ink of the original is already fading and has become almost illegible in places.

The reader will note certain lacunae, due to passages written in an alphabet which neither I nor any scholar of my acquaintance can transliterate. These passages seem to form an integral part of the narrative, and they occur mainly toward the end, as if the writer had turned more and more to a language remembered from his ancient avatar. To the same mental reversion one must attribute the singular dating, in which Milwarp, still employing English script, appears to pass from our contemporary notation to that of some premundane world.

I give hereunder the entire diary, which begins with an undated footnote:

This book, unless I have been misinformed concerning the qualities of the drug souvara, will be the record of my former life in a lost cycle. I have had the drug in my possession for seven months, but fear has prevented me from using it. Now, by certain tokens, I perceive that the longing for knowledge will soon overcome the fear. Ever since my earliest childhood I have been troubled by intimations, dim, unplaceable, that seemed to argue a forgotten existence. These intimations partook of the nature of feelings rather than ideas or images: they were like the wraiths of dead memories. In the background of my mind there has lurked a sentiment of formless, melancholy desire for some nameless beauty long perished out of time. And, coincidentally, I have been haunted by an equally formless dread, an apprehension as of some bygone but still imminent doom.

Such feelings have persisted, undiminished, throughout my youth and maturity, but nowhere have I found any clue to their causation. My travels in the mystic Orient, my delvings into occultism have merely convinced me that these shadowy intuitions pertain to some incarnation buried under the wreck of remotest cycles.

Many times, in my wanderings through Buddhistic lands, I had heard of the drug souvara, which is believed to restore, even for the uninitiate, the memory of other lives. And at last, after many vain efforts, I managed to procure a

supply of the drug. The manner in which I obtained it is a tale sufficiently remarkable in itself, but of no special relevance here. So far — perhaps because of that apprehension which I have hinted — I have not dared to use the drug.

March 9th, 1933. This morning I took souvara for the first time, dissolving the proper amount in pure distilled water as I had been instructed to do. Afterward I leaned back easily in my chair, breathing with a slow, regular rhythm. I had no preconceived idea of the sensations that would mark the drug's initial effect, since these were said to vary prodigiously with the temperament of the users; but I composed myself to await them with tranquility, after formulating clearly in my mind the purpose of the experiment. For a while there was no change in my awareness. I noticed a slight quickening of the pulse, and modulated my breathing in conformity with this. Then, by slow degrees, I experienced a sharpening of visual perception. The Chinese rugs on the floor, the backs of the serried volumes in my bookcases, the very wood of chairs, table and shelves, began to exhibit new and unimagined colors. At the same time there were curious alterations of outline, every object seeming to extend itself in a hitherto unsuspected fashion. Following this, my surroundings became semi-transparent, like molded shapes of mist. I found that I could see through the marbled cover the illustrations in a volume of John Martin's edition of *Paradise Lost*, which lay before me on the table.

All this, I knew, was a mere extension of ordinary physical vision. It was only a prelude to those apperceptions of occult realms which I sought through souvara. Fixing my mind once more on the goal of the experiment, I became aware that the misty walls had vanished like a drawn arras. About me, like reflections in rippled water, dim sceneries wavered and shifted, erasing one another from instant to instant. I seemed to hear a vague but ever-present sound, more musical than the murmurs of air, water or fire, which was a property of the unknown element that environed me.

With a sense of troublous familiarity, I beheld the blurred unstable pictures which flowed past me upon this never-resting medium. Orient temples, flashing

with sun-struck bronze and gold; the sharp, crowded gables and spires of medieval cities; tropic and northern forests; the costumes and physiognomies of the Levant, of Persia, of old Rome and Carthage, went by like blown, flying mirages. Each succeeding tableau belonged to a more ancient period than the one before it — and I knew that each was a scene from some former existence of my own.

Still tethered, as it were, to my present self, I reviewed these visible memories, which took on tri-dimensional depth and clarity. I saw myself as warrior and troubadour, as noble and merchant and mendicant. I trembled with dead fears, I thrilled with lost hopes and raptures, and was drawn by ties that death and Lethe had broken. Yet never did I fully identify myself with those other avatars: for I knew well that the memory I sought pertained to some incarnation of older epochs.

Still the fantasmagoria streamed on, and I turned giddy with vertigo ineffable before the vastness and diurnity of the cycles of being. It seemed that I, the watcher, was lost in a gray land where the homeless ghosts of all dead ages went fleeing from oblivion to oblivion.

The walls of Nineveh, the columns and towers of unnamed cities, rose before me and were swept away. I saw the luxuriant plains that are now the Gobi desert. The sealost capitals of Atlantis were drawn to the light in unquenched glory. I gazed on lush and cloudy scenes from the first continents of Earth. Briefly I relived the beginnings of terrestrial man — and knew that the secret I would learn was ancients even than these.

My visions faded into black voidness — and yet, in that void, through fathomless eons, it seemed that I existed still like a blind atom in the space between the worlds. About me was the darkness and repose of that night which antedated the Earth's creation. Time flowed backward with the silence of dreamless sleep....

The illumination, when it came, was instant and complete. I stood in the full, fervid blaze of day amid royally towering blossoms in a deep garden, beyond whose lofty, vine-clad walls I heard the confused murmuring of the great city called Kalood. Above me, at their vernal zenith, were the four small suns that illumed the planet Hestan. Jewel-colored insects fluttered about me, lighting without fear on the rich habiliments of gold and black, enwrought with astronomic symbols, in which I was attired. Beside me was a dial-shaped altar of zoned agate, carved with the same symbols, which were those of the dreadful omnipotent time-god, Aforgomon, whom I served as a priest.

I had not even the slightest memory of myself as John Milwarp, and the long pageant of my terrestrial lives was as something that had never been — or was yet to be. Sorrow and desolation choked my heart as ashes fill some urn consecrated to the dead; and all the hues and perfumes of the garden about me were redolent only of the bitterness of death. Gazing darkly upon the altar, I muttered blasphemy against Aforgomon, who, in his inexorable course, had taken away my beloved and had sent no solace for my grief. Separately I cursed the signs upon the altar: the stars, the worlds, the suns, the moons, that meted and fulfilled the processes of time. Belthoris, my betrothed, had died at the end of the previous autumn: and so, with double maledictions, I cursed the stars and planets presiding over that season.

I became aware that a shadow had fallen beside my own on the altar, and knew that the dark sage and sorcerer Atmox had obeyed my summons. Fearfully but not without hope I turned toward him, noting first of all that he bore under his arm a heavy, sinister-looking volume with covers of black steel and hasps of adamant. Only when I had made sure of this did I lift my eyes to his face, which was little less somber and forbidding than the tome he carried.

"Greeting, O Calaspa," he said harshly. "I have come against my own will and judgment. The lore that you request is in this volume; and since you saved me in former years from the inquisitorial wrath of the time-god's priests, I cannot refuse to share it with you. But understand well that even I, who have called upon names that are dreadful to utter, and have evoked forbidden presences,

shall never dare to assist you in this conjuration. Gladly would I help you to hold converse with the shadow of Belthoris, or to animate her still unwithered body and draw it forth from the tomb. But that which you purpose is another matter. You alone must perform the ordained rites, must speak the necessary words: for the consequences of this thing will be direr than you deem.'

"I care not for the consequences," I replied eagerly, "if it be possible to bring back the lost hours which I shared with Belthoris. Think you that I could content myself with her shadow, wandering thinly back from the Borderland? Or that I could take pleasure in the fair clay that the breath of necromancy has troubled and has made to arise and walk without mind or soul? Nay, the Belthoris I would summon is she on whom the shadow of death has never yet fallen!

It seemed that Atmox, the master of doubtful arts, the vassal of umbrageous powers, recoiled and blanched before my vehement declaration.

"Bethink you," he said with minatory sternness, "that this thing will constitute a breach of the sacred logic of time and a blasphemy against Aforgomon, god of the minutes and the cycles. Moreover, there is little to be gained: for not in its entirety may you bring back the season of your love, but only one single hour, torn with infinite violence from its rightful period in time.... Refrain, I adjure you, and content yourself with a lesser sorcery."

"Give me the book," I demanded. "My service to Aforgomon is forfeit. With due reverence and devotion I have worshipped the time-god, and have done in his honor the rites ordained from eternity; and for all this the god has betrayed me."

Then, in that high-climbing, luxuriant garden beneath the four suns, Atmox opened the adamantine clasps of the steel-bound volume; and, turning to a certain page, he laid the book reluctantly in my hands. The page, like its fellows, was of some unholy parchment streaked with musty discolorations and blackening at the margin with sheer antiquity; but upon it shone unquenchably the dread characters a primal age had written with an ink bright as the newshed

ichor of demons. Above this page I bent in my madness, conning it over and over till I was dazzled by the fiery runes; and, shutting my eyes, I saw them burn on a red darkness, still legible, and writhing like hellish worms.

Hollowly, like the sound of a far bell, I heard the voice of Atmox: "You have learned, O Calaspa, the unutterable name of that One whose assistance can alone restore the fled hours. And you have learned the incantation that will rouse that hidden power, and the sacrifice needed for its propitiation. Knowing these things, is your heart still strong and your purpose firm?"

The name I had read in the wizard volume was that of the chief cosmic power antagonistic to Aforgomon; the incantation and the required offering were those of a foul demonolatry. Nevertheless, I did not hesitate, but gave resolute affirmative answer to the somber query of Atmox.

Perceiving that I was inflexible, he bowed his head, trying no more to dissuade me. Then, as the flame-runed volume had bade me do, I defiled the altar of Aforgomon, blotting certain of its prime symbols with dust and spittle.

While Atmox looked on in silence, I wounded my right arm to its deepest vein on the sharp-tipped gnomon of the dial; and, letting the blood drip from zone to zone, from orb to orb on the graven agate, I made unlawful sacrifice, and intoned aloud, in the name of the Lurking Chaos, Xexanoth, an abominable ritual composed by a backward repetition and jumbling of litanies sacred to the time-god.

Even as I chanted the incantation, it seemed that webs of shadow were woven foully athwart the suns; and the ground shook a little, as if colossal demons trod the world's rim, striding stupendously from abysses beyond. The garden walls and trees wavered like a wind-blown reflection in a pool; and I grew faint with the loss of that life-blood I had poured out in demonolatrous offering. Then, in my flesh and in my brain, I felt the intolerable racking of a vibration like the long-drawn shock of cities riven by earthquake, and coasts crumbling before some chaotic sea; and my flesh was torn and harrowed, and

my brain shuddered with the toneless discords sweeping through me from deep to deep.

I faltered, and confusion gnawed at my inmost being. Dimly I heard the prompting of Atmox, and dimmer still was the sound of my own voice that made answer to Xexanoth, naming the impious necromancy which was to be effected only through its power. Madly I implored from Xexanoth, in despite of time and its ordered seasons, one hour of that bygone autumn which I had shared with Belthoris; and imploring this, I named no special hour: for all, in memory, had seemed of an equal joy and gladness.

As the words ceased upon my lips, I thought that darkness fluttered in the air like a great wing; and the four suns went out, and my heart was stilled as if in death. Then the light returned, falling obliquely from suns mellow with full-tided autumn; and nowhere beside me was there any shadow of Atmox; and the altar of zoned agate was bloodless and undefiled. I, the lover of Belthoris, witting not of the doom and sorrow to come, stood happily with my beloved before the altar, and saw her young hands crown its ancient dial with the flowers we had plucked from the garden.

Dreadful beyond all fathoming are the mysteries of time. Even I, the priest and initiate, though wise in the secret doctrines of Aforgomon, know little enough of that elusive, ineluctable process whereby the present becomes the past and the future resolves itself into the present. All men have pondered the riddles of duration and transience; have wondered, vainly, to what bourn the lost days and the sped cycles are consigned. Some have dreamt that the past abides unchanged, becoming eternity as it slips from our mortal ken; and others have deemed that time is a stairway whose steps crumble one by one behind the climber, falling into a gulf of nothing.

Howsoever this may be, I know that she who stood beside me was the Belthoris on whom no shadow of mortality had yet descended. The hour was one new-born in a golden season; and the minutes to come were pregnant with all wonder and surprise belonging to the untried future.

Taller was my beloved than the frail, unbowed lilies of the garden. In her eyes was the sapphire of moonless evenings sown with small golden stars. Her lips were strangely curved, but only blitheness and joy had gone to their shaping. She and I had been betrothed from our childhood, and the time of the marriage-rites was now approaching. Our intercourse was wholly free, according to the custom of that world. Often she came to walk with me in my garden and to decorate the altar of that god whose revolving moons and suns would soon bring the season of our felicity.

The moths that flew about us, winged with aerial cloth-of-gold, were no lighter than our hearts. Making blithe holiday, we fanned our frolic mood to a high flame of rapture. We were akin to the full-hued, climbing flowers, the swift-darting insects, and our spirits blended and soared with the perfumes that were drawn skyward in the warm air. Unheard by us was the loud murmuring of the mighty city of Kalood lying beyond my garden walls; for us the many-peopled planet known as Hestan no longer existed; and we dwelt alone in a universe of light, in a blossomed heaven. Exalted by love in the high harmony of those moments, we seemed to touch eternity; and even I, the priest of Aforgomon, forgot the blossom-fretting days, the system-devouring cycles.

In the sublime folly of passion, I swore then that death or discord could never mar the perfect communion of our hearts. After we had wreathed the altar, I sought the rarest, the most delectable flowers; frail-curving cups of winewashed pearl, of moony azure and white with scrolled purple lips; and these I twined, between kisses and laughter, in the blaze maze of Belthoris' hair; saying that another shrine than that of time should receive its due offering.

Tenderly, with a lover's delay, I lingered over the wreathing; and, ere I had finished, there fluttered to the ground beside us a great, crimson-spotted moth whose wing had somehow been broken in its airy voyaging through the garden. And Belthoris, ever tender of heart and pitiful, turned from me and took up the moth in her hands; and some of the bright blossoms dropped from her hair unheeded. Tears welled from her deep blue eyes; and seeing that the moth was

sorely hurt and would never fly again, she refused to be comforted; and no longer would she respond to my passionate wooing. I, who grieved less for the moth than she, was somewhat vexed; and between her sadness and my vexation, there grew between us some tiny, temporary rift....

Then, ere love had ended the misunderstanding; then while we stood before the dread altar of time with sundered hands, with eyes averted from each other, it seemed that a shroud of darkness descended upon the garden. I heard the crash and crumbling of shattered worlds, and a black flowing of ruinous things that went past me through the darkness. The dead leaves of winter were blown about me, and there was a falling of tears or rain.... Then the vernal suns came back, high-stationed in cruel splendor; and with them came the knowledge of all that had been, of Belthoris' death and my sorrow, and the madness that had led to forbidden sorcery. Vain now, like all other hours, was the resummoned hour; and doubly irredeemable was my loss. My blood dripped heavily on the dishallowed altar, my faintness grew deathly, and I saw through murky mist the face of Atmox beside me; and the face was like that of some comminatory demon....

March 13th. I, John Milwarp, write this date and my name with an odd dubiety. My visionary experience under the drug souvara ended with that rilling of my blood on the symbolized dial, that glimpse of the terror-distorted face of Atmox. All this was in another world, in a life removed from the present by births and deaths without number; and yet, it seems, not wholly have I returned from the twice-ancient past. Memories, broken but strangely vivid and living, press upon me from the existence of which my vision was a fragment; and portions of the lore of Hestan, and scraps of its history, and words from its lost language, arise unbidden in my mind.

Above all, my heart is still shadowed by the sorrow of Calaspa. His desperate necromancy, which would seem to others no more than a dream within a dream, is stamped as with fire on the black page of recollection. I know the awfulness of the god he had blasphemed; and the foulness of the demonolatry he had done, and the sense of guilt and despair under which he

swooned. It is this that I have striven all my life to remember, this which I have been doomed to re-experience. And I fear with a great fear the further knowledge which a second experiment with the drug will reveal to me.

The next entry of Milwarp's diary begins with a strange dating in English script: 'The second day of the moon Occalat, in the thousand-and-ninth year of the Red Eon.' This dating, perhaps, is repeated in the language of Hestan: for, directly beneath it, a line of unknown ciphers is set apart. Several lines of the subsequent text are in the alien tongue; and then, as if by an unconscious reversion, Milwarp continues the diary in English. There is no reference to another experiment with souvara: but apparently such had been made, with a continued revival of his lost memories.

...What genius of the nadir gulf had tempted me to this thing and had caused me to overlook the consequences? Verily, when I called up for myself and Belthoris an hour of former autumn, with all that was attendant upon the hour, that bygone interim was likewise evoked and repeated for the whole world Hestan, and the four suns of Hestan. From the full midst of spring, all men had stepped backward into autumn, keeping only the memory of things prior to the hour thus resurrected, and knowing not the events future to the hour. But, returning to the present, they recalled with amazement the unnatural necromancy; and fear and bewilderment were upon them; and none could interpret the meaning.

For a brief period, the dead had lived again; the fallen leaves had returned to the bough; the heavenly bodies had stood at a long-abandoned station; the flower had gone back into the seed, the plant into the root. Then, with eternal disorder set among all its cycles, time had resumed its delayed course.

No movement of any cosmic body, no year or instant of the future, would be precisely as it should have been. The error and discrepancy I had wrought would bear fruit in ways innumerable. The suns would find themselves at fault; the worlds and atoms would go always a little astray from their appointed bourns.

It was of these matters that Atmox spoke, warning me, after he had staunched my bleeding wound. For he too, in that relumined hour, had gone back and had lived again through a past happening. For him the hour was one in which he had descended into the nether vaults of his house. There, standing in a many-pentacled circle, with burning of unholy incense and uttering of accurst formulae, he had called upon a malign spirit from the bowels of Hestan and had questioned it concerning the future. But the spirit, black and voluminous as the fumes of pitch, refused to answer him directly and pressed furiously with its clawed members against the confines of the circle. It said only: "Thou hast summoned me at thy peril. Potent are the spells thou hast used, and strong is the circle to withstand me, and I am restrained by time and space from the wreaking of my anger upon thee. But haply thou shalt summon me again, albeit in the same hour of the same autumn; and in that summoning the laws of time shall be broken, and a rift shall be made in space; and through the rift, though with some delay and divagation, I will yet win to thee."

Saying no more, it prowled restlessly about the circle; and its eyes burned down upon Atmox like embers in a highlifted sooty brazier; and ever and anon its fanged mouth was flattened on the spell-defended air. And in the end he could dismiss it only after a double repetition of the form of exorcism.

As he told me this tale in the garden, Atmox trembled; and his eyes searched the narrow shadows wrought by the high suns; and he seemed to listen for the noise of some evil thing that burrowed toward him beneath the earth.

Fourth day of the moon Occalat. Stricken with terrors beyond those of Atmox, I kept apart in my mansion amid the city of Kalood. I was still weak with the loss of blood I had yielded to Xexanoth; my senses were full of strange shadows; my servitors, coming and going about me, were as phantoms, and scarcely I heeded the pale fear in their eyes or heard the dreadful things they whispered.... Madness and chaos, they told me, were abroad in Kalood; the divinity of Aforgomon was angered. All men thought that some baleful doom

impended because of that unnatural confusion which had been wrought among the hours of time.

This afternoon they brought me the story of Atmox's death. In bated tones they told me how his neophytes had heard a roaring as of a loosed tempest in the chamber where he sat alone with his wizard volumes and paraphernalia. Above the roaring, for a little, human screams had sounded, together with a dashing as of hurled censers and braziers, a crashing as of overthrown tables and tomes. Blood rilled from under the shut door of the chamber, and, rilling, it took from instant to instant the form of dire ciphers that spelt an unspeakable name. After the noises had ceased, the neophytes waited a long while ere they dared to open the door. Entering at last, they saw the floor and the walls heavily bespattered with blood, and rags of the sorcerer's raiment mingled everywhere with the sheets of his torn volumes of magic, and the shreds and manglings of his flesh strewn amid broken furniture, and his brains daubed in a horrible paste on the high ceiling.

Hearing this tale, I knew that the earthly demon feared by Atmox had found him somehow and had wreaked its wrath upon him. In ways unguessable, it had reached him through the chasm made in ordered time and space by one hour repeated through necromancy. And because of that lawless chasm, the magician's power and lore had utterly failed to defend him from the demon....

Fifth day of the moon Occalat. Atrnox, I am sure, had not betrayed me: for in so doing, he must have betrayed his own implicit share in my crime.... Howbeit, this evening the priests came to my house ere the setting of the westernmost sun: silent, grim, with eyes averted as if from a foulness innominable. Me, their fellow, they enjoined with loth gestures to accompany them....

Thus they took me from my house and along the thoroughfares of Kalood toward the lowering suns. The streets were empty of all other passers, and it seemed that no man desired to meet or behold the blasphemer....

Down the avenue of gnomon-shaped pillars, I was led to the portals of Aforgomon's fane: those awfully gaping portals arched in the likeness of some devouring chimera's mouth....

Sixth day of the moon Occalat. They had thrust me into an oubliette beneath the temple, dark, noisome and soundless except for the maddening, measured drip of water beside me. There I lay and knew not when the night passed and the morning came. Light was admitted only when my captors opened the iron door, coming to lead me before the tribunal...

...Thus the priests condemned me, speaking with one voice in whose dreadful volume the tones of all were indistinguishably blended. Then the aged high-priest Helpenor called aloud upon Aforgomon, offering himself as a mouthpiece to the god, and asking the god to pronounce through him the doom that was adequate for such enormities as those of which I had been judged guilty by my fellows.

Instantly, it seemed, the god descended into Helpenor; and the figure of the high-priest appeared to dilate prodigiously beneath his mufflings; and the accents that issued from his mouth were like thunders of the upper heaven:

"O Calaspa, thou hast set disorder amid all future hours and eons through this evil necromancy. Thereby, moreover, thou hast wrought thine own doom: fettered art thou for ever to the hour thus unlawfully repeated, apart from its due place in time. According to hieratic rule, thou shalt meet the death of the fiery chains: but deem not that this death is more than the symbol of thy true punishment. Thou shalt pass hereafter through other lives in Hestan, and shalt climb midway in the cycles of the world subsequent to Hestan in time and space. But through all thine incarnations the chaos thou hast invoked will attend thee widening ever like a rift. And always, in all thy lives, the rift will bar thee from reunion with the soul of Belthoris; and always, though merely by an hour, thou shalt miss the love that should otherwise have been oftentimes regained.

"At last, when the chasm has widened overmuch, thy soul shall fare no farther in the onward cycles of incarnation. At that time it shall be given thee to remember clearly thine ancient sin; and remembering, thou shalt perish out of time. Upon the body of that latter life shall be found the charred imprint of the chains, as the final token of thy bondage. But they that knew thee will soon forget, and thou shalt belong wholly to the cycles limited for thee by thy sin."

March 29th. I write this date with infinite desperation, trying to convince myself that there is a John Milwarp who exists on Earth, in the Twentieth Century. For two days running, I have not taken the drug souvara: and yet I have returned twice to that oubliette of Aforgomon's temple, in which the priest Calaspa awaits his doom. Twice I have been immersed in its stagnant darkness, hearing the slow drip of water beside me, like a clepsydra that tells the black ages of the damned.

Even as I write this at my library table, it seems that an ancient midnight plucks at the lamp. The bookcases turn to walls of oozing, nighted stone. There is no longer a table ... nor one who writes... and I breathe the noisome dankness of a dungeon lying unfathomed by any sun, in a lost world.

Eighteenth day of the moon Occalat. Today, for the last time, they took me from my prison. Helpenor, together with three others, came and led me to the adytum of the god. Far beneath the outer temple we went, through spacious crypts unknown to the common worshippers. There was no word spoken, no glance exchanged between the others and me; and it seemed that they already regarded me as one cast out from time and claimed by oblivion.

We came ultimately to that sheer-falling gulf in which the spirit of Aforgomon is said to dwell. Lights, feeble and far-scattered, shone around it like stars on the rim of cosmic vastness, shedding no ray into the depths. There, in a seat of hewn stone overhanging the frightful verge, I was placed by the executioners; and a ponderous chain of black unruined metal, stapled to the solid rock, was wound about and about me, circling my naked body and separate limbs, from head to foot.

To this doom, others had been condemned for heresy or impiety... though never for a sin such as mine. After the chaining of the victim, he was left for a stated interim, to ponder his crime — and haply to confront the dark divinity of Aforgomon. At length, from the abyss into which his position forced him to peer, a light would dawn, and a bolt of strange flame would leap upward, striking the many coiled chain about him and heating it instantly to the whiteness of candescent iron. The source and nature of the flame were mysterious, and many ascribed it to the god himself rather than to mortal agency....

Even thus they have left me, and have gone away. Long since the burden of the massy links, cutting deeper and deeper into my flesh, has become an agony. I am dizzy from gazing downward into the abyss — and yet I cannot fall. Beneath, immeasurably beneath, at recurrent intervals, I hear a hollow and solemn sound. Perhaps it is the sigh of sunken waters ... of cavern-straying winds ... or the respiration of One that abides in the darkness, meting with his breath the slow minutes, the hours, the days, the ages.... My terror has become heavier than the chain, my vertigo is born of a two-fold gulf....

Eons have passed by and all the worlds have ebbed into nothingness, like wreckage borne on a chasm-falling stream, taking with them the lost face of Belthoris. I am poised above the gaping maw of the Shadow.... Somehow, in another world, an exile phantom has written these words... a phantom who must fade utterly from time and place, even as I, the doomed priest Calaspa. I cannot remember the name of the phantom.

Beneath me, in the black depths, there is an awful brightening...

LA CADENA DE AFORGOMON

CLARK ASHTON SMITH

RESULTA verdaderamente raro que John Milwarp haya caído tan rápidamente en este olvido a medias. Sus libros, tratando la vida oriental con un estilo algo florido y romántico, eran populares hace unos pocos meses. Pero ahora, a pesar de su variedad, perspicacia y convincente magia verbal, son mencionados raras veces; y parecen haberse desvanecido inexplicablemente de los estantes de bibliotecas y librerías.

Incluso el misterio de la muerte de Milwarp, que confundió tanto a la Ley como a la Ciencia, no ha despertado más que un interés pasajero, un nerviosismo que se apagó prontamente y fue olvidado.

Estaba bastante bien familiarizado con Milwarp a lo largo de un periodo de años. Pero mis recuerdos de aquel hombre se están volviendo extrañamente borrosos, como una imagen en un espejo empañado. Su oscura y medio alienada personalidad, su preocupación por lo oculto, su inmenso conocimiento de la vida y la sabiduría del Oriente, son cosas que recuerdo con el mismo esfuerzo y vaguedad con que se recuerda un sueño. A veces, casi dudo de que alguna vez haya existido. Es como si el hombre, con todo lo relativo a él, estuviese siendo borrado del recuerdo humano mediante una misteriosa aceleración del proceso normal del olvido.

En su testamento me nombraba a mí su albacea. Vanamente, he intentado despertar el interés de los editores en la novela que dejó entre sus papeles: una novela que sin duda no es inferior a nada que escribiese. Dicen que su moda ha pasado. Ahora, publico como un cuento en una revista el contenido del diario llevado por Milwarp, durante el periodo que precedió a su fallecimiento.

Quizá, para aquellas personas que sean abiertas de mente, este diario explicará el misterio de su muerte. Parece que las circunstancias de su muerte están prácticamente olvidadas, así que las repetiré aquí como parte de mi esfuerzo para mantener, y perpetuar, la memoria de Milwarp.

Milwarp había regresado a su hogar de San Francisco después de un largo viaje a través de Indochina. Los que le conocimos dedujimos que había ido a lugares rara vez frecuentados por los occidentales. En el momento de su muerte, justo acababa de terminar de corregir las pruebas de imprenta de una novela que trataba de los aspectos de Burma más románticos y misteriosos.

En la mañana del 2 de abril de 1933, su ama de llaves, una mujer madura, fue asustada por un resplandor de luz brillante que salía de la puerta entornada del estudio de Milwarp. Parecía como si el cuarto entero estuviese ardiendo. Entrando en el estudio, vio a su señor sentado en su sillón, vistiendo la túnica de lustroso y oscuro brocado chino que acostumbraba emplear como bata. Estaba sentado rígidamente erguido, con una pluma agarrada entre sus dedos inmóviles sobre las páginas abiertas de un volumen manuscrito. En torno a él, formando una especie de aureola, brillaba y parpadeaba la extraña luz; y lo único que se le ocurrió a ella es que sus ropas podían estar ardiendo.

Corrió hacia él, gritando una advertencia. En ese momento, la extraña aureola adquirió un brillo intolerable que borró por igual los débiles rayos del sol temprano y las luces eléctricas, que, al estar encendidas, atestiguaban la noche de trabajo. Le pareció al ama de llaves que algo estaba mal con la propia casa; porque las paredes y la mesa desaparecieron y un gran espacio luminoso se abrió ante ella.

Y al borde de aquel abismo, sentado no sobre su sillón con almohadones habitual, sino sobre un asiento de piedra, enorme y tosco, contempló a su señor, tieso y rígido. Su pesada túnica de brocado había desaparecido, y en torno a él, de la cabeza a los pies, había lazos cegadores de puro fuego blanco que tenían la forma de eslabones de una cadena. Ella no podía soportar el brillo de las cadenas, y, retrocediendo, se tapó los ojos con las manos.

Cuando se atrevió a mirar de nuevo, el extraño brillo se había apagado, el cuarto estaba como de costumbre, y la figura inmóvil de Milwarp se hallaba sentada a la mesa, en postura de escribir.

Asustada y aterrorizada, la mujer reunió el valor para acercarse a su señor. Un asqueroso olor a carne quemada salía de debajo de sus prendas, que estaban completamente intactas y sin señal aparente de fuego. Estaba muerto, sus dedos agarraban con fuerza la pluma, y sus facciones estaban congeladas en una mirada de agonía tetánica. Su cuello y sus muñecas estaban completamente rodeados por terribles quemaduras que los habían dañado profundamente. El forense, al realizar la autopsia, descubrió que estas quemaduras, manteniendo la silueta de pesados eslabones, se extendían en largas espirales ininterrumpidas a lo largo de las piernas, los brazos y el torso. Las quemaduras eran, aparentemente, la causa de la muerte de Milwarp: era como si cadenas de hierro, calentadas al rojo vivo, hubieran sido envueltas en torno a él.

Se hizo poco caso a lo que el ama de llaves contó sobre lo que había visto. Nadie, sin embargo, pudo sugerir una explicación aceptable para el extraño misterio. Hubo, en aquel momento, muchas discusiones vanas: pero, como he indicado, la gente pronto dedicó su atención a otros asuntos.

Los esfuerzos que se realizaron para resolver el enigma fueron, un poco, para guardar las apariencias.

Los químicos intentaron determinar la naturaleza de la rara droga a la que Milwarp se había convertido en un adicto, bajo la forma de un polvo gris, con gránulos como perlas. Pero sus pruebas sólo sirvieron para revelar la presencia de un alcaloide, cuyo origen y atributos eran desconocidos para la ciencia occidental.

Día a día, todo el extraño asunto fue saliendo de la atención del público, y quienes habían conocido a Milwarp empezaron a mostrar ese olvido que era no menos inexplicable que su extraña muerte.

El ama de llaves, quien al principio se había mantenido firmemente en su historia, comenzó, al cabo, a compartir las dudas generales. Su historia, a base de repetirla, se volvió vaga y contradictoria: detalle a detalle, parecía olvidarse de las circunstancias anormales que había contemplado abrumada por el horror.

El volumen manuscrito en el que Milwarp había estado escribiendo en el momento de su muerte, según las apariencias, fue entregado a mi cuidado

junto a sus otros papeles. Resultó ser un diario, cuya última entrada se interrumpe abruptamente. Después de leer el diario, me he apresurado a transcribirlo a mi propia letra, porque, por alguna causa misteriosa, la tinta del original empieza a borrarse y a ser ilegible en algunas partes.

El lector notará algunas lagunas a causa de fragmentos que ni yo ni ningún estudioso que conozca somos capaces de traducir. Estos pasajes parecen constituir una parte integral de la narración, y aparecen, principalmente, hacia el final, como si el escritor se hubiese inclinado cada vez más por un lenguaje recordado de su antigua encarnación. A idéntica inversión mental debe uno atribuir el raro sistema de fechas, en el que Milwarp, aun escribiendo en inglés, parece pasar de nuestro calendario convencional a uno de algún mundo prehumano.

A continuación, reproduzco el diario completo, que comienza con una anotación sin fecha.

Este libro, a no ser que haya sido erróneamente informado sobre las virtudes de la droga *souvara*, será una memoria de mi vida anterior en un ciclo de tiempo perdido. La droga ha estado en mi posesión desde hace siete meses, pero el miedo me ha impedido utilizarla. Ahora, basado en ciertas señales, noto cómo el deseo de saber pronto vencerá el miedo.

Ya desde mi más temprana infancia, he estado preocupado por sugerencias, vagas e ilocalizables, que parecían sugerir una vida olvidada. Estas sugerencias tomaban la forma de sentimientos más que de ideas o imágenes: eran como los espectros de recuerdos muertos.

En el fondo de mi mente ha habitado un sentimiento, sin forma definida, de melancólico deseo de una belleza sin nombre, largo tiempo perecida. Y, coincidiendo, he sido perseguido por un miedo, igualmente sin forma, un temor de una condena, pasada pero todavía inminente.

Sentimientos semejantes han persistido, sin apagarse, durante mi juventud y mi madurez, pero en ningún lugar he encontrado una pista relativa a su causa. Mis viajes por el místico Oriente, mis prácticas de ocultismo, solamente han servido para convencerme de que esas intuiciones indefinidas pertenecen a una encarnación enterrada bajo los escombros de incontables ciclos temporales.

Muchas veces a lo largo de mis vagabundeos por países budistas, he oído hablar de la droga *souvara*, que restaura, incluso para aquel que no es un iniciado, el recuerdo de otras vidas. Y, por fin, después de muchos esfuerzos en vano, he conseguido procurarme cierta cantidad de la droga.

La manera en que la he conseguido constituye por sí misma una historia notable, pero que aquí no tiene especial importancia. Hasta el momento — quizá a causa de ese miedo que he mencionado—, no me he atrevido a consumir la droga.

9 de marzo de 1933. Esta mañana tomé *souvara* por primera vez, disolviendo la cantidad adecuada en agua pura destilada tal y como me habían enseñado. Después, me eché atrás relajado en mi silla, respirando con un ritmo lento y regular. No tenía ideas preconcebidas sobre cuál sería la sensación que marcaría el efecto inicial de la droga, ya que se decía que éstos variaban de una manera prodigiosa, según el temperamento del usuario; pero me acomodé para esperarlos con tranquilidad, después de formular claramente en mi cerebro el propósito del experimento.

Durante un rato, no hubo cambio alguno en mi conciencia. Noté una ligera aceleración del pulso, y modulé mi respiración conforme a esto. Entonces, lenta y gradualmente, experimenté percepciones visuales agudizadas. Las alfombras chinas en el suelo, los lomos de los libros apiñados en las estanterías, la propia madera de la mesa, sillas y estantes, comenzaron a mostrar colores inimaginables. Al mismo tiempo, hubo una curiosa alteración en la silueta, cada objeto parecía extenderse de una manera hasta el momento insospechada.

Siguiendo a esto, mi entorno se volvió translúcido, como sombras modeladas con niebla. Descubrí que, a través de la portada jaspeada, podía ver las ilustraciones para la edición de John Martin de *El paraíso perdido*, que descansaba en la mesa frente a mí.

Todo esto, supe, no era más que la extensión de mi vista física ordinaria. Era sólo un prelude para esas percepciones de reinos ocultos que yo buscaba mediante la *souvara*. Concentrando nuevamente mi mente en el fin de mi experimento, me di cuenta de que las paredes neblinosas habían desaparecido como un telón que se aparta. En torno a mí, como reflejos en agua revuelta,

vagos paisajes temblaban y cambiaban, borrando uno a otro en un instante. Me parecía escuchar un sonido vago, pero continuamente presente, más musical que el murmullo del aire, del fuego o del agua, que era una propiedad del elemento desconocido que me rodeaba.

Con una sensación de confusa familiaridad, contemplé los cuadros, borrosos e inestables, que fluían ante mí en este medio incansable. Templos orientales que brillaban cuando el sol tocaba el bronce y el oro; los afilados techos y veletas amontonados de ciudades medievales; bosques del norte y tropicales; los vestidos y fisonomías de Levante, de Persia, de la antigua Roma y de Cartago, pasaron como imágenes sopladadas por el viento. Cada cuadro sucesivo pertenecía a una época más antigua que el anterior..., y supe que cada uno era una escena de una de mis vidas anteriores a la actual.

Atado aún, según las apariencias, a mi ser actual, repasé estos recuerdos visibles, que tomaban una claridad y una profundidad tridimensionales. Me vi a mí mismo como un guerrero y como un trovador, como noble, mercader y mendigo. Temblé con miedos muertos, me alegré con esperanzas y alegrías perdidas, y fui atado con vínculos que la muerte y el río Leteo habían roto.

Y, sin embargo, nunca me identifiqué por completo con estos otros avatares; porque sabía que la memoria que buscaba pertenecía a una encarnación de épocas más antiguas. Todavía continuaba el torrente de la fantasmagoría. Y me volví, mareado con un vértigo inefable ante la vastedad y eternidad de los ciclos del ser.

Parecía como si yo, el observador, estuviese perdido en un país gris donde los fantasmas sin casa de todas las edades muertas estuviesen escapando de un olvido a otro.

Las murallas de Nínive, las columnas y torres de ciudades innominadas, se levantaron ante mí y fueron barridas. Vi las fértiles llanuras que ahora son el desierto del Gobi. Las capitales de la Atlántida, perdidas en el mar, fueron atraídas a la luz con todo el brillo de su gloria. Contemplé escenas, frescas y nubladas, de los primeros continentes de la Tierra. Brevemente, reviví el origen del hombre sobre la Tierra... y supe que el secreto que pretendía descubrir era todavía más antiguo que eso.

Mi vista se desvaneció en un vacío negro..., y, sin embargo, en ese vacío, a través de evos insondables, parecía que existía bajo la forma de un átomo ciego en el espacio entre los mundos.

En torno a mí, estaban la oscuridad y el reposo de la noche que había precedido la creación de la Tierra. El tiempo corría hacia atrás en medio del silencio de un sueño sin sueños...

La iluminación, cuando llegó, fue instantánea y completa. Estaba de pie, bajo la luz ardiente del pleno sol, entre capullos que florecían levantándose magníficos en un jardín profundo, mas allá de cuyos elevados muros, cubiertos de yedra, escuchaba los confusos murmullos de la gran ciudad llamada Kalood.

Sobre mí, en su apogeo primaveral, estaban los cuatro pequeños soles que iluminaban el planeta Hestan. Insectos coloreados como joyas revoloteaban a mi alrededor, posándose sin miedo en las ricas vestimentas, de color negro y dorado, decoradas con símbolos astronómicos, con las que estaba ataviado. Junto a mí había un altar con forma de esfera de ágata dividida en zonas, en el que se habían tallado los mismos símbolos, que eran los del temible, y siempre presente, dios del tiempo, Aforgomon, a quien servía como sacerdote.

No tenía el menor recuerdo de mí mismo como John Milwarp, y el largo desfile de mis vidas terrestres era como algo que nunca había sucedido..., o que estaba aún por suceder. La pena y la tristeza me ahogaban el corazón igual que las cenizas llenan una urna consagrada a los muertos, y todos los colores y los perfumes del jardín que me rodeaba sólo servían para recordarme la amargura de la muerte.

Mirando colérico el altar; blasfemé contra Aforgomon, que en su curso inexorable se había llevado a mi amada y no me había enviado un consuelo para mi pena. Por separado, maldecí los signos sobre el altar: las estrellas, los mundos, los soles y las lunas, que seguían y cumplían los procesos del tiempo.

Belthoris, mí prometida, había muerto al finalizar el último otoño; y así, con dobles maldiciones, maldije las estrellas y los planetas que gobiernan esa estación.

Noté que una sombra había caído junto a la mía sobre el altar, y supe que el oscuro sabio y mago Atmox había contestado a mi llamada. Temeroso, pero no sin esperanza, me volví hacia él. Fijándome, primeramente, en que llevaba

bajo el brazo un volumen pesado y de aspecto siniestro, encuadernado en acero negro y con cerraduras de diamante. Sólo cuando me hube asegurado de esto, levanté mi vista a su rostro, que era sólo un poco menos siniestro e imponente que el tomo que acarreaba.

—Saludos, oh Calaspa, he venido contra mi voluntad y mi opinión. La sabiduría que solícitas se encuentra en este volumen, y, dado que tú me salvaste en años anteriores del furor inquisitorial de los sacerdotes del tiempo, no puedo negarme a compartirlo contigo. Pero entiende bien que hasta yo, que he jurado por nombres que son terribles de pronunciar, que he invocado presencias prohibidas, no me atreveré a ayudarte con este conjuro. Con ganas te ayudaría a conversar con el espíritu de Belthoris, o a animar su cuerpo, aún incorrupto, y llamarla de la tumba. Pero lo que tú te propones es muy distinto. Tú sólo debes realizar los rituales prescritos, pronunciar las palabras necesarias; porque las consecuencias de esto serán más terribles de lo que crees.

—No me preocupan las consecuencias —contesté ansioso—, si es posible hacer volver las horas perdidas que compartí con Belthoris. ¿Crees tú que he de contentarme con su sombra que vagabundea, tenuemente, de aquí a la frontera? ¿O que podría solazarme con el hermoso barro que el aliento de la nigromancia ha inquietado y ha obligado a levantarse y caminar, sin inteligencia ni alma? No, te digo. ¡La Belthoris a la que yo deseo invocar es aquella en la que todavía no se ha puesto la sombra de la muerte!

Parecía que Atmox, el amo de las artes sospechosas, el vasallo de los poderes de la sombra, retrocedía y palidecía ante mi vehemente declaración.

—¡Reflexiona! —me dijo con firmeza admonitoria—, que esto constituye una ruptura de la lógica sacra del tiempo y una blasfemia contra Aforgomon, dios de los minutos y de los ciclos. Lo que es más: hay poco que ganar; porque no podrás hacer volver por completo la estación de tu amor, sino sólo una única hora, arrancada con infinita violencia de su lugar en el tiempo... Deténte, te lo ruego, y date por satisfecho con brujerías menores.

—Dame el libro —exigí—; he abandonado mi servicio a Aforgomon. Con la debida devoción y reverencia, he adorado al dios del tiempo, y he realizado en su honor los ritos que han sido ordenados desde la eternidad; y, a cambio de todo esto, el dios me ha traicionado.

Entonces, en aquel jardín fértil y elevado, bajo los cuatro soles, Atmox abrió las cerraduras diamantinas del libro encuadernado en acero, y, dirigiéndose a cierta página, colocó el libro con desgana entre mis manos.

Esa página, como las demás, estaba hecha con algún maldito pergamino con manchas a rayas de decoloración mustia y los bordes negros a causa de su extremada antigüedad; pero sobre ella brillaban, sin apagarse, los temidos caracteres que un archimago primigenio había trazado con una tinta tan brillante como la sangre recién vertida de demonios. Sobre esta página me incliné en mi locura, examinándola reiteradamente hasta que me quedé mareado a causa de las ardientes letras, y, cerrando los ojos, las veía arder en una oscuridad rojiza, aún legibles, y retorciéndose como gusanos infernales.

Huecamente, como el tañido de una campana lejana, escuché la voz de Atmox.

—Has aprendido, oh Calaspa, el nombre impronunciable de aquel cuya asistencia es lo único que puede ayudarte a recuperar las horas perdidas. Y has aprendido el hechizo que despertará a ese poder oculto y el sacrificio que será necesario para propiciarlo. ¿Sabiendo todas estas cosas, es todavía fuerte tu corazón, y tu propósito firme?

El nombre que había leído en el libro de magia era el del principal poder cósmico antagonista de Aforgomon; el hechizo y el sacrificio eran propios del más repugnante culto a los demonios. Sin embargo, no dudé, sino que di una decidida respuesta afirmativa a la grave pregunta de Atmox.

Notando que me mostraba inflexible, inclinó la cabeza, sin intentar disuadirme más. Entonces, tal y como el volumen de letras de fuego me había indicado que hiciese, profané el altar de Aforgomon, borrando algunos de sus principales símbolos con polvo y escupitajos. Mientras Atmox miraba en silencio, me herí en la vena más profunda de mi brazo derecho con la afilada aguja del reloj; y, dejando que la sangre gotease sobre la esfera de zona a zona, de globo a globo de ágata tallada, hice un sacrificio ilegal y pronuncié en voz alta, en nombre del Caos reptante, Xexanoth, un ritual abominable compuesto por la repetición para atrás y la mezcla de las letanías sagradas del dios del tiempo.

Incluso mientras entonaba el ensalmo, parecía que repugnantes redes de sombras eran tejidas en torno a los soles; y el mundo tembló un poco, como si

un demonio colosal pisase su borde, habiendo dado un enorme salto desde los abismos de más allá. Las paredes del jardín y los árboles temblaron como reflejos en un estanque sobre el que sopla el viento; y me mareé a causa de la pérdida de sangre vital que había derramado en ofrenda de culto a los demonios.

Entonces, en mi carne y en mi mente, sentí el intolerable dolor de una vibración semejante al impacto prolongado de ciudades sometidas a un terremoto, de una costa que se deshace en un mar caótico, y mi carne fue atormentada y mi cerebro tembló a causa de las discordias desafinadas que me barrían de un extremo a otro.

Desfallecí, y la confusión me roía en lo más profundo de mi ser.

Vagamente, escuché las admoniciones de Atmox, y, aún más vagamente, escuché el sonido de mi propia voz, que contestaba a Xexanoth, dando nombre a la impía nigromancia que sólo por medio de su poder podía ser llevada a cabo.

Locamente, le rogué a Xexanoth, a pesar del tiempo y el paso ordenado de sus estaciones, una hora de aquel otoño pasado que yo había compartido con Belthoris; e, implorando esto, no mencioné ninguna hora en especial; porque todas, en mi recuerdo, me habían parecido una felicidad y una alegría iguales.

Cuando las palabras hubieron dejado de salir de mis labios, pensé que la oscuridad temblaba en el aire como una gran ala; y los cuatro soles se apagaron, y mi corazón se detuvo como si hubiese muerto. Entonces volvió la luz, cayendo oblicuamente desde soles que estaban maduros en la plenitud del otoño; y en ningún lugar de mis proximidades se veía la sombra de Atmox; y el altar de ágata listada estaba sin sangre e impoluto. Yo, el amante de Belthoris, sin sospechar la sentencia y las penas venideras, estaba de pie feliz junto a mi amada frente al altar; y vi sus jóvenes manos coronar la antigua esfera con las flores que había arrancado del jardín.

Temibles más allá de toda suposición son del tiempo los misterios.

Incluso yo, sacerdote e iniciado, aunque instruido en las doctrinas secretas de Aforgomon, conozco poco de ese proceso, esquivo e inevitable, por el que el presente se convierte en el pasado y el futuro se resuelve en el presente.

Todos los hombres han meditado los enigmas de la duración y de la transitoriedad; se han preguntado, vanamente, en qué arroyo están confinados los días perdidos y los años gastados.

Algunos han soñado que el pasado permanece inmutable, convirtiéndose en la eternidad una vez que escapa de nuestro alcance mortal; y a otros les ha parecido que el tiempo era una escalera cuyos escalones se van deshaciendo, uno por uno, detrás de quien la asciende, desplomándose en el abismo de la nada.

Como quiera que sea esto, sé que la que estaba junto a mí era la Belthoris sobre la cual aún no había caído sombra alguna de mortalidad. La hora era una recién nacida en una estación dorada; y los minutos por venir estaban cargados con todas las maravillas y sorpresas que pertenecen al futuro que aún no ha sido puesto a prueba.

Más alta era mi amada que los lirios del jardín, frágiles y erguidos. En sus ojos estaba el zafiro de las noches sin luna, sembradas de pequeñas estrellas doradas. Sus labios estaban extrañamente curvados, pero sólo les había dado forma la flexibilidad y el placer. Ella y yo habíamos estado prometidos desde nuestra infancia, y el momento de los ritos del matrimonio estaba aproximándose. Nuestros contactos eran libres por completo, conforme a las costumbres de aquel mundo. A menudo, ella acudía a pasear conmigo por mi jardín y a decorar el altar del dios, cuyas lunas y soles en movimiento pronto traerían la estación de la felicidad.

Las luciérnagas que a nuestro alrededor volaban, con alas de aéreo y dorado brocado, no eran más livianas que nuestros corazones. Haciendo alegre descanso, aventamos nuestro travieso talante hasta convertirlo en una ardiente hoguera de arrebatos. Éramos semejantes a las flores de todos los colores que se encaraman, a los insectos que vuelan veloces como dardos, y nuestros espíritus se mezclaban y elevaban con los perfumes que eran arrastrados hacia arriba en el cálido aire. No hacíamos caso del elevado murmullo de la gran ciudad de Kalood, que se extendía más allá de las paredes de mi jardín; para nosotros, el planeta llamado Hetor, con sus muchos pueblos, ya no existía; y habitábamos solos en un universo de luz, en un florecido paraíso. Elevados por el amor, en la gran armonía de aquellos momentos nos parecía rozar la eternidad, e, incluso yo, el sacerdote de Aforgomon, me olvidé

de los días, que las flores marchitan, y de los ciclos de tiempo, que se tragan los sistemas.

En la sublime locura de la pasión, juré que ni la muerte ni la discordia habrían nunca de mancillar la perfecta comunión de nuestros corazones.

Después de que hubimos engalanado el altar, busqué las flores más raras y deleitables; frágiles copas de perla teñidas por el vino, de azul lunar y blancas con zonas de labios púrpura; y las entrelacé, entre besos y risas, en el negro laberinto del pelo de Belthoris, diciendo que otro templo que no era el del tiempo debía recibir su debida ofrenda.

Tiernamente, con la lentitud del amante, me entretuve en el trenzado; y, antes de que hubiese terminado, aleteó basta el suelo, junto a nosotros, una gran luciérnaga de manchas carmesí, cuya ala, de alguna manera, se había roto durante su viaje a través del jardín.

Y Belthoris, siempre de corazón tierno y dispuesta a la pena, se apartó de mí y tomó la luciérnaga entre las manos; y algunos de los brillantes capullos cayeron de su pelo sin que les hiciese caso.

En sus ojos azul marino, las lágrimas parecían a punto de brotar; y, viendo que la luciérnaga estaba gravemente herida y no volvería a volar, se negaba a ser consolada; y ya no respondía a mi apasionado cortejo. Yo, que sentía algo menos lástima que ella por la polilla, estaba algo irritado; y, entre la tristeza de ella y mi irritación, creció entre nosotros una ruptura, pequeña y temporal...

Entonces, antes de que el amor hubiese curado el malentendido; entonces, mientras estábamos de pie ante el temible altar del tiempo con las manos separadas, con los ojos apartados el uno del otro, pareció que un velo de oscuridad descendía sobre el jardín. Escuché el crujido y el deshacerse de mundos destrozados, y una negra corriente de cosas arruinadas pasó junto a mí en la oscuridad. Las hojas marchitas del invierno fueron arrastradas por el viento en torno a mí, y se derramaban lágrimas o lluvia... Entonces regresaron los soles primaverales, colocados en lo alto en su cruel esplendor; y con ellos vino el conocimiento de todo lo que había sucedido, de la muerte de Belthoris, de mi pena y de la locura que me había llevado a utilizar brujería prohibida.

Era ahora vana, como todas las demás horas, la hora recuperada; y doblemente irredimible era ahora mi pérdida. Mi sangre caía a chorros sobre el altar desacralizado, mi debilidad se volvió de muerte, y vi, a través de una

niebla embarrada, el rostro de Atmox junto a mí: y su cara era como la de algún demonio compasivo.

13 de marzo. Yo, John Milwarp, escribo esta fecha y mi nombre con alguna duda extraña. Mi experiencia visionaria con la droga *souvara* terminó con el derramamiento de mi sangre sobre el altar decorado con símbolos, y con aquel vistazo del rostro de Atmox, distorsionado por el miedo.

Todo esto sucedió en otro mundo, en una vida separada del presente por incontables nacimientos y muertes; y, sin embargo, parece que no he regresado por completo de ese pasado dos veces antiguo. Los recuerdos, fragmentarios pero extrañamente vívidos y vivientes, se me amontonan procedentes de la existencia de la cual mi visión fue un fragmento; y partes de la sabiduría de Hestan, y migajas de su historia, y palabras de su lenguaje perdido, aparecen sin ser llamadas en mi pensamiento.

Sobre todo, mi corazón sigue nublado por la pena de Calaspa. Su desesperada nigromancia, que a otros no les parecía más que un sueño dentro de un sueño, se ha marcado al rojo en la página en blanco de mis recuerdos.

Sé lo terrible que es el dios contra el que ha blasfemado; y la repugnancia de la adoración al demonio en que ha incurrido, y la sensación de culpa y desesperación bajo la que se desplomaba.

Esto es lo que durante toda mi vida me he esforzado por recordar, esto es lo que estaba condenado a volver a experimentar.

Y temo, con un gran temor, lo que un segundo experimento con la droga va a revelarme.

NOTA DEL EDITOR: La siguiente entrada del diario de Milwarp comienza con una extraña fecha en inglés: "Segundo día de la luna de Occalat, en el año mil y nueve del Eón rojo".

Esta fecha quizá esté repetida en el lenguaje de Hestan, porque, directamente debajo, hay una línea de caracteres desconocidos separada. Varias líneas del escrito que sigue están en la lengua extraterrestre; y, entonces, como mediante una inversión consciente, Milwarp continúa el diario en inglés. No hay referencia a un segundo experimento con *souvara*, pero,

aparentemente, dicho experimento había sido realizado con un continuado revivir de los recuerdos perdidos.

... ¿Qué genio de las más remotas profundidades me tentó para hacer esta cosa y pasar por alto sus consecuencias? Verdaderamente, cuando llamé para mí y Belthoris una hora del otoño pasado, con todo lo que sucedió en ella, *ese pasado interino fue, de igual manera, evocado y repetido para todo el mundo de Hestan, y los cuatro soles de Hestan*. Desde la justa mitad de la primavera, todos los hombres han retrocedido hasta el otoño, conservando tan sólo los recuerdos anteriores a la hora así evocada, y sin conocer los sucesos futuros a la hora.

Pero, volviendo al presente, recordaron con sorpresa la antinatural magia; y el miedo y la sorpresa se cernieron sobre ellos, y nadie podía interpretar su sentido.

Durante un breve periodo, los muertos habían vuelto a la vida: las hojas marchitas habían vuelto a la rama; los cuerpos celestiales habían ocupado lugares largo tiempo abandonados; la flora había vuelto a la semilla, la planta a la raíz. Entonces, con un desorden eterno sembrado entre todos los ciclos, el tiempo había recuperado su curso interrumpido.

Ningún movimiento de un cuerpo cósmico, ningún año ni ningún instante del futuro, fueron exactamente como deberían haber sido. El error y a discrepancia que yo había sembrado darían su fruto de innumerables maneras. Los soles se encontrarían equivocados; los mundos y los átomos se moverían un poco al margen de sus cursos predestinados.

Fue de esos asuntos de los que Atmox me habló, advirtiéndome, una vez que hubo vendado mi herida que sangraba. Porque él también, en esa hora recuperada, había retrocedido y vivido a través de un acontecimiento pasado.

Para él, la hora era una en que había descendido a los sótanos mas profundos de su casa. Allí, de pie en un círculo de muchos pentágonos, había quemado un incienso blasfemo y, pronunciando fórmulas malditas, había llamado a un espíritu maligno desde las profundidades de Hestan y le había preguntado en relación al futuro.

Pero el espíritu, negro y voluminoso como los vapores del abismo, se había negado a contestar directamente y había atacado furiosamente con sus miembros acabados en garras, los confines del círculo. Tan solo dijo:

—Vos me invocáis bajo vuestra propia responsabilidad. Poderosos son los hechizos que vos habéis empleado, y fuerte es el círculo para contenerme, y me encuentro frenado por el tiempo y el espacio para desencadenar mi cólera contra ti. Pero, *miserable de ti, si de nuevo me invocas, aunque sea en la misma hora del mismo otoño*. Porque en esa invocación quedarán rotas las leyes del tiempo, y una ruptura se producirá en el espacio; y, a través de esa ruptura, aunque con algunos retrasos y rodeos, todavía habré de alcanzarte.

Sin decir más, se revolvía inquieto por el círculo; y sus ojos ardían sobre Atmox como ascuas de un brasero alto, tiznado de hollín; y siempre su boca con colmillos estaba aplastada contra el aire protegido por hechizos. Y, al final, sólo pudo obligarle a marcharse mediante una doble repetición de la fórmula del exorcismo.

Y, mientras me contaba esta historia en el jardín, Atmox temblaba; sus ojos registraban las estrechas sombras proyectadas por los altos soles; y parecía estar escuchando el sonido de alguna cosa malvada que cavaba bajo la tierra en dirección a él, trabajando errante en los sellados corredores de la noche.

Cuarto día de la luna de Occalat. Perseguido por terrores más allá de los de Atmox, me mantengo apartado en mi mansión en medio de Kalood.

Aún estaba débil a causa de la pérdida de sangre que había entregado a Xexanoth; mis sentidos estaban llenos de extrañas sombras; mis servidores, moviéndose a mi alrededor, eran como fantasmas, y apenas hice caso del pálido miedo en sus miradas o de las cosas terribles que susurraban... La locura y el caos, me decían, estaban sueltos en Kalood; la divinidad Aforgomon estaba encolerizada. Todos los hombres creían que una terrible condena era inminente en razón de la antinatural confusión que había surgido entre las horas del tiempo.

Esta tarde, me trajeron la noticia de la muerte de Atmox. Con tonos apagados, me contaron que sus neófitos habían escuchado sonidos como de una tormenta desencadenada procedente de su cuarto, donde estaba sentado solo con sus volúmenes y sus instrumentos variados de magia.

Por encima de los rugidos, se habían escuchado brevemente gritos humanos, junto al sonido de incensarios y braseros volcados, un ruido como de mesas llenas de libros volcándose.

La sangre asomó por debajo de la puerta cerrada de la habitación y, goteando, adoptó durante un instante la forma de los terribles caracteres que deletrean un nombre que no debe ser pronunciado en voz alta.

Después de que los ruidos hubiesen cesado, los neófitos esperaron un largo rato antes de atreverse a abrir la puerta. Entrando por fin, vieron que el techo y las paredes estaban profundamente salpicados de sangre, y trizas de la túnica del mago estaban mezcladas por todas partes con hojas desgarradas de sus libros de magia, y los restos y briznas de su carne estaban sembrados entre los muebles rotos, y su cerebro, estampado horribilmente contra el techo alto.

Escuchando esta historia, supe que los demonios de la Tierra temidos por Atmox le habían encontrado de alguna manera y habían desencadenado su cólera sobre él, en maneras que no podían adivinarse. Le habían alcanzado por la brecha producida en el tiempo y en el espacio por una hora que se había repetido mediante la nigromancia.

Y, debido a esa brecha ilegal, el poder del mago y su sabiduría habían fracasado por completo a la hora de defenderle del demonio...

Quinto día de la luna de Occalat. Atmox, estoy seguro, no me traicionó; porque, haciéndolo, habría denunciado su propia complicidad implícita en el crimen... Sin embargo, esta tarde vinieron a mi casa sacerdotes al ponerse el sol que está más al Oeste; silenciosos, severos, con la vista apartada como de una corrupción abominable. A mi, su compañero, me indicaron con gestos de asco que les acompañase...

Así me apartaron de mi casa, a través de las avenidas de Kalood, hacia los soles que se ponían. Las calles estaban vacías de otros viandantes, y parecía que ningún hombre quisiese conocer o contemplar al blasfemo...

Bajando por la avenida de los pilares con forma de gnomon, fui conducido a los pórticos del templo de Aforgomon: esos portales de apertura temible, edificados según la semblanza de la boca devoradora de alguna quimera...

Sexto día de la luna de Occalat. Me empujaron al calabozo de debajo del templo, oscuro, apestoso y sin sonido, de no ser por la enloquecedora cadencia medida del goteo del agua junto a mí. Allí yací, y no supe cuándo pasó la noche y llegó la mañana. La luz era admitida únicamente cuando mis captores abrían las puertas de hierro, al venir a conducirme ante el tribunal.

... Así me condenaron los sacerdotes, hablando con una sola voz en cuyo terrible volumen estaban mezclados los tonos de todos ellos de una manera imposible de distinguir. Entonces, el anciano sacerdote Helpenor llamó en voz alta a Aforgomon, ofreciéndose a sí mismo como portavoz del dios, y pidiendo a éste que pronunciase a través suyo la sentencia para enormidades como aquellas de las que yo había sido juzgado culpable por mis compañeros.

Instantáneamente, el dios pareció descender sobre Helpenor: y la figura del sumo sacerdote pareció crecer de una manera prodigiosa bajo sus embozos; y los acentos que partían de su boca eran como los truenos del cielo superior.

—Oh Calaspa, tú has sembrado el desorden entre todas las horas y los evos futuros mediante esta maligna nigromancia. Y así, lo que es más, has asegurado tu propia condena: encadenado estás para siempre a esta hora que de esta manera ilegal ha sido repetida, apartada de su lugar asignado en el tiempo. De acuerdo con las normas jerárquicas, recibirás la muerte de las cadenas ardientes; pero no pases por alto que esta muerte es otra cosa más que un símbolo de tu verdadero castigo. A partir de aquí, pasarás por otras vidas en Hestan, y ascenderás hasta la mitad, en los ciclos del mundo sucesor de Hestan en el tiempo y en el espacio. Pero, a través de todas tus encarnaciones, el caos que has sembrado te acompañará, aumentando como una brecha. *Y siempre, durante todas tus vidas, la brecha te impedirá reunirse con el alma de Belthoris; y siempre, aunque sólo por una hora, perderás el amor que de otra manera habrías recuperado a menudo.* Por fin, cuando la brecha haya aumentado mucho, tu alma no avanzará más en los ciclos posteriores de la encarnación. En ese momento, te será concedido recordar con claridad tu antiguo pecado; y, al recordarlo, perecerás en el tiempo saliendo de él. Sobre el cuerpo de esa encarnación tardía, se encontrarán las quemaduras con forma de cadena, como la señal final de tu castigo. Pero los que te conocieron te olvidarán pronto, y pertenecerás por completo a los ciclos limitados para ti por tu pecado.

29 de marzo. Escribo esta fecha con desesperación infinita, intentando convencerme a mí mismo de que hay un John Milwarp que habita en la Tierra durante el siglo veinte.

Durante dos días seguidos, no he tomado la droga *souvara*. y, sin embargo, he regresado dos veces al calabozo debajo del templo de Aforgomon en el que el sacerdote Calaspa espera su condena. Dos veces he estado sumergido en la oscuridad estancada, escuchando el lento goteo del agua junto a mí, como una clepsidra que midiese las negras épocas de los condenados.

Incluso mientras escribo esto sobre la mesa de mi biblioteca, parece que una antigua medianoche se cerniese sobre mi lámpara. Las estanterías con libros se convierten en paredes supurantes de nocturna piedra. Ya no hay una mesa... ni alguien que escribe..., y respiro la apestosa oscuridad de un calabozo que yace insondable para sol alguno, en un mundo perdido.

Decimoctavo día de la luna de Occalat. Hoy me han sacado por última vez de mi prisión. Junto a otros tres, Helpenor vino y me condujo al adito del dios. Nos adentramos en las lejanas profundidades del templo exterior, a través de espaciosas criptas desconocidas para los adoradores comunes. No se pronunció palabra alguna, ni se intercambiaron miradas entre los otros y yo; parecía como si ya me considerasen alguien que había sido expulsado del tiempo y reclamado por la nada.

Llegamos por fin al precipicio vertical, en el cual se dice que habita el espíritu de Aforgomon. Había luces, débiles y repartidas en la distancia, que brillaban en él como estrellas al borde de una inmensidad de espacio cósmico, sin verter rayo alguno en las profundidades.

Allí, en un trono de tosca piedra, situado al borde del abismo temible, fui colocado por los verdugos; y una pesada cadena de negro metal sin herrumbre, sujeta a la roca firme, fue enroscada, una y otra vez, en torno a mi cuerpo desnudo y a cada uno de mis miembros por separado, de la cabeza a los pies.

A esta sentencia, otros habían sido condenados por su herejía o su impiedad..., aunque nunca por un pecado semejante al mío. Después de que la víctima fuese encadenada, él fue abandonado durante un intervalo

preestablecido, para que meditase sobre su crimen... y para que, miserable, se enfrentase a la oscura divinidad de Aforgomon.

Al cabo, desde el abismo cuya postura le obligaba a mirar, una luz se encendería, y un relámpago de extrañas llamas saltaría hacia arriba, golpeando la cadena de muchos eslabones que le rodeaba, calentándola a la incandescencia del rojo vivo. La fuente y la naturaleza de la llama eran misteriosas, y muchos la atribuían al propio dios antes que a un agente mortal...

Así fue como me abandonaron, y se han marchado. Hace tiempo que la carga de los masivos eslabones, hundiéndose cada vez más profundamente en mí carne, se ha convertido en una agonía. Estoy mareado de mirar hacia abajo en el abismo..., y, sin embargo, no puedo caerme. Abajo, a una distancia inconmensurable, escucho, a intervalos repetidos, un sonido hueco y solemne.

Quizá sea producido por las aguas sumergidas... o los vientos que se han perdido en las cuevas... o la respiración de Uno que habita en la oscuridad, midiendo con su respiración los lentos minutos, las horas, los días, las épocas... Mi terror se ha vuelto más fuerte que la cadena, mi vértigo es causado por un abismo doble...

Han transcurrido evos, han menguado hasta la nada, como escombros arrastrados por un torrente que da a una catarata, llevándose con ellos el rostro perdido de Belthoris. Estoy colocado sobre la mandíbula abierta de la Sombra... De alguna manera, en otro mundo, un fantasma exiliado ha escrito estas palabras... Un fantasma destinado a desvanecerse por completo del tiempo y el espacio, al igual que yo, el sacerdote condenado Calaspa, no puedo recordar el nombre de ese fantasma.

Debajo de mí, en las negras profundidades, hay un brillo temible...

*The Chain Of Aforgomon. Fecha: abril de 1933 — enero de 1934
(finalizado). Primera publicación: Weird Tales, diciembre de 1935.
Antología original: Out of Space and Time, Arkham House, Sauk City,
Wisconsin, agosto de 1942.*

THE DEVOTEE OF EVIL

CLARK ASHTON SMITH

The old Larcom house was a mansion of considerable size and dignity, set among oaks and cypresses on the hill behind Auburn's Chinatown, in what had once been the aristocratic section of the village. At the time of which I write, it had been unoccupied for several years and had begun to present the signs of desolation and dilapidation which untenanted houses so soon display. The place had a tragic history and was believed to be haunted. I had never been able to procure any first-hand or precise accounts of the spectral manifestations that were accredited to it. But certainly it possessed all the necessary antecedents of a haunted house. The first owner, Judge Peter Larcom, had been murdered beneath its roof back in the seventies by a maniacal Chinese cook; one of his daughters had gone insane; and two other members of the family had died accidental deaths. None of them had prospered: their legend was one of sorrow and disaster.

Some later occupants, who had purchased the place from the one surviving son of Peter Larcom, had left under circumstances of inexplicable haste after a few months, moving permanently to San Francisco. They did not return even for the briefest visit; and beyond paying their taxes, they gave no attention whatever to the place. Everyone had grown to think of it as a sort of historic ruin, when the announcement came that it had been sold to Jean Averaud, of New Orleans.

My first meeting with Averaud was strangely significant, for it revealed to me, as years of acquaintance would not necessarily have done, the peculiar bias of his mind. Of course, I had already heard some odd rumors about him; his personality was too signal, his advent too mysterious, to escape the usual fabrication and mongering of village tales. I had been told that he was extravagantly rich, that he was a recluse of the most eccentric type, that he had

made certain very singular changes in the inner structure of the old house; and last, but not least, that he lived with a beautiful mulatress who never spoke to anyone and who was believed to be his mistress as well as his housekeeper. The man himself had been described to me by some as an unusual but harmless lunatic, and by others as an all-round Mephistopheles.

I had seen him several times before our initial meeting. He was a sallow, saturnine Creole, with the marks of race in his hollow cheeks and feverish eyes. I was struck by his air of intellect, and by the fiery fixity of his gaze — the gaze of a man who is dominated by one idea to the exclusion of all else. Some medieval alchemist, who believed himself to be on the point of attaining his objective after years of unrelenting research, might have looked as he did.

I was in the Auburn library one day, when Averaud entered. I had taken a newspaper from one of the tables and was reading the details of an atrocious crime — the murder of a woman and her two infant children by the husband and father, who had locked his victims in a clothes-closet, after saturating their garments with oil. He had left the woman's apron-string caught in the shut door, with the end protruding, and had set fire to it like a fuse.

Averaud passed the table where I was reading. I looked up, and saw his glance at the headlines of the paper I held. A moment later he returned and sat down beside me, saying in a low voice:

'What interests me in a crime of that sort, is the implication of unhuman forces behind it. Could any man, on his own initiative, have conceived and executed anything so gratuitously fiendish?'

'I don't know,' I replied, somewhat surprised by the question and by my interrogator. 'There are terrifying depths in human nature — more abhorrent than those of the jungle.'

'I agree. But how could such impulses, unknown to the most brutal progenitors of man, have been implanted in his nature, unless through some ulterior agency?'

'You believe, then, in the existence of an evil force or entity — a Satan or an Ahriman?'

'I believe in evil — how can I do otherwise when I see its manifestations everywhere? I regard it as an all-controlling power; but I do not think that the power is personal in the sense of what we know as personality. A Satan? No. What I conceive is a sort of dark vibration, the radiation of a black sun, of a center of malignant eons — a radiation that can penetrate like any other ray — and perhaps more deeply. But probably I don't make my meaning clear at all.'

I protested that I understood him; but, after his burst of communicativeness, he seemed oddly disinclined to pursue the conversation. Evidently he had been prompted to address me; and no less evidently, he regretted having spoken with so much freedom. He arose; but before leaving, he said:

'I am Jean Averaude — perhaps you have heard of me. You are Philip Hastane, the novelist. I have read your books and I admire them. Come and see me sometime — we may have certain tastes in common.'

Averaude's personality, the conception he had avowed, and the intense interest and value which he so obviously attached to these conceptions, made a singular impression on my mind, and I could not forget him. When, a few days later, I met him on the street and he repeated his invitation with a cordialness that was unfeignedly sincere, I could do no less than accept. I was interested, though not altogether attracted, by his bizarre, well-nigh morbid individuality, and was impelled by a desire to learn more concerning him. I sensed a mystery of no common order — a mystery with elements of the abnormal and the uncanny.

The grounds of the old Larcom place were precisely as I remembered them, though I had not found occasion to pass them for some time. They were a veritable tangle of Cherokee rose-vines, arbutus, lilac, ivy and crepe-myrtle, half overshadowed by the great cypresses and somber evergreen oaks. There was a wild, half-sinister charm about them — the charm of rampancy and ruin. Nothing had been done to put the place in order, and there were no outward repairs in the house itself, where the white paint of bygone years was being slowly replaced by mosses and lichens that flourished beneath the eternal umbrage of the trees. There were signs of decay in the roof and pillars of the front porch; and I wondered why the new owner, who was reputed to be so rich, had not already made the necessary restorations.

I raised the gargoyle-shaped knocker and let it fall with a dull, lugubrious clang. The house remained silent; and I was about to knock again, when the door opened slowly and I saw for the first time the mulatress of whom so many village rumors had reached me.

The woman was more exotic than beautiful, with fine, mournful eyes and bronze-colored features of a semi-negroid irregularity. Her figure, though, was truly perfect, with the curving lines of a lyre and the supple grace of some feline animal. When I asked for Jean Averaude, she merely smiled and made signs for me to enter. I surmised at once that she was dumb.

Waiting in the gloomy library to which she conducted me, I could not refrain from glancing at the volumes with which the shelves were congested. They were an ungodly jumble of tomes that dealt with anthropology, ancient religions, demonology, modern science, history, psychoanalysis and ethics. Interspersed with these were a few romances and volumes of poetry. Beausobre's monograph on Manichaeism was flanked with Byron and Poe; and 'Les Fleurs du Mal' jostled a late treatise on chemistry.

Averaude entered, after several minutes, apologizing profusely for his delay. He said that he had been in the midst of certain labors when I came; but he did not specify the nature of these labors. He looked even more hectic and

fiery-eyed than when I had seen him last. He was patently glad to see me, and eager to talk.

'You have been looking at my books,' he observed immediately. 'Though you might not think so at first glance, on account of their seeming diversity, I have selected them all with a single object: the study of evil in all its aspects, ancient, medieval and modern. I have traced it in the religions and demonologies of all peoples; and, more than this, in human history itself. I have found it in the inspiration of poets and romancers who have dealt with the darker impulses, emotion and acts of man. Your novels have interested me for this reason: you are aware of the baneful influences which surround us, which so often sway or actuate us. I have followed the working of these agencies even in chemical reactions, in the growth and decay of trees, flowers, minerals. I feel that the processes of physical decomposition, as well as the similar mental and moral processes, are due entirely to them.

'In brief, I have postulated a monistic evil, which is the source of all death, deterioration, imperfection, pain, sorrow, madness and disease. This evil, so feebly counteracted by the powers of good, allures and fascinates me above all things. For a long time past, my life-work has been to ascertain its true nature, and trace it to its fountain-head. I am sure that somewhere in space there is the center from which all evil emanates.'

He spoke with a wild air of excitement, of morbid and semimaniacal intensity. His obsession convinced me that he was more or less unbalanced; but there was an unholy logic in the development of his ideas; and I could not but recognize a certain disordered brilliancy and range of intellect.

Scarcely waiting for me to reply, he continued his monologue:

'I have learned that certain localities and buildings, certain arrangements of natural or artificial objects, are more favorable to the reception of evil influences than others. The laws that determine the degree of receptivity are still obscure to me; but at least I have verified the fact itself. As you know, there are houses

or neighborhoods notorious for a succession of crimes or misfortunes; and there are also articles, such as certain jewels, whose possession is accompanied by disaster. Such places and things are receivers of evil... I have a theory, however, that there is always more or less interference with the direct flow of the malignant force; and that pure, absolute evil has never yet been manifested.

'By the use of some device which would create a proper field or form a receiving station, it should be possible to evoke this absolute evil. Under such conditions, I am sure that the dark vibration would become a visible and tangible thing, comparable to light or electricity.' He eyed me with a gaze that was disconcertingly exigent. Then:

'I will confess that I have purchased this old mansion and its grounds mainly on account of their baleful history. The place is unusually liable to the influences of which I have spoken. I am now at work on an apparatus by means of which, when it is perfected, I hope to manifest in their essential purity the radiations of malign force.'

At this moment, the mulatress entered and passed through the room on some household errand. I thought that she gave Averaude a look of maternal tenderness, watchfulness and anxiety. He, on his part seemed hardly to be aware of her presence, so engrossed was he in the strange ideas and the stranger project he had been expounding. However, when she had gone, he remarked:

'That is Fifine, the one human being who is really attached to me.' She is mute, but highly intelligent and affectionate. All my people, an old Louisiana family, are long departed... and my wife is doubly dead to me.' A spasm of obscure pain contracted his features, and vanished. He resumed his monologue; and at no future time did he again refer to the presumably tragic tale at which he had hinted: a tale in which, I sometimes suspect, were hidden the seeds of the strange moral and mental perversion which he was to manifest more and more.

I took my leave, after promising to return for another talk. Of course, I considered now that Averaud was a madman; but his madness was of a most uncommon and picturesque variety. It seemed significant that he should have chosen me for a confidant. All others who met him found him uncommunicative and taciturn to an extreme degree. I suppose he had felt the ordinary human need of unburdening himself to someone; and had selected me as the only person in the neighborhood who was potentially sympathetic.

I saw him several times during the month that followed. He was indeed a strange psychological study; and I encouraged him to talk without reserve — though such encouragement was hardly necessary. There was much that he told me — a strange medley of the scientific and the mystic. I assented tactfully to all that he said, but ventured to point out the possible dangers of his evocative experiments, if they should prove successful. To this, with the fervor of an alchemist or a religious devotee, he replied that it did not matter — that he was prepared to accept any and all consequences.

More than once he gave me to understand that his invention was progressing favorably. And one day he said, with abruptness:

'I will show you my mechanism, if you care to see it.' I protested my eagerness to view the invention, and he led me forthwith into a room to which I had not been admitted before. The chamber was large, triangular in form, and tapestried with curtains of some sullen black fabric. It had no windows. Clearly, the internal structure of the house had been changed in making it; and all the queer village tales, emanating from carpenters who had been hired to do the work, were now explained. Exactly in the center of the room, there stood on a low tripod of brass the apparatus of which Averaud had so often spoken.

The contrivance was quite fantastic, and presented the appearance of some new, highly complicated musical instrument. I remember that there were many wires of varying thickness, stretched on a series of concave sounding-boards of some dark, unlustrous metal; and above these, there depended from three

horizontal bars a number of square, circular and triangular gongs. Each of these appeared to be made of a different material; some were bright as gold, or translucent as jade; others were black and opaque as jet. A small hammerlike instrument hung opposite each gong, at the end of a silver wire.

Averaud proceeded to expound the scientific basis of his mechanism. The vibrational properties of the gongs, he said, were designed to neutralize with their sound-pitch all other cosmic vibrations than those of evil. He dwelt at much length on this extravagant theorem, developing it in a fashion oddly lucid. He ended his peroration:

'I need one more gong to complete the instrument; and this I hope to invent very soon. The triangular room, draped in black, and without windows, forms the ideal setting for my experiment. Apart from this room, I have not ventured to make any change in the house or its grounds, for fear of deranging some propitious element or collocation of elements.'

More than ever, I thought that he was mad. And, though he had professed on many occasions to abhor the evil which he planned to evoke, I felt an inverted fanaticism in his attitude. In a less scientific age he would have been a devil-worshipper, a partaker in the abominations of the Black Mass; or would have given himself to the study and practice of sorcery. His was a religious soul that had failed to find good in the scheme of things; and lacking it, was impelled to make of evil itself an object of secret reverence.

'I fear that you think me insane,' he observed in a sudden flash of clairvoyance. 'Would you like to watch an experiment? Even though my invention is not completed, I may be able to convince you that my design is not altogether the fantasy of a disordered brain.'

I consented. He turned on the lights in the dim room. Then he went to an angle of the wall and pressed a hidden spring or switch. The wires on which the tiny hammers were strung began to oscillate, till each of the hammers touched lightly its companion gong. The sound they made was dissonant and disquieting

to the last degree — a diabolic percussion unlike anything I have ever heard, and exquisitely painful to the nerves. I felt as if a flood of finely broken glass was pouring into my ears.

The swinging of the hammers grew swifter and heavier; but, to my surprise, there was no corresponding increase of loudness in the sound. On the contrary, the clangor became slowly muted, till it was no more than an undertone which seemed to be coming from an immense depth or distance -an undertone still full of disquietude and torment, like the sobbing of far-off winds in hell, or the murmur of demonian fires on coasts of eternal ice.

Said Averaud at my elbow:

'To a certain extent, the combined notes of the gongs are beyond human hearing in their pitch. With the addition of the final gong, even less sound will be audible.'

While I was trying to digest this difficult idea, I noticed a partial dimming of the light above the tripod and its weird apparatus. A vertical shaft of faint shadow, surrounded by a still fainter penumbra, was forming in the air. The tripod itself, and the wires, gongs and hammers, were now a trifle indistinct, as if seen through some obscuring veil. The central shaft and its penumbra seemed to widen; and looking down at the flood, where the outer adumbration, conforming to the room's outline, crept toward the walls, I saw that Averaud and myself were now within its ghostly triangle.

At the same time there surged upon me an intolerable depression, together with a multitude of sensations which I despair of conveying in language. My very sense of space was distorted and deformed as if some unknown dimension had somehow been mingled with those, familiar to us. There was a feeling of dreadful and measureless descent, as if the floor were sinking beneath me into some nether pit; and I seemed to pass beyond the room in a torrent of swirling, hallucinative images, visible but invisible, felt but intangible, and more awful, more accursed than that hurricane of lost souls beheld by Dante.

Down, down, I appeared to go, in the bottomless and phantom hell that was impinging upon reality. Death, decay, malignity, madness, gathered in the air and pressed me down like Satanic incubi in that ecstatic horror of descent. I felt that there were a thousand forms, a thousand faces about me, summoned from the gulfs of perdition. And yet I saw nothing but the white face of Averaude, stamped with a frozen and abominable rapture as he fell beside me.

Like a dreamer who forces himself to awaken, he began to move away from me. I seemed to lose sight of him for a moment in the cloud of nameless, immaterial horrors that threatened to take on the further horror of substance. Then I realized that Averaude had turned off the switch, and that the oscillating hammers had ceased to beat on those infernal gongs. The double shaft of shadow faded in mid-air, the burden of terror and despair lifted from my nerves and I no longer felt the damnable hallucination of nether space and descent.

'My God! ' I cried. 'What was it?' Averaude's look was full of a ghastly, gloating exultation as he turned to me.

'You saw and felt it, then?' he queried — 'that vague, imperfect manifestation of the perfect evil which exists somewhere in the cosmos? I shall yet call it forth in its entirety, and know the black, infinite, reverse raptures which attend its epiphany.'

I recoiled from him with an involuntary shudder. All the hideous things that had swarmed upon me beneath the cacophonous beating of those accursed gongs, drew near again for an instant; and I looked with fearful vertigo into hells of perversity and corruption. I saw an inverted soul, despairing of good, which longed for the baleful ecstasies of perdition. No longer did I think him merely mad: for I knew the thing which he sought and could attain; and I remembered, with a new significance, that line of Baudelaire's poem — 'The hell wherein my heart delights.'

Averaud was unaware of my revulsion, in his dark rhapsody. When I turned to leave, unable to bear any longer the blasphemous atmosphere of that room, and the sense of strange depravity which emanated from its owner, he pressed me to return as soon as possible.

'I think,' he exulted, 'that all will be in readiness before long. I want you to be present in the hour of my triumph.'

I do not know what I said, nor what excuses I made to get away from him. I longed to assure myself that a world of unblasted sunlight and undefiled air could still exist. I went out; but a shadow followed me; and execrable faces leered or mowed from the foliage as I left the cypress-shaded grounds.

For days afterward I was in a condition verging upon neurotic disorder. No one could come as close as I had been to the primal effluence of evil, and go thence unaffected. Shadowy noisome cobwebs draped themselves on all my thoughts, and presences of unlineamented fear, of shapeless horror, crouched in the half-lit corners of my mind but would never fully declare themselves. An invisible gulf, bottomless as Malebolge, seemed to yawn before me wherever I went.

Presently, though, my reason reasserted itself, and I wondered if my sensations in the black triangular room had not been wholly a matter of suggestion or auto-hypnosis. I asked myself if it were credible that a cosmic force of the sort postulated by Averaud could really exist; or, granting it existed, could be evoked by any man through the absurd intermediation of a musical device. The nervous terrors of my experience faded a little in memory; and, though a disturbing doubt still lingered, I assured myself that all I had felt was of purely subjective origin. Even then, it was with supreme reluctance, with an inward shrinking only to be overcome by violent resolve, that I returned to visit Averaud once more.

For an even longer period than usual, no one answered my knock. Then there were hurrying footsteps, and the door was opened abruptly by Fifine. I

knew immediately that something was amiss, for her face wore a look of unnatural dread and anxiety, and her eyes were wide, with the whites showing blankly, as if she gazed upon horrific things. She tried to speak, and made that ghastly inarticulate sound which the mute is able to make on occasion as she plucked my sleeve and drew me after her along the somber hall to the triangular room.

The door was open; and as I approached it, I heard a low, dissonant, snarling murmur, which I recognized as the sound of the gongs. It was like the voice of all the souls in a frozen hell, uttered by lips congealing slowly toward the ultimate torture of silence. It sank and sank till it seemed to be issuing from pits below the nadir.

Fifine shrank back on the threshold, imploring me with a pitiful glance to precede her. The lights were all turned on and Averaude, clad in a strange medieval costume, in a black gown and cap such as Faustus might have worn, stood near the percussive mechanism. The hammers were all beating with a frenzied rapidity; and the sound became still lower and tenser as I approached. Averaude did not seem to see me: his eyes, abnormally dilated, and flaming with infernal luster like those of one possessed, were fixed upon something in mid-air.

Again the soul-congealing hideousness, the sense of eternal falling, of myriad harpy-like incumbent horrors, rushed upon me as I looked and saw. Vaster and stronger than before, a double column of triangular shadow had materialized and was becoming more and more distinct. It swelled, it darkened, it enveloped the gong-apparatus and towered to the ceiling. The double column grew solid and opaque as ebony; and the face of Averaude, who was standing well within the broad penumbral shadow, became dim as if seen through a film of Stygian water.

I must have gone utterly mad for a while. I remember only a teeming delirium of things too frightful to be endured by a sane mind, that peopled the infinite gulf of hell-born illusion into which I sank with the hopeless precipitancy of the

damned. There was a sickness inexpressible, a vertigo of redeemless descent, a pandemonium of ghoulish phantoms that reeled and swayed about the column of malign omnipotent force which presided over all. Averaude was only one more phantom in this delirium, when with arms outstretched in his perverse adoration, he stepped toward the inner column and passed into it till he was lost to view. And Fifine was another phantom when she ran by me to the wall and turned off the switch that operated those demoniacal hammers.

As one who re-emerges from a swoon, I saw the fading of the dual pillar, till the light was no longer sullied by any tinge of that satanic radiation. And where it had been, Averaude still stood beside the baleful instrument he had designed. Erect and rigid he stood, in a strange immobility; and I felt an incredulous horror, a chill awe, as I went forward and touched him with a faltering hand. For that which I saw and touched was no longer a human being but an ebon statue, whose face and brow and fingers were black as the Faust-like raiment or the sullen curtains. Charred as by sable fire, or frozen by black cold, the features bore the eternal ecstasy and pain of Lucifer in his ultimate hell of ice. For an instant, the supreme evil which Averaude had worshipped so madly, which he had summoned from the vaults of incalculable space, had made him one with itself; and passing, it had left him petrified into an image of its own essence. The form that I touched was harder than marble; and I knew that it would endure to all time as a testimony of the infinite Medusean power that is death and corruption and darkness.

Fifine had now thrown herself at the feet of the image and was clasping its insensible knees. With her frightful muted moaning in my ears, I went forth for the last time from that chamber and from that mansion. Vainly, through delirious months and madness-ridden years, I have tried to shake off the infrangible obsession of my memories. But there is a fatal numbness in my brain as if it too had been charred and blackened a little in that moment of overpowering nearness to the dark ray of the black statue that was Jean Averaude, the impress of awful and forbidden things has been set like an everlasting seal.

EL DEVOTO DEL MAL

CLARK ASHTON SMITH

LA VIEJA CASA de los Larcom era una mansión de tamaño y dignidad considerables, situada entre robles y cipreses, en la colina detrás del barrio chino de Auburn, en lo que una vez fue el barrio aristocrático del pueblo. En el momento en el que escribo, había estado deshabitada durante varios años y estaba comenzando a dar las señales de soledad y mal estado que las casas sin inquilinos pronto empiezan a mostrar.

La casa tenía una historia trágica y se creía que tenía fantasmas. Yo nunca había conseguido informes de primera mano, o precisos, respecto a las manifestaciones espectrales que estaban asociadas con ella. El primer propietario, el juez Peter Larcom, había sido asesinado debajo del techo trasero en la década de los setenta por un cocinero chino loco; una de sus hijas se había vuelto loca; y otros dos de los miembros de su familia habían muerto accidentalmente. Ninguno de ellos había prosperado; su leyenda era una de penas y de desastres.

Algunos de los ocupantes posteriores, quienes habían comprado la casa del hijo superviviente de Peter Larcom, se habían marchado bajo circunstancias de inexplicable premura al cabo de unos meses, mudándose de una manera permanente a San Francisco. No regresaron, ni siquiera para la más breve de las visitas; y, más allá de pagar los impuestos, no prestaron atención alguna a la casa. Todo el mundo había llegado a pensar en ella como en una especie de ruina histórica, cuando llegó la noticia de que había sido vendida a Jean Averaud, de Nueva Orleans. Mi primer encuentro con el señor Averaud resultó extrañamente significativo al revelarme, como no lo hubieran hecho necesariamente años de trato, las peculiares inclinaciones de su mente. Por supuesto, ya estaba al corriente de algunos extraños rumores que corrían en torno a él; su personalidad era demasiado carismática; su llegada, demasiado misteriosa, para escapar a las usuales elucubraciones y cotilleos de los pueblos.

Me habían dicho que era muy rico, que era un solitario del tipo mas extravagante, que había hecho ciertos cambios muy raros en la estructura interna de la vieja casa; y, por último, aunque sin ser lo menos importante, que vivía con una hermosa mulata que nunca hablaba con nadie y de quien se creía era, además de su amante, su ama de llaves. El hombre, en concreto, me había sido descrito por algunos como un lunático raro pero inofensivo, y por otros como un verdadero Mefistófeles.

Le había visto varias veces antes de nuestro encuentro inicial. Era un criollo delgado, de aspecto melancólico, con las marcas de su raza en su mejillas huecas y en sus ojos febriles. Me impresionó su aspecto de inteligencia, y la ardiente manera que tenía de fijar la mirada de un hombre que está dominado por una única idea que excluye todo lo demás. Algún alquimista medieval que se creyese a punto de alcanzar su objetivo después de muchos años de búsqueda incansable, podría haber tenido el aspecto que él tenía.

Un día, me encontraba en la biblioteca de Auburn cuando Averaud entró. Había cogido un periódico de una de las mesas, y estaba leyendo los detalles de algún crimen atroz..., el asesinato de una mujer junto a sus dos hijos pequeños por el padre y marido, quien había encerrado a sus víctimas en un armario ropero, después de empapar las prendas con gasolina. Había dejado el cordón del delantal de la mujer saliendo de la puerta cerrada y lo había prendido como si fuese una especie de mecha.

Averaud se detuvo ante la mesa en que yo estaba leyendo. Levanté la vista y le vi leyendo los titulares del periódico que yo sostenía. Un momento más tarde, regresó, se sentó junto a mí y me dijo en voz baja:

—Lo que interesa en un crimen de esta clase es la sugerencia de una fuerza sobrehumana actuando detrás. ¿Podría algún hombre, por iniciativa propia, haber planeado y ejecutado algo tan demoniaco?

—No lo sé —repliqué, algo sorprendido ante la pregunta y por quién me la hacía—. Hay profundidades terroríficas en la naturaleza humana..., más terribles que las de la jungla.

—Estoy de acuerdo. Pero ¿cómo semejantes impulsos, desconocidos para los más brutales ancestros del hombre, pueden haberse implantado en su naturaleza, a no ser a través de una agencia ulterior?

—¿Cree usted, entonces, en la existencia de una fuerza o entidad del mal..., en un Satán o en un Ahrimán?

—Creo en el mal. ¿Como podría ser de otra manera, cuando veo sus manifestaciones por todas partes? Lo considero un poder que lo controla todo; pero no creo que sea un poder personal, en el sentido que nosotros entendemos la personalidad. ¿Un Satanás? No. Lo que yo imagino es una especie de vibración oscura, la radiación de un sol negro, un centro de épocas malignas..., una radiación que puede penetrar como cualquier otro rayo... y quizá más profundamente. Pero, probablemente, no me estoy explicando en absoluto.

Protesté diciendo que le entendía; pero, después de su explosión comunicativa, parecía extrañamente desinteresado en continuar con la conversación. Evidentemente, se había visto impulsado a dirigirse a mí; y, de una manera no menos evidente, lamentaba haberse expresado con tanta libertad. Se levantó, pero, antes de marcharse, me dijo:

—Soy Jean Averaud. Quizá usted haya oído hablar de mí. Usted es Philip Hastane, el novelista. He leído sus libros y los admiro. Venga usted a verme en algún momento... Puede que tengamos ciertos gustos e ideas en común.

La personalidad de Averaud, los conceptos que había expuesto, y el intenso interés y valor que había dado a estos conceptos, causaron una singular impresión en mi mente, y no pude olvidarle. Cuando, unos días más tarde, me lo encontré en la calle, y repitió su invitación con una cordialidad que era sincera y sin fingimientos, no pude por menos que aceptar. Estaba interesado, aunque no por completo atraído, por su extraña personalidad morbosa, e impulsado por un deseo de saber algo más concerniente a él. Parecía un misterio de un orden fuera de lo común..., un misterio con elementos de lo anormal y de lo sobrenatural.

Los contornos de la vieja mansión Larcom estaban tal y como los recordaba, aunque no había tenido ocasión recientemente para pasar cerca de ellos. Eran una verdadera jungla de rosales, madroños, lilas y enredaderas bajo la sombra de los grandes cipreses y los sombríos robles perennes. Había un salvaje encanto, medio siniestro en su torno..., el encanto del deterioro y de la ruina. Nada se había hecho para arreglar los viejos jardines, y no había señales de reparaciones externas de la casa, donde la pintura blanca de años anteriores

estaba siendo reemplazada lentamente por musgos y líquenes que florecían debajo de la eterna sombra de los árboles. Había señales de deterioro en el techo y en las columnas del porche de la entrada; y me pregunté por qué el propietario, que tenía fama de ser tan rico, no había realizado ya las necesarias restauraciones.

Levanté la aldaba con forma de gárgola y la dejé caer con un sonido metálico lúgubre y apagado. La casa permaneció en silencio; y yo estaba a punto de levantar la aldaba de nuevo, cuando la puerta se abrió lentamente y vi, por primera vez, a la mulata sobre la que me habían llegado tantos rumores del pueblo.

La mujer era más exótica que hermosa, con finos ojos tristes y facciones de color de bronce de una irregularidad seminegroide. Su tipo era, sin embargo, verdaderamente perfecto, con las líneas curvadas de una lira y la gracia ágil de algún animal felino. Cuando pregunté por Jean Averaud, ella se limitó a sonreír y me hizo señales para que entrase. Supuse al instante que era muda.

Esperando en la tenebrosa biblioteca, no pude resistir la tentación de mirar los libros con los que estaban abarrotadas las estanterías. Eran un tremendo revoltijo de volúmenes que trataban sobre antropología, religiones, demonología, ciencias modernas, historia, psicoanálisis y ética. Salpicados entre éstos, había algunas novelas y libros de poesía, la monografía de Breau sobre el maniqueísmo estaba flanqueada con Poe y Byron, y *Las flores del mal* empujaba a un reciente tratado de química.

Averaud entró al cabo de unos minutos, disculpándose profusamente por su retraso. Me dijo que se había encontrado en medio de ciertos trabajos cuando yo había llegado; pero no especificó la naturaleza de los mismos. Parecía todavía más animado y con la mirada más ardiente que la última vez que le había visto. Estaba claramente alegre de verme y deseoso de hablar.

—Has estado mirando mis libros —comentó inmediatamente—, aunque puede que no lo pienses así a primera vista, a causa de su aparente diversidad. Lo he seleccionado con un único objetivo: el estudio del mal en todos los aspectos antiguo, medieval y moderno. Lo he estudiado en todas las religiones y en todas la demonologías de todos los pueblos; y, lo que es más, en la propia historia de la humanidad. Lo he encontrado en la inspiración de los poetas y de los novelistas que han tratado con los impulsos más oscuros del

hombre, sus emociones y sus actos. Tus novelas me han interesado por este motivo: eres consciente de las fuertes influencias que nos rodean y que, tan a menudo, nos influyen o nos dominan. He seguido la actuación de estos agentes, incluso en las reacciones químicas, en el crecimiento y en la decadencia de los árboles, flores y minerales. Siento que los procesos de descomposición, así como procesos mentales y morales análogos, son debidos por completo a éstos. En resumen, he postulado una maldad monística que es la única fuente de toda la muerte, el deterioro, el dolor, la pena, la locura y la enfermedad. Este mal, tan débilmente opuesto por las fuerzas del bien, me fascina sobre todas las cosas. Desde hace mucho tiempo, la obra de mi vida ha sido determinar su verdadera naturaleza, y retroceder hasta su fuente. Estoy seguro de que en algún lugar del espacio está un centro desde el que emana todo el mal.

Hablaba con un aire de salvaje emoción, de intensidad morbosa como de loco. Su obsesión me convenció de que estaba más o menos desequilibrado; pero había una lógica blasfema en el desarrollo de sus ideas; y no podía por menos que reconocer una cierta desordenada brillantez y profundidad intelectual.

Sin esperar mi respuesta, continuó con su monólogo:

—He descubierto que ciertos lugares y edificios, ciertos arreglos de objetos naturales o artificiales, son más favorables para la recepción de influencias maléficas que otros. Las leyes que determinan el grado de receptividad aún me resultan oscuras; pero al menos he verificado el propio hecho en cuestión. Como tú sabes, hay casas y vecindarios que son famosos por una sucesión de crímenes y desgracias; y además hay objetos, como ciertas joyas, cuya posesión viene acompañada del desastre. Tales lugares y objetos son receptáculos del mal... Mantengo, sin embargo, una teoría: que hay siempre un grado, mayor o menor, de interferencia con la corriente de fuerza maligna; y que la maldad, pura y absoluta, está aún por manifestarse. Mediante el uso de un determinado artilugio que pudiese crear un campo adecuado o formar una estación receptora, debería ser posible invocar esta maldad absoluta. Bajo condiciones semejantes, estoy seguro de que la vibración oscura podría volverse visible y tangible, comparable a la luz o a la electricidad —me lanzó una mirada que resultaba desconcertantemente exigente. Entonces añadió:

—Debo confesar que adquirí esta vieja mansión principalmente por su siniestra historia. El lugar parece ser inusualmente susceptible a las influencias a las cuales me refiero. Estoy ahora trabajando en un aparato por medio del cual tengo la esperanza de que, cuando esté terminado, haré manifestarse en su esencial pureza las radiaciones de la fuerza maligna.

En ese momento, la mulata entró y atravesó el cuarto ocupada en alguna tarea doméstica. Pensé que lanzaba a Averaud una mirada llena de cariño maternal, vigilancia y ansiedad. Él, por su parte, apenas parecía darse cuenta de su presencia, tan concentrado estaba en sus extrañas ideas y en el extraño proyecto en que se había embarcado.

Sin embargo, cuando ella se hubo marchado, comentó:

—Ella es Fifine, el único ser humano que realmente está unido a mí. Es muda, pero muy inteligente y cariñosa. Todos mis parientes, una vieja familia de Louisiana, hace tiempo que han muerto..., y mi esposa está doblemente muerta para mí —un oscuro espasmo de dolor contrajo sus facciones y desapareció. Continuó con su monólogo; y en ningún momento futuro volvió a referirse a la historia, presumiblemente trágica, a la que había hecho alusión; una historia en la que sospecho estaba enterrada la semilla de la extraña perversión, mental y moral, que iría manifestando cada vez más.

Me marché, después de prometer retornar para otra charla. Por supuesto, consideré a Averaud un loco; pero su locura era de una variedad de lo más raro y pintoresco. Parecía significativo que me hubiese elegido como confidente. Todos los demás que le conocieron le encontraron taciturno y poco comunicativo en un grado extremo. Supongo que sentía la necesidad humana ordinaria de desahogarse con alguien; y me seleccionó a mí como la única persona en el vecindario que podría mostrarse potencialmente comprensiva.

Le vi varias veces durante el mes siguiente. Era en verdad un auténtico caso clínico en psicología; y le di ánimos para que hablase sin reservas, aunque tales ánimos apenas resultaban necesarios.

Me contó muchas cosas..., una extraña mezcla de lo científico y lo místico. Educadamente, le di la razón a todo lo que decía, pero me aventuré a llamarle la atención sobre los posibles peligros de su experimento en la invocación, si éste se viese coronado con el éxito. A lo que replicó, con la fe de un alquimista

o de un devoto religioso, que no importaba..., que estaba preparado para aceptar cualquiera de las posibles consecuencias, o todas las que hubiese.

En más de una ocasión, me dio a entender que sus experimentos estaban progresando favorablemente. Y, un día, me dijo abruptamente:

—Si te apetece verlo, te mostraré mi mecanismo.

Contesté que estaba ansioso de verlo, y me condujo a un cuarto al que no me había admitido hasta aquel momento.

La habitación era grande, de forma triangular, y decorada con cortinajes de un apagado tejido la negro. No tenía ventanas. Claramente, la estructura interna de la casa había sido alterada al construirla; y las extrañas historias del pueblo, comenzando por los carpinteros que habían sido contratados para hacer la obra, estaban ahora aclaradas. Exactamente en el centro del cuarto, se levantaba, sobre un trípode bajo de bronce, el aparato al que Averaud se había referido tan a menudo.

El artilugio era de aspecto fantástico y tenía la apariencia de un nuevo, y muy complicado, instrumento musical. Recuerdo que había muchos alambres de anchura variable, estirados sobre una serie de tableros cóncavos de un metal oscuro y sin brillo; y, por encima de éstos, colgaban, desde tres barras horizontales, cierto número de gongos, cuadrados y triangulares. Cada uno de éstos parecía estar hecho con un material diferente; algunos eran tan brillantes como el oro, otros eran negros y opacos como el carbón. Un pequeño instrumento con forma de martillo colgaba enfrente de cada gongo sujeto por un alambre de plata.

Averaud procedió a desarrollar la base científica de su mecanismo. Las propiedades vibracionales de los gongos estaban diseñadas para neutralizar, según dijo, con el tono de sus sonidos, todas las otras radiaciones cósmicas que no fuesen las del mal. Desarrolló bastante su extravagante teorema, de una manera extrañamente lúcida. Terminó su perorata:

—Necesito otro gongo para terminar mi mecanismo, y éste espero inventarlo muy pronto. El cuarto triangular, forrado de negro y sin ventanas, constituye el entorno ideal para mi experimento. Aparte de este cuarto, no me he atrevido a hacer ningún otro cambio en la casa ni en sus jardines, por miedo de hacer peligrar algún elemento propicio o algún arreglo de objetos.

Consideré, más que nunca, que se trataba de un demente. Y, pese a haber manifestado en múltiples ocasiones aborrecer la maldad que planeaba invocar, noté una especie de fanatismo inverso en su postura, que en alguna época menos científica le habría convertido en un adorador del diablo, un participante en las abominaciones de la misa negra; o se habría entregado al estudio, y a la práctica, de la hechicería. Era un alma religiosa que había fracasado a la hora de encontrar el bien en el esquema de las cosas; y, a falta de éste, se había visto obligado a tomar el mal como un objeto de secreta reverencia.

—Me temo que piensas que soy un desequilibrado —comentó con un fognazo de repentina clarividencia—. ¿Te gustaría ver un experimento? Aunque mi invento no esté acabado, puede que te convenza de que mi idea no es por completo la fantasía de una mente desequilibrada.

Yo accedí. Apagó las luces del cuarto oscuro. Entonces, se dirigió a una esquina de la pared y apretó un mecanismo o un interruptor oculto. Los alambres de los que estaban colgados los pequeños martillos comenzaron a oscilar, hasta que cada uno de los martillos tocó ligeramente el gongo que le acompañaba. El sonido que produjeron resultaba disonante e inquietante en grado sumo..., una percusión diabólica completamente distinta a nada que yo hubiese escuchado hasta aquel momento, y que resultaba exquisitamente dolorosa para los nervios. Me sentí como si un torrente de cristal, finamente machacado, estuviese siendo vertido por mis oídos.

El golpear de los martillos se volvió más rápido y más fuerte; pero, para mi sorpresa, no hubo un incremento correspondiente en el volumen del sonido. Por el contrario, el clamor se fue apagando lentamente, hasta que fue un tono sumergido que parecía emanar de una inmensa profundidad o distancia..., un tono sumergido lleno de inquietud y de tormento, como el llanto de un lejano viento del infierno, o el murmullo de fuegos demoniacos en las costas de un hielo eterno.

Dijo Averaúd a mi costado:

—Hasta cierto punto, las notas combinadas de los gongos quedan fuera del campo auditivo humano en su tono. Con la audición de la campana final, incluso menos sonido resultará audible. Cuando estaba intentando digerir esta difícil idea, noté una disminución parcial de la luz encima de los trípodes y de sus extraños aparatos. Un rayo vertical de débil sombra, rodeado de una

penumbra aún más débil, se estaba formando en el aire. El propio trípode, y los cables, los gongos y los martillos, estaban ahora un poco desdibujados, como vistos por un oscuro velo. El rayo central y la penumbra parecieron ensancharse; y, bajando la vista al suelo, donde la otra penumbra, ajustándose a las siluetas del cuarto, se arrastraba hasta las paredes, vi cómo Averaud y yo estábamos ahora dentro de su fantasmal triángulo.

Al mismo tiempo, sentí una tristeza insoportable, junto con una multiplicidad de sensaciones que desesperaban a la hora de transmitir por medio del lenguaje. Mi propio sentido del espacio se vio deformado y distorsionado, como si alguna dimensión desconocida se hubiese visto mezclada con la que nos es familiar a nosotros. Había una sensación de terrible caída sin fondo, como si el suelo se estuviese hundiendo por debajo de mí en un foso exterior; y me pareció ir más allá del cuarto en un torrente de revueltas imágenes alucinógenas, visibles pero invisibles, sentidas pero intangibles, y más terribles y más malditas que aquel huracán de almas réprobos que Dante contemplara.

Abajo, abajo, me parecía dirigirme, en un infierno sin fondo y fantasmal que estaba infringiendo la realidad. La muerte, la decadencia, la maldad y la locura se amontonaron en el aire y me acosaron como íncubos satánicos en el éxtasis del horror de aquella caída. Sentí que había un millar de formas, un millar de rostros en mi torno, llamándome a las simas de perdición. Y, sin embargo, no vi nada que no fuese el rostro blanco de Averaud, marcado con un gozo congelado y abominable mientras se colocaba a mi lado.

Como un soñador que se obliga a despertar, empezó a alejarse de mí, me pareció perderle de vista durante un momento en la niebla de horrores sin nombre que amenazaban con adquirir el horror adicional de la sustancia. Entonces me di cuenta de que Averaud había apagado el interruptor, y los martillos oscilantes habían dejado de golpear aquellos gongos infernales. El doble rayo de sombra se desvaneció en mitad del aire, la carga del terror y de la desesperación se levantó de mis nervios, y ya no sentí esa maldita alucinación de la caída y del espacio exterior.

—¡Dios mío! —grité—. ¿Qué fue eso?

La mirada de Averaud estuvo llena de una repugnante exaltación en el triunfo cuando se volvió hacia mí.

—Entonces, ¿lo viste y lo sentiste? —preguntó—, ¿esa vaga e imperfecta manifestación del mal perfecto que existe en algún lugar del cosmos? Aún habré de llamarla completa, y conocer los negros e infinitos placeres inversos que acompañan a su epifanía.

Me aparté de él con un temblor involuntario. Todas las cosas repugnantes que se habían abalanzado sobre mí bajo el golpeteo cacofónico de aquellos malditos gongos volvieron a acercarse durante un instante; y miré, con un vértigo lleno de miedo, en infiernos de perversidad y de corrupción. Vi un alma invertida, desesperada de alcanzar el bien, que ansiaba los gozos terribles de la perdición. Ya no le consideré simplemente como un loco; porque sabía qué era lo que buscaba y qué podía obtener, y recordé, con un nuevo sentido, aquel verso de un poema de Baudelaire... “El infierno en el que mi corazón se deleita”.

Averaud no se daba cuenta de mi asco, sumido en su rapsodia tenebrosa. Cuando me di la vuelta para marcharme, incapaz de soportar por más tiempo la blasfema atmósfera de aquel lugar, y la sensación de extraña depravación que emanaba de su propietario, me pidió que volviese tan pronto como fuese posible.

—Creo —dijo exultante— que todo estará listo en breve. Quiero que te encuentres presente durante la hora de mi triunfo.

No sé qué le dije, ni qué excusas empleé para alejarme de él. Ansiaba asegurarme de que un mundo de sol sin sombras y de aire limpio podía aún subsistir. Yo me marché, pero una sombra me siguió; y rostros execrables se burlaban o hacían muecas desde el follaje mientras abandonaba los jardines sombreados por cipreses.

Durante los días que siguieron, me encontré en un estado rayano con la alteración neurótica. Nadie podía haberse aproximado tanto como yo lo hice al efluvio primordial del mal, y alejarse sin cicatrices. Apestosas telarañas de sombras envolvieron mis pensamientos, y presencias de miedos sin rasgos, de horror sin forma, se agazapaban en las oscuras esquinas de mi mente, pero nunca se manifestaban por completo. Una sima sin fondo, tan insondable como el Malebolge, parecía abrirse por debajo de mí en todos los lugares adonde iba.

A pesar de todo, mi razón volvió a imponerse, y me pregunté si mis sensaciones en el negro cuarto triangular no habían sido por completo un producto de la sugestión o de la autohipnosis. Me pregunté a mí mismo si resultaba creíble que una fuerza cósmica, de la clase que Averaud postulaba, pudiera realmente existir; o, suponiendo que existiese, pudiese ser invocada por cualquier hombre mediante la absurda intermediación de un instrumento musical. Los terrores nerviosos de mi experiencia se desvanecieron un poco en mi recuerdo; y, aunque aún permanecía una molesta incertidumbre, me aseguré a mí mismo que todo lo que había experimentado era puramente subjetivo en su origen. Incluso entonces, fue con una suprema desgana, con un retroceso interior que sólo pudo ser vencido mediante una firme decisión, que me decidí a visitar de nuevo a Averaud.

Durante un periodo aún más largo de lo normal, nadie contestó a mi aldabonazo. Entonces, sonaron pasos apresurados, y la puerta fue abierta violentamente por Fifine. Supe inmediatamente que algo andaba mal, porque su rostro tenía una expresión de temor y ansiedad sobrenaturales, con los ojos desorbitados, y los blancos visibles sin expresión, como si hubiese contemplado cosas horribles. Ella intentó hablar, e hizo ese repugnante sonido inarticulado del que el mudo es capaz en ciertas ocasiones, mientras tiraba de mi manga y me conducía a lo largo del tenebroso pasillo hacia el cuarto triangular.

La puerta estaba abierta; y, mientras me acercaba, escuché un murmullo bajo disonante y enmarañado que reconocí como el sonido de los gongs. Era como el sonido de todas las voces de un infierno congelado, emitidas por labios que estuviesen congelándose lentamente hacia la tortura definitiva del silencio. Se hundió y se hundió hasta que parecía que estaba surgiendo desde los fosos por debajo de la nada.

Fifine retrocedió en el umbral, implorándome con una mirada patética que la precediese. Las luces estaban todas encendidas; y Averaud, ataviado con un raro atuendo medieval, consistente en una túnica negra y un gorro como los que Fausto podía haber tenido puestos, estaba de pie junto al mecanismo percusivo. Los martillos estaban todos repicando con rapidez frenética; y el sonido se volvió todavía más bajo y más frenético mientras me acercaba. Averaud no pareció verme: sus ojos, anormalmente dilatados, y ardiendo con

un brillo infernal como de alguien poseído, estaban fijos en algo en mitad del aire.

De nuevo con toda su asquerosidad capaz de congelar el alma, la sensación de eterna caída, una miríada de horrores que caían como arpías, mientras yo miraba me daba cuenta de qué era lo que veía. Más ancha y más fuerte que antes, una doble columna de sombras triangulares se había materializado y se estaba volviendo cada vez más concreta. Se hinchaba, crecía envolviendo el aparato del gongo y alzándose hasta el techo. La columna interior se volvió tan sólida y opaca como el ébano; y el rostro de Averaud, que estaba de pie en el interior de su sombra tenebrosa, se volvió borroso, como visto por una película de agua estigia. Debí volverme completamente loco durante un rato. Tan sólo recuerdo un hirviente delirio de cosas demasiado terribles como para ser soportadas por una mente cuerda, que habitaban aquel infinito abismo de ilusiones infernales en el que me hundí con la terrible precipitación de los réprobos. Había una enfermedad inexpresable, un vértigo de irredimible descenso, un pandemónium de siniestros fantasmas que retrocedían y se inclinaban en torno a la columna de maligna fuerza omnipotente que lo presidía todo. Averaud era tan sólo otro fantasma mas en medio de este delirio, cuando, con sus brazos estirados en una perversa adoración, avanzó hacia la columna interior y penetró en ella hasta quedar oculto a la vista. Y Fifine fue otro fantasma cuando corrió a mi lado en la pared y apagó el interruptor que accionaba aquellos martillos demoniacos.

Como alguien que sale de un mareo, vi desvanecerse el pilar doble hasta que la luz ya no estuvo manchada con la corrupción de aquella radiación satánica. Y, en el lugar en que había estado, Averaud se hallaba de pie junto al instrumento que había diseñado. Estaba erguido y rígido, en una extraña inmovilidad; y sentí un terror incrédulo, un pasmo helado, mientras avanzaba y le tocaba con mano temblorosa. Porque aquello que yo había tocado ya no era un ser humano, sino una estatua de ébano, cuya cara, frente y dedos eran tan negros como el atavío, propio de Fausto, o las oscuras cortinas. Carbonizados por un fuego negro, o congelados por un negro cierzo, las rasgos tenían el éxtasis y el dolor eterno de Lucifer en su definitivo infierno de hielo. Durante un instante, el mal supremo que Averaud había adorado tan locamente, que había invocado desde las profundidades de un espacio incalculable, se había unido

con él mismo; y, al abandonarle, le había dejado petrificado en una imagen de su propia esencia. La forma que yo toqué era más dura que el mármol; y supe que perduraría para siempre como testimonio del poder de la medusa que son la muerte, la corrupción y las tinieblas.

Fifine se había arrojado a los pies de la imagen y abrazaba sus insensibles rodillas. Con sus terribles lamentos de muda en mis oídos, partí por última vez de aquella habitación y de aquella casa.

Vanamente, a lo largo de meses de delirio y años de locura, he intentado alejar de mí la intangible obsesión de mis recuerdos. Pero hay un fatal atontamiento en mi cerebro, porque yo también he sido quemado y carbonizado un poco en aquel momento de abrumadora proximidad al rayo oscuro que vino del abismo más allá del universo.

En mi mente, al igual que sobre la negra estatua que fuera Jean Averaud, la marca de una cosa, terrible y prohibida, ha sido impresa como un sello perdurable.

The Devotee Of Evil, III—X—1930

(Stirring Science Stories, II—41. The Abominations Of Yondo, II—60)

Trad. Arturo Villarubia

Los Mundos Perdidos (A Rendezvous In Averno, 1988)

Icaro, 22

EDAF 1991

THE PLANET OF THE DEAD

CLARK ASHTON SMITH

I

By profession, Francis Melchior was a dealer in antiques; by avocation he was an astronomer. Thus he contrived to placate, if not to satisfy, two needs of a somewhat complex and unusual temperament. Through his occupation, he gratified in a measure his craving for all things that have been steeped in the mortuary shadows of dead ages, in the dusky amber flames of long-sunken suns; all things that have about them the irresoluble mystery of departed time. And through his avocation, he found a ready path to exotic realms in further space, to the only spheres where his fancy could dwell in freedom and his dreams could know contentment. For Melchior was one of those who are born with an immedicable distaste for all that is present or near at hand; one of those who have drunk too lightly of oblivion and have not wholly forgotten the transcendent glories of other aeons, and the worlds from which they were exiled into human birth; so that their furtive, restless thoughts and dim, unquenchable longings return obscurely toward the vanishing shores of a lost heritage. The earth is too narrow for such, and the compass of mortal time is too brief; and paucity and barrenness are everywhere; and in all places their lot is a never-ending weariness.

With a predisposition ordinarily so fatal to the acquisitive faculties, it was indeed remarkable that Melchior should have prospered at all in his business. His love of ancient things, of rare vases, paintings, furniture, jewels, idols, and statues, made him readier to buy than to sell; and his sales were too often a source of secret heart-ache and regret. But somehow, in spite of all this, he had managed to attain a degree of financial comfort. By nature, he was something of a solitary, and was, generally looked upon as eccentric. He had never cared to marry; he had made no intimate friends; and he lacked many of the interests,

which, in the eyes of the average person, are supposed to characterize a normal human being.

Melchior's passion for antiquities and his devotion to the stars, both dated from his childhood days. Now, in his thirty-first year, with increasing leisure and prosperity, he had turned an upper balcony of his suburban hill-top house into an amateur observatory. Here, with a new and powerful telescope, he studied the summer heavens night after night. He possessed little talent and less inclination for those recondite mathematical calculations which form so large a part of orthodox astronomy; but he had an intuitional grasp of the heavenly immensitudes, a mystic sensitivity toward all that is far off in space. His imagination roamed and adventured among the suns and nebulae; and for him, each tiny gleam of telescopic light appeared to tell its own story and invite him toward its own unique realm of ultramundane fantasy. He was not greatly concerned with the names which astronomers have given to particular stars and constellations; but nevertheless, each of them possessed for him a separate individuality not to be mistaken for that of any other.

In especial, Melchior was drawn by one minute wide-flung constellation south of the Milky Way. It was barely discernible to the naked eye; and even through his telescope, it gave an impression of cosmic solitude and remoteness such as he had never felt in any other orb. It allured him more than the moon-surrounded planets or the first-magnitude stars with their flaming spectra; and he returned to it again and again, forsaking for its lonely point of light the marvelous manifold rings of Saturn and the cloudy zone of Venus and the intricate coils of the nebula of Andromeda.

Musing through many midnights on the attraction the star held for him, Melchior reasoned that in its narrow ray was the whole emanation of a sun and perhaps of a planetary system; that the secret of foreign worlds and even something of their history was implicit in that light, if one could only read the tale. And he longed to understand, and to know the far-woven thread of affinity which drew his attention so perennially to this particular orb. On occasion when he looked, his brain was tantalized by obscure intimations of loveliness and

wonder that were still a little beyond the reach of his boldest reveries, of his wildest dreams. And each time, they seemed a trifle nearer, and more attainable than before. And a strange, indeterminate expectancy began to mingle with the eagerness that prompted his evening visits to the balcony.

One midnight, when he was peering through the telescope, he fancied that the star looked a little larger and brighter than usual. Unable to account for this, in a mounting excitement he stared more intently than ever, and was suddenly seized by the unnatural idea that he was peering downward into a vast, vertiginous abyss, rather than toward the zenithal heavens. He felt that the balcony was no longer beneath his feet, but had somehow become inverted; and then, all at once, he was falling from it into the headlong ether, with a million thunders and flames about and behind him. For a brief while, he still seemed to see the star he had been watching, far down in the terrible Cimmerian void; and then he forgot, and could find it no more. There was the sickness of incalculable descent, an ever-swiftening torrent of vertigo not to be borne; and after moments or aeons (he could not tell which) the thunders and flames died out in ultimate darkness, in utmost silence; and he no longer knew that he was falling, and no longer retained any sort of sentiency.

II

When Melchior returned to consciousness, his first impulse was to clutch the arm of the chair in which he had been sitting beneath the telescope. It was the involuntary movement of one who has fallen in a dream. In a moment he realized the absurdity of this impulse; for he was not sitting in a chair at all; and his surroundings bore no manner of resemblance to the nocturnal balcony on which he had been seized by a strange vertigo, and from which he had seemed to fall and lose himself.

He was standing on a road paven with cyclopean blocks of gray stone — a road that ran interminably before him into the vague, tremendous vistas of an inconceivable world. There were low, funereal, drooping trees along the road, with sad-colored foliage and fruits of a deathly violet; and beyond the trees were

range on range of monumental obelisks, of terraces and domes, of colossal multiform piles, that reached away in endless, countless perspectives toward an indistinct horizon. Over all, from an ebon-purple zenith, there fell in rich, unglorious rays the illumination of a blood-red sun. The forms and proportions of the labyrinthine mass of buildings were unlike anything that has been designed in terrestrial architecture; and, for an instant, Melchior was overwhelmed by their number and magnitude, by their monstrosity and bizarriere. Then, as he looked once more, they were no longer monstrous, no longer bizarre; and he knew them for what they were, and knew the world upon whose road his feet were set, and the destination he was to seek, and the part he was fated to play. It all came back to him as inevitably as the actual deeds and impulses of life returns to one who has thrown himself obviously for a while into some dramatic role that is foreign to his real personality. The incidents of his existence as Francis Melchior, though he still recalled them, had become obscure and meaningless and grotesque in the reawakening of a state of entity, with all its train of recovered reminiscences, of revived emotions and sensations. There was no strangeness, only the familiarity of a homecoming, in the fact that he had stepped into another condition of being, with its own environment, with its own past, present, and future, all of which would have been incognizably alien to the amateur astronomer who had peered a few moments before at a tiny star remote in sidereal space.

'Of course, I am Antarion,' he mused. 'Who else could I be?' The language of his thoughts was not English, nor any earthly tongue; but he was not surprised by his knowledge of this language; nor was he surprised when he looked down and saw that he was attired in a costume of somber moth-like red, of a style unknown to any human people or epoch. This costume, and certain differences in his physical personality that would have appeared rather odd a little previously, were quite as he expected them to be. He gave them only a cursory glance, as he reviewed in his mind the circumstances of the life he had now resumed.

He, Antarion, a renowned poet of the land of Charmalos, in the elder world that was known to its living peoples by the name of Phandiom, had gone on a

brief journey to a neighboring realm. In the course of this journey, a distressing dream had befallen him — the dream of a tedious, unprofitable life as one Francis Melchior, in a quite unpleasant and peculiar sort of planet, lying somewhere on the farther side of the universe. He was unable to recall exactly when and where he had been beset by this dream; and he had no idea how long it had lasted: but at any rate, he was glad to be rid of it, and glad that he was now approaching his native city of Saddoth, where dwelt in her and splendid palace of past aeons the beautiful Thameera, whom he loved. Now, once more, after the obscure clouding of that dream, his mind was full of the wisdom of and his heart was illumed by a thousand memories of Thameera; and was darkened at whiles by an old anxiety concerning her.

Not without reason had Melchior been fascinated by things antique and by things that are far away. For the world wherein he walked as Antarion was incomputably and the ages of its history were too many for remembrance: and the towering obelisks and piles along the paven road were the high tombs, the proud monuments of its immemorial dead, who had come to outnumber infinitely the living. In more than the pomp of earthly kings, the dead were housed in Phandiom; and their cities loomed insuperably vast, with never-ending streets and prodigious spires, above those lesser abodes wherein the living dwelt. And throughout Phandiom the bygone years were a tangible presence, an air that enveloped all; and the people were steeped in the crepuscular gloom of antiquity; and were wise with all manner of accumulated lore; and were subtle in the practise of strange refinements, of erudite perversities, of all that can shroud with artful opulence and grace and variety the bare uncouth cadaver of life, or hide from mortal vision the leering skull of death. And here, in Saddoth, beyond the domes and terraces and columns of the huge necropolis, a necromantic flower wherein forgotten lilies live again, there bloomed the superb and sorrowful loveliness of Thameera,

III

Melchior, in his consciousness as the poet Antarion, was unable to remember a time when he had not loved Thameera. She had been an ardent

passion. an exquisite ideal, a mysterious delight, and an enigmatic grief. He had adored her implicitly through all the selenic changes of her moods in her childish petulance, her passionate or maternal tenderness, her sybilline silence, her merry or macabre whims; and most of all, perhaps, in the obscure sorrows and terrors that overwhelmed her at times.

He and she were the last representatives of noble ancient families, whose untabulated lineage was lost in the crowded cycles of Phandiom. Like all others of their race, they were imbued with the heritage of a complex and decadent culture; and upon their souls the never-lifting shadow of necropolises had fallen from birth. In the life of Phandiom, its atmosphere of elder time, of aeon-developed art, of epicureanism consummate, and already a little moribund, Atarion had found an ample satisfaction for all the instincts of his being. He had lived as an intellectual sybarite; and by virtue of a half-primitive vigor, had not yet fallen upon the spiritual exhaustion and desolation, the dread implacable ennui of racial senescence, that marked so many of his fellows.

Thameera was even more sensitive, more visionary by nature; and hers was the ultimate refinement that is close to an autumnal decay. The influences of the past, which were a source of poetic fruition to Antarion, were turned by her delicate nerves to pain and languor, to horror and oppression. The palace wherein she lived, and the very streets of Saddoth, were filled for her with emanations that welled from the sepulchral reservoirs of death; and the weariness of the innumerable dead was everywhere; and evil or opiate presences came forth from the mausolean vaults, to crush and stifle her with the formless brooding of their wings, Only in the arms of Antarion could she escape then; and only in his kisses could she forget.

Now, after his journey (whose reason he could not quite remember) and after the curious dream in which he had imagined himself as Francis Melchior, Antarion was once more admitted to the presence of Thameera by slaves who were invariably discreet, being tongueless. In the oblique light of beryl and topaz widows, in the mauve and crimson gloom of heavy-folded tapestries, on a floor of marvelous mosaic wrought in ancient cycles, she came forward

languidly to greet him. She was fairer than his memories, and paler than a blossom of the catacombs. She was exquisitely frail, voluptuously proud, with hair of a lunar gold and eyes of nocturnal brown that were pierced by fluctuating stars and circled by the dark pearl of sleepless nights. Beauty and love and sadness exhaled from her like a manifold perfume.

'I am glad you have come, Antarion, for I have missed you.' Her voice was as gentle as an air that is from among flowering trees, and melancholy as remembered music.

Antarion would have knelt, but she took him by the hand and led him to a couch beneath the intricately figured curtains. There the lovers sat and looked at each other in affectionate silence.

"Are all things well with you. Thameera?" The query was prompted by the anxious divination of love.

'No, all things are not well. Why did you go away?' The wings of death and darkness are abroad, they hover more closely than ever; and shades more fearful than those of the past have fallen upon Saddoth. There have been strange perturbations in the aspect of the skies; and our astronomers, after much study and calculation, have announced the imminent doom of the sun. There remains to us but a single month of light and warmth, and then the sun will go out on the noontide heavens like an extinguished lamp, and eternal night will fall, and the chill of outer space will creep across Phandiom. Our people have gone mad with the predicted horror; and some of them are sunk in despairing apathy, and more have given themselves to frenzied revels and debaucheries... Where have you been, Antarion? In what dream did you lose yourself, that you could forsake me so long?"

Antarion tried to comfort her. 'Love is still ours,' he said. 'And even if the astronomers have read the skies aright, we have a month before us. And a month is much.'

'Yes, but there are other perils, Antarion. Haspa the king has looked upon me with eyes of senile desire, and woos me assiduously with gifts, with vows, and with threats. It is the sudden, inexorable whim of age and ennui, the caprice of desperation. He is cruel, he is relentless, he is all-powerful.'

'I will take you away,' said Antarion. 'We will flee together, and dwell among the sepulchers and the ruins, where none can find us. And love and ecstasy shall bloom like flowers of scarlet beneath their shadow; and we will meet the everlasting night in each other's arms; and thus we will know the utmost of mortal bliss.'

IV

Beneath the black midnight that hung above them like an imminence of colossal, unremoving wings, the streets of Saddoth were aflare with a million lights of yellow and cinnabar and cobalt and purple. Along the vast avenues, the gorge-deep alleys, and in and out of the stupendous olden palaces, temples, and mansions, there poured the antic revelry, the tumultuous merriment of a night-long masquerade. Everyone was abroad, from Haspa the king and his sleek, sybaritic courtiers, to the lowliest mendicants and pariahs; and a rout of extravagant, unheard-of costumes, a melange of fantasies more various than those of an opium dream, seethed and eddied everywhere. As Thameera had said, the people were mad with the menace of doom foretold by the astronomers; and they sought to forget, in a swift and evermounting delirium of all the senses, their dread of the nearing night.

Late in the evening, Antarion left by a postern door the tall and gloomy mansion of his forefathers, and wended his way through the hysteric whirling of the throng toward Thameera's palace. He was garbed in apparel of an antique style, such as had not been worn for a score of centuries in Phandiom; and his whole head and face were enveloped in a painted mask designed to represent the peculiar physiognomy of a people now extinct. No one could have recognized him; nor could he on his part, have recognized many of the revelers he met, no matter how well-known to him, for most of them were disguised in apparel no less outré, and wore masks that were whimsical or absurd, or

loathsome or laughable beyond conception. There were devils and empresses and deities, there were kings and necromancers from all the far, unfathomed ages of Phandiom, there were monsters of mediaeval or prehistoric types, there were things that had never been born or beheld except in the minds of insane decadent artists, seeking to surpass the abnormalities of nature. Even the tomb had been drawn upon for inspiration, and shrouded mummies, wormgnawed cadavers, promenaded among the living. All these masks were the screen of an orgiastic license without precedent or parallel.

All the needful preparations for flight from Saddoth had been made; and Antarion had left minute and careful instructions with his servants regarding certain essential matters, He knew from of old the ruthless, tyrannic temperament of Haspa, knew that the king would brook no opposition to the indulgence of any whim or passion, no matter how momentary. There was no time to be lost in leaving the city with Thameera.

He came by winding devious ways to the garden behind Thameera's palace. There, among the high and spectral lilies of deep or ashen hues, the bowed funereal trees with their fruit of subtle and opiate savor, she awaited him, clad in a costume whose antiquity matched his own, and which was no less impenetrable to recognition. After a brief murmur of greeting, they stole forth together from the garden and joined the oblivious throng. Antarion had feared that Thameera might be watched by the henchmen of Haspa;

But there was no evidence of such watching, no one in sight who seemed to lurk or loiter; only the swift movement of an everchanging crowd, preoccupied with the quest of pleasure. In this crowd, he felt that they were safe.

However, through a scrupulous caution, they allowed themselves to be carried along for a while in the tide of the city's revel, before they sought the long arterial avenue that led to the gates. They joined in the singing of fescennine songs, they returned the bachannalian jests that were flung by passers-by, they drank the wines that were profered them by public urn-bearers, they tarried when the throng tarried, moved when it moved.

Everywhere, there were wildly flaming lights, and the ribaldry of loud voices, and the strident moan or feverous pulsing of musical instruments. There was feasting in the great squares, and the doorways of immemorial houses poured out a flood of illumination, a tumult of laughter and melody, as they offered their hospitality to all who might choose to enter them. And in the huge temples of former aeons; delirious rites were done to the gods who stared forth with unchanging eyes of stone and metal to the hopeless heavens; and the priests and worshippers drugged themselves with terrible opiates, and sought the stupefying ecstasy of abandonment to an hysteria both carnal and devout.

At length Antarion and Thameera, by unobtrusive states, by many windings and turnings, began to approach the gates of Saddoth. For, the first time in their history, these gates were unguarded; for, in the general demoralization, the sentinels had stolen away without fear of detection or reproof, to join the universal orgy. Here, in the outlying quarter, there were few people, and only the scattered flotsam of the revels; and the broad open space between the last houses and the city wall was utterly abandoned. No one saw the lovers when they slipped like evanescent shadows through the grim yawning of the gates, and followed the gray road into an outer darkness thronged with the dim bulks of mausoleums and monuments.

Here, the stars that had been blinded by the flaring lights of Saddoth were clearly visible in the burnt-out sky. And presently, as the lovers went on, the two small ashea moons of Phandiom arose from behind the necropoles, and flung the despairing languor of their faint beams on the multitudinous domes and minarets of the dead. And beneath the twin moons, that drew their uncertain light from a dying sun, Antarion and Thameera doffed their masks, and looked at each other in a silence of unutterable love and shared the first kiss of their month of ultimate delight.

For two days and nights, the lovers had fled from Saddoth. They had hidden by daylight among the mausoleums, they had traveled in darkness and by the doubtful glimmering of the moons, on roads that were little used, since they ran only to age-deserted cities lying in the ulterior tracts of Charmalos, in a land whose very soil had long become exhausted, and was now given over to the stealthy encroachment of the desert. And now they had come to their journey's end; for, mounting a low, treeless ridge, they saw below them the ruinous and forgotten roofs of Urbyzaun, which had lain unpeopled for more than a thousand years; and beyond the roofs, the black unlustrous lake surrounded by hills of bare and wave-corroded rock, that had once been the inlet of a great sea.

Here, in the crumbling palace of the emperor Altanoman, whose high, tumultuous glories were now a failing legend, the slaves of Antarion had preceded them, bringing a supply of food and such comforts and luxuries as they would require in the interim before oblivion. And here they were secure from all pursuit; for Haspa, in the driven fever and goaded ennui of his last days, had doubtless turned to the satisfying of some other and less difficult caprice, and had already forgotten Thameera.

And now, for the lovers, began the life that was a brief epitome of all possible delight and despair. And strangely enough, Thameera lost the vague fears that had tormented her, the dim sorrows that had obsessed, and was wholly happy in the caresses of Antarion. And, since there was so little time in which to express their love, to share their thoughts, their sentiments, their reveries, there was never enough said or enough done between them: and both were fully content.

'But the swift, relentless days went by; and day by day, the red sun that circled above Phandiom was darkened by a tinge of the coming shadow; and chillness stole upon the quiet air; and the still heavens, where never clouds or winds or bird-wings passed, were ominous of doom. And day by day, Antarion and Thameera saw the dusking of the sun from a ruinous terrace above the dead lake; and night by night, they saw the paling of the ghostly moons. And

their love became an intolerable sweetness, a thing too deep and dear to be borne by mortal heart or mortal flesh.

Mercifully, they had lost the strict count of time, and knew not the number of days that had passed, and thought that several more dawns and moons and eves of joyance were before them. They were lying together on a couch in the old palace — a marble couch that the slaves had strewn with luxurious fabrics — and were saying over and over some litany of love, when the sun was overtaken at high noon by the doom astronomers had foretold; when a slow twilight filled the palace, heavier than the umbrage wrought by any cloud, and was followed by a sudden wave of over-whelming ebon darkness, and the creeping cold of outer space. The slaves of Antarion moaned in the darkness; and the lovers knew that the end of all was at hand; and they clung to each other in despairing rapture, with swift, innumerable kisses, and murmured the supreme ecstasy of their tenderness and their desire, till the cold that had fallen from infinitude became a growing agony, and then a merciful numbness, and then an all-encompassing oblivion.

VI

Francis Melchior awoke in his chair beneath the telescope. He shivered, for the air had grown chill; and when he moved, he found that his limbs were strangely stiff, as if he had been exposed to a more rigorous cold than that of the late summer night. The long and curious dream that he had undergone was inexpressibly real to him; and the thoughts, the desires, the fears and despairs of Antarion were still his. Mechanically, rather than through any conscious renewal of the impulses of his earthly self, he fixed his eye to the telescope and looked for the star he had been studying when the premonitory vertigo had seized him. The configuration of the skies had hardly changed, the surrounding constellation was still high in the southeast; but, with a shock that became a veritable stupefaction, he saw that the star itself had disappeared.

Never, though he searched the heavens night after night through the alternation of many seasons, has he been able to find again the little far-off orb

that drew him so inexplicably and irresistibly. He bears a double sorrow; and, though he has grown old and gray with the lentor of fruitless years, with the buying and selling of antiques and the study of the stars. Francis Melchior is still a little doubtful as to which is the real dream: his lifetime on earth, or the month in Phandiom below a dying sun, when, as the poet Antarion, he loved the superb and sorrowful beauty of Thameera. And always he is troubled by a dull regret that he should ever have wakened (if awakening it was) from the death that he died in the palace of Altanoman, with Thameera in his arms and Thameera's kisses on his lips.

EL PLANETA DE LOS MUERTOS

CLARK ASHTON SMITH

DE PROFESIÓN, Francis Melchior era anticuario; por vocación, era astrónomo. De esa manera se esforzaba para calmar, si no para satisfacer, dos necesidades de un temperamento complejo y raro. A través de su oficio, gratificaba, hasta cierto punto, su ansia de todas las cosas que hubiesen estado sumergidas bajo las sombras funerarias de edades muertas, en las llamas de oscuro ámbar de soles que hacia largo tiempo que se habían puesto; por todas las cosas que tienen en torno suyo el misterio irresoluble del tiempo pretérito.

Y, a través de su vocación, encontró un camino despejado a reinos exóticos en el espacio exterior, a las únicas esferas en las que su imaginación podía vagar en libertad y sus sueños podían quedar satisfechos.

Porque Melchior era uno de aquellos que han nacido con un asco incurable a todo lo que es actual o cercano, uno de aquellos que han bebido demasiado poco del olvido y no han olvidado por completo las glorias trascendentes de otras épocas, y los mundos de los que fueron exiliados por su nacimiento humano; así que sus pensamientos, furtivos e incansables, y sus anhelos, vagos e insaciables, vuelven oscuramente a las costas desaparecidas de una perdida herencia.

Para alguien así, la Tierra es demasiado estrecha, y la extensión del tiempo de los mortales, demasiado breve; y la pobreza y la esterilidad están por todas partes; y por doquier es su destino una infinita fatiga.

Con una predisposición que de ordinario resulta tan fatal para las facultades de hacer negocios, fue verdaderamente notable que Francis Melchior hubiese prosperado absolutamente en los suyos. Su amor por las cosas antiguas, por los jarrones raros, cuadros, mobiliario, joyas, ídolos y estatuas, le hacían estar más dispuesto a comprar que a vender; y sus ventas eran a menudo una fuente de dolor y arrepentimientos secretos. Pero, de alguna manera, a pesar de todo, había logrado adquirir un cierto grado de comodidad material. Por

naturaleza, tenía algo de solitario y era considerado generalmente como un excéntrico. Nunca se había preocupado de casarse; no había tenido amigos íntimos, y le faltaban muchas de las inquietudes que, a los ojos del hombre de la calle, se supone que caracterizan a un ser humano normal.

La pasión de Melchior por las antigüedades y su afición a las estrellas procedían ambas de los días de su infancia.

Ahora, al cumplir treinta y un años, con un desahogo y una prosperidad crecientes, había convertido el balcón superior de su casa aislada de las afueras, que se levantaba en la cima de una colina, en un observatorio amateur.

Aquí, con un nuevo y poderoso telescopio, estudiaba los cielos veraniegos noche tras noche. Él poseía escaso talento y poca afición por esas recónditas ecuaciones matemáticas que forman una parte tan importante de la astronomía ortodoxa; pero tenía una comprensión intuitiva de las inmensas extensiones estelares, una sensibilidad mística para todo aquello que se encuentre en el espacio exterior.

Su imaginación vagabundeaba y se aventuraba entre los soles y las nebulosas; y, para él, cada nimio brillo en el telescopio parecía contar su propia historia e invitarle a su propio reino de fantasía ultramundana. No estaba especialmente preocupado con los nombres que los astrónomos han dado a cada estrella y a cada constelación; pero, de todos modos, cada una de ellas poseía para él una identidad individual que no podía confundirse con la de ninguna otra.

En particular, Melchior se sentía atraído por una diminuta estrella en una extensa constelación al sur de la Vía Láctea. Apenas podía distinguirse a simple vista; e, incluso por su telescopio, daba la impresión de una soledad y un apartamiento cósmicos como no había sentido ante otro orbe. Le atraía más que los planetas rodeados de lunas o las estrellas de primera magnitud con sus aureolas espectrales y ardientes; y volvía a ella una y otra vez, abandonando, por este solitario punto de luz, la maravilla de los múltiples anillos de Saturno y la zona nublada de Venus y los intrincados anillos de la gran nebulosa de Andrómeda.

Meditando durante muchas medianoches sobre la atracción que la estrella ejercía sobre él, Melchior razonó que su estrecho rayo era la emanación

completa de un sol y, quizá, de un sistema planetario; que el secreto de mundos extraños y puede que hasta algo de su historia estaba implícito en aquella luz, si tan sólo uno fuese capaz de leer la historia. Y ansiaba comprender y conocer la tenuemente hilada hebra de afinidad que atraía su atención sobre este mundo en particular. En cada ocasión en que miraba, su cerebro era tentado por oscuras pistas de una belleza y unas maravillas que estaban aún un poco más allá de sus más audaces fantasías, de sus sueños más incontrolados.

Y, cada vez, le parecía que estaban una pizca más cerca, y más accesibles que antes. Y una extraña e indeterminada expectativa comenzó a mezclarse con la avidez que impulsaba sus visitas de cada noche al balcón.

Cierta medianoche, cuando estaba mirando a través del telescopio, le pareció que la estrella era un poco más grande y brillante de lo habitual. Incapaz de explicar esto, la miró más fijamente que nunca, sintiendo una emoción creciente, y fue repentinamente capturado por la antinatural idea de que estaba mirando hacia abajo a un abismo extenso y vertiginoso, más que hacia arriba, a los cielos primaverales. Sintió que el balcón ya no estaba debajo de sus pies, sino que de algún modo se había dado la vuelta; y entonces, de repente, estaba cayéndose directamente sobre el éter, con un millón de truenos y de llamas en torno suyo y tras él. Durante un breve rato, aún le pareció ver la estrella que estaba mirando, lejos en el terrible vacío de oscuridad espantosa; y entonces se olvidó y ya no pudo encontrarla.

Hubo el mareo de un incalculable descenso, y un torrente de vértigo, de velocidad siempre creciente, que no podía soportarse; y, transcurridos momentos o evos (no podía decir qué), los truenos y las llamas se apagaron en una oscuridad definitiva, en un completo silencio; y él ya no supo que estaba cayéndose, y ya no retuvo ningún tipo de inteligencia.

II

Cuando Melchior recuperó el sentido, su primer impulso fue sujetar el brazo del sillón en el cual había estado sentado debajo del telescopio. Era el movimiento involuntario de alguien que se cae en un sueño. Al momento se dio cuenta de lo absurdo de semejante impulso; porque no estaba sentado sobre una silla en

absoluto; y sus contornos no tenían el menor parecido con el balcón nocturno en el cual había sido capturado por aquel extraño vértigo, y desde el que le había parecido caer y perderse.

Estaba de pie sobre una carretera, pavimentada con bloques ciclópeos de piedra gris..., una carretera que se extendía interminablemente ante él adentrándose en las perspectivas indefinidas de un mundo inconcebible. A lo largo de la carretera, había árboles bajos de aspecto fúnebre, con follaje de un color triste y frutas de un violeta mortecino; y, más allá de los árboles, había una fila de obeliscos monumentales, de terrazas y de cúpulas, de colosales edificios multiformes, que se levantaban en la distancia en perspectivas, infinitas e incontables, hacia un horizonte indefinido.

Sobre todo ello, desde un apogeo ébano púrpura, caían los rayos, ricos y apagados, de la iluminación de un sol rojo como la sangre.

Las formas y las proporciones de la laberíntica masa de edificios eran distintas de cualesquiera que hubiesen sido diseñadas en arquitecturas terrestres; y, durante un instante, Melchior se sintió anonadado ante su número y tamaño, ante su monstruosidad y rareza.

Entonces, mientras miraba una vez más, ya no eran monstruosos ni raros; y los reconoció como lo que eran, y reconoció el mundo que recorría esta carretera sobre la que se encontraban sus pies y el punto de destino al que debía dirigirse, y el papel que estaba destinado a representar.

Todo ello regreso a él tan inevitablemente como los verdaderos hechos y motivos de la vida regresan a alguien que se ha entregado, olvidándose de todo, a representar un papel dramático que es ajeno a su verdadera identidad.

Los incidentes de su vida como Francis Melchior, aunque aún los recordaba, se habían vuelto oscuros y sin sentido y grotescos, en su nuevo despertar a un estado más pleno de entidad, con todas sus consecuencias de recuerdos recobrados, de emociones y sensaciones resucitadas. No había rareza, tan sólo la familiaridad de un regreso a casa, en el hecho de que había pasado a otra modalidad del ser, con su propio entorno, sus propios pasado, presente y futuro, todos los cuales habrían resultado inconcebiblemente extraños al astrónomo amateur que unos momentos antes había mirado una diminuta estrella alejada en el espacio sideral.

—Por supuesto que soy Antarion —musitó—. ¿Quién, si no, podría ser yo?

El idioma de su pensamiento no era el inglés, ni ningún otro idioma de la Tierra; pero no se quedó sorprendido por su conocimiento de este idioma; ni tampoco se quedó sorprendido cuando vio que estaba ataviado con un ropaje de color rojo como una luciérnaga, de una moda desconocida en ningún pueblo ni época humanos. Este vestido, y ciertas diferencias de su personalidad física que le habrían parecido bastante raras un poco antes, eran exactamente como él esperaba que fuesen. Les dedicó tan sólo una mirada casual, mientras repasaba en su mente las circunstancias de la vida que ahora había reiniciado.

Él, Antaron, un famoso poeta del país de Charmalos, en el antiguo mundo que era conocido para sus gentes vivientes como Phandiom, había partido en un breve viaje al reino vecino. Durante el curso de este viaje, había tenido un sueño deprimente..., el sueño de una vida aburrida, inútil, como un tal Francis Melchior, en una especie de planeta de lo más raro y desagradable, que estaba en alguna parte por el otro extremo del universo. Era incapaz de recordar con exactitud cuándo y cómo había tenido este sueño; y tampoco sabía cuánto había durado; pero, en cualquier caso, estaba contento de haberse liberado de él, y contento de acercarse ahora a su ciudad nativa de Saddoth, donde habitaba, en su oscuro y espléndido palacio de eones anteriores, la hermosa Thameera, a quien él amaba. Ahora, una vez más, después de la oscura niebla de aquel sueño, su mente estaba llena de la sabiduría de Saddoth; y su corazón estaba iluminado por un millar de memorias de Thameera; y estaba oscurecido a ratos por una vieja ansiedad relativa a ella.

No sin razón, había estado Melchior fascinado por las cosas que son antiguas o que se encuentran lejos. Porque el mundo en el que caminaba como Antaron era inconcebiblemente antiguo, y las épocas de su historia eran demasiadas como para recordarlas; y los elevados obeliscos y grandes edificios a lo largo de la carretera eran las elevadas tumbas, los orgullosos monumentos de antigüedad inmemorial, que habían llegado a sobrepasar en infinito número a los vivientes.

Con más pompa de los reyes terrenales, estaban los muertos alojados en Phandiom; y sus ciudades se alzaban insuperables en su extensión, con calles interminables y prodigiosas veletas, por encima de las moradas menores en las que habitaban los vivos. Y, a través de Phandiom, los años pasados eran una presencia tangible, un aire que lo envolvía todo; y la gente estaba sumergida

en la oscuridad crepuscular de la antigüedad; y eran sabios con todo tipo de sabiduría acumulada; y eran sutiles en la práctica de extraños refinamientos, de eruditas perversiones, de todo lo que puede envolver, con hábil opulencia, variedad y gracia, el desnudo y tosco cadáver de la vida, u ocultar, de la visión de los mortales, el cráneo burlón de la mente. Y aquí en Saddoth, mas allá de las cúpulas, de las terrazas y de las columnas de la enorme necrópolis, como una flor nigromántica en la cual los lirios vuelven a vivir, florecía la extraordinaria y triste belleza de Thameera.

III

Melchior, en su consciencia como el poeta Antarion, era incapaz de recordar un tiempo en que no hubiese amado a Thameera. Ella había sido una pasión ardiente, un exquisito ideal, una delicia misteriosa y una pena enigmática. Él la había adorado implícitamente a lo largo de todos los cambios lunares de sus estados de ánimo, en su petulancia infantil, su ternura maternal o apasionada, su silencio sibilino, sus caprichos traviesos o macabros; y sobre todo, quizá, en las oscuras penas y los terrores que la dominaban de cuando en cuando.

Él y ella eran los últimos representantes de nobles antiguas familias, cuyos linajes no medidos se perdían en la multitud de ciclos de Phandiom. Como todos los demás de su raza, estaban imbuidos de la herencia de una cultura compleja y decadente; y las sombras, que nunca se levantaban, de la necrópolis hablan caído sobre ellos desde su nacimiento. En la vida de Phandiom, en su atmósfera de un tiempo antiguo, de un arte desarrollado durante eones, de un epicureísmo consumado y ya un poco moribundo, Antarion había encontrado amplias satisfacciones para todos los instintos de su ser. Había vivido como un sibarita del intelecto; y, en virtud de un vigor medio primitivo, no había caído aún en la tristeza y desolación espirituales, el temido e implacable aburrimiento de la senilidad de la raza, que marcaba a tantos de entre sus semejantes.

Thameera era incluso más sensible y mas visionaria por su naturaleza; y a ella le pertenecía el refinamiento definitivo que está cercano a la decadencia otoñal. Las influencias del pasado, que eran una fuente de placer poético para Antarion, producían en sus delicados nervios dolor y languidez, horror y

opresión. El palacio en el que ella vivía y las propias calles de Saddoth estaban llenos de efluvios que manaban de los pozos sepulcrales de la muerte; y el agotamiento de los muertos innumerables estaba por todas partes; y una presencia, malvada u opiácea, se arrastraba desde las criptas de los mausoleos, para aplastarla o ahogarla con sus alas sin forma. Solamente entre los brazos de Antarion conseguía escapar de esto; y sólo con sus besos conseguía olvidarlo.

Ahora, después de su viaje (cuya razón no lograba recordar) y después de aquel curioso sueño en que se había imaginado ser Francis Melchior, Antarion fue de nuevo admitido a la presencia de Thameera por esclavos que se mostraban invariablemente discretos al carecer de lengua.

Bajo la luz oblicua de las ventanas de berilio y topacio, en la oscuridad, malva y carmesí, de los pesados tapices, sobre un suelo de maravillosos mosaicos realizados en ciclos anteriores, avanzó lánguidamente para recibirle. Era más hermosa que sus recuerdos, y más pálida que las flores de las catacumbas. Ella era exquisitamente frágil, voluptuosamente orgullosa, con cabellos de un oro lunar y ojos de un marrón nocturno que estaban salpicados de estrellas móviles y rodeados por las perlas oscuras de las noches sin dormir. La belleza, el amor y la tristeza, los exhalaba como un múltiple perfume.

—Me alegro de que hayas venido, Antarion, porque te he echado de menos —su voz era tan delicada como el aire que nace entre los árboles en flor, y tan melancólica como la música que se recuerda.

Antarion se había arrodillado, pero ella le tomó de la mano y le condujo hasta un sofá debajo de unas cortinas decoradas con intrincadas figuras. Allí, los amantes se miraron mutuamente en medio de un silencio afectuoso.

—¿Te va todo bien, Thameera? —la pregunta estaba motivada por la ansiosa intuición del amor.

—No, todo no va bien. ¿Por qué te marchaste? Las alas de la muerte y de la oscuridad están por las calles, revolotean más cerca que nunca; y sombras más oscuras que las del pasado han caído sobre Saddoth. Ha habido una extraña perturbación en el aspecto de los cielos; y nuestros astrónomos, después de muchos cálculos y estudios, han anunciado la inminente condena del sol. No nos queda sino un único mes de luz y de calor, y el sol se

desvanecerá de los cielos de la noche como una lámpara que se apaga, y caerá una noche eterna, y el frío del espacio exterior se arrastrará sobre Phandiom. Nuestro pueblo ha enloquecido ante el horror previsto; y algunos de ellos se han hundido en una desesperación apática, y otros más se han entregado a fiestas frenéticas y a orgías... ¿Dónde estuviste, Antarion? ¿En qué sueño te perdiste para poder abandonarme tanto tiempo?

Antarion intentó tranquilizarla.

—El amor es aún nuestro —dijo él—. Y, aunque los astrónomos hayan leído los cielos correctamente, tenemos un mes ante nosotros, y un mes es mucho.

—Sí, pero existen otros peligros, Antarion. El rey Haspa ha mirado sobre mí con los ojos del deseo senil, y me corteja asiduamente con regalos, promesas y amenazas. Es el antojo, repentino e inexorable, de la edad y del aburrimiento, el capricho de la desesperación. Él es cruel, inflexible y todopoderoso.

—Te llevaré lejos —dijo Antarion—; escaparemos juntos y habitaremos entre los sepulcros y las ruinas, donde nadie pueda encontrarnos. Y el amor y el éxtasis florecerán como flores escarlatas bajo su sombra; y recibiremos la noche infinita el uno en los brazos del otro; y así conoceremos el máximo de los placeres mortales.

IV

Bajo la negra medianoche que colgaba sobre ellos como unas inmóviles alas colosales, las calles de Saddoth estaban ardiendo con un millón de luces amarillas, cinabrio, cobalto y púrpura. A lo largo de las anchas avenidas, los callejones profundos como valles, y entrando y saliendo de los pasmosos palacios antiguos, templos y mansiones, se vertían las grotescas festividades, la tumultuosa diversión de una mascarada que duraba toda la noche. Todo el mundo estaba fuera, desde el rey Haspa y sus delgados y sibaríticos cortesanos, hasta los mendigos y los parias más bajos. Un revoltijo de disfraces extravagantes e inauditos, una mezcla de fantasías más variadas que las de un sueño del opio, iban y venían por todas partes. Como Thameera había dicho, la gente se había vuelto loca con la amenaza de la condena prevista por los astrónomos; y buscaban olvidar, en un rápido y siempre

creciente delirio de todos los sentidos, su temor ante la noche que se aproximaba.

Más tarde, durante la noche, Antarion salió por la puerta trasera de la alta y oscura mansión de sus ancestros, y se abrió camino por entre el histérico revuelo de la gente en dirección al palacio de Thameera. Estaba ataviado con ropas de un estilo anticuado, tal como no había sido vestido desde hacía un puñado de siglos en Phandiom; y toda su cabeza y su rostro estaban envueltos en una máscara pintada diseñada para representar la peculiar fisonomía de una raza ya extinta. Nadie podría haberle reconocido; y él, por su parte, a muchos de los festejantes con los que se encontró tampoco podría haberlos reconocido, sin importar lo mucho que los conociese, porque la mayoría de ellos estaban disfrazados con un ropaje no menos estrambótico y llevaban máscaras que eran caprichosas o absurdas, o asquerosas o ridículas más allá de lo que cabía imaginarse. Había diablos y emperatrices y dioses, reyes y nigromantes de las lejanas e insondables épocas de Phandiom, monstruos de tipo medieval o prehistórico, cosas que nunca habían nacido o sólo habían sido contempladas en la mente de locos artistas decadentes, buscando superar las anormalidades de la naturaleza. Incluso de la tumba habían extraído su inspiración, y momias amortajadas, cadáveres mordidos por los gusanos, se paseaban ahora entre los vivos. Todas estas máscaras eran la pantalla para licencias orgiásticas sin precedente o paralelo.

Todos los preparativos necesarios para la fuga de Saddoth habían sido hechos, y Antarion había dejado instrucciones, minuciosas y cuidadosas, con sus criados respecto a ciertas cuestiones esenciales. Conocía de antiguo el temperamento implacable y tiránico de Haspa, sabía que el rey no toleraría oposición alguna a la indulgencia de cualquiera de sus caprichos o pasiones, sin importar lo momentánea que fuese. No había tiempo que perder a la hora de abandonar la ciudad junto a Thameera.

Llegó por caminos retorcidos y tortuosos hasta el jardín detrás del palacio de Thameera. Allí, entre los altos lirios espectrales de colores profundos o cenicientos, los inclinados árboles fúnebres con sus frutas de sabor sutil y opiáceo, ella le esperaba, ataviada con un vestido cuya antigüedad igualaba la del suyo, y que era no menos impenetrable para reconocerla. Después de un breve murmullo de saludo, salieron juntos del jardín y se unieron a la olvidadiza

multitud. Antarion había temido que Thameera estuviese vigilada por los secuaces de Haspa; pero no había señales de semejante vigilancia, nadie a la vista que pareciese estar acechando o entreteniéndose; tan sólo el rápido movimiento de la siempre cambiante multitud, preocupada por su búsqueda del placer.

Entre esta multitud, consideró que se encontraban a salvo.

Sin embargo, a causa de unas precauciones escrupulosas, se permitieron ser arrastrados durante un rato en la corriente de la diversión de la ciudad, antes de buscar la larga avenida arterial que conducía a las puertas. Se unieron al canto de canciones festivas, devolvieron los chistes de bacanal que les arrojaban los transeúntes, bebieron los vinos que les ofrecieron los portadores de jarras públicas, se paraban cuando la multitud se paraba, se movían cuando la multitud se movía.

Por todas partes, había llamas que ardían salvajemente, y la grosería de voces elevadas, y el gemido estridente o el pulsar febril de instrumentos musicales. Había festejos en las grandes plazas, y las puertas de casas de antigüedad inmemorial vertían un torrente de iluminación a todos aquellos que elegían entrar. Y, en los enormes templos de evos anteriores, se celebraron ritos delirantes ante dioses que miraban. con inmutables ojos de metal o piedra, los desesperados cielos; y los sacerdotes y los fieles se drogaban con terribles opiáceos, y buscaban el éxtasis embriagador del abandono a una histeria tanto carnal como devota.

Al cabo, Antarion y Thameera, por etapas que no se notaban, dando muchas vueltas y giros, empezaron a acercarse a las puertas de Saddoth. Por primera vez en su historia, las puertas se hallaban sin vigilancia; porque, en medio de la desmoralización general, los centinelas se habían marchado sin miedo a la detención o a los reproches, para unirse a la universal orgía. Aquí, en el barrio exterior, había poca gente, y tan sólo los restos desperdigados de fiestas; y el amplio espacio abierto entre las últimas casas y las murallas de la ciudad estaba por completo desierto. Nadie vio a los amantes cuando se alejaron como sombras evanescentes por el bostezo triste de las puertas, y siguieron la carretera gris adentrándose en la oscuridad exterior, atestada con las indefinidas siluetas de los mausoleos y los monumentos.

Aquí, las estrellas habían sido cegadas por las luces brillantes de Saddoth, claramente visibles en el cielo quemado. Y, en el momento en que los dos amantes salían, las dos pequeñas lunas cenicientas de Phandiom se levantaron desde detrás de las necrópolis, y proyectaron la desesperada languidez de sus débiles rayos sobre las múltiples cúpulas y minaretes de los muertos. Y, bajo las lunas gemelas, que extraían su luz incierta de un sol agonizante, Antarion y Thameera se quitaron las máscaras y se miraron mutuamente en el silencio de un amor inefable, y compartieron el primer beso de su mes de definitiva delicia.

V

Durante dos días y dos noches, los amantes habían escapado de Saddoth. Se habían ocultado durante el día entre los mausoleos, habían viajado en la oscuridad y bajo el brillo dudoso de las lunas, sobre carreteras que eran poco utilizadas, dado que se dirigían tan sólo a ciudades abandonadas desde hacía épocas en las regiones exteriores de Charmalos, en una tierra cuyo mismo suelo hacía largo tiempo que había quedado exhausto y había sido abandonado al escondido avance del desierto. Y ahora habían llegado al final de su viaje, porque, tras ascender una colina baja y sin árboles, vieron, debajo de ellos, los arruinados y olvidados techos de Urbyzaun, que había estado abandonada desde hacía mil años; y, más allá de los tejados, el oscuro y apagado lago rodeado por colinas desnudas desgastadas por las olas, que una vez había sido extensión de un gran mar.

Aquí, en el palacio que se deshacía del emperador Altanoman, cuyas altas y tumultuosas glorias eran ahora una leyenda que se olvidaba, los esclavos de Antarion les habían precedido, trayendo un suministro de comida y de las comodidades y lujos que podrían necesitar durante el intervalo que precedería al olvido. Y aquí estaban a salvo de toda persecución; porque Haspa, sumido en la fiebre y empujado por el aburrimiento de los últimos días, se había vuelto hacia la satisfacción de algún capricho menos difícil, y ya se había olvidado de Thameera.

Y ahora, para estos amantes, comenzó una vida que era el epítome breve de toda la delicia y toda la desesperación posibles. Y, lo que resultaba bastante raro, Thameera perdió los miedos indefinidos que la habían atormentado, las débiles penas que la habían obsesionado, y era completamente feliz bajo las caricias de Antarion. Y, teniendo en cuenta que disponían de tan poco tiempo para expresar su amor, para compartir sus pensamientos, sus sentimientos, sus fantasías, nunca se decía o se hacía lo bastante entre los dos; y ambos estaban gozosamente satisfechos.

Pero los rápidos días implacables pasaron; y, día tras día, el sol rojo que daba vueltas sobre Phandiom fue oscurecido por un tinte de las sombras venideras y un frío se cernió sobre el tranquilo aire; y los cielos calmados, en los cuales no se movía ni una nube ni una ráfaga de viento o las alas de un pájaro, eran indicativos de la condena.

Y, día a día, Antarion y Thameera miraron cómo se oscurecía el sol desde una terraza arruinada sobre el lago muerto; noche tras noche, asistieron al palidecer de las lunas fantasmales. Y su amor se convirtió en una dulzura intolerable, una cosa demasiado profunda y querida como para ser soportada por un corazón mortal o por carne mortal.

Misericordiosamente, habían perdido la cuenta estricta del tiempo, y no sabían el número de días que habían pasado, y pensaban que aún tenían ante ellos varias albas y ocasos de placer. Estaban tumbados juntos en un sofá del viejo palacio..., un sofá de mármol que los esclavos habían sembrado con lujosos tejidos, y estaban repitiendo una y otra vez la letanía de su amor, cuando el sol fue alcanzado al mediodía por la condena que los astrónomos habían predicho; cuando un lento crepúsculo llenó el palacio, más pesado que la sombra que proyecta una nube, y fue seguido por una ola de repentina oscuridad como el ébano, y el frío que se arrastra del espacio exterior. Los esclavos de Antarion gimieron en las tinieblas; y los amantes supieron que el final de todo estaba próximo; y se abrazaron el uno al otro en un placer desesperado, con rápidos e innumerables besos, y murmuraron el supremo éxtasis de su ternura y de su deseo; hasta que el frío que caía desde el infinito se convirtió en una agonía creciente, y en un misericordioso atontamiento, y después en un olvido que todo lo alcanzaba.

Francis Melchior se despertó en su silla debajo del telescopio. Temblaba porque el aire se había enfriado; y, al moverse, notó que sus miembros estaban extrañamente rígidos, como si hubiese estado expuesto a un frío más riguroso que el de una noche de verano. El largo y curioso sueño que había tenido era inexpresablemente real para él; y los pensamientos, miedos, deseos y desesperaciones de Antarion todavía seguían con él.

Mecánicamente, más que a través de una renovación de sus impulsos como ser terrenal, fijó sus ojos en el telescopio y buscó la estrella que había estado estudiando cuando el vértigo premonitorio le atrapó. La configuración del cielo no había cambiado apenas, las constelaciones que la rodeaban estaban altas al sudoeste; pero, con una impresión que se convirtió en auténtica sorpresa, se dio cuenta de que la propia estrella había desaparecido.

Nunca, aunque ha explorado los cielos noche tras noche durante la alternancia de muchas estaciones, ha sido capaz de encontrar el pequeño y distante orbe que le atrajo de una manera tan inexplicable e irresistible.

Tiene una doble pena; y, aunque se ha vuelto viejo y gris con la lentitud de los años estériles, con la compra y venta de las antigüedades, con el estudio de las estrellas, Francis Melchior aún duda un poco sobre cuál es el verdadero sueño: su vida en la Tierra o su mes en Phandiom, bajo un sol agonizante, cuando, como el poeta Antarion, amó la extraordinaria y triste belleza de Thameera.

Y siempre está preocupado por un sordo arrepentimiento de haberse despertado (si despertar es lo que fue) de la muerte que murió en el palacio de Altanoman, con Thameera entre sus brazos y los besos de Thameera entre sus labios.

The Planet Of The Dead(The Doom Of Antarion), IV—1930

(Weird Tales, III—32. Lost Worlds, X—44)

Trad. Arturo Villarubia

Los Mundos Perdidos (A Rendezvous In Averaigne, 1988)

Icaro, 22

EDAF 1991

THE PLUTONIAN DRUG

CLARK ASHTON SMITH

'It is remarkable,' said Dr. Manners, 'how the scope of our pharmacopoeia has been widened by interplanetary exploration. In the past thirty years, hundreds of hitherto unknown substances, employable as drugs or medical agents, have been found in the other worlds of our own system. It will be interesting to see what the Allan Farquar expedition will bring back from the planets of Alpha Centaur when — or if — it succeeds in reaching them and returning to earth. I doubt, though, if anything more valuable than selenine will be discovered. Selenine, derived from a fossil lichen found by the first rocket-expedition to the moon in 1975, has, as you know, practically wiped out the old-time curse of cancer. In solution, it forms the base of an infallible serum, equally useful for cure or prevention.'

'I fear I haven't kept up on a lot of the new discoveries,' said Rupert Balcoth the sculptor, Manners' guest, a little apologetically. 'Of course, everyone has heard of selenine. And I've seen frequent mention, recently, of a mineral water from Ganymede whose effects are like those of the mythical Fountain of Youth.'

'You mean clithni, as the stuff is called by the Gany-medians. It is a clear, emerald liquid, rising in lofty geysers from the craters of quiescent volcanoes. Scientists believe that the drinking of clithni is the secret of the almost fabulous longevity of the Ganymedians; and they think that it may prove to be a similar elixir for humanity.'

'Some of the extraplaetary drugs haven't been so beneficial to mankind, have they?' queried Balcoth. 'I seem to have heard of a Martian poison that has greatly facilitated the gentle art of murder. And I am told that mnophka, the Venerian narcotic, is far worse, in its effects on the human system, than is any terrestrial alkaloid.'

'Naturally,' observed the doctor with philosophic calm, 'many of these new chemical agents are capable of due abuse. They share that liability with any number of our native drugs. Man, as ever; has the choice of good and evil... I suppose that the Martian poison you speak of is akpaloli, the juice of a common russet-yellow weed that grows in the oases of Mars. It is colorless, and without taste or odor. It kills almost instantly, leaving no trace, and imitating closely the symptoms of heart-disease. Undoubtedly many people have been made away with by means of a surreptitious drop of akpaloli in their food or medicine. But even akpaloli, if used in infinitesimal doses, is a very powerful stimulant, useful in cases of syncope, and serving, not infrequently to re-animate victims of paralysis in a quite miraculous manner.

'Of course,' he went on, 'there is an infinite lot still to be learned about many of these ultra-terrene substances. Their virtues have often been discovered quite by accident — and in some cases, the virtue is still to be discovered.

'For example, take mnophka, which you mentioned a little while ago. Though allied in a way, to the earthnarcotics, such as opium and hashish, it is of little use for anaesthetic or anodyne purposes. Its chief effects are an extraordinary acceleration of the time-sense, and a heightening and telescoping of all sensations, whether pleasurable or painful. The user seems to be living and moving at a furious whirlwind rate — even though he may in reality be lying quiescent on a couch. He exists in a headlong torrent of sense-impressions, and seems, in a few minutes, to undergo the experiences of years. The physical result is lamentable — a profound exhaustion, and an actual aging of the tissues, such as would ordinarily require the period of real time which the addict has "lived" through merely in his own illusion.

'There are some other drugs, comparatively little known, whose effects, if possible, are even more curious than those of mnophka. I don't suppose you have ever heard of plutonium?'

'No, I haven't,' admitted Balcoth. 'Tell me about it.'

'I can do even better than that — I can show you some of the stuff, though it isn't much to look at — merely a fine white powder.'

Dr. Manners rose from the pneumatic-cushioned chair in which he sat facing his guest, and went to a large cabinet of synthetic ebony, whose shelves were crowded with flasks, bottles, tubes, and cartons of various sizes and forms. Returning, he handed to Balcoth a squat and tiny vial, two-thirds filled with a starchy substance.

'Plutonium,' explained Manners, 'as its name would indicate, comes from forlorn, frozen Pluto, which only one terrestrial expedition has so far visited — the expedition led by the Cornell brothers, John and Augustine, which started in 1990 and did not return to earth till 1996, when nearly everyone had given it up as lost. John, as you may have heard, died during the returning voyage, together with half the personnel of the expedition: and the others reached earth with only one reserve oxygen-tank remaining.

This vial contains about a tenth of the existing supply of plutonium. Augustine Cornell, who is an old schoolfriend of mine gave it to me three years ago, just before he embarked with the Allan Farquar crowd. I count myself pretty lucky to own anything so rare.

'The geologists of the party found the stuff when they began prying beneath the solidified gases that cover the surface of that dim, starlit planet, in an effort to learn a little about its composition and history. They couldn't do much under the circumstances, with limited time and equipment; but they made some curious discoveries — of which plutonium was far from being the least.

'Like selenine, the stuff is a bi-product of vegetable fossilization. Doubtless it is many billion years old, and dates back to the time when Pluto possessed enough internal heat to make possible the development of certain rudimentary plant-forms on its blind surface. It must have had an atmosphere then; though no evidence of former animal-life was found by the Cornells.

'Plutonium, in addition to carbon, hydrogen, nitrogen, and oxygen, contains minute quantities of several unclassified elements. It was discovered in a crystalloid condition, but turned immediately to the fine powder that you see, as soon as it was exposed to air in the rocketship. It is readily soluble in water, forming a permanent colloid, without the least sign of deposit, no matter how long it remains in suspension.'

'You say it is a drug?' queried Balcoth. 'What does it do to you?'

'I'll come to that in a minute — though the effect is pretty hard to describe. The properties of the stuff were discovered by chance: on the return journey from Pluto, a member of the expedition, half delirious with space-fever, got hold of the unmarked jar containing it and took a small dose, imagining that it was bromide of potassium. It served to complicate his delirium for a while — since it gave him some brand-new ideas about space and time.

'Other people have experimented with it since then. The effects are quite brief (the influence never lasts more than half an hour) and they vary considerably with the individual. There is no bad aftermath, either neural, mental, or physical, as far as anyone has been able to determine. I've taken it myself, once or twice, and can testify to that.

'Just what it does to one, I am not sure. Perhaps it merely produces a derangement or metamorphosis of sensations, like hashish; or perhaps it serves to stimulate some rudimentary organ, some dormant sense of the human brain. At any rate there is, as clearly as I can put it, an altering of the perception of time — of actual duration — into a sort of space-perception. One sees the past, and also the future, in relation to one's own physical self, like a landscape stretching away on either hand. You don't see very far, it is true — merely the events of a few hours in each direction; but it's a very curious experience; and it helps to give you a new slant on the mystery of time and space. It is altogether different from the delusions of mnophka.'

'It sounds very interesting,' admitted Balcoth. 'However, I've never tampered much with narcotics myself; though I did experiment once or twice, in my young, romantic days with cannabis Indica. I had been reading Gautier and Baudelaire, I suppose. Anyway, the result was rather disappointing.'

'You didn't take it long enough for your system to absorb a residuum of the drug, I imagine,' said Manners. 'Thus the effects were negligible, from a visionary standpoint, But plutonium is altogether different — you get the maximum result from the very first dose. I think it would interest you greatly, Balcoth, since you are a sculptor by profession: you would see some unusual plastic images, not easy to render in terms of Euclidean planes and angles. I'd gladly give you a pinch of it now, if you'd care to experiment.'

'You're pretty generous, aren't you, since the stuff is so rare?'

'I'm not being generous at all. For years, I've planned to write a monograph on ultra-terrestrial narcotics; and you might give me some valuable data. With your type of brain and your highly developed artistic sense, the visions of plutonium should be uncommonly clear and significant. All I ask is, that you describe them to me as fully as you can afterwards.'

'Very well,' agreed Balcoth. 'I'll try anything once.' His curiosity was inveigled, his imagination seduced, by Manner's account of the remarkable drug.

Manners brought out an antique whisky-glass, which he filled nearly to the rim with some golden-red liquid. Uncorking the vial of plutonium, he added to this fluid a small pinch of the fine white powder, which dissolved immediately and without effervescence.

'The liquid is a wine made from a sweet Martian tuber known as ovra,' he explained. 'It is light and harmless, and will counteract the bitter taste of the plutonium. Drink, it quickly and then lean back in your chair.'

Balcoth hesitated, eyeing the golden-red fluid.

'Are you quite sure the effects will wear off as promptly as you say?' he questioned. 'It's a quarter past nine now, and I'll have to leave about ten to keep an appointment with one of my patrons at the Belvedere Club. It's the billionaire, Claud Wishhaven. who wants me to do a bas-relief in pseudo-jade and neo-jasper for the hall of his country mansion. He wants something really advanced and futuristic. We're to talk it over tonight — decide on the motifs, etc.'

"That gives you forty-five minutes," assured the doctor — 'and in thirty, at the most your brain and senses will be perfectly normal again. I've never known it to fail. You'll have fifteen minutes to spare, in which to tell me all about your sensations.'

Balcoth emptied the little antique glass at a gulp and leaned back, as Manners had directed, on the deep pneumatic cushions of the chair; He seemed to be falling easily but endlessly into a mist that had gathered in the room with unexplainable rapidity; and through this mist he was dimly aware that Manners had taken the empty glass from his relaxing fingers. He saw the face of Manners far above him, small and blurred, as if in some tremendous perspective of alpine distance; and the doctor's simple action seemed to be occurring in another world.

He continued to fall and float through eternal mist, in which all things were dissolved as in the primordial nebulae of chaos. After a timeless interval, the mist which had been uniformly gray and hueless at first, took on a flowing iridescence, never the same for two successive moments; and the sense of gentle falling turned to a giddy revolution, as if he were caught in an ever-accelerating vortex.

Coincidentally with his movement in this whirlpool of prismatic splendor, he seemed to undergo an indescribable mutation of the senses. The whirling colors, by subtle, ceaseless gradations, became recognizable as solid forms. Emerging, as if by an act of creation, from the infinite chaos, they appeared to

take their place in an equally infinite vista. The feeling of movement, through decrescent spirals, was resolved into absolute immobility. Balcoth was no longer conscious of himself as a living organic body: he was an abstract eye, a discorporate center of visual awareness, stationed alone in space, and yet having an intimate relationship with the frozen prospect on which he peered from his ineffable vantage.

Without surprise, he found that he was gazing simultaneously in two directions. On either hand, for a vast distance that was wholly void of normal perspective, a weird and peculiar landscape stretched away, traversed by an unbroken frieze or bas-relief of human figures that ran like a straight undeviating wall.

For awhile, the frieze was incomprehensible to Balcoth, he could make nothing of its glacial, flowing outlines with their background of repeated masses and complicated angles and sections of other human friezes that approached or departed, often in a very abrupt manner, from an unseen world beyond. Then the vision seemed to resolve and clarify itself, and he began to understand.

The bas-relief, he saw, was composed entirely of a repetition of his own figure; plainly distinct as the separate waves of a stream, and possessing a stream-like unity. Immediately before him, and for some distance on either hand, the figure was seated in a chair — the chair itself being subject to the same billowy repetition. The background was composed of the reduplicated figure of Dr. Manners, in another chair; and behind this, the manifold images of a medicine cabinet and a section of wall-paneling.

Following the vista on what, for lack of any better name, might be termed the left hand, Balcoth saw himself in the act of draining the antique glass, with Manners standing before him. Then, still further, he saw himself previous to this, with a background in which Manners was presenting him the glass, was preparing the dose of plutonium, was going to the cabinet for the vial, was rising from his pneumatic chair. Every movement, every attitude of the doctor and himself during their past conversation, was visioned in a sort of reverse order,

reaching away, unalterable as a wall of stone sculpture, into the weird, eternal landscape. There was no break in the continuity of his own figure; but Manners seemed to disappear at times, as if into a fourth dimension. These times, he remembered later, were the occasions when the doctor had not been in his line of vision. The perception was wholly visual; and though Balcoth saw his own lips and those of Manner's parted in movements of speech, he could hear no word or other sound.

Perhaps the most singular feature of the vision was the utter absence of foreshortening. Though Balcoth seemed to behold it all from a fixed, immovable point, the landscape and the intersecting frieze presented themselves to him without diminution, maintaining a frontal fullness and distinctness to a distance that might have been many miles.

Continuing along the left-hand vista, he saw himself entering Manners' apartments, and then encountered his image standing in the elevator that had borne him to the ninth floor of the hundred story hotel in which Manners lived. Then the frieze appeared to have an open street for background, with a confused, everchanging multitude of other faces and forms, of vehicles and sections of buildings, all jumbled together as in some old-time futuristic painting. Some of these details were full and clear, and others were cryptically broken, and blurred, so as to be scarcely recognizable. Everything, whatever its spatial position and relation, was re-arranged in the flowing frozen stream of this temporal pattern.

Balcoth retraced the three blocks from Manners' hotel to his own studio, seeing all his past movements, whatever their direction in tri-dimensional space, as a straight line in the time-dimension. At last he was in his studio; and there the frieze of his own figure receded into the eerie prospect of space-transmuted time among other friezes formed of actual sculptures. He beheld himself giving the final touches with his chisel to a symbolic statue at the afternoon's end, with a glare of ruddy sunset falling through an unseen window and flushing the pallid marble. Beyond this there was a reverse fading of the glow, a thickening and blurring of the half-chiselled features of the image, a female form to which he

had given the tentative name of Oblivion. At length, among half-seen statuary, the left-hand vista became indistinct, and melted slowly in amorphous mist. He had seen his own life as a continuous glaciated stream, stretching for about five hours into the past.

Reaching away on the right hand, he saw the vista of the future. Here there was a continuation of his seated figure under the influence of the drug, opposite the continued bas-relief of Dr. Manners and the repeated cabinet and wallpanels. After a considerable interval, he beheld himself in the act of rising from the chair. Standing erect, he seemed to be talking awhile, as in some silent antique film, to the listening doctor. After that, he was shaking hands with Manners, was leaving the apartment, was descending in the lift and following the open brightly-lighted street toward the Belvedere Club where he was to keep his appointment with Claud Wishhaven.

The Club was only three blocks away, on another street; and the shortest route, after the first block, was along a narrow alley between an office building and a warehouse. Balcoth had meant to take this alley; and in his vision, he saw the bas-relief of his future figure passing along the straight pavement with a background of deserted doorways and dim walls that towered from sight against the extinguished stars.

He seemed to be alone: there were no passers — only the silent, glimmering endlessly repeated angles of arc-lit walls and windows that accompanied his repeated figure. He saw himself following the alley, like a stream in some profound canyon; and there midway, the strange vision came to an abrupt inexplicable end, without the gradual blurring into formless mist, that had marked his retrospective view of the past.

The sculpture-like frieze with its architectural ground appeared to terminate, broken off clean and sharp, in a gulf of immeasurable blackness and nullity. The last wave-like duplication of his own person, the vague doorway beyond it, the glimmering alley-pavement, all were seen as if shorn asunder by a falling sword

of darkness, leaving a vertical line of cleavage beyond which there was — nothing.

Balcoth had a feeling of utter detachment from himself, an eloignement from the stream of time, from the shores of space, in some abstract dimension. The experience, in its full realization, might have lasted for an instant only — or for eternity. Without wonder, without curiosity or reflection, like a fourth-dimensional Eye, he viewed simultaneously the unequal cross-sections of his own past and future.

After that timeless interval of complete perception, there began a reverse process of change. He, the all-seeing eye, aloof in super-space, was aware of movement, as if he were drawn back by some subtle thread of magnetism into the dungeon of time and space from which he had momentarily departed. He seemed to be following the frieze of his own seated body toward the right, with a dimly felt rhythm or pulsation in his movement that corresponded to the merging duplications of the figure. With curious clearness, he realized that the time-unit, by which these duplications were determined, was the beating of his own heart.

Now with accelerative swiftness, the vision of petrific form and space was re-dissolving into a spiral swirl of multitudinous colors, through which he was drawn upward. Presently he came to himself, seated in the pneumatic chair, with Dr. Manners opposite. The room seemed to waver a little, as if with some lingering touch of the weird transmutation; and webs of spinning iris hung in the corners of his eyes. Apart from this, the effect of the drug had wholly vanished, leaving, however, a singularly clear and vivid memory of the almost ineffable experience.

Dr. Manners began to question him at once, and Balcoth described his visionary sensations as fully and graphically as he could.

'There is one thing I don't understand,' said Manners at the end with a puzzled frown. 'According to your account, you must have seen five or six hours

of the past, running in a straight spatial line, as a sort of continuous landscape; but the vista of the future ended sharply after you had followed it for three-quarters of an hour; or less. I've never known the drug to act so unequally: the past and future perspectives have always been about the same in their extent for others who have used plutonium.'

'Well,' observed Balcoth, 'the real marvel is that I could see into the future at all. In a way, I can understand the vision of the past. It was clearly composed of physical memories — of all my recent movements; and the background was formed of all the impressions my optic nerves had received during that time. But how could I behold something that hasn't yet happened?'

'There's the mystery, of course,' assented Manners. 'I can think of only one explanation at all intelligible to our finite minds. This is, that all the events which compose the stream of time have already happened, are happening, and will continue to happen forever. In our ordinary state of consciousness, we perceive with the physical senses merely that moment which we call the present. Under the influence of plutonium, you were able to extend the moment of present cognition in both directions, and to behold simultaneously a portion of that which is normally beyond perception. Thus appeared the vision of yourself as a continuous, immobile body, extending through the time-vista.'

Balcoth, who had been standing, now took his leave. 'I must be going,' he said, 'or I'll be late for my appointment.'

'I won't detain you any longer,' said Manners. He appeared to hesitate, and then added: 'I'm still at a loss to comprehend the abrupt cleavage and termination of your prospect of the future. The alley in which it seemed to end was Falman Alley, I suppose — your shortest route to the Belvedere Club. If I were you, Balcoth, I'd take another route, even if it requires a few minutes extra.'

'That sounds rather sinister,' laughed Balcoth. 'Do you think that something may happen to me in Falman Alley?'

'I hope not — but I can't guarantee that it won't.' Manners' tone was oddly dry and severe. 'You'd better do as I suggest.'

Balcoth felt the touch of a momentary shadow as he left the hotel — a premonition brief and light as the passing of some night-bird on noiseless wings. What could it mean -that gulf of infinite blackness into which the weird frieze of his future had appeared to plunge, like a frozen cataract? Was there a menace of some sort that awaited him in a particular place, at a particular moment?

He had a curious feeling of repetition, of doing something that he had done before, as he followed the street. Reaching the entrance of Falman Alley, he took out his watch. By walking briskly and following the alley, he would reach the Belvedere Club punctually. But if he went on around the next block, he would be a little late. Balcoth knew that his prospective patron, Claud Wishhaven, was almost a martinet in demanding punctuality from himself and from others. So he took the alley.

The place appeared to be entirely deserted, as in his vision. Midway, Balcoth approached the half-seen door — a rear entrance of the huge warehouse — which had formed the termination of the time prospect. The door was his last visual impression, for something descended on his head at that moment, and his consciousness was blotted out by the supervening night he had provisioned. He had been sand-bagged, very quietly and efficiently, by a twenty-first century thug. The blow was fatal; and time, as far as Balcoth was concerned, had come to an end.

LA DROGA PLUTONIANA

CLARK ASHTON SMITH

RESULTA notable —dijo el doctor Manners— cómo los límites de nuestra farmacopea han sido ampliados por la exploración interplanetaria. Durante los últimos treinta años, centenares de sustancias, desconocidas hasta el momento, utilizables como drogas o como agentes médicos, han sido descubiertas en los otros mundos de nuestro propio sistema. Será interesante ver lo que la expedición de Allan Farquar traerá de los planetas de Alfa Centauri si consigue alcanzarlos y regresar a la Tierra. Sin embargo, no creo que se descubra algo más valioso que la selenina. La selenina, extraída de un musgo fósil encontrado por la primera expedición a la luna en 1975, ha borrado, como ya sabéis, casi por completo la antigua maldición del cáncer. Disuelta, forma la base de un suero infalible, igualmente útil como cura que como prevención.

—Me temo que no he estado muy al día de los últimos descubrimientos —dijo Rupert Balcoth, el escultor e invitado del doctor Manners, de una manera un tanto apologética—. Por supuesto, todo el mundo ha oído hablar de la selenina. Y, recientemente, he oído mencionar con frecuencia un agua mineral de Ganimedes cuyos efectos son como los de la mítica fuente de la juventud.

—Te refieres al *clithni*, como llaman los ganimédeos a la sustancia. Es un líquido claro, de color esmeralda, que se levanta en elevados géiseres desde los cráteres de volcanes apagados. Los científicos creen que beber *clithni* es el secreto de la longevidad fabulosa de los ganimédeos; y creen que puede resultar un elixir semejante para la humanidad.

—Algunas de estas drogas extraplanetarias no han sido tan beneficiosas para la humanidad, ¿no? —preguntó Balcoth—. Creo haber oído hablar de un veneno marciano que ha facilitado mucho el amable arte del asesinato. Y tengo entendido que *mnophka*, el narcótico venusino, es bastante peor, en sus efectos para el organismo humano, que cualquier alcaloide terrestre.

—Naturalmente —comentó el doctor con calma filosófica—, muchos de estos nuevos agentes químicos son susceptibles de terribles abusos. Comparten ese riesgo con bastantes de nuestras drogas nativas. El hombre, como siempre, tiene la elección para el bien y el mal... Creo que el veneno es el jugo de una hierba común, amarilla bermejo en su color, que crece en los oasis de Marte. El jugo no tiene ni sabor, ni color ni olor. Mata instantáneamente sin dejar rastro e imita los síntomas de una enfermedad cardíaca. Indudablemente, mucha gente ha sido quitada de en medio mediante el uso de una gota a escondidas de *akpaloli* en su comida o en su medicina. Pero incluso el *akpaloli*, utilizado en dosis infinitesimales, es un estimulante muy poderoso, útil en casos de síncope, y sirve con cierta frecuencia para resucitar a las víctimas de una parálisis de una manera casi milagrosa.

—Por supuesto —continuó—, que aún queda una infinidad de cosas que aprender sobre muchas de estas sustancias ultraterrenas. Sus virtudes han sido descubiertas muchas veces por accidente..., y, en algunos casos, sus virtudes están aún por descubrir. Por ejemplo, toma el *mnophka* que mencionaste hace un momento. Aunque emparentado en cierto modo con algunos narcóticos mundanos, como el opio y el hachís, es de escasa utilidad para fines narcóticos o como calmante. Su principal efecto es una extraordinaria aceleración del sentido temporal, y un aumento y acercamiento de todas las sensaciones, tanto agradables como dolorosas. El usuario parece moverse y vivir a un ritmo furioso, como un torbellino..., aunque en realidad pueda estar tumbado sobre un sofá. Él existe en un torrente impetuoso de sensaciones de los sentidos y parece, en unos pocos minutos, vivir la experiencia de años. El resultado físico es lamentable, un profundo agotamiento, y un verdadero envejecimiento de los tejidos, tal y como correspondería al periodo de tiempo real que el adicto ha “vivido” solamente a través de sus ilusiones. Hay algunas otras drogas, comparativamente poco conocidas, cuyos efectos, si tal cosa es posible, son aún más curiosos que el *mnophka*. No creo que hayáis oído hablar del plutónium.

—No —admitió Balcoth—; háblame de ello.

—Puedo hacer algo incluso mejor..., puedo mostrarte algo de la sustancia, aunque no es mucho a lo que mirar..., solamente un fino polvo blanco.

El doctor Manners se levantó de su sillón de almohadones neumáticos, en el que había estado sentado frente a su invitado, y se dirigió a un gran armario de ébano sintético, cuyos estantes estaban abarrotados con frascos, botellas, tubos y cartones de variados tamaños y formas.

Al volver, le entregó a Balcoth un pequeño frasco cuadrado, lleno en dos tercios de una sustancia amilácea.

—Plutónium —explicó Manners—, como su nombre indica, viene del distante y congelado Plutón, que hasta el momento sólo ha visitado una expedición terrestre..., la expedición conducida por los hermanos Cornell, John y Augustine, que partió en 1990 y no regresó a la Tierra hasta 1996, cuando ya casi se la daba por perdida en todo el mundo. John, como quizá hayas oído, murió durante el viaje de regreso a la Tierra, junto con la mitad del personal de la expedición; y los otros alcanzaron la Tierra quedándoles sólo un tanque de reserva de oxígeno. Este frasco contiene una décima parte, aproximadamente, del suministro existente de plutónium. Augustine Cornell, que es un viejo amigo mío del colegio, me lo dio hace tres años, justo antes de embarcarse con la gente de Allan Farquar. Me considero afortunado por poseer algo tan raro... Los geólogos del grupo encontraron la sustancia cuando empezaron a espiar debajo del cristal solidificado que cubre la superficie de aquel mundo apagado, iluminado por las estrellas, en un esfuerzo para aprender un poco sobre su composición y su historia. No podían hacer mucho, considerando las circunstancias, con tiempo y equipos limitados; pero hicieron algunos descubrimientos curiosos..., entre los cuales el plutónium está lejos de ser el menor. Como la selenina, la sustancia es un producto colateral de la fosilización vegetal. Sin duda tiene muchos billones de años de antigüedad y procede de un tiempo en que Plutón tenía suficiente calor interno como para hacer posible el desarrollo de ciertos tipos de plantas rudimentarias sobre su ciega superficie. Debió haber tenido entonces una atmósfera; aunque no se encontraron pruebas de una vida animal anterior por los Cornell. El plutónium, junto al carbono, hidrógeno, nitrógeno y oxígeno, contiene cantidades diminutas de elementos inclasificables. Fue descubierto en una condición cristalina, pero se convirtió inmediatamente en el fino polvo que ves, tan pronto como fue expuesto al aire en la nave espacial. Se disuelve fácilmente en el

agua, formando un coloide permanente, sin la menor señal de depósitos, sin importar el tiempo que permanezca en suspensión.

—¿Dices que es una droga? —preguntó Balcoth—. ¿Qué te hace?

—En un minuto me referiré a ello..., aunque el efecto resulta un poco difícil de describir. Las propiedades de la sustancia fueron descubiertas sólo por casualidad: durante el viaje de regreso desde Plutón, un miembro de la tripulación, que estaba medio delirante a causa de la fiebre del espacio, agarró el frasco sin marcar que lo contenía y se tomó una dosis pequeña, imaginándose que era bromuro de potasio. Sirvió para complicar su delirio durante un rato, ya que le dio ideas nuevas sobre el tiempo y el espacio. Otras personas han experimentado con él desde entonces. Su influencia es muy breve..., sus efectos nunca duran más de media hora..., y varían considerablemente según el individuo. No tiene consecuencias negativas posteriores, ni neurológicas, ni mentales ni físicas, hasta el punto que nadie ha sido capaz de determinar. Yo la he tomado un par de veces y puedo dar testimonio de ello. Qué es lo que le hace exactamente a uno, no lo sé con seguridad. Quizá simplemente produce una alteración, o metamorfosis, de las sensaciones, como el hachís. O quizá sirve para estimular algún órgano rudimentario o sentido dormido en el cerebro humano. En cualquier caso, hay, es lo más claro que puedo decirlo, una alteración en la percepción del tiempo..., de la verdadera duración..., en una especie de percepción espacial. Uno ve el pasado y además el futuro, en relación con el ser físico de uno, como un paisaje que se extendiese a cada lado. La verdad es que no se ve a mucha distancia..., solamente los acontecimientos de unas pocas horas en ambas direcciones; pero es una experiencia muy curiosa; y ayuda a dar una nueva perspectiva del misterio del tiempo y del espacio. Es por completo diferente a las ilusiones del *mnophka*.

—Parece muy interesante —admitió Balcoth—. Sin embargo, yo mismo no he andado mucho con narcóticos; aunque experimenté un par de veces, durante mi juventud romántica, con el *Cannabis indica*. Había estado leyendo a Gautier y a Baudelaire, supongo. De todos modos, el resultado fue bastante desilusionante.

—No la tomaste lo bastante como para que tu organismo absorbiese un residuo de la droga, supongo —dijo Manners—; por eso, los resultados fueron

insignificantes desde el punto de vista de las visiones. Pero el plutónium es completamente diferente.. .,tienes el resultado máximo desde la primera dosis. Creo que te interesaría mucho, Balcoth, ya que eres un escultor de profesión: captarías algunas imágenes plásticas inusuales, difíciles de expresar con planos y ángulos euclidianos. Ahora te daré una pizca, si te apetece probarla.

—Eres bastante generoso, teniendo en cuenta que es una sustancia tan rara.

—No me estoy mostrando en absoluto generoso. Durante años, he estado planeando escribir una monografía sobre narcóticos extraterrestres y puede que tú me proporciones algunos datos valiosos. Con tu tipo de cerebro y tu sensibilidad artística altamente desarrollada, las visiones del plutónium deberían ser más claras y significativas de lo normal. Lo único que te pido es que me las describas tan claramente como te sea posible después.

—Muy bien —admitió Balcoth—; estoy dispuesto a probarlo todo una vez.

Se había despertado su curiosidad, su imaginación había sido seducida, por la narración de Manners de los efectos de la extraordinaria droga.

Manners trajo un antiguo vaso de güisqui, que llenó hasta el borde con el líquido rojo dorado. Abriendo el frasco de plutónium, añadió a este líquido un pellizco del fino polvo blanco, que se disolvió inmediatamente sin efervescencia.

—El líquido es un vino de un tubérculo marciano, conocido como *ovvra* —explicó—; es ligero e inofensivo, y contrarrestará el sabor amargo del plutónium. Bébetelo rápidamente y reclínate contra tu sillón.

Balcoth dudó, mirando el fluido rojo dorado.

—¿Estás completamente seguro de que los efectos se pasarán tan rápidamente como dices? —preguntó—; son las nueve y cuarto ahora, y tendré que marcharme a las diez para llegar a una cita con uno de mis patronos en el club Belvedere. Se trata del billonario Claud Wishhaven, que quiere que haga para él un bajorrelieve en pseudo—jade y neo—jaspe para el salón de su mansión campestre. Quiere algo realmente avanzado y futurista. Tenemos que hablar de ello esta noche..., decidir cuáles serán los temas, etc.

—Eso te da cuarenta y cinco minutos. .. —le aseguró el doctor—, y en treinta, como mucho, tu cerebro y tus sentidos volverán a ser completamente

normales. Nunca he visto que no fuese así. Te quedarán quince minutos para describirme cuáles fueron tus sensaciones.

Balcoth apuró el pequeño vaso antiguo de un trago y se recostó, como Manners le había indicado que hiciese, en los acolchados almohadones neumáticos del sillón. Le pareció estar cayendo con facilidad pero infinitamente por una niebla que se había formado en el cuarto con inexplicable rapidez; y, a través de esta niebla, era vagamente consciente de que Manners había tomado el vaso vacío de entre sus dedos relajados. Vio el rostro de Manners sobre él, pequeño y borroso, como desde la tremenda perspectiva de una altura alpina; y la sencilla acción del doctor parecía estar teniendo lugar en otro mundo.

Continuó cayendo y flotando por esa niebla eterna, en la que todas las cosas estaban disueltas como en las nebulosas del caos primordial. Después de un intervalo intemporal, la niebla, que en un principio había sido uniformemente gris e incolora, adquirió una iridiscencia fluida que nunca era la misma en dos momentos sucesivos; y la sensación de delicada caída se convirtió en un giro mareante, como si estuviese atrapado en un remolino en aceleración continua.

Coincidiendo con sus movimientos en este remolino de esplendor primordial, le pareció experimentar una indescriptible mutación de los sentidos. El remolino de colores, mediante gradaciones incesantes y sutiles, se transformó en formas reconocibles sólidas. Emergiendo, como por un acto de creación, a través del caos infinito, aparecieron tomando su lugar en una perspectiva igualmente infinita. La sensación de movimiento, a través de espirales decrecientes, se transformó en absoluta inmovilidad. Balcoth ya no era consciente de sí mismo como un cuerpo viviente orgánico: era un ojo abstracto, un centro incorpóreo de consciencia visual, estacionado en el espacio, y sin embargo poseedor de una íntima relación con la perspectiva congelada que contemplaba desde una altura inefable.

Sin sorpresa, descubrió que estaba mirando simultáneamente en dos direcciones, a cada lado, por una distancia extensa que estaba privada por completo de una perspectiva normal, un raro y peculiar paisaje se extendía en la distancia, atravesado por un friso ininterrumpido de figuras humanas congeladas que se extendían como un rígido muro sin desviaciones.

Durante un rato, el friso le resultó incomprendible a Balcoth, y no podía sacar nada en claro de las fluidas siluetas glaciales, con sus fondos de repetidas masas y complicados ángulos y secciones de frisos humanos que se aproximaban o se alejaban de una manera muy abrupta, desde un mundo invisible más allá. Entonces, la visión pareció enfocarse y clarificarse, y él comenzó a comprender.

El bajorrelieve, vio, estaba compuesto enteramente por repeticiones de su propia figura, claramente distinta como las ondas separadas de una corriente, y poseyendo una unidad como la de un río. Inmediatamente ante él, y por alguna distancia a cada lado, la figura aparecía sentada en un sillón..., estando el propio sillón sujeto a una idéntica repetición ondulada. El fondo estaba compuesto por la figura reduplicada del doctor Manners, en otro sillón; y, detrás de él, la imagen múltiple del armario de las medicinas y un trozo del panel de la pared.

Siguiendo la perspectiva de lo que, a falta de un término mejor, podría llamarse la mano izquierda, Balcoth se vio a sí mismo en el acto de vaciar el antiguo vaso, con Manners de pie ante él. Entonces, todavía más lejos, se vio a sí mismo antes de esto, con un fondo en que Manners le ofrecía el vaso, estaba preparando la dosis, estaba dirigiéndose al armario a por el frasco, estaba levantándose del asiento neumático. Cada movimiento, cada actitud del propio doctor, y de él mismo durante su anterior conversación, era visible en una especie de orden reverso, alejándose tan inalterable como un muro de esculturas de piedra, en el extraño paisaje eterno. No había interrupciones en la continuidad de su propia figura; pero Manners parecía desaparecer a ratos, como en una cuarta dimensión. Esas ocasiones, recordó más tarde, eran las veces en las que el doctor no había estado dentro de su campo de visión. La percepción era por completo visual; y, aunque Balcoth veía sus propios labios y los de Manners abrirse con los gestos del habla, no podía escuchar palabras ni tampoco ningún otro sonido.

Quizá el rasgo más singular de la visión fuese la completa ausencia de disminuciones. Aunque Balcoth parecía contemplarlo desde un punto fijo e inmóvil, el paisaje y el friso que lo interseccionaba se presentaban ante él sin disminuciones, manteniendo una completa frontalidad y claridad hasta una distancia que podría haber sido de muchas millas.

Continuando por la perspectiva de la izquierda, se vio a sí mismo entrando en el apartamento de Manners, y entonces encontró su imagen de pie en el ascensor que le había transportado al noveno piso del edificio, de cien pisos, en el que vivía Manners. Entonces, el friso parecía tener como fondo una calle abierta, con una multitud confusa y siempre cambiante, de otras caras y formas, de vehículos y de trozos de edificios, todo ello revuelto junto como en un antiguo cuadro del movimiento futurista. Algunos de estos detalles eran plenos y claros, y otros estaban borrosos y fragmentados de una manera crítica, así que apenas resultaban reconocibles. Todo, sin importar cuál fuese su situación espacial y temporal, estaba modificado en el arroyo congelado de este patrón temporal.

Balcoth se alejó tres manzanas del hotel de Manners, hasta su propio estudio, viendo todos sus movimientos pasados, cualquiera que fuese su dirección en el espacio tridimensional, como una línea recta en la dimensión espacio—tiempo. Por fin, se encontraba en su estudio; y allí, el friso de su propia figura se desvanecía en una extraña perspectiva de espacio convertido en tiempo, entre otros frisos de sus verdaderas esculturas. Se contempló a sí mismo, dando los últimos toques con el escoplo a la estatua simbólica al final de la tarde, con un brillo de rojiza luz solar cayendo a través de una ventana invisible y sonrojando el pálido mármol. Mas allá, había un desvanecimiento inverso del brillo, un ensanchamiento y emborronamiento de las facciones medio talladas de la imagen, una forma femenina a la que le había dado el título de trabajo de Olvido. Al cabo, entre estatuas medio invisibles, la perspectiva de la izquierda se volvía confusa, y se derretía lentamente en una niebla amorfa. Había visto su propia vida como una corriente continua congelada, extendiéndose por unas cinco horas en el pasado.

Alcanzando por el lado de la derecha, vio la perspectiva del futuro. Aquí había una continuación de su figura sentada bajo la influencia de la droga, frente al bajorrelieve continuado del doctor Manners y el armario repetido y los paneles de la pared. Después de un intervalo considerable, se contempló a sí mismo en el acto de levantarse del sillón. Levantado de pie, le pareció estar hablando un rato, como en una antigua película muda, al doctor, que le escuchaba. Después de lo cual, estaba estrechándole la mano a Manners, estaba abandonando el apartamento, estaba descendiendo por el ascensor y

siguiendo la ancha calle iluminada hacia el club Belvedere, donde tenía una cita con Claud Wishhaven.

El club estaba sólo a tres manzanas, en otra calle; y la ruta más corta, después de la primera manzana, era por un estrecho callejón entre un bloque de oficinas y un almacén. Balcoth tenía la intención de tomar este callejón, y, en su visión, vio el bajorrelieve de su figura futura andando por el pavimento con un fondo de portales desiertos y oscuras paredes que se alzaban ante su vista frente a las estrellas apagadas.

Le parecía estar solo: no había otros transeúntes..., sólo los silenciosos y brillantes, infinitamente repetidos, ángulos de paredes iluminadas por farolas y ventanas que acompañaban su figura repetida. Se vio a sí mismo siguiendo el callejón, como una corriente que se adentra en un profundo cañón; y allí, a medio camino, la visión llegó a un abrupto final, inexplicable, sin el emborronamiento gradual en una niebla informe que había señalado su visión retrospectiva del pasado.

El friso escultural, con su base arquitectónica, parecía terminar repentinamente, con una interrupción clara y tajante, en una sima de tinieblas inmensurables y de olvido. La última ondulante repetición de él mismo, el vago portal detrás de él, el brillante pavimento del callejón, todos estaban como cortados de repente con una espada de oscuridad que cayese, dejando una línea de ruptura vertical más allá de la cual... no había nada.

Balcoth tenía una sensación de completo distanciamiento de sí mismo, un apartamiento de las corrientes del tiempo, de las orillas del espacio, adentrándose en una dimensión abstracta. La experiencia, en su pleno efecto, debió durar tan sólo un instante... o una eternidad. Sin asombro, sin curiosidad o reflexiones, como un ojo de cuatro dimensiones, contempló imparcialmente las desiguales muestras de su propio pasado y de su futuro.

Después de ese intervalo intemporal de completa percepción, comenzó un proceso inverso de cambio. Él, el ojo que todo lo veía, apartado en un espacio superior; fue consciente de un movimiento, como si fuese atraído por una sutil hebra de magnetismo al calabozo del tiempo y del espacio, el cual había abandonado momentáneamente. Le parecía estar siguiendo el friso de su cuerpo sentado hacia la derecha, con un tenue ritmo o pulsación en sus movimientos que se correspondía con la fusión de las duplicaciones de su

figura. Con una curiosa claridad, se dio cuenta de que la unidad por la cual estas duplicaciones estaban siendo determinadas, eran los latidos de su propio corazón.

Ahora, con una velocidad en aceleración, la visión de formas y espacio petrificados estaba volviéndose a disolver en una rápida espiral de colores multitudinarios, por entre los cuales era atraído hacia arriba. De repente, recuperó el sentido, encontrándose sentado en su sillón neumático, con el doctor Manners enfrente. El cuarto parecía oscilar un poco, como si permaneciese un pequeño rastro de la extraña transformación; y redes de arcoiris le flotaban en la esquina de los ojos. Aparte de esto, el efecto de la droga había desaparecido por completo, dejando, sin embargo, un recuerdo singularmente claro y vívido de la casi inefable experiencia.

El doctor Manners comenzó a interrogarle al instante, y Balcoth describió sus experiencias visionarias, con tanto detalle y de la manera más gráfica que pudo.

—Hay algo que no entiendo —dijo Manners al final con expresión confundida—. De acuerdo con tu narración, debes haberte adentrado cinco o seis horas en el pasado, recorriendo una especie de línea espacial recta, por una especie de paisaje continuo; pero el paisaje del futuro terminaba abruptamente, después de que lo hubieses seguido durante tres cuartos de hora, o menos. Nunca he tenido noticia de que la droga actúe de una manera tan desigual: las experiencias del pasado y del futuro siempre han sido de una extensión similar para los otros que han utilizado el plutónium.

—Bien —comentó Balcoth—; la auténtica maravilla es que pudiese ver el futuro en absoluto. En cierto modo, soy capaz de comprender la visión del pasado. Estaba claramente compuesta de memorias físicas..., de todos mis movimientos recientes: el fondo se componía de las impresiones que mis nervios ópticos habían estado recibiendo durante este tiempo; pero ¿cómo podía contemplar algo que aún no había sucedido?

—Hay un misterio, por supuesto —asintió Manners—. Sólo se me ocurre una explicación que sea inteligible a nuestras mentes limitadas. Esto es, que todos los sucesos que forman parte de la corriente del tiempo ya han sucedido, o están sucediendo, y continuarán sucediendo para siempre. En nuestro estado ordinario de conciencia, notamos con los sentidos físicos solamente el

momento que llamamos presente. Bajo la influencia del plutónium, somos capaces de extender la cognición del presente en ambas direcciones, y contemplar simultáneamente una cierta parte de lo que normalmente queda más allá de la percepción. Así apareció la visión de ti mismo como un cuerpo continuo e inmóvil, extendiéndote por la perspectiva temporal.

Balcoth, que había estado de pie, aprovecho la ocasión para despedirse.

—Tengo que marcharme —dijo—, o llegaré tarde a mi cita.

—No te entretendré más —dijo Manners. Pareció vacilar, y entonces añadió:

—Me encuentro todavía confuso para explicar el abrupto fin e interrupción de tu perspectiva de futuro. El callejón en el que parecía terminar era Falman Alley, que supongo que es tu camino más corto al club Belvedere. Si fuese tú, Balcoth, tomaría otra ruta, aunque tardase unos pocos minutos más.

—Todo eso tiene un sonido bastante siniestro —se rió Balcoth—. ¿Piensas que podría sucederme algo en Falman Alley?

—Espero que no..., pero no puedo garantizar que no suceda —el tono de Manners era seco y severo—; más te vale hacer lo que te sugiero.

Balcoth notó el contacto de una sombra momentánea mientras abandonaba el hotel..., una premonición breve y ligera como el paso de un ave de la noche con alas que no hacen ruido. ¿Qué podría significar... esa sima de infinita negrura en la que el extraño friso de su futuro parecía sumergirse, como una catarata congelada? ¿Habría algún tipo de amenaza que le esperaba en un lugar particular, en un momento concreto?

Tuvo una extraña sensación de repetir, de hacer algo que ya había hecho antes, mientras seguía la calle.

Al entrar a Falman Alley, sacó su reloj. Andando rápidamente y siguiendo el callejón, alcanzaría el club Belvedere puntualmente. Pero, si daba un rodeo en torno a la manzana siguiente, llegaría un poco tarde. Balcoth sabía que su posible mecenas era prácticamente un fanático a la hora de exigir puntualidad, tanto en sí mismo como en los demás, así que tomó el callejón.

El lugar parecía estar completamente desierto, como en su visión. A mitad de camino, Balcoth se acercó a la puerta, parcialmente visible —una entrada trasera al enorme almacén—, que había representado el final de su perspectiva temporal. La puerta constituyó su última impresión visual, porque algo descendió sobre su cabeza en aquel momento, y su consciencia fue borrada

por la noche inminente que había previsto. Había sido golpeado, de una manera muy discreta y eficiente, con un saco de arena por un criminal del siglo veintiuno. El golpe fue mortal; y el tiempo, en lo que a Balcoth concierne, se había acabado.

The Plutonian Drug, IV—1932

(Amazing Stories, IX—34. Lost Worlds, X—44)

Trad. Arturo Villarubia

Los Mundos Perdidos (A Rendezvous In Averogne, 1988)

Icaro, 22

EDAF 1991

THE ROOT OF AMPOI

CLARK ASHTON SMITH

A circus had arrived in Auburn. The siding at the station was crowded with long lines of cars from which issued a medley of exotic howls, growls, snarls and trumpeting. Elephants and zebras and dromedaries were led along the main streets; and many of the freaks and performers wandered about the town.

Two bearded ladies passed with the graceful air and walk of women of fashion. Then came a whole troupe of midgets, trudging along with the look of mournful, sophisticated children. And then I saw the giant, who was slightly more than eight feet tall and magnificently built, with no sign of the disproportion which often attends giantism. He was merely a fine physical specimen of the ordinary man, somewhat more than life-size. And even at first glance, there was something about his features and his gait which suggested a seaman.

I am a doctor; and the man provoked my medical curiosity. His abnormal bulk and height, without trace of acromegaly, was something I had never happened to meet before.

He must have felt my interest, for he returned my gaze with a speculative eye; and then, lurching in sailor- like fashion, he came over to me.

"I say, sir, could a chap buy a drink in this 'ere town?" He queried cautiously.

I made a quick decision.

"Come with me," I replied. "I'm an allopath; and I can tell without asking that you're a sick man."

We were only a block from my office. I steered the giant up the stairs and into my private sanctum. He almost filled the place, even when he sat down at my urging. I brought out a bottle of rye and poured a liberal glassful for him. He downed it with manifest appreciation. He had worn an air of mild depression when I first met him; now he began to brighten.

"You wouldn't think, to look at me, that I wasn't always a bloomin' giant," he soliloquized.

"Have another drink," I suggested.

After the second glass, he resumed a little mournfully: "No, sir, Jim Knox wasn't always a damn circus freak."

Then, with little urging on my part, he told me his story.

Knox, an adventurous Cockney, had followed half the seas of the world as a common sailor and boatswain in his younger years. He had visited many strange places, had known many bizarre experiences. Before he had reached

the age of thirty, his restless and daring disposition led him to undertake an incredibly fantastic quest.

The events preceding this quest were somewhat unusual in themselves. Ship-wrecked by a wild typhoon in the Banda Sea, and apparently the one survivor, Knox had drifted for two days on a hatch torn from the battered and sinking vessel. Then, rescued by a native-fishing-proa, he had been carried to Salawatti.

The Rajah of Salawatti, an old and monkey-like Malay, was very nice to Knox. The Rajah was a teller of voluminous tales; and the boatswain was a patient listener. On this basis of congeniality, Knox became an honored guest for a month or more in the Rajah's palace. Here; among other wonders retailed by his host, he heard for the first time the rumor of a most remarkable Papuan tribe.

This unique tribe dwelt on a well-nigh inaccessible plateau of the Arfak Mountains. The women were nine feet tall and white as milk; but the men, strangely, were of normal stature and darker hue. They were friendly to the rare travelers who reached their domains; and they would trade for glass beads and mirrors the pigeon's blood rubies in which their mountainslopes abounded. As proof of the latter statement, the Rajah showed Knox a large, flawless, uncut ruby, which he claimed had come from this region.

Knox was hardly inclined to credit the item about the giant women; but the rubies sounded far less improbable. It was characteristic of him that, with little thought of danger, difficulty, or the sheer absurdity of such a venture, he made up his mind at once to visit the Arfak Mountains.

Bidding farewell to his host, who mourned the loss of a good listener, he continued his odyssey. By means that he failed to specify in his history, Knox procured two sackfuls of mirrors and glass beads, and managed to reach the coast of northwestern New Guinea. At Andai, in Arrak, he hired a guide who

purported to know the whereabouts of the giant Amazons, and struck boldly inland toward the mountains.

The guide, who was half Malay and half Papuan, bore one of the sacks of baubles on his shoulders; and Knox carried the other. He fondly hoped to return with the two sacks full of smouldering dark-red rubies.

It was a little known land. Some of the peoples were reputed to be head-hunters and caanibals; but Knox found them friendly enough. But somehow, as they went on, the guide began to exhibit a growing haziness in his geography. When they reached the middle slopes of the Arfak range, Knox realized that the guide knew little more than he himself regarding the location of the fabulous ruby-strewn plateau.

They went on through the steepening forest. Before them, above trees that were still tall and semi-tropical, arose the granite scarps and crags of a high mountainwall, behind which the afternoon sun had disappeared. In the early twilight, they camped at the foot of a seemingly insuperable cliff.

Knox awoke in a blazing yellow dawn, to discover that his guide had departed, taking one of the sacks, of trinkets — which, from a savage viewpoint, would constitute enough capital to set the fellow up in business for life. Knox shrugged his shoulders and swore a little. The guide wasn't much of a loss; but he didn't like having his jewel-purchasing power diminished by half.

He looked at the cliffs above. Tier on tier they towered in the glow of dawn, with tops scarce distinguishable from the clouds about them, Somehow, the more he looked the surer he became that they were the cliffs which guarded the hidden plateau. With their silence and inaccessible solitude, their air of eternal reserve and remoteness, they couldn't be anything else but the ramparts of a realm of titan women and pigeons' blood rubies.

He shouldered his pack and followed the granite wall in search of a likely starting-place for the climb he had determined to attempt. The upright rock was

smooth as a metal sheet, and didn't offer a toehold for a spider monkey. But at last he came to a deep chasm which formed the bed of a summer-dried cataract. He began to ascend the chasm, which was no mean feat in itself, for the stream-bed was a series of high shelves, like a giant stairway.

Half the time he dangled by his fingers without a toehold, or stretched on tiptoe and felt precariously for a finger-grip. The climb was a ticklish business, with death on the pointed rocks below as the penalty. of the least miscalculation.

He dared not look back on the way he had climbed in that giddy chasm. Toward noon, he saw above him the menacing overhang of a huge crag, where the straitening gully ceased in a black-mouthed cavern.

He scrambled up the final shelf into the cave, hoping that it led, as was likely, to an upper entrance made by the mountain torrent. By the light of struck matches, he scaled a slippery incline. The cave soon narrowed; and Knox could often brace himself between the walls, as if in a chimney's interior.

After long upward groping, he discerned a tiny glimmering ahead, like a pinprick in the solid gloom. Knox, nearly worn out with his efforts, was immensely heartened, But again the cave narrowed till he could squeeze no farther with the pack on his back. He slid back a little distance and removed the sack, which he then proceeded to push before him up a declivity of forty-five degrees. In those days, Knox was of average height and somewhat slender; but even so, he could barely wriggle through the last ten feet of the cavern.

He gave the sack a final heave and landed it on the surface without. Then he squirmed through the opening and fell exhausted in the sunlight. He lay almost at the fountain-head of the dried stream, in a saucerlike hollow at the foot of a gentle slope of granite beyond whose bare ridge the clouds were white and near.

Knox congratulated himself on his gift as an alpine climber. He felt no doubt whatever that he had reached the threshold of the hidden realm of rubies and giant women.

Suddenly, as he lay there, several men appeared against the clouds, on the ridge above. Striding like mountaineers, they came toward him with excited jabberings and gestures of amazement; and he rose and stood awaiting them.

Knox must have been a singular spectacle. His clothing and face were bestreaked with dirt and with the stains of parti-colored ores acquired in his passage through the cavern. The approaching men seemed to regard him with a sort of awe.

They were dressed in short reddish-purple tunics, and wore leather sandals. They did not belong to any of the lowland types: their skin was a light sienna, and their features were good even according to European standards. All were armed with long javelins but seemed friendly. Wide-eyed, and, apparently, somewhat timorous, they addressed Knox in a language which bore no likeness to any Melanesian tongue he had ever heard.

He replied in all the languages of which he had the least smattering: but plainly they could not understand him. Then he untied his sack, took out a double handful of beads, and tried to convey by pantomime the information that he was a trader from remote lands.

The men nodded their heads. Beckoning him to follow them, they returned toward the cloud-rimmed ridge. Knox trudged along behind them, feeling quite sure that he had found the people of the Rajah's tale.

Topping the ridge, he saw the perspectives of a long plateau, full of woods, streams and cultivated fields. In the mild and slanting sunlight, he and his guides descended a path among flowering willow-herbs and rhododendrons to the plateau. There it soon became a well-trodden road, running through forests of dammar and fields of wheat. Houses of rough-hewn stone with thatched

roofs, evincing a higher civilization than the huts of the Papuan seaboard, began to appear at intervals.

Men, garbed in the same style as Knox's guides, were working in the fields. Then Knox perceived several women, standing together in an idle group. Now he was compelled to believe the whole story about the hidden people, for these women were eight feet or more in height and had the proportions of shapely goddesses! Their complexion was not of a milky fairness, as in the Rajah's tale, but was tawny and cream-like and many shades lighter than that of the men. Knox felt a jubilant excitement as they turned their calm gaze upon him and watched him with the air of majestic statues. He had found the legendary realm; and he peered among the pebbles and grasses of the wayside, half expecting to see them intersown with rubies. None was in evidence, however.

A town appeared, circling a sapphire lake with onestoried but well-built houses laid out in regular streets. Many people were strolling or standing about; and all the women were tawny giantesses, and all the men were of average stature, with umber or sienna complexions.

A crowd gathered about Knox; and his guides were questioned in a quite peremptory manner by some of the titan females, who eyed the boatswain with embarrassing intentions. He divined at once the respect and obeisance paid these women by the men, and inferred the superior position which they held. They all wore the tranquil and assured look of empresses.

Knox was led to a building near the lake. It was larger and more pretentious than the others. The roomy interior was arrayed with roughly pictured fabrics and furnished with chairs and couches of ebony. The general effect was rudely sybaritic and palatial, and much enhanced by the unusual height of the ceilings.

In a sort of audience-room, a woman sat enthroned on a broad dais. Several others stood about her like a bodyguard. She wore no crown, no jewels, and her dress differed in no wise from the short kilts of the other women. But Knox knew that he had entered the presence of a queen. The woman was fairer than

the rest, with long rippling chestnut hair and fine oval features. The gaze that she turned upon Knox was filled with a feminine mingling of mildness and severity.

The boatswain assumed his most gallant manner, which must have been a little nullified by his dirt-smear'd face and apparel. He bowed before the giantess; and she addressed him with a few soft words in which he sensed a courteous welcome. Then he opened his pack and selected a mirror and a string of blue beads, which he offered to the queen. She accepted the gifts gravely, showing neither pleasure nor surprise.

After dismissing the men who had brought Knox to her presence, the queen turned and spoke to her female attendants. They came forward and gave Knox to understand that he must accompany them. They led him to an open court, containing a huge bath fed by the waters of the blue lake. Here, in spite of his protests and strugglings, they undressed him as if he had been a little boy. They they plunged him into the water and scrubbed him thoroughly with scrapers of stiff vegetable fiber. One of them brought him a brown tunic and a pair of sandals in lieu of his former raiment.

Though somewhat discomforted and abashed by his summary treatment, Knox couldn't help feeling like a different man after his renovation. And when the women brought in a meal of taro and millet-cake and roast pigeon, piled on enormous platters, he began to forgive them for his embarrassment.

Two of his fair attendants remained with him during the meal; and afterwards they gave him a lesson in their language by pointing at various objects and naming them. Knox soon acquired a knowledge of much domestic nomenclature.

The queen herself appeared later and proceeded to take a hand in his instruction. Her name, he learned, was Mabousa. Knox was an apt pupil; and the day's lesson was plainly satisfactory to all concerned. Knox realized more clearly than before that the queen was a beautiful woman; but he wished that

she was not quite so large and imposing. He felt so juvenile beside her. The queen, on her part, seemed to regard Knox with a far from unfavorable gravity. He saw that she was giving him a good deal of thought and consideration

Knox almost forgot the rubies of which he had come in search; and when he remembered them, he decided to wait till he had learned more of the language before broaching the subject.

A room in the palace was assigned to him; and he inferred that he could remain indefinitely as Mabousa's guest. He ate at the same table with the queen and a half-dozen attendants. It seemed that he was the only man in the establishment. The chairs were all designed for giantesses, with one exception, which resembled the high chair in which a child sits at table amongst its elders. Knox occupied this chair.

Many days went by; and he learned enough of the language for all practical purposes. It was a tranquil but far from unpleasant life. He soon grew familiar with the general conditions of life in the country ruled by Mabousa, which was called Ondoar. It was quite isolated from the world without, for the mountain walls around it could be scaled only at the point which Knox had so fortuitously discovered. Few strangers had ever obtained entrance. The people were prosperous and contented, leading a pastoral existence under the benign but absolute matriarchy of Mabousa. The women governed their husbands by sheer virtue of physical superiority; but there seemed to be fully as much domestic amity as in the households of countries where a reverse dominion prevails.

Knox wondered greatly about the superior stature of the women, which struck him as being a strange provision of nature. Somehow he did not venture to ask any questions; and no one volunteered to tell him the secret.

He kept an eye open for rubies, and was puzzled by the paucity of these gems. A few inferior rubies, as well as small sapphires and emeralds, were

worn by some of the men as ear-ring pendants, though none of the women was addicted to such ornaments. Knox wondered if they didn't have a lot of rubies stored away somewhere. He had come there to trade for red corundum and had carried a whole sack-load of the requisite medium of barter up an impossible mountainside; so he was loath to relinquish the idea.

One day he resolved to open the subject with Mabousa. For some reason, he never quite knew why, it was hard to speak of such matters to the dignified and lovely giantess. But business was business.

He was groping for suitable words, when he suddenly noticed that Mabousa too had something on her mind. She had grown uncommonly silent and the way she kept looking at him was disconcerting and even embarrassing. He wondered what was the matter; also, he began to wonder if these people were cannibalistic. Her gaze was so eager and avid.

Before he could speak of the rubies and his willingness to buy them with glass beads, Mabousa startled him by coming out with a flatly phrased proposal of marriage. To say the least, Knox was unprepared. But it seemed uncivil, as well as unpolitic, to refuse. He had never been proposed to before by a queen or a giantess, and he thought it would be hardly the proper etiquette to decline a heart and hand of such capacity. Also, as Mabousa's husband, he would be in a most advantageous position to negotiate for rubies. And Mabousa was undeniably attractive, even though she was built on a grand scale. After a little hemming and hawing, he accepted her proposal, and was literally swept off his feet as the lady gathered him to the gargantuan charms of her bosom.

The wedding proved to be a very simple affair: a mere matter of verbal agreement in the presence of several female witnesses. Knox was amazed by the ease and rapidity with which he assumed the bonds of holy matrimony.

He learned a lot of things from his marriage with Mabousa. He found at the wedding-supper that the high chair he had been occupying at the royal table was usually reserved for the queen's consort. Later, he learned the secret of the

women's size and stature. All the children, boys and girls, were of ordinary size at birth; but the girls were fed by their mothers on a certain root which caused them to increase in height and bulk beyond the natural limits.

The root was gathered on the highest mountain slopes. Its peculiar virtue was mainly due to a mode of preparation whose secret had been carefully guarded by the women and handed down from mother to daughter. Its use had been known for several generations. At one time the men had been the ruling sex; but an accidental discovery of the root by a down-trodden wife named Ampoi had soon led to a reversal of this domination. In consequence the memory of Ampoi was highly venerated by the females, as that of a savioress.

Knox also acquired much other information, on matters both social and domestic. But nothing was ever said about rubies. He was forced to decide that the plenitude of these jewels in Ondoar must have been sheer fable; a purely decorative addition to the story of the gant Amazons.

His marriage led to other disillusionments. As the queen's consort, he had expected to have a share in the government of Ondoar, and had looked forward to a few kingly prerogatives. But he soon found that he was merely a male adjunct of Mabousa, with no legal rights, no privileges other than those which she, out of wifely affection, might choose to accord him. She was kind and loving, but also strong-minded, not to say bossy; and he learned that he couldn't do anything or go anywhere without first consulting her and obtaining permission.

She would sometimes reprimand him, would often set him right on some point of Ondoarian etiquette, or the general conduct of life, in a sweet but strict manner; and it never occurred to her that he might even wish to dispute any of her mandates. He, however, was irked more and more by this feminine tyranny. His male pride, his manly British spirit, revolted. If the lady had been of suitable size he would, in his own phrase, "have knocked her about a little." But, under the circumstances, any attempt to chasten her by main strength hardly seemed advisable.

Along with all this, he grew quite fond of her in his fashion. There were many things that endeared her to him; and he felt that she would be an exemplary wife, if there were only some way of curbing her deplorable tendency to domineer.

Time went on, as it has a habit of doing. Mabousa seemed to be well enough satisfied with her spouse. But Knox brooded a good deal over the false position in which he felt that she had placed him, and the daily injury to his manhood. He wished that there were some way of correcting matters, and of asserting his natural rights and putting Mabousa in her place.

One day he remembered the root on which the women of Ondoar were fed. Why couldn't he get hold of some of it and grow big himself like Mabousa, or bigger? Then he would be able to handle her in the proper style. The more he thought about it, the more this appealed to him as the ideal solution of his marital difficulties.

The main problem, however, was to obtain the root. He questioned some of the other men in a discreet way, but none of them could tell him anything about it. The women never permitted the men to accompany them when they gathered the stuff; and the process of preparing it for consumption was carried on in deep caverns. Several men had dared to steal the food in past years; two of them, indeed, had grown to giant stature on what they had stolen. But all had been punished by the women with life-long exile from Ondoar.

All this was rather discouraging. Also, it served to increase Knox's contempt for the men of Ondoar, whom he looked upon as a spineless, effeminate lot. However, he didn't give up his plan. But, after much deliberation and scheming, he found himself no nearer to a solution of the problem than before.

Perhaps he would have resigned himself, as better men have done, to an inevitable life-long henpecking. But at last, in the birth of a female baby to Mabousa and himself, he found the opportunity he had been seeking.

The child was like any other girl infant, and Knox was no less proud of it, no less imbued with the customary parental sentiments, than other fathers have been. It did not occur to him, till the baby was old enough to be weaned and fed on the special food, that he would now have in his own home a first-rate chance to appropriate some of this food for his personal use.

The simple and artless Mabousa was wholly without suspicion of such unlawful designs. Male obedience to the feministic law of the land was so thoroughly taken for granted that she even showed him the strange foodstuff and often fed the child in his presence. Nor did she conceal from him the large earthen jar in which she kept her reserve supply.

The jar stood in the palace kitchen, among others filled with more ordinary staples of diet. One day, when Mabousa had gone to the country on some political errand, and the waiting women were all preoccupied with other than culinary matters, Knox stole into the kitchen and carried away a small bagful of the stuff, which he then hid in his own room. In his fear of detection, he felt more of an actual thrill than at any time since the boyhood days when he had pilfered apples from London street-barrows behind the backs of the vendors.

The stuff looked like a fine variety of sago, and had an aromatic smell and spicy taste. Knox ate a little of it at once but dared not indulge himself to the extent of a full meal for fear that the consequences would be visible. He had watched the incredible growth of the child, which had gained the proportions of a normal six-year old girl in a fortnight under the influence of the miraculous nutrient; and he did not wish to have his theft discovered, and the further use of the food prevented, in the first stage of his own development to ward gianthood.

He felt that some sort of seclusion would be advisable till he could attain the bulk and stature which would ensure a position as master in his own household. He must somehow remove himself from all female supervision during the period of growth.

This, for one so thoroughly subject to petticoat government, with all his goings and comings minutely regulated, was no mean problem. But again fortune favored Knox: for the hunting season in Ondoar had now arrived; a season in which many of the men were permitted by their wives to visit the higher mountains and spend days or weeks in tracking down a certain agile species of alpine deer, known as the oklah.

Perhaps Mabousa wondered a little at the sudden interest shown by Knox in oklah-hunting, and his equally sudden devotion to practice with the javelins used by the hunters. But she saw no reason for denying him permission to make the desired trip; merely stipulating that he should go in company with certain other duti-8 ful husbands, and should be very careful of dangerous cliffs and crevasses.

The company of other husbands was not exactly in accord with Knox's plan; but he knew better than to argue the point. He had contrived to make several more visits to the palace pantry, and had stolen enough of the forbidden food to turn him into a robust and wifetaming titan. Somehow, on that trip among the mountains, in spite of the meek and law-abiding males with whom he was condemned to go, he would find chances to consume all he had stolen. He would return a conquering Anakim, a roaring and swaggering Goliath; and everyone, especially Mabousa, would stand from under.

Knox hid the food, disguised as a bag of millet meal, in his private supply of provisions. He also carried some of it in his pockets, and would eat a mouthful or two whenever the other men weren't looking. And at night, when they were all sleeping quietly, he would steal to the bag and devour the aromatic stuff by the handful.

The result was truly phenomenal, for Knox could watch himself swell after the first square meal. He broadened and shot up inch by inch, to the manifest bewilderment of his companions, none of whom, at first, was imaginative enough to suspect the true reason. He saw them eyeing him with a sort of speculative awe and curiosity, such as civilized people would display before a

wild man from Borneo. Obviously they regarded his growth as a kind of biological anomaly, or perhaps as part of the queer behaviour that might well be expected from a foreigner of doubtful antecedents.

The hunters were now in the highest mountains, at the northernmost end of Ondoar. Here, among stupendous riven crags and piled pinnacles, they pursued the elusive oklah; and Knox began to attain a length of limb that enabled him to leap across chasms over which the others could not follow.

At last one or two of them must have gotten suspicious. They took to watching Knox, and one night they surprised him in the act of devouring the sacred food. They tried to warn him, with a sort of holy horror in their demeanor, that he was doing a dreadful and forbidden thing, and would bring himself the direct consequences.

Knox, who was beginning to feel as well as look like an actual giant, told them to mind their own business. Moreover, he went on to express his frank and uncensored opinion of the sapless, decadent and effeminate males of Ondoar. After that the men left him alone, but murmured fearfully among themselves and watched his every move with apprehensive glances. Knox despised them so thoroughly, that he failed to attach any special significance to the furtive disappearance of two members of the party. Indeed, at the time, he hardly noticed that they had gone.

After a fortnight of alpine climbing, the hunters had slain their due quota of long-horned and goat-footed oklah; and Knox had consumed his entire store of the stolen food and had grown to proportions which, he felt sure, would enable him to subdue his domineering helpmate and show her the proper inferiority of the female sex. It was time to return: Knox's companions would not have dreamt of exceeding the limit set by the women, who had enjoined them to come back at the end of a fortnight; and Knox was eager to demonstrate his new-won superiority of bulk and brawn.

As they came down from the mountains and crossed the cultivated plain, Knox saw that the other men were lagging behind more and more, with a sort of fearfulness and shrinking timidity. He strode on before them, carrying three, full-sized oklah slung over his shoulders, as a lesser man would have carried so many rabbits.

The fields and roads were deserted, and none of the titan women was in sight anywhere. Knox wondered a little about this; but feeling himself so much the master of the general situation, he did not over-exert his mind in curious conjectures.

However, as they approached the town, the desolation and silence became a trifle ominous. Knox's fellowhunters were obviously stricken with dire and growing terror. But Knox did not feel that he should lower his dignity by even asking the reason.

They entered the streets, which were also strangely quiet. There was no evidence of life, other than the pale and frightened faces of a few men that peered from windows and furtively opened doors. At last they came in sight of the palace, Now the mystery was explained, for apparently all the women of Ondoar had gathered in the square before the building! They were drawn up in a massive and appallingly solid formation, like an army of giant Amazons; and their utter stillness was more dreadful than the shouting and tumult of battle-fields. Knox felt an unwilling but irresistible dismay before the swelling thews of their mighty arms, the solemn heaving of gargantuan bosoms, and the awful and austere gaze with which they regarded him in unison.

Suddenly he perceived that he was quite alone — the other men had faded away like shadows, as if they did not even dare to remain and watch his fate. He felt an almost undeniable impulse to flee; but his British valor prevented him from yielding to it. Pace by pace he forced himself to go on toward the embattled women.

They waited for him in stony silence, immovable as caryatides. He saw Mabousa in the front rank, her serving-women about her. She watched him with eyes in which he could read nothing but unutterable reproach. She did not speak; and somehow the jaunty words with which he had intended to greet her were congealed on his lips.

All at once, with a massed and terrible striding movement, the women surrounded Knox. He lost sight of Mabousa in the solid wall of titanesses. Great, brawny hands were grasping him, tearing the spear from his fingers and the oklah from his shoulders. He struggled as became a doughty Briton. But one man, even though he had eaten the food of giantesses, could do nothing against the whole tribe of eight-foot females.

Maintaining a silence more formidable than any outcry, they bore him through the town and along the road by which he had entered Ondoar, and up the mountain path to the outmost ramparts of the land. There, from the beetling crag above the gully he had climbed, they lowered him with a tackle of heavy ropes to the dry torrent-bed two hundred feet below, and left him to find his way down the perilous mountainside and back to the outer world that would accept him henceforward only as a circus freak.

LA RAÍZ DE AMPOI

CLARK ASHTON SMITH

UN CIRCO había llegado a Auburn. El apartadero de la estación estaba abarrotado con largas filas de carros desde las que surgían ruidos exóticos, gruñidos, maullidos y trompeteos. Elefantes, cebras y dromedarios eran conducidos a lo largo de las calles principales, y muchos de los monstruos y los artistas vagabundeaban por la ciudad.

Dos mujeres barbudas pasaron a mi lado, con el aire grácil y la manera de andar de las mujeres que están a la moda. Después pasó toda una tropa de enanos, andando con el aspecto de tristes niños sofisticados.

Entonces, pasó el gigante, quien medía más de dos metros y medio y tenía una constitución magnífica, sin el menor signo de la desproporción que frecuentemente acompaña al gigantismo. Era simplemente un hermoso espécimen de hombre ordinario, algo mayor del tamaño habitual.

E incluso a primera vista, había algo en sus facciones que sugería un marinero.

Soy médico, y el hombre provocó mi curiosidad profesional. Su altura y masa anormales, sin rastro de acromegalia, era algo que nunca me había encontrado antes.

Debió de notar mi interés, porque me devolvió la mirada con la especulación en sus ojos; y entonces, avanzando como un marinero, se acercó hasta mí.

—Digo, señor, ¿podría una persona echar un trago en esta ciudad de ustedes? —preguntó precavido.

Tomé rápidamente una decisión.

—Venga conmigo —contesté—; soy alópata; y puedo darme cuenta, sin que me lo diga, de que usted está enfermo.

Nos encontrábamos a una manzana de mi consulta. Orienté al gigante subiendo por las escaleras y entrando en mi santuario privado. Casi llenaba por completo el lugar, incluso cuando se sentó siguiendo mi ruego. Saqué una

botella de gñisqui y serví una ración generosa en un vaso ante él. Se lo bebió de un trago con manifiesta aprobación. Había tenido un aire de suave melancolía cuando me lo había encontrado; ahora parecía animarse.

—No habrá pensado al mirarme que yo no fui siempre un lozano gigantón — dijo para sí.

—Tómese otra copa —sugerí.

Después de la segunda copa, continuó un poco tristemente.

—No señor, Jim Knox no fue siempre un maldito monstruo de circo.

Entonces, tras ser empujado un poco por mí, me contó su historia. Knox, un londinense aventurero, había recorrido la mitad de los mares del mundo como marinero de cubierta y piloto durante sus años juveniles. Había visitado muchos lugares extraños, y tenía muchas experiencias raras. Antes de haber alcanzado la treintena, su carácter atrevido e inquieto le había llevado a emprender una búsqueda de lo más fantástico.

Los acontecimientos que precedieron a su búsqueda resultaron algo raros en sí mismos. Habiendo naufragado a causa de un tifón imprevisto en el mar de Banda, y siendo aparentemente el único superviviente, Knox había flotado a la deriva durante dos días, sobre una plancha que había arrancado del maltratado buque que se hundía. Entonces, rescatado por un bote nativo de pescadores, fue conducido a Salawatti.

El Rajah de Salawatti, un viejo malayo de aspecto simiesco, fue muy amable con Knox. El Rajah era un narrador de largas historias, y el piloto, un auditorio paciente. En la base de esta compatibilidad, Knox se convirtió durante un mes o más en un honrado huésped del palacio del Rajah. Aquí, entre otras maravillas contadas por su anfitrión, escuchó los rumores sobre una notable tribu de papúes por primera vez.

Esta tribu única habitaba en una meseta prácticamente inaccesible en las montañas de Arfak. Las mujeres medían tres metros y eran blancas como la leche; pero los hombres, extrañamente, eran de estatura normal y de una coloración más oscura. Eran amistosos con los escasos viajeros que llegaban a sus dominios; y cambiarían por cuentas de cristal y espejos los rubíes, rojos como la sangre, que abundaban en las faldas de sus montañas.

Como prueba de la última afirmación, el Rajah le mostró a Knox un gran diamante sin defectos, que estaba sin cortar, que dijo que procedía de aquella región.

Knox difícilmente estaba dispuesto a creer la noticia de las mujeres gigantes; pero los rubíes le parecían bastante menos improbables. Era característico de él que, sin apenas considerar el peligro, la dificultad o sencillamente lo absurdo de la idea de semejante aventura, se decidiese inmediatamente a visitar las montañas de Arfak.

Despidiéndose de su anfitrión, quien lamentó la pérdida de un buen oyente, continuó su odisea. Por medios que no especificó en su narración, se procuró dos sacos de espejos y de cuentas de cristal, y consiguió alcanzar las costas del noroeste de Nueva Guinea. En Andai, en Arrak, contrató a un guía que pretendía conocer la situación de las Amazonas gigantes, y partió valientemente hacia el interior en dirección a las montañas.

El guía, quien era medio malayo y medio papú, llevaba uno de los sacos de baratijas a la espalda, y Knox llevaba el otro. Tenía la ilusión de regresar con los dos sacos cargados de rubíes rojo oscuro.

Era una tierra poco conocida. Algunos de sus habitantes tenían la reputación de ser cazadores de cabezas y caníbales; pero Knox los encontró bastante amables. De alguna manera, mientras continuaban, el guía comenzó a encontrar una creciente vaguedad en sus conocimientos geográficos. Cuando hubieron alcanzado las elevaciones medias de la cordillera de Arfak, Knox se dio cuenta de que el guía sabía poco más que él mismo sobre la localización de la fabulosa meseta sembrada de rubíes.

Avanzaban por la jungla, que se estaba volviendo empinada. Ante ellos, sobre árboles que aún eran altos y semitropicales, se levantaban las cimas de granito y los desfiladeros de una alta pared montañosa, detrás de la cual se ponía el sol de la tarde desapareciendo en el temprano crepúsculo, al pie de un precipicio aparentemente insuperable.

Knox se despertó en un ardiente amanecer amarillo, para descubrir que su guía había desaparecido, llevándose uno de los sacos de chucherías, que, desde el punto de vista de los salvajes, representaba suficiente capital como para establecer al tipo de por vida. Knox se encogió de hombros y soltó unos

pocos tacos. El guía no era una gran pérdida; pero no le gustaba la idea de ver su poder adquisitivo de joyas reducido a la mitad.

Miraba las cumbres sobre él; fila tras fila, se levantaban en el brillo del amanecer, con cimas que apenas podían distinguirse de las nubes que había sobre ellas. De alguna manera, cuanto más miraba, más convencido se quedaba de que éstas eran las paredes que vigilaban la meseta escondida. Con su silencio y eterna soledad, su aire de eterna reserva y distanciamiento, no podían ser otra cosa que los muros del reino de las mujeres titánicas y de los rubíes rojos como la sangre. Se echó al hombro su saco y siguió la pared de granito en búsqueda de un lugar favorable para iniciar la ascensión que estaba decidido a intentar. La roca vertical era tan lisa como una hoja de metal y no ofrecía una agarradera ni para un mono araña. Pero, al cabo, encontró una profunda grieta que formaba el lecho de una catarata seca durante el verano. Empezó a ascender por la grieta, que no era ninguna hazaña sin importancia por sí misma; el lecho era una serie de grandes peldaños, como una escalera gigantesca.

La mitad de las veces colgaba de los dedos sin tener de dónde agarrarse y se ponía de puntillas y tanteaba precariamente en busca de una agarradera. La ascensión era un asunto delicado, con la muerte en la punta de las piedras puntiagudas en el fondo del valle, como el castigo para el menor error de cálculo.

No se atrevía a volver la vista atrás por la distancia que había recorrido en aquel vertiginoso abismo. Hacia el mediodía vio ante él la elevación amenazadora de un enorme picacho, donde la garganta que se estrechaba disminuía hasta una tenebrosa caverna de estrecha boca.

Trepó por el último escalón entrando en la cueva, con la esperanza de que condujese, como era probable, a una entrada superior hecha por un torrente de montaña. A la luz de cerillas encendidas, escaló la resbaladiza cuesta. La cueva enseguida se estrechó; y Knox a menudo fue capaz de apoyarse entre las paredes de la cueva como en el interior de una chimenea.

Después de un largo tanteo para arriba, descubrió un débil brillo enfrente de él, como un alfilerazo en la sólida oscuridad. Knox, casi agotado a causa del esfuerzo se sintió inmensamente aliviado. Pero, de nuevo, la cueva volvió a estrecharse hasta que no pudo escurrirse más con el saco a la espalda.

Retrocedió una pequeña distancia y se quitó el saco, que entonces procedió a empujar ante él en un ángulo de cuarenta y cinco grados. En aquellos tiempos, Knox era de estatura medía y algo delgado; pero, incluso así, apenas fue capaz de escurrirse por los últimos diez pies de la cueva.

Dio al saco un último empujón y aterrizó en la superficie del exterior. Entonces, él se escurrió por la abertura y cayó agotado a la luz del sol. Descansaba casi en la fuente del arroyo seco, en un hueco como un plato al pie de una suave cuesta granítica, más allá de la cual las nubes eran blancas y claras.

Knox se felicitó a sí mismo de sus habilidades como alpinista. No tenía la menor duda de haber alcanzado el umbral del reino de los rubíes y las mujeres gigantes.

Repentinamente, mientras descansaba, aparecieron varios hombres recortándose contra las nubes en la elevación frente a él. Ascendiendo como montañeros, se le acercaron con excitados parloteos y gestos de sorpresa; y él se puso de pie para esperarles.

Knox debía ofrecer un raro espectáculo. Su cara y sus ropas estaban cubiertas de suciedad y con las señales del metal de muchos colores adquiridas a su paso por la caverna. Los hombres que se acercaban parecían mirarle con una especie de pasmo.

Estaban vestidos con túnicas de color púrpura rojizo y llevaban sandalias de cuero. No pertenecían a ninguno de los tipos de las tierras bajas; su piel era de un color marrón siena, y sus rasgos eran buenos incluso de acuerdo con los patrones europeos. Todos estaban armados con largas jabalinas, pero parecían amistosos. Con ojos alarmados y aparentemente algo tímidos, se dirigieron a Knox en un lenguaje que no tenía ningún parecido con ninguna lengua melanesia que él hubiera escuchado.

Knox replicó en todos los idiomas que chapurreaba; pero estaba claro que no podían entenderle. Entonces, él desató su saco, cogió un puñado con las dos manos de cuentas de cristal, e intentó transmitirles, mediante una pantomima, la información de que era un comerciante procedente de tierras lejanas.

Los hombres asintieron con la cabeza, indicándole que les siguiese, y volvieron a la cuesta bordeada de nubes. Knox trotó detrás de ellos,

sintiéndose bastante convencido de que había encontrado a la gente de la narración del Rajah.

Elevándose por la cuesta, contempló la perspectiva de una larga meseta llena de bosques, arroyos y tierras cultivadas. En el suave sol, él y sus guías descendieron por un sendero entre sauces florecientes y rododendros hasta la meseta. Allí, se convertía en una bien transitada carretera que corría por bosques y campos de trigo. Casas de tosca piedra, con techos de madera, testimonio de una civilización más elevada que la de las chozas de las postas papúes, empezaron a aparecer a intervalos.

Hombres vestidos de la misma manera que los guías de Knox estaban trabajando en los campos. Entonces, Knox se fijó en varias mujeres, juntas en un grupo que no hacía nada. Ahora se vio obligado a creer toda la historia de la gente escondida, porque las mujeres ¡tenían tres metros de altura y eran tan bellas como diosas!

Su complexión no era blanca como la leche, como en la narración del Rajah, sino tostada y cremosa, y mucho más clara que la de los hombres. Knox sintió júbilo cuando volvieron sus calmadas vistas y le contemplaron con el aire de estatuas majestuosas. Había encontrado la legendaria tierra; y mientras miraba las piedras y la hierba a los lados del camino, esperando verlas sembradas a medias con rubíes.

Sin embargo, no había ninguno a la vista.

Apareció una ciudad rodeando un lago del color del zafiro. Con casas de un sólo piso, pero bien construidas, repartidas en calles regulares. Había mucha gente paseando o de pie; y todas las mujeres eran gigantas leonadas y todos los hombres eran de estatura media, con complexión siena o ámbar.

Una multitud se agrupó en torno a Knox, y sus guías fueron interrogados de una manera un tanto perentoria por las titánicas mujeres, quienes contemplaron al piloto con intenciones vergonzosas. Se dio cuenta inmediatamente del respeto y obediencia que los hombres prestaban a estas mujeres, y dedujo la situación superior de la que disfrutaban. Todas tenían la expresión tranquila y segura de una emperatriz.

Knox fue conducido a un edificio cerca del lago. Era mayor y más pretencioso que el resto. El amplio interior estaba tapizado con tejidos de toscos dibujos y amueblado con camas y sillas de ébano. El efecto general era

de un rudo sibaritismo palaciego, muy aumentado por la inusual altura de los techos.

En una especie de sala de audiencias, había una mujer sentada sobre una ancha plataforma. Otras varias estaban de pie a su alrededor como una especie de guardia personal. Ella no llevaba corona ni joyas, y su vestido en nada difería de las faldas cortas vestidas por las mujeres. Pero Knox supo que estaba en presencia de una reina. La mujer era mas hermosa que las demás, con largo pelo castaño ondulado y finas facciones ovaladas. La mirada que lanzo a Knox estaba llena de una mezcla de ternura femenina y de severidad.

El piloto asumió los modales más galantes, que debieron quedar un tanto anulados por la cara y la ropa llenas de suciedad. Se inclinó ante la gigante; y ella se dirigió a Knox con unas breves palabras en las que éste notó una cordial bienvenida. Entonces, él abrió su saco y seleccionó un espejo y un collar de cuentas azules, que ofreció a la reina. Ella aceptó los regalos con gravedad, sin demostrar placer ni sorpresa.

Después de despedir a los hombres que habían traído a Knox a su presencia, la reina se volvió y se dirigió a sus ayudantes femeninos.

Avanzaron y dieron a entender a Knox que tenía que acompañarlas. Le condujeron a un patio abierto, conteniendo un enorme baño alimentado por las aguas del lago azul. Aquí, a pesar de sus protestas y de sus forcejeos, le desnudaron como si hubiese sido un niño pequeño. Entonces le tiraron al agua y le frotaron fuertemente con trozos de fibra vegetal rígida. Una de ellas le trajo una túnica marrón y unas sandalias, en lugar de sus anteriores prendas.

Aunque estaba algo incómodo y avergonzado ante el sumario tratamiento recibido, Knox no pudo evitar sentirse como un hombre diferente después de cambiarse. Y, cuando las mujeres le trajeron un desayuno de taro, pastel de mijo y pichón asado, servido sobre enormes platos, empezó a perdonarlas por avergonzarle.

Dos de sus hermosas ayudantes permanecieron junto a él durante su comida; y después le dieron una lección en su idioma señalando los distintos objetos y dándoles nombre. Knox adquirió pronto el conocimiento de dichas nomenclaturas domésticas.

La propia reina apareció más tarde y procedió a tomar parte en su instrucción. El nombre de ella era Mabousa, según aprendió él. Knox era un

discípulo aventajado; y la lección del día fue claramente satisfactoria para todos los interesados. Knox se dio cuenta, más claramente que antes, de que la reina era una mujer hermosa; pero le hubiera gustado que no fuese tan grande ni que impusiese tanto. Se sentía muy juvenil al lado de ella. La reina, por su parte, parecía considerar a Knox con una seriedad que distaba bastante de ser favorable. Él se dio cuenta de que ella le estaba dedicando muchos de sus pensamientos y de su consideración.

Knox casi se olvidó de los rubíes que había venido a buscar; y, cuando se acordó de ellos, decidió esperar a haber aprendido más del idioma antes de plantear el tema.

Se le asignó un cuarto en el palacio; y dedujo que podía quedarse indefinidamente como invitado de Mabousa. Comía en la misma mesa que la reina y su media docena de ayudantes. Parecía como si fuese el único hombre en el edificio. Las sillas estaban todas diseñadas para gigantes, con una excepción, que parecía una de las sillas altas en las que un niño se sienta a la mesa junto a sus mayores. Knox ocupaba esta silla.

Pasaron muchos días, y aprendió lo necesario del idioma para todos los propósitos prácticos. Era una vida tranquila y lejos de ser desagradable. Pronto se familiarizó con las condiciones generales de vida en el país gobernado por Mabousa, que se llamaba Ondoar. Estaba bastante aislado del mundo exterior, porque se hallaba rodeado por todas partes de montañas que sólo podían escalarse por el punto que tan fortuitamente Knox había descubierto. Pocos extranjeros habían conseguido entrar. La gente era próspera y feliz, llevando una existencia pastoral bajo el benigno, pero absoluto, patriarcado de Mabousa. Las mujeres gobernaban a sus maridos debido a su pura y simple superioridad física; pero parecía haber tanta amistad doméstica como en los hogares en que dominaba la situación inversa.

Knox se hizo muchas preguntas sobre la superior estatura física de las mujeres, que le pareció que era una extraña situación de la naturaleza. De alguna manera, no se atrevió a hacer preguntas; y nadie se ofreció a contarle ningún secreto.

Mantuvo un ojo abierto para los rubíes, y se quedó confundido ante la escasez de estas gemas. Algunos rubíes de calidad inferior, además de pequeños zafiros y esmeraldas, eran llevados por algunos de los hombres

como pendientes, aunque ninguna de las mujeres era aficionada a estos ornamentos. Knox se preguntó si tendrían una gran cantidad de rubíes almacenada en alguna parte. Él había ido allí para negociar en busca del rojo corindón y había cargado con un saco del medio requerido de intercambio subiendo por una imposible ascensión de montaña; así que era reacio a abandonar la idea.

Un día se decidió a tratar el tema con Mabousa. Por alguna razón, él nunca supo por qué, le resultaba difícil hablar de estos temas a la digna gigante. Pero los negocios eran los negocios.

Estaba tanteando en busca de las palabras adecuadas, cuando se dio cuenta repentinamente de que Mabousa también tenía algo en mente, se había quedado más silenciosa de lo normal, y la manera en que no dejaba de mirarle resultaba desconcertante e incluso embarazosa. Se preguntó qué era lo que pasaba; y además empezó a preguntarse si esta gente no serían caníbales. Tan ávida y ansiosa era la mirada de ella.

Antes de que pudiese hablar de rubíes, y de lo dispuesto que estaba a cambiarlos por cuentas de cristal, Mabousa le dejó pasmado pidiéndole en matrimonio a las claras. Como mínimo, podría decirse que Knox no estaba preparado. Pero parecía de mala educación, además de un mala política, negarse. Nunca antes de entonces se le había declarado una reina que además fuese una gigante, y pensó que apenas resultaría la etiqueta correcta rechazar un corazón y una mano de semejantes capacidades. Además, como esposo de Mabousa, estaría en una posición más ventajosa para negociar por rubíes. Y Mabousa era innegablemente atractiva, aunque estuviese construida a gran escala. Después de algunos titubeos, aceptó la proposición y fue literalmente levantado de los pies, cuando la dama le atrajo a los gigantescos encantos de su seno.

La boda resultó ser un asunto de lo más simple; un simple asunto de un acuerdo verbal en presencia de varios testigos femeninos. Knox se quedó asombrado con la calma y la rapidez con la que asumía los lazos del sagrado matrimonio.

Aprendió un montón de cosas de su matrimonio con Mabousa. Descubrió, durante el banquete nupcial, que la silla alta que había estado ocupando durante las comidas estaba reservada normalmente para el consorte de la

reina. Más tarde, descubrió el secreto del tamaño y estatura de las mujeres. Todos los bebés, niños y niñas, eran de tamaño ordinario al nacer; pero las niñas eran alimentadas por sus madres con una cierta raíz que hacía que aumentasen en estatura y tamaño más allá de los límites naturales.

La raíz era cosechada en las más elevadas laderas de las montañas. Sus virtudes peculiares eran debidas principalmente a una peculiar manera de prepararla que había sido un secreto cuidadosamente guardado durante generaciones y pasado de madre a hija. Su uso había sido conocido durante varias generaciones. Había habido una época en la que los hombres eran el género dominante; pero el descubrimiento accidental de la raíz por una esposa maltratada conocida como Ampoi había conducido a un rápido vuelco de la situación. En consecuencia, la memoria de Ampoi era tan venerada por las hembras como la de una salvadora.

Knox también adquirió mucha otra información de cuestiones tanto sociales como domésticas. Pero nunca se dijo nada respecto a los rubíes. Se vio obligado a sacar la conclusión de que la abundancia de joyas en Ondoar había sido una pura fábula; una adición puramente decorativa a la historia de las Amazonas gigantes.

Su matrimonio le condujo a otras desilusiones. Como consorte de la reina, había tenido la esperanza de desempeñar algún papel en el gobierno de Ondoar y había estado esperando tener algunas prerrogativas reales. Pero pronto descubrió que no era más que el acompañante masculino de Mabousa, sin derechos legales, sin otros privilegios que aquellos que ella, llevada de su afecto de esposa, tuviese a bien concederle. Era amante y cariñosa, pero también terca, por no decir mandona; y descubrió que no podía hacer nada ni ir a ninguna parte sin obtener antes su permiso.

A veces le regañaba, a menudo le corregía sobre algún detalle de la etiqueta ondoariana, o de la conducta general en la vida, de una manera dulce pero estricta; y nunca se le ocurría a ella que él pudiese estar dispuesto a discutir ninguna de las órdenes. Él, sin embargo, estaba cada vez más irritado por su tiranía femenina. Su orgullo masculino, su viril espíritu de británico, se reveló. Si la dama hubiese sido del tamaño adecuado, según sus propias palabras, "la habría atizado un poco". Pero, bajo las circunstancias, cualquier intento de castigarla recurriendo a la fuerza bruta apenas parecía aconsejable.

Aparte de esto, llegó a cogerla cariño a su manera. Había muchas cosas de ella que a él le gustaban; y sentía que ella podía ser una esposa ejemplar, si solamente hubiese un modo de controlar su deplorable tendencia a darle órdenes.

Pasó el tiempo, como, por otra parte, tiene por costumbre. Mabousa parecía estar bastante satisfecha con su marido. Pero Knox daba muchas vueltas sobre la falsa posición en la que él pensaba que ella le había colocado, y el insulto diario a su hombría. Deseaba que hubiese alguna manera de remediar la situación, de afirmar sus derechos naturales y de poner a Mabousa en su lugar.

Un día se acordó de la raíz con la que eran alimentadas las mujeres de Ondoar, ¿Por qué no podría él hacerse con algo de la raíz y crecer tanto como Mabousa, si no más? Entonces, él sería capaz de manejarla con el estilo adecuado. Cuanto más pensó sobre esto, más le pareció que era la solución ideal para sus dificultades maritales.

El principal problema era obtener la raíz. Él le hizo preguntas a algunos de los hombres de una manera discreta, pero ninguno de ellos podía decirle nada al respecto. Las mujeres nunca permitían a los hombres que las acompañasen cuando iban a cosechar la sustancia; y el proceso de prepararla y consumirla era llevado a cabo en cavernas profundas. Varios hombres se habían atrevido a robar la comida en anos pasados; dos de ellos, en verdad, habían crecido a una estatura gigantesca gracias a lo que habían robado. Pero todos habían sido castigados por las mujeres con el exilio de por vida de Ondoar.

Todo esto resultaba bastante desalentador. Además, sirvió para que aumentase el desprecio que Knox sentía hacia los hombres de Ondoar, a quienes veía como una pandilla de afeminados y pusilánimes. Sin embargo, no abandonó su plan. Pero, después de muchas deliberaciones y cábalas, no se encontró más cerca de la solución de lo que lo estaba antes.

Quizá se habría resignado, como han hecho hombres mejores, a una vida de inevitable calzonazos. Pero, al cabo, el nacimiento de una niña, hija de Mabousa y él mismo, le dio una oportunidad de encontrar lo que buscaba.

El bebé era como cualquier otro bebé niña, y Knox no estaba menos orgulloso de ella, no menos imbuido, con los habituales sentimientos paternos, que otros padres lo han estado. No se le ocurrió, hasta que el bebé

fue lo bastante mayor como para ser destetado y alimentado con comidas especiales, que él tendría ahora en su propia casa una oportunidad de primera para apropiarse algo de su comida para su uso personal.

La simple y confiada Mabousa era por completo ignorante de designios tan ilegales. La obediencia masculina a la ley femenina del país estaba tan completamente dada por supuesto, que ella incluso le mostró la extraña comida y alimentó al bebé en su presencia. Ni tampoco ocultó de él la gran jarra de barro en la que almacenaba su provisión de reserva.

La jarra estaba en la cocina de palacio, entre otras llenas con elementos más ordinarios de la dieta. Un día, cuando Mabousa se había ido al campo ocupada por algún asunto político, y las doncellas estaban todas ocupadas con cuestiones que no eran culinarias, Knox se coló en la cocina, y se llevó una pequeña bolsa de la sustancia, que escondió entonces en su propio cuarto. En su miedo a ser descubierto, sintió más emoción de la que había sentido cuando, durante los días de su infancia, se había dedicado a robar manzanas a los vendedores callejeros de Londres por detrás de sus puestos.

La sustancia parecía una variedad fina de sagú, y tenía un olor aromático y un sabor a especias. Knox tomó un poco inmediatamente, y no lo ingirió entero por miedo de que las consecuencias fuesen visibles.

Había contemplado el increíble crecimiento del bebé, que había alcanzado las proporciones de una niña normal de seis años en una quincena bajo la influencia del milagroso nutriente; y no deseaba que su robo fuese descubierto, y sus posteriores consumos impedidos, en la primera etapa de su propio desarrollo hacia el gigantismo.

Consideró que alguna especie de aislamiento resultaría aconsejable hasta que hubiese alcanzado la masa y estatura que le asegurarían una posición de amo en su propio hogar. De alguna manera, debía apartarse de toda supervisión femenina durante el periodo de su crecimiento.

Esto, para alguien completamente sujeto al gobierno de las faldas, con todas sus idas y venidas minuciosamente reguladas, no era un problema menor. Pero de nuevo la fortuna le sonrió a Knox; porque había llegado la temporada de caza a Ondoar; una época en la que muchos de los maridos tenían el permiso de sus mujeres para emplear días o semanas cazando cierta especie de ágiles ciervos alpinos conocidos como los *oklah*.

Quizá Mabousa se asombró un poco ante el repentino interés demostrado por Knox en la caza del *oklah*, y su igualmente repentina devoción a la práctica con las jabalinas utilizadas por los cazadores. Pero ella no vio razón para negarle su permiso para hacer el viaje deseado; simplemente indicando que debería hacerlo en compañía de otros maridos obedientes, y que debía tener mucho cuidado con los despenaderos y con los precipicios.

La compañía de otros maridos no era del todo conforme al plan de Knox; pero sabía que no valía la pena discutir ese punto. Había conseguido realizar varias visitas más a la despensa de palacio, y había robado suficiente cantidad de la comida prohibida como para convertirse en un robusto titán domesticador de esposas. De alguna manera, durante ese viaje a las montañas, a pesar de los humildes maridos cumplidores de la ley con los que estaba condenado a ir, encontraría la oportunidad para consumir lo que había robado. Regresaría como un gigante conquistador, un rugiente y fanfarrón Goliat; y todo el mundo, aunque especialmente Mabousa, le miraría desde abajo.

Knox escondió la comida, ocultándola en una bolsa de pan de mijo, entre sus provisiones privadas. También llevaba algo de ella en los bolsillos. y se tomaba un par de puñados siempre que los otros hombres no estaban mirando. Y de noche, cuando todos estaban durmiendo tan tranquilos, se iba a escondidas a la bolsa y se tomaba la sustancia aromática a puñados.

Los resultados fueron verdaderamente fenomenales, porque Knox podía verse a sí mismo hincharse después de la primera comida completa. Se ensanchaba y crecía, pulgada a pulgada, ante el manifiesto asombro de sus compañeros, ninguno de los cuales en principio fue lo bastante imaginativo como para suponerse la verdadera razón. Les vio mirándole con pasmo especulativo y curiosidad, como la gente civilizada mostraría ante un hombre salvaje de Borneo. Evidentemente, consideraban su crecimiento como una especie de anormalidad biológica, o quizá como parte del extraño comportamiento que podría esperarse de un extranjero de antecedentes dudosos.

Los cazadores estaban ahora en las montañas más elevadas, en el extremo más al norte de Ondoar. Aquí, entre estupendos picachos y precipicios, ellos persiguieron a los elusivos *oklah*; y Knox comenzó a alcanzar una longitud en

sus miembros que le permitía saltar por precipicios por los que los demás no podrían seguirle.

Al cabo, uno o dos debieron volverse suspicaces, se dedicaron a vigilar a Knox, y una noche le sorprendieron en el acto de devorar la comida sagrada. Intentaron advertirle, con una especie de horror sagrado en su expresión, que estaba haciendo una cosa terrible y prohibida, y que estaba buscándose las más terribles consecuencias.

Knox, quien estaba empezando a sentirse, además de tener el aspecto, como un verdadero gigante, les dijo que se ocupasen de sus propios asuntos. Lo que es más, continuó expresando su opinión, sincera y sin cortapisas, sobre los débiles, decadentes y afeminados varones de Ondoar. Después de lo cual, le dejaron solo, pero murmuraron entre ellos y miraron cada uno de sus movimientos con vistazos aprehensivos. Knox les despreció tan completamente, que no le dio una especial importancia a la desaparición furtiva de dos de los miembros del grupo; en aquel momento, apenas se dio cuenta de que se habían marchado.

Después de una quincena de ascensión alpina, los cazadores habían cobrado su cuota correspondiente de los cuernilargos *oklah* con sus patas de cabra; y Knox había consumido toda su provisión de comida prohibida y había crecido hasta unas proporciones que estaba seguro de que le permitirían convertirse en el amo de su mandona compañera y demostrarle la natural inferioridad del sexo femenino. Era el momento de volver: los compañeros de Knox ni siquiera habrían soñado con exceder el límite impuesto por las mujeres, quienes les habían indicado que deberían retornar al cabo de una quincena; y Knox estaba ansioso por demostrar su recién adquirida superioridad de masa y músculo.

Mientras bajaban por la montaña y atravesaban los campos cultivados, Knox se dio cuenta de que los otros hombres se estaban rezagando cada vez más, con una especie de timidez recelosa. Avanzó frente a ellos, llevando tres *oklahs* adultos colgados del hombro, como un hombre inferior habría llevado igual número de conejos.

Los campos y los caminos estaban desiertos, y ninguna de las mujeres titánicas resultaba visible por ninguna parte. Knox se preguntó un poco sobre el

significado de esto: pero. considerándose a sí mismo el amo de la situación general, no esforzó su mente en exceso con conjeturas curiosas.

Sin embargo, mientras se acercaban a la ciudad, la soledad y el silencio se volvieron un poco ominosos. Los compañeros de caza de Knox eran evidentemente víctimas de un gran y creciente terror. Pero Knox no consideró que tuviese que rebajar su dignidad ni siquiera para tener que preguntar la razón.

Entraron por las calles, que también se hallaban extrañamente vacías. No había señal de vida que no fuesen los rostros, pálidos y asustados, que miraban desde ventanas o puertas abiertas furtivamente.

Por último, llegaron a la vista del palacio. Ahora, el misterio estaba explicado, porque, aparentemente, ¡todas las mujeres de Ondoar se habían reunido en la plaza cuadrada delante del edificio! Estaban agrupadas en una formación masiva y aparentemente sólida, como un ejercito de amazonas gigantes: y su completa inmovilidad era mas temible que cualquier tumulto y griterío de los campos de batalla. Knox sintió un involuntario temor, aunque irresistible, ante los músculos que se hinchaban en sus poderosos brazos, la solemne respiración de los gigantescos pechos, y la terrible y austera mirada con la que le contemplaron al unísono.

De repente, se dio cuenta de que estaba completamente solo... Los otros hombres habían desaparecido como sombras, como si ni siquiera se atreviesen a quedarse y a contemplar su destino.

Notó un impulso de huir casi imposible de denegar; pero su valor británico le impidió rendirse a él. Paso a paso, se obligó a avanzar contra el ejército de mujeres.

Le esperaron en un silencio pétreo, tan inmóviles como cariátides. Vio a Mabousa en la primera fila, rodeada por sus doncellas. Ella le miró con unos ojos en los que él no pudo leer nada que no fuese un reproche inexpresable. Ella no le hablo; y, de alguna manera,. Las palabras ligeras con las que él había planeado saludarla se le congelaron en los labios.

De una vez, con un paso adelante en grupo, concertado y temible, las mujeres rodearon a Knox. Perdió de vista a Mabousa en la sólida muralla de titanes. Grandes y rudas manos le agarraban, le arrancaban la lanza de entre las manos y los *oklahs* de los hombros. Luchó como le corresponde a un

valiente inglés. Pero un hombre solo, aunque hubiera comido el alimento de las gigantas, no podía hacer nada contra la tribu entera de hembras de tres metros.

Manteniendo un silencio que resultaba mas formidable que cualquier grito, le transportaron por la ciudad y a lo largo de la carretera por la que había entrado en Ondoar, y, subiendo por el sendero de montaña hasta los rampantes exteriores de esa tierra. Allí, desde el elevado precipicio sobre la catarata por la que había ascendido, le bajaron con una grúa de sogas fuertes hasta el lecho del torrente seco doscientos pies más abajo, y le abandonaron para que se abriese camino descendiendo por la peligrosa ladera de la montaña y hasta el mundo que sólo le aceptaría como un monstruo de feria.

The Root Of Ampoi, V—1930

(Arkham Sampler, 1949. Tales Of Science And Sorcery, XI—64)

Trad. Arturo Villarubia

Los Mundos Perdidos (A Rendezvous In Averaigne, 1988)

Icaro, 22

EDAF 1991

THE UNCHARTED ISLE

CLARK ASHTON SMITH

I do not know how long I had been drifting in the boat. There are several days and nights that I remember only as alternate blanks of greyness and darkness; and, after these, there came a phantasmagoric eternity of delirium and an indeterminate lapse into pitch-black oblivion. The sea-water I had swallowed must have revived me; for when I came to myself, I was lying at the bottom of the boat with my head lifted a little in the stern, and six inches of brine lapping at my lips. I was gasping and strangling with the mouthfuls I had taken; the boat was tossing roughly, with more water coming over the sides at each toss; and I could hear the sound of breakers not far away.

I tried to sit up and succeeded, after a prodigious effort. My thoughts and sensations were curiously confused, and I found it difficult to orient myself in any manner. The physical sensation of extreme thirst was dominant over all else—my mouth was lined with running, throbbing fire—and I felt light-headed, and the rest of my body was strangely limp and hollow. It was hard to remember just what had happened; and, for a moment, I was not even puzzled by the fact that I was alone in the boat. But, even to my dazed, uncertain senses, the roar of those breakers had conveyed a distinct warning of peril; and, sitting up, I reached for the oars.

The oars were gone, but in my enfeebled state, it was not likely that I could have made much use of them anyway. I looked around, and saw that the boat was drifting rapidly in the wash of a shoreward current, between two low-lying darkish reefs half-hidden by flying veils of foam. A steep and barren cliff loomed before me; but, as the boat neared it, the cliff seemed to divide miraculously, revealing a narrow chasm through which I floated into the mirror-like waters of a still lagoon. The passage from the rough sea without, to a realm of sheltered

silence and seclusion, was no less abrupt than the transition of events and scenery which often occurs in a dream.

The lagoon was long and narrow, and ran sinuously away between level shores that were fringed with an ultra-tropical vegetation. There were many fern-palms, of a type I had never seen, and many stiff, gigantic cycads, and wide-leaved grasses taller than young trees. I wondered a little about them even then; though, as the boat drifted slowly toward the nearest beach, I was mainly preoccupied with the clarifying and assorting of my recollections. These gave me more trouble than one would think.

I must have been a trifle light-headed still; and the sea-water I had drunk couldn't have been very good for me either, even though it had helped to revive me. I remembered, of course, that I was Mark Irwin, first mate of the freighter Auckland, plying between Callao and Wellington; and I recalled only too well the night when Captain Melville had wrenched me bodily from my bunk, from the dreamless under-sea of a dog-tired slumber, shouting that the ship was on fire. I recalled the roaring hell of flame and smoke through which we had fought our way to the deck, to find that the vessel was already past retrieving, since the fire had reached the oil that formed part of her cargo; and then the swift launching of boats in the lurid glare of the conflagration. Half the crew had been caught in the blazing fore-castle; and those of us who escaped were compelled to put off without water or provisions. We had rowed for days in a dead calm, without sighting any vessel, and were suffering the tortures of the damned, when a storm had arisen. In this storm, two of the boats were lost; and the third, which was manned by Captain Melville, the second mate, the boatswain, and myself, had survived. But sometime during the storm, or during the days and nights of delirium that followed, my companions must have gone overboard... This much I recalled; but all of it was somehow unreal and remote, and seemed to pertain only to another person than the one who was floating shoreward on the waters of a still lagoon. I felt very dreamy and detached; and even my thirst didn't trouble me half as much now as it had on awakening.

The boat touched a beach of fine, pearly sand, before I began to wonder where I was and to speculate concerning the shores I had reached. I knew that we had been hundreds of miles southwest of Easter Island on the night of the fire, in a part of the Pacific where there is no other land; and certainly this couldn't be Easter Island. What, then, could it be? I realized with a sort of shock that I must have found something not on any charted course or geological map. Of course, it was an isle of some kind; but I could form no idea of its possible extent; and I had no way of deciding offhand whether it was peopled or unpeopled. Except for the lush vegetation, and a few queer-looking birds and butterflies, and some equally queer-looking fish in the lagoon, there was no visible life anywhere.

I got out of the boat, feeling very weak and wobbly in the hot white sunshine that poured down upon everything like a motionless universal cataract. My first thought was to find fresh water; and I plunged at random among the mighty fern-trees, parting their enormous leaves with extreme effort, and sometimes reeling against their boles to save myself from falling. Twenty or thirty paces, however, and then I came to a tiny rill that sprang in shattered crystal from a low ledge, to collect in a placid pool where ten-inch mosses and broad, anemone-like blossoms mirrored themselves. The water was cool and sweet: I drank profoundly, and felt the benison of its freshness permeate all my parched tissues.

Now I began to look around for some sort of edible fruit. Close to the stream, I found a shrub that was trailing its burden of salmon-yellow drupes on the giant mosses. I couldn't identify the fruit; but its aspect was delicious, and I decided to take a chance. It was full of a sugary pulp; and strength returned to me even as I ate. My brain cleared, and I recovered many, if not all, of the faculties that had been in a state of partial abeyance.

I went back to the boat, and bailed out all the sea-water; then I tried to drag the boat as far up on the sand as I could, in case I might need it again at any future time. My strength was inadequate to the task; and still fearing that the tide might carry it away, I cut some of the high grasses with my clasp-knife and

wove them into a long rope, with which I moored the boat to the nearest palm-tree.

Now, for the first time, I surveyed my situation with an analytic eye, and became aware of much that I had hitherto failed to observe or realize. A medley of queer impressions thronged upon me, some of which could not have arrived through the avenues of the known senses. To begin with, I saw more clearly the abnormal oddity of the plant-forms about me: they were not the palm-ferns, grasses and shrubs that are native to South sea islands: their leaves, their stems, their frondage, were mainly of uncouth archaic types, such as might have existed in former aeons, on the sea-lost littorals of Mu. They differed from anything I had seen in Australia or New Guinea, those asylums of a primeval flora; and, gazing upon them, I was overwhelmed with intimations of a dark and prehistoric antiquity. And the silence around me seemed to become the silence of dead ages and of things that have gone down beneath oblivion's tide. From that moment, I felt that there was something wrong about the island. But somehow I couldn't tell just what it was, or seize definitely upon everything that contributed to this impression.

Aside from the bizarre-looking vegetation, I noticed that there was a queerness about the very sun. It was too high in the heavens for any latitude to which I could conceivably have drifted; and it was too large anyway; and the sky was unnaturally bright, with a dazzling incandescence. There was a spell of perpetual quietude upon the air, and never the slightest rippling of leaves or water; and the whole landscape hung before me like a monstrous vision of unbelievable realms apart from time and space. According to all the maps, that island couldn't exist, anyhow... More and more decisively I knew that there was something wrong: I felt an eerie confusion, a weird bewilderment, like one who has been cast away on the shores of an alien planet; and it seemed to me that I was separated from my former life, and from everything I had ever known, by an interval of distance more irremediable than all the blue leagues of sea and sky; that, like the island itself, I was lost to all possible reorientation. For a few instants, this feeling became a nervous panic, a paralyzing horror.

In an effort to overcome my agitation, I set off along the shore of the lagoon, pacing with feverish rapidity. It occurred to me that I might as well explore the island; and perhaps, after all, I might find some clue to the mystery, might stumble on something of explanation or reassurance.

After several serpent-like turns of the winding water, I reached the end of the lagoon. Here the country began to slope upward toward a high ridge, heavily wooded with the same vegetation I had already met, to which a long-leaved araucaria was now added. This ridge was apparently the crest of the island; and, after a half-hour of groping among the ferns, the stiff archaic shrubs and araucarias, I managed to surmount it.

Here, through a rift in the foliage, I looked down upon a scene no less incredible than unexpected. The further shore of the island was visible below me; and all along the curving beach of a land-locked harbor were the stone roofs and towers of a town! Even at that distance, I could see that the architecture was of an unfamiliar type; and I was not sure at first glance whether the buildings were ancient ruins or the homes of a living people. Then, beyond the roofs, I saw that several strange-looking vessels were moored at a sort of mole, flaunting their orange sails in the sunlight.

My excitement was indescribable: at most (if the island were peopled at all) I had thought to find a few savage huts; and here below me were edifices that betokened a considerable degree of civilization! What they were, or who had builded them, were problems beyond surmise; but, as I hastened down the slope toward the harbor, a very human eagerness was mingled with the dumbfoundment and stupefaction I had been experiencing. At least, there were people on the island; and, at the realization of this, the horror that had been a part of my bewilderment was dissipated for the nonce.

When I drew nearer to the houses, I saw that they were indeed strange. But the strangeness was not wholly inherent in their architectural forms; nor was I able to trace its every source, or define it in any way, by word or image. The houses were built of a stone whose precise color I cannot recall, since it was

neither brown nor red nor grey, but a hue that seemed to combine, yet differ from, all these; and I remember only that the general type of construction was low and square, with square towers. The strangeness lay in more than this—in the sense of a remote and stupefying antiquity that emanated from them like an odor: I knew at once that they were old as the uncouth primordial trees and grasses, and, like these, were parcel of a long-forgotten world.

Then I saw the people—those people before whom not only my ethnic knowledge, but my very reason, were to own themselves baffled. There were scores of them in sight among the buildings, and all of them appeared to be intensely preoccupied with something or other. At first I couldn't make out what they were doing, or trying to do; but plainly they were much in earnest about it. Some were looking at the sea or the sun, and then at long scrolls of a paper-like material which they held in their hands; and many were grouped on a stone platform around a large, intricate metal apparatus resembling an armillary. All of these people were dressed in tunic-like garments of unusual amber and azure and Tyrian shades, cut in a fashion that was unfamiliar to history; and when I came close, I saw that their faces were broad and flat, with a vague fore-omening of the Mongolian in their oblique eyes. But, in an unspecifiable way, the character of their features was not that of any race that has seen the sun for a million years; and the low, liquid, many-vowelled words which they spoke to each other were not denotive of any recorded language.

None of them appeared to notice me; and I went up to a group of three who were studying one of the long scrolls I have mentioned, and addressed them. For all answer, they bent closer above the scroll; and even when I plucked one of them by the sleeve, it was evident that he did not observe me. Much amazed, I peered into their faces, and was struck by the mingling of supreme perplexity and monomaniacal intentness which their expression displayed. There was much of the madman, and more of the scientist, absorbed in some irresolvable problem. Their eyes were fixed and fiery, their lips moved and mumbled in a fever of perpetual disquiet; and, following their gaze, I saw that the thing they were studying was a sort of chart or map, whose yellowing paper and faded

inks were manifestly of past ages. The continents and seas and isles on this map were not those of the world I knew; and their names were written in heteroclitic runes of a lost alphabet. There was one immense continent in particular, with a tiny isle close to its southern shore; and ever and anon, one of the beings who pored above the map would touch this isle with his fingertip, and then would stare toward the empty horizon, as if he were seeking to recover a vanished shoreline. I received a distinct impression that these people were as irretrievably lost as I myself; that they too were disturbed and baffled by a situation not to be solved or redeemed.

I went on toward the stone platform, which stood in a broad open space among the foremost houses. It was perhaps ten feet high, and access to it was given by a flight of winding steps. I mounted the steps, and tried to accost the people were crowding about the armillary-like instrument. But they too were utterly oblivious of me, and intent upon the observations they were making. Some of them were turning the great celestial sphere; some were consulting various geographical and celestial maps; and, from my nautical knowledge, I could see that certain of their companions were taking the height of the sun with a kind of astrolabe. All of them wore the same look of perplexity and savant-like preoccupation which I had observed in the others.

Seeing that my efforts to attract their attention were fruitless, I left the platform and wandered along the streets toward the harbor. The strangeness and inexplicability of it all were too much for me: more and more, I felt that I was being alienated from the realms of all rational experience or conjecture; that I had fallen into some unearthly limbo of confoundment and unreason, into the cul-de-sac of an ultra-terrestrial dimension. These beings were so palpably astray and bewildered; it was so obvious that they knew as well as I that there was something wrong with the geography, and perhaps with the chronology, of their island.

I spent the rest of the day roaming around; but nowhere could I find anyone who was able to perceive my presence; and nowhere was there anything to reassure me, or resolve my ever-growing confusion of mind and spirit.

Everywhere there were men, and also women; and though comparatively few of them were grey and wrinkled, they all conveyed to my apprehension a feeling of immemorial eld, of years and cycles beyond all record or computation. And all were troubled, all were feverously intent, and were perusing maps or reading ancient pells and volumes, or staring at the sea and sky, or studying the brazen tablets of astronomical parapegms along the streets, as if by so doing they could somehow find the flaw in their reckonings. There were men and women of mature years, and some with the fresh, unlined visages of youth; but in all the place I saw but one child; and the face of the child was no less perplexed and troubled than those of its elders. If anyone ate or drank or carried on the normal occupations of life, it was not done within my scope of vision; and I conceived the idea that they had lived in this manner, obsessed with the same problem, through a period of time which would have been practically eternal in any other world than theirs.

I came to a large building, whose open door was dark with the shadows of the interior. Peering in, I found that it was a temple; for across the deserted twilight, heavy with the stale fumes of burnt-out incense, the slant eyes of a baleful and monstrous image glared upon me. The thing was seemingly of stone or wood, with gorilla-like arms and the malignant features of a subhuman race. From what little I could see in the gloom, it was not pleasant to look upon; and I left the temple, and continued my perambulations.

Now I came to the waterfront, where the vessels with orange sails were moored at a stone mole. There were five or six of them in all: they were small galleys, with single banks of oars, and figureheads of metal that were graven with the likeness of primordial gods. They were indescribably worn by the waves of untold years; their sails were rotting rags; and no less than all else on the island, they bore the imprint of a dread antiquity. It was easy to believe that their grotesquely carven prows had touched the aeon-sunken wharves of Lemuria.

I returned to the town; and once again I sought to make my presence known to the inhabitants, but all in vain. And after a while, as I trudged from street to

street, the sun went down behind the island, and the stars came swiftly out in a heaven of purpureal velvet. The stars were large and lustrous and were innumerable thick: with the eye of a practiced mariner, I studied them eagerly; but I could not trace the wonted constellations, though here and there I thought that I perceived a distortion or elongation of some familiar grouping. All was hopelessly askew, and disorder crept into my very brain, as I tried once more to orient myself, and noticed that the inhabitants of the town were still busied with a similar endeavor...

I have no way of computing the length of my sojourn on the island. Time didn't seem to have any proper meaning there; and, even if it had, my mental state was not one to admit of precise reckoning. It was all so impossible and unreal, so much like an absurd and troublesome hallucination; and half the time, I thought that it was merely a continuation of my delirium—that probably I was still drifting in the boat. After all, this was the most reasonable supposition; and I don't wonder that those who have heard my story refuse to entertain any other. I'd agree with them, if it weren't for one or two quite material details...

The manner in which I lived is pretty vague to me, also. I remember sleeping under the stars, outside the town; I remember eating and drinking, and watching those people day after day, as they pursued their hopeless calculations. Sometimes I went into the houses and helped myself to food; and once or twice, if I remember rightly, I slept on a couch in one of them, without being disputed or heeded by the owners. There was nothing that could break the spell of their obsession or force them to notice me; and I soon gave up the attempt. And it seemed to me, as time went on, that I myself was no less unreal, no less doubtful and insubstantial, than their disregard would appear to indicate.

In the midst of my bewilderment, however, I found myself wondering if it would be possible to get away from the island. I remembered my boat, and remembered also that I had no oars. And forthwith I made tentative preparations for departure. In broad daylight, before the eyes of the townspeople, I took two oars from one of the galleys in the harbor, and carried them across the ridge to where my boat was hidden. The oars were very heavy,

their blades were broad as fans, and their handles were fretted with hieroglyphs of silver. Also, I appropriated from one of the houses two earthen jars, painted with barbaric figures, and bore them away to the lagoon, intending to fill them with fresh water when I left. And also I collected a supply of food. But somehow the brain-muddling mystery of it all had paralyzed my initiative; and even when everything was ready, I delayed my departure. I felt, too, that the inhabitants must have tried innumerable times to get away in their galleys, and had always failed. And so I lingered on, like a man in the grip of some ridiculous nightmare.

One evening, when those distorted stars had all come out, I became aware that unusual things were going on. The people were no longer standing about in groups, with their customary porings and discussions, but were all hastening toward the temple-like edifice. I followed them, and peered in at the door.

The place was lit with flaring torches that flung demoniac shadows on the crowd and on the idol before whom they were bowing. Perfumes were burnt, and chants were sung in the myriad-vowelled language with which my ear had become familiarized. They were invoking that frightful image with gorilla-like arms and half-human, half-animal face; and it was not hard for me to surmise the purpose of the invocation. Then the voices died to a sorrowful whisper, the smoke of the censers thinned, and the little child I had once seen was thrust forward in a vacant space between the congregation and the idol.

I had thought, of course, that the god was of wood or stone; but now, in a flash of terror and consternation, I wondered if I had been mistaken. For the oblique eyes opened more widely, and glowered upon the child, and the long arms, ending in knife-taloned fingers, lifted slowly and reached forward. And arrow-sharp fangs were displayed in the bestial grin of the leaning face. The child was still as a bird beneath the hypnotic eyes of a serpent; and there was no movement, and no longer even a whisper, from the waiting throng...

I cannot recall what happened then: whenever I try to recall it, there is a cloud of horror and darkness in my brain. I must have left the temple and fled across the island by starlight; but of this, too, I remember nothing. My first

recollection is of rowing seaward through the narrow chasm by which I had entered the lagoon, and of trying to steer a course by the wried and twisted constellations. After that, there were days and days on a bland, unrippled sea, beneath a heaven of dazzling incandescence; and more nights below the crazy stars; till the days and nights became an eternity of tortured weariness and my food and water were all consumed; and hunger and thirst and a feverous calenture with tossing, seething hallucinations, were all that I knew.

One night, I came to myself for a little while, and lay staring up at the sky. And once more the stars were those of the rightful heavens; and I gave thanks to God for my sight of the Southern Cross, ere I slid back into coma and delirium. And when I recovered consciousness again, I was lying in a ship's cabin, and the ship's doctor was bending over me.

They were all very kind to me on that ship. But when I tried to tell them my tale, they smiled pityingly; and after a few attempts, I learned to keep my silence. They were very curious about the two oars with silver-fretted handles, and the painted jars which they found with me in the boat; but they were all too frank in refusing to accept my explanation. No such island and no such people could possibly exist, they said: it was contrary to all the maps that had ever been made, and gave the direct lie to all the ethnologists and geographers.

Often I wonder about it, myself, for there are so many things I can't explain. Is there a part of the Pacific that extends beyond time and space—an oceanic limbo into which, by some unknowable cataclysm, that island passed in a bygone period, even as Lemuria sank beneath the wave? And if so, by what abrogation of dimensional laws was I enabled to reach the island and depart from it? These things are beyond speculation. But often in my dream, I see again the incognizably distorted stars, and share the confusion and bafflement of a lost people, as they pore above their useless charts, and take the altitude of a deviated sun.

LA ISLA QUE NO ESTABA EN LOS MAPAS

CLARK ASHTON SMITH

NO SÉ CUÁNTO tiempo había estado vagando errante en el bote. Hay varios días, y varias noches, que tan sólo recuerdo como espacios vacíos, de gris y de oscuridad, alternándose; y, después de éstos, hubo una fantasmagórica eternidad de delirio y una inmersión indeterminada en el más negro olvido.

El agua del mar que me tragué debió revivirme; porque, cuando recuperé el sentido, estaba tumbado sobre el fondo del bote, con la cabeza un poco apoyada en la popa y con seis pulgadas de salmuera lamiéndome los labios.

Estaba jadeando y atragantándome a causa de los sorbos que había bebido; el bote se estaba sacudiendo violentamente y le entraba más agua por cada costado a cada sacudida; y podía oír, no muy lejos, el sonido de las rompientes.

Intenté incorporarme, y lo conseguí después de un esfuerzo prodigioso. Mis pensamientos y sensaciones se encontraban curiosamente confundidos y me resultaba especialmente difícil orientarme de manera alguna. La sensación física de sed extrema dominaba sobre todo lo demás... Mi boca estaba forrada de un fuego móvil, palpitante..., me sentía atontado, con el resto del cuerpo extrañamente lánguido y hueco. Me resultaba difícil recordar lo que había sucedido; y, durante un momento, ni siquiera me sorprendió el hecho de encontrarme solo en el bote. Pero, incluso para mis atontados y confusos sentidos, el sonido de aquellas rompientes transmitía un claro aviso de peligro; y, sentándome, intenté alcanzar los remos.

Los remos habían desaparecido; pero, en mi estado febril, no era probable que pudiese haber hecho mucho uso de ellos. Miré a mi alrededor y vi cómo el bote estaba siendo arrastrado por el flujo de una corriente que se dirigía a la orilla, por entre dos arrecifes de color oscuro, ocultos a medias por la espuma de las olas.

Un acantilado, empinado y árido, se cernía frente mí; pero, al aproximarse el bote, el acantilado pareció partirse milagrosamente, revelando un estrecho canal por el que floté hasta las aguas espejadas de una tranquila albufera.

El paso del violento mar exterior al refugio del silencio y el aislamiento, fue no menos abrupto que los cambios de acontecimientos y de paisajes que, con frecuencia, acontecen en un sueño.

La albufera era alargada y estrecha, y se alejaba sinuosamente entre dos orillas parejas que estaban bordeadas por vegetación ultra—vegetal. Había muchos helechos de una variedad que nunca había visto y muchas rígidas palmeras gigantes y arbustos de anchas hojas, más altos que árboles jóvenes. Incluso entonces, me sentí un poco asombrado ante ellos, aunque, mientras el bote se movía hacia la playa más próxima, estaba ocupado principalmente en clarificar y poner en orden mis ideas. Esto me causó más problemas de lo que podría imaginarse.

Aún debía estar un poco atontado; y la salmuera que había bebido no podía haberme sentado demasiado bien tampoco, aunque había ayudado a revivirme. Recordaba, por supuesto, que yo era Mark Irwin, piloto del carguero *Auckland*, que hacía la ruta entre Callao y Wellington; y demasiado bien me acordaba de la noche en que el capitán Melville me había arrancado de mi litera, desde el sopor sin sueños en que me había arrojado cansadísimo, gritándome que el barco ardía.

Recordaba aquel rugiente infierno de llamas y humo a través del cual tuvimos que abrirnos camino hasta la cubierta, sólo para descubrir que la nave era ya irrecuperable, dado que las llamas habían alcanzado el petróleo, que constituía la parte principal de su carga: y, entonces, la rápida botadura de las lanchas bajo el vívido brillo del incendio.

La mitad de la tripulación había quedado atrapada en el ardiente castillo de proa; y aquellos de nosotros que escapamos nos vimos obligados a hacerlo sin agua ni provisiones. Habíamos remado durante días en medio de una calma chicha, sin avistar nave alguna, y estábamos sufriendo las torturas de los condenados cuando se había levantado una tormenta. En estas tormentas se habían perdido dos de los botes; y el tercero, que estaba tripulado por el capitán Melville, el segundo piloto, el contra maestre y yo mismo, fue el único que sobrevivió. Pero, en algún momento durante la tormenta, o durante los

días y noches de delirio que siguieron, mis compañeros debieron caerse al agua... Al menos esto recordaba, pero todo ello resultaba de algún modo irreal y remoto, y parecía afectar solamente a otra persona que no era la que estaba flotando en dirección a la orilla de las aguas de una tranquila albufera. Me sentía muy contemplativo y distante; y ni siquiera mi sed me molestaba tanto ahora como lo había hecho al despertarme.

No comencé a preguntarme dónde estaba y a hacer conjeturas de sobre qué costas había alcanzado hasta que el bote no llegó a la orilla de una playa de fina arena nacarada. Sabía que nos habíamos encontrado a cientos de millas al sudoeste de la isla de Pascua, la noche del incendio, en una zona del Pacífico donde no hay ninguna otra tierra; y, desde luego, ésta no era la isla de Pascua. ¿Qué podría ser entonces?

Me di cuenta, con un cierto sobresalto, de que no debía encontrarse en ninguna ruta cartografiada ni en ningún mapa geológico.

Por supuesto, se trataba de una especie de isla; pero no conseguía formarme una idea de su posible extensión; y no tenía manera de decidir de antemano si estaba habitada o deshabitada.

A excepción de la lujuriente vegetación, algunos pájaros y mariposas de aspecto raro, y algunos peces de aspecto igualmente raro, no había vida visible en la albufera.

Me bajé del barco, sintiéndome muy débil e inestable, bajo la cálida y blanca luz solar que se vertía sobre todo como una inmóvil catarata universal. Mi primera idea fue buscar agua potable; y me adentré al azar entre los grandes helechos, separándolos con gran esfuerzo, apoyándome en ocasiones contra sus troncos para evitar caerme. Veinte o treinta pasos, sin embargo, y llegué hasta un fino riachuelo que saltaba cristalino desde un bajo desnivel, formando un plácido estanque donde el musgo, de diez pulgadas, y anchas floraciones, parecidas a anémonas, se reflejaban. El agua estaba fría y dulce; bebí profundamente, y noté el alivio de su frescura empapar todos mis resecos tejidos.

Entonces, comencé a buscar a mi alrededor alguna clase de fruta comestible. Cerca del riachuelo, encontré un arbusto que arrastraba su carga de drupas amarillo salmón sobre los musgos gigantes. No pude identificar la fruta; pero su aspecto era delicioso, y decidí arriesgarme.

Estaban llenas de una pulpa azucarada; y recuperé fuerzas ya en el mismo acto de comerlas. Mi cerebro se aclaró y recuperé, si no todas, muchas de mis facultades que habían estado parcialmente apagadas.

Regresé al bote y achiqué toda la salmuera; entonces, intenté arrastrarlo todo lo lejos que pude sobre la arena, por si llegase a necesitarlo en alguna ocasión futura. Mi fuerza resultó inadecuada para esta tarea; y, temiendo aún que la marea pudiese arrastrarlo, corté algunas de las altas hierbas con mi navaja y las trencé en una larga soga, con la cual sujeté el bote a la palmera más próxima.

Ahora, por primera vez, examiné mi situación con un ojo analítico, y me di cuenta de muchas cosas en las que hasta el momento no me había fijado. Una mezcla de raras impresiones se amontonaban sobre mí, algunas de las cuales no podrían haberme llegado por la vía de los sentidos conocidos.

Para empezar, vi más claramente la anormalidad de las plantas que me rodeaban: no eran los helechos, hierbas y arbustos que son nativos de los mares del sur. Sus hojas, sus tallos, su follaje, eran principalmente de toscos tipos arcaicos, tales como podrían haber existido durante evos anteriores, sobre los perdidos litorales marítimos de Mu. Eran diferentes de cualquier otra cosa que hubiese visto en Australia o Nueva Guinea, esos asilos para flora antiquísima; y, mirándolos, me sentí impresionado por la sugerencia de una antigüedad oscura y prehistórica.

Y el silencio en torno mío pareció convenirse en el silencio de las edades muertas y de las cosas que se han hundido bajo la marea del olvido. A partir de ese momento, sentí que había algo que estaba equivocado en la isla. Pero, de alguna manera, no sabía decir lo que era, o captar claramente todo lo que contribuía a formarme esa impresión.

Aparte de la vegetación de aspecto extraño, noté que había cierta rareza alrededor del sol. Estaba demasiado elevado en el cielo para cualquier latitud a la que concebiblemente pudiese haber flotado; y, de todos modos, era demasiado grande; y el cielo era antinaturalmente brillante, con una cegadora incandescencia. En el aire había un hechizo de eterna quietud, y nunca el menor movimiento de las hojas ni del agua; y todo el paisaje colgaba ante mí como una visión monstruosa de reinos increíbles más allá del tiempo y del espacio. De acuerdo con todos los mapas, esta isla no podría existir, de todos

modos... De una manera cada vez más clara, supe que había algo que estaba mal: noté una fantasmal confusión, un extraño pasmo, como si hubiese sido arrojado a las costas de otro planeta; me parecía que estaba separado de mi vida anterior, y de todo lo que alguna vez había conocido, por un intervalo de distancia más irremediable que todas las azules leguas de cielo y mar; que, al igual que la propia isla, estaba perdido para toda posible reorientación. Por unos breves instantes, este sentimiento se convirtió en un pánico nervioso, en un horror paralizante.

Esforzándome para vencer mi nerviosismo, partí a lo largo de la orilla de la albufera, andando con rapidez febril. Se me ocurrió que sería buena idea explorar la isla; y quizá, después de todo, podría encontrar alguna pista para el misterio, podría tropezar con algo que explicase o me tranquilizase.

Después de varios giros serpentinos de la tortuosa costa, llegué al final de la albufera. Aquí el terreno comenzaba a elevarse en dirección a un alto cerro, en el que abundaba la misma vegetación que ya había encontrado, a la cual se añadía ahora una araucaria de largas hojas.

Este cerro no era, aparentemente, la mayor elevación de la isla, y, después de media hora de tantear entre los helechos, los rígidos arbustos y las araucarias, conseguí ascenderlo. Aquí, a través de una brecha en el follaje, bajé mi vista sobre una escena no menos increíble que inesperada. La orilla opuesta de la isla era visible debajo de mí; y, por toda la extensión de la playa curvada, ¡eran visibles los techos de piedra y las torres de una ciudad!

Incluso a esa distancia, podía ver que la arquitectura era de un tipo desconocido; y no estuve seguro a primera vista de si los edificios eran ruinas antiguas o la morada de seres vivientes. Entonces, más allá de los techos, vi que varias naves de aspecto extraño estaban amarradas a una especie de muelle, mostrando sus velas naranjas bajo la luz del sol.

Mi emoción fue indescriptible; como mucho (si es que la isla estaba habitada en absoluto), había esperado encontrar unas pocas chozas de salvajes; y aquí, frente a mí, ¡había edificios que indicaban un grado elevado de civilización!

Qué eran, o quién los había construido, quedaban seguramente más allá de toda hipótesis; pero, mientras me apresuraba a descender la colina, una ansiedad muy humana estuvo mezclada con el atontamiento y la estupefacción que había estado sintiendo. Por lo menos, había gente en la isla, y, al darme

cuenta de esto, el horror que había sido parte de mi sorpresa quedó disipado por el momento.

Cuando me acerqué a las casas, vi que eran verdaderamente raras. Pero su extrañeza no era por completo inherente a sus formas arquitectónicas; tampoco fui capaz de encontrar su fuente, o de definirlo de ninguna manera, ni mediante palabras ni mediante imágenes.

Las casas estaban construidas con una piedra cuyo color concreto no consigo recordar, ya que no era ni marrón ni rojo ni gris, sino un tono que parecía combinar todos ellos, siendo distinto; y recuerdo solamente que el tipo general de las construcciones era bajo y cuadrado, con torres también cuadradas. La extrañeza descansaba en algo más que en todo eso.... en la sensación de remota y pasmosa antigüedad que emanaba de ellas como un olor: supe inmediatamente que eran tan antiguas como los toscos árboles e hierbas primordiales, y, como ellos, formaban parte de un mundo largo tiempo olvidado.

Entonces, vi a la gente..., esa gente ante la cual no sólo mis conocimientos etnográficos, sino también mi propia cordura, quedarían confusos. Había docenas de ellos a la vista entre los edificios, y todos parecían estar gravemente preocupados con una cosa o con la otra.

Al principio, no pude darme cuenta de qué era lo que estaban haciendo, o intentando hacer; pero estaba claro que se lo tomaban muy en serio.

Algunos estaban mirando el sol y el mar, y largos pergaminos de material parecido al papel que sujetaban entre las manos; y muchos estaban reunidos en torno a una plataforma de piedra que sostenía un aparato metálico, grande e intrincado, que parecía una esfera armilar. Todas estas personas estaban vestidas con prendas parecidas a túnicas de raros tonos de ámbar, azul cielo y púrpura de Tiro, cortadas según una moda que es desconocida para la historia; y, cuando me acerqué, sus caras eran anchas y planas, con un vago aviso de lo mongol en sus ojos oblicuos. Pero, de una manera que no se puede especificar, los rasgos de sus caras no eran los de ninguna raza que haya visto el sol desde hace un millón de años; y las palabras bajas, líquidas y de muchas vocales con las que se hablaban los unos a los otros no se parecían a ningún lenguaje estudiado.

Ninguno de ellos pareció fijarse en mí; y me dirigí a un grupo de tres que estaba estudiando uno de los largos pergaminos que antes he mencionado. Como única respuesta, se inclinaron aún más sobre su pergamino; e, incluso cuando le cogí a uno de ellos de la manga, era evidente que él no me observaba. Muy sorprendido, les miré a la cara, y me quedé estupefacto ante la mezcla de extrema confusión y de intensidad monomaniaca de las expresiones que mostraban.

Había mucho del loco, y más del científico absorbido por un problema irresoluble. Su vista era fija y brillante; sus labios se movían y murmuraban en una fiebre de continuo nerviosismo; y, siguiendo sus miradas, vi que la cosa que estaban estudiando era una especie de carta o de mapa, cuyo papel amarillento y tintas decoloradas pertenecían, de una manera manifiesta, a edades pasadas. Los continentes, mares e islas de este mapa no eran aquellos del mundo que yo conocía; y sus nombres estaban escritos en los caracteres irregulares de algún alfabeto perdido. Había un inmenso continente en particular, con una isla diminuta cerca de su costa del sur; y, una y otra vez, uno de los seres que estudiaban el mapa tocaría esta isla con la yema del dedo, y entonces se quedaría mirando al horizonte vacío, como si estuviese intentando descubrir una costa desaparecida. Recibí una impresión clara de que esta gente estaba tan profundamente perdida como yo mismo; de que ellos también estaban molestos y confusos ante una situación que no podía solucionarse ni redimirse.

Continué hasta la plataforma de piedra, que se levantaba en un amplio claro entre las casas delanteras. Tenía, quizá, unos diez pies de altura, y un tramo de tortuosas escaleras proporcionaba acceso a ella. Ascendí los peldaños e intenté llamar la atención de la gente agrupada en torno al instrumento que parecía una esfera armilar. Pero me ignoraban de una manera demasiado completa, y estaban concentrados en las observaciones que realizaban. Algunos de entre ellos daban la vuelta hacia la gran esfera; otros estaban consultando distintos mapas geográficos y celestiales; y, basado en mis conocimientos náuticos, podía ver que algunos de sus compañeros estaban tomando la altura del sol con una especie de astrolabio. Todos tenían la misma expresión de perplejidad y de concentración de sabio que había observado en los demás.

Viendo cómo mis esfuerzos para llamar su atención resultaban estériles, abandoné la plataforma y vagabundeeé por las calles en dirección al puerto. Lo extraño y lo inexplicable de todo esto era demasiado para mí; me sentía cada vez más alienado de los reinos de la experiencia y de la conjetura racionales; que había caído en algún limbo ultraterreno de confusión y de irracionalidad, en el callejón sin salida de una dimensión ultraterrestre. Estos seres estaban confusos y perdidos de una manera bastante palpable; era evidente que sabían tan bien como yo que había algo que estaba mal con la geografía, y quizá con la cronología, de su isla.

Me pasé el resto del día vagabundeando, pero no encontré en ningún sitio a alguien que fuese capaz de notar mi presencia; y en ningún sitio había nada que me tranquilizase o disminuyese mi siempre creciente confusión de mente y espíritu. Por todas partes había hombres, y también mujeres; y, aunque comparativamente pocos entre ellos estaban grises y arrugados, todos me comunicaban una sensación de vejez inmemorial, de años y de ciclos más allá de los archivos y del cuento. Todos estaban preocupados. todos tenían una concentración febril, y estaban estudiando mapas o consultando antiguas tabletas y volúmenes, o mirando fijamente el mar y el cielo, o estudiando las tabletas de bronce de los paralelos astronómicos por la calle, como si, haciéndolo así, pudiesen, de alguna manera, encontrar el error en sus cálculos. Había hombres y mujeres de edad madura, y algunos con rasgos frescos y tersos de la juventud; pero en todo el lugar vi solamente un niño, que no estaba menos perplejo y preocupado que sus mayores. Si alguien comió o bebió o hizo algunos de los actos normales de la vida diaria, no fue ante mi vista; y concebí la idea de que habían vivido de esta manera, obsesionados por el mismo problema, a través de un periodo de tiempo que habría parecido eterno prácticamente en cualquier otro mundo que no fuese el suyo.

Llegué hasta un gran edificio, cuyo abierto portal era tan oscuro como las sombras que había en su interior. Mirando, descubrí que se trataba de un templo; porque, a lo largo de su crepúsculo desierto, con el ambiente cargado por el humo estancado de incienso quemado, los ojos rasgados de una imagen maligna y monstruosa se fijaron en mí. La cosa estaba hecha aparentemente con madera o con piedra, con brazos como de gorila, y las malignas facciones

de una raza subhumana. Por lo poco que pude ver en las tinieblas, no era agradable de contemplar; y abandoné el templo y continué con mis paseos.

Entonces, llegué al puerto, donde los barcos de vela naranja estaban amarrados a un muelle de piedra. Habría unos cinco o seis en total: eran pequeñas galeras, con una única fila de remos, y mascarones de proa metálicos modelados con la forma de dioses primordiales. Estaban indescritiblemente gastados por las olas de años incontables; sus velas eran trapos pudriéndose; y, no menos que el resto de las cosas en esta isla, daban la impresión de una terrible antigüedad.

Era fácil suponer que sus mascarones grotescamente tallados habían tocado los muelles, hundidos desde hacía evos, de Lemuria.

Regresé a la aldea; y nuevamente intenté, en vano, que sus habitantes notasen mi presencia. Después de un rato, mientras andaba de calle en calle, el sol se puso más allá de la isla; las estrellas aparecieron rápidamente en un cielo de terciopelo púrpura.

Las estrellas eran grandes y brillantes, y de una densidad innumerable; con los ojos de un marinero experto, las estudié con ansiedad; pero no conseguía descubrir las constelaciones acostumbradas, aunque aquí y allá creí notar una distorsión o un alargamiento de algún grupo conocido. Todo estaba desesperadamente torcido, y el desorden se arrastró hasta mi propio cerebro, al intentar de nuevo orientarme, y notar que los habitantes de la ciudad seguían ocupados con una empresa similar...

No tengo manera de medir la duración de mi estancia en aquella isla. El tiempo no parecía tener ningún significado correcto allí; y, aunque lo hubiese tenido, mi estado mental no admitía un cómputo preciso. Todo era tan imposible y tan irreal, tan parecido a una absurda y preocupante alucinación; y, la mitad del tiempo, pensaba que se trataba sencillamente de una continuación de mi delirio..., que probablemente seguía flotando a la deriva en el bote.

Después de todo, ésta era la hipótesis más razonable; y no me extraña que aquellos que han escuchado mi narración se nieguen a admitir otra. Yo estaría de acuerdo, a no ser por uno o dos detalles bastante materiales...

La manera en que yo vivía también me resulta bastante vaga, además. Recuerdo haber dormido debajo de las estrellas, fuera de la ciudad; recuerdo

haber comido y bebido; y haber observado a aquellas gentes día tras día, mientras continuaban con sus cálculos desesperados.

A veces, iba a las casas y me servía comida; y una o dos veces, si es que lo recuerdo correctamente, dormí en el sofá de una de ellas sin que los dueños me lo impidiesen o me hiciesen caso.

No había nada que pudiese romper el hechizo de su obsesión u obligarles a hacerme caso; y enseguida abandoné el intento. Me parecía, conforme transcurría el tiempo, que yo mismo no era menos irreal, menos dudoso o insustancial, que lo que su desprecio parecía indicar.

En medio de mi asombro, me descubrí preguntándome si resultaría posible alejarse de la isla. Me acordaba de mi bote, y recordaba, además, que no tenía remos. Y entonces, hice preparaciones de tanteo para el viaje. A plena luz del día, ante la vista de los habitantes de la ciudad, cogí dos remos de una de las galeras del puerto, y me los llevé acarreándolos al lugar en que estaba oculto mi bote.

Los remos eran pesados, sus palas eran anchas como abanicos, y sus empuñaduras estaban decoradas con jeroglíficos de plata. Además me apropié de dos jarras de barro de una de las casas, pintadas con figuras barbáricas, y me las llevé a la albufera, con la intención de llenarlas de agua potable cuando me marchase. También reuní una provisión de comida. Pero, de alguna manera, el rompecabezas de la isla había paralizado mi iniciativa, e, incluso cuando todo estaba preparado, retrasaba mi partida. Además, yo sentía que los habitantes de la isla deberían haber intentado marcharse innumerables veces en sus galeras, y siempre habían fracasado. Así, me quedé como un hombre atrapado en una ridícula pesadilla.

Una tarde, cuando habían salido todas aquellas estrellas distorsionadas, me di cuenta de que algo fuera de lo normal estaba sucediendo. La gente ya no estaba parada en grupos, con sus estudios y discusiones habituales, sino que todos se apresuraban al edificio que parecía un templo. Les seguí y miré por la puerta.

El lugar estaba iluminado por antorchas encendidas que proyectaban sombras demoniacas sobre la multitud, y sobre el ídolo ante el cual se inclinaban. Se quemaban perfumes y se entonaban cantos en la lengua, con una miríada de vocales, a la cual mi oído se había acostumbrado. Estaban

invocando a aquella terrible imagen de brazos de gorila y rostro mitad humano y mitad animal; y no me resultaba difícil adivinar el propósito de esa invocación. Entonces las voces se apagaron hasta un triste susurro, el humo de los hisopos se hizo más tenue, y el niño pequeño que una vez había visto fue empujado adelante al espacio vacío entre la congregación y el ídolo.

Había creído, por supuesto, que el dios era de piedra o de madera, pero, en un chispazo de terror y consternación, me pregunté si había estado equivocado. Porque los ojos oblicuos se habían abierto más, y los largos brazos terminados en uñas como cuchillos se levantaron lentamente y alcanzaron adelante. Y colmillos afilados como flechas fueron mostrados en la sonrisa bestial de la cara inclinada.

El niño estaba tan inmóvil como un pájaro ante los ojos hipnóticos de una serpiente; y ya no había un solo movimiento, ni siquiera un susurro, partiendo de la multitud que esperaba...

No puedo recordar lo que sucedió entonces; siempre que intento recordarlo, hay una nube de horror y de oscuridad en mi cerebro.

Debo haber salido del templo y escapado a lo largo de la isla bajo la luz de las estrellas; pero de esto tampoco recuerdo nada. Mi primer recuerdo es remar en dirección al mar a través del estrecho canal por el que había entrado a la albufera. Y, después de eso, huyo, día tras día, sobre un mar calmado y sin una onda bajo un sol de incandescencia cegadora; y más noches debajo de las estrellas enloquecidas; hasta que los días y las noches se convirtieron en una eternidad de torturado cansancio; y mi comida y mi agua se agotaron; y mi hambre y mi sed, y una calentura febril con alucinaciones hirvientes que me hacían revolverme, eran todo de lo que yo era consciente.

Una noche, recuperé los sentidos un rato, y me quedé tumbado mirando al cielo. Y, una vez más, las estrellas eran las de los cielos correctos; y di gracias a Dios por ver la cruz del sur, antes de que volviese a hundirme en el coma y en el delirio.

Y, cuando recobré la conciencia de nuevo, estaba tumbado en la cabina de un buque, y el médico de a bordo estaba inclinado sobre mí.

En ese barco, todos fueron muy amables conmigo. Pero, cuando intenté contarles mi historia, sonreían compasivos; y, después de algunas intentonas, aprendí a guardar silencio. Sentían curiosidad por los dos remos con mangos

de plata y por las jarras pintadas que encontraron conmigo en el bote; pero fueron, si acaso, demasiado francos a la hora de rechazar mi explicación. Ni una isla ni una gente semejante podrían concebiblemente existir, dijeron; era contrario a todos los mapas que se habían trazado, y llamaba mentirosos, directamente, a todos los etnólogos y geógrafos.

A veces, yo mismo me hago preguntas al respecto, porque hay bastantes cosas que no puedo explicar. ¿Hay una parte del océano Pacífico que existe más allá del tiempo y del espacio?... ¿Un limbo oceánico en el cual, a través de un cataclismo desconocido, esta isla desapareció en un periodo desconocido, como la propia Lemuria se hundió debajo de las aguas? ¿Y, si así es, por qué ruptura de las leyes dimensionales se me permitió alcanzar esa isla y partir de ella?

Estas cosas quedan mas allá de mi capacidad de especular.

Pero a menudo veo en mis sueños las estrellas irreconociblemente distorsionadas, y comparto la confusión y la frustración de una gente perdida, mientras se inclinan sobre sus inútiles cartas y toman la altitud de un sol desviado.

The Uncharted Isle, IV—1930

(Weird Tales, XI—30. Out Of Space And Time, VIII—42)

Trad. Arturo Villarubia

Los Mundos Perdidos (A Rendezvous In Averaigne, 1988)

Icaro, 22

EDAF 1991